

Andy Oakes

Ojo de dragón

Alianza Editorial

2013

The background of the cover is a photograph of a large, dark dragon sculpture at night. The dragon is illuminated from within, with bright orange and red lights tracing its outline. In the foreground, a white van and a dark car are parked on a street. A street lamp is visible on the left, casting a glow. The overall scene is dark, with the dragon being the central focus.

Andy Oakes

Ojo de
dragón

Alianza Editorial



2013

Ojo de Dragón

Sun Piao I

Andy Oakes

Acerca del Autor



Andy Oakes nació en Londres en 1952. Estudió ingeniería y se graduó en psicología. Ha trabajado como ingeniero en la industria militar y como fotógrafo profesional.

En 1972 recibió un premio de la *Fundación Calouste Gulbenkian* por su estudio fotográfico sobre la vida de los jóvenes en la ciudad. Actualmente es consejero de jóvenes con problemas de drogas y alcohol

en East Sussex.

La escritura para él es sólo un hobby.

[Mis detectives favorit@s](mailto:Andy.Oakes@EastSussex.gov.uk)

[Lecturalia](#)

En memoria de mis padres, Eva y Len Oakes.

*Este libro está dedicado a Jean, Annie Lucy Oakes y
Tom Alexander Oakes.*

*Un agradecimiento especial a mi agente literario, Juri
Gabriel, y al escritor y profesor Alan Fisher.*

Resumen

Ocho cuerpos terriblemente mutilados hasta ser irreconocibles aparecen encadenados en los lodos del río Huangpu, en la moderna Shanghai, enfebrecida de ambición, dinero y desarrollo. Por la precisión de las heridas y la brutalidad de los crímenes, todo parece indicar que los asesinos no son delincuentes comunes. A la hora de investigar el caso, el investigador jefe Sun Piao no cesa de hallar obstáculos administrativos, no exentos de intimidaciones. Piao sabe que debería abandonar el caso, pero no es la clase de policía que esté dispuesto a hacerlo. Ojo de dragón es una inquietante y arrolladora novela de intriga situada en la pujante pero siempre reservada China moderna.

Andy Oakes (Londres, 1952) fue distinguido con el Premio Europeo de Crimen y Misterio 2004 por esta novela. Es un gran conocedor de la República Popular China, donde ha trabajado y cuyo territorio ha recorrido en numerosas ocasiones.

Capítulo 1

[El Bund (Zhongshan Lu), Shanghai. República Popular China].

Una marea muy baja. Una noche muy oscura. Un secreto muy perturbador.

Los cuerpos de los ocho, rebozados en el barro negro del río y retorcidos unos con otros en una extraña y silenciosa coreografía de muerte... no se podían ver desde el Bund, en tiempos la calle más famosa de Oriente.

Sólo al bajar entre los desperdicios que atascaban las orillas del Huangpu y alejarse de las sombras profundamente enraizadas de los grandiosos edificios neoclásicos que bordeaban el viejo corazón comercial de Shanghai... se podían distinguir sus miembros sin vida. E incluso con más claridad, los negros eslabones de acero, las pesadas cadenas que unían la masa de cuerpos a la muerte. Pierna a pierna. Cuello a cuello. La constancia de las cadenas, como si siempre hubieran estado allí entre los que una vez estuvieron vivos, los que una vez respiraron.

* * *

Faros que deslumbran. Puerta de coche que se cierra con violencia.

La brigada de homicidios del departamento de Seguridad Pública. La sombra alta entre las sombras más bajas... El inspector jefe. Ojos acostumbrados a creer que lo habían visto todo. Sin embargo, Sun Piao nota el escalofrío que le recorre la espina dorsal; un acceso de náusea que le oprime el pecho. Con dificultad, avanza. Sudor, barro frío que cala la puntera del zapato. Murmura para sus adentros un poco más cuando sus ojos caen sobre

los agujeros reventados. Oscuros. Sin fondo. Separa los pechos de los cadáveres que tiene más cerca. Los despega de cuello a ombligo. Se descubre pensando en melocotones podridos. En un melón abierto por la mitad... centro pegajoso de pepitas sacadas con cuchara.

Todos han sido niños. Todos han sido hijos de alguien.

Se vuelve a medias hacia Yaobang, que le seguía, y le susurra:

—Qué modo tan jodido de morir.

Pero las palabras las ahoga por completo un carguero que surca el agua hacia su amarradero de aguas profundas al sur del nuevo puente Yangpu, el nuevo Golden Gate; las caravanas marinas de barcazas con neumáticos amarrados y los grupos de juncos atados suben, bajan, suben, con su insistente estela. No le ha oído. Mucho mejor, joder. Su adjunto no tiene huevos para ese tipo de cosas. Después de todo, era de Kashgar, en el noroeste. En Kashgar no había asesinatos, al menos no como aquéllos. Todo lo que tenían en la ciudad oasis era polvo ardiente arrastrado por el viento y cerveza Xinjiang muy fría. Una unión exquisita de opuestos que seguramente demostraría la existencia de Dios. Daba lo mismo, lo vería todo él solo enseguida. No había prisa, no iban a ninguna parte, aquellos cuerpos no. Los miembros. Las cadenas. Las grandes curvas de lunas crecientes de las cuchilladas.

No iban a ninguna parte.

Él no envidiaba al Grande. Mejor ser de Shanghai o Beijing y estar acostumbrado a horrores así; una educación en una ciudad oasis y un trabajo de subinspector en homicidios no hacían muy buena pareja. Yaobang no pasaría por aquella profesión sólo con vientos ardientes del desierto y cervezas muy frías.

El tenue haz de la linterna titubeó. Yaobang no estaba hecho para malabarismos como aquéllos. Demasiado gordo. Demasiada tripa. Piensa en albóndigas, cerveza... la cama. Avanza sólo cuando la mano de Piao se lo ordena con gesto urgente. Sombras que caen sobre sombras. El inspector jefe oye las arcadas del Grande detrás de él cuando el joven subinspector echa la vista encima de los cuerpos. Un tufo instantáneo a miel y vinagre invade el anónimo aire nocturno. Casi deja caer la linterna cuando huye torpemente retrocediendo por el límite de la marea hacia los bloques de piedra batidos por la pleamar del embarcadero.

—Gallina estúpida, tira la linterna. ¿Cómo voy a hacer mi trabajo contigo debajo de las faldas de mamá todavía?

La áspera tela de su puño en la boca... tiró la linterna a Piao, y se perdió en un profundo pliegue de oscuridad; el muro de piedra fría recibe su peso. Durante unos segundos, ojos cerrados, que no obstante todavía ven los horrores que ha iluminado el haz. Fotogramas subliminales que forman una imborrable película sin fin dentro de su cabeza. Ahora parte de su vida. Una parte terrible que estaría siempre allí. Se sentía sucio... desgarrado.

Todos han sido niños. Todos han sido hijos de alguien.

—Jefe, deshágase de este jodido trabajo. Quiero decir que los mire, coño. Esto debería recaer en el Estado. En el puñetero Partido. Son funcionarios...

Se seca los brillantes hilos de esputos de los labios, la barbilla.

—... oiga, deje que vaya a la radio, que se ocupen los de Seguridad. Esto es cosa suya. Déjeles que se enmierden los zapatos ellos por una puñetera vez.

El inspector jefe miró con dureza hacia atrás sin volver el cuerpo. El haz de la linterna destaca con dureza el lado de su cara delgada. Frente. Mejilla. Barbilla. Fríamente cromadas. Yaobang reconoció la mirada grabada en los cansados rasgos. Ya la ha visto antes. Problemas... pronunciado con mayúscula. El estómago del Grande volvió a hacer borborignos. Esperaba que aquello fueran los efectos del *Yoe Bing*... el enorme pastel de hojaldre que se había metido entre pecho y espalda a toda prisa con el té. Pero sabía, y lo lamentaba, que no era eso. Su estómago, siempre un barómetro preciso de cuanta mierda le salía al paso. Y justo ahora los datos del barómetro eran de una escala jodida.

—Vete a la radio...

Piao murmuró las palabras casi sin darse cuenta, con su atención clavada en los cuerpos. En los brazos gélidos, entremezclados, que parecían alargarse esperando abrazar una luna como una uña anclada en las ramas con nidos de cuervo de los árboles del cercano parque Huangpu.

El Grande se abrió paso con dificultad entre la basura. Subió los resbaladizos escalones del embarcadero. La boca amarga de bilis.

A cada respiración lo recordaba...

Todos han sido niños. Todos han sido hijos de alguien.

Sólo cuando llegaba a la carretera dijo el inspector jefe:

—Dile a control que necesitamos más hombres y focos. Montones de focos. También quiero que Wu venga aquí inmediatamente. Los cuerpos... hay que sacarlos del barro y peinar la zona antes de que suba la marea y nos quedemos sin ese jodido montón...

Una pausa de segundos. A lo lejos, en la noche, ladra un perro. Un coche que se resiste a arrancar. Un remolcador que gime al pasar río abajo... luces en movimiento dentro de un constante fundido en negro.

—... y Yaobang, díles que no se lo cuenten a nadie. Nada de irse de la lengua. Éste es un trabajo de la policía. Un trabajo mío. No quiero que los de esa mierda de seguridad del Departamento Trece se me echen encima, ¿entendido?

Asintió con la cabeza, aunque sabía que Piao no lo estaba mirando. El estómago le protestó más furiosamente que nunca.

—A tomar por culo... —gruñó, aflojándose el cinturón del pantalón según se dirigía al coche.

* * *

Una hora fría, oscura, antes de que llegara la primera tanda de focos y hombres. Una serpiente verde oliva de policías sale en tropel de diversos vehículos. Hombres sacados del mismo molde... cuerpos delgados y frentes despejadas. Una hora y media antes de que los focos apartaran a un lado la oscuridad como haciendo palanca con un arco voltaico blanco... cegador. Sombras, como afilados centinelas. Dos horas y media antes de que llegara el doctor Wu, con la vista cansada y murmurando, a la orilla de un Huangpu que estaba empezando a subir. Entrar en la vida con el rubor rosa pálido de un bebé. Tres horas y media antes de que Piao aparte al médico del violento arco de luz del mediodía y lo lleve a la astillada penumbra del muelle de madera para un informe preliminar.

—Tenemos a ocho que ya no están vivos.

El inspector jefe se hundió más profundamente en las sombras, donde Wu no le pudiera ver la cara.

—Quiere decir que están muertos. Tiene ocho cadáveres para llevar a su congelador, doctor.

El telón de la sonrisa de Wu se abrió un poco; asomaron las pasiones, la impasibilidad exterior atravesó sus ojos... un pesado telón de terciopelo de forzada disciplina.

—Tenemos a ocho a los que no posee la vida.

Estúpido cabrón. Treinta años de médico y todavía no puede pronunciar esa palabra. Esa especie de palabrota. Muertos... ¡están muertos, joder!

Pero no iría a ninguna parte tratando de hostigarle. Wu, que en un tiempo debía de haber tenido el aspecto y los atributos físicos de un orgulloso y estudioso orangután, pero que desde entonces había menguado hasta parecer un arrugado mono ardilla, era un *Wenming* profesional... un hombre civilizado que se regía por los antiguos usos. Que se guiaba por el Libro de los Ritos para adecuarse, para responder a las necesidades de la vida en sociedad.

Piao notó que la sonrisa empezaba a congelársele en los labios... quedaba fija en ellos como la de un perro en mitad de la carretera, aplastado, con la lengua asomando. La sociedad en la que él y los demás agentes de la brigada de homicidios se movían no tenía esas limitaciones. A él le gustaría que las tuviera. No había amabilidades en esa sociedad. Ni reglas. Ni límites a los que aferrarse. Sólo un carrusel desdibujado por la velocidad y los colores. Un choque directo entre los antiguos usos y el nuevo orden. Una sociedad con armas, donde antes no había habido armas. Una sociedad de castigo y muerte rápidos, donde antes el mayor castigo había sido el de una dignidad herida. Le alegraba que Wu no pudiera verle los ojos. No decían amabilidades, sólo decían:

Tus antiguos usos están muertos, anciano... y ahora todos estamos jodidos.

—¿Sexo?

El médico se sonrojó visiblemente, sonreía con amargura.

—¿De qué sexo eran, doctor, esos ocho a los que la vida ya no posee?

—Una mujer. Siete hombres.

Siete hombres. Ni siquiera la máscara de una sonrisa serena podía ocultar la conmoción, el significado que el número siete hacía asomar a la cara de Wu. El inspector jefe conocía las palabras que zumbaban en la cabeza del anciano... las palabras que ya estaban enredándose en las comisuras de su propia boca.

*En Xun, qué fría es la primavera
allí, bajo aquella corriente están sus siete hijos,
madre del dolor.*

Siete, el símbolo de la perfecta prosperidad. ¿También sabían los asesinos ese mismo poema del Libro de las Odas? Cuando desgarraban a sus víctimas, las unían con cadenas y luego las bajaban a las negras aguas del Huangpu, también habían recitado las palabras...

*Suave, el viento sopla del sur.
Suave, el viento sopla del sur.*

Un fuerte escalofrío que le recorre. Piao se cruza de brazos, interrumpiéndolo.

—¿Qué más tiene? ¿Hora, causa de la muerte? ¿Algún indicio de su identidad? Sorpréndame, doctor. Sorpréndame.

Wu se movió incómodo. Frío, el barro. Inunda sus zapatos, su alma. Piensa en las botas de agua de su despacho. Piensa en las cadenas. Los cuerpos... y los agujeros negros, sin sangre, que los atravesaban y atrajeron su atención, como el ojo de la aguja atrae el hilo.

—No le puedo decir nada. Yo soy médico. Un científico. No ando rebuscando en los basureros.

Piao salió de las sombras. Cara a cara con Wu. El viejo olía a bolas de naftalina, a una vesícula poco de fiar. Su boca de salsa a la pimienta y palabras pegajosas. Al mirarle profundamente... al ver el miedo pisoteando lo profundo de los ojos del médico. Casi se olía. Se reconocía. Y se comprendía, pero sin quererlo. Sin quererlo nunca...

—¿Qué es esto, Wu? ¿Lo ha visto antes? ¿Qué sabe de esto?

Una sonrisilla violenta del médico; una hilaridad sin alegría que se cerraba tensa sobre su cara y daba la impresión de contraventanas de acero que encajan al cerrar.

—No me eche encima esta mierda, Wu, no me haga cargar con esto, a mí no. Sabe algo, ¿verdad? ¿Verdad?

Nuevamente la risa. Sólo un sonido. Cristal cortante sobre cristal cortante. En sus ojos nada excepto un secreto y la raíz de un miedo anónimo. Piao cometió un error y puso una mano encima del hombro huesudo del médico, puenteando el abismo físico de la cortesía... haciéndolo ahora todo posible. Destapó la ira de Wu. Las pasiones a merced de los elementos. El viejo siseó. En voz baja. Sólo para que lo oyera el inspector.

—Yo no quiero este caso. Ni estos cuerpos. No los reconoceré aquí ni en ningún otro sitio. No serán admitidos en mi laboratorio...

Los ojos se le estrecharon, y la voz con ellos. Palabras, con el calor de un lanzallamas en la mejilla del inspector jefe.

—... déjelo, Piao. Deje este caso como lo estoy dejando yo. Usted no tiene nada que ver con él.

—¿Nada que ver con él? Hay ocho cuerpos ahí, en ese jodido barro. Siete hijos y una hija a los que ya no posee la vida. Usted es el jefe de la policía científica ríe la ciudad, no me toque los huevos. Es trabajo suyo hurgar en los cuerpos... pero, ¿en estos cuerpos no? ¿Qué me está contando, Wu, que son asesinatos de los que usted sabe algo? Asesinatos oficiales, homicidios autorizados... ¿por la Seguridad, el Estado, el Partido?

Con un hipo de sorpresa, Piao se da cuenta de que su mano está otra vez en el hombro del médico; aprieta más según añora su enfado. La deja allí.

—Deme las malas noticias que están en el fondo de sus ojos, abuelo, o hay un edificio alto con una larga caída esperando por usted.

—No me estará amenazando, inspector jefe.

Cortante, un cuchillo afilado en un cerdo muy gordo.

—... cuente, eso me ayudará...

Mejilla junto a mejilla. Boca pegada a la oreja. Echándose el aliento.

—... o será mejor que empiecen a crecerle alas.

La sonrisa de Wu se convierte en una mueca, como si hubiera pisado un montón de mierda.

—Es usted peligroso, Piao. Levanta olas donde no las debería haber. Tenga cuidado, inspector, los que no saben nadar a veces se ahogan en las olas.

—Muy poético, doctor, pero ¿qué coño se supone que significa?

—Significa, inspector jefe, que usted se debería ir. Como ha hecho otras

veces. Como hemos hecho todas otras veces. Irse. «Al que temple y afila constantemente su espada, ésta no le durará mucho.»

Wu se alejó lentamente del muelle, sombras cebradas recorrían su cara cuando se dirigía embarcadero arriba hacia el Bund. Pasó junto a Yaobang cuando alcanzaba cansinamente la parte de arriba de los escalones.

—¿A qué viene esa jodida prisa, doctor? ¿Todo listo para que empecemos a cargarlos en la furgoneta?

El viejo levantó una mano e hizo un gesto de despedida como si estuviera espantando una molesta mosca. Una sonrisa grabada en la cara. Mirada recogida. Mira hacia dentro y se clava en un horizonte oscuro. Sigue andando. Ni una sola palabra le sale de los labios mientras le envolvía la noche. Un coche tose adquiriendo vida. Faros que esparcen un blanco violento. Sombras a toda velocidad, formas cambiantes. Un amanecer prematuro. Muy rápido, el viejo se aleja en coche.

—¡Joder, jefe! ¿Qué le pasa al viejo cabrón? Nunca creí que llegara el día en que le vería perdiendo el culo por unos que están tiesos. Creí que él ya lo había visto todo.

—Estaba...

Piao salió de debajo del muelle. Sombra, luz, sombra, luz... ante los ojos. Siguen el camino que ha tomado el viejo.

—¿Entonces qué pasa, jefe?

—Lo que pasa es que nuestro apreciado doctor no quiere tener nada que ver con nuestros amigos llenos de barro de ahí.

El inspector jefe escupió al viento, en dirección a los cuerpos.

—... no quiere tocar nada. Sabe algo y no quiere ni reconocerlos.

—¿Puede hacer eso el jodido, jefe? ¿Negarse a hacer una autopsia?

Barro más profundo. Piao va delante, el Grande le sigue. Un débil tufo a mierda les asalta las narices.

—Bueno, es lo que ha hecho. ¿Qué coño hacemos ahora nosotros? Ocho jodidos cuerpos y sin sitio al que llevarlos. Ni idea de quiénes son, de cómo murieron... y si alguien con la fama de Wu no se quiere enterar, entonces apuesta lo que quieras a que tampoco se querrá enterar nadie más.

—Joder. Pero, no se referirá al comisario, ¿verdad?

Barro por encima de los zapatos y pegándose a los bajos del pantalón.

Negro, congelado con la luz blanca del arco voltaico.

—Mira, cateto, yo no quiero ser el que te desilusione, a menos que no me quede más remedio, pero el comisario Liping es como todos los demás comisarios de policía, un político antes que un policía. Tiene más pies en más sitios que un ciempiés corriendo un maratón. Si esto le apesta a Partido, como nos apesta a nosotros... o no puede sacar tajada de ello, se lo quitará de encima. Y a nosotros con ello.

—Es usted un jodido cínico, ¿verdad, jefe?

Barro más profundo. Piao va delante, el Grande le sigue. Un oasis de focos cegadores. El inspector vuelve la cara con los ojos entrecerrados.

—Eso me mantiene vivo...

Escupe otra vez en dirección a los cuerpos. Esta vez con el viento a su favor, el salivazo aterriza entre los pies de ambos.

—... el cinismo es sano. Ya me gustaría haber podido darles ese consejo.

Segundos de silencio, interrumpido únicamente por la respiración del tráfico que empieza a recorrer Shanxilu.

—Quitándose el jodido caso de encima, ¿eh, jefe?

Piao se rió. Una risa desechable. Del tipo que parecía haber marcado su vida, su carrera, a intervalos deprimentemente regulares.

—¿Por qué no? ¿Qué son ochos cuerpos en una ciudad de trece millones de habitantes? Además, en mi congelador no hay sitio para ocho fiambres.

—Ni en el mío...

Ríen los dos. Yaobang más alto. Una risa tan libre como un junco que se hubiera soltado de su amarre. El inspector jefe envidió a un hombre que era capaz de soltar aquella risa.

—Hagamos que parezca que nos molestamos... Hacemos un reconocimiento rápido y luego nos libramos del trabajo. Se lo pasamos a Seguridad. Otro para el cajón del fondo de su archivo...

El Grande asintió con la cabeza casi con excesivo entusiasmo.

—... que el fotógrafo haga lo que tiene que hacer y que husmeen en el barro como si buscaran algo que hubiesen perdido. Veremos también qué pasa con los hospitales. Prueba primero con el número 1. El Huangdong, de Suzhou Beilu. A ver si admiten los cuerpos. Si no, prueba en el Jiaotong y también en la Universidad de Fudan. También en la Academia de Ciencias de Xehui.

Limítate a encontrarme algún sitio en el que acepten los cuerpos sin machacarnos a jodidas preguntas, ¿entendido?

—Claro, jefe. Algún sitio en el que acepten los cuerpos sin machacarnos a jodidas preguntas.

Hace con más seguridad su camino por la orilla hacia el coche. En los labios del Grande un temblor constante de palabras medio musitadas, repetidas una y otra vez, como un loro con un trastorno compulsivo.

—... acepten los cuerpos, sin jodidas preguntas... Algún sitio que los acepte, sin jodidas preguntas...

Al llegar a los primeros escalones, se detiene, vuelve la vista sin mover el cuerpo hacia el inspector jefe. Un tipo encallado en tierra de nadie; con barro, desperdicios.

—No se preocupe, jefe, está haciendo usted lo jodidamente adecuado largándose. Usted no quiere investigar esto.

El inspector jefe no contestó. No había oído las palabras que la brisa había robado y arrastrado a la noche. No había oído las palabras esta vez, ni las muchas veces que en el pasado se habían usado palabras similares. Pasó pesadamente un carguero. Vino. Se fue. Ruido. Luces. Y luego silencio y oscuridad, como si nunca hubiera pasado. Como si nunca hubiera hendido la calma del río que él tenía delante. Piao anduvo hasta el mismo borde del Huangpu. El río rozaba la puntera de sus zapatos.

—Mierda.

Una patada al río. Se da la vuelta. Hace el camino de vuelta hacia el mediodía de las luces del arco voltaico; acelera el paso cuando distingue a dos tipos de uniforme, uno de pie, otro de rodillas, al lado de los cuerpos. Los cuerpos... ahora completamente desenterrados del barro ya saciado. Limpios en parte. Una ristra de miembros de arcilla, de torsos. Unidos por un eslabón de acero junto a otro eslabón de acero en una danza paralizada dentro de las capas lechosas de grueso polietileno.

Todos han sido niños. Todos han sido hijos de alguien.

—Oiga, oiga, ésta es una zona restringida, ¿no lo ven? Hay una investigación policial en marcha.

Los hombres se volvieron a medias, ignorando el grito del fotógrafo del departamento que también los había visto; sus livianas estructuras forman

sombras de gigantes. El Grande se interpone en el camino de Piao, interceptándole el paso, con una mano haciendo fuerza en el pecho de su jefe; se mueven en la zona de la orilla donde la sombra se hace carne y tiene un olor propio.

—Deje que le presente, jefe —dijo, guiñando un ojo y hablando por la comisura de la boca, antes de darse la vuelta y adoptar una postura y un tono de voz más adecuados.

—Inspector jefe Piao de la brigada de homicidios del departamento de Seguridad Pública, permítame que le presente al camarada Zhiyuan, presidente del Shiqu, el distrito urbano que administra esta zona. Permítame presentarle también al camarada Shi, del comité de barrio del Partido.

—Ya nos conocemos de antes —contestó fríamente Piao.

Los hombres le sonrieron. Cuadernos de notas en la mano. Dedos manchados de barro del río, que también rezumaba en la parte de arriba de las sandalias que llevaban puestas.

«¿No harán los pies húmedos que los cabrones se larguen más deprisa?»

Piao avanzó, consciente de que sus manos ya se habían convertido en puños. Tendrían que arrastrar un gran peso todas las palabras que quisiera usar. El más alto, Zhiyuan, un *tongzhi*, un camarada de la vieja guardia, tan demacrado, tan estirado como una antigua cicatriz, se puso de pie cuando la sombra de Piao cayó sobre el primero de los cuerpos.

—Me está estorbando usted, inspector jefe. Estaba examinando a estos pobres desgraciados.

—La historia de mi miserable vida, señor Zhiyuan, estorbar a la gente. Pero eso puede tener ventajas en mi ámbito de trabajo.

Una pausa. Piao mentalmente cortaba las amarras que parecían sujetar cada palabra siempre que se enfrentaba a un *tongzhi* de la camada de Zhiyuan. Eso todavía era territorio desconocido... territorio peligroso.

—... no le importará que le llame señor, ¿verdad? Hoy en día se usa tan poco «camarada». Incluso he leído que la mayoría de nuestros escolares nunca han oído hablar de Mao. Imagínese. Supongo que es que los tiempos cambian, ¿verdad, señor Zhiyuan?

—Llámeme camarada Zhiyuan... —corrigió el presidente del Shiqu. Una mirada de reojo. Profunda. Grabada. Dientes como lápidas rotas, manchados

de nicotina.

—... algunos todavía estamos orgullosos de ese título. Combatimos por ese título. Y haría bien en recordar, inspector, que interponerse en el camino de la gente a veces no es bueno para la salud. Supongo que mirará a los dos lados antes de cruzar la calle, ¿no?

Contacto ocular sujeto con remaches. Piao se mantiene firme, con su sombra eclipsando todavía los cadáveres. Nada seguro de haber oído al camarada correctamente. Un repentino escalofrío en el aire. Un borde de cristal afilado. ¿Qué era lo que estaba diciendo el presidente del Shiqu? Zhiyuan encendió un purito. El humo oculta su boca. Un aroma acre de secretos que aventaría cualquier pregunta que quisiera hacer Piao.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir, inspector, que se interpone en mi camino. Que está interrumpiendo intencionadamente mi investigación..., la investigación del Partido en este asunto.

—Ah, la investigación del Partido, ya veo. Estaba equivocado al creer que yo era el que investigaba este caso. Voy a tener que descontarme algo de mi sueldo el mes que viene. ¡No quisiera que el Partido me pagara por un trabajo que no hago!

—Usted ha tenido una bicoca de trabajo y durante años le han pagado por no hacer nada, inspector Piao. Ese tipo de cosas son suficiente prueba de que...

El camarada se volvió hacia los cuerpos en sombra.

—... nos toca a nosotros, al pueblo, al Partido y a los Servicios de Seguridad desempeñar el papel que le corresponde a usted. Ustedes los policías se han vuelto perezosos y han perdido el rumbo. En su trabajo no recurren a los valores del Partido, ni tampoco en sus tratos con la ola de criminalidad provocada por el capitalismo que amenaza a nuestro pueblo y a nuestro glorioso modo de vida.

El inspector contuvo la ira que le subió a las sienes.

—Bonito discurso, presidente. Mejor lo escribe y lo guarda para cuando lleguen las elecciones.

Zhiyuan se rió. Una risa que fue una bofetada que dejó a Piao dedicado a contener su fino agujón.

—Usted es un hombre pequeño en un mundo grande, inspector. Sólo un hombre pequeño con galones dorados en las hombreras. Usted se opone al sistema, al Partido. Abusa de su posición privilegiada, pero no será por mucho más tiempo. El pueblo, los comités, tienen muchos ojos, muchos oídos. Nosotros somos el Partido, raíces y ramas. Lo alimentamos noche y día con todo lo que vemos y oímos. El Partido es minucioso, inspector, y se hace más minucioso según pasan los días. Inspector, pronto se dará cuenta usted de la minuciosidad del Partido.

—¿Como les pasó a éstos?

Piao escupió más allá del camarada a la isla de polietileno en la que yacían los cuerpos.

Todos han sido niños. Todos han sido hijos de alguien.

Ahora se liberan las palabras. Cortadas las limitaciones. Se pregunta qué precio deberá pagar por usarlas.

—¿Está sugiriendo usted que el Partido tiene que ver con esto, inspector Piao? —Zhiyuan reaccionó, el viejo chucho rabioso.

—No, de verdad que no. Sólo es que cuando usted mencionó la minuciosidad, la mente se me puso a funcionar al ralentí. Los inspectores de la brigada de homicidios son así. Un rasgo espantoso que debo haber adquirido por tener este galón dorado en la hombrera.

Se pasó la mano por la hombrera.

—... ya ve, es la palabra «minuciosidad» la que me viene a la cabeza cuando miro a esos pobres cabrones. Minuciosidad, y paciencia, claro. ¿No se había fijado usted, señor presidente? Después de todo, usted está examinando a fondo a estos «pobres desgraciados», como los llama usted. No quisiera que se perdiera usted ninguno de los detalles más sutiles...

Se hace a un lado cuando el fotógrafo realiza su trabajo. Se echa atrás, llenando el encuadre de la vieja Rolleiflex negra y plateada. Una explosión de flashes. Violentos. Fríos. Tonos medios, matices sutiles suprimidos. Del barro, el plástico, los cuerpos que parecen subir y bajar. Arcilla, manchas de piel..., alabastro. Heridas tan negras como el interior de la boca de un podenco.

—... venga, señor presidente del Shiqu, déjeme que le enseñe minuciosidad...

Bruscamente, con resistencia, apartando a los camaradas del camino de la

estudiada danza del fotógrafo, llega hasta el otro lado de los cuerpos. Carne muerta a sólo centímetros y una eternidad lejos de los dedos de sus pies embarrados.

—... minuciosidad, sí, apreciará usted el grado de minuciosidad del que han hecho gala aquí. Deje que le enseñe lo que quiero decir...

Un zumbido. Un clic. Un bombardeo aéreo. Una vez, otra vez, el fotógrafo se acerca para plasmar los detalles. Flashes azules, blanquecinos, le atraviesan los ojos. Todo con su brillante tinte de mercurio. Los ocho, los cuerpos, que se convierten en piedra con cada fotografía. Separados cada vez más de una vida de carne, de calor.

—... tenemos ocho cuerpos en total, encadenados unos a otros por las piernas y los cuellos. Fíjese en las manos de las víctimas. Un total de dieciséis pulgares, sesenta y cuatro dedos, cuyas articulaciones de arriba han desaparecido todas. Limpiamente cortadas con tijeras, ¿está usted de acuerdo? Muy minucioso...

Otro flash. Otro. Le iluminan un lado de la cara. Sabe que debe parecer como si estuviera hecho de acero inoxidable. Espera unos segundos una respuesta que sabe que no llegará. Unos segundos espesos. Piensa en cortafríos, cuchillos de carnicero, cuchillos sin filo. Y se pregunta si ellos también pensaban en esas cosas.

—... las caras de las víctimas. No queda mucho de ellas, ¿verdad? Odontología, arreglos dentales, dientes... podemos saber muchas cosas por los dientes. Edad. Alimentación. Estilo de vida. Clase social. Estado general de salud. Incluso nacionalidad...

Se detiene cuando el fotógrafo se arrodilla frente a él. El visor lleno de cabezas estáticas. Los agujeros de las narices. Embarrado pelo lacio. Pozos negros de bocas retorcidas. A veces en la muerte puede haber una belleza decadente. A veces... pero no en éstos. No, no en estos pobres desgraciados. El flash de la cámara de gran formato. Otro. Otro. La muerte desnuda servida como plato principal, sin guarnición.

—... sus bocas, sus dientes, sus barbillas, todo destrozado. Yo diría que con un mazo muy pesado. También sus caras. Hechas pedazos para dificultar la identificación. ¿Lo ve? Cráneos fracturados. Pómulos. Narices y mandíbulas rotas...

Todos han sido niños. Todos han sido hijos de alguien.

Boquitas dulces junto al pecho. Piao nota que aumenta su ira, ardiente y amarga. Su remolino se arrastra por dentro hasta teñir los bordes de sus palabras.

—... finalmente, los ojos. Pero, claro, señor presidente, ya se habrá fijado... Han desaparecido. Dieciséis ojos, todos arrancados según parece.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco... segundos. Una pausa. Pero ninguna pregunta. Ni una respiración. Labios inmóviles. El aire inmóvil, y el río. Como si el propio tiempo estuviera esperando a que lo rebobinaran.

—... ¿qué opina usted? ¿Eran unos ojos pardos? O puede que azules o grises. A lo mejor incluso verdes... ¿no, señor camarada presidente del Shiqu...?

El camarada Shi, del comité de barrio, cuaderno de notas en la mano, se alejó del charco de luz del arco voltaico tambaleándose. Un espeso surco de vómito señalaba su paso. Muerte y vómito, las dos cosas inextricablemente unidas en la mente de Piao. Muerte. Los hombres creen que se puede controlar. Que uno termina acostumbrándose a su cara como uno se acostumbra a una comida extranjera, extraña, exótica. La ven todos los días en una ciudad que no se arrodilla para ocultarla. Ardiente sangre que fluye en los largos días del verano. Fría y marrón en las horas grises del invierno. Y entonces esto...: una visión que quedará colgada encima el resto de tu vida, que girará. Una visión que no suprimirá un parpadeo. Piao notó que el brote de la náusea desplegaba sus pétalos en el fondo de su garganta.

—... éste es un tipo de minuciosidad que reconoce usted, presidente Zhiyuan. Una minuciosidad que le roba a un hombre el color de los ojos.

Zhiyuan dio la espalda a los cuerpos fríos, encendiendo otro purito. Su rápida mano llena de garabatos y cenizas un cuaderno de notas conforme sigue hablando.

—No estoy aquí para jugar a las adivinanzas, inspector... y mucho menos para que me dé clases un tipo como usted...

El humo de sus labios sale en una cinta de acero continua.

—... se ha pasado de la raya, Piao. Se ha pasado peligrosamente con sus acusaciones...

Se acercó más. Su arrugada piel parecía un plano de las calles del centro

de la ciudad. Su aliento, como humo de tubo de escape.

—... no olvide con quién está hablando. Mis palabras llegarán a oídos de camaradas importantes del Partido. Y el Partido tiene procedimientos para ocuparse de...

—¿... de qué, camarada? ¿Procedimientos para ocuparse de personas como yo? ¿Y personas como ellos también? —le interrumpió Piao.

Una sola palabra que agujerea los anillos de humo del purito cuando éstos dejan los labios del viejo.

—Quizá.

Un siseo, y tan cerca que el aliento de Zhiyuan se entremezclaba con el suyo. Piao piensa inmediatamente en moscas de la carne, vómitos, cerdos muy gordos. De repente se encontró muy mal.

—¿Oyó eso, detective Yaobang? Una amenaza hecha a un funcionario superior en servicio de la fuerza policial de la República Popular China.

—La oí... —contestó Yaobang. Un toque de desgana trezado a sus palabras. Con saliva, espesa y blanca, en los labios, Zhiyuan explotó.

—Mi Comité y el Comité Central sabrán de su conducta obstruccionista, inspector, y de sus viles insinuaciones de que esos asesinatos fueron llevados a cabo en nombre del Partido y del Estado...

La negra colilla se le cae de los dedos. Un siseo cuando llega al barro. Su punta naranja agoniza hasta el gris.

—... espere una llamada a su puerta, Piao.

—Subinspector Yaobang, por favor, acompañe al camarada Zhiyuan y al camarada Shi a sus coches, se marchan. Tienen que terminar un extenso informe.

Contempla cómo se encogen sus sombras cuando se alejan andando. La oscuridad se los traga. Piao mastica la punta de su odio. En la boca, sabor a metal pulido. A peligro. Escupe, pero no puede librarse de él. De cuclillas, con los ojos cerrados durante unos segundos... ¿o fueron minutos? Anhelando el sueño, pero sabiendo que no le ofrecería descanso. Detrás de los negros velos de sus párpados todavía veía a los policías aliviando sus vejigas. La luna creciente ya en vuelo por encima del río. Y los rostros blancos como el papel, con las cuencas de los ojos borrosas, sin ojos. Dicen que los ojos de los asesinados conservan una última imagen ardiente del que los mató. ¿Era el

Partido el que robaba los cuerpos de este último cuento para viejas?

Con la decisión tomada, y tomada a contrapelo y contra todo instinto de supervivencia que los quince mil días de su vida en Shanghai le habían proporcionado, Piao se levantó, gritando a un grupo de policías que estaban fumando, chismorreando, meando en el barro.

—Lo aceptamos, el caso es nuestro...

Un murmullo de descontento. Colillas de cigarrillos China Brand arrojados al río. Cremalleras de braguetas que se cierran.

—... cárguenlos en el furgón y no los dejen caer en el embarcadero, ya han tenido bastante.

Las oscuras formas se despegan unas de otras, cruzan la isla del arco voltaico. Un breve borrón de actividad. El sonido de cortafríos contra las cadenas de acero. Ponen láminas de polietileno en torno a los cuerpos, ya separados. Ataúdes de fibra de cristal que aceptan su carga. Gruñidos cuando los levantan. Ocho ataúdes. Ocho gruñidos. Ocho cuerpos. Una lenta línea que se teje en la blanda orilla en sombra. Se tambalean, vacilan al subir los escalones hacia el Bund. Las puertas del furgón se abren. Los ataúdes se deslizan dentro. Las puertas del furgón se cierran.

Piao serpenteaba sobre las líneas dejadas por las botas de agua hasta la rodilla de los policías; camina con cuidado por el barro. Un trabajo desagradecido. Lo sabía, ya lo sabía... aquellos asesinos no dejarían tarjeta de visita. Aquellos asesinos no dejarían nada excepto a sus presas destrozadas. Alzó la vista, más allá de las hacinadas gradaciones del gris del parque Huangpu. Ahora las nubes se deslizan ante la luna, la alcanzan y la tragan entera. Iba a ser un día de un gris acero bruñido. Él esperaba que el rojo del óxido lo decolorara.

Capítulo 2

*Suave, el viento sopla del sur,
acaricia los racimos de moras.
Santa madre, madre buena,
yo fui hijo tuyo.*

[Washington D. C. Estados Unidos De América]

Ella supo que estaba muerto en aquel mismo momento, en aquel mismo instante; por encima de ella, por encima de todo. El grito que le llenó la cabeza al despertar de un profundo sueño. Su propia voz gritando el nombre de su único hijo...

—Bobby.

Tan clara, tan pura como una esfera de cristal que se hace pedazos en un suelo de mármol.

—Dios... Dios... Dios...

Tiembla. Oye sus propias palabras, sus súplicas, que parecen atravesar la noche como el alfiler de acero empala una mariposa. Y todo el tiempo el nombre de él ardiendo en su interior. Una indigestión de pérdida, dolor y recuerdos desbordantes, inconexos. Y ella sabe que es demasiado tarde. Ya... demasiado tarde.

* * *

Ahora calma. Alcanza el teléfono. Contar...

UNO... DOS... TRES...

Brandy en una mano. Una carta, escrita por él, con el número de teléfono... en la otra mano. Y todo el tiempo, realidad e intuición en un fiero cuerpo a cuerpo para conseguir su atención.

—Bobby... Bobby...

Contar. Despacio.

CUATRO... CINCO...

No puede ser verdad... no puede estar muerto.

El número de teléfono, interminable. Hacia la mitad se dio cuenta de que había confundido un número. Un cinco por un cuatro. Él tuvo siempre una letra muy mala, caótica; como si su mente estuviera en colisión frontal constante con ideas, programas. El cerebro le funcionaba más deprisa que la mano. Un cinco por un cuatro. El dolor presionaba con más fuerza. Volvió a marcar, contando...

SEIS... SIETE... OCHO...

—Vamos, vamos.

La conexión adquirió vida con un clic. Un ring, repetido.

Que esté ahí, por el amor de Dios, que esté ahí. Que yo esté equivocada.

Por favor, Dios mío.

Un ring que se repite a sí mismo.

Estúpida. Estúpida. Contestarán al teléfono, le pasarán la llamada a su habitación. Estará allí. «Hola, mamá, ¿cómo estás?» Igual que unos días antes... una semana antes... un mes antes. Estará allí. Estará allí, ¿verdad, Dios mío?

Respondió una voz de mujer. Adornado con un acento chino, pero un inglés rígido, almidonado y muy correcto.

—Buenas tardes, hotel Shanghai Jing Jiang. ¿En qué le puedo ayudar?

—¿Puede ponerme con el señor Hayes, habitación 201? Gracias.

Segundos de silencio pautados por sus propios latidos.

—No tenemos a ningún señor Hayes en la habitación 201.

Deja el brandy. Le laten las sienes, suda pegada al plástico del auricular. Contar otra vez...

UNO... DOS... TRES...

—¿Está usted segura? La habitación 201 era su habitación. Estoy segura. Puede que haya dejado el hotel, o quizá cambiado de habitación. ¿Puede mirar

otra vez, por favor? Es urgente.

—Lo siento, señora, pero en el hotel no hay ningún señor Hayes.

—Mire, compruébelo otra vez. El nombre es Hayes. H-A-Y-E-S. BOBBY HAYES.

Un silencio más largo. Lejanos fragmentos de conversación en chino que juegan al escondite más allá de él. A cada segundo, la sensación de un pasillo interminable entre ella y Bobby con puertas que se cierran de un portazo. Terminar el brandy. Disfrutar de su ardor. Contar...

CUATRO... CINCO...

—Señora, hemos comprobado a fondo nuestros registros y no conseguimos encontrar ninguna referencia al señor Bobby Hayes. Debe de estar equivocada. Debe de haberse alojado en un hotel diferente.

—Pero si yo le he telefoneado a ese hotel por lo menos tres veces por semana, por el amor de Dios. He hablado con él hace sólo un par de días. Sé el número de teléfono de memoria, 53-42-42. Tengo cartas tuyas escritas en el papel de ese hotel. ¿Suena eso a que se alojara en otro hotel?

La voz del otro extremo de la línea, del otro extremo del mundo, esta vez fue más insistente; casi brutal, cortante en su heladora seguridad.

—Nadie que se llame señor Bobby Hayes se ha alojado nunca en el hotel Shanghai Jing Jiang, señora.

—Dios santo, pero yo estoy segura de que se alojaba ahí. Oiga, por el amor de Dios, ¿quiere? El número de su habitación es el 201. Vuelva a comprobarlo. Hayes. Bobby Hayes. Es alto, más de uno ochenta. Y rubio, muy rubio. No puede habersele pasado por alto. No puede haberle pasado por alto...

Hasta cierto tiempo después no se dio cuenta de que estaba gritándole a un teléfono que había sido colgado. Sólo un zumbido electrónico rompía el monótono silencio. Contar...

SEIS... SIETE... OCHO...

Se quedó sentada un rato escuchándolo, encajada entre la sábana y el edredón. Las preguntas, las dudas, las percepciones, ya la machacaban. Preguntas. Preguntas. Sentada, oyendo el océano de sonido. El tejido de un balbuceo, que parecía adquirir voz, una voz débil que parecía estar diciendo...

—BOBBY ESTÁ MUERTO... BOBBY ESTÁ MUERTO... BOBBY ESTÁ

MUERTO.

Contar...

NUEVE... DIEZ.

Capítulo 3

Fueron al sur, luego al este, cruzan el puente Nanpu... el río, una cuerda negra y gruesa por debajo. Las luces de la ciudad a cada lado atornilladas firmemente. En el propio Huangpu, nada. Nada de vida. Nada de movimiento. Un enorme hachazo ébano que corta Shanghai en dos.

Piao conducía con cuidado, despacio, clavando constantemente los ojos en el espejo retrovisor para asegurarse. El Grande jamás había visto al jefe conducir un coche a ninguna parte; nunca en cuatro años. No hacía preguntas, no serviría de nada. No habría respuestas. Llegan a la avenida Padong. Un elevado y puntiagudo bosque acerado de grúas la flanquea. Un millar de grúas. Un millar de empresas extranjeras reclaman sus derechos en la nueva zona del mercado económico. Alimentadas, siendo alimentadas por el brillante renacer económico. Cinco mil millones de dólares de inversión lavados con la crudeza maniaca de una ciudad fronteriza. El Gran Salto Hacia Delante... el centro del comercio y la banca del mundo hacia el 2010. Una ciudad de cuento de hadas con un millar de promesas; sueños que se alzan en el cielo nocturno en forma de torres prefabricadas de cemento, tachonadas y agujereadas con frías luces. El investigador jefe sacudió la cabeza...

Ganar dinero, ¿tenía que ser tan feo?

Piao se apeó del furgón, el zapato se hundió en una cagada de perro.

—¡Hay que joderse!

Se quitó la mayor parte frotándolo contra una cerca metálica que bordeaba una obra que parecía no tener fin. Una jungla de andamios de bambú entrelazados con cuerdas de luz suda. La tierra marrón salía a la superficie en grandes heridas abiertas. Un profundo flujo de agua fétida y fangosa, con los bordes amarillos y adornada con arco iris de vertidos de petróleo. Muy cansado, pero si cerraba los ojos todavía habría visto sus dedos limpiamente

cortados. Sus caras destrozadas. Los oscuros y vados pozos que una vez fueron sus ojos. No cerró los ojos.

Metió la mano dentro por la parte de arriba de la ventanilla del pasajero, la de Yaobang. El fruto de la danza del fotógrafo colocada en su palma. Cuatro carretes de película, tranquilizadamente grandes, sólidos. Se los metió en el bolsillo; en su cara una pregunta. El Grande negó con la cabeza. Siete llamadas y ningún hospital, ninguna universidad que quisiera aceptar a los pobres cabrones que habían desenterrado del barro del Huangpu.

—Hay que joderse... —fue todo lo que volvió a decir Piao.

Cruza el pontón de tablas hasta la nueva cabina telefónica. Una breve conversación. Animada, pero breve. Estaba otra vez dentro del coche antes de que el Grande hubiera llegado a encender su cigarrillo. Diez fen menos, un millar de Yuan más contentos.

—Su hermano... —Piao hizo una pausa para encender su propio China Brand con el abollado encendedor del Grande.

—... todavía está en el instituto, ¿no?

—Mmmm —Yaobang da una chupada a su cigarrillo, sus labios besan las nubes de nicotina.

—... este año estudia el sistema reproductor humano. Probablemente sea lo más cerca que estará nunca del jodido folleteo.

Risas. Un ataque de humo amputado, saliva y hebras de tabaco.

—... se va dentro de tres meses a Estados Unidos, un programa de intercambio con un gran hospital de Nueva York. El cabrón tiene suerte. Me han dicho que las chicas estadounidenses lo hacen con la luz encendida. A mí me bastaría con hacerlo en el mismo jodido edificio...

Nuevas risas. Piao da caladas a su cigarrillo, que le sabe a todo menos a cigarrillo.

—Él sin duda sabe de estas cosas.

—El primero de la clase, una lumbrera. Mucho ahí, nada aquí...

Yaobang se agarró la entrepierna con las dos manos, sonriendo. Se chamusca la casaca con la punta del cigarrillo.

—No como tú, ¿eh?

El Grande asintió con la cabeza, con la risa convertida en confusión. ¿Un insulto o un halago? Con el jefe nunca estaba seguro. Se quita las manos de la

entrepierna, examina la quemadura de la casaca. No destacaba entre el desfile de quemaduras similares.

—Vete a telefonarle ahora. Dile que lo recogeremos. ¿Dónde vive?

—En la calle Wenan. Pero, ¿por qué, jefe?

—Una hora, en Xizang Lu. El puente que cruza el Wusongjiang.

—¿Pero por qué? ¿Para qué lo quiere?

El inspector jefe arroja por la ventanilla el pitillo a medio fumar. Pone las cinco sudorosas monedas de aluminio de un fen en la palma de Yaobang.

—Limítate a llamarle. Y dile que traiga todo el equipo que necesite para reconocer un cadáver. ¿Te resulta claro ya?

—Pero él no tiene experiencia en ese terreno, jefe. Quiere ser un jodido ginecólogo.

Piao se echó hacia delante, abriendo la puerta del furgón. El Grande no hace más preguntas. No servía de nada. Estaba a medio camino de la cabina telefónica cuando el investigador jefe le gritó.

—Y dile que no se lo cuente a nadie. Ya hemos encontrado suficientes cuerpos en el Huangpu para una semana.

La lluvia estaba empezando a caer. Una lluvia fina, que parecía sin fuerza, agotada, pero que se las arreglaba para empapar todo lo que tenía a su alcance en cuestión de segundos. Yaobang corrió por las tablas, sus nalgas se balanceaban lentamente como dos marineros borrachos adormilados en sus hamacas durante una tormenta en el mar. Constituía un buen blanco. Para cuando llegó a la cabina telefónica, estaba empapado. Refunfuñaba.

—Lo único que espero es que todavía esté jarreando cuando tengas que esperar por nosotros junto al río, hermanito.

Refunfuñaba cuando las gotas se le metían cuello abajo. Cuando la humedad empapaba la delgada tela de su casaca. Murmuraba cuando marcaba el número de teléfono.

La lluvia paró en el instante en que Yaobang terminaba de hablar y tenía que volver al furgón. Se seca la ancha frente con la manga empapada. Deposita más agua de la que seca.

—Que le den por culo —fue todo lo que dijo.

* * *

La calle Yanggao bordea el parque empresarial de Padong, dominada por las sombras. Las torres, unas terminadas, otras no, están en los bordes sin terminar de la calle. Son como agujas sin punta que se estiran hacia las nubes tripudas.

—¿Cómo se llaman?

Piao reajustó el espejo retrovisor, mirando intensamente el interior del furgón; la pregunta hizo nudos en sus cejas e iba dirigida a los dos agentes del departamento de Seguridad Pública malamente sentados, muy incómodos, en el montón de ataúdes. No contestaron. Era la primera vez que el inspector jefe se había dirigido a ellos desde que se alejaron de la orilla del Huangpu. Al Grande no le gustaban nada los silencios, lo mismo que no le gustaban nada los tallarines demasiado hechos. Lo mismo que odiaba las mujeres con dientes de oro. Contestó por ellos.

—El mayor se llama Xin, el más cachorro se llama Wenbiao.

Piao volvió a clavar la vista en la calle, la arteria principal de esta nueva ciudad... llena de luces, pero desprovista de vida. Nota que hace una mueca cuando los faros iluminan el verdoso resplandor de un arrozal entre la hilera punzante de pináculos de cemento. Antiguos y recién nacidos, mantienen un combate de lucha libre entre la pesada maquinaria y el dinero negro.

... pero los trabajadores siempre necesitarán arroz para alimentarse, para ayudarnos al Gran Salto Hacia Delante, para crear...

Se preguntó si algunas palabras, como «arrozal», tenían espacio para respirar en esta nueva era. Si tenían espacio para brotar de la semilla hasta llegar a la madurez que prometían. Las sombras se espesaron, y se encontraron en un valle, un túnel de oscuridad.

—Considérense en una misión especial. Eso significa que sólo me darán cuenta a mí. No opinarán nada sobre lo que vean. Nada sobre lo que oigan. Nada que crean relacionado con este caso. Ni con nadie. ¿Está claro?

Miró por el espejo. Los agentes del departamento de Seguridad Pública del fondo del furgón asintieron como perros, indicando que aceptaban.

—A partir de ahora, y hasta que se termine este trabajo, yo soy el amo de

lo que vean, lo que oigan, lo que piensen...

Sus ojos volvieron a clavarse en el espejo retrovisor. Ellos volvieron a asentir con la cabeza. Yaobang había hecho bien su trabajo. Parecían bien elegidos. Un sabueso entrecano que sólo tenía ojos para su inminente retiro. Huele a pipa de tabaco y a periódicos de hace tres días. Y el cachorro, apenas destetado. Uno demasiado viejo, otro demasiado joven para que los Servicios de Seguridad o los activistas del Partido se hubieran molestado en contratarlos como confidentes.

—... no hablen con nadie de este trabajo. Con nadie. Ni siquiera con sus mujeres.

Xin asintió con la cabeza. Wenbiao levanta la mano como si estuviera en el colegio, como si quisiera ir al servicio.

—Yo no estoy casado, camarada inspector, señor. Ni siquiera tengo novia, bueno, por ahora, en cualquier caso.

Una sonrisa reptaba hacia las comisuras de sus labios, pero Piao le cortó el paso cuando su pie encontró el acelerador.

—Da lo mismo —dijo, y añade en un susurro que se pierde entre el ruido del motor—... un continente inexplorado, las mujeres. El continente más inexplorado.

* * *

Un camaleón urbano.

Las torres con las persianas bajadas. Neones chillones pasan por el parabrisas y la cara del inspector jefe con una constante variación de colores primarios. A Piao no le gustaba nada Pudong. No le gustaba nada Shanghai, pero por lo menos a uno podía no gustarle nada la puta vieja de un modo conocido, cálido. Pero aquella furcia nueva, con los labios pintarrajeados y abriéndose de piernas en la orilla este... sólo podía no gustar nada gélidamente, de un modo distante que reflejaba las curvas de acero y cemento. No pertenecía al lugar, pero se iba a quedar... y que te den por culo.

Miró su reloj, un Rólex falso. La base gris de metal echaba una mirada furtiva desde debajo del gastado baño de oro, como un vecino entrometido

mira furtivamente por la rendija de las cortinas. El hermano de Yaobang estaría cerca del puente sobre el Wusongjiang y el fruto de su propia llamada telefónica estaría madurando en la rama. Tomando las calles menos importantes, puso el furgón en dirección norte.

* * *

Recogieron al estudiante, Pan Yaobang, en la curva de arriba del puente. No se parecía a su hermano. Delgado, alto, con gafas... un flaco brote de soja, frente al bizcocho relleno que era el subinspector Yaobang. También tenían un olor distinto. No olía a sudor de unos cuantos días y a la *hundun tang*, la sopa de raviolis tomada a toda prisa a la que parecen ser adictos todos los agentes del departamento de Seguridad Pública, especialmente durante esas anónimas horas de patrulla que nunca parecen pertenecer del todo a la noche... o al día. No, el hermano sólo despedía aromas extranjeros. De falsos playeros estadounidenses. A jabón de hospital. A pantalones vaqueros recién lavados. Y labios de coca-cola. Al instalarse en la parte de atrás del furgón había dicho:

—Esta investigación será legal, ¿verdad? ¿Una cuestión oficial?

Yaobang casi había vomitado de risa cuando su hermano, el estudiante, se había bajado de un salto del montón de ataúdes en que se había sentado, evitando por poco partirse la cabeza contra el techo de acero del furgón. El jefe había vuelto la cabeza, señalado a los ataúdes y contestado, simplemente y sin ceremonias:

—Es oficial. No puede ser más oficial de lo que es...

Y había añadido, cuando llenaba el depósito de gasóleo.

—... normalmente no circulamos por la ciudad con ocho fiambres en un furgón usándolos de asientos extra, a no ser que sea muy oficial.

El estudiante no había hecho más preguntas. El estudiante había insistido en seguir de pie... seguir de pie durante el resto del serpenteante trayecto hasta el *Patuo* de Yangpu y el pútrido puerto que tenía sus límites en el río.

* * *

Un tajo en el cielo, rojo vivo... justo encima del horizonte. El sol se mueve a través de él con el sigilo de un gato callejero. El inspector jefe lo miraba mientras conducía. Lo miraba cuando iba lanzado entre los dispersos almacenes y grúas que se aferraban a las dos orillas del Huangpu durante veintisiete kilómetros, hasta llegar al punto de confluencia con el Changjiang, el río Largo... el poderoso Yangtze.

Ahora oscuro. Piao hizo girar el furgón una vez más pasado el viejo almacén. Sólo cuando estuvo seguro de que las sombras no ocultaban otras sombras, unas sombras más oscuras, se detuvo en el callejón de adoquines. Una celosía gigante de luz se proyecta sobre los ladrillos amarillentos cuando los faros atraviesan las pesadas rejas de hierro. Tres destellos de las luces largas, las paredes del almacén parecen echarse encima... se abre una puerta en la esquina del muelle de carga. Un hombre sale precipitadamente, corre a la cancela, abre una de las hojas antes de volver corriendo y saltar encima del muelle de carga. Piao entra, hace girar el furgón, yendo marcha atrás hasta uno de los muchos muelles. Ahora el hombre tira de una cadena. A cada movimiento, a cada arco de su espalda, la pared metálica del muelle de carga sube unos centímetros. Un muro de luz, cegadoramente blanca, lo reemplaza. Xin y Wenbiao abren de un empujón las puertas traseras del furgón. El estudiante se da un golpe en la cabeza cuando se mueve sin sentido entre el furgón y el charco de luz del arco voltaico. Echa ojeadas a sus playeros, hace esfuerzos con las dos bolsas de instrumental con las que carga. Una tos gutural. Una peste a gas llenó el muelle; el hombre ahora con una carretilla elevadora, los rasgos definidos claramente por la dura luz que corta a cuchillo. Labios estrechos. Una sola línea oscura de ojos atornillados. Caucho que rechina cuando hace girar violentamente la carretilla hacia el palé en el que están cargando los ataúdes.

—No interrumpan el paso. No interrumpan el paso.

El estudiante, Pan, salta a un lado. La máquina se cruza lentamente en su camino. Las uñas se meten por debajo del palé con cuatro ataúdes. Rompe la luz... sombras alargadas como zancos cuando se hunde en el interior del almacén. Piao y Yaobang se mantienen a un lado, junto a la cabina del furgón.

—¿Quién es ese jodido monigote?

El Grande señaló con la cabeza hacia la carretilla elevadora, cuyo culo

derrama una forma dura sobre los matices magullados casi blancos. Trepando al muelle, el inspector jefe mira al callejón de más allá de la cancela. Entrecierra los ojos. Las sombras se han desvanecido, los adoquines reflejan apagadamente la celosía bañada en luz. Escamas del Dragón que iluminan un sendero hasta su puerta.

—Al menos podrían poner un jodido anuncio —dijo en voz baja.

—Perdone, jefe, ¿qué ha dicho?

Ayudándole con una mano, Piao hizo subir al subinspector al muelle de carga... piensa en cerdos en canal, mitades de vacas.

—Dije que ese «jodido monigote» es primo mío...

—Mierda, lo siento, jefe. No lo sabía, no se le parece nada.

—... primo mío por parte materna.

Aguas profundas. Aguas difíciles. Yaobang se disculpó, y ayudó a los demás a cargar en un palé vacío los ataúdes que quedaban.

La ventanilla de la puerta trasera del furgón estaba cubierta de polvo, distorsionaba, tenía una raya que le salía de la esquina izquierda de arriba... Con todo, Piao pudo distinguir sus propios rasgos y apreciar que no eran chinos. Era evidente que no de pura raza. Los ojos redondos, iris de un azul de pelota de playa. La nariz pequeña, afilada. La piel era demasiado rosa, demasiado blanca, para tener unos antepasados chinos puros. Los rasgos de su padre. Piao escupió en el suelo. Los de su padre... una ráfaga de insolentes genes estadounidenses que se abrían paso entre unos centenares de generaciones de chinos. Apartadas con facilidad. Apenas un rastro de su madre. Heredados sólo los dones, las maldiciones de un diplomático sujeto con una cuerda larga e insegura. Un «yanqui» de ojos azules salido, dejado en libertad en la tienda de caramelos sin vigilancia. Sin ninguna. Se atiborraba de todo lo que antes le habían negado. ¿Todavía era él, ese reflejo rajado en la ventanilla trasera del furgón, el triste resultado de la unión incluso después de todos aquellos años? ¿Sólo el rastro de vómito de alguien que ha comido demasiado en la mesa?

La vergüenza marca, corroe como lo hace un cáncer. La vergüenza, una comida que ni siquiera elegiría un cuervo. Piao cerró las puertas del furgón de una patada, siguiendo al segundo palé de ataúdes hasta el chaparrón de luz de focos.

* * *

El puente Yangpu, empresa de importaciones y exportaciones cárnicas.

El inmenso interior del almacén... cuatro hileras de bancos de acero inoxidable que se extendían por casi toda su longitud. Sobre cada uno de ellos un carril, un carrusel de ganchos para la carne en los que se podían mandar animales abiertos en canal recién sacrificados de hombre a hombre. De proceso en proceso. Sangre. Tripas también fuera. Limpiar con mangueras de alta presión. Deshuesado. Sazonado. Hacer porciones. Antes de entrar en el departamento de empaquetado de la misma planta del almacén. Después de eso, el río y la bodega de carga refrigerada vacía de un barco que esperaba. Sangre y desperdicios, subproductos de la matanza, irían por canales estrechos que bordeaban los dos lados de las largas hileras de bancos. También del suelo. Fluía, medio líquido, medio sólido, por grandes rejillas que desembocaban en los desagües. Corrían por ellos ininterrumpidamente hasta el río Huangpu. Durante las épocas de mucho trabajo, año nuevo, fiesta del trabajo, o festivales de la linterna y el dragón... las aguas del Huangpu estaban rojas en las cercanías del almacén... Noche y día... rojas.

* * *

—Ahí, déjenlos en el banco del centro.

Xin gime cuando estira la espalda. Wenbiao levanta los cuerpos. Aparta los ojos. Trata de contener la respiración, se tapa la nariz. Las láminas de polietileno manchadas de sangre. Pequeños charcos de meados colorearon el agua del río. Y luego el olor cuando los desenvolvían. Un olor que había quedado en el barro espeso de la orilla, en la frialdad del río, pero que ahora revivía... dulzón, amargo, terrenal. Un olor que se instalaba en cada extremo de la vida, como los sujetalibros. Un olor a nacimiento. Un olor a muerte.

Dejan el polietileno en el banco de acero inoxidable. Los cuerpos encima del polietileno. Dedos y cabeza. Dedos y cabeza. Dedos y cabeza. Ocho veces. Ocho caricaturas de la forma humana. Trece metros y pico de

humanidad agujereada, dispuesta para el basurero.

Todos han sido niños. Todos han sido hijos de alguien.

Piao escupió en el desagüe, respirando a fondo, largamente. El aire tenía un sabor, un olor, una firma de todos los cuerpos sobre los que se ha inclinado. No había escapatoria; los cuerpos alargados asaltaban cada uno de sus sentidos. Ejercen sobre todos los del almacén un poder hipnótico. No era posible escapar.

En lo más profundo de su oído notó un zumbido como de odio. No lo podía entender. ¿Le importaban de verdad aquellos cuerpos destrozados o sólo había llegado el momento de sacar la cabeza del mar de mierda en que la había tenido hundida todos aquellos años? ¿El momento de dejarlo? No estaba seguro. No lo sabía, aquello lo hacía incluso peor.

Por lo menos deberías saber por qué te suicidas. Por lo menos deberías saber por qué.

Té... dulce, fuerte. Su aroma se llevó con él la muerte de su nariz. Se estiró por el cuenco. El rostro de Mao, rayado, casi borrado, pero todavía sonriente, le devuelve la mirada desde debajo del saltado barniz. Piao le dio la vuelta al cuenco, entre el humo concentró la vista en el estudiante que se apoyaba en una pared gastada, de ladrillo visto, salpicada de sangre.

—Son todos tuyos...

Señaló con la cara de Mao hacia los ocho. El té le corrió entre los dedos.

—¿Ahora?

El inspector jefe veía miedo en la sequedad de los labios del estudiante, Pan. En el dardo de su mirada. En las cálidas, en las acres notas que ahora percibía su olfato.

—... sería conveniente que antes de que acabe la semana que viene. No van a ir a ninguna parte, pero necesitamos saber de ellos.

Bebe del tazón de Mao, larga y profundamente. El té estaba demasiado dulce, demasiado dulce de verdad. No era el momento para un té que estuviera demasiado dulce.

—... y están los asesinos a los que hay que atrapar y de los que ocuparse.

Otro sorbo. Otra mirada, furtiva, como de conejo, que lanza Piao a los cadáveres sin volver el cuerpo.

Mierda... para él son los primeros. El tipo no ha visto nunca un fiambre.

—Yo creía que sólo era uno. Mi hermano me dijo que era uno.

—No, no, hay ocho, sin ninguna duda. Pero piensa que sólo es uno. Uno, pero ocho veces. De modo que no te fijas en la hilera, concéntrate únicamente en aquel del que te estés ocupando en cada momento. Es algo que yo aprendí hace tiempo...

—En la universidad no nos enseñan psicología policial.

—... tampoco nos enseñan psicología policial en la policía. Yo lo aprendí cuando era cajero en el restaurante de mi tío, cerca del parque Yichuan. Los viernes por la noche había peleas y platos de comida tirados por todas partes. Mi tío me daba unos golpecitos en la cabeza con sus mejores palillos de hueso... «Fíjate en la caja registradora y en el dinero de los clientes. En la caja registradora y el dinero. En nada más».

El estudiante intentó sonreír. La cosa no funcionó.

—Pero yo no tengo experiencia. Nunca he reconocido a un cadáver. Estudio ginecología.

—Sí, tu hermano lo mencionó de pasada. Muy bien, están muertos, pero no puede ser diferente que reconocer a los vivos. Y mira el lado bueno, por lo menos nadie se quejará porque tengas las manos frías, ¿verdad?

Piao, pasándole una mano por encima del hombro, lo llevó hacia la hilera de bancos. Gotas de agua rojo-amarronada corrían de la carne al plástico y al desagüe de acero.

—Subinspector Yaobang, dale un té a tu hermano. Es lo menos que podemos hacer por nuestro nuevo forense.

Camina por delante de los cuerpos: nudillos como cráteres de la luna que se ponían blancos como el hueso cuando el estudiante cargaba con sus bolsas de instrumental. El inspector jefe agarró las manos de Pan con la suya. Le estiró los dedos, soltó las bolsas encima del banco cuando se detuvieron. Los dedos del pie del último cuerpo se rozaron muy suavemente con la imitación de cuero. La brillante cremallera dorada. Piao abrió las dos bolsas y sacó su contenido. Toallas, desinfectante, un envoltorio de guantes de operar, una cartera con instrumental metálico: bisturís, sondas, pinzas... una linterna, plaquetas, una gran lupa, unas cuantas bolsas de plástico con autocierre, termómetros, algodón. Pero lo que más llenaban las bolsas eran libros. Tomos gruesos, muy hojeados. Volúmenes de anatomía humana. Medicina forense.

Libros más delgados, menos hojeados sobre el estudio de los cambios que acontecen tras la muerte. El cálculo del momento de la muerte... enfriamiento, putrefacción, *rígor mortis*, contracción cadavérica, lividez. La muerte, y su eslabon por un universo de acontecimientos *post mórtem*. Todo servido en letra de imprenta negra sobre papel blanco... muy clínico. Ni un cuerpo, ni una tira de piel dentro de los libros. Ni un olor. Ni una gota de apestosa agua teñida de rojo.

—Impresionante para un principiante. Wu normalmente llevaba un termómetro, unas pinzas, una bolsa de plástico y un par de calcetines para cambiarse...

El estudiante hace otro intento por sonreír; para el mundo resultó una mueca. Piao se dirigió al pequeño despacho.

—... límitate a hacer lo que puedas. Trata de darnos alguna idea de las causas de la muerte. De la hora de la muerte. Una idea de sus edades. Quizá nacionalidades. Quizá incluso el tipo de vida que podrían haber llevado...

El inspector jefe se dirigió al pequeño despacho... duras sillas de madera y paredes descoloridas. Trata de tomar otro té. Cambia de tazón. Coloca la sonriente cara de Mao contra la pared gris, y la cambia por un tazón con una vista de Hong Kong aprisionado entre rejas de manchas alargadas de tanino.

—... la muerte pudre el alma. Ninguno nos acostumbramos a eso, da igual lo que podamos decir...

Toma un largo trago de té.

—... sólo lo hace soportable la posibilidad de atrapar a los asesinos. Eso evita que uno tenga ganas de vomitar todo el tiempo. De modo que piensa en los asesinos, eso siempre ayuda...

Otro largo sorbo de té. Se pregunta por qué la segunda taza sabe siempre mejor que la primera.

—... piensa únicamente en los malditos asesinos.

* * *

El barro del río se desprende. Los muñecos de arcilla se despiertan. La larga mano de Yaobang desvía el chorro de agua, tranquilizándolo. La cascada aclara lo oscuro, casi como una luna llena que se desliza entre un espeso

manto de nubes.

Rasgos perfectos, rasgos imperfectos. Una mandíbula que había sido cuadrada, exigente. Pómulos una vez orgullosos, bellamente definidos. Cejas que se estrechaban en un delicado brochazo. Pelo negro medianoche, suelto y ondulando en una frente sin arrugas. Una sombra de barba. Un grano. Un lunar. La raya pálida de una antigua cicatriz.

Y las mutilaciones.

Piao sigue al estudiante, el estudiante sigue al Grande de cuerpo en cuerpo... en cuerpo. Yaobang murmura una vez, y otra, y otra.

—Madre mía. Madre mía. Madre mía —cuando el chorro de agua de su mano desvela los horrores. Los horrores.

El estudiante se dirige al primer cuerpo, lentamente. Al primer cuerpo. Lentamente.

Nadie corre nunca hacia su primer cuerpo.

Tiene las manos húmedas. El primer par de guantes se desgarran. Molesto, se pone un segundo par. Luego se limpia las gafas. Algo que retrase los segundos, los minutos.

No esperes para empezar... nunca esperes para empezar.

Otro estribillo del Grande. Un temblor en sus labios... conforme el agua limpia, deja a la vista, desenmascara, bautiza el profundo valle de heridas.

—Madre mía. Madre mía. Madre mía.

El inspector jefe sacó su cuaderno de notas.

Ignóralos. Ignóralos. Mira más allá. Concéntrate en las cosas pequeñas. Las cosas que parecen encajar, que parecen normales, pero que son discordantes. Las cosas pequeñas para las que los asesinos no tienen tiempo. Aparentemente con menos significado que las huellas dactilares, las caras, los ojos, los dientes, pero igual de reveladoras. No lo olvides... un asesinato para un asesino sólo es un medio para un fin, una señal en el camino hacia un destino final. Sus ojos ya se fijaban en aquel lejano horizonte incluso cuando estaba a punto de matar. Al blandir el cuchillo. La porra. La navaja. Por tanto, no te fijas en las cosas grandes. Fijate en las cosas pequeñas... estarán en ellas.

Una página nueva del cuaderno de notas de Piao. El primer encabezamiento...

HUANGPU 1... H1.

H1. MUJER, ORIENTAL, EDAD APROX.: 25. ESTATURA: 1,62.

Pelo hasta los hombros, corte caro. Atractiva, buen tipo. Bien vestida. Cejas depiladas. Orejas agujereadas. Las uñas de los dedos de los pies pintadas, pedicura. Sin pelo en el cuerpo. Tatuaje en la parte posterior del hombro izquierdo (mariposa)... nuevo, indeleble. Manos, rodillas... suaves. Sin señales de trabajo manual. Creo que es extranjera. Comprobar en la base de datos... Luxingshe. También, el servicio de viajes chino y el servicio de viajes internacionales chino. Visado, verificar permiso de desplazamientos internos con departamento del exterior. Podría ser una extranjera que hace turismo. Verificar en el servicio de viajes internacionales chino. ¿Conocida en el Departamento Seis?

H2. HOMBRE, ORIENTAL, EDAD APROX.: 23. ESTATURA: 1,70.

Pelo, casi al cero. Recién cortado, cortado sin cuidado... rasguños de tijera o navaja de afeitar en la nuca y encima de la oreja izquierda. Ex adicto. Antiguas señales de picos, venas hundidas en los antebrazos izquierdo y derecho. Una señal de nacimiento de unos tres centímetros en la parte delantera del hombro derecho. Una cicatriz de diez centímetros encima de la región púbica. ¿Operación de hernia? Ejército/Ex presidiario. Comprobar en base de datos del departamento de Seguridad Pública. Comprobar también con Mai Lin Hua, permisos de la cárcel municipal.

En la periferia de la visión de Piao el estudiante andaba de puntillas alrededor del banco. Alrededor de la mujer, ni. Un termómetro entre sus dedos. Al menos lo metía hasta el fondo en el recto de la víctima...

H3. HOMBRE, EUROASIÁTICO, EDAD APROX.: 27. ESTATURA: 1,80.

Pelo, rubio. Ondulado, hasta la altura de los hombros. Constitución atlética. Musculoso. Restos de un aparato de ortodoncia en la boca. Debe de ser estadounidense. Sólo un estadounidense se atrevería a llevar ortodoncia en los dientes a los 27 años. Sin cicatrices... pero varios arañazos profundos en los dos antebrazos. Cara quemada por el sol/brazos bronceados por el sol hasta diez centímetros por encima de los codos. Ambas piernas bronceadas por el sol hasta encima de las rodillas. Codos, rodillas... piel estropeada, callos. Piel endurecida y callos también en las dos palmas de las manos y en lo que queda de los dedos. Debe de haber estado trabajando al aire libre el verano entero para ponerse así de moreno. ¿Construcción? Demasiado joven para ser arquitecto de un proyecto importante... ¿Topógrafo? ¿Albañil?

Comprobar en Luxingshe/servicio de viajes chino. Visado y permiso de desplazamientos internos... verificar en extranjeros que trabajen en la construcción. Muy rubio... destacaría entre una multitud, no será difícil de localizar. Comprobar también con el Departamento Seis.

... el termómetro sacado del recto limpiado con un paño antiséptico. Se alza hacia la luz, se busca la subida negro-plateada del nivel de mercurio para su lectura, un «punto alto de probabilidad»; un cálculo de la hora de la muerte. Cada vez que pasan sesenta minutos, la temperatura del cuerpo cae un grado centígrado y medio. Recuerda el agua del Huangpu, muy fría... y por eso un enfriamiento el doble de rápido. Recuerda que estaban desnudos, muy fríos... el enfriamiento del que está desnudo es otra vez el doble de rápido que cuando está vestido. Por el tacto, deben de estar completamente fríos a las cinco o seis horas. A las ocho o diez horas la temperatura de su cuerpo habría disminuido hasta ser la del ambiente en

que se los ha encontrado. Fríos como el hielo, como las frías aguas cenagosas del Huangpu.

H4. HOMBRE, ORIENTAL, EDAD APROX.: 40-45. ESTATURA: 1,65.

Casi calvo... lo que queda de pelo afeitado. Tatuaje de dragón en el antebrazo izquierdo. Cicatrices rodeando las dos muñecas/los tobillos. Cárcel/Manicomio. ¿Político? Comprobar como el H2.

H5. HOMBRE, ORIENTAL, EDAD APROX.: 29. ESTATURA: 1,73.

Pelo hasta los hombros/reflejos marrones. Pequeña cicatriz que le parte la ceja derecha. Tatuajes en los dos brazos. Brazo derecho de arriba abajo... un cuchillo atravesando una serpiente, un ancla y una soga, un nombre (Zheng), cuatro piezas del ajedrez chino, Ma y Pao. Brazo izquierdo, de arriba abajo... dragón dorado, un puñal atravesando un corazón, cuatro piezas del ajedrez chino, ju y jiang... un nombre (¿Yeman?). No adicto. Comprobar en departamento de extranjeros de la policía. También en servicio de viajes chino y en el servicio de viajes internacionales chino. Marino... ¿mercante? ¿Pescador? Comprobar llegadas de Hong Kong.

Dedos de látex que frotan labios contraídos. Un reconocimiento nervioso cerniéndose sobre las hileras de dientes rotos, retorciendo ocasionalmente un resto. Contando. Valorando. Calculando el desgaste. Reconocimiento con la esperanza de encontrar alguna técnica dental exótica que diferenciese aquellos dientes. La tarjeta de algún dentista que guiñará el ojo e indicará la dirección a seguir. Transferir, con una mano débil, temblorosa, la mutilación de un martillazo a la ordenada progresión de un gráfico dental...

H6. HOMBRE, ORIENTAL, EDAD APROX.: 30-35. ESTATURA:

1,65.

Corte de pelo de presidiario, muy corto, cicatriz de cinco centímetros en la parte de atrás del cráneo. Rostro con importantes daños. Otra cicatriz que corre por el puente de la nariz. Antiguo drogadicto... señales antiguas y venas hundidas en el brazo izquierdo. Falta el lóbulo de la oreja derecha. Comprobar como H2/H4.

H7. HOMBRE, EUROASIÁTICO, EDAD APROX.: 45. ESTATURA: 1,75.

Pelo moreno, gris en los lados. Cortado a la altura del cuello. Sobrepeso... en malas condiciones físicas. Moreno (véase también H3). Manos, rodillas, codos... con callos. Señales blancas de tres anillos que le han quitado de la mano derecha. Señales de presión en el puente de la nariz y detrás de las dos orejas/usa gafas. Antigua cicatriz, siete centímetros, le recorre la espinilla izquierda. Una fina cicatriz corre por detrás de las dos orejas... ¿cirugía estética? Visado/permiso de viaje verificar en Luxingshe. También servicio de viajes chino y el servicio de viajes internacionales chino. Lo mismo que H3... ¿trabajaba aquí? Podría ser un extranjero de turismo. Verificar a fondo con el servicio de viajes internacionales chino.

... la adenosina y el ácido trifosfórico después de la muerte. La cantidad de fosfato de adenosina aumenta. Tanto los lactatos como los fosfatos se acumulan en cantidades crecientes. Cambios físicos producidos en los músculos cuando las fibras se acortan, se ponen tiesas. Los músculos se ponen progresivamente más rígidos... se pegan a los miembros. Rigor mortis... ahora los músculos quedan inmovilizados por el flujo de lactatos; diez veces más del que se encuentra en los músculos de una persona viva. Recuerda el agua del Huangpu. Muy fría. Recuerda su desnudez... muy fría. El inicio del rigor se podría retrasar, hacer más lento... los cuerpos de los

ocho conservan su flexibilidad por más tiempo. Pero como llega la noche... así llega el rigor. Primero empieza en la cara hacia las diez horas. Durante las cinco horas siguientes se extiende a los hombros, los brazos. Finalmente se introduce en los voluminosos músculos de las piernas. A las veinte horas el rigor se extiende por todas partes... no desaparece de la víctima hasta pasados cuatro días.

La cara de la chica. Rígida. El cuello, hombros y piernas también afectados por el rigor mortis. La parte de abajo del tronco y sus largas piernas, todavía flexibles y sin afectar. De quince a veinte horas; lleva muerta de quince a veinte horas.

H8. HOMBRE, ORIENTAL, EDAD APROX.: 25. ESTATURA: 1,65.

Pelo muy corto. Múltiples cicatrices en las dos muñecas... parecen diversos intentos de suicidio en un periodo prolongado... Tatuaje en la parte de arriba de la mano derecha... dos espadas cruzadas sobre un nombre (¿Shen?). Múltiples cortes de navaja de afeitar en la parte de atrás de las piernas y las nalgas. ¿Intentó herirse él mismo? Verificar en Luxingshe. También en cárceles/ manicomios/campos de internamiento.

Piao pasó del café, y optó por otro té dulce. El café, tan americano, tan elemental, tan sencillo.

Revuelve el té. Observa el lento remolino del líquido. Tomarlo. Algunos casos exigen que estés en contacto con tus pensamientos más intangibles. En sintonía, abierto a tus sentimientos. Capaz de detenerlos, ponerlos en un sitio firme y pincharlos... ver si sangran. Y cómo sangran. Éste era de esos casos.

En la taza de té no queda nada excepto un fondo de hojas en polvo negras. Piao colocó la taza sobre el banco metálico, consciente de que las percepciones empezaban a adquirir forma. Veía a los ocho de un nuevo modo. Ya no eran ocho en absoluto, sino dos grupos definidos de cuatro. H2, H4, H6 y H8... presidiarios que todavía apestaban a cárcel, a manicomio y a campos de reeducación. Apestaban a mierda, y el destello de la navaja que te baja por las nalgas en la ducha. Su gélido corte en un chorro de sangre que corre

piernas abajo. Apeataban a calzoncillos que un centenar de hombres han usado y manchado con anterioridad.

H1, H3, H5, H7... había algo en lo que el investigador jefe no podía poner el dedo, todavía.

Una chica que sólo parecía china del modo en que una pieza falsa de porcelana de la dinastía Ming Baoshihong «sangre de toro» es china. Los dos occidentales, muy probablemente estadounidenses. Su vida, secreto, y su muerte... escrita en el Braille de los callos de las palmas de sus manos. Y un chino. Lo más probable que de Shanghai. Del tipo que Piao podría haber visto en cualquiera de los cruces de la calle Nanjing. Una cara que siempre estaría medio en luz, medio en sombra. El dragón del dólar ilegal respirando en su tripa. Una colonia de marca falsa generosamente aplicada a un cuello embutido en el de una camisa demasiado apretado. Un chico grande. Un delincuente... «un estómago con dos manos incorporadas».

Piao paseó por el despacho, lenta, decididamente... la cuerda es corta para los que piensan demasiado. Se detiene en la puerta abierta. Una visión, ininterrumpida, del suelo del almacén. Los bancos. Los cuerpos. Algo unía a esos cuatro. Una goma que era lo bastante fuerte, lo bastante poderosa, para mantener a aquellos individuos juntos con un solo objetivo. Los unía en vida, provocándoles la muerte... y todavía mantenía su secreto en manos seguras. Y el cuarteto con su corte de pelo de presidiario, ¿cuál era el común denominador que estaba en la base de su ecuación?

Vuelve a pasear, con la cuerda tirante. Asfixiantemente tirante. Y aquellos dos grupos, ¿qué, además de la muerte y las cadenas, los unía? A aquellos cuatro relacionados entre sí por una palidez carcelaria con los cuatro con un moreno de café. ¿Qué ligaba a los cuatro que llevaban las marcas registradas de la denigración, a cuatro con el sello de los consentidos? Piao sólo sabía de algo poderoso, que venía en forma de billetes nuevos verdes. Montones de billetes verdes.

Ocho asesinatos tenían que valer un río lleno de ellos.

* * *

—Me voy, primo Cheng. Necesito dormir algo y luego un tiempo para

tratar de resolver este lío... hablar con mi jefe. También necesito un sitio permanente para estos cuerpos. No los querrás en tu almacén, supongo, mezclados con los cerdos abiertos en canal.

El primo sonrió, dejando a la vista una dentadura siniestra, pero el brillo de sus ojos era envidiable.

—Me alegra que acudas a mí en busca de ayuda, Sun Piao. Hace mucho tiempo, Chen y yo llevamos un año sin verte, desde que se fue Lingling. Los niños te echan de menos...

Piao siente el dolor que siempre estaba presente, apremiante. El inspector jefe está a sólo dos palabras de llorar. No se atreve a hablar. El primo, al ver abierto el agujero del dolor, lo llenó rápidamente con más palabras.

—... ven a vernos pronto, para cenar. A los niños les encantará, y a Chen lo mismo. Además, tengo una caja de vino francés que trajo uno de los barcos. Necesita que la abran, y no se me ocurre nadie mejor que tú para abrir una caja de vino.

—Me gustaría mucho, de verdad, me gustaría mucho. Pero puede que no quieras invitarme a cenar después de que se haga pública esta investigación.

Los ojos de Piao se movieron en dirección a los cuerpos. Los ocho. El primo le sigue; tiene mil preguntas que hacer, pero sabe que el inspector jefe le interrumpiría. Separado de la existencia, probablemente por su propio bien. Cheng pasó el brazo por el hombro de Piao. El consuelo casi insoportable.

—Tonterías. La familia es la familia. La política es la política y debería tratarse como tal y dejar que se deslice por el retrete con la demás mierda.

El dolor había alcanzado su punto más alto, disminuía. El inspector jefe sonrió.

—... tengo amigos en lo más alto del aparato local del Partido. Si pueden ser de alguna ayuda, Sun. Incluso tengo un contacto en el Politburó que es aficionado a una parte del buey...

El inspector jefe quedó en silencio. Pero la mirada, la mirada... Cheng la conocía bien, la veía todos los días en el matadero justo un instante antes del golpe del martillo. Justo antes del corte dado cuidadosamente en el cuello caliente el animal. Justo antes de que fluyera la sangre.

—... mierda. ¿Es algo tan malo? Crees que la muerte de éstos es...

—Mira, me tengo que ir, primo. Transmítele mi cariño a Chen y a los

niños. Me encantará descorchar ese vino contigo, pero todavía no, ¿eh? Deja que me quite de encima lo peor de este caso.

—Si necesitas ayuda, Sun Piao...

Pero el inspector jefe ya se había dado la vuelta, se alejaba... no vuelve la vista, no quiere dar ninguna señal de que ha oído las últimas palabras de su primo.

El estudiante, Pan, todavía estaba examinando a la chica. Ojos clavados en la herida abierta que ahora parecía el centro de todo lo que había sido y ahora era.

—Quédate hasta que termine...

El Grande asintió con la cabeza según pasaba Piao. La sombra de éste cayó sobre el muelle de carga y el mosaico de adoquines de fuera. Yaobang cambió el peso en el ataúd de fibra de cristal en el que estaba sentado, a horcajadas; suelta un quejido. Acerca más el bol de comida a sus labios grasientos. Tallarines fritos que se le deslizan dentro de la boca con los palillos que nunca descansaban.

—... mi primo te enseñará dónde está la cámara frigorífica. Mete los cuerpos allí...

Yaobang volvió a asentir con la cabeza. Los palillos no paraban.

—... y luego vete a casa. Llévate contigo a tu hermano y a Xin, líbrate de ellos. Mi primo y el joven Wenbiao se quedarán hasta que pueda resolver algo con el comisario Liping...

Nuevo asentimiento de cabeza. Tiene tallarines en la boca, colgando. Parecen adornos de año nuevo después de que haya terminado la fiesta.

—... dormiré unas horas y luego trataré de localizar a Liping.

El Grande volvió a asentir con la cabeza, separando el cuenco de la boca. En el interior de su boca, una auténtica carnicería. Una mina a cielo abierto.

—El comisario tiene una buena casa en Taihu, ¿no es así, jefe? Algo que ver con su primo, el ministro.

—¿Quién cojones lo sabe? No me invitó nunca a tomar el té. Prefiere tomarlo con los cuadros mejor situados.

—Sólo anda con los camaradas que son peces gordos, ¿eh, jefe?

Las palabras del Grande son un puñal. Los pensamientos de Piao vuelan a Beijing. Los brillantes coches negros. A una mujer perdida, una esposa... la

cara de ella, retrocediendo muy rápido. Y con ella el dolor. Tan rápido como un pájaro al ver la puerta de la jaula abierta y tan insistente como un mendigo que ve la abultada cartera.

—El terreno que pisa Liping está lleno de peces gordos. Peces gordos, grandes tiburones, grandes cagajones.

Yaobang escupió al bol los tallarines que tenía a medio comer al reírse. El inspector jefe podía verle la lengua, parecía una losa de la piedra que pavimentaba la ciudad llena de los desechos de un ajetreado día cualquiera. Apagada la risa, el Grande se lleva a los labios el bol una vez más y continúa metiendo los tallarines en la trituradora carnosa de su boca.

—¿Buenos tallarines?

—Puede apostar lo que sea a que sí, jefe.

—Entonces te dejo con ellos, y Yaobang...

—¿Qué, jefe?

—... no te olvides de lo que tienes en el bolsillo superior de la camisa.

El Grande se sobó los galones parcialmente tiesos con sus dedos gordos como salchichas, sonriendo cuando se los bajaba a la lengua.

Cuando se dirigía al muelle de carga, parpadeando ante la luz, el inspector jefe juró que nunca volvería a comer ni un tallarín más.

* * *

La sociedad limitada de Bicicletas Para Siempre de Shanghai produce tres millones y medio de bicicletas al año. Un torrente de cromo y timbres que forma una marea que sube y baja por las calles y avenidas cuando las fábricas llaman a los fieles al altar mayor del nuevo milagro económico. Producen atascos en las arterias de la ciudad. En Estados Unidos llaman a esas mismas bicicletas *Atrapavientos*. Un nombre romántico, heroico... velocidad, espacio, libertad. En Shanghai la realidad no se desafía, está desnuda, desprovista de romanticismo o heroicidad. En Shanghai sólo las llaman Bicicletas Para Siempre.

* * *

Ya es de día... un sol que se enredaba y desenredaba en una gasa de bruma. Se arrastraba por una ciudad desprevenida, incómoda consigo misma. Como si estuviera esperando algo. Como si quisiera, pero no pudiera, estornudar del todo.

Piao sentado dentro de un taxi aislado en un mar de ruedas brillantes y timbres que sonaban cuando las bandadas de bicicletas nadaban contra corriente, haciendo que se pare todo lo demás. Suelta tacos... el taxista que está allí atrapado, que le ignora y continúa resolviendo los problemas de la República Popular en aquel mismo momento. Charla incesante. Sonido de timbres de bicicleta incesante. Hora y media para recorrer un puñado de sucios kilómetros. Una breve detención para dejar los ciento veinte rollos de película a revelar urgentemente en un fotógrafo de una calleja.

Cuando el taxista le despertó con un brusco golpe en el hombro, las bicicletas habían llenado el día de reflejos de azogue; los problemas de la República Popular todavía no habían desaparecido, y él estaba en casa.

* * *

Ya un año, más de un año... pero Piao todavía esperaba ver un sobre esperando por él en el suelo. Un sobre con matasellos de Beijing y que contenía las delicadas curvas, los rasgos de la escritura una vez tan conocida. No había carta. Eso pasaba todas las veces y ninguna de las veces aprendía.

En una ciudad donde el espacio medio para vivir de un ciudadano es poco mayor que una cama de matrimonio, el piso era espacioso. Cuarto de estar. Cocina. Cuarto de baño. Dos dormitorios. Demasiado grande para una persona. Una persona... el espacio, océanos de soledad. Le deja con la sensación constante de que se ahoga. Había una fotografía colocada boca abajo en el estante junto a la cama. El inspector jefe la agarró. Rodeaba a una mujer con sus brazos. Una mujer pequeña, delicada. La protegía como si se fuera a romper. ¿Guapa? No, guapa no era la palabra que venía a la mente. Unas líneas, una frialdad de la cara anulaban esa palabra. Pero era hermosa. Hermosa del mismo modo que se puede decir que es hermoso un paisaje urbano. Una cara en forma de almendra enmarcada por un brillante pelo de ébano, ligeramente ladeado por el abrazo de él. Labios de muñeca de

porcelana, casi demasiado perfectos para esperar que se los besara. Y ojos que no daban cuartel. Negros, sólo negros... las tonalidades intermedias mandadas a paseo. Extraño que él no sintiera ira. Ni sintiera amargura. Todavía estaba enamorado de ella. Era el poso peor y más inútil que podía quedar. Volvió a dejar la fotografía en el estante, boca abajo, y empezó a hacer llamadas telefónicas. Era sábado. Todo costaba más. Finalmente consiguió localizar a la secretaria privada del comisario Liping. Una mujer de pocas palabras. Labios de estar chupando limones. Pensamientos ocultos. Y con pechos tan fríos, tan acogedores como yunques. El comisario Liping estaba fuera de la ciudad, la mujer intentaría ponerse en contacto con él, aunque podría llevar algo de tiempo.

No te des prisa, so puta... en realidad, sólo se trata de que han liquidado brutalmente a ocho ciudadanos en la República Popular, joder.

Ella volvería a llamar al inspector jefe. Él se dirigió a la cocina, y sacó una Tsingtao de la nevera. La cerveza, caliente al tacto. Tan caliente como las lágrimas. ¿Cómo era posible que la fábrica Xin Zhong Hua, de Shanghai, pudiera construir cohetes Larga Marcha de cuarenta metros de alto para poner a satélites en órbita alrededor de la tierra y sin embargo también construyera neveras que fallaban miserablemente cuando se intentaba enfriar una botella de cerveza? La cerveza le picó en el fondo de la garganta. Tan suave como una hoja de afeitar. Estaba buena. Habría estado mejor fría. La cerveza atrajo al cansancio. Una oleada de agotamiento que no se podía rechazar. El sueño se apoderaría de él en pocos minutos. La botella de Tsingtao se le cayó de la mano a la alfombra, lo que quedaba de la dorada cerveza formó un pequeño charco que se fue extendiendo lentamente.

* * *

Sonó el teléfono. Había dormido dos horas y media, pero parecían dos minutos y medio. Se dio la vuelta en la cama para contestar, instantáneamente despierto. Se puso de pie encima de la alfombra mojada de cerveza.

—Mierda.

Da una patada a la botella vacía, mandándola rodando al vestíbulo. Se quita el calcetín. Moja el teléfono.

—Inspector jefe Piao, el camarada comisario Liping ha cambiado su programa y le verá a usted dentro de tres horas. Irá un coche a por usted en quince minutos.

La línea quedó sin vida. Piao se secó el pie con la sábana.

—Y que tengas un buen día tú también, joder... —dijo.

Capítulo 4

Ella se agitaba, se movía... no estaba acostumbrada al aparato burocrático. Raramente, y sólo raramente, recurría a él ante una gran responsabilidad que se le echara encima de sus estrechos hombros. Cuando recurría a él, hacía uso de su propia marca de aceite para lubricar la situación. A veces entrelazada con el carisma y el atractivo sexual de sus largas piernas que manifestaba de modo tan natural. Otras veces, veteada con la energía desatada y el poder destructor de un torbellino.

Tratar con la embajada china, conseguir visados y permisos para desplazamientos internos, cuestiones sencillas... para ella había demostrado ser una experiencia angustiosa. Se veía impotente. Sus últimas palabras al final de su infructuoso asalto a la embajada china habían sido sencillas y pertinentes. En lugar del «... y que os den por culo...» que habrían utilizado algunos de sus colegas, ella dijo sencillamente... «paz con honor y no paz con rendición». Se sentía lo suficientemente confiada para usar las famosas palabras de Nixon de octubre de 1972. Si un presidente las pudo usar para sacar a Estados Unidos de una guerra en la que le habían zurrado la badana desde Saigón hasta Yonkers, seguro que ella no necesitaba justificación al usarlas para superar una incendiaria lucha burocrática personal con algunos funcionarios chinos que tenían más normas en la cabeza que células cerebrales. Dejó descansar su caso, pero todavía sin los visados y los permisos.

* * *

—No vayas...

—Tengo que ir.

—... aplázalo hasta la reunión de Beijing. El lío sobre Bobby puede esperar. Ya sabes cómo es, probablemente no sea nada.

Barbara se inclinó sobre la mesa de despacho de él. Muy cerca. Su elección de perfume, inmaculada. Carmichael se marearía con él. Su favorito... Opium. Y los ojos de él detrás de las gafas enormes de Yves St. Laurent mirarían la uve de su blusa de seda crema para verle los pechos. Para él sería una mañana de sensaciones agradables... aunque su sexualidad fuera tan impredecible como el Nasdaq.

—Tengo que ir. Hasta ahora siempre he antepuesto reuniones, primarias, giras de conferencias, elecciones. Pero esta vez no puedo esperar...

Se echó todavía más hacia delante. Su mejilla casi se rozaba con la de él. Un susurro.

—... esta vez no puedo dejarle esperar.

—Pero el trabajo preparatorio para la próxima ronda de las negociaciones de Beijing... es crítico. Las concesiones que quieres que hagamos sólo acaban de ser aprobadas. ¿Y qué pasa con la postura de Naciones Unidas? Habrá conversaciones difíciles y se llegará a acuerdos privados.

Términos políticos. Términos diplomáticos. Términos para informes. Términos perfumados, bien vestidos.

La realidad. Conversaciones duras... amenazas, presiones, intimidación, soborno.

La realidad. Acuerdos privados... dinero bajo cuerda, putas caras, vacaciones, coches.

Barbara se echó hacia atrás, sonriendo de aquel modo.

—Y quién mejor cuando llegue la hora de las conversaciones difíciles, e incluso mejor cuando se llegue a los acuerdos privados, que tú.

—Imposible. Imposible.

Los había oído muchas veces durante aquellos años, los «noes» de Carmichael. Pero al oírlos ahora eran lo que de verdad eran... no tanto «no» como «¿y qué saco yo de eso?». Alza la mano, pálida y púrpura. A él siempre le recordó lo de los cinco lobitos.

—Vale. Vale. Quedaré en deuda contigo. Una deuda enorme. Haz el trabajo preparatorio y fija las concesiones para la siguiente ronda de conversaciones, y, además, échame un capote mientras estoy fuera, y hablaremos de ello.

Él se quitó las gafas y las limpió. Delicadamente. Con precisión. Los ojos, un tercio del tamaño que parecían tener cuando llevaba puestos los gruesos cristales. Ojos muy pequeños. Ella se había preguntado muchas veces cómo se las arreglaba él para ver con aquellos ojos tan pequeños.

—¿Quedarás en deuda conmigo?

—Y tú tendrás que arreglarme los planes de viajes y la documentación para Beijing. Su embajada me lo está haciendo pasar mal...

—¿Tendrás una deuda enorme conmigo?

—... manténlo bajo cuerda. Llámalo simplemente un viaje privado. No levantes la liebre. Preferiblemente, no digas nada en absoluto.

—¿Y hablaremos de ello?

—... Sin duda, especialmente si me consigues esa lista de la compra de concesiones que han sido aprobadas por la Casa Blanca.

Carmichael volvió a ponerse las gafas. Los ojos le aumentaron instantáneamente en dos tercios, su mirada se apartó de la de ella.

—Te das cuenta de que todo esto podría estar relacionado, ¿no? Las conversaciones. La desaparición de Bobby.

Ella agarró su cartera de mano, ignorando las palabras de él. Se obligaba a fijar su atención más allá de los barnizados confines del despacho, en el horizonte de cemento y cristal que se fundía con el color albaricoque.

—... relacionado. Ligado. ¿Cómo los puedes separar? Si lo peor llega a ser lo peor, ¿cómo los separarías? Eres funcionaria del gobierno. Eres madre...

El horizonte centelleaba como cristal de seguridad aplastado.

—Cuando se llegue a eso, si es que se llega a eso, sabré hacer lo adecuado... —contestó ella, entre el humo del cigarrillo—. ... siempre haré lo adecuado.

Apagó la colilla en el pesado cenicero de cristal. Sólo subía un hilillo de humo, constante, como la hoja de una espada que le dividía la cara.

—... ahora haz lo necesario y déjame a mí el equilibrio entre política y maternidad.

Carmichael se ajustó las gafas, con la boca tan tensa como una rendija.

—Considéralo hecho, Barbara.

Él ya marcaba un número de otro estado cuando ella se dirigía a la puerta.

Un código de Nueva York... un contacto en Naciones Unidas. Su llamada siguiente sería a la embajada de la República Popular para conseguir un visado y documentos para viajes por el interior. La llamada siguiente, para cerrar su vuelo. Era un hombre eficaz. Ella haría bien en empezar a preparar las maletas. Salió del despacho, caféina, nicotina, alcohol... la reclamaban. Nada de eso habría interesado a Carmichael; era de los que sólo tomaban agua con gas y ensalada waldorf. Llega a la circulación de la interestatal, entre un gruñido del fluir de la carretera confinada dentro de terciopelo. Da golpecitos en el volante con un ritmo anónimo... su morse le hacía preguntas que ella no quería contestar y que no podía contestar. No quería contestar.

... Siempre haré lo adecuado...

Lo adecuado... pero ¿para quién?

* * *

Dentro de dos días estaría en la República Popular China. Un visado... un cardenal de tinta rojo sangre en el mismo corazón de su pasaporte. Una visita no oficial. Una visita privada. La más privada de las visitas a la única maldita cosa de su vida que quedaba lejos, sin verse afectada por ofensas y tratos entre bastidores. Sin estar manchada por el remolino de las carreras políticas rápidas y el remover porquería. Familia. Sangre. Su hijo... Bobby. Era lo único que tenía que fuera verdaderamente suyo. Sólo recientemente había comprendido que las necesidades propias y su carrera habían apartado a Bobby tanto de ella. Que él siempre había sido secundario con respecto a su ambición. Lo segundo siempre va después. Muy lejos de casa, pero ahora era lo primero. Su hijo Bobby la tenía a ella entera para él. Por lo menos, estaba haciendo lo adecuado.

Capítulo 5

[Aeropuerto de Hongqiao, Shanghai. República Popular China].

Estaba sorprendida, esperaba que sus primeros roces con China consistieran en hileras de ordenadas colas y un mar de casacas gris azulado Mao. Se equivocaba. El aeropuerto de Hongqiao tenía la actividad, el caótico ir y venir del Kennedy bloqueado por la nieve un sábado. La terminal arrojaba oleada tras oleada de caras hacia ella... todas parecían haber sido sacadas del mismo molde. Ojos oblicuos. Pómulos elevados. De pronto se encontró muy alta. Muy rubia. Muy mujer. Luchaba con sus maletas. Se tiraba de la falda demasiado corta tratando de bajarla. Se abrochó un botón más de la blusa. Consciente de sus piernas. De su pelo. De sus pechos. De su piel. Se recordó a Marilyn en... *Con faldas y a lo loco*. Miradas perezosas. Miradas estudiadas. Sin excepción, la examinaban todos los ojos. En Washington, en Nueva York, en Dallas... habría disfrutado con ello. Pero aquí notaba que cada ojo era un alfiler, y ella el alfiletero. Salió de la terminal. Una hilera de taxis maniobraba para situarse en la periferia de su visión. Moscas gordas, enfadadas, luchaban por su parte de la acción. Se puso en la cola, un borroso movimiento de manos la hizo pasar delante. El aire pesado con el olor a combustible de aviación, viejos, y lluvia a punto de caer. Farfulla algo al entrar en el taxi, haciendo lo que puede con las maletas.

Maldita sea, he traído demasiadas. Siempre llevo demasiadas.

La falda se le sube por encima de las rodillas. Hileras de ojos con preguntas constantes captan la atención de sus iris, siguen el movimiento de todos sus movimientos como si ella fuera un nuevo y exótico deporte de masas.

—Al hotel Jing Jiang, por favor.

El taxi arrancó. Ella se instaló en el asiento tapizado de plástico para el trayecto al corazón de la ciudad. Quince kilómetros. El cartelito de encima de la cabeza del conductor proclamaba el nombre de la empresa en cuyo taxi iba... el servicio de taxis la amistad. No parecía muy amistoso. La mirada del taxista en el espejo retrovisor no dejó de estar clavada en ella durante los quince kilómetros.

* * *

La entrada principal del hotel Jing Jiang está frente a una hilera de tiendas, las más exclusivas de China. Entre ellas hay un supermercado que vende manjares poco frecuentes... chocolate, quesos, galletas. Día y noche hay una cola permanente en la caja... tal es el hambre.

* * *

Requirió toda su energía no volver al mismo territorio. No agarrar a la comedida recepcionista de blusa blanca y sacarla de detrás del mostrador.

¿Dónde está mi maldito hijo, puta de mierda? ¿Qué le habéis hecho?

Y si la respuesta no hubiera sido la esperada, que no sería, hacer lo mismo con el subdirector. Luego con el director general. Y luego con el jodido mierda del dueño, si considerara que habría servido de algo. Pero eso ya lo había hecho verbalmente desde muchos miles de kilómetros de distancia; y en varias ocasiones después de la noche en que el nombre de Bobby había salido disparado desde las profundidades de su sueño... separando su vida de todo aquello a lo que anteriormente había permanecido anclada. Ella y Carmichael bombardearon el hotel con llamadas. Insistieron. Exploraron. Destriparon cada educada respuesta a sus preguntas. Buscaron alguna contradicción. Palabras... las fijaron. Frases... las diseccionaron. Silencios... los analizaron. Presión, y un contacto de Carmichael en el servicio de viajes internacionales de China, tuvieron como resultado el envío por fax del libro de registro de entradas del Jing Jiang. Páginas. Páginas. Quince meses de registros. La habitación 201 había estado muy ocupada, estaba situada en el prestigioso bloque norte, la zona preferida del hotel por los que saben; a menudo

frecuentada por personas importantes. Nixon en febrero de 1972. Reagan unos doce años más tarde. Pero no Bobby Hayes. Su nombre no aparecía en las páginas de registro de la habitación 201. Su nombre no aparecía en ninguna habitación del hotel. Nunca se había alojado en el Jing Jiang, aunque Barbara podía recordar casi todas las llamadas telefónicas que había hecho a Bobby al mismo hotel. 53-42-42. Se sabía el número de memoria.

Se acerca al mostrador, con la mano hundida en el bolsillo del impermeable, los dedos tamborileando en el grueso manojó de cartas, de postales. Algunas escritas en papel con el encabezamiento del hotel. Algunas incluso llevaban el nombre del hotel, su logotipo, estampado, tinta negra sobre tristes sellos de correos. Palabras. Frases. Descripciones del Jing Jiang. De su habitación. De las vistas desde su habitación. Un fluir de frenéticos garabatos. Y sin embargo decían que Bobby no se había alojado en el hotel en cuyo vestíbulo estaba ahora parada.

* * *

—Bienvenida al hotel Jing Jiang, señora. ¿En qué le puedo ayudar?

Su inglés demasiado perfecto, como lo había sido por teléfono. Exacto. Pulido. Frío. Unas palabras perfectas que le salían de la boca como cubitos de hielo.

—Hay una reserva hecha a mi nombre. Hayes.

—Sí, señora, llamaré al mozo para que se ocupe de sus maletas.

Puntúa su frase con la colocación de la llave de una habitación junto al libro de registro. Es una llave pesada, grande, nada atractiva. Su sentido es disminuir el riesgo de que sea robada como recuerdo de una agradable estancia en Shanghai.

—Su habitación, la 210, está en el décimo piso del hotel.

—La 201. Yo he reservado la habitación 201.

Los ojos de la chica se dirigieron fugazmente a la pantalla verde del terminal del ordenador cuando el maletero se acercaba con el carrito. Cambió la llave por otra del enorme panel con números que tenía detrás y se la entregó. Su uniforme, prístino. Pero zapatos gastados, sin limpiar. Bajo las uñas de sus dedos, unas lunas crecientes negras de antiguo aceite de motor.

Indicios de otra vida.

—Su habitación, la 201, está también en el piso décimo del hotel.

Barbara relleno el libro de registro, y se descubrió pensando, no de modo seguido, sino en fotogramas separados... y todo el tiempo rogando que no centraran su foco en Bobby. Fotogramas de la mano de él tocando el mismo libro de registro. La misma llave enorme. El mismo mostrador de recepción. Y al mismo tiempo, resistiéndose a que esas sensaciones fueran más allá. Una lucha, con uñas y dientes, para no rechazarlas. Le era muy necesario no hacer nada más que llenar cada segundo vacío con la cara de él.

El mozo cargó sus maletas en el carrito y se dirigió hacia el ascensor. Ella se apresuró a completar los detalles del registro.

—Que tenga una estancia agradable en el hotel Jing Jiang, señora Hayes.

Las palabras de la recepcionista recortadas con unas tijeras para cortar acero. Barbara no volvió la vista. Las puertas del ascensor ya se estaban cerrando cuando entró.

* * *

La 201. La habitación, igual que la había descrito Bobby. El mozo deja sus cosas en el borde de la cama. El impermeable resbala. El montón de cartas, postales, se extiende por la colcha. Un mosaico revuelto de blancos y cremas. Postales chillonas de imágenes retocadas y sobres abiertos precipitadamente. Se dirige a la ventana leyendo una página de una de las cartas. Agarra con fuerza el antepecho de la ventana hasta que siente dolor. Deja que la página se le deslice de los dedos al suelo. Contempla la ciudad. Las palabras de él en su cabeza, sus oídos, sus ojos.

... No soy bueno con las descripciones... todos esos informes arqueológicos tan técnicos que tengo que escribir, supongo. Pero estoy mirando por la ventana del hotel en este mismo momento y quiero hablarte de ello. Parece una larga avenida de Washington o Boston. Distingo el río más allá de los elegantes edificios que bordean el «Bund». Hileras e hileras de juncos atados unos junto a otros. Casi debajo de mí, junto al museo Sun Yaysen (que actualmente está cerrado para los que no tengan los contactos

precisos pero que para mí está abierto, pues los tengo), está el parque Fuxing. Corro por él todas las mañanas antes de desayunar. Y a propósito... sirven un estupendo desayuno occidental en el restaurante del octavo piso del hotel. Casi tan maravilloso como el de «Ed's». Te gustaría el parque, a todo el mundo le gusta. Es un enorme dosel de vegetación, un auténtico oasis en la frenética ciudad... en especial un día tórrido de verano. Es grande, casi nueve hectáreas... pero no hay riesgo de perderse. A los viejos la verdad es que parece encantarles ese sitio... hay un grupo de ellos al menos cada cincuenta metros y siempre están muy dispuestos a ayudar a un chico estadounidense que se ha perdido. Recuérdame que te lleve si alguna vez tienes tiempo para venir.

La verde mesa de billar de follaje del parque Fuxing se extendía bajo ella. No podía distinguir los grupos cansados de viejos reunidos allí abajo, pero sabía que tenían que estar. Puede que alguno de ellos hubiera visto a Bobby, hablado con él. Puede que incluso uno o dos se preguntaran adonde se habría ido el chico rubio estadounidense que siempre corría en el parque antes de desayunar.

Se dirigió al cuarto de baño leyendo una postal que Bobby le había mandado el 22; justo hacía quince días. Arrugada... una vista del Huangpu avanzando con dificultad bajo una piel pegajosa, escamosa, de juncos y barcas. Se vio a sí misma en un gran espejo. El alborotado pelo rubio caía en una lenta y enredada cascada. Y los ojos... dos zafiros azul oscuro que le sorprendieron incluso a ella. Un antiguo novio de la universidad una vez había escrito en un poema sobre ella que «parecía un ángel impaciente que hacía cola a la espera de que le repararan las alas».

Había sido el único poema que él escribiera nunca sobre ella, entre otros muchos, que había conseguido al menos captar la sombra de una verdad.

Llenó el lavabo de agua, tremendamente fría. Sumerge profundamente la mano. Se salpica con ella la cara, el cuello. Y luego se encontró debajo de ella, como si hubiera abierto una trampilla para que entrara... perdida, tan hundida como en un pozo. Golpea los lados del lavabo. Ondas que inquietan su superficie.

Dios mío, Bobby. Dios mío. ¿También hiciste esto tú? ¿Hundiste la cara

en el agua? Esta habitación. Este lavabo. Esta agua.

De rodillas. Las cartas de él. Sus postales. Caen a su alrededor. Una tempestad de color amarillo y garabatos de tinta. Se abre paso centímetro a centímetro por la gruesa moqueta de la habitación. Cegada por las lágrimas.

Maldita sea. Maldita sea. Tiene que haber quedado algo tuyo, Bobby. Tiene que quedar algo.

Busca un pelo. Largo, ondulado, rubio. Sólo un pelo. Las lágrimas le caen en los brazos, las manos. Moquea. Respiración... trabajosa, torturada. Sacudida por frenéticos espasmos de sollozos.

Bobby... él tenía un pelo maravilloso. La primera vez que se lo cortaron, lloré. Ver cómo sus mechones cortados los barría del suelo aquel peluquero tan malo con aquella escoba asquerosa.

—Dios mío, Bobby. Dios mío.

* * *

Sólo cuando estuvo en el suave vestíbulo del sueño se dio cuenta de que la moqueta sobre la que se había puesto a buscar a cuatro patas era nueva. Muy nueva. Probablemente no la había pisado nadie hasta que ella entró en la habitación 201. La habitación de Bobby.

Los cabrones han pensado en todo, Bobby. En todo.

Se durmió. Las cartas de él, sus postales... el colchón de ella, sus sueños. Se quedó dormida, consciente de que sólo tres palabras se repetían constantemente a lo largo del collar de cuentas apenas ensartadas de las horas de la noche. Repetían...

¿Es culpa mía? ¿Es culpa mía? ¿Es culpa mía?

* * *

En los cincuenta mil caracteres del idioma chino no existe la palabra «intimidad». Una palabra así no se necesita; el chino, así de sencillo, no admite la intimidad. Tampoco hay una palabra para lo privado.

En la República Popular puedes esperar que el personal de hotel entre en tu habitación sin llamar a la puerta. En la República Popular puedes esperar

que un médico te reconozca y te diga el diagnóstico delante de otros seis pacientes sentados en la misma sala. En la República Popular puedes esperar que en la calle choque alguien contigo y no se disculpe. En la República Popular puedes esperar que choques con otros en la calle y ellos no esperen una disculpa. En la República Popular puedes esperar ver que un triciclo de alquiler atropella a un niño y no se detiene.

En China sólo se da crédito y valor al *renao*... una palabra, un valor, que es la cara opuesta a la intimidad, a lo privado. Una palabra cuyo significado no se puede encontrar en inglés, ni en ningún otro idioma europeo. *Renao*. «Caliente y sazonado.» El placer de vivir con un gran grupo de amigos y parientes. *Renao*. El clic repetido de los palillos al comer. Voces altas esforzándose por destacar sobre las demás. Platos de comida que se dejan sin la menor ceremonia encima de la mesa. Fichas del *mahjong* que resuenan atrayendo la atención como si fueran una ovación intensa, inolvidable. *Renao*. Una vida que transcurre caliente y sazonada en una ruidosa China donde es imposible la intimidad excepto por azar... excepto cuando te afecta involuntariamente.

* * *

A las siete de la mañana exactamente Barbara Hayes fue despertada por un mozo de servicio con un impecable uniforme blanco que dejó un termo rojo brillante lleno de té ardiente en la mesa junto a la cama. Ella se frota los ojos para suprimir los restos del amargo sueño, el sabor de la boca del sueño interrumpido y la comida durante el largo recorrido en avión. Se sube la sábana hasta la barbilla. No dijo nada; él tampoco dijo nada. El mozo se fue de la habitación. Ella vuelve a dejarse caer en las almohadas, esperando que el sueño la reclame otra vez pero oye pasos fuera y la puerta se abre una vez más. El mozo de servicio, esta vez trayendo un termo de agua fría.

—Por lo menos podría llamar. Son las siete de la mañana, por el amor de Dios. ¿Puede dejarme sola para que pueda dormir algo más?

El mozo sonrió, perplejo.

—Yo venir. Yo irme. No es importante. Usted dormir. Dormir.

Salió de la habitación. Ella cerró los ojos. Cinco minutos después el mozo

regresó, con unas toallas limpias colgadas del brazo. Barbara se envolvió en la sábana y entró en el cuarto de baño moviendo la cabeza a ambos lados; evita el espejo pero percibe un molesto reflejo de sí misma en el cristal de la mampara de la ducha.

El mozo sonrió ante el sonido de la ducha que caía como una cascada. Sabía que no había agua caliente.

* * *

El joven, rubio, pelo largo ondulado. Ojos azul cielo e intensos con independencia de su edad... miraban fijamente desde la fotografía. Barbara no podía recordar cuándo la habían sacado. Quién la había sacado. Qué insinuaba la sonrisa. De qué hablaban los ojos. Pero sabía lo que decían ahora...

Encuéntrame, soy tu hijo. Llévame a casa.

Enseñaba la fotografía a los chinos viejos del parque Fuxing. Al principio con confianza, esperanzada. Esperaba un asentimiento seguido por unas pocas palabras en un inglés incomprensible. A los chinos les encanta hablar inglés...

El chico estadounidense. Sí. Sí. Pasear aquí muchas veces. Muchas, muchas veces. Ahora ido. Ido a gran hotel de otro lado de ciudad. Otro lado. Usted encontrar allí. Él allí.

Sería muy sencillo. Respuestas elementales. Pero las cejas se enarcaban, las miradas se apartaban, las palabras no llegaban a surgir... enseñar la foto de Bobby se convirtió en una lenta batalla de desgaste. Su confianza se la llevaba gota a gota una lluvia de silencio. Dejó Fuxing, con un paso cada vez más acelerado, hasta que huyó corriendo del alcance del follaje, las caras de ciruela seca, los dientes podridos dentro de sus bocas de jengibre y ajo. Vuelve al hotel. Habitación 201. La habitación de él. En el fondo de sus ojos, lágrimas intensamente calientes; no se atreve a darles suelta, no hasta que su intensidad le produzca ampollas. Esperaba sentir aquel dolor, suplicaba un dolor físico.

Corría... ningún chino parecía mirarla.

De los treinta y seis modos de encarar una situación... alejarse corriendo es la mejor —dice el refrán.

Llega a la puerta de la habitación. La cierra de un portazo. Maneja

torpemente la pesada cerradura de latón. La corre y murmura a todos los mozos de servicio de China...

—Intentad pasar, cabrones.

La caoba de la puerta fría en su espalda, inflexible cuando se deslizó por ella hasta el suelo. Lágrimas, en torrentes, a las que ha dado rienda suelta. Le bajan por las mejillas. La barbilla. Tan calientes como los dedos de un niño pequeño.

Pasó algo de tiempo antes de que se pudiera mover, levantarse, andar. Ensayaba detalladamente cada acción antes de hacerla. Abrió la cartera de mano, con una mano todavía mojada. Recorre la delgada agenda negra. Página tras página de nombres y números. En cada uno, una historia. En cada uno... una deuda, un acuerdo o un favor. Recuerda todas las veces la regla fundamental de conseguir y conservar el poder, mientras su dedo índice recorre las negras hileras de números. Nunca pidas un favor... sólo concédelos o recíbelos.

Marcó lentamente el número de teléfono.

* * *

Deudas, acuerdos, favores... en ese orden. Ése es el lubricante de la política y la diplomacia. El lubricante que asegura que su motor funciona sin problemas y sin riesgos de atascarse.

Deudas, acuerdos, favores.

En la República Popular a ese lubricante se lo conoce por *guan-xi*. El invisible pero poderoso hilo que une a las personas. Cambia situaciones. Abre puertas traseras. Funciona bien en China; ha de hacerlo. Lubrifica constantemente un sistema que mantiene unida a una nación de mil millones de personas. Desde arriba hasta abajo, funciona. Puede conjurar un plato de judías con salsa de chiles de Sichuan cuando en todos los demás restaurantes han asegurado que se les ha terminado. Puede saltarse tres larguísimas filas de hospital para ver a un médico desesperado... *zhou-hou-men*, «entrar por la puerta de atrás» a su casa, después del trabajo, donde las atenciones médicas se prestan mejor y más pausadamente. Dará acceso a «La tienda de la amistad»... los grandes almacenes y tienda de alimentos reservados para los

extranjeros y los principales cuadros, donde abundan productos que no están a disposición de los chinos normales y corrientes.

Guan-xi. No entiende de categorías. Desconoce cuál es su lugar. Existe entre los campesinos. Existe entre los del Politburó. Se filtra sin que pueda impedirse, por el sistema laberíntico de grados y rangos... el rompecabezas chino de los veinticuatro pasos del gobierno. Cuando cierra los dedos agarra todo lo que está dentro de su alcance. Hay un chiste en China sobre que los trabajos de los médicos, los conductores y los tenderos son unas «bicocas»... las profesiones que pueden contar con más *guan-xi* debido al acceso que tienen a servicios o bienes con los que se puede comerciar por la puerta de atrás. Llamam a esos trabajos los «tres tesoros».

Washington, también tiene sus tres tesoros... deudas... tratos, favores... en ese orden.

* * *

Era un número privado el que marcó Barbara. Un número que puenteaba los regimientos de burócratas de la embajada... los obstáculos que se ponían para estorbar o desanimar a todos excepto a los que más insisten; o a los que cuentan con los contactos necesarios. Era un número privado al que se accedía por medio de su propia estación telefónica y su conexión propia. No era infalible, pues después de todo estaban en China. Pero era lo mejor que tenían.

El nombre en el extremo de la línea le ofrecería ayuda porque eran viejos amigos. Ella le conocía de una época en que la vida era menos complicada... o eso parecía. Una época coloreada únicamente por Leonard Cohen y hachís marroquí. También la ayudaría porque ella tenía unas piernas estupendas.

Con cada número marcado, un recuerdo. Cada recuerdo ligado a su habitación de Harvard. Estudiantes los dos. Los dos principiantes en el amor durante dos horas, y nunca habían repetido el torpe episodio durante los veinte años siguientes cuando sus vidas se habían solapado frecuentemente. Si ella cerraba los ojos con fuerza, con mucha fuerza, «como uvas pasas», según los había descrito Bobby de niño... todavía podía notar el sabor a vino barato. Incluso podía sentir sus largas manos en su cuerpo. El combate con su sostén. Sus panties. Sus bragas. Bajando las reacias manos de ella hacia su impaciente

entrepiera.

Respondieron al teléfono. Una voz mesurada y como si estuviera sentada en un sofá que podías imaginar procedía del tipo de hombre que sólo se levanta «en el momento del almuerzo». Una voz americana. Barbara casi pudo oler a tarta de arándanos. Casi pudo oír a Cagney cantando una estrofa de *Yanqui-Doodle-dandy*. Hubo una pausa antes de que ella hablara. Aquel instante anterior a un salto al espacio es arriesgado.

—Hola, Edward, soy Barbara. ¿Cómo estás, embajador?

Capítulo 6

Un Hong-Qi, un Bandera Roja, es un coche... pero no sólo un «coche», no se puede describir un sueño negro y cromo muy largo como sólo un coche. En un país donde la adquisición de una bicicleta puede costar dos años y medio de ahorros y el resplandor plateado de su horquilla o cesta para la compra rezuma posición social, hace germinar la envidia; el Bandera Roja es una maravilla hecha a mano. La joya de la corona de la élite; un distintivo social. Un distintivo que se señala, uno de los pocos que dicen...

Sí, en China hemos abolido las clases; pero no el rango, nunca el rango.

El Bandera Roja es el transporte de los empapados en rango. Los altos mandos... los generales, los miembros del Comité Central del Partido Comunista, los jefes de negociado, gobernadores de las provincias, ministros del gabinete, sus esposas y el círculo íntimo de parásitos. Recuérdese el proverbio, antiguo y chino, el dueño de un Bandera Roja insufla vida a...

Si un hombre llega a ser funcionario, hasta sus pollos y perros ascenderán al cielo.

* * *

Piao nunca se había subido a un Bandera Roja. No era un mando ni un funcionario de rango elevado. Ni era el pollo o el perro de uno de los importantes. No habría cloqueado ni ladrado por un funcionario aunque su vida dependiera de ello.

Palisandro brillante, cuero antiguo crujiente cosido con grandes puntadas, traspontines levantados, un fino paño de encaje colocado en el respaldo del asiento de atrás, pesadas cortinas marrones corridas en las ventanillas traseras. De niño, como todos los niños, había soñado con estar encerrado en

el triste y caro ataúd del interior de un Bandera Roja. Le atrajo menos la idea cuando se hizo mayor: al ver el morro fuselado como del Mercedes-Cadillac se reveló la sangre mestiza de lo que de verdad era; un chucho que podría cantar su propia canción, abrirse su único sendero por la ciudad. Coches, bicicletas que bloqueaban su paso, se desviaban a un lado, fuera de su camino. Ignorados los semáforos en rojo, ostentosamente. El Bandera Roja excluido, por un derecho especial, de la necesidad de tener que frenar súbitamente... por si el funcionario importante del asiento de atrás pudiera dar un salto o herirse; incluso a costa de herir o posiblemente matar a un peatón.

De adulto, la borrascosa historia de amor de Piao con el Bandera Roja se había terminado. Ahora, incluso sin necesidad de concentrarse, podía ver la blanca cara de su mujer, la cortina trasera cayendo lentamente sobre ella cuando el Bandera Roja se la llevaba más y más lejos. El tráfico se dispersaba, se dividía para dejar que acelerara, se alejara... se la robaran. Su última mirada llegó cuando un brazo le rodeaba el hombro. Una mano con pesados anillos de oro y profundas arrugas hizo que desapareciera la cara de su mirada... ojos que miraban hacia delante ahora, hacia Beijing y la cama fría de un viejo. Sin siquiera necesidad de concentrarse, Piao todavía podía notar la lluvia en la cara; podía notar el sabor de las lágrimas, saladas y manchadas de escape de gasóleo.

El inspector jefe recorrió las cortinas cuando avanzaban por Huaihai Lu, dejando a un lado un semáforo en rojo y saludados por un policía. El sol caía atravesando el cristal en un arco de ámbar a cámara lenta, le daba de lleno en un lado de la cara, su respiración tan cálida como la de un amante saciado. El paseo en coche era perfecto. Silencioso, suave... perfecto. A lo mejor aprendía a cloquear o a ladrar —pensó, bromeando consigo mismo—. Pasó distraídamente la mano por el cuero del asiento... su blandura, su suavidad. Recordó los muslos de ella; el valle de leche del interior de sus piernas.

—Es la primera vez que va en un Bandera Roja, ¿no es así, inspector jefe?

A Piao le apetecía tanto un conductor jovial, parlanchín, como tener un dolor de muelas.

—Sí. ¿Cómo te has dado cuenta?

—Bueno, verá, mire usted... yo soy una especie de investigador jefe por mi cuenta. No deje que este estúpido uniforme de chófer le engañe. Es la persona

de dentro, como yo siempre digo. La persona de dentro. Verá, lo primero que hace alguien que nunca haya ido en un Bandera Roja es correr las cortinas... supongo que para que lo vean. Qué sentido tiene ir en un Bandera Roja si nadie puede ver que uno va dentro. ¿Sigue mi razonamiento?

Piao se dio cuenta de que estaba asintiendo estúpidamente igual que uno de esos perros de juguete que se ponen en la bandeja trasera del coche.

—Pero lo que lo hace totalmente evidente es el cuero. Los que se suben por primera vez siempre acarician el cuero del asiento. Por cómo lo hacen uno llega a pensar que están acariciando el muslo de una tía buena. Como yo digo, es lo que lo hace más completamente evidente...

Piao retiró lentamente la mano del cuero del asiento.

—... ahora esto es lo que se llamaría un coche, deja las calles del Zil atrás. Los rusos son bastante buenos ingenieros, pero un coche es más que eso, ¿no? Es cuestión de estilo, líneas, materiales empleados. ¿Todavía no ha pasado los dedos por la madera? Los que se suben por primera vez también lo hacen. Tan suave como la mejilla de la propia esposa. Otro dato que lo da a entender. Venga, páselos. Es la mejor madera que existe en China.

Piao se sintió obligado, pasó los dedos por las vetas intensamente barnizadas de dorado. Era tan pulida como el plástico. El conductor resplandecía.

—¿De quién es este Bandera Roja? —preguntó Piao, como quien no quiere la cosa. El conductor entrecerró los ojos, su mirada se desvió del espejo retrovisor hacia el tráfico disperso por la calzada de delante, la sonrisa abandonó sus rasgos como si hubieran quitado un tapón. En su lugar, la cara de reserva pasiva del chófer del Partido, con una respuesta adecuada.

—La limusina es propiedad del Estado. Ésta en concreto es una de las asignadas al Danwei del Ministerio de Seguridad Pública.

Piao soltó una risa fingida, con los ojos siempre enfocando el espejo retrovisor.

—Muy diplomático, camarada. Es una respuesta bien ensayada. Veo que eres un *nei-hang* auténtico. Hay que dominar las palabras para llevar en coche por ahí a los peces gordos. Creo que eres el que debería estar sentado aquí atrás acariciando muslos de tías buenas.

Los ojos del conductor se morían de risa.

—Nunca se ha dicho nada más cierto, amigo mío. En mi oficio uno no puede mear sin cogérsela con papel de fumar. Entiende lo que quiero decir, ¿eh?

—Sí, sé cómo es la cosa, camarada... —estuvo de acuerdo Piao, echándose ligeramente hacia delante en el asiento.

—... toda mi vida, como supongo que usted, me la he pasado esforzándome porque las palabras sonasen bien. De modo que, vamos a ver, dime a quién pertenece este coche. No es algo secreto.

—En este país, amigo mío, uno nunca sabe lo que es *nei-bu*. Le ponen la impronta de secreto a todo lo que se mueve y a muchas cosas que hace años que dejaron de moverse. Incluso se dice que algunos pronósticos del tiempo ahora son información secreta.

—Es cierto, camarada, es cierto... —confirmó Piao, con un movimiento de cabeza.

—... puede que al Partido le preocupe que unos pobres campesinos como nosotros encontremos el caldero de oro al final del arco iris y nos demos cuenta de que ya lo tenían ellos y hace años que lo gastaron.

El conductor se rió al tiempo que accionaba el claxon, mandando a una multitud de bicicletas Para Siempre al sprint hacia las polvorientas cunetas con radios girando, ojos enfadados y manos luchando frenéticamente contra el manillar.

—Sí, tiene razón. Tiene razón. Quieren quedarse con todo. Banderas Rojas, incluso con el jodido tiempo que hace...

Lo pensó unos cuantos segundos antes de continuar. Pisó a fondo, internándose en un claro entre el tráfico cuando cruzaron Zhongshan Lu.

—... bueno, que les folien, de todos modos son los amos de verdad de estos coches, así que por qué no deberíamos saber todos los que los usan para que sus mujeres vayan a la compra, y de quiénes son hijos los que se mean en el asiento de atrás. Este Bandera Roja lo tiene siempre prestado su jefe, Liping. Normalmente no llegaría con el culo al traspontín de un Bandera Roja... no está bastante arriba en la escala. No, es la limusina de su primo, el propio ministro de Seguridad Pública... Kang Zhu.

Piao se imaginó cuánto, pero los bruscos tonos nasales del nombre de Zhu todavía le derribaban sobre el cuero del asiento. Trata de parecer tranquilo,

exteriormente tranquilo, del modo que uno hace... pero dentro de su cabeza ya había adquirido vida la película. Las imágenes, en blanco y negro, desfilan en parpadeos lentos. La cara de ella... cada vez más pequeña. La limusina, un puzle de sombras de reflejos de la calle deslizándose hacia la noche de la que la habían enviado. Un brazo por encima del hombro de ella, como si siempre hubiera sido suya, nunca de Piao... siempre de él. Y justo antes de que el Bandera Roja hubiera dejado de existir para él, la cortina de la ventanilla trasera se corría. Una cara de rasgos cincelados que esculpían una sonrisa. Pelo brillante y echado hacia atrás introducido en un gorro ajustado. Ojos de cerradura de ébano. Kang Zhu... el ministro Kang Zhu. La cortina volvió a caer. El Bandera Roja se fundió con la tinta de la noche.

Piao habló, pero sólo le salió un gruñido discontinuo. Ve su propio reflejo en la ventanilla de enfrente. Su cara congelada en la sonrisa del imbécil que sale de la institución... se detiene en los escalones de arriba, sin saber qué va a pasar después. Muy blanco... muy gordo, Kang. Sólo un alto cargo puede tener ese aspecto, atiborrado de leche y carne. Tan blanco... tan jodidamente gordo.

—*Nemma bai... nemma pang.*

El conductor miró por encima de su hombrera roja y dorada, atraído por las palabras que habían salido de los labios apretados de Piao.

—¿Conoce mucho usted a nuestro ministro Zhu? —Preguntó, un pliegue de preocupación se abría paso en su frente.

—Le conozco algo...

Piao miró por la ventanilla, había empezado a llover, unas lanzas oblicuas de lluvia; la perspectiva se fundía en idénticos mundos cambiantes, todos atrapados dentro de sus propias gotas.

—... no se debe preocupar. El ministro y yo tenemos lo que se podría llamar «una amistad pasajera». Vamos, que yo estoy empapándome en el bordillo y él pasa por allí en su Bandera Roja con mi jodida mujer.

El conductor volvió a pasear la vista alrededor, con una pregunta llenándole la boca. Piao la encadenó donde estaba levantando sólo una mano.

—... no hagas preguntas. Es una larga historia y encima secreta...

Hubo un momento de silencio alterado únicamente por el aire levantado por un antiguo Shanghai Sedan al que adelantaron encogido entre la lluvia

como un Packard de 1950, antes de que el conductor hablara una vez más.

—Entonces, no me parece que un inspector jefe del departamento de Seguridad Pública como usted sepa mucho de la limusina Bandera Roja.

El conductor apretó el acelerador. Ojos fijos en el frente. Su boca, una cicatriz ondulada. No dijo nada más hasta que llegaron; hasta que Piao se apeó de la limusina. Cuando finalmente habló, sólo soltó una palabra.

—Hijoputa —fue todo lo que dijo.

* * *

La zhau-dai-suo, la dacha para invitados del comisario Liping, se alzaba en un complejo a un tiro de piedra del lago Taihu. Sólo un nudo corredizo de barcas de pesca al sur, y las vastas y fértiles llanuras de más allá corriendo hacia el horizonte y deslizándose en tranquilos verdes y pellizcos de amarillo, que rizan su superficie.

Piao se quedó un rato alisándose el uniforme y contemplando a las jóvenes que reían y se salpicaban unas a otras cuando subían y bajaban y flotaban en barriles de alquitrán recogiendo las castañas de agua. No había más sonidos. Por encima de ellas, las tierras del noroeste se alargaban hasta las colinas. Unos bucles suaves, regordetes... una tierra cálida, generosa. Sólo cuando los ojos oscuros se volvieron en dirección al inspector jefe... las risas convertidas en amistosas expresiones de broma, se marchó.

—Ven para que tengamos hijos de ojos azules, camarada policía.

* * *

No había números, ni nombre que indicara cuál era la residencia del comisario Liping. La zhau-dai-suo no los tenía. Tampoco tenía dirección. Ni número de teléfono que constara oficialmente. La calle en la que estaba carecía de nombre. Aquella zona del lago Taihu, sin bautizar. No aparecía en los planos. Piao apretó el timbre. Ya lo había visto todo anteriormente. Era igual en Beidaihe, Huang Shan, Lago Oeste... en todos los principales lugares de descanso del país, donde las dachas de los más altos mandos habían brotado como flores en el desierto. En un país de profundos secretos, las zhau-

dai-suo eran susurros; un *te-quan*, un «privilegio especial» que los altos mandos se conceden, que está protegido por una envidia sin parangón. Los altos mandos que usan las dachas nunca hablan de ellas, excepto con quienes comparten los mismos círculos de poder e influencia. Mencionar semejante privilegio provoca profundos fruncimientos de cejas. Se considera... *Cejas blancas sobre ojos rojos*. Un error. Un error evidente y muy grave.

* * *

—¿Sí?

—Soy el inspector jefe Sun Piao, vengo a ver al camarada comisario Liping.

Silencio... luego el zumbido de enojo de una cerradura que se abre automáticamente. Piao empujó la cancela y anduvo por el alargado paseo de grava. La arquitectura de la residencia era descaradamente occidental y parecía gritar que quería que se la viera, pero los tupidos jardines verdes de alrededor y las altas vallas de seguridad hablaban en susurros... de vidas aparte y diferentes. También hablaban de dinero. Del dinero de otras personas. Eso alentaba el chiste actual sobre los altos mandos, el chiste que estaba escondido bajo la lengua de todos los demás chinos...

Nuestras ideas están a la izquierda, pero nuestros bolsillos están a la derecha.

La anciana a-yi, que probablemente tenía un cargo en seguridad más elevado que él, condujo a Piao a un paso que era más arrastrar los pies que andar, por un alargado y triste vestíbulo... abre mucho la boca por las dificultades para respirar. En un país donde había tanta escasez de madera, las paredes recubiertas de ricas maderas eran una rareza; el inspector jefe permite que sus dedos resbalen por las vetas aprisionadas bajo laca. Llegaron a un luminoso espacio enorme de sol empapado en albaricoque, con un jardín que se derramaba por las grandes ventanas abiertas cuyos visillos de seda de un delicado crema ondulaban con la brisa. En el extremo más alejado de la sala unos ventanales estaban entreabiertos, vivos con un constante enrejado

cambiante de sombras... todos ante una pradera cuyo verdor hizo que Piao quisiera protegerse los ojos. Era la habitación de una mujer. Suaves muebles modernos de malvavisco, dovelas de helado de nata, delicados objetos *d'art*, cuadros de pinceladas rosa pálido. Nada de ello propio de Liping. Hasta la luz que llenaba la habitación parecía femenina. Podía notar que caía perfumada en la barba que le empezaba a crecer en la barbilla. Volvió la cabeza; la a-yi se había esfumado. Cuando su mirada volvió a dirigirse a los ventanales, las sombras se habían aquietado y el espacio ahora estaba dominado por el comisario Liping.

Llevaba un traje Mao negro muy bien cortado, las manos a los lados manchadas con tierra de unas hojas marrones de delicioso té... algo de la cual cae de los dedos a la alfombra color crema. Para ser chino, era alto, poderoso. Una dureza, una insensibilidad en el volumen del cuerpo de Liping. Una implacable, una severa indiferencia en la postura que dominaba la habitación. Era el modo en que el camarada comisario parecía manifestarse, como si vigilara el mismo borde de un abismo. Su esquelética cabeza bajo el pelo cortado muy corto. Y los ojos que descansaban bajo sus toldos de carne tensa; fijos en una mirada de interrogación permanente.

—Piao... en circunstancias tan desagradables como siempre. Un rasgo característico de nuestra profesión.

¿Una pregunta, una constatación? El inspector jefe nota que los labios se le quedan secos de inmediato.

—Mi informe inicial, camarada comisario Liping. Lamento que esté escrito a mano. El tiempo no ha permitido que se redactara un informe más protocolario.

El comisario agarró los papeles y se sentó en un sofá. La tierra seca de sus manos cayó, por encima de ellos, a los cojines claros. Era ajeno a la belleza de la sala... a la tierra que le cae de los dedos. La anciana a-yi tendría que limpiarla poniéndose a cuatro patas; Piao notó que en la comisura de sus labios le latía algo. Se levantó, sin saber qué hacer con las manos, mientras Liping leía. El informe, aunque fundamentalmente consistiera en cosas de poca importancia, satisfaría al comisario Liping. A Liping le encantaban los informes. Le ponías un informe en la mano sin importar las tonterías que se desprendieran de sus líneas, y Liping era como un junco en el Yangtze, «con

todas las velas desplegadas».

—Es usted estúpido, inspector jefe...

Las manos de Liping hicieron una bola con el informe según hablaba. Lo tiró al suelo, donde había dispersa más tierra. Llegó hasta los pies de Piao, atrapados en un fuego cruzado de sombras.

—... usted tiene cierta reputación, inspector. Consigue resultados. Se ha ocupado de los casos más difíciles, más escabrosos del departamento. Y a pesar de eso consiguió usted resultados. Pero este...

Liping movió la cabeza a uno y otro lado. Pompas de saliva en sus carnosos labios.

—... lo debería saber usted mejor que nadie. Ninguna prueba. Ni hechos. Y sin embargo señala con el dedo sin vacilar. Señala a los Servicios de Seguridad. Al Partido. Muertes promovidas por el Estado. Estúpido...

—No hay pruebas concretas, camarada comisario Liping, pero tengo el comportamiento del doctor Wu, que se negó a reconocer los cuerpos, y los comentarios que me hizo. Y yo conozco lo suficiente los métodos de los de Seguridad para reconocer cuándo andan por medio. Y esto es trabajo suyo...

Liping se quitó algo de tierra del regazo y se puso de pie. Piao había oído decir del comisario que... «tenía tinta en el estómago. Estaba bien preparado, pero no tenía valor». Ahora Piao se daba cuenta de que era un comentario hecho por funcionarios que no tenían al comisario Liping avanzando hacia ellos.

—No puedo evitar que usted sea un estúpido. Sólo se lo advierto. Usted no tiene nada todavía, ni siquiera la base para iniciar una investigación. Ni forenses. Ni autopsias. Ni detalles de las víctimas, o de los que los atacaron. Ni por qué. Ni cómo. Pero pone su trabajo, su vida, donde no debería estar: al final del cañón de un arma. Wu... el viejo está tan muerto como sus clientes. Sólo respira gracias a su reputación. Olvide lo que hizo, lo que comentó. Sólo sirvió para que se manchase los zapatos de barro. Es un incompetente. Ha ido demasiado lejos. Se debería ocupar...

Liping alzó la vista de sus enormes manos con barro. Se inclina sobre el hombro de Piao.

—... Piao, un consejo. Acéptelo. No argumente un caso apoyándose en Wu. Pruebas, constrúyalo sobre eso. Esculpa sus palabras en acero, no en bambú.

Acero, nada menos. Es un buen consejo. Mi propia vida está construida sobre sus muros...

El camarada comisario se alejó, dándose la vuelta.

—... tiene que realizar una investigación precisa y organizada, Piao. Se le asignarán más hombres en caso necesario. Yo personalmente me ocuparé de que se les proporcionen todas las facilidades posibles para que los cuerpos sean reconocidos a fondo. Quiero que este caso sea llevado de un modo profesional... nada de suposiciones inútiles; nada de medias verdades. Hechos, sólo hechos. Una hilera de cuerpos que se encuentran a la orilla del Huangpu no es algo admisible. Las autopsias en un almacén de productos cárnicos, un alumno de medicina fisgoneando. Inaceptable. Nuestra ciudad debe ser nuestra ventana a Occidente. Oportunidad, inspector jefe, oportunidad. No olvide eso. Y nunca olvide que para llevar unas palabras al papel a la hora de hacer un informe...

Liping bajó la vista hacia el papel arrugado a los pies de Piao.

—... el pez tiene que picar él mismo en el anzuelo.

El camarada comisario se dio la vuelta, inclinándose hacia delante. Los labios incómodamente apretados.

—*Cao-mu jie-bing. Cao-mu jie-bing.*

El inspector jefe conocía el dicho que se había utilizado desde finales del siglo IV. Todos los niños lo aprendían en el colegio. Se refería al rebelde Fu Jian, que había reunido un ejército de un millón de hombres para derribar el estado de Jin, que sólo tenía ocho mil soldados para defenderlo. Pero el ejército del rebelde Fu Jian había huido aterrorizado, al tomar equivocadamente la hierba que se movía, los árboles que se agitaban, por los refuerzos del Estado. Los cuatro caracteres de la frase se habían convertido en una parábola de la paranoia, todos los chinos lo sabían, todos los chinos temían lo que decían... y lo cierto que era.

Cao-mu jie-bing... En la hierba, los árboles, todo parece un soldado.

Liping se dirigió a los ventanales y más allá, el jardín... sus manos buscaban la maleabilidad de la tierra.

—Informes diarios, Piao. No usará los canales habituales. No quiero que

se sigan los procedimientos normales. Pasará todo por mí. Quiero dirigir este caso desde el principio. Si hay implicaciones, diríamos que especiales, en esta investigación, yo me ocuparé de ellas. No usted.

Algo en lo más profundo de sus ojos despertó la ansiedad de Piao.

—Eso es muy irregular, camarada comisario. Si tiene usted algún motivo para tratar este caso de un modo especial, ¿no debería conocerlo yo?

Liping... su sonrisa tan tensa como un puño apretado. Si pudiera retirar las palabras... pero Piao sabía que se mantenían como epitafios a la locura y la estupidez. Maldijo los genes occidentales que con demasiada frecuencia hacían que no contuviera la lengua.

—Quiero una relación de los hombres con que cuenta. ¿Quién ha participado en el caso hasta el momento? ¿Quién ha visto los cuerpos?

Liping lo advirtió todo. Advirtió la vacilación de los ojos del inspector jefe.

—... es por su propio bien. Lo podrían necesitar —añadió, empujando un cuaderno por encima del tablero de la mesa; saca una pluma de oro del bolsillo de arriba y se la tiende a Piao.

Tinta roja en papel blanco.

Wenbiao, Cheng, Xin, Shi, Zhiyuan, Wu, Pan Yaobang, agente Yaobang.

Surgían los nombres. Tinta roja... A Piao siempre le había dado miedo. Le parecía peligrosa, fuera de control, como si tuviera vida propia.

—Bien, bien, inspector.

Los ojos se iluminan al mirar la lista, sonrían, pliega el papel meticulosamente. Liping se lo guarda en el bolsillo interior de su chaqueta.

—... si se necesita algo especial, yo me ocuparé. Shi, Zhiyuan, los presidentes del comité vecinal y el Shiqu pueden cuidar de sí mismos...

Liping se acercó más.

—... no son amigos suyos, inspector jefe. Tengo sus informes. Hablan de todo menos bien de usted. Traición, engaño... términos fuertes. Tiene usted habilidad para hacerse enemigos importantes.

Eso no era cierto. Los mandos importantes eran los que tenían habilidad para convertirse en enemigos suyos. Era una sutil diferencia que se le había escapado a Liping, pero Piao mantuvo la lengua quieta.

—... sus informes no irán más allá. Les espera un profundo cajón. ¿Cómo

es eso que dicen los estadounidenses? «Hasta aquí hemos llegado...»

El camarada comisario se rió. Dientes de oro en el fondo de su cavernosa boca le guiñaron el ojo siniestramente a Piao.

—... una consideración se merece otra, inspector jefe. Mi primo, el ministro, ha quedado complacido por su actitud tan considerada. Usted siguió mi consejo. Estoy contento. Usted no habría conseguido nada con un lío. Su carrera y la de Kang Zhu... echadas a perder. Y por el medio su mujer. Un pez del que tiran dos cormoranes.

El inspector jefe se muerde el labio por dentro, la sangre sabe a pulimento de metal.

—... usted estaba siendo listo, Piao, listo. Un funcionario de la importancia de Kang Zhu está bien situado. Salva el tipo. Además, ella no es una esposa honorable. «Un buen caballo no acepta dos sillas de montar...»

Liping se acercó al jardín, y volvió a guardarse la pluma; las sombras se movían, jugando por su cara. Sus rasgos presos.

—... recuerde. Informes diarios, inspector jefe. No me obligue a perseguirle, quiero que esto esté controlado. Con «narizotas» muertos implicados, especialmente estadounidenses, podría existir interés en el exterior por este caso, presiones externas. Puede que cuestiones políticas. Quiero ir un paso por delante. Quiero ocupar el asiento del conductor.

Piao notó resonar unos acordes dentro de su pecho.

Narizotas... wai-guo-ren. Occidentales... yang-gui-zl... demonios extranjeros.

Palabras tan reales dentro de su propia vida como una pared de ladrillo. Sólo tienes que mirarte en cualquier espejo, inspector jefe, cualquier fragmento de reflejo. Ver la cara que no es como son las nuestras. Los ojos que nunca pueden ser de verdad los nuestros. *Wai-guo-ren... persona de país exterior.* Extranjero.

Sonó un teléfono en una habitación lejana. Respondieron rápidamente. La a-yi entró momentos después, susurró algo a Liping, que salió para mantener una conversación cuchicheando. Mientras estaba fuera, Piao recogió pequeños terrones de tierra de los cojines del sofá y la alfombra. Liping no estuvo mucho tiempo fuera.

—Inspector jefe, ha habido un incidente. Responda usted a la llamada

telefónica.

Piao siguió a la a-yi a una habitación que estaba en sombra, que olía a jardines secretos y a conversaciones reservadas. El auricular apestaba al aliento de Liping, con su fondo de delicada peste a mierda.

—Joder, jefe, será mejor que venga aquí...

Yaobang, sin aliento, acalorado, recorrido por la adrenalina.

—... estoy junto al almacén. Hay un incendio, un incendio jodidamente enorme...

Una pausa. Al fondo un sonido de sirenas. Y todo el tiempo, Piao con la sensación de lo que iba a pasar después.

—... yo creo que Wenbiao todavía está dentro. Y su primo Cheng...

El inspector jefe, ojos cerrados. Cuenta hasta tres. Los latidos de sus oídos se aceleran.

—Voy ahora mismo. Estaré con usted lo más rápido que pueda.

—... gracias, jefe, le necesitamos. Esto es un infierno.

—Yaobang, ¿qué pasa con los cuerpos?

—... lo siento, jefe, no le oigo, llegan más artefactos...

—¿LOS CUERPOS, LOS OCHO?

El Grande grita sobre un fondo de sirenas, voces frenéticas, ruido de maderas, ladrillos... alcanzados por el fuego.

—... QUIÉN COÑO LO SABE. QUIÉN COÑO LO SABE.

Se cortó la comunicación. El silencio pareció llenar el mundo. Piao abrió el puño; el barro del sofá y la alfombra de Liping todavía estaba en la palma de su mano manchándola de un pardo rojizo. Lo dejó caer al suelo.

* * *

El camarada comisario estaba mirando hacia el jardín por los ventanales; su sombra larga. Una mancha negra que caía hasta muy dentro de la habitación. No se dio la vuelta. Se mantuvo de espaldas a Piao mientras hablaba.

—Por desgracia, el fuego no tiene preferencia por los vivos o por los muertos. Sus ocho cuerpos. Quedará poco.

Liping salió de la habitación al jardín... éste quedó iluminado por el oblicuo y blanco sol. Pareció que se lo comía entero. Piao salió, con la mente

disparada, hacia el almacén en llamas.

* * *

Debajo de las aguas del lago Taihu se eligen las piedras adecuadas y se sumergen. Quedan allí durante décadas, las perlas del lago, mientras las aguas las desgastan hasta el punto en que resultan muy apreciadas para el diseño de jardines clásicos.

Ocultas y secretas, yacen sumergidas.

* * *

La limusina partió en dirección a la ciudad. El motor, un ronroneo... el conductor, callado.

Narizotas... estadounidenses. Piao recorrió su copia del informe, sabiendo lo que diría... sabiendo lo que no diría. En el informe a su jefe, el camarada comisario Liping, no se hacía ninguna mención a estadounidenses.

Capítulo 7

Tan negro como los ojos de ella. Tan negro como las palabras de ella.

El humo se alzaba de los muelles, atravesando el río. Una serpiente que mudaba de piel hasta que su cuerpo era cada vez más pálido. Cuando se acercó al almacén, el cielo cambiaba. Negro y amarillo. Negro y naranja. Negro y rojo.

El edificio tal y como él lo recordaba casi había desaparecido; en su lugar el resto cariado de un diente podrido. La cara de Yaobang estaba en la ventanilla del Bandera Roja incluso antes de que el coche se hubiera detenido. Una luna llena de manchas de carbón y carne rosa inflamada.

—Todavía están luchando contra el fuego en el tejado. Los pisos de abajo ya no arden, pero es demasiado peligroso entrar. Nos han dicho que podríamos tener que retroceder. Todo el jodido edificio se puede venir abajo en cualquier momento. Ahora lo están comprobando.

Piao saltó fuera de la limusina, cruzando a saltos el lío de mangueras y crecidos riachuelos de agua negra. El Bandera Roja se alejó del patio, a una calleja; una sucesión de joder joder joder dirigidos al inspector jefe por el chófer que mentalmente ya estaba luchando con una gamuza para devolver el brillo a la pintura después de la fina ceniza que caía del cielo como nieve. Nieve negra.

—Parece que tenemos compañía.

Piao hizo un gesto con la cabeza hacia el Shanghai Sedán pegado a la pared de la lejana calleja. Tres hombres... ojos muertos y aliento a basura ensuciaban la penumbra de su interior.

—Mierdas de la seguridad. ¿Por qué van siempre de tres en tres, jefe?

El inspector jefe se quitó la casaca cuando se dirigían a toda prisa hacia el

cordón, pasando por debajo de él. En dirección al almacén, se quita la corbata; el calor ya casi le quemaba la nariz, le secaba la boca. Tragó con dificultad, pero no había nada que tragar.

—¿No sabes que es una orden altamente secreta del Politburó? Uno para leer, otro para escribir... el tercero para tener vigilados a los otros dos intelectuales.

El Grande no entendió la broma, pero de todos modos se rió.

Piao empapó su casaca en un chorro de agua que salía de una manguera agujereada y se la ató en torno a la cabeza y cara... cuando tres pitidos de una sirena desgarraron el organizado desastre. Una frenética pero organizada actividad por todas partes. Escaleras que se recogían a toda velocidad. Marañas de mangueras que se deslizaban por los encharcados adoquines mientras las enrollaban en sus bobinas. Un río de bomberos con la vida extinguida en sus ojos pasó junto a ellos; vuelven a sus vehículos. Sólo Piao y Yaobang avanzan hacia el almacén. Los ojos del Grande, nerviosos orbes negros encajados en una cara de mármol ahumado, observan los dispositivos contra incendios que se retiraban del patio.

—Creo que deberíamos dirigirnos en la otra dirección, jefe.

Piao alargó el paso. Yaobang se dio prisa dejando que su casaca se arrastrase por un sucio charco... enrollándosela también en torno a la cabeza. El agua sucia le caía por la frente y mejillas, como la cera fundida de una vela a medio quemar.

—Madre mía, madre mía —en sus gruesos labios perezosos, convirtiéndolos en una cicatriz tirante, cuando la mano de un rechoncho bombero, un mandamás a juzgar por las hombreras y el grosor del galón de su casco, agarró el hombro de Piao.

—¿Dónde coño cree que va? Eso se va a hundir. ¿No ve que se hunde?

En los ojos del bombero había un torrente de miedo. Aquello sorprendió a Piao, y también le enervó... pero de todos modos pronunció las palabras sin darse tiempo a sí mismo a pensar en ellas.

—Brigada de homicidios, se trata de un asunto oficial del Partido. Suélteme o sufrirá las consecuencias.

El jefe de bomberos levantó la mano, una expresión de comprensión talló las profundas líneas de su cara.

—Se trata de su jodida vida... —dijo. Pero Piao ya lo sabía.

* * *

Tan negro como los ojos de ella. Tan negro como las palabras de ella.

El interior del almacén, lleno de ceniza... lleno del hedor a animales abiertos en canal carbonizados y del gemido constante de maderos, ladrillos, cuyo peso ahora era demasiado difícil de soportar. Piao se apretó más la casaca en torno a su cara. Ya estaba seca y caliente al tocarla. El terrible calor de horno abierto hace que vuelva su atención a las manos sin protección. Las escondió bajo la débil protección de los puños de su camisa mientras él y Yaobang se ponían de espalda para enfrentarse al calor abrasador. Era difícil saber exactamente en qué parte del almacén estaban, el fuego había esculpido su interior a su propia imagen. Una visión de pesadilla de acero retorcido en fusión, paneles de ladrillo deformados fluidos y vigas de madera renegrida partidas fue todo lo que les salió al paso. El suelo de cemento también se había transformado... ahora era un terrible océano de ébano de madera y restos incinerados de los tres pisos del almacén que habían caído sobre él. Hacía demasiado calor, tenía demasiada urgencia por elegir un camino. El inspector jefe se abrió paso entre la marea hinchada, con Yaobang detrás muy cerca. Las maldiciones quedaban en las grietas de sus labios. Los zapatos le echaban humo, las suelas de plástico se iban fundiendo lentamente.

Piao giró hacia la zona que sólo veinticuatro horas antes había sido un despacho. Ahora sólo era otro foso en llamas con las paredes carbonizadas. Más allá, los ladrillos daban paso a un marco de acero y una pesada puerta de acero colgando semiabierta de él. La cámara frigorífica. Pasó los dedos por su achicharrada superficie, pero los retiró inmediatamente. El metal estaba al rojo vivo. Las yemas de los dedos gritaron. Cubitos de hielo, botellas de cerveza fría, nieve, escarcha... fue en lo único que pudo pensar. En aquel momento habría dado de muy buena gana un mes de sueldo por una botella de Tsingtao muy fría. Yaobang sacó la linterna de debajo de la camisa y se la tendió a Piao. El haz de luz partió la oscuridad por la mitad. Había dado sólo cuatro pasos en el interior del enorme almacén cuando resbaló, casi cae, el rayo de luz vibraba de forma enfermiza. Se reafirmó y apuntó la linterna al

suelo. Un espeso lago de grasa animal la reflejaba siniestramente. Alzó la linterna lentamente, iluminando hilera tras hilera de animales en canal colgando de ganchos... cada uno quemado hasta ser carbón. Un acre humo espeso salía de cada uno. Largas estalactitas cerúleas de grasa colgaban de ellos. Algunas eran tan largas que llegaban hasta el suelo, y parecía que sujetaban la poderosa masa de los animales en canal como delicadas patas de flamenco.

Y allí era donde habían guardado los ocho cuerpos arrebatados del barro del Huangpu. Una cámara frigorífica convertida en incineradora... *el fuego no tiene preferencia por los vivos o por los muertos. De sus ocho cuerpos, quedará poco.*

Las palabras de Liping alimentaron una náusea, profunda y ácida, en las profundidades de sus tripas.

El inspector jefe notó que se le atirantaba la piel, la garganta se le cerraba, se le secaban los ojos. Sujetó la casaca con más fuerza en torno a su cabeza, mirando por la más estrecha de las rendijas. Se estaba ahogando de calor. El calor estaba por todas partes. Era parte de todo... ineludible. Estaba mareado, jadeaba buscando un aire que le hacía heridas en la garganta. Y detrás de él, Yaobang daba traspies, en pleno ataque de tos.

Avanzaron vacilando por el bosque de carne a la barbacoa y consiguieron mantenerse de pie a duras penas. Los grandes animales en canal oscilaban perezosamente cuando corrían a toda velocidad entre ellos. Y todo el tiempo, el miedo a lo que pudiera iluminar el haz de luz de la linterna cuando doblaran la próxima curva... la curva después de ésta.

* * *

Tan negro como los ojos de ella. Tan negro como las palabras de ella.

Fue al final de la cámara donde los encontraron. Dos animales de carne carbonizada colgados de los ganchos. Ahora difícilmente reconocibles como humanos... sin embargo espantosamente, claramente los cuerpos del cachorro de policía, Wenbiao, y del propio primo de Piao, Cheng. Oye las náuseas de Yaobang detrás de él y las mismas palabras, una y otra vez, saliendo de sus labios agrietados...

—Madre mía. Madre mía.

Y al mismo tiempo, se pregunta cómo decirles a los hijos de su primo que su padre ya no existe. Hijos... con besos húmedos, cálidos alientos y labios de fresas silvestres.

Piao se las arregló de algún modo para conseguir que el Grande dejara de estar de rodillas y se pusiera de pie, y le colocó de nuevo la capucha hecha con su guerrera. La cara de Yaobang, enrojecida, hinchada por el calor. Un globo rojo, demasiado hinchado y a punto de estallar. La voz de Piao, un gruñido profundo y torturado que le resultó extraño a sus propios oídos.

—Vas a tener que ayudarme. No puedo dejarlos así.

El calor seca las lágrimas del inspector jefe casi antes de que se formen.

—¿Y luego nos iremos de aquí, jefe?

Piao asintió con la cabeza, sus miradas unidas ante el terrible horror de todo aquello.

—¿No crees que deberíamos buscar a los otros...?

Piao cerró los ojos. Las llamas arreciaban más allá de la medianoche púrpura de sus párpados.

Sus ocho cuerpos... poco quedará.

—Nunca saldremos vivos.

El Grande asiente con la cabeza, aparta los ojos, su cara casi apretada contra un cuerpo achicharrado. Trata de no respirar, trata de llenar la mente de vacío. Carga con el peso del primer cadáver, el cuerpo renegrido del hombre que había sido Wenbiao. Acero que chirría contra acero. Piao soltó el primer gancho para carne de la parte de arriba del carril y luego el segundo, el del cuerpo del hombre que una vez había sido conocido como Cheng. Sin pensar en nada, sólo las preguntas de las dulces bocas de unos niños llenan su cabeza. ¿Cómo responder a esas preguntas? ¿Cómo secar esas lágrimas? Dejó suavemente el cuerpo de su primo Cheng en el suelo de la cámara frigorífica, un hilillo de sucio humo negro salía del agujero carbonizado que ahora era su boca, y con eso, el darse cuenta de que pronto tendría que aprender «cómo»... muy pronto.

Y sabe que las preguntas que los niños hacen no se desvanecen como el humo cuando sube al cielo.

* * *

Abandona el almacén. Ningún recuerdo, sólo un mosaico de pasos lentos y trabajosos acompañados de fognazos de espejismos y locuras. Luz que espeta la oscuridad. Agua que atraviesa el fuego. Voces cuando el grupo de bomberos llegó junto a ellos en los muelles de carga del interior del almacén. Una llamarada de cielo azul atravesada por una aguja sin punta de humo sucio y cayendo de ella una nieve en polvo negra. Nieve negra por todas partes.

Los ojos de Piao buscaban en las callejas cuando le llevaban en la camilla, su visión, una constelación, un universo de agujeros diminutos intensamente brillantes. Todavía buscaban cuando las puertas de la ambulancia se cerraron con un reconfortante sonido de acero contra acero, pero el Shanghai Sedán que había estado junto a la pared de ladrillos destrozados había desaparecido.

La inconsciencia le envolvió con su oscuro y suave manto. Se abandonó a su agradable abrazo.

* * *

El jefe de bomberos había reconocido bien el incendio, pero no en profundidad... por la mañana el almacén todavía estaba en pie y ahora lo bastante frío para registrarlo. Centímetro a centímetro. Mirado y remirado. Entre los animales abiertos en canal incinerados de la cámara frigorífica de la Empresa de Importaciones y Exportaciones Cárnicas no se encontró ninguna prueba de que hubiera otros restos humanos.

Capítulo 8

El agente de la CIA, McMurta, parecía un misil... cabeza ahusada, barbilla de acero, pelo de alambre. Los ojos, aparentemente gélidos detrás de los cristales oscuros de las Ray-Ban de rigor.

La entrevista había durado en total tres horas... 180 minutos de dolor inextinguible, en estado puro. Le arrancaron cada detalle de Bobby como si fuera una uña del pie que le creciera hacia dentro. McMurta se había puesto al día con el pretexto de ayudarla a ella y a Bobby. Eso había dejado a Barbara como si la hubiesen violado. Y entre cada pregunta, cada respuesta, lo único que hizo soportable la experiencia, sorbos de Xunhuacha... té verde Lucha, perfumado con crisantemo y pétalos de rosa. Servido en tazas que parecían demasiado delicadas para poder asirlas. Su instantáneo aroma a lluvia que empapa jardines, a fruta sobre hierba mojada... en contraste con el de la pasta de dientes y el tabaco que era McMurta. Se terminaron las preguntas, él cerró la carpeta y volvió a guardarse la pluma en un bolsillo interior, junto a tres plumas del mismo modelo, del mismo color.

—Me huelo que hay una mujer en todo esto. En la China de hoy en día hay muchas diversiones interesantes para un joven. Fíese de mí, se dedica a las nativas, nada más que eso. Ahora mismo probablemente esté encerrado en una acogedora habitación de un hotelito de la antigua concesión francesa con una guapa y encantadora *yeh ji*.

Barbara dejó la taza. Pintura de labios en la porcelana. Hace la pregunta para recibir una respuesta que ya sabía.

—Una guapa y encantadora *yeh ji*, ¿qué demonios es eso?

—Una *yeh ji*, un faisán salvaje. Una fulana. Dios, es casi un aspecto obligatorio de la oferta conjunta.

Barbara sirvió más té. No quería más, sólo necesitaba hacer algo con las

manos.

—Bobby no es de ese tipo.

McMurta se dirigió a la ventana.

—Todos los hombres lo son, fíese de mí...

El cielo, un amarillo de ictericia. Río, coches, ventanas, reflejado en el mismo tono de contaminación.

—... de todos modos, vaya adonde vaya, usted no tiene que preocuparse, señora. Nosotros se lo buscaremos.

Irritación en un estallido instantáneo. Golpear de la taza en la mesa. Té en el plato, sus dedos, las vetas de la traviesa de tren de caoba color chocolate.

—Nosotros se lo buscaremos. ¿Qué coño quiere decir con eso?

McMurta todavía mirando por la ventana, palidece, el cuello le aprieta por la sorpresa, se pregunta si era correcto que una funcionaria del gobierno soltara tacos. Que una mujer soltara tacos. La cáscara de «hombre nuevo» protegía el mismo puritanismo que el de uno de los Peregrinos del *May Flower*.

—La Agencia. Se lo estamos buscando. Procuramos que esté usted segura.

—Yo no necesito que «me lo busquen». No necesito que la Agencia procure que yo esté segura. Léame los labios... Lo buscaré yo misma. Estoy segura.

—Verá, perdone, señora, pero usted es una funcionaria del gobierno y una mujer vulnerable en la República Popular China. Está usted muy lejos de Washington. Participa en negociaciones importantes con los representantes de este país. Y ahora su hijo ha desaparecido. Puede que esas cosas estén relacionadas, puede que no. Por mi parte, yo creo que su hijo se ha liado por ahí y volverá a aparecer en unos pocos días. Los dólares americanos no duran mucho con una *yeh ji*. Pero, en cualquier caso, la Agencia cuidará de usted, señora, tanto si le gusta como si no... para eso paga sus «dineros» en impuestos.

Los ojos de él siguieron el Huangpu hacia al este... una cuchillada metálica sin relieve, que separaba la ciudad vieja de la ciudad nueva. Una separación que ninguna sutura en forma de puentes negros podría suprimir nunca. Colocó las manos en el alféizar de la ventana, respirando a fondo.

—Me encanta Shanghai por la mañana. Su olor. Su agitación. Desde diez

pisos de altura es la ciudad más maravillosa del mundo.

Barbara se le unió. Debajo la ciudad estaba viva. Las calles con pesadas hileras de cuentas negras de coches. Un millón de puntos siguen su marcha por la calle Nanjing; una colmena de peatones que zumba. Vida... hormigueante, burbujeante. Se estira hacia arriba. Le agarra del cuello. Ella se asfixia con su vibración; con un escalofrío, nota que nunca podría formar parte de aquello. Se dio la vuelta.

—Bobby, sé que está muerto. No es verdad lo que dicen... estaba aquí. Ésta era su habitación. Por sus cartas sé que sirven el desayuno en el restaurante del octavo piso del hotel. Yo sabía cómo era esta habitación incluso antes de entrar en ella. No es verdad lo que dicen. Estuvo aquí. No está con una puta. Está muerto.

* * *

Cuando McMurta salió de la habitación del hotel, ella se había fijado en que él tenía un culo enorme y plano: como el de Clinton con aquellos pantalones de chándal tan poco favorecedores. *Nunca te fíes de un hombre con el culo plano...* había sido un consejo casero que le había dejado su madre de herencia. Su madre todavía no se había equivocado nunca. McMurta. Barbara había visto tampax con más... más vitalidad. Ella le importaba un comino, lo sabía. Y lo sabía él. La puerta se cerró.

—Culogordo —dijo ella.

* * *

La voz del embajador, Edward Candy, era reconocible al instante. El modo lento que tenía de arrastrar las palabras, tan bien recibido, tan conocido como una botella de Bud o un trozo de tarta de pecana. El embajador habló del tiempo que hacía, las primarias y las finales de béisbol en Estados Unidos. Los Estados Unidos ya parecían una concha en la orilla de una vida pasada. Estaba claro que no tenía ninguna información sobre Bobby... Barbara lo sabía. Candy estaba reuniendo fuerzas para decir que ninguna. Barbara tuvo la sensación de que una ola de pánico rompía encima de ella. Ahogó un grito y se

las arregló para convertirlo en...

—Edward, ¿qué hay de Bobby?

... y luego la persiana metálica se cerró con estrépito.

—He puesto a otros dos agentes en el caso, aparte de McMurta, pero han llegado a un punto muerto. Cero. Sus investigaciones no encuentran datos de que Bobby hubiera entrado nunca en China. No se concedieron visados. Ni hay documentos que autoricen los viajes por el interior. Nunca se ha registrado en un hotel de Shanghai. Según el informe de McMurta, y los contactos que tenemos en el aparato municipal del Partido y en la Luxingshe, tu hijo nunca ha estado en la Universidad de Fudan. Tu hijo no ha estado nunca en Shanghai...

Candy hizo una pausa, ella pudo oír que suspiraba.

—... oficialmente, Barbara, Bobby no ha estado nunca en China...

Ella quiso contestar, pero no salió nada...

—... hemos llevado las cosas lo más lejos que podemos a ese nivel extraoficial, Barbara. Recuerda que estamos en China y los pasos que podemos dar son muy limitados. Yo sugiero que recurramos al departamento de Seguridad Pública. He hablado con el ministro... Ha conseguido por medio del comisario Liping, el jefe de policía de la ciudad, que veas a uno de sus mejores inspectores... Se llama Yun. Lo encontrarás en el cuartel de la división de Hongkou. Eso está cerca de la esquina de Sichuanlu con Haininglu. Lu significa calle. Toma un taxi y llega hacia las diez. Ya le he facilitado algunos detalles del expediente de Bobby al comisario Liping, de modo que estarán completamente informados...

La pluma se le deslizó de entre los dedos, una vez que Barbara hubo tomado nota de los detalles del encuentro en papel de escribir del hotel. La voz del embajador calló, a la espera de una respuesta que ella se sintió incapaz de dar.

—... pero estoy seguro de que todo se explicará. Sólo una serie de errores burocráticos, cada uno de ellos mezclado con el anterior. Ya sabes cómo es.

No hubo respuesta.

—Bobby aparecerá, y cuando aparezca, tírale de las orejas y ven a verme a Beijing para tomar una copa y celebrarlo. Pongo en hielo una botella o dos... como en los viejos tiempos, ¿eh?

La llamada se terminaba y con todo ella era incapaz de pronunciar ni una

palabra, sólo podía pensarlas. Y al mismo tiempo, imagina a Candy arreglándose la corbata, comprobando el olor de la boca según habla... un ojo admirando a una mujer sentada en el vestíbulo del ático, fuera de su alcance. Comprueba su maquillaje en el reflejo de la pantalla. Hace un puchero y se detiene para hacer un gesto de despedida al embajador con unos pálidos dedos perfumados. Sus puntas, serpenteantes peces color cereza. Devolución del saludo... la señal para levantarse, hacer unos movimientos para poner la falda estrecha en su sitio. Podría ser una esposa de Washington de juerga. Un perfecto maniquí con el pelo corto vestido por Ralph Lauren. Lista, guapa... con todas las armas para vencer en la guerra.

De repente una serie de preguntas se arremolinan en la mente de Barbara. Llena de pánico elige una casi al azar.

—¿Qué es de Lazarus Heywood, de Fudan, la universidad? Por el amor de Dios, Bobby vino a China por él. Trabajaba en el mismo departamento que Bobby. Heywood puede demostrar que estaba en Shanghai, y que existe algún tipo de conspiración.

—Barbara, no hay ninguna conspiración; tu hijo es arqueólogo. Las conspiraciones no incluyen a agentes inmobiliarios, inspectores de hacienda o arqueólogos. A no ser, claro, en Hollywood.

—Pero ¿ha visto McMurta al profesor Heywood, ha hablado con él?

El silencio fue prolongado. Un brillante anzuelo de silencio. Edward Candy, un pez atrapado en él. Ella podría verle retorciéndose. El relampagueo de mercurio de las escamas.

—¿Edward?

Silencio.

—¿Edward?

Ha picado. Soltar hilo, un silbido en el agua. Y luego las palabras...

—Hace quince días que no se sabe de Heywood. Ha desaparecido, Barbara... También ha desaparecido.

Capítulo 9

El *fen-chu*, cuartel general de la división de Hongkou del departamento de Seguridad Pública, estaba en Sichuanlu... un cruce frenético de radios de bicicleta que zumban, perros que mean y tráfico que eructa. El edificio se levantó durante un alarde de construcciones recargadas en la década de 1930. Un agujero mudo, en sombra, de trocitos de mármol y ventanas ciegas que se alza tímido un paso atrás... su postura paralizada entre defensa y ofensa.

* * *

Cera... meados... testosterona.

El olor de aquel sitio a Barbara le recordó su país, a todas las comisarías de policía en las que hubiera entrado alguna vez. Territorio de machos. El tipo de olor complejo que permanece en la memoria de todos los agentes jubilados mucho después de que las caras de los buscados, desaparecidos y temidos se hubieran borrado tiempo atrás.

—El inspector Yun me está esperando...

El joven agente pestañeó con incomodidad.

—... estoy citada con él a las diez.

El desconcierto le hizo fruncir las cejas. Se limitó a mover la cabeza a un lado y otro como si intentara desfruncirlas.

—¡Dios santo! ¿Qué es lo que tengo que hacer en este país para que me entiendan, alquilar un megáfono?

Aumentó el volumen de la voz. Aparecieron hileras de caras que miraban desde detrás de las separaciones de cristal entre los despachos.

—Lléveme con el inspector Yun antes de que me ponga a gritar de verdad. Cuando grito no resulto nada agradable.

—Yun. Yun... ¿no agradable?

Barbara sonrió.

—Lléveme con Yun.

Sin dejar de sonreír, y casi en un susurro:

—Por Dios, esto va a resultar difícil.

El agente sonrió también. Era un anuncio viviente de la necesidad de una higiene dental regular.

* * *

Un libro por su portada...

El hombre que siguió al agente joven junto a Barbara también era joven. Demasiado joven. Una sonrisa en su cara destrozada por el acné.

—¿Inspector Yun?

El inspector asintió con tal energía que Barbara tuvo que llegar a darse cuenta de que aquel nombre sería una de las pocas palabras cuyo significado eran capaces de compartir.

—No habla usted inglés, ¿verdad?

El inspector asintió con la cabeza.

—Yun, Yun —se dio unos golpecitos en el pecho.

—Sí, ya lo sé, ya lo veo. Usted es Yun. ¿Sabe también la palabra intérprete? *Intérprete*.

—Yun.

Barbara notó que le abandonaban los últimos restos de aguante. Todas las armas que había poseído para sacar, para conseguir información de la gente, hacerse con la situación... parecían sin punta.

Su voz se alzó...

—¿Qué pasa con las demás palabras? ¿Las entiende?

La apariencia de control se vino abajo. Las palabras le salieron a borbotones de los labios, y todo el tiempo, las puntadas mal enhebradas de la sonrisa de Yun estorbaron y tiraron de la piel de tarlatana de su cara.

* * *

Dedos vendados que se llevan una taza desconchada a unos labios agrietados.

Piao estaba sentado en la cafetería del cuartel general de la división. Había entrado con hambre, pero ahora su apetito había desaparecido debido al pestazo a grasa y asquerosos pitillos Panda Brand. Echó un vistazo al informe. Veintidós páginas para decir que a tomar por el culo. Veintidós páginas para no señalar a nadie. Veintidós páginas para decir que había habido un incendio y que había habido dos muertos. Él ya sabía que había habido dos muertos. Tendría que ir a sus funerales el martes por la mañana y el viernes por la tarde.

—Mierda.

Plegó el informe cuidadosamente y se lo guardó en el bolsillo interior. Se lo daría a Yaobang; sería un papel higiénico muy aceptable.

—Jefe, ¿le parece que tengo un poco de sobrepeso?

Piao alzó la vista de la taza de té, ignorando el abultado estómago de Yaobang y el cinturón de plástico que se había salido de los agujeros.

—He visto más sebo en el mandil de un carnicero.

Soltó las palabras y volvió a su té, revolviéndolo enérgicamente sin ningún sentimiento de culpabilidad. Aquélla era la relación que tenían. El Grande extrajo el pastoso budín de su envoltorio de papel marrón; la grasa rezumaba a su superficie en negros océanos untuosos.

—¿Has sacado a Pan de la ciudad?

Yaobang se metió el papel en el bolsillo, y manchas de grasa florecieron en la delantera de su camisa, sus ojos enfocados en el budín que mantenía a la altura del pecho.

—Hmm...

—¿A casa de tu tío?

—Mmm...

Se llevaba lentamente, sin pausa, el budín a los labios, con los ojos clavados cariñosamente en la gran perla blanca.

—¿Estará seguro allí?

—Sí, sí...

—¿Estás convencido?

Casi lo podía oler, casi notaba su sabor, casi sentía la blanda textura en la

lengua. Se bajó el budín de los labios, todavía intacto.

—Jefe. Yo sí estoy convencido. Es un pueblo pequeño. Cualquier señal de forasteros y salta la alarma. Si no es un ganso gordo, es una vieja escuálida o la antigua Guardia Roja del presidente. Son el mejor sistema de alarma del país. Entre todos puede que no tengan ni un puto diente en la boca, pero, créame, podrían dejar acojonado a cualquiera con aquellas encías.

La mención de dientes, encías... pensó en los suyos y se llevó el budín hacia la boca abierta.

—¿Y le diste a tu hermano las fotografías de los cuerpos?

—Sí, le di todas las fotos.

—¿Y le recordaste cuándo y dónde nos veríamos?

—¡Jefe!

Yaobang se retiró el budín de los labios una última vez.

—Ya sabe las respuestas a esas puñeteras preguntas. ¿Puedo seguir comiendo? No he probado nada en todo el día.

Piao alzó los ojos de la taza.

—Llevas hora y media sin comer.

—Vale, vale. Un día, hora y media, ¿importa algo eso? Cuando nací ya era grande. Necesito comer con regularidad.

Se embutió el budín y los labios le brillaban de grasa mientras una expresión de delicia recorría su ancha cara. Cuando habló, cada palabra quedó apagada y estuvo puntuada por trocitos de budín remojados que le asomaban.

—Tan puñeteramente rico como un orgasmo, joder.

—¿Cómo lo sabes? —contestó Piao.

El Grande tosió, balbuceó y luego tragó con ganas. Se rebuscó en un bolsillo del pantalón sacando un puñado de billetes arrugados.

—La colecta para la madre de Wenbiao, trescientos yuanes por ahora... no está mal, ¿eh? Los chicos creen que a la vieja le podríamos comprar uno de esos juegos nuevos para la barbacoa; cada vez que los use se acordará de él.

Acero sobre acero... nieve negra. Piao cerró los ojos un instante y todavía pudo notar detrás de los párpados el calor que quemaba como la punta de una navaja.

—Lo sé de sobra, jefe. Un chiste malo, de mal gusto. Fue Yantan. Ya sabe

lo animales que son esos kazajos.

El inspector jefe revolvió su té una vez más. Ya estaba casi frío. Nunca había tenido intención de tomarlo; revolverlo, mirarlo... eso era suficiente.

—Yantan es un imbécil. Llena cheques con la boca que su cerebro no puede pagar.

Yaobang mordió el budín una vez más.

—Lo que usted diga, jefe. Lo que usted diga. ¡Coño, casi lo olvidaba! Jefe, lo reclaman en el mostrador de entrada, a Yun le está tocando los huevos una estadounidense. Lo último que vi es que ella estaba pidiendo a gritos un intérprete, eso pasaba. Le ofrecí a usted como voluntario.

Piao empujó la taza por el tablero de la mesa.

—Gracias.

—Lo tuve que hacer, jefe. Yun tenía una cara... como aquella vez que le robaron el coche patrulla en Yishanlu.

Piao recordó la expresión: mierda de perro todo por encima de mis zapatos nuevos, ese tipo de expresión. El inspector jefe ya se estaba levantando de su asiento.

—¿Qué es lo que pasa?

—No estoy muy al tanto, jefe. Al parecer la mujer tiene un cargo político de cojones. Dicen que Liping le prometió el cielo y la tierra y ella no parece de las que se contentan sólo con promesas y unos puñeteros fideos sin más. Al menos, no ésta. Además, se trata de algo más que haber perdido el bolso...

El Grande enrolló lo último del budín en una apretada bola y se lo metió en la boca, con la palma de la mano brillando de grasa.

—... dicen que su hijo ha desaparecido.

La perfección, el número siete. La perfección, la forma y la fragante carne blanca del lichi. Y ella.

Y ella.

La aborreció en el momento en que la vio. Le recordaba lo amargada que era su propia vida, saboreada a través de la amarga cáscara de un limón. La mujer le recordó que tenía las uñas sucias. Además, se dio cuenta de otras cosas en cuanto la vio... con seguridad. De que su hijo estaba muerto.

Recordaba la cascada de agua cristalina alcanzando el barro y arrastrándolo. La piel desesperadamente blanca que quedaba a la vista. El

delicado y suave pelo de maíz de muñeca. Los labios separados dando un beso a una agonía secreta. Sí, él sabía el secreto. El hijo de la mujer estaba muerto. Ya no había vuelta de hoja; el camino que llevaba de vuelta a casa había sido levantado.

—¿Es usted el intérprete de chino?

Piao se acercó más. La envolvía un perfume a flores caras sujeto con alambre a su alrededor.

—¿Es usted la cliente estadounidense?

Los ojos de Barbara se entrecerraron, recordándole al inspector los barcos que navegaban en invierno sin luces por el canal de Suzhou.

—Su inglés es muy bueno para un chino.

—Su inglés es pasable para una estadounidense.

Ella echó la cabeza atrás, el pelo se le agitó como hace una brusca brisa cuando recorre un campo de grueso trigo. Todos los movimientos que hacía pronunciaban un millar de palabras en inglés y diez mil caracteres chinos.

—¿Puede decirle al inspector que soy Barbara Hayes? El comisario Liping ha hablado muy bien de él y me ha asegurado su ayuda total para encontrar a mi hijo. ¿Puede decirme él en qué estado se encuentra su investigación en la actualidad?

Piao hizo de intérprete. Cada palabra contribuía a encender el acné que se extendía por la cara de Yun.

El inspector también conocía esa expresión... *El cabrón ni siquiera ha echado una ojeada al informe. Paralizará... una investigación que ni siquiera ha empezado todavía. Mierda. Una investigación que nunca empezará.*

La respuesta de Yun estaba muy bien ensayada. Unas palabras que no le pertenecían; practicadas en el reflejo de un espejo mientras se hurgaba y estiraba el frunce que era su cara. ¿Quién era el Dios del cielo de Yun? Piao estaba seguro de que sería un vendedor que no daría nada si no se lo pagaban.

—Yo, como representante del departamento de Seguridad Pública, le doy la bienvenida como nuestra muy apreciada visitante. Nos sentimos honrados por contar con la visita de una funcionaria del gobierno estadounidense de tal magnitud. Por tanto, nos complacerá en grado sumo demostrarle a usted nuestra eficacia al encargarnos de las dificultades que le aquejan y

proporcionarles una solución satisfactoria. Las fuerzas de policía de la República Popular China son famosas en el mundo entero por su minuciosidad y habilidad absolutas. Tendrá ocasión usted de ser testigo muy próximo de ello y de llevar esa experiencia cuando vuelva a su propio país... nuestro estimado aliado comercial, los Estados Unidos de América.

Los inspectores reunidos allí, con Barbara en su epicentro, sólo aplaudieron después de que Piao hubiera traducido entero el parlamento de Yun. Aplaudieron educadamente. Aplaudieron amablemente. El aplauso sonó como las aguas del Huangpu lamiendo con suavidad sus orillas. Como había hecho aquella noche.

* * *

Sólo cuando Barbara hubo salido del *fen-chu* y estuvo en la calle, se dio cuenta de que todavía no tenía nada. Sólo palabras. Unas palabras que se pegaban al plato como los fritos de boniato caramelizado y llenaban tanto como el algodón de azúcar.

—Idiota... idiota.

Iba caminando, las manos encajadas con fuerza una en otra; los nudillos blancos, moviendo la cabeza a un lado y a otro. Sichuanlu se desplegaba en torno a ella, asaltaba cada uno de sus sentidos. La vida se extendía hasta perderse de vista. Un vertedero hecho de comida, discusiones, ventas, gritos. Un enorme mosaico en constante cambio de niños como flechas, perros que mean, grupos apretados de mujeres y comentarios de hombres de mirada inquieta... y por el medio de Sichuanlu, el rugir constante del río metálico del tráfico dentro de una corriente general de escapes de gasóleo y parabrisas rotos. Aquello era un manicomio. Alzó una mano y un taxi viró hacia ella entre una salva de estampidos de cláxones. Pero tras una sacudida, la estaban apartando del bordillo, la llevaban por la acera, hacia un callejón. Una mano, enorme, fuerte, encima de la boca... reducía al silencio su terror. La rodeaban unos brazos enormes que la hicieron pensar en las garras de un oso... casi la llevaban en volandas sujeta por debajo de los sobacos y abrían paso entre la muchedumbre. Los brazos de Barbara colgaban flácidos. Un reguero de caras pasaba aceleradamente ante ella; ninguna alzaba los ojos hacia los suyos. El

sol se había ido y de pronto se tenía la sensación de mucho frío. Al final del extremo de la calleja un coche se aferraba con firmeza a la sombra. Una lapa de acero, neumáticos gastados, cromo que se descascarilla. Se abrió la puerta y la empujaron dentro. Un olor a tabaco barato, ingles sudorosas, le llena la nariz. El peligro y las malas noticias tenían un olor... era aquél. Buscó la manilla para abrir de un zarpazo; le apartaron la mano y luego se la agarraron. Después llegaron las palabras con las que ella sabía que se tenía que encarar. En el momento en que las oyó, supo que eran ciertas.

—Su hijo está muerto.

El motor del coche gargarizó al arrancar, el conductor se volvió para encararse con ella. Unos ojos azules montados en una máscara blanda de chino atenuado.

—Lo siento —dijo Piao. Pero las palabras a ella no le llegaron, pues salían del callejón para enfilar el centro de Sichuanlu, aquella marea de metal ardiente que los arrastraba hacia su seno.

* * *

Las mujeres chinas están liberadas, pero no son iguales. China es un mundo de hombres. Mírense los campos. Una esposa ya no es una *neirer*, una «persona encerrada»... la que representa el ideograma para paz y armonía, una mujer sentada bajo techo. Las mujeres están fuera, en el mundo. Plantan judías. Cosechan el arroz. Dan de comer a los animales. Cortan el trigo. Están fuera, en el mundo. Pero no conducen los tractores. En los aviones de la CAAC, la administración de aviación civil china, las azafatas serán mujeres, pero casi todos los pasajeros serán hombres. En los restaurantes te servirán mujeres; pero los que comen platos de cerdo y brotes de mostaza serán hombres. En los hospitales, serán mujeres las que te venden la mano; pero hombres los que ordenarán cómo y dónde poner ese vendaje.

Ya no hay empeines partidos y dedos retorcidos, típicos de «los pies de azucena»... «Obedece al cielo y sigue tu destino.» Pero a las mujeres, a las que Mao había atraído a su bando con la promesa de que ellas «sostendrían la mitad del cielo»..., no se les presta atención, se las usa.

Cuando la recién nacida es una niña, le dirán que vale «mil onzas de

oro»... pero si es chico, vale «diez mil onzas de oro». Cuando una hija adolescente al final sea entregada en matrimonio, como ya no supone ningún beneficio económico para su familia, dirán que es como «agua derramada». Cuando la novia va a su lecho nupcial sabe que «... si una mujer se casa con un pollo, debe hacer lo que hace un pollo; si se casa con un perro, debe hacer lo que hace un perro».

Para las mujeres, en China, eso es la existencia del tacto invisible, la palabra callada, los ojos bajos, la presencia de puntillas.

Es una igualdad que nunca alcanza el *gao-chao*... la señal de la «marea alta».

* * *

Él podía ver en el espejo retrovisor el reflejo de la mujer. Su sien rozándose con la ventanilla lateral... un pelo que destella trigo amarillo. Cuando las mujeres chinas lloraban, era como si el mundo se partiera, pero aquella mujer lloraba en silencio. Como si cada lágrima tuviera un precio elevado pegado a ella.

Piao sabía que no había otro modo de habérselas con la muerte que exponerla enteramente a la vista. Uno la vomitaba, como si fuera pato o cerdo podrido. Por cuestiones de la propia salud, uno la vomitaba.

No ahorró ningún detalle. Por lo menos, ella se merecía eso, y lo mismo la vida desperdiciada de su hijo. De debajo del asiento del conductor sacó el pesado sobre marrón con las fotos monocolor nítidas, de cuerpo entero. Se fijó en ella a través del retrovisor mientras examinaba cada una de las fotos de veinticinco por veinte centímetros entre las lágrimas que caían. Las fotos de carne destrozada, degradada, desechada. Sólo dijo una palabra...

—Bobby.

Aquello fue suficiente.

* * *

El vestíbulo del hotel Jing Jiang estaba lleno de estadounidenses con camisas de rayas, trajes de cuadros. Hombres rotundos, entrecanos, con

exóticas cámaras negras colgadas del hombro, y mujeres angulosas de labios finos cuyo pelo no se movía nunca y cuya boca nunca dejaba de moverse. Piao y Yaobang se rozaron con ellos cuando seguían a Barbara al ascensor. Despedían un olor a sirope dulzón y a polvo, a pensiones de retiro opulentas y a los medicamentos que les habían recetado. Piao arrugó el paquete de tabaco y se lo guardó en el bolsillo. Era su último Panda Brand. Mañana sería un mal día, volvería a la mierda local.

—Un inspector jefe de la brigada de homicidios, ¿está bien eso? ¿Lo hace usted bien?

Fueron las primeras palabras que dijo ella en treinta minutos. Ojos ahora secos, pero sin expresión... casi blancos. Igual que estrellas frías y lejanas que han sido arrancadas del cinturón de Orión. Piao soltó el aire.

—¿Bien?

Sale humo por los agujeros de su nariz.

—Supongo que eso depende de lo que para usted signifique «bien». Bien en Washington podría ser estar hecho una mierda en Beijing. Estar hecho una mierda en Beijing podría ser algo aceptable aquí, en Shanghai.

—¿Lo hace usted bien?

Acero en la voz de ella. Sus ojos ahora se oscurecen hasta el tono del granito. La puerta del ascensor se abrió a tirones.

—Mire, lo haga bien o no, yo soy lo mejor que va a encontrar usted.

Barbara se puso a andar por el pasillo. Los ojos de Piao siguieron sus piernas.

* * *

La habitación 201 estaba caliente, pero daba la sensación de fría, como si estuviera protegida bajo el ala de una bestia enorme e inconcebible. Barbara se sentó en la cama, con las piernas recogidas debajo como una garbosa gacela. La cabeza baja. El pelo formaba un telón dorado delante de sus ojos, sus pensamientos. Yaobang se quedó de pie junto a la ventana rebuscándose la nariz, rebuscándose los dientes, rascándose el culo. Sentado al escritorio, Piao lee el informe sobre Bobby y las cartas y postales de su hijo muerto a su madre. Eso llevó cuarenta y cinco minutos. Dos mil setecientos segundos sin

un cigarrillo. De vez en cuando se dirigía a la ventana, hombro con hombro con el Grande... una postal en la mano, alzaba los ojos hacia donde el paisaje urbano se unía al cielo. El sol alto, una chincheta amarilla clavada en una hoja de cielo incoloro. Cuando el inspector jefe cerró el informe, Barbara alzó la cabeza.

—¿Qué cree usted?

Piao parpadeó. No le gustaba nada proporcionar una valoración instantánea. Era un inspector de la brigada de homicidios. Los constructores de casas hacían una valoración instantánea; lo mismo los sastres. Pero los inspectores... sus palabras tenían que medirse en milésimas, y recortarse de una pesada lámina de acero.

—Yo creo que su hijo tenía un enemigo con una sombra larga y un secreto sobre el que caía esa sombra. Hacer desaparecer a alguien en este país no es difícil, pero eliminar por completo una vida, borrar el camino que siguió, es otra cosa. Para hacer eso, para tener influencia en la Luxingshe, el departamento de Seguridad Pública, los servicios de seguridad de interior... bueno, eso es otra cosa. Uno tiene que estar muy bien situado, ser poderoso.

Piao estaba de pie, paseaba. Las consecuencias de sus propias palabras le llevan hacia la cama.

—¿Está diciendo usted que hay una conspiración? ¿Está diciendo que me han engañado desde que bajé del avión, me han mentido?

Sí, la han engañado. ¿Termina alguna vez el engaño? El que le hubiera asignado a Yun a usted, con su florido lenguaje, sabía lo que estaba haciendo. Las barreduras debajo de la alfombra. Un inspector que no sería capaz de encontrarse la polla dentro de sus propios pantalones... un fen-chu que no podría detener a una perra en celo. Sí, se trata de un engaño... un engaño a alta escala.

Piao asintió con la cabeza. Se vuelve. Se mueve otra vez hacia la ventana. Consciente de que aquella mujer era de las que pretendían despellejar la serpiente entera y a las que les importaba un pito la sangre que quedaba en el suelo de la cocina. El inspector jefe notó un dolor de cabeza que le avanzaba detrás de los ojos. Ya estaba bien. Ahí era donde debía detenerse el engaño. Al apoyar la mano en el marco de la ventana, notó un sarpullido de gotas de pintura debajo de su borde... le molestaban mucho los trabajos chapuceros.

Piao hundió una uña en uno de los bultos, lo quitó y quedó una luna creciente de bordes blandos... su uña parecía sangrar un blanco pegajoso. Recién pintado.

—Yaobang.

El Grande siguió a Piao hasta la puerta y salió al pasillo. Un chico del servicio de habitaciones estaba varias puertas más allá. El inspector jefe hizo un gesto con la cabeza en su dirección y Yaobang lo trajo sujeto por el codo, apagando sus quejas con la visión de una placa roja y dorada. Yaobang tiró de la larga cadena de llaves de su bolsillo y dio un codazo al chico del servicio de habitaciones para indicar las que debería usar para las puertas de las habitaciones contiguas a la 201. Con unos nudillos color nogalina, el Grande llamó suavemente en cada puerta antes de abrirla. Nadie había respondido a los golpes. Las habitaciones estaban vacías. Piao no pasó más de treinta segundos dentro de cada habitación antes de dejarla, cerró cuidadosamente las puertas y volvió a desandar sus pasos de vuelta a la habitación 201.

—¿Qué diablos era todo eso?

Barbara se alejó de la cama. Algo en sus andares recordó a Piao el balanceo de las cañas de una orilla. No era un especialista... hacía años que no había visto las cañas de una orilla. Año y medio desde que había mirado a otra mujer.

—Necesitaba asegurarme de que esta habitación, la habitación de su hijo, es la única que habían vuelto a pintar recientemente.

—¿Y?

Él pasó junto a ella en dirección al cuarto de baño. Barbara le siguió estirándose la falda, y volvió su cara hacia él.

—¿Y?

Ella deseó otra vez unas palabras que él no pudiera medir, que no tuviera tiempo para grabar en piedra. Aquello puso incómodo a Piao, que casi tuvo que hacer esfuerzos para respirar.

—Estoy seguro. Han hecho un trabajo minucioso. Veremos hasta qué punto fue minucioso.

Piao se puso a empujar el lienzo lateral del cuarto de baño. Yaobang se puso de rodillas para ayudarle; jadeaba... el sudor ya le corría por la frente.

—Es casi imposible suprimir todos los detalles... Retiraron el lienzo

lateral y el inspector jefe empezó a desmontar la tubería en torno al gran sifón.

—... los detalles quedan por todas partes. Aunque hayan empleado mucho tiempo, siempre queda algo...

Una tubería, acero oxidado, pintura saltada... cayó pesadamente al suelo. Un breve sonido de agua. Un desagradable olor a alcantarilla.

—... las personas, las babosas, no son diferentes. Las dos dejan un rastro de baba vayan donde vayan...

Piao llevó la tubería al lavabo mientras Yaobang se incorporaba, gruñendo.

—... comprueba la otra habitación.

El Grande asintió con la cabeza, dándose masaje con sus largas manos en la base de la columna vertebral mientras salía cojeando del cuarto de baño. El inspector jefe se subió las mangas y descargó violentamente un torrente de agua fría en el sifón. Una babosa gruesa asomó por el otro lado de la tubería. Bolas de pelo, cerillas usadas, pequeños clavos, colillas. Sacó aquella masa de la tubería con los dedos y la depositó en el suelo. El hedor invadió la habitación. A Barbara le subió la bilis a la garganta, sus manos buscaron automáticamente la boca... se la cerró con un enrejado de nudillos blancos y pintura de uñas rosa intenso. Pero la fascinación por lo que estaba haciendo Piao contuvo el malestar.

Con un lápiz en cada mano, el investigador jefe deshizo la masa. Rebuscó en ella. Expuso sus fibrosas interioridades y blanda tripa.

—Dios santo —oyó que susurraba Barbara en su hombro. Una espesa capa de largos pelos rubios entre los negros; los localizaba y separaba. Una rica veta de pelo de Bobby de un dorado de caramelo de lo más estadounidense... rodeado por una mezcla, una confusión de pelo negro ébano oriental. Piao guardó algo del pelo en una pequeña bolsa de plástico y la cerró herméticamente. Con unas pinzas quitó los demás objetos de la bola de pelo y los metió en otra bolsa.

—Siempre queda algo —susurró.

Se dio la vuelta y se dirigió al dormitorio, donde lo recibió el culo de Yaobang que se retorció debajo de la cama. Si los culos alguna vez resultaran tan caros como el cerdo, el Grande estaría sentado encima de una fortuna.

—¿Algo?

Yaobang se sentó como un Buda, cepillándose la pelusa de la casaca, con los botones de su bragueta a punto de saltar de sus ojales.

—Un condón usado. Tres cucarachas, muertas. Por lo menos un centenar de colillas, pero nada de aparatos para escuchar. Al Sexto Departamento no le interesaba este *wai-guo-ren*, jefe. No hay señales de que hayan sometido esta habitación a tratamiento. A los que limpian tampoco les interesó demasiado esta habitación.

—¿Está seguro?

—Tan seguro como que el estómago me está diciendo que es hora de comer.

Uno no podía estar más seguro que eso. Piao volvió a la ventana. La ciudad se movía. Lentos hilillos de reflejos de cristal se encendían y apagaban como semáforos en la sombra. Buscó una vez más el parque Huangpu... el punto de embarque para los viajes en barco, sabiendo que no sería capaz de distinguirlo desde la habitación 201. Piao leyó otra vez dos de las postales de Bobby. Lo confirmaban. No había duda. *Uno debe reconocer lo que es el sol cuando brilla.*

El paisaje del que se escribía no podía haberse visto desde las ventanas de la 201. El paisaje del que se escribía no podía haber sido visto desde el hotel Jing Jiang. Cuando Bobby Hayes había escrito aquellas dos tarjetas, estaba en otra habitación de otra parte de la ciudad... viendo otro paisaje desde la ventana. Con los ojos viendo otro paisaje.

* * *

Dedos calientes acariciados por agua fría.

Piao no podía verle los ojos, pero sabía que la mujer estaba llorando. Un mechón de pelo de Bobby sujeto entre los dedos bailaba con el agua que fluía.

—¿Tiene usted hijos?

Él apenas pudo oírla por encima de la cascada de agua corriente.

—No. He tenido mujer, pero no hijos.

Ella se volvió ligeramente. Una lágrima en su mejilla, seguida de otra.

—No los tenga. Perderlos es demasiado duro de soportar. Mejor no tenerlos.

—Pero todos los recuerdos que tiene usted...

Barbara cerró el grifo, poniéndose frente a él. Se secaba las manos y envolvía la espiral de pelo en un pañuelo. La profundidad del silencio parecido a una navaja se aferró al cuello de Piao.

—Recuerdos...

Piao pensó que nunca había oído una palabra, ninguna palabra, dicha con tal tristeza.

—Lo siento —dijo, precediéndola al salir del cuarto de baño. Ella tenía la mano fría como el hielo.

* * *

El restaurante del hotel estaba cerrado, pero el rojo y dorado de la placa de Piao les permitió entrar; los dólares de Barbara les proporcionaron café... amargo y templado.

—¿Conocía usted bien a su hijo?

Barbara encendió un pitillo. Estaba tan cerca que él pudo saborear el humo, a cuero y miel. Habría dado medio dedo sólo por un cigarrillo americano.

—Creo que sí, bueno...

Agarró aquel largo filtro como si fuera una cuerda que la pudiera salvar. Su punta ardía con el matiz de una mandarina madura.

—... sé que nunca le gustó llevar pañales... solía quitárselos todo el tiempo. Sé que tenía alergia a los cacahuetes cuando tenía seis años. Le llevé dos veces al hospital. Cuando tenía ocho su padre nos dejó. Sé que se lo tomó a mal, pero nunca habló de eso. Sé que desde que tenía diez años, cuando encontró la punta de una flecha cherokee en el jardín de su abuelo, quiso ser arqueólogo...

Sus labios se derretían en torno a la colilla del cigarrillo. Unos ríos suaves, tranquilos, que rodeaban, que abrazaban una isla de piedra.

—Una sabe cosas de su hijo cuando es bebé, niño, puede que incluso cuando es adolescente, si tiene suerte. Pero cuando es hombre, ¿quién conoce a los hombres?

Humo sobre su boca. Humo sobre sus ojos.

—Los hombres nunca les cuentan nada importante a las mujeres. Los hijos sólo les cuentan a sus madres lo que ellas quieren saber. ¿Sabe su madre cuándo va usted al hospital a que le cambien las vendas de los dedos? ¿Llega a enterarse siquiera su madre de que se ha herido?

Las manos del inspector jefe se hundieron en el bolsillo del pantalón.

—¿Entiende lo que quiero decir?

Él hundió las manos todavía más. Tocado.

—Cuando hablaron por teléfono, ¿mencionó alguna vez a alguna chica?

Barbara negó con la cabeza.

—No, nunca...

—¿Está usted segura?

—... mmm, sin la menor duda. Nunca mencionó a ninguna chica.

La mirada de Piao paseó por el espacio, una fugitiva sombra de pensamiento se le pasó por la mente. Aunque el Jing Jiang era el hotel más prestigioso de Shanghai, tenía un aspecto polvoriento, desastrado. Una tía favorita que se iba consumiendo lentamente en un decaimiento de terciopelo rojo descolorido y una raída alfombra con dibujos salmón y amarillos. Se fijó en un grupo de turistas que cruzaba la puerta de doble hoja, con la cara resplandeciente debido a unas duchas que estaban demasiado calientes, demasiado fuertes. Ni una sola arruga en las camisetas o pantalones. A él le costaría el sueldo de tres meses pagarse sólo una noche de lujo en el Jing Jiang. Apartó la mirada.

—Usted sabe algo. ¿Qué es lo que no me está contando, inspector jefe?

Él ya tenía la pequeña bolsa de plástico en la mano, y dejó caer su contenido en una página de su cuaderno de notas. Seis uñas en forma de luna creciente pintadas de brillante esmalte rojo. Y con aquello... el olor de aquella noche en la orilla se le echó encima. Y el barro... su pesado velo negro que se apartó para revelar los dedos de los pies albinos con las uñas pintadas de rojo. Igual que cerezas maduras.

—La chica que nunca mencionó su hijo.

Piao hurgó los recortes de uñas pintadas de rojo con su bolígrafo.

—¿Una prostituta?

El inspector jefe se preguntó por qué una madre tenía que pensar automáticamente que la chica que había compartido el cuarto de baño de su

hijo era necesariamente una *yeh-ji*. ¿Es que el rojo del esmalte de uñas era demasiado rojo? ¿La capa de esmalte demasiado espesa? ¿Es que creía que sólo las prostitutas se cortaban las uñas en el cuarto de baño?

—No, una prostituta no. Las faisanes salvajes están demasiado ocupadas para perder el tiempo haciéndose la manicura mientras trabajan. Las *yeh-ji* están tumbadas o en la parte de atrás de un taxi camino de un hotel de turistas para tener más tiempo de estar tumbadas. El tiempo es oro. El oro, el dinero, es follar.

Ella no se ruborizó. Piao se sintió confuso. Barbara podía ver la lógica del asunto. Sus manos buscaron en su bolsillo, y encontraron el bucle de pelo de Bobby; se lo enroscó en los dedos. Secretos y más secretos. La cebolla que se pela.

—No, era una chica que se sentía cómoda en casa. No fue algo casual. Estaban jugando a los papás. Aquí era donde jugaban..

El pelo entrelazado entre sus dedos daba la sensación de alambre que cortaba.

—... había una chica entre los ocho que sacamos del Huangpu. Guapa. Tenía las uñas de los pies pintadas de rojo. El mismo tono de rojo. Las recuerdo, me recordaron cerezas. Hace mucho tiempo que no tomo cerezas.

Piao volvió a guardar los recortes de uña en la bolsa de plástico y la volvió a cerrar herméticamente; se pone de pie, flexionando las rígidas articulaciones de sus dedos.

El camino hasta la puerta de doble hoja del restaurante daba la sensación de ser peligrosamente largo. Los dientes de él se cerraban sobre secretos a medias y verdades a medias. Y todo el tiempo consciente de que ella le seguía... sus sombras derramándose una sobre otra. Cuando se acercaban a la puerta, vio a los turistas que iban en manada por el pasillo. Debían de oler a jabón y cuero... «pasta» y sueños. Con suerte mantendrían lejos de sus narices la peste del barro del río y sus secretos.

* * *

Secretos... algo que sugería comida todavía sin cocinar.

Barbara lo perdió entre los turistas, pero el ascensor hizo que él fuera más

despacio... lo alcanzó cuando la negra boca se los tragó entre bolsos en bandolera de cuadros y cuero falso.

—Mañana...

Piao volvió la cara hacia ella. Azules, los ojos de ella... insoportablemente azules.

—... supongo que iremos a la Universidad de Fudan para ver si podemos enterarnos de algo sobre Bobby y Lazarus Heywood, ¿no?

—¿Iremos? No creo que se haga cargo usted por completo de la situación, mi invitada estadounidense. Se trata de una investigación de un asesinato múltiple. Está sometida a unos procedimientos estrictos. Hay ordenanzas que seguir, ordenanzas que nos prohíben incluirla a usted en una investigación como ésta. No necesitamos una, cómo se dice... ¿una «socia»? Esto es Shanghai. Esto no es Seattle.

Piao buscó en el bolsillo un cigarrillo arrugado de un paquete arrugado. Se dio cuenta de que no quedaba ninguno.

Hay que joderse.

—Mire, quiero participar, necesito participar...

Trataba de atraer la mirada de él cuando Piao dejaba caer el paquete a la gastada moqueta.

—... creo que puede que ya esté participando en el asunto. Se trata de un asesinato, del asesinato de Bobby, a lo mejor...

Pensaba mucho. Hablaba mucho. Barbara se llevó los dedos a los labios como para que no le salieran las palabras.

—¿A lo mejor, qué? ¿Hay cosas que no me ha contado?

Para subrayar el silencio de ella, los dedos de Piao repiquetearon con un ritmo nervioso en el acero bruñido de las puertas cerradas del ascensor.

—Barbara Hayes, ¿hay algo que quiera decir? Si lo hay, lo debo oír.

Silencio. El inspector jefe movió la cabeza a un lado y a otro.

—Ya se lo he dicho. Existen normas estrictas, especialmente para los turistas que vienen a mi país. Aunque usted sea un huésped privilegiado. Reglas. Ordenanzas. Este caso es complicado. Muy complicado. Su participación no será bien recibida. No es necesaria. No está recomendada.

Las puertas del ascensor se abrieron vacilantes, arrojándolos fuera. Barbara, pegada a los talones de Piao, lo persigue, lo agarra, una mano en su

hombro, hace que se dé la vuelta; ahora firme, fría, pegada a su pecho. Le interrumpe el paso. Los ojos de ella eran grises, de acero inoxidable y ajenos a toda influencia. Ninguna palabra por parte de ella, sólo la mirada... fuego y lluvia en su cara. Un hijo muerto... diez mil onzas de oro.

Piao negó con la cabeza.

—Mañana no voy a la Universidad de Fudan. Voy al funeral de mi primo. El primo que murió por guardar el cuerpo de su hijo en su almacén.

Bajó los escalones hada el coche, consciente únicamente de que ella iba a su lado. Su mano en el brazo de él. La áspera tela de su casaca entre los dedos de ella.

—Lo siento, he sido egoísta. Si pudiera, me gustaría ir a presentar mis respetos.

Él se apartó. Ella le soltó el brazo. Ve cómo se mete en el coche. Ve cómo hace girar la llave de contado. Piao baja la ventanilla mientras el coche se pone en marcha lentamente.

—Vaya de blanco —gritó por encima del ruido del tráfico—. En China, el blanco es el color de la muerte.

Capítulo 10

La ciudad, el campo. La vida era diferente en ambos. La muerte también.

En la ciudad, si mueres, te incinerarán... es obligatorio. La tierra que puede hacer crecer arroz y cultivos industriales no puede ser desconsiderada con los que la vida ya no posee. En la ciudad, los aparatosos y caros funerales, la auténtica sustancia de la religión autóctona de China, el culto de los antepasados... se han simplificado; reducidos a su estructura.

En el campo, los edictos del Partido se atascan en el barro de la tierra; maduran en los dedos amarillos de nicotina de los campesinos. A los sesenta, el número de años que se considera el ciclo vital normal, la abuela todavía tendrá ahorrados los ochenta yuanes con los que adquirir el adecuado ataúd de madera de alcanfor que se guarda para el momento preciso en una esquina de la única habitación de la familia. Y cuando la abuela ya no esté en posesión de la vida, será expuesta los tres días que marca la tradición delante de la estrella budista que se ocultó cuidadosamente a los guardias rojos durante el estallido de la Revolución Cultural. A su alrededor se pondrán sus alimentos preferidos en tres boles de barro. De noche, sus hijos y nietos velarán su espíritu. La noche anterior al funeral, la meterán en el ataúd de madera de alcanfor que estará encima de una silla... el hijo mayor dormirá debajo de él. Se mantendrá a raya a los demonios. Un conocedor cualificado de la antigua sabiduría del Feng-Shui, la geomancia de los «espíritus del viento y el agua», decidirá el lugar favorable para la tumba. El desfile funerario con los parientes cercanos vestidos de blanco, con gorros blancos, tiras de papel blanco encima de los zapatos, recorrerá la aldea, y la enterrarán entre las higueras de la ladera.

Sobre los lagos, sobre los valles, más allá de los confines de la bóveda estrellada.

Durante siete días los parientes cercanos tienen prohibido comer carne.

Durante cuarenta y nueve días, los hijos y las hijas tienen prohibido bañarse o lavarse el pelo. Si mueres antes de llegar a los sesenta años de edad, se derribará brutalmente el complicado andamiaje de los ritos funerarios. Te llamarán «diablo de corta vida». Alguien que ha debido cometer alguna falta terrible en esta o en las vidas anteriores como para haber sido segado a una edad tan prematura. Tu cuerpo no será honrado dentro de la casa familiar. Es sabido que los campesinos que mueren jóvenes, atropellados por un camión, no recibirán los honores de ningún tipo de funeral. Sus cuerpos quedarán donde cayeron.

El festival de Qing Ming, a primeros de abril, honra a los antepasados. Es el momento de visitar las tumbas de ladrillo no muy altas de los antepasados... barrerlas, quitarles las hierbas, contar historias en voz alta, hacer que los niños se enteren de los ríos que también fluyen por sus vidas. Subrayar la realidad de los días que ahora están viviendo los que se han ido antes. Es un consuelo. Un pulgar metido en la boca.

Cuando uno se aleja de las tumbas, deja una flor de papel sobre ellas para señalarlas, para demostrar que las ha visitado, cuidado. Que los antepasados todavía están con nosotros; que respiran, que viven.

Flores rojas, azules, verdes, amarillas, flores blancas.

El Partido no concede un día de fiesta a los campesinos para el festival de Qing Ming. Es una costumbre supersticiosa. Honra a los antepasados. Levanta la horca de la religión. Por encima de todo, estorba la productividad. Pero hay que ir a Quanzhou el día de Qing Ming, a las laderas, las amplias laderas. Cada arco perezoso de un gris más oscuro que el anterior. ¿Ves las flores de papel?

Flores rojas, azules, verdes, amarillas, flores blancas.

* * *

Profundos cortes del color del cuero gastado se extienden hasta un horizonte oscurecido por colinas como almohadas; los campos han sido arados, plantados hasta unos centímetros dentro de los límites del cementerio. En el interior del camposanto era como si se hubieran abierto los cielos y llorado, salpicando cada tumba con flores de papel rojas, azules, verdes,

amarillas, blancas. Había un crujir a cada soplo de brisa. Papel contra papel. Colores que entrechocan. Un aplauso educado de gratitud a los antepasados.

* * *

La hilera de deudos, como palomas, se movía por el cementerio, por los campos, volvía hacia la casa sentándose en los límites de la aldea. El olor de la casa era a leña ardiendo y a lágrimas. Piao rechazó el té, prefería Dukang. Éste estaba donde había estado siempre. Piao se sirvió. El licor de arroz era fuego, embotaría el filo del dolor de su interior.

* * *

Una luz sin vida entraba por el techo del desván, balanceando el lino envuelto de telas de araña. Piao colocó con cuidado la botella de Dukang en el suelo, los vasos también, junto a los sacos de dormir; botellas vacías de cerveza Qingdao, boles con restos de arroz petrificado y capas de salsa roja picante llenaban el suelo de tablas de madera.

—Veo que te has quedado sin cerveza.

Una botella salió dando vueltas de los pies de Piao, rodando hasta el saco de dormir de Yaobang. El Grande enderezó la espalda; los huesos crujieron al volver a su sitio.

—Sin cerveza, sin paciencia, sin las jodidas vértebras.

Sonrió sin ganas. Sus dientes parecían suelas de zapatos.

—¿Y sin pasta de dientes?

Yaobang se frotó el diente delantero con un dedo descolorido.

—¿Pasta de dientes?

Se examinó el dedo cuidadosamente.

—Nunca uso de eso. Son mierdas burguesas, las usan las reinas y los capitalistas...

Piao notó en la lengua el sabor a menta de su propia pasta de dientes. El Grande se secó el dedo en la parte delantera de la camisa.

—... ¿cómo fue el funeral, jefe?

Piao terminó su copa, llenando su vaso y los otros dos. El espíritu del

Dukang, aquel plomo fundido.

—Como todos los funerales. Sólo algo que se echa encima de lo que sobra. Deprimente. Jodidamente deprimente...

Bebió entre los dientes apretados, el líquido le corrió por la lengua; un incendio descontrolado de un bosque bajo de centeno y sorgo.

—... lo único bueno de los funerales es la bebida.

El Grande asintió con la cabeza mostrando su acuerdo, levantó el vaso y lo terminó antes de golpearlo en el suelo para que se lo rellenasen; una hemorragia de lágrimas le cae de los extremos de los ojos.

—No se gana nada con estar deprimido, jefe. ¿Qué le proporciona a uno, joder? Sólo mierdosas noches sin dormir.

—Hace que uno caiga desde menos altura —susurró Piao. Hubo un silencio. Un silencio como si él ya hubiera caído. El inspector jefe volvió a servir.

—¿Dukang, o tú sólo bebes coca-cola, como los demás estudiantes?

El inspector jefe alzó el tercer vaso de licor hacia la sombra de detrás del Grande. El líquido tan gris como pizarra líquida. Pan Yaobang se movió incómodo sobre sus caderas, la luz incidió en un lado de su cara. Piao se arrodilló delante del estudiante, apretando el vaso entre los dedos; sus propias manos rodeando las de Pan.

—Vamos a jugar a una cosa. Seré sincero, completamente sincero durante un par de minutos. Me gustaría que tú también lo fueras...

Entre ellos, desde las vigas, cae polvo lento como en un ballet. Oscuridad frente a luz... luz frente a oscuridad. Piao continuó.

—... estás asustado, solo y cabreado. Muy cabreado. Durante un momento eres un estudiante, la universidad es algo sencillo. Se estudia lo mínimo, no hay responsabilidades, ni obligaciones, el futuro parece seguro. Y las chicas... «las chicas». Al momento siguiente estás en un mundo donde a la gente se la parte por la mitad como al papel que no sirve; se hace una bola con ella. De noche te mueves de una casa segura a otra. Encerrado en habitaciones que no tienen ventanas. Vives con desconocidos. ¿Cuál es ahora el futuro? La vida es siniestra... sometida a amenazas. Te siguen. A la gente de tu alrededor la matan...

Los ojos del estudiante estaban cerrados. Lágrimas... ardientes, furiosas,

reprimidas con fuerza. Piao olía su calor, la sal en su punta, el miedo en su raíz.

—... y es a mí al que le echa usted la culpa. Es culpa mía...

Los ojos de Pan se abrieron, las lágrimas salieron sin control.

—... beber Dukang. El alcohol puede ayudar, cuando uno necesita esa ayuda...

El inspector jefe se llevó las manos del estudiante a los labios. Beber, toser... lágrimas que se vierten en el licor de arroz. Piao secó la cara de Pan con su puño.

—... ¿culpa mía, estudiante? Ocho cuerpos abiertos como vainas de judías y tirados al río. Dos hombres, uno primo mío, quemados. Colgados de ganchos para la carne como cerdos abiertos en canal. Dos horas, eso es todo. Si tú hubieras estado dos horas más en el almacén, les habrías hecho compañía. Pero no estabas, y por eso tienes más días en los que la vida toma posesión de ti, de nosotros. Más días para buscar a los que los asesinaron... y a los que nos asesinarían. Eso es lo único que quiero hacer...

Sopló una leve brisa por el gran espacio. Durante unos segundos pareció que únicamente los sujetaba ella. No existía el mundo. Ni el cielo, ni la tierra. Ni los cuerpos destrozados.

—... yo no soy un héroe, pero conozco a héroes. Están demasiado asustados para ser cobardes...

Estiró la mano para agarrar su vaso; éste se había derramado, el vaso volcado en el suelo. Un charco de mercurio que disminuía entre las tablas del suelo. Una ofrenda a los antepasados.

—... ¿entonces qué hacer? ¿Cerrar los ojos y largarse? Vivimos en un país que «tortura a uno para asustar al otro». Conozco el proverbio. En mi oficio ya he hecho suficientes veces como que torturaba a algunos. Pero llega una vez en que uno no puede cerrar los ojos, en que uno tiene que decir «basta».

Piao apartó la vista, su atención atraída por el lejano claxon de un coche. Sabe que el Shanghai Sedán que los había seguido podría estar aparcado todavía en la sombra de las revueltas de la calle Lushin. Sus ocupantes duermen por turno. Uno está despierto siempre, vigilante. En las horas que merecían respeto, los cigarrillos arderían con enojo. La conversación sería sobre tetas incorpóreas, chuminos. Y habría el olor que los coches con ese

tipo de pasajeros tienen siempre... fideos fríos, sudor frío, y el presagio de violencia servido frío. Ahora, justo ahora, estarían vigilando. Pero ¿vigilando qué? ¿A un investigador que investigaba? ¿O vigilando a una estadounidense, una estadounidense con un cargo oficial que todavía tenía lágrimas frías en los ojos por un hijo muerto? Puede que un inspector jefe de la brigada de homicidios sólo supusiera una mirada de reojo, un parpadeo de atención sin interés. Pero una estadounidense así ahora es un objeto digno de mirada atenta y examen.

Pan alzó la cabeza. Se cruzaron sus miradas por primera vez. Parecía cansado. Era evidente que había dormido mal. Sus palabras, lentas, espaciadas, como ropa puesta a secar en el tendedero una mañana sin viento.

—¿Ha visto películas de vaqueros, películas americanas, westerns?

Piao negó con la cabeza, notando los efectos del Dukang. Daba a cada palabra un eco, a cada movimiento de los ojos una sensación de aceleración nauseabunda.

—No, no me interesan las películas americanas. Una vez vi una, *Love Story*... la preferida de mi mujer. Una película para mujeres. Me acuerdo de que lloró mucho.

—A mí me gustan las películas de vaqueros. En las películas de vaqueros los malos van vestidos de negro. Siempre de negro. Hasta sus caballos son negros. Los buenos van de blanco. Siempre de blanco. Sombreros blancos, chalecos, y montan caballos blancos.

Se interrumpió para pasarse la lengua por los labios. El Dukang hace que notes la boca seca... muy seca.

—... ¿nosotros qué somos?

Piao se rió. Un vaquero de la policía medio chino montando un caballo blanco por las calles de Shanghai. Tendría posibilidades interesantes si él hubiera sabido montar a caballo.

—Inspector jefe, nosotros no llevamos sombrero, ni tampoco lo llevan los estudiantes. Pero somos de los buenos.

Durante un segundo se interrumpió, la risa desapareció, pero su recuerdo quedó grabado en el azul de sus ojos.

—... en este caso.

—Pero ganaremos. Al final, ¿ganan siempre los vaqueros de sombrero

blanco?

—Ganar podría suponer cosas distintas, en este caso. Si de verdad me estás preguntando si tú terminarás también en el río o colgado de un gancho para la carne, te puedo responder, si quieres.

Pan asintió con la cabeza.

—Vivirás, estudiante. Lo prometo, vivirás hasta una edad avanzada. Vivirás para ver que el Partido se hace pedazos y todas las familias realizan su sueño de tener sus propios aparatos de vídeo, sus propios coches, sus propios créditos bancarios...

Dio un golpecito en la mejilla de Pan.

—... vivirás, vaquero. *Ku-hai yu-sheng*. Vivir en el mar de la amargura. Y ahora monta en tu caballo blanco y cuéntame qué palabras dicen los muertos.

* * *

Momento estimado de la muerte. Demasiado para ser tenido en cuenta. El enfriamiento cuando se está desnudo es nuevamente la mitad de rápido que cuando se está vestido, y cuando se está en el agua, en el Huangpu, dos veces más rápido. La constitución de cada víctima contaba. La ventilación y temperatura de las habitaciones, si es en una donde se ha encontrado el cuerpo. Hay que hacer ese descuento debido a todos los factores correctores. Y todo sumado no llega a nada más que a una «probabilidad máxima». Los ocho compartían la misma probabilidad máxima. De dieciocho a treinta y seis horas. El *rígor mortis* todavía estaba presente. La piel señaladamente arrugada en manos y pies. Sin pérdida de color en la base del cuello. Sin pérdida de color ni hinchazón en cara o cuello. Sí, de dieciocho a treinta y seis horas. Eso era lo más que llevaban muertos.

Pan tomó más Dukang, tosiendo. Sus notas aleteaban en sus manos como las alas de los pajarillos.

La chica estaba embarazada, probablemente de unas veintiuna semanas. Todavía visible la señal de una aguja en su abdomen de una amniocentesis que se habría realizado entre la decimosexta y la decimoctava semana de gestación. El inspector jefe terminó otro vaso, el Dukang le humedeció los labios... los dedos repentinamente nerviosos, no sabía qué hacer con ellos. Se

sirvió otro vaso.

—Si es una prueba tan frecuente, ¿cómo no he oído nunca hablar de ella?

El estudiante alzó la mirada. Por fin, un asunto del que él sabía.

—Cada vez son más frecuentes, en efecto. Se sacan de veinte a treinta mililitros de líquido del saco amniótico. Luego se hace un análisis bioquímico y se realiza un cultivo con las células fetales. Con eso, se pueden detectar anomalías en el feto. El síndrome de Down. Además, nos ayuda a detectar ciertos problemas genéticos... hemofilia, fibrosis quística, enfermedad de Tay-Sachs...

Echó una nueva ojeada a sus notas, los cristales de sus gafas ahora destacaban las líneas escritas... palabras, como escarabajos negros, se enrollan en el cristal.

—... con esa prueba también se puede determinar el sexo del feto. Por eso cada vez se hace más popular en nuestro país. Permite la posibilidad de un aborto al principio. A los niños se los quiere. A las niñas, no...

—Agua derramada.

Pan alzó la vista, reconociendo las palabras del inspector jefe; el sarcasmo las subrayaba.

—... en este caso no se necesitaba un aborto. Tenía un feto de sexo masculino. No lo había expulsado, todavía estaba en el útero.

El Grande escupió una flema alargada... volvió a metérsela con un trago del licor de arroz, mientras su hermano seguía recorriendo sus notas.

—El occidental de más edad, de entre unos treinta y siete y cuarenta y cinco años de edad, era estadounidense y temía hacerse viejo. Las cicatrices que rodean la parte de atrás de sus orejas eran de una operación de cirugía estética para hacerse un *lifting*. Pero lo que quedó de los arreglos dentales nos dice cuál era su nacionalidad. Tenía una apexificación. Un tapón apical que cierra una pieza dental no vital. Se aplica una pasta de hidróxido de calcio al canal, lo que produce una barrera de calcio en la raíz, o permite que un diente permanente inmaduro continúe formando la raíz.

El estudiante pareció satisfecho, y se permitió la semilla de una sonrisa.

—¿Y no podíamos hacer eso en la República Popular, hermanito, cuando lanzamos satélites al espacio exterior, joder?

La semilla floreció; Pan sonreía abiertamente al Grande, consciente de que

cada acción necesitaba una reacción.

—Podríamos, pero no nos molestamos. Dejamos que los dientes se caigan o los extraemos. En la República Popular sólo nos ocupamos de los satélites. Por cierto, mírate en algún momento los dientes en el espejo, hermano.

Yaobang se apartó, pasándose un pulgar por la boca. Murmura...

—A mis dientes no les pasa nada malo, joder.

Piao le dio una palmada en la espalda.

—Nada que un dentista estadounidense no pueda arreglar.

El estudiante ya continuaba, con la atención centrada en la página siguiente, la última página de su informe. Parecía de esos que dejan lo mejor para el final. Primero comen el arroz, después la carne... apartando los trozos de pato aromático a un lado del plato.

Todos habían muerto por traumatismo y pérdida de sangre debido a las tremendas heridas, desgarros y mutilaciones en el estómago y pecho. También desgarros en la parte baja de la espalda, sólo visibles cuando posteriormente habían limpiado los cuerpos. El barro salía espeso de las heridas, los desgarros, en coágulos y chorretadas. Pero había cosas anormales; en apariencia un modelo repetido en el caos de desgarros. Mutilaciones sistemáticas. Señales que él no podía explicar. Rastros de técnicas ocultas en las que se sentía perdido. Él sólo era un estudiante... por eso mucho de aquello quedaba fuera de su alcance. Los libros de texto sólo proporcionan cierta ayuda. Había mandado dibujos detallados, croquis, muestras, a un profesor de confianza con el que había estudiado en la facultad y que ahora era asesor del gobierno en Beijing. El inspector jefe notó que el aire le salía silbando entre los dientes.

—Eso es muy arriesgado. Yo habría preferido tener un análisis tuyo o al menos suposiciones fundadas.

Pan alzó la vista, el inspector jefe veía por primera vez el dolor reflejado en sus ojos.

—No, no. Eso queda fuera de mi alcance. Nada de análisis, nada de suposiciones fundadas...

Se interrumpió para beber, quitándose las gafas. Las lágrimas asomaban en los bordes de sus ojos; se las secó con el puño. Igual que un niño, igual que un niño pequeño.

—... porque en la facultad, investigador jefe, no me prepararon para esto...

Vuelve a ponerse las gafas. Recupera el control de sí mismo. Pliega cuidadosamente el informe y se lo tiende a Piao.

—... mire, ninguno de los ocho cuerpos que sacó usted del río tenía riñones. Ninguno de ellos tenía corazón. Se los habían quitado.

Capítulo 11

El depósito de cadáveres y los laboratorios forenses de la ciudad estaban en un tortuoso edificio de la década de 1920 a un paso de Zaoyanglu. Junto a él, el Wusong titubeaba apático; se ocultaba, asomaba, por debajo de las cajas torácicas de los puentes. El color de su superficie robado al de sus alrededores... negro, gris, negro. Hasta que vertía las arterias de sus aguas en el cuerpo mayor del Huangpu entre una nube de brotes de aguacate que había en la curva.

El interior del depósito de cadáveres de la ciudad había sido derribado y suprimido; una excavación que era una autopsia sanguinolenta y había dejado una estructura arquitectónica sin sentido recorrida por cicatrices y que dentro de veinte años carecería de sentido, carecería de valor. Un techo colgante, tabiques de plástico, moqueta de nailon, el zumbido de un aparato de aire acondicionado que sólo olía levemente a electricidad quemando. ¿Era el lugar más indicado para ocuparse de la muerte? Puede que lo fuera.

* * *

Piao esperaba en la nueva zona de recepción. Al cabo de un momento apareció un kazajo, un hombre como un perro sabueso enorme... unos párpados que colgaban con la seguridad de unas pesadas persianas metálicas. Le siguió mientras hablaban.

—Esperaba ver a Wu.

El hombre tosió educadamente; fue una tos como el estornudo apagado de un perro pequinés, impropia de una mole tan grande.

—El doctor Wu en este momento se encuentra disfrutando de un año sabático.

El inspector jefe notó que la sonrisa le recorría los rasgos; al principio trató de dejarla anclada y luego decidió dejar que impusiera su voluntad.

—Sabático. En nuestro vocabulario hay palabras nuevas todos los días. ¿Y uno está de sabático de repente, igual que si lo atropellara un camión?

Nuevamente la tos, la salida por la tangente.

—Yo soy el doctor Shangyin. Me han destacado desde Beijing para sustituir al doctor Wu.

Destacado. Otra palabra nueva. Una palabra de los cargos más importantes. Una palabra que salía de los labios de los militares, los servicios de seguridad. No una palabra que usaran los médicos. Nunca los médicos. Piao notó que la sonrisa empezaba a atascársele.

—Destacado. Bien, entonces déjeme que le desee un destino muy satisfactorio con nosotros aquí en Shanghai. Y supongo que pasará mucho tiempo antes de que también usted disfrute de un año sabático, doctor Shangyin.

El kazajo parpadeó. Las persianas metálicas cayeron y se alzaron lentamente sobre unos ojos amarillos de ictericia. Cruzan una puerta, y luego otra. Llegan a un amplio espacio, todo su interior con molduras de acero inoxidable, esquinas suaves, fluido... como si el equipo ritual de la autopsia fuera orgánico. Era como si una marea de mercurio hubiera invadido la sala; las mesas esmaltadas para las autopsias con sus canalillos por los que habían corrido con dificultad riachuelos escarlata, paredes blancas de azulejos descoloridos y canales al aire que habían recibido lo que caía de las mesas y que se entrecruzaban al atravesar el suelo de piedra con cortes profundos, pardos... todo muy limpio. En el espacio incluso se imponía un olor distinto. Antiséptico, yodo, desinfectante quirúrgico para las manos... remplazaban el olor a mierda que lo dominaba todo y que Piao siempre había asociado con los depósitos de cadáveres. El hedor que te quedaba en las narices mucho después de salir del edificio. Que duraba horas. A veces días.

El médico se dirigió a la puerta de un tabique de cristal esmerilado; caminaba con precisión... una marcha medida que sólo podía haber aprendido en el patio de instrucción. Cuando abrió la puerta, el investigador jefe se fijó en los dedos del kazajo. En el interior del índice derecho, un anillo de piel dura. Un callo del gatillo. El resultado del roce entre la carne del dedo del

gatillo y el metal, ese uso repetido que produce un arma de fuego. El investigador jefe no había olvidado su lenguaje braille.

Se abrió la puerta, revelando una pared de acero inoxidable con profundos cajones que contenían los cuerpos de aquellos a los que ya no poseía la vida. Piao nota que se estremece en lo más profundo de sí, y que el estremecimiento empieza a moverse hacia sus miembros. Shangyin comprobó el número de un gran cajón antes de tirar de él y sacarlo de la pared de acero. Un leve aire gélido. Olor a tierra mojada.

—El D-1150 —dijo el médico.

—Tiene nombre.

—Nosotros no nos ocupamos de los nombres. Los nombres quedan más allá de la puerta principal.

El kazajo se apartó del cajón, retirando floridamente el fino sudario de algodón y rozando con los dedos una mejilla helada... pero sin ni siquiera notar el contacto. Se retiró al centro de la sala, siguiendo con los nudillos el contorno de una mesa para autopsias.

—¿Puede hacer usted una identificación positiva, inspector jefe?

La mujer que yace dentro del cajón puede que tenga unos sesenta años; su cara, una pulpa, pero el cuerpo proclamaba a gritos el paso de cada año. Un cruce de vías de tren hecho por señales de grapas plateadas, que se unen y luego se separan hacia destinos distintos. Sus pechos sin leche, sin forma. Aparentemente unas tortitas sin relleno que caían entre los brazos y el torso.

Piao dio la vuelta a la etiqueta que estaba atada al dedo gordo del pie. L-901.

—Se ha equivocado, doctor. Su propio sabático acecha. Shangyin arrebató la etiqueta de los dedos de Piao. Ni una palabra, sólo una rabia controlada.

—¿Mal día en la consulta?

El kazajo lanzó una mirada a Piao, su frente plana, brillante. Se estiró más allá del inspector jefe hacia el cajón de acero de detrás de éste. Piao se agachó. Un soplo de aire gélido. La barrera de algodón apartada. El médico manoseó la etiqueta del dedo gordo.

D-872. Varón. Hinchado, mal olor. Flotaba en el río... carne en retirada como las aguas. Edad, quizá cuarenta, cuarenta y cinco.

El kazajo sacó otro cajón... y otro. Cada vez respiraba más deprisa.

L-907. Hembra, niña, ¿ocho años de edad? Cara, torso, miembros... negros... hinchados con un frenesí de contusiones.

L-740. Hembra, unos veinticinco. Accidente de tráfico. Esmalte rojo de uñas y heridas rojas en cara, torso.

Otro cajón casi sacado a la fuerza, casi arrancado de sus goznes.

D-1101. Varón. Cincuenta años de edad. Heridas de navaja en el cuello, pecho, estómago. Hinchazones negros de pinchazos sin sangrar.

Tiró del sexto cajón, sacándolo sobre las correderas hasta que se detuvo. Shangyin comprobó la etiqueta y la apartó; encaró a Piao, ahora respirando con mayor control. La sombra de una sonrisa.

—¿Puede hacer ahora una identificación positiva, inspector jefe?

Piao luchó contra el deseo de cerrar los ojos una vez más.

¿Cuántos cuerpos de muertos tienes que mirar antes de que te dejen marcado, de que te dejen cicatrices en el alma?

D-1150. Varón. Veintidós años de edad. Estudiante. Múltiples heridas de disparos. Dos en la cabeza. Una le arranca la parte izquierda de la mandíbula y la mitad del labio inferior. El segundo disparo, en pleno centro de la frente... obscenamente limpio. La entrada, una ampolla sanguinolenta... la salida, un cráter desigual que ha sacado la sustancia del fondo del cráneo. Un agujero rodeado de negro y un trozo de hueso... muy blanco. Dos disparos más que también encontraron su blanco, uno le alcanzó el hombro, sólo un rasguño. El último disparo se llevó un gran mordisco rojo de la garganta.

—Una identificación positiva, inspector jefe, necesitamos una. ¿Es éste, el D-1150?

Los ojos de Piao no dejaban la frente del cadáver. La simetría, el tamaño, la limpieza del agujero que la atravesaba le intrigaban.

—¿De qué calibre eran?

—No lo sé... es demasiado pronto. Uno fue extraído aquí. Varios en el lugar del delito. Los llevaron al laboratorio sólo esta mañana.

—Eran del 7,65 mm, ¿verdad? Modelo 64. Sin bordes, únicos...

—Dije que es demasiado pronto, inspector...

—... ¿demasiado pronto para un ojo experto como el suyo, doctor?

Piao agarró la mano de Shangyin, sujetándola con fuerza a la pared de acero, extendió los dedos y pasó el pulgar por el callo del gatillo; piel dura, muerta, manchada de nicotina y apoyada como un gajo desechado de una naranja sin zumo.

—... ¿demasiado pronto para un destacado miembro del Partido como usted que pasa tanto de su tiempo libre en la galería de tiro?

El kazajo retiró la mano, el sudor de su palma dejó una señal en la piel de acero inoxidable de la pared.

—Del 7,65. Eran del 7,65, modelo 64, y usted lo sabe perfectamente, joder. Los habituales en seguridad...

Piao empujó el cajón. Se desplazaba sobre ruedas y se cerró rápidamente en la pared metálica con una boqueada. Se dirigió a la puerta.

—Nos volveremos a ver, camarada doctor, cuento con ello. Bueno, si no le mandan a usted también de sabático.

El inspector jefe abrió la puerta. Un impulso, súbito y sin fondo, de correr y no parar... por las calles como cuando era niño. Esprintando por la acera. Dejando atrás el dolor.

—D-1150. Se llama Yaobang, camarada doctor. Pan Yaobang.

Cerró la puerta. Corrió.

Huangdong, hospital número 1 - Suzhou Beilu.

—Nos fuimos cuatro horas después que usted, como nos había dicho, jefe. No pudimos haberlo visto, con aquella oscuridad. Fue todo en la calle, joder, y vimos a esos hijoputas seguirle a usted en su sedán.

Una habitación asaltada por una luz blanca. Sombras profundas... como cortadas con tijeras. Una cama metálica dominaba el pequeño espacio.

—Fueron dos horas en coche. Acabábamos de dejar Tunxi. Conozco la carretera. Una vez subí por «el Lomo de la Carpa» hasta la cima del Tiandu. ¿Conoce lo que llaman la «Capital del Cielo»? Entonces yo estaba más delgado. No vi a Dios... y él no me podría haber visto, joder.

Zapatos, las sólidas piernas de una enfermera dentro de ellos... andaban por el pasillo de fuera, justo más allá de la sala.

—Detuve el coche a medio camino de la cima, entre las curvas tan cerradas. Necesitaba mear, casi me lo estaba haciendo en los pantalones. Bajé un poco por una ladera, precisamente empezaba a llover. Recuerdo la lluvia en la cara. Saqué la polla y me puse a mear. Entonces avanzaron unas luces y pasaron junto a nuestro coche, bajando la cuesta. Otro coche, un Shanghai Sedán. Creo que en punto muerto. No hubo ningún sonido, excepto los disparos. Disparos con silenciador, como estornudos, un ataque de estornudos; y me meé los zapatos.

Una solución salina goteando en la vena. Un líquido incoloro que desciende dentro de un tubo incoloro.

—No sé cuántos disparos. La lluvia ya era muy intensa, los disparos fueron parte de ella. Puede que veinte, veinticinco. Volví a la carretera, con la polla todavía fuera y la pernera del pantalón caliente de los meados. Ya tenía la pistola en la mano, pero no había nada a que disparar, sólo la oscuridad y el silencio. Pude ver Tunxi debajo de nosotros, a toda aquella gente... pero era como si yo fuera el único que quedaba en el mundo.

La cabeza de plástico de la cánula florecía en la carne. Sujeta con esparadrapo, su raíz de acero pinchaba la vena, punzante como una cara que reconoces... un nombre que no encuentras.

—Cuando llegué estaba muerto, lo sabía... pero todavía le hablé. Lo agarré. Notaba que su sangre me empapaba la ropa, igual que los meados de los pantalones. Me cabreó no ser capaz de separarlos... su sangre, mis meados. Tenía veintidós años, joder, y yo estaba tratando de juntarle la cabeza como si estuviera encolando una maqueta. Y todo el tiempo pensaba en lo que le iba a decir a nuestra madre.

Un hombre muy grande allí de pie, muy pequeño comparado con la cama. Aparentemente muy frágil en el apretón de manos de sábanas almidonadas de algodón y ritos médicos. Las lágrimas le corrían por las mejillas... parecía que fueran a llevárselo.

El brazo de Yaobang se estiró, tirando del gotero. Se tocaron la mano... carne contra carne.

—Deje que me ocupe yo de esos hijoputas cuando los encuentre, jefe. Mataron a mi hermano. Los cabrones. Mataron a mi hermano pequeño.

* * *

Hacía frío cuando salió del hospital. Una amargura que le helaba el alma. Piao se llevó la mano al cuello de la casaca para cerrárselo. Faltaba el botón. ¿Quién le iba a coser uno nuevo?

Capítulo 12

Como si hubieran extraído un diente que se deshace, la abertura oscura llenaba el *Kung an chu*... ocupaba la mayor parte de la segunda planta. El Centro de Informática... ahora un agujero saqueado. Líneas amputadas, conductos arrancados, cables sueltos que sangraban cobre. Y contra cada pared brutalmente desencajada, armario gris contra armario gris... hojalata mellada, abollada. Cada uno vomitando gruesas trenzas de cables. Las entrañas boqueantes de tubos de vacío. En el suelo, rodeando el armazón del antiguo ordenador principal... una capa fina de polvo de cristal. Un semillero derramado de delicados filamentos de cable. Y por la única ventana, una luz tan débil que moría sin reflejarse en el suelo que estaba ante los pies del inspector jefe.

En el centro del espacio que Piao ya no reconocía, una isla de cubículos de trabajo gris oscuro iluminada... tabiques de plástico nuevos todavía tapaban sus costados. Un grueso cordón umbilical de manojos de cables desordenados salía serpenteando de las entrañas de las pantallas y los teclados. Uno desaparecía por un agujero toscamente practicado en el cemento unos metros más allá. El otro, a dos metros por arriba del centinela de acero gris esculpido. Un solo destello de rojo perforado por un cierre de cromo. Un logotipo hecho con líneas blancas... IBM. Los cubículos estaban vacíos excepto uno, en el que había un hombre con la cara dominada por grandes gafas. Cuando Piao se acercó más, también llegaron los olores. Olores a carteras abultadas llenas de billetes de yuan ilícitos. Olores al calor del cuerpo de un hombre que atravesaba algodón... y el aliento que produce la concentración. Breve, maloliente... casi sin haber sido respirado.

—Bienvenido a mi nuevo reino, Sun Piao.

Rentang, conocido por todos en el como «El mago», se volvió lentamente

en su sillón giratorio. Quedó al descubierto el hombre. Pálido. Rasgos sin marcar. En absoluto un mago... sólo un hombre. Un hombre que era bueno, muy bueno con los ordenadores. Piao encendió un Panda Brand y, a través del humo, paseó la vista alrededor.

—El antiguo armazón principal lo quitaron hace un mes. Era un ordenador electrónico de primera generación... americano, Sperry Rand. Pesaba más de treinta toneladas y toda la capacidad que tenía era la de un ordenador personal actual de quinientos dólares...

Se rió. Una risa tan generosa como un pollo abierto por la mitad. Y todo el tiempo sus dedos recorrían el teclado con un ballet preciso. La fiebre de la pantalla en sus gafas.

—... de todos modos no funcionaba. Los últimos quince años dependimos fundamentalmente de sistemas de archivo manuales para la recuperación de información. Una ciudad con delitos modernos y un sótano lleno de antiguos ficheros...

Señaló con la cabeza hacia el centinela de acero gris.

—... ahora tenemos un americano recién nacido. Un IBM S/390 Parallel Enterprise Server, de tercera generación. Sólo pesa novecientos treinta y ocho kilos y ocupa dos metros cuadrados. Puede alimentar una consola de cada mesa de trabajo, de todo el *Pai chu so* de la ciudad con detalles de cualquier delincuente y disidente de la República en el tiempo que lleva decir «fichero».

Acarició la pantalla, casi sin aliento. Arco iris de píxeles provocaron una hemorragia desdibujaba en sus uñas mordidas.

—... un recién nacido americano, encantador, regordete. Puede hacer todo lo que queremos y no se caga en los pantalones.

Piao dejó caer la colilla en el frío cemento y la aplastó con el pie. Los estertores de muerte de humo se enrollaron en torno a su zapato.

—¿Qué pasa?

Rentang hizo girar su sillón, se quitó las gafas y reveló unos ojos negros que no decían nada.

—Quieres algo de mí, inspector jefe. Algo que me permitirá devolverte los favores que te debo.

Piao sacó el sobre del bolsillo interior de su casaca y las cinco fotos monocolor se dispersaron por la mesa. Rostros aplastados, destrozados.

Huesos, sangre. Y únicamente para definir cada rostro... cráteres que no tenían ojos, sangrantes, que lloraban barro.

—Se supone que eres un mago. Reconstrúyeles las caras.

* * *

El mago con vómito en el aliento regresó del servicio; los dedos todavía se quitaban una mancha de la corbata. Lágrimas en los bordes de los ojos. Apuñaló con un dedo las fotos.

—La próxima vez avísame, ¿vale, inspector? A diferencia de ti, nosotros no estamos acostumbrados a ver los frutos con los que se alimenta la brigada de homicidios.

Frutos con los que se alimenta la brigada de homicidios... una frase poco corriente para describir una cosecha así de cuerpos torturados, muertos. Piao pensó de pronto en aguacates demasiado maduros. Melones partidos por la mitad y machacados. Lichis triturados y deshuesados.

—¿Avisarte? ¿Qué, un día, un año, diez años antes?

Rentang no sacaría nada en limpio de aquella conversación. Se metió una pastilla de menta en la boca. El sabor a bilis le fue desapareciendo lentamente de la boca. Sentado en el cubículo, un impulso irrefrenable de arrancarse la corbata, deshacerse de ella y ducharse.

—De modo que quieres que les devuelva la cara. ¿Es eso todo?

—Y que los pases por tu nuevo juguete. Necesito saber quiénes son.

—¿Y quiénes son, Sun Piao?... ¿políticos, inconformistas, disidentes? No estará implicada la Seguridad en esto, ¿verdad?

Las cejas del mago, un tenso nudo corredizo de preocupación.

—Sólo son los frutos con los que se alimenta la brigada de homicidios. ¿Lo puedes hacer?

El dedo de Rentang recorrió los perfiles de las caras monocolor.

—Por los ángulos de las mandíbulas, la falta de definición, el desajuste... todo sugeriría daños importantes en la estructura ósea. La mandíbula, el cuerpo y las articulaciones. También daños en el lóbulo temporal, y tan arriba como en el sistema zigomático frontal. En algunos, la nariz parece completamente sin soporte debido al aplastamiento o hundimiento de los

huesos maxilar y nasal. Algunas se han hundido por completo en una abertura nasal anterior ensanchada. Y el daño en los huesos frontales del cráneo se aprecia perfectamente y es importante, en algunos casos llega a la profundidad del ala menor del esfenoide, la fisura orbital superior y todo el canal óptico. Hicieron un buen trabajo; sus cráneos son piezas de un rompecabezas. ¿Qué usaron?

A través del humo de un cigarrillo nuevo...

—Se ha sugerido que un mazo.

Piao recordó los colores en el barro. Duros, violentos con el flash de la cámara. El hueso, tan blanco. Las cuchilladas y cortes, tan negros. El inspector jefe dio una profunda calada al cigarrillo, obligando a los recuerdos a desaparecer. Rentang se dio la vuelta. La sonrisa de su cara, un papel recortado.

—Pareces sorprendido por mi conocimiento de la anatomía humana, Sun Piao. Resulta agradable poner en su sitio a un inspector jefe. Estudié tres años de medicina.

—¿Por qué lo dejaste si eras un estudiante que prometía tanto?

—Tienes razón, inspector jefe. Era un estudiante que prometía mucho. Pero un médico, te pregunto, ¿habría sido yo un buen médico? No, no... durante un tiempo fue una «bicoca de trabajo» pero no ahora. Esto...

Acarició la pantalla con los dedos. Una palidez. Tenían algo en la rigidez del esqueleto que a Piao le recordó un cangrejo de río.

—... los ordenadores. Ahora esto es una bicoca de trabajo. Una de las mayores.

El inspector jefe se echó hacia delante.

—Recuerda, yo sé hasta qué punto tu trabajo es una «bicoca» y lo que has sacado de él. Aparte de los kilos de más.

Más y más cerca, el olor a bilis de su aliento tan dulzón como el de las manzanas caramelizadas y el Guerlain de una tarde calurosa de verano.

—... no me hables de piezas de un rompecabezas. ¿Puedes reconstruirles las caras?

—Las caras. Sí. Tendré que refrescar mis conocimientos de anatomía, y hay un profesor en la Facultad de Medicina que tiene fama de reconstruir los fragmentos de cráneos encontrados en excavaciones arqueológicas. Un modo

raro de pasar la tarde, pero podría sernos útil, en especial para la reconstrucción de daños estructurales.

Debía de haber visto la pregunta en los ojos de Piao.

—... y claro, seré discreto. Sé cómo ser muy discreto...

Rentang sonrió; resultaba tan tranquilizador como una serpiente enroscada al cuello.

—... hago ciertos trabajos por mi cuenta para algunos de los demás departamentos de seguridad, la mayoría tienen que ver con la preparación de expedientes contra sospechosos de disidencia. Algunos un poco más políticos. Los mandos importantes que pretenden tener cargos más importantes. Por lo general, manipulación de imágenes, poner a una persona junto a otra en fotografías, personas con las que ellos no deberían tener relación. Situarlos en lugares en que no deberían estar. Ponerlos en, diríamos... ¿situaciones comprometidas? Cualquier cosa que se pueda hacer hoy en día con una imagen. Casi se ha convertido en una de mis especialidades...

La sonrisa otra vez.

—... utilizo un PC Macintosh con un software estándar para el diseño. Podríamos usar el sistema Layer Mask para la reconstrucción anatómica, según las instrucciones del profesor, de cráneo y huesos faciales dañados... y luego ponerles músculos y carne sin destruir los datos de las imágenes originales. Además de eso hay noventa y cinco filtros de efectos especiales que puedo usar para acentuar, resaltar o suprimir defectos de la imagen.

—¿Y eso qué significa?

Piao casi escupió las palabras... se ahogaba en el fárrago de palabras que parecían ser el común denominador de todos los especialistas en ordenadores con los que había tratado.

—Significa que tendrás tus caras, inspector jefe.

La pantalla quedó en gris. Píxeles que imploraban formar una estrella plateada en su núcleo.

—¿Y lo que obtengamos será realista, preciso?

—Sí. Pero, claro, nunca sabremos el color auténtico de sus ojos...

Perezosas imágenes de los ocho. El dedo índice de Rentang recorre las órbitas vacías de los ojos monocolor.

—... puedes tener lo que nunca has tenido, Sun Piao. Y hablando de tener,

¿qué es lo que sacaré yo de esto?

El inspector jefe ya se dirigía hacia la salida, el reflejo del ojo ciego del monitor seguía su forma, que disminuía.

—Lo que sacarás es mi amnesia. Mi amnesia continua.

Rentang gritó...

—Inspector, me estás jodiendo. Me dejas sin piernas.

Su contestación sólo fue un susurro mientras avanzaba por el pasillo, pero Piao estaba seguro de que el mago la oiría. La oyó.

—Todos los lisiados descubren un modo de caminar.

* * *

El coche estaba en el descampado de detrás de la calle Nanjing, en su día la parte trasera de restaurantes, sastrerías, panaderías, y ahora sede de tiendas occidentales famosas. Gucci... Pucci. Letras doradas que adquieren relieve en el mármol. Fríos azules de neón derramándose sobre las aceras. Sus partes traseras limpias, inmaculadas y tan peculiares como los minimalistas espacios grises de las tiendas. Cubos de basura con el nombre escrito. Muelles de carga encalados y perfectamente barridos.

* * *

Un reflejo de luz solar proyectó el coche contra la pared más alejada. Un intenso reflejo blanco-amarillento que dividía en rodajas la pintura y el rostro de Barbara. La mujer se cepillaba el pelo, con los ojos casi cerrados. El sol calentaba sin fuerza. Podría haber sido California o Tampa en temporada baja. Barbara abrió los ojos sin dejar de cepillarse el pelo cuando Piao cerró de un portazo. Pero aquello era Shanghai.

—¿Colaborará ese mago de los ordenadores?

Su pelo era dorado. La mirada de Piao volvió a la calle; una fotografía que evocaba su infancia. La única fotografía que él había visto de su padre. Aquel pelo tan dorado. Su padre. El extranjero. El hombre que se había follado a su madre.

—Un pelo dorado —susurró él, mientras un taxi hacía sonar su claxon y le

obligaba a formar parte de la oleada de circulación que se desplazaba hacia el norte de Xixanglu, pasado el Parque del Pueblo.

—¿Perdón?

«*Pelo dorado... un pedacito de cielo, un pedacito de infierno.*»

—Es el especialista en ordenadores del departamento; si él no puede devolverles las caras a los muertos, es que no puede nadie —dijo Piao, mientras la calle daba vueltas una vez más entre los costados de las oficinas. El sol se apagó. El color del pelo de ella pasó del dorado al latón bruñido.

* * *

Los edificios que formaban la Universidad de Fudan se alzaban como cajas de zapatos... rodeados de céspedes recortados como piezas de un rompecabezas por una estrecha red de senderos de cemento. En los cruces cercanos a los edificios había apostados policías; uniformes verde oliva que reproducían el color de la hierba en sombra. Desde lejos podían confundirse con matojos que brotaban de la fría base de cemento.

—¿Por qué tantos policías?

Piao devolvió el saludo de mala gana cuando se acercaron al edificio número 4. Una pancarta, con letras rojas sobre blanco, sujeta encima de las puertas de doble hoja, afirmaba, en palabras del propio Mao pronunciadas al comienzo de la Revolución Cultural, que...

La juventud debe ser puesta a prueba.

La habían colgado a toda prisa, la pintura todavía estaba húmeda y goteaba. El inspector jefe sonrió, estirándose hacia arriba para tirar por uno de los lados de la pancarta... la tela le manchó los dedos de pintura roja. Tradujo la pintada que estaba debajo, en el enladrillado. Rojo sobre marrón. Más palabras de los labios de Mao, la máxima...

La rebeldía está justificada.

—Mao es elástico, se usa como hacen ustedes con la Biblia. Sus palabras

se pueden adaptar para defender cualquier opinión.

El inspector jefe sólo le dijo una palabra más a Barbara antes de que los abordara un empleado de la universidad, que los acompañaría al despacho y la zona de laboratorios que una vez habían sido los dominios del profesor Lazarus Heywood.

—Tiananmen.

Barbara asintió con la cabeza. Eso lo explicaba todo.

* * *

—Ya se lo dije. Espero muy poco o nada.

El gran espacio estaba totalmente vacío, limpio, repintado. Estaba oscuro, no tenía ventanas. Sólo lo iluminaban dos bombillas amarillentas colgadas del techo que oscilaban levemente, proporcionando a la sala una sensación de leve movimiento, como si estuviera a la deriva en un enorme océano con olas. Barbara se desplazó hasta el centro del espacio, su sombra se alargaba y encogía alternativamente en las paredes.

—¿Es esto? Usted dijo que era un laboratorio y también el despacho de Heywood.

—Lo era.

Piao se le unió sin apartar los ojos de los de ella.

—Esto era también el lugar donde trabajaba su hijo.

Ella se dio la vuelta incapaz de hablar; sus ojos se apartaron de Piao. El empleado echó hacia delante sus zapatos, que estaban brillantes, pero que le apretaban, mientras Piao daba vueltas y más vueltas en torno a él.

—Supongo que usted no sabe nada de un estadounidense que se llamaba Bobby Hayes, ¿eh?

—Yo no sé nada de esa persona que usted menciona.

El funcionario, un mando de rango intermedio, se controlaba, una sombra de sonrisa asomó a su cara.

Pero la tranquilidad de la superficie del océano oculta a los tiburones que luchan en sus profundidades.

—Pero sí sabe algo del profesor Lazarus Heywood cuyo laboratorio era éste, ¿no?

El funcionario soltó una carcajada estrangulada. Sudaba. Piao olió el ajo podrido que rezumaba por sus poros.

—Esto no es un juego. Deje que le explique lo que estoy haciendo aquí. Por qué hablo con usted. Soy investigador jefe de la brigada de homicidios del departamento de Seguridad Pública. Estoy investigando dos puñados de asesinatos... y usted, señor funcionario de la universidad, está poniéndose en medio. Bien, podemos hacerlo aquí, informalmente... o podemos ser más conservadores al respecto en el *kung an chu*. Pero le advierto: si me obliga a llevarle al cuartel general de la ciudad, no habrá salido para celebrar el año nuevo, y eso que todavía falta bastante tiempo. De modo que piense en su familia y responda a mis preguntas. ¿Entiende lo que le estoy diciendo?

El funcionario sopesó las amenazas. Los pros y los contras. A qué carta quedarse, qué evitar. Piao conocía la mirada, se la encontraba todos los días, era como si estrecharas una mano sudorosa que no te podías secar.

—El profesor Lazarus Heywood, dígame algo de él.

—Trabajaba aquí, en la universidad. El profesor Heywood enseñaba historia china. Y arqueología. Sí, también arqueología.

—¿Dónde está el profesor Heywood?

El silencio fue largo, pero rotundo. Nada más significativo que un silencio así. La experiencia había enseñado a Piao a soltarle más carrete al pescado.

—No se sabe dónde está el profesor. La universidad dio aviso al Luxingshe porque es ciudadano estadounidense. Dejó de asistir a sus compromisos en clase. Estábamos... estábamos preocupados. Es una situación muy inquietante, muy poco habitual. Tengo entendido que el Luxingshe todavía está investigando la cuestión.

El funcionario tenía los ojos sin vida. Uno veía esos ojos en los pescados que quedaban en un puesto del mercado tras finalizar el horario de venta. Los pescados que no compraría nadie. El inspector jefe se acercó más, su sombra eclipsó al funcionario.

—La vida ya no posee al profesor Lazarus Heywood. Y el entusiasmo que ha puesto en mostrar estas habitaciones «ordenadas» que una vez le pertenecieron sugeriría que usted no ignora por completo ese hecho, ¿verdad?

La risa del funcionario fue como un chirrido, igual que ruedas dentadas oxidadas.

—Repito lo que acabo de decir. El profesor Heywood está muerto. Lo sé perfectamente, fui yo el que sacó su cuerpo del Huangpu...

El funcionario dio un paso atrás, la fría pared ahora pegada a su espalda.

—... necesito ver las pertenencias personales de Heywood.

—Yo... nosotros no las tenemos. Un grupo del Luxingshe se hizo cargo oficialmente de esta zona. La sala estuvo cerrada para el personal de la universidad mientras la registraban y despejaban...

Se interrumpió para aclararse la voz, la nuez se le agitó. Baja la voz con una falsa sinceridad. Baja la mirada con sincero miedo.

... el asunto está relacionado con las actividades políticas del profesor Heywood y sus contactos con grupos de estudiantes disidentes. Se trata de *neibu*, información secreta, pero los del Luxingshe tuvieron la deferencia de contarnos eso.

Piao anduvo hasta el centro de la sala; la luz de la bombilla directamente sobre él le alargaba los rasgos. Sus ojos perdieron el color, una sombra le recorrió las mejillas.

—He mantenido contactos con el Luxingshe esta mañana antes de venir a su universidad. Al Luxingshe no le consta que haya tenido lugar esa operación. No tiene conocimiento de que se haya llevado a cabo ninguna acción con respecto al profesor Lazarus Heywood. En el Luxingshe ni siquiera estaban al corriente de que hubiera desaparecido el profesor Heywood.

—Pe... pero... yo mismo vi a los agentes del Luxingshe... Yo... yo examiné su documentación. Tenían plenos poderes. Sus papeles estaban en regla. Te... tenían plenos poderes.

—Podrían tener plenos poderes, pero no eran del Luxingshe.

Saliva en los labios del funcionario, que a Piao le recuerda la espuma descolorida que dejaba el Suzhou con marea baja.

—Pero na... nadie se hace pasar por miembro del Luxinghse, nadie se atre... atrevería. ¿Quién po... podría conseguir la documentación que he examinado yo, qué auto... autoridad?

El funcionario olía a loción para después del afeitado barata, a meados de Hong Kong metidos en llamativas cajas de imitación.

—¿Los de Seguridad? ¿O los asesinos que le arrebataron la vida al profesor Heywood?

Nuevamente el susurro en las orejas perfumadas...

—Puede que los dos sean el mismo. Los de Seguridad y los asesinos del profesor Heywood.

Silencio, esta vez largo, vacío. Nada es menos significativo que un silencio así. El funcionario estaba reorganizando sus defensas, Piao no conseguiría nada más. Barbara ya caminaba hacia la puerta, sus ojos demasiado sombríos para poder interpretarlos.

—¿Hay algo que me pueda decir, señor funcionario de la universidad? ¿Sigue sin conocer a un estadounidense que se llamaba Bobby Hayes? ¿Los alumnos no conocen a un estadounidense que se llamaba Bobby Hayes?

—N... no sé nada de ningún Bobby Hayes y ahora no sé n... nada de ningún profesor Lazarus Heywood. Ni tampoco los al... alumnos de esta universidad.

Reconocer la sed a veces también puede significar reconocer que el pozo está seco.

El inspector jefe se estiró la casaca y se la abrochó, seguía faltando el botón de arriba.

—Vuelva a su despacho, señor funcionario de la universidad. Hágame saber cuándo llaman otra vez los del Luxingshe. Hágame saber cuándo se acuerda usted de un chico estadounidense que se llamaba Bobby Hayes.

* * *

Fudan es grande. A Piao le llevó dos horas largas enseñarle a Barbara todos sus pasillos beis, todas sus bibliotecas con cabezas negras inclinadas estudiando. Barbara nunca había sido una buena turista, tenía los pies cansados a los veinte minutos. El entarimado duro, inolvidable. Se le iba la cabeza debido a una agitación constante de preguntas sin respuesta, ideas imposibles de desenredar. Piao, el inspector jefe de la brigada de homicidios, un guía entusiasta. Aquello le había sorprendido, no respondía al tipo. Sólo fue la insistencia de él lo que la había arrastrado, cuando lo único que quería de verdad era una cerveza. Y tumbarse bajo un edredón, en un sitio tan oscuro como una caverna, y permitirse tener ocho años otra vez.

* * *

La plaza central de la Universidad de Fudan estaba vacía. Recorrieron su perímetro. El cielo gris, el aire desgarrado por un amargo viento frío. Una sirena interrumpió sus pasos y enseguida había estudiantes que salían por todas las puertas en todas las esquinas de la plaza. El ruido de sus pies en el cemento apaga el chillido electrónico. Eran como todos los demás estudiantes, puede que con un aspecto un poco más limpio. Una marea de arrugas azules de tela vaquera. Gorras de béisbol. Sudaderas con capuchas. Chicas con el pelo liso colocado coquetamente por encima de un ojo. Aquello sorprendió a Barbara. La verdad es que todavía esperaba chaquetas Mao y libros rojos alzados a la altura de la cabeza.

—Dios santo, esto podría ser el centro de Nueva York...

Señalaba con una mano, y la otra descansaba en la de Piao. Su suavidad, su frialdad... en aquel instante, nada más en el universo de él.

—... camisetas de coca-cola, cazadoras de Minnie Mouse. Fíjese, hay una gorra de béisbol de los Lakers. Es increíble. La verdad es que esto podría ser Estados Unidos.

—Sí, su país nos ha dado lo mejor que puede ofrecer su cultura. Todos nos hemos enriquecido con la experiencia.

Pero ya se apartaba de ella, y sus manos dejaron de tocarse. También lo habría percibido cualquier agente del departamento de Seguridad Pública. El peligro inminente y la emoción, que es su lubricante. Tenía un olor, a cenizas de rosas. Tenía un tacto, el de las puntas de unos dedos con guantes que recorren la nuca. Un grupo de estudiantes se estaba congregando en el centro de la plaza, fuera de los senderos. Realizar ese tipo de reuniones estaba prohibido... sabotaje contrarrevolucionario. Desde el 4 de junio de 1989... Tiananmen... ese tipo de actos estaban prohibidos. Ahora los estudiantes habían sido reducidos a la categoría de simple generación que se limita a esperar que Deng Xiaoping y sus altos cargos mueran.

Un periodo de espera, no es vida, no es muerte.

Una pancarta desplegada. Amarillo sobre rojo.

Erijamos una vez más a la Diosa de la Democracia.

Un violento brillo rojo entre el follaje de gorras de béisbol, cazadoras de Minnie Mouse y los agitados brazos verde oliva de los agentes del departamento de Seguridad Pública. Corrieron más policías hacia la pancarta, pero otro grupo de estudiantes se había reunido en una esquina lejana del patio... y luego otro grupo. Capuchas sobre los ojos. Gorras bien caladas. Pancartas que reciben la brisa con desgarrones de escarlata. El inspector jefe había agarrado a Barbara por el codo, y la empujaba con firmeza a una salida. Fuera de la plaza, hacia el coche.

—Esto se pone feo. No podemos mezclarnos en ello. Debemos irnos.

Hacía frío, más frío cada vez, pero Barbara notó sudor en la frente. Apenas se cerraron las puertas del coche, salieron disparados hacia la puerta de la salida principal. Los estudiantes invaden la calzada. Piao lucha con el volante. Y el sonido de un millar de voces se alzó en protesta. Un agente de la policía del departamento de Seguridad Pública estaba al fondo, con el brazo alzado. Detrás de él la barrera de la puerta se baja. El Shanghai aceleró con un tirón. El inspector jefe saca su placa de un bolsillo interior y la pega a la parte interior del parabrisas; saca la cabeza por la ventanilla de su lado, gritando...

—Homicidios. Homicidios. Homicidios.

El agente del departamento de Seguridad Pública se dispone a entendedérselas con el vehículo que se acercaba. Sus ojos, un corte negro que le atraviesa la cara. Y una mano que se dirige a la cadera, a la pistola enfundada en una pequeña cartuchera cerrada con tapa, muy pulcra. Pero se da cuenta de pronto. Lo reconoce. Una descarga de adrenalina. Gestos con las dos manos de que levanten la barrera; consigue escapar apenas a la carga del cromo descascarillado del parachoques. Se pone de pie y se sacude los pantalones. La barrera roja y blanca de barra de caramelo vuelve a caer detrás de él cuando Piao se unía al flujo del tráfico en el seno del Hongkou, hacia el estadio. El paisaje urbano de rascacielos vuelve a rodearlos. Todavía en la mano del inspector jefe, agarrada con fuerza... su placa. Una estrella de cinco puntas quedó grabada en la palma de su mano. El rojo y el dorado eclipsados en la oscuridad.

* * *

La Plaza del Pueblo era un torbellino de color. Campesinos traídos en autobuses de aldeas remotas que visten trajes regionales tradicionales. Túnicas mongolas. Quimonos de seda bordados. Vestidos ladakhis de seda y popelín, acolchados con piel. Botas de espeso fieltro. Trajes largos del Turkestán de color naranja mezclado con amarillo y blanco. Casacas largas de rayas verticales y horizontales; rayas color caramelo... negras, rojas, azules, amarillas. El Año Nuevo estaría lleno de danzas, traídas por la música de las provincias. El Año Nuevo sería un desfile de matices terrenales y flamígeros; de cielos atravesados por fuegos artificiales. Pero por encima de todo... el Año Nuevo estaría organizado.

—Más despacio, más despacio. Quiero ver esto.

Barbara pone una mano en el hombro de Piao; el inspector jefe pisa suavemente el freno. Ella bajó la ventanilla. Tambores y flautas de tonos agudos en la brisa. El pelo de ella al vuelo.

—Cuánto color, y fíjese qué vestidos tan diferentes. Cuando veo esto me doy cuenta de lo aburrida que es la Quinta Avenida. Lo insulsos que pueden ser los Estados Unidos.

Piao se volvió para mirar fuera por la ventanilla lateral conforme avanzaban lentamente. Se estaba procediendo a ordenar a las hileras de campesinos con sus trajes; unos camaradas de caras serias y voces firmes los colocaban siguiendo una coreografía precisa... *Sonrían, sonrían. ¡Ahora no están en una granja de cerdos!*

Piao ya lo había visto antes, todos los años. El inspector jefe pisó con fuerza el acelerador.

—Conque sí, ¿eh? América es aburrida. Insulsa. ¿También con camisetas de coca-cola y cazadoras de Minnie Mouse?

Barbara subió la ventanilla, la música quedó ahogada. De pronto el silencio resultó amenazador, y Piao deseó no haber hablado.

—Dije eso yo, ¿verdad? Una funcionaria estadounidense rebajando a su bendito país. Allá en Estados Unidos eso es traición, supongo que ustedes lo llamarían sabotaje contrarrevolucionario. Me condenarían de veinticinco a treinta años de confinamiento en Disneylandia por decir esas cosas.

El inspector jefe la miró, sorprendido.

—¿De verdad? ¿Existen condenas tan duras en Estados Unidos?

—No, no, sólo bromeaba, me burlaba.

Barbara echó atrás la cabeza y se rió. A Piao la risa le recordó el sonido que hace el agua al caer sobre guijarros.

—Es la primera vez que la oigo reír.

—Es la primera vez que río en mucho tiempo. Suelo reírme mucho. Supongo que últimamente no tengo mucho de que reírme.

Las palabras, Piao las conocía... aquellos sentimientos, también los conocía.

—Reír puede ser más difícil que llorar. Reír es hacerse un poco cargo de lo que Dios tenía en mente cuando creó el mundo.

La mano de Barbara estaba una vez más en el hombro de él. Piao deseó que nunca lo dejase.

—Eso es hermoso. Muy bello. ¿Dónde lo oyó? ¿Es de Confucio?

—No, no es de Confucio. Lo leí en un antiguo libro americano. Creo que se llamaba el Reader's Digest.

Ella se volvió a reír. Piao se abrió paso con el coche hacia la calle Jinling, saboreando la risa de ella, pero sin idea de por qué se había producido. Era cierto. Los estadounidenses podían ser personas muy complicadas.

* * *

Había mucho movimiento en el hotel Shanghai Jing Jiang. Coches pegados unos a otros en Maominanlu. Piao aparcó en doble fila, el conductor de un coche hizo gesto de que se fuera a tomar por culo, hasta que vio el dorado y el rojo de las hombreras del inspector jefe. El conductor volvió a su ejemplar de hacía tres días del *Diario de Pueblo*, sus ojos ocultos a la vista por un editorial que era una diatriba contra las últimas cifras de producción de Camiones Liberación.

—Si usted no lo considerara ofensivo o una gran inconveniencia, apreciaría que pudiera hacerme un importante favor.

Barbara se inclinó, apoyándose en el marco de la ventanilla abierta del coche, mirando con ojos entrecerrados a Piao, que seguía dentro. La última

persona que le había pedido que «le hiciera un importante favor», un congresista obeso de Iowa, en la abarrotada esquina de un ascensor del Washington Hilton, todavía estaba curándose un cardenal que le había hecho una rodilla en los huevos.

—Los hijos de mi primo Cheng, al que mataron, adoran el chocolate. Me gustaría regalarles algo, pero es difícil si no se tiene carné para las «Tiendas de la Amistad», y los hoteles no aceptan dinero a menos que se sea turista. ¿Podría conseguirme algo de chocolate?

Le recorrió una sensación de alivio. Un hombre sorprendente aquel inspector. Pisa a fondo un coche delante del cañón de una pistola mientras una barrera cae a toda velocidad, y una hora después quiere comprar chocolate para los acongojados niños de su primo.

—Naturalmente. Me alegra. Es una idea encantadora. La tienda del hotel es enorme. ¿De cuál quiere? ¿Twinkies, M&M, Hersey?

—¿Tienen chocolate suizo, o inglés... Cadbury's?

—¿Cadbury's? Sí, supongo que sí. Veré lo que puedo hacer.

El inspector jefe le apretó unos billetes cuidadosamente plegados en la mano. Una sensación de culpabilidad por aceptarlos. Ella gana más en una hora que el detective de homicidios en un mes. Barbara ya subía los escalones del hotel, entre una bandada de turistas italianos con las manos aleteando como pájaros incapaces de volar, cuando Piao la alcanzó.

—Barbara Hayes, este caso, la muerte de su hijo y los demás. Nada marcha. A veces, cuando pasa eso, debemos «dar la vuelta a la tortilla». Cambiar por completo la situación. Nuestro modo de abordarlo. Puede que correr riesgos...

Ella nota que la mano de él está en su hombro. No sabe por qué, pero le inquieta del mismo modo que hacían las azucenas. Que hacía un espejo que se rompe. Pero en aquel instante, no podía esperar que la retirara.

—... nos están siguiendo. A usted y a mí. No estoy seguro qué interés pueden tener. Pero no puedo evitar pensar que una funcionaria del gobierno estadounidense es más interesante que un inspector jefe. Y en especial una funcionaria del gobierno estadounidense que todavía vierte lágrimas por su hijo, hallado muerto en el Huangpu.

Ella no dice nada, pero en los frunces de sus cejas hay preguntas... y

respuestas.

—¿Hay algo que una funcionaria del gobierno estadounidense debería decirle al inspector jefe que se está ocupando del caso del asesinato de su hijo?

Ella no dice nada. Sus labios, una suave puerta de entrada a un mundo de secretos.

—Entonces quiero decirle que se ande con cuidado, que no se distraiga. No acepte nada por su aspecto. Acepte sólo lo que sepa cómo se llama.

Barbara subió un escalón; sus ojos, hielo y fuego. El contacto con ella, perdido.

—Usted ya lo ha hecho, correr riesgos. Dios santo, ¿qué ha hecho?

Pero Piao ya estaba fuera del alcance de sus palabras. Cuando miró al espejo retrovisor, ella estaba sola en los escalones del hotel, la última de una larga hilera de turistas a los que tragaban las puertas giratorias del hotel.

Dar la vuelta a la tortilla.

Aceleró por la maraña del parque Fuxing... *Cao-mu jie-bing...*

* * *

Barbara durmió tres horas. Sin soñar. El chico del servicio de habitaciones la había visitado en silencio, había un termo en la mesilla de noche. Se sirvió el té cuando despertó. *Wulongcha*. Sorbos de su amargor antes y después de ducharse. Sorbos de su amargor mientras se vestía. Contestó el teléfono antes de que hubiera sonado tres veces, volviendo a correr las cortinas; la habitación inundada por una luz del matiz de limones poco maduros. Una pausa al otro lado de la línea. El que llamaba reticente, oculto tras el anonimato de la distancia. Y luego la voz de un hombre... susurraba.

—Señora Hayes. ¿Estoy hablando con la señora Hayes?

—Sí, yo soy. ¿Quién es usted?

Otro silencio. Más largo, absoluto y cargado de expectación.

—Su hijo, Bobby Hayes. Le conocía, era amigo mío.

El nombre de él procedente de los labios de otra persona que lo conoció; aquello parecía hacer que Bobby respirara otra vez. Las palabras devolvieron

a Barbara a la cama. Hizo las preguntas, pero su voz parecía pertenecer a otra mujer.

—¿Quién es usted? ¿Cómo conoció a Bobby?

—Los teléfonos no son seguros. Es mejor que no le diga mi nombre.

—Claro, claro, me hago cargo. Pero, ¿cómo lo conoció?

La voz se hizo todavía más tenue. Barbara tiró del teléfono, dolorida por la concentración.

—En la Universidad... Fudan. Soy estudiante. Bobby, su hijo... era amigo mío. Me daba cigarrillos. Marlboro. Me dio una gorra de Los Angeles Raider's.

Barbara cerró los ojos, con tanta fuerza que le dolió. Podía ver la gorra de los Raider's. Plateada y negra. Bobby nunca iba sin ella. Sin duda, sólo alguien que conociera a Bobby podría saber la marca de sus cigarrillos; podría haber sabido lo de su gorra de los Raider's.

—¿Cómo supo usted que yo estaba en Shanghai? ¿Cómo supo dónde encontrarme?

—Usted estuvo hoy en la universidad, ¿no? La vi pasar por la biblioteca donde estaba yo. Vi a Bobby en su cara...

La vuelta a la tortilla.

El hijo de puta. Yo fui el cebo. Él sabía exactamente lo que estaba haciendo cuando me paseó por Fudan. Fue como estar en el escaparate.

—... sabía que se quedaría en el hotel de Bobby. El Jing Jiang. Bromeábamos, lo llamábamos su hotel. Habitación 201, esa era su habitación, ¿eh? Por el mucho tiempo que llevaba ahí. Lo suficiente para que la habitación fuera suya. ¿Sabe eso?

—Sí. Sé eso, sí.

Barbara podía notar la sangre que bombeaba su corazón. Tantas preguntas que responder, tantas respuestas que aceptar. Y certezas.

—¿Sabe usted que mi hijo está muerto?

No hubo respuesta, sólo tiempo salpicado por respiraciones contenidas y voces lejanas en líneas cruzadas.

—¿Muerto?

El otro sollozaba. Su franqueza, su sinceridad, asustaban.

—Lo encontraron en el río. Lo habían asesinado.

—No lo sabía. Perdóneme. Perdóneme. Yo era su amigo y no lo sabía.

Los lloros disminuyeron, su intensidad decayó y fueron remplazados por un profundo pozo de furia.

—Bobby ya no iba a la universidad, fue de repente. Cuando mi amigo ya no aparecía, nos dijeron con firmeza, advirtiéndonos... «no habléis del chico estadounidense. No estuvo en Fudan. Nunca estuvo en Fudan...».

Se interrumpió para sonarse la nariz. Barbara contó los segundos.

—... un día Bobby estaba en Fudan, y al día siguiente ya no estaba. Pero eso era *nei-bu*, no debemos hablar de ello. Todo lo de su hijo, mi amigo, ahora era secreto. Hablar de esas cosas podría significar *laodong gaizhao*. En Occidente ustedes no saben de eso. En China son palabras que no se dicen; *lao gai*, «reforma por el trabajo». *Lao jiao*, «reeducación por el trabajo». Muchos, muchos mueren.

Barbara estaba de pie; pasear parecía calmarle la furia. Hizo girar el tapón de la botella de brandy, sirvió dos dedos en el pesado vaso, derramando un poco en la mesa. Bebe con avidez. Sus efectos, inmediatos y concentrados en su frente.

—¿Quién se lo advirtió a usted, quién le dijo que no hablara de Bobby?

—No los conocía. No eran de la universidad. Pero no conocer las caras no significa que uno no comprenda el alcance de las amenazas.

Ella se hizo cargo. Su silencio fue lo único que le pudo ofrecer.

—... Señora Hayes, me gustaría verla, me gustaría darle la gorra de los Raider's que era de Bobby. Su hijo consideraría que estaba bien, que era lo justo. Lo sé.

—Sí, Bobby consideraría que estaba bien. Y lo mismo yo.

—Pero yo no puedo acercarme al hotel Jing Jiang, ¿lo entiende? Es mejor que nos veamos fuera del hotel. Puede que en la esquina de Maominanlu con Shanxilu. El salón de té es un buen sitio. ¿Es suficiente tiempo una hora, señora Hayes?

—Sí, una hora es tiempo suficiente. Estaría bien. ¿Podría ir conmigo un inspector de la brigada de homicidios del departamento de Seguridad Pública que está investigando el asesinato de Bobby? Es una buena persona. Un inspector jefe. Uno se puede fiar de él.

Inquietud en la voz del que llamaba. No enfado. Sólo miedo. Puro,

auténtico.

—No. No ese policía del departamento de Seguridad Pública. No se puede fiar uno de ellos. Lo sé...

Su voz se había ido apagando, reequilibrándose. Más suave esta vez, tratando de tranquilizar.

—... nada de agentes del departamento de Seguridad Pública, señora Hayes, pero si lo desea puede traer a la novia de Bobby al salón de té. Me gustaría darle el pésame.

El vaso se deslizó de los dedos de Barbara, su choque lejano, los pensamientos de ella centrados en las uñas rojo cereza en forma de luna creciente.

—¿Una novia? Bobby nunca me habló de eso.

Pasó cierto tiempo antes de que volviera a hablar el que llamaba. Sus palabras, un suspiro que atravesaba las ramas más altas de los árboles.

—Pero señora Hayes, ¿de verdad que no lo sabía? Su hijo, Bobby, iba a ser padre. Su novia estaba embarazada de él.

* * *

El supermercado que dormía a la sombra del Jing Jiang estaba bien provisto, lleno de productos caros de todas las partes del mundo. Pero no olía a comida... sólo a barniz.

—¿Tienen chocolate Cadbury's? Es inglés, creo.

—Sí, lo tenemos, señora.

—Deme todo lo que pueda por este dinero.

Barbara desplegó los billetes de Piao, colocándolos sobre el mostrador. La dependienta, blusa almidonada, acento almidonado, calculó inmediatamente el total y lo convirtió en tabletas de chocolate. Empujó los pocos fen del cambio delante de Barbara. Ésta dejó de propina las ligeras monedas de aleación. La dependienta sonrió, no dijo nada y continuó envolviendo en papel de regalo las tabletas de chocolate con leche.

* * *

Barbara pidió un bollo y una coca-cola. La pasta pegajosa casi se le atragantó.

El *Xinhuizhai* era insólito: pop art, tubos de cromo y camareras vestidas con la ropa que los chinos consideraban que llevaban los occidentales en la década de 1960. Durante toda la década de 1960, Barbara nunca había conocido, en ninguna circunstancia, a ningún hippy que llevara un pañuelo con las barras y las estrellas en la cabeza. Había tenido que hacer un viaje a Shanghai para llenar esa enorme laguna de su experiencia.

Tomó la coca-cola. Su sabor demasiado complejo evocaba sólo cosas tristes, todas sobre Bobby y su país. El estudiante se retrasaba, se retrasaba mucho. Pagó la cuenta, cinco dólares por una coca-cola y un bollo. El sueldo diario del obrero de una fábrica. La sensación de culpabilidad se le grabó a fuego. Estaba a punto de irse, pero miró al otro lado de Shanxilu y lo reconoció al instante... y la gorra en la mano cerrada. Plateada y negra. Una gorra de los Raider's. Ella había salido del *Xinhuizhai*, el «Nuevo sabor», a la acera. Lo observó mientras él cruzaba desde Shanxilu. Tenía ganas de correr hacia él, de abrazar todas las palabras que le había dicho Bobby alguna vez. Pero con el rabillo del ojo distingue una sombra negra... que acelera atravesando su campo de visión. Se abre paso en el carrusel del tráfico. Cuando el coche golpeó al chico, todo se hizo más lento. El cuerpo del chico por los aires, ya flácido. Un autobús que llegaba hizo un trompo en la calle, bloqueando un momento la parte de atrás del coche. Un cambio de marchas. El coche pasa marcha atrás por encima del cuerpo, sin dudarle ni un segundo. Y los sonidos. La aceleración de un motor. Goma de neumáticos que se queman. Frenazos. Un motor que ruge marcha atrás. Chillidos metálicos. El coche que sale disparado marcha atrás en la dirección por la que había venido. Como si estuvieran rebobinando una película. Y el sonido. Un cráneo chocando contra la calzada. Un sonido que nunca olvidaría.

Barbara corrió hacia el cuerpo. Un segundo coche pasa junto a ella a toda velocidad, también marcha atrás. Piao al volante, con manos frenéticas. Cabeza vuelta violentamente por encima del hombro. Su cara, una máscara de concentración borrosa.

Darle la vuelta a la tortilla... darle la vuelta a la tortilla... un ritmo que se repetía, como si tuviera una cinta girando sin fin dentro de la cabeza de

Barbara, a cada paso que daba acercándose al cuerpo del estudiante. Y cuando finalmente llegó hasta él, sólo una pregunta. ¿Cómo era posible que un cuerpo tan compacto tuviera tanta sangre? Y tan caliente en sus manos mientras lo abrazaba. En el pecho cuando lo alzó.

Barbara agarró la gorra de la calzada; también las tabletas de chocolate envueltas en papel de regalo que se le habían caído. Estaban partidas.

* * *

Se puede apreciar la belleza de un tigre incluso cuando salta sobre uno.

Piao había tenido el pálpito de que iba a pasar algo enseguida, pero cuando pasó... la velocidad del acontecimiento, su grotesca eficacia; le había dejado helado, deslumbrado. El Shanghai Sedán pasó junto a él a toda velocidad, marcha atrás. Él no pudo hacer nada, sólo distinguir una ráfaga negra y plateada. Piao frenó el coche en seco para dejar más sitio libre. Delante, la calle estaba bloqueada por el autobús atravesado. Lanza el coche marcha atrás. Pisa a fondo. Hace girar el sedán en torno a un Volkswagen aparcado, rozándose contra el parachoques. Un olor a goma quemada. A gasolina a medio consumir. Su cabeza volteada por encima del hombro, mirando hacia Shimenlu. Una cinta metálica de tráfico que venía, con el sedán negro haciendo violentas eses. Un hueco entre los coches aparcados... Piao pasa por él, consciente de la velocidad de sus propias manos. Una terrible sacudida cuando el coche golpea contra el bordillo y se sube a la acera. La gente se aparta. Una mano permanentemente en el claxon. Por delante la acera se despejaba, las entradas a las tiendas abarrotadas de caras. Su frente roja de excitación. Le duelen las sienes. El color desapareció de su campo de visión. Imágenes únicamente en el más duro de los monocolors. El incidente, el asesinato, se repite dentro de su cabeza. Y todavía un atisbo de incredulidad... matar en el centro del *Patuo* de Huangpu, en pleno centro de Shanghai. ¿Qué clase de hombres son aquéllos? Muy deprisa. Con increíble dureza. Con toda frialdad. Yo no podría hacer aquello... nadie podría hacer aquello.

¿Son más fuertes que yo por eso?

Un cruce delante, en el borde del parque Huangpu... el intenso fluir del

Zhongshandonglu cortándole el paso. El canal Suzhou, justo al norte, descargando en el Huangpu con un aluvión de barro empujado por las corrientes profundas. El cruce era ancho, puede que consiguiera girar usando el freno de mano y hacer con el coche un arco de 180 grados. Ponerlo de frente. Para cuando llegaran al canal, los habría alcanzado... y entonces, ¿qué? Sabe que el otro conductor estaría pensando lo mismo, exactamente lo mismo. Cerebros conectados, sus manos también unidas... como hermanos siameses. Piao baja el sedán de la acera y se introduce en la locura. El Shanghai negro a sólo veinticinco metros delante. Sin matrículas. Cristales tintados. Un atisbo de tres formas, puede que cuatro. El Shanghai hace un zigzag repentino en la calzada, un arco borroso ante un desplazamiento de colores pastel que se movían Daminglu abajo. No había sitio para girar, los dos sedán todavía marcha atrás. El inspector jefe persiguiendo al otro. Chirridos de motores. Hombros en llamas. Cuello rígido. El Shanghai, dos coches por delante, da saltos en una serie de baches. Cuatro ruedas que se apartan de la calzada y vuelven a tocarla con una sacudida. A Piao se le puso el estómago en la boca cuando el sedán se encontró con el primer bache y luego en caída libre cuando el rechoncho coche saltó. Distinguía ocasionalmente el techo del Shanghai negro, sus ruedas y su suspensión encogida cuando daba botes al pasar por los nuevos polígonos industriales de Hongkou y Yangpu. Una curva cerrada tomada sobre dos ruedas; unas ruedas que chirrían. Penachos de humo que se deslizan perezosamente por las orillas del río. El tráfico que venía lanzado en absoluta confusión. Un muro de acero que cierra el paso... Imposible seguir por Sichuanlu... doblar a la derecha con Piao pegado al parachoques del Shanghai. Un carrusel de colores a toda velocidad. La calle tiene un solo carril. Los edificios de las instalaciones del puerto de Shanghai asoman por encima de las paredes del muelle. Una sola abertura en la pared de ladrillo casi destrozada, Puerta 12... un camión articulado muy largo que asoma el morro. Hay una estrecha abertura entre el camión y la pared del muelle, y el Shanghai se desliza por ella. Con los brazos de plomo, el inspector jefe se interna, jugándose el todo por el todo, en el oscuro callejón, dándose un fuerte golpe contra las ruedas del remolque del camión. Un alarido de metal desgarrado cuando se retorció el parachoques trasero. Y todavía sin sitio para dejar de conducir marcha atrás y ponerse de frente... los callejones entre los

muelles de ladrillos amarillos demasiado estrechos. Una extensión de agua se abrió a la vista. Gris, metálica, sin vida. El único camino son una serie de estrechos puentes que cruzan el agua. Peligrosos. Inseguros. Los neumáticos siguieron el ritmo de la base del enrejado de acero de debajo. La cabeza de Piao atascada sobre el hombro, mirando hacia atrás... la mirada clavada en el parabrisas oscuro del Shanghai. A veces los dos coches pierden el control y se rozan contra el parapeto de acero. Una ametralladora de golpetazos. Saltan apagadas chispas amarillas. El agua de los dos lados del estrecho puente devuelve una mirada ciega. El puente terminaba en la entrada de un almacén estrecho de cemento manchado de aceite, que los llevó a otro puente, más sólido, con grandes vigas como costillas. Un puente de hierro forjado que cruza a una ensenada del Huangpu y conduce a unos amarraderos... lugar de ataque de petroleros de gran panza. A lo lejos las grúas del astillero Zhonghua en la isla Fuxing destacan como una negra cama de clavos. Entre las separaciones que dejan los almacenes, fogonazos del río... el color de la lengua de un viejo, y pintura roja y azul oxidada cuando un petrolero panameño iba tirado por remolcadores ensenada arriba, dirigiéndose hacia el puente. En el borde del dique del muelle, donde el cemento de la entrada al almacén se unía al acero de la estructura remachada, cuatro ojos rojos adquirieron una vida parpadeante. La proa del petrolero ya abría una brecha en la mitad del horizonte de ladrillo. El puente ya se estaba dividiendo por la mitad. La calzada en absoluto era una calzada... sino los dos tramos divididos de un brazo de acero, que se alzan lentamente por medio de un mecanismo desde una posición horizontal hasta una vertical. El cielo se ensancha entre ellos. No había otro camino. Todas las demás opciones se habían escapado... como agua entre los dedos. El inspector jefe espera que el Shanghai frene. Pero no. Sube una cuesta, una cuesta que se convierte en un acantilado. Piao lo sigue. Lo sigue absurdamente. El aliento se le heló en los labios. Un puño en el pecho, apretándole el corazón. El Shanghai encima de él... y luego desapareció. Deja un borde negro de hierro ante el cielo. Él apretó el acelerador, pero no obtuvo respuesta. El sedán pierde tracción. La cuesta se empina más. Se verticalizaba a gran velocidad. Goma deshaciéndose al rozar con el acero. Humo que se alza... cuando el coche se deslizaba hacia atrás. El petrolero panameño casi parte el agua que atravesaba el puente. Su proa, un

iceberg de pintura roja y azul picada de viruelas. El sedán se deslizaba hacia abajo, escorado hacia la izquierda, con las ruedas todavía haciendo fuerza contra la rampa. Piao golpeó el volante con los puños. El sedán cae hacia atrás y se detiene, subido en el pretil de cemento. Su interior inundado de magenta que irradian las pulsaciones de las luces de advertencia del puente.

El inspector jefe abre de un tirón la combada puerta del conductor. Se lleva las dos manos al cuello. Aprieta la espalda contra una viga. El petrolero... un muro rojo, se desliza tranquilamente. El único ruido, una profunda tos carrasposa de los remolcadores; la onda de agua alterada salpica contra la piedra del dique de piedra. Da una patada a un neumático pinchado, dos, tres veces, mientras empieza a tomar conciencia de lo que pasa.

Tienes que volver a tu país. Vuelve a tu país, Barbara Hayes. La sangre se acerca. Fluye en tu dirección.

Alza la mirada. Más allá del agua, el Shanghai negro en la pista de cemento con almacenes detrás, su motor apagado. El cuerpo de Piao empezó a temblar de modo incontrolable. Enciende un cigarrillo, casi incapaz de sujetarlo... casi incapaz de saborearlo. El motor del Shanghai se puso en marcha. Tras los cristales tintados veía rostros sonrientes. Palmadas en la espalda. La perspectiva de Qingdao para todos. Y bromas... naturalmente, bromas. Y el orgullo profesional de un trabajo bien hecho. Matar a un chico en medio de Shanxilu cuando la tarde se ponía desabrida; eso enorgullecía mucho a hombres como aquéllos.

El Shanghai había encontrado sitio para dar la vuelta, y ahora se movía hacia delante, andaba despacio por el borde del muelle. El inspector jefe examinó el sedán. Destrozado. Paseó la mirada a su alrededor, soltando furia y a punto de llorar, algo que quería negar. La mano alrededor de su encendedor, y, con la fuerza que le quedaba, lo lanzó en dirección al Shanghai negro. Vio que el encendedor hacía plaf en las profundas aguas. Sus ondas se expanden. Se debilitan, se calman, hasta que se solapan en la gran extensión de agua que llenaba la dársena. Cuando Piao alzó la vista, el Shanghai negro ya no estaba.

* * *

Un vestido tirado en el suelo del cuarto de baño. Una mancha se extendía

por su parte delantera... sangre seca, marrón de cuero. Un manchurrón en los azulejos del suelo... sangre seca, pero todavía roja. Luz roja de semáforo.

El agua estaba muy caliente, soltaba humo de lo caliente que estaba; caía como una cascada sobre la cara de Barbara. Arroyos entre sus pechos, su estómago plano. Las manchas de sangre se limpian. Agua descolorida que forma un torrente del mismo tono que una coca-cola derramada corre por sus piernas abajo. Una espiral indolente en la taza de la ducha, hasta el desagüe. Pero todavía hay manchas de sangre en el jabón, en el termostato, en los tiradores interior y exterior de la puerta. Y todo el tiempo, tan constante como el fluir del agua... un impulso casi irresistible de volver a Washington. Subirse al próximo avión. Pero no antes de clavar al inspector jefe a la pared más cercana. Ella había visto asesinar a un chico, murió entre sus brazos. ¿Y para qué? Dar la vuelta a la tortilla. Enterarse de un poco. Una gorra de los Raider's... nada más. Para encontrar a un asesino, más asesinatos. ¿Cómo podría equilibrar eso? ¿Cómo podría equilibrar tantas cosas ahora? Y sin embargo, se necesitaba equilibrio. Había que conseguir equilibrio. Poder. Política. De algún modo, en los próximos días... las supuestas necesidades de Estados Unidos tenían que equilibrarse con un niño partido como una vaina de vainilla. Su hijo. Bobby. Eso era la política. El arte del equilibrio, sin importar lo que hacía balancearse el equilibrio de la cuna.

Se dejó caer en la cama, con el edredón subido como para protegerse de unos fantasmas. El estómago le duele con un embarazo de hacía más de veinte años. El brandy, japonés y neutro, había hecho su trabajo. Estaba dormida a los cinco minutos.

* * *

—Vuelva a su país.

El pelo de Barbara estaba casi seco; se pasó los dedos por él.

—Yanqui vuelve a casa. No es una frase original. Para usted no, inspector jefe.

—¿Yanquis?

—Americanos. Americano vuelve a casa. Se ha utilizado desde Vietnam hasta El Salvador. De Granada a Somalia.

—Se está burlando de mí, señora funcionaria del gobierno estadounidense. No lo entiende, me preocupo de su bienestar. Por eso es por lo que digo que vuelva a casa. No es porque sea estadounidense.

Barbara se sacudió el pelo hacia atrás. Una soltura en el movimiento, no diferente del de unas gotas de lluvia que se deslizan por un parabrisas.

—No le gustan los estadounidenses, ¿verdad?

Piao se volvió hacia la ventana. El sol tan violentamente rojo como la raya de sangre en el color crema del vestido de ella que había visto hecho un guiñapo en el suelo del cuarto de baño.

—No tengo ganas de hablar de los estadounidenses, me refiero sólo a usted. La sangre está cerca. Váyase de China. Hay algo en todo esto que tiene que ver con usted. Es como agua que se cuele entre los dedos. No puedo decirle lo que es, pero lo noto. Usted, la funcionaria del gobierno estadounidense, es una pieza que forma parte del rompecabezas. Puede que usted ya lo supiera, ¿no?

Ella no dijo nada. Como siempre, su faceta como política estadounidense no decía nada.

—Váyase de China.

—No. *No...*

Está parada entre él y el sol. Enfadada. Las palabras son demasiado lentas para los sentimientos.

—... no. La sangre está cerca, lo sé. No necesito que me lo diga. Dios, el chico murió en mis brazos.

Lanzó la toalla húmeda a las manos de Piao y entró en el cuarto de baño.

—No, no me marchó. Nosotras, las chicas del sur, hemos leído mucho la Biblia y no nos asustamos con facilidad. Mi bisabuelo mató y desolló búfalos para los del ferrocarril.

El inspector jefe se llevó la toalla a la cara. Mujeres estadounidenses. Mujeres chinas. Todas olían igual... perfume y acero y niños que nunca nacieron.

—Debería conocer la imagen entera antes de decidir quedarse en China. Como procede de un linaje de antepasados que no tenían miedo a nada, estoy seguro de que saber un poco más no modificará su decisión de quedarse. ¿Qué es enterarse de una muerte más en comparación con desollar un búfalo?

—¿Una muerte más?

Envolviéndose en la bata de seda, ella salió bruscamente del cuarto de baño. En sus dedos, el delicado cinturón formaba un lazo. Sólo un atisbo... aquellas piernas tan largas. Las curvas delicadas, como el cuello de un cisne. Se sentía muy vacío. Sabía que en aquel momento él habría dado cualquier cosa por pasar las manos por aquella suavidad.

—¿Una muerte más?

El inspector jefe se desplazó al extremo más alejado de la cama, poniendo una barrera entre ellos.

—Un estudiante, de la misma edad que el chico de hoy. Estudiaba ginecología... prometía mucho. No podíamos conseguir a nadie que reconociera a su hijo y a los demás cuerpos encontrados en el río. Yo se lo propuse...

Piao sacó un manoseado paquete de cigarrillos azul, un conmovedor Panda miraba desde sus dos lados; ofreció uno a Barbara con un leve movimiento del paquete. Ella no lo aceptó. Él aguantó dentro el humo hasta que le quemó, y lo soltó lentamente.

—... necesitábamos información, cualquiera que fuese posible obtener. El estudiante lo hizo bien...

Otra profunda calada.

—Nos reunimos después del funeral. Lo llevamos a casa de mi primo y lo escondimos en el desván. Tuvimos mucho cuidado.

—Era allí adónde iba usted a escondidas. ¿Veía al estudiante, recibía informes de él?

El inspector jefe asintió con la cabeza.

—La mujer de su primo. ¿Chen? Yo andaba detrás de usted. Pregunté dónde estaba. Ella me dio una receta de pollo con berenjenas.

Piao sonrió.

—Chen es famosa por su pollo con berenjenas.

—Y su diplomacia.

—También por eso... y yo creía que debíamos tener cuidado. No descuidar nada. Pero ellos tampoco descuidaron nada. Al estudiante se lo llevaron de casa de mi primo mucho después de que nosotros nos fuéramos. Estaba oscuro. Pasó un Shanghai Sedán cerca de Tunxi. Era el Shanghai Sedán que hoy mató

al chico...

El inspector jefe apagó su cigarrillo. Un penacho de humo plateado perdido ante el paisaje urbano.

—... cosieron a tiros al estudiante. Fue muy rápido, concienzudo.

—Parece admirar usted su profesionalidad.

—No, no admiro a nadie que haga algo así. Atrapar a los asesinos, eso es lo que hay que admirar...

Piao nota un escalofrío, se lleva la mano al cuello para abrochárselo. Al botón que faltaba.

—... sí, atrapar a unos asesinos como éstos, eso es lo que admiro mucho...

Y añade, como una ocurrencia dolorosa.

—... el estudiante, era hermano de Yaobang. Su hermano pequeño.

* * *

El bar del piso bajo del Jing Jiang se estaba despertando. Un trío de músicos mayores en el rincón más alejado tocaba *Mexicali Rose*. Cada nota un poco, sólo un poco, desafinada. La mesa que ocupaban estaba en sombra, pero Piao se sintió muy visible; se quitó la casaca y le dio la vuelta, ocultando las hombreras. Se siente agotado... hombros, espalda, brazos... moverse, sentarse, hablar suponía un esfuerzo. Debería dormir, lo necesitaba, pero sabía que sus minutos estarían atravesados por visiones subliminales del Shanghai Sedán negro, cristales tintados, matrículas sin números. Y detrás de todo eso, el sonido seco de un cráneo entrando en contacto con una carretera, una y otra vez. Dio un trago a su vaso de Dukang, su quemazón hizo cambiar la marea.

—Bien. ¿Y ahora se marchará de China?

Barbara abrazaba su copa. Sus labios con el dorado fundido del whisky escocés.

—No, ahora no me marcharé de China. ¿Le importa?

Los dos sabían la respuesta, el inspector jefe pasó por alto la pregunta.

—Entonces tendré que seguirle todavía más de cerca, Barbara Hayes. Eso significa que no la perderé de vista.

—Me parece bien —dijo ella.

Sus ojos azules traviosos por encima del borde del vaso. Piao terminó su

copa. Dukang y agotamiento, unos amigos que nunca deberían compartir cama, el alcohol se le había ido directamente a la cabeza. Todo era más intenso. Las luces, la música. Los dedos de ella, su cuello, el ribete de encaje níveo de su blusa.

—Cuénteme lo que le dijo el estudiante. Todo.

El vaso entre los dedos de ella. El whisky se agitaba.

—Me contó que Bobby se alojaba aquí, en el Jing Jiang, en la habitación 201. Que eran amigos de Fudan. Cuando Bobby desapareció, advirtieron a los estudiantes de que no hablaran de... ¿cuál fue la palabra que usó?

Cerró los ojos mientras buscaba las palabras.

—«El chico estadounidense». Eso fue. Les advirtieron de que no hablaran de Bobby, el chico estadounidense. «No había estado en Fudan... nunca estuvo en Fudan.» Él no sabía quiénes eran, pero le metieron el miedo en el cuerpo.

—Pero nosotros sabemos que conducen un Shanghai Sedán negro. ¿Qué más le contó?

—Se alteró mucho, lloró un montón cuando le dije que Bobby estaba muerto. Quería verse conmigo pero no quería que tuvieran nada que ver los del departamento de Seguridad Pública. No quería que fuera usted.

El inspector jefe se examinó los dedos. La gasa se pegaba a ellos con manchas amarillas. Necesitaba cambiarse el vendaje.

—Naturalmente, usted le dijo que yo era un hombre bueno y digno de fiar, ¿no?

—Naturalmente. Sin embargo, no quiso que fuera usted.

—Nosotros, los del departamento de Seguridad Pública, somos unos incomprensidos. Ni siquiera una política estadounidense puede conseguir que nos aprecien.

Ella sonrió.

—¿Le duelen?

Agarró los dedos de Piao con la mano, acariciando suavemente con el pulgar la gasa descolorida. A él le apeteció decir que ya no le dolían.

—¿Qué más cosas se dijeron usted y el estudiante?

No le soltaba los dedos. Un ancla en algo real. Un ancla para el dolor de otro.

—Dijo que yo podría llevar a la novia de Bobby a nuestra cita, si me

apetecía. Que quería darle el pésame.

—La novia, ¿le dijo el estudiante su nombre, una dirección, algún detalle?

—Quiere saber si la chica con las uñas de los dedos de los pies pintadas de rojo que sacó usted del río con Bobby era ella.

—Y el profesor Heywood.

—¿Cómo sabe que Heywood era otro de los cuerpos?

—Por Pan Yaobang, lo hizo muy bien para ser estudiante de ginecología. Por la dentadura. Fue concluyente. Heywood era el otro hombre occidental encontrado en el Huangpu.

La mano de Barbara se había apartado de los dedos de él, jugueteaba con su vaso. El dolor en la muñeca de Piao continuaba.

—La chica del río. No era la novia de Bobby, no lo podía ser. El estudiante me dijo que la novia de Bobby estaba embarazada. Iba a tener un hijo de él. Bobby iba a ser padre.

La mano de Piao se estiró por la de ella. Gasa en contacto con piel. Dolor en contacto con dolor.

—... muchas chicas se pintan las uñas de los dedos de los pies de rojo. Sabe eso, ¿verdad? Un investigador jefe como usted tiene que saberlo.

Barbara volvió la cabeza; las lágrimas ya le asomaban en una ola de sal y calor. Las luces del bar se derritieron. Ya sabía las palabras que iba a decir él.

—Barbara, lo siento. La chica del río también estaba embarazada. Embarazada de cinco meses. La chica del río era la novia de Bobby.

* * *

—¿Paz?

Piao se pasó el dorso de la mano por los ojos antes de centrar la vista en su reloj. Las 3,05 de la madrugada.

—Barbara Hayes, ¿sabe usted qué hora es?

—Barbara.

—No entiendo.

—Barbara. Me llamas siempre con nombre y apellido. Te has ganado el derecho a llamarme Barbara. A tutearme.

Coches, luces, puentes, cristal tintado, un cuerpo cayendo por el aire como

un muñeco. Piao todavía podía ver eso. El sueño no le quería abandonar, se aferraba.

—¿Me ha telefonado a estas horas para decirme cómo se llama? ¿Es una costumbre estadounidense?

—«Paz.» El estudiante me dijo eso cuando le golpeó el coche. Lo dijo tres veces.

—Paz. ¿Es eso todo?

—Es todo. No suena a que lo sea, pero sé que es importante.

—Todo lo que un hombre se esfuerza por decir en los segundos anteriores a su muerte es importante. Y lo dijo tres veces...

Piao se sentó en el borde de la cama dando sorbos de agua. Sabía a cloro y polvo.

—... para entender lo que dijo, tenemos que considerar y decidir qué sería lo que sentía tanta necesidad de decirte...

Se envolvió en la manta.

—¿Qué sería lo primero que le habrías preguntado al chico cuando te encontraras con él?

—Sobre Bobby, supongo. La última vez que lo vio. Cómo era. Lo que dijo. Qué aspecto tenía...

Una pausa.

—... no, no, eso no es cierto. Le habrías preguntado por la novia de Bobby. Cómo se llamaba. Qué aspecto tenía. Dónde vivía.

—El chico yace en tus brazos. Le estás diciendo que se pondrá bien. Pero la muerte está cerca, él lo sabe...

El inspector jefe estaba de pie, paseaba. La manta en torno a los hombros.

—... paz. Él no tenía paz, entonces ¿por qué emplearía la palabra tres veces? Estaba agobiado. Necesitaba decirte algo sobre la chica mientras tuviera tiempo. ¿El nombre de ella? Dónde...

Se quita la manta. Piao ya se ha puesto los pantalones antes de que Barbara pueda hablar.

—Has tenido una idea, ¿verdad? Sabes por qué dijo paz... por qué lo repitió.

El inspector jefe agarró las llaves de la mesa. El cordón del teléfono se tensó. Se abrocha la camisa de ayer.

—Estaré en la puerta del Jing Jiang en veinte minutos.
Y sin esperar respuesta, colgó el teléfono.

* * *

Nanjingxilu, 170. El hotel se alzaba en la esquina. *Art decó* y cagadas de paloma. Su vestíbulo, amarillo chillón, como la boca llena de dientes de oro de un funcionario de alto rango.

Piao nunca había cruzado las puertas del hotel. El edificio era parte de él, de todos los shanghaineses, como el acento característico al hablar que hacía al mandarín de Shanghai casi ininteligible para los de fuera de la ciudad. Como la comida, con su abundancia de aceite de colza, la peculiaridad culinaria característica de la cocina de Shanghai. Y la absoluta convicción que todos los shanghaineses abrigaban de que más allá de los límites de la ciudad sólo existía la oscuridad.

La zona de recepción estaba iluminada, excesivamente. Parpadeando, el inspector jefe se arregló la corbata. Eran las 3,45 de la madrugada. El enorme espacio vacío, sólo un portero de noche. Uñas mordidas hasta la carne viva. Una petaca con bebida en el bolsillo, acabada de usar. Maotai, el mosto fermentado del maíz y el sorgo... su intenso olor todavía en sus labios. Barbara estaba dos pasos detrás... se estiró hacia Piao, agarrándole del brazo.

—¿Qué estamos haciendo aquí?

Las palabras fueron casi susurradas, pero Piao continuó hasta el mostrador. Un bloc de notas del hotel junto al libro de registro. El inspector jefe se volvió hacia ella. Las recargadas letras doradas, de un amarillo claro.

HEPING... EL HOTEL DE LA PAZ

—¿De verdad que habrías hecho que le echaran de su trabajo por beber si no nos hubiera dado lo que querías?

—Habría informado a su Danwei. Ellos habrían hecho el resto. ¿Habrías esperado menos de un buen ciudadano?

Piao apretó el botón del ascensor, al piso más alto. Las puertas gimieron al cerrarse. Un movimiento tambaleante antes de que empezara su lento y

constante ascenso.

—¿Habías esperado menos de un buen inspector de homicidios?

Barbara se miró en el gran espejo, con el reflejo de Piao en el hombro.

—Has tenido suerte de que bebiera. ¿Cómo si no habrías conseguido información?

—Todos los porteros de noche beben; tan seguro como que todos los mozos del servicio de habitaciones mirarán dentro del cajón donde tengas la ropa interior. Si eso no hubiera funcionado, le habría roto los brazos, luego las piernas...

Ella se detuvo a medio movimiento, con los dedos paralizados entre la cascada de su pelo.

—... Si eso no funcionaba, su petaca de maotai habría sido lo siguiente.

El ascensor aminoró la marcha, se detuvo, las puertas se abrieron. Barbara vuelve la cara hacia él. Los restos de una sonrisa aún en la comisura de los labios de Piao.

—Podría ser una coincidencia que el chico dijera «paz»... ¿y este hotel? La chica del piso más alto... el portero de noche no estaba seguro de que estuviera embarazada.

Las puertas del ascensor empezaron a cerrarse. La mano del investigador jefe las obligó a abrirse.

—No será una coincidencia. Las coincidencias no viven en una habitación que da al este, con una vista al embarcadero del parque Huangpu. Una visión de la que tu hijo escribió tantas veces en las cartas que te mandó.

Ella pasó con esfuerzo por la abertura entre el brazo de él y la puerta. Entrevió su cara cuando el ascensor se cerraba de un portazo y descendía. Piao tenía razón. Ella sabía que las coincidencias no viven en una habitación con vistas al parque Huangpu.

* * *

¿No puedes ver las aguas del río Amarillo bajando de los cielos, precipitándose inexorablemente hacia el mar?

La luz de emergencia inmovilizaba sombras borrosas en el tramo de pasillo. La gruesa moqueta con un sudario de una lechosa tela de plástico.

Unos cuantos andamios hechos con tablones y escaleras de mano. El papel pintado de la pared, a medio arrancar, colgaba desgarrado. Y el olor a pintura, aguarrás, barniz... y *Jiaozi*, los pastosos triángulos de carne y verdura ingeridos durante los rápidos descansos para comer. Casi palpable, el ardor de la indigestión.

El pasillo era largo, una puerta ocasional de madera oscura adornada con latón brillante lo dividía en rayas iguales. Estaban retocando un enyesado como de azúcar glaseado con adornos *art decó*. Brotes congelados de hiedra. Estallidos de lirios. Estatuas de forma femenina portando antorchas encendidas. Todo en un estado de cambio y redecoración.

—¡Vaya sitio! Nunca he visto nada igual. Bueno, a no ser el Plaza, en Nueva York, o el Deauville, en Miami.

Se volvió para mirar a Piao, la luz escasa, los ojos de él perdidos en la penumbra. Dedos deslizándose por la pared, una puerta, la pared.

—El dinero del asqueroso tráfico de drogas puede comprar muchas cosas bonitas.

—¿Fue construido con dinero negro?

—Del comercio del opio. Fue construido por los Sassoon a comienzos de siglo. Era una gran firma comercial, como Jardine's...

Se detuvo junto a una puerta, suite 315. La llave en una mano, la otra en un adorno de flores.

—... éste era el sitio donde había que alojarse antes de la guerra. El hotel Cathay. Tenía una instalación de fontanería por la que corría agua de un arroyo de las afueras de la ciudad. Tenía bañeras de mármol, grifos de plata, retretes de porcelana vitrificada que habían importando de Gran Bretaña. El más delicado y elegante *art decó* de China.

Metió la llave.

—... Noel Coward se alojó aquí. Terminó *Vidas privadas* en este hotel. ¿Lo sabías?

—¿Es ésa con una ex mujer que es un fantasma?

Él empujó la puerta.

—Yo creo que los ingleses tienen mucho estilo. Noel Coward. Retretes de porcelana vitrificada...

—... y chocolate Cadbury's...

Incluso allí, casi en la oscuridad, Barbara lo vio reírse.

—... tanta confianza, tanto estilo. Eso no se puede encontrar fácilmente en la China de hoy. Los Sassoon que construyeron este sitio tenían esas cualidades. Eran judíos. «Sólo hay una raza mejor que la judía, y es la de Derby.»

—¿Quién dijo eso? ¿Noel Coward?

—Los Sassoon.

—Estaban equivocados.

—¿Por qué? ¿Es que la judía no es una gran raza?

—Claro que es una gran raza. Pero la mejor raza no es la judía ni la de Derby... es la de Kentucky.

Los focos de la suite adquirieron vida... charcos de calor. Una marea de mármol con vetas rosa y de un espejo en ángulo oblicuo montado a su espalda. El inspector jefe siguió a Barbara dentro de la suite, viendo que la luz incidía sobre sus hombros, sus mejillas. Kentucky, él lo sabía, no estaba en China. Debía de estar en Estados Unidos o Gran Bretaña. Estuviera donde estuviese, se preguntó si allí habría retretes de porcelana vitrificada.

* * *

La suite estaba en un desorden organizado. Dunas de capas de polvo cubrían los muebles. Fundas de plástico. Escaleras de mano, tablones, botes de pintura, brochas... reunidos pulcramente en un rincón del fondo junto a ventanas de doble hoja. Debajo, la ciudad, con sólo las luces de las arterias de las calles atravesando Pudong hacia Beilai que rompían su negrura de cuervo. La chica que se había alojado en la suite 315 debía de haber tenido dinero. Vivir en un sitio tan lujoso podría costar más de doscientos yuanes la noche. Sólo estaba al alcance de los diplomáticos, ejecutivos de las empresas, políticos... los ricos. Las personas así merecían atenciones. El inspector jefe sabía dónde mirar. Lo mismo que un perro encuentra el hueso, Piao encontró lo que estaba buscando. Tras las conexiones eléctricas de las dos habitaciones, transmisores UHF controlados. Sistemas bien instalados y que funcionaban continuamente. Inmunes a los «detectores de pinchazos». Transmitían en bandas muy cortas a receptores atentos. Detrás de las cajas de conexión de los

teléfonos, «derivaciones» UXT. Recibían energía de la línea. Mantenimiento independiente. Electrónicamente invisibles. Transmitían las conversaciones telefónicas en ambos sentidos en cuanto se descolgaba el auricular. Lo más moderno. Limpio, seguro... sin complicaciones. Sólo podía haber instalado un equipo así el Departamento Seis. Los otros trece departamentos de los ministerios dependían de lo que consiguiera la inteligencia humana. Eso costaba poco... unas cuantas palabras aquí, una amenaza allá. No, esto era del Departamento Seis. Piao volvió a cerrar la última caja de conexión y apretó los tornillos. Una tecnología así era una buena señal. Al final de cada transmisor, quizá a kilómetros de distancia, habría receptores. Junto a los receptores, operadores adormilados, aburridos. Pensando en comida, cerveza, la cama. Pero al lado de cada operador, inmunes a las distracciones... funcionaban grabadoras. Sin distraerse nunca. Cada palabra quedaba registrada en cintas. Cada conversación, recogida en dióxido de cromo. La chica, puede que incluso Bobby, seguirían vivos en las cintas. Numeradas, catalogadas, escritas con rotuladores negros. En un depósito entre otras muchas cintas.

Barbara miraba por la ventana. El horizonte con luces ensartadas se enmarañaba en su pelo en halos de un frío blanco.

—¿Cómo dijo el portero de noche que se llamaba?

—Ye Yang.

Ella repitió el nombre para sí misma, removiendo las imágenes de barro, ojos sacados, uñas pintadas de rojo... que ahora parecían unidas a él. Sólo ideas de embarazo, del bebé. Las palabras que Bobby no había dicho nunca. Nunca había escrito de eso. Los ojos de ella siguieron la línea del Bund hasta muy lejos. Su oscura incisión en el costado del parque Huangpu. Donde el verdor se volvía gris pizarra.

—Ésa fue la vista de la que escribió Bobby en algunas de sus postales, ¿verdad?

Piao junto al hombro de ella, respirando su pelo perfumado.

—Ésa era la vista. Ésta era también su casa. Aquí estaba su novia, que iba a tener un hijo suyo. Sabes que es la verdad. Si quieres, puedo desmontar el baño, enseñarte el pelo de ella en la tubería. A lo mejor encontramos más uñas pintadas de rojo.

—No es necesario, Piao, gracias.

—Por favor, no me agradezcas ese mensaje que te doy. Sólo supone dolor. Saber que Ye Yang era la novia de Bobby es saber también que era la chica que estaba en el Huangpu con los demás.

Barbara ya tenía los ojos húmedos. Luces que formaban estrellas. El río, el Bund, una mancha inseparable. Luchando contra las lágrimas, ella lanzó una última ojeada al paisaje. Lo que veía Bobby. Eran sus ojos, sus sentidos. También quisiera retener esa visión... para siempre. Volviéndose, se dirigió a la puerta, con el inspector jefe siguiéndola.

* * *

No hablaron nada hasta que dejaron atrás el hotel; sus ventanas perdidas entre una multitud de otras. El amanecer era frío. Un frío canceroso que cala hasta los huesos. Debilita la resolución. Hace sangrar el alma. El cielo se enciende y queda fijo en franjas de nubes que parecían un estante de cuchillos de carnicero de hoja ancha.

—Tú investigas homicidios; dime cómo puede matar alguien a una joven embarazada.

El inspector jefe arrancó el motor, la tos bronquial que lo sacudió sonaba a como él se sentía.

—A los asesinos profesionales las cosas no les gustan ni les desagradan. No hacen preguntas. Tú eres una política profesional, ¿lo preguntas todo antes de firmar la orden o negociar el acuerdo?

—Pero no es lo mismo. Se trata de una chica embarazada, por el amor de Dios. No es lo mismo.

Piao entró en el Bund, siguiendo el dedo del parque Huangpu cuando éste se estiraba junto al río, en apariencia uno y lo mismo. Las luces se mueven entre los árboles. Se acerca un carguero, pasa, desaparece en la oscuridad. El inspector jefe bajó la ventanilla lateral, siguiendo Fuzhoulu, alejándose del parque. Alejándose del río. ¿Había unos pecados peores que otros? Pisa con gana el acelerador, una ráfaga de viento le da en la cara y los ojos se le llenan de lágrimas. Todo se vuelve gris.

—Los políticos creen que nunca es lo mismo —dijo.

Capítulo 13

Piao no durmió. La luz del piso era demasiado violenta para permitir el sueño. Albina. Severa. Traía el movimiento del *remoto* abajo. Y el sonido. Coches, bicicletas, fragmentos de mandarín. Todos decían que el sueño había quedado atrás y que esperaba el día. Escribió informes. Cada palabra dominada por la imponente sombra del comisario Liping. A las ocho se lavó. El agua estaba fría, desagradable. El espejo sobresale exigente; le hace pensar que parece más viejo. Cansado. Canales de arrugas alrededor de los ojos. Tan asentadas ya que era imposible decir que las había producido la risa.

¿Podría encontrarme atractivo ella alguna vez?

Se vistió y fue al cajón de abajo del alto armario. El envoltorio del fondo entre la ropa de cama estaba hecho con cuidado. Tela suave. Cayeron unas pelusas. Una bocanada agria de aceite de motor. Piao deshizo el paquete con cuidado, como si contuviera un jarrón de cristal o una reliquia delicada que pudiera deshacerse en contacto con el aire. Notó la pistola más ligera de lo que recordaba, pero menos delicada. Un modelo 59. Una vulgar copia de una Makarov PM soviética. Con retroceso. Doble acción. Imitaba a la Walther PP. Lenta, cuidadosamente, Piao se metió el frío cañón negro en la boca. Metal contra los dientes... metal contra la carne. Quitó el seguro que mantenía fijo el percutor. Un clic seco cuando apretó el gatillo. Reverberó en el interior de su cabeza. Reverberó a través de los años. Bajó el cañón y empujó el cargador. Ocho disparos, recámara desmontable. Nueve milímetros. Se adaptó con una enorme facilidad a la cartuchera del pecho. Se metió un segundo cargador en el bolsillo interior de la casaca. Se masajeó el cuello y los hombros antes de dirigirse a la puerta. Tensos y rígidos, eran como la cadena de un ancla, estirada y tirante ante el empuje de la marea.

Piao vio la fotografía de la pared cuando abría la puerta. El pelo de la de

la foto le toca la mejilla. Un mechón sobre los labios de él. Un dedo negro que le cruza la boca, advertencia contra las mentiras. Cerró la puerta, echando la llave. Bajó la escalera y salió a la calle.

Aquí todo es amargura... es nuestro único lema.

* * *

La reunión duró diez minutos. Diez minutos que parecieron diez horas.

—¡Entre!

Piao avanzó hasta la línea blanca del suelo, exactamente un metro y medio delante del escritorio del comisario Liping, y saludó. No lo esperaba y no le ofrecieron asiento. Su falta de expectativas se confirmó plenamente. Varios segundos de silencio, los ojos del comisario bajos, clavados en una hoja de papel escrito a máquina.

—Doscientos setenta y cinco mil yuanes, inspector jefe. Una cantidad de dinero sustancial. Por los daños que ha causado usted. Es un conductor descuidado.

Más silencio rebosando por los bordes. Los ojos de Liping se alzan. Toda su atención en él... como faros que atravesaban una espesa niebla.

—¿Qué coño ha estado haciendo?

Palabras que quemaban servidas en frío. Piao nunca había oído un taco dicho con tan poca emoción. Su impacto, mucho más punzante.

—Está en mis informes, camarada comisario Liping.

Señala la ordenada pila de papeles de encima de la mesa con la parte de arriba de cuero y se echa hacia atrás. Unos zapatos negros más allá de la prístina blancura de la línea.

—Los he leído. Yo pido informes diarios, inspector jefe. Un informe al día, no un conjunto de informes diarios presentados con semana y media de retraso. Eso no está bien...

Liping dio unos golpecitos al papel, a la columna de cifras que tenía delante.

—... y esto tampoco está bien, inspector jefe.

—Perseguida a los presuntos autores de un ataque planeado... de un asesinato, camarada comisario Liping. Creo que los ocupantes del vehículo también son responsables del asesinato del hermano del agente Yaobang, del de nuestro camarada el agente Wenbiao... del de mi propio primo y posiblemente de las ocho víctimas que encontramos en el río. Está todo en mis informes, camarada comisario Liping.

—Sí, inspector jefe, todo en sus informes...

Su mano recorre las páginas a máquina. Dedos duros. Crueles.

—... todo en sus informes, Piao, excepto que no hay ni una descripción de ninguno de los tres ocupantes del Shanghai Sedán negro...

En la cara de Liping, las piezas de rompecabezas de una sonrisa. Se puso de pie y dio una vuelta a su escritorio inspeccionando su despacho. Madera oscura. Latón. Un busto de mármol de Mao. Ningún sonido, salvo sus pasos en el brillante suelo de madera.

—... no es que me apasione, Piao, pero ¿todavía cree usted en la teoría de la conspiración? Estoy al tanto de su testarudez. Espero que la testarudez no desemboque en estupidez.

Anduvo lentamente hacia el escritorio, rodeándolo; con la soltura de un gran felino que acababa de matar a una presa. Se sujetó con las manos en el respaldo de su sillón, apoyando el peso. Todo en él era immaculado, atildado. Su uniforme era del modelo habitual, pero no lo eran ni el corte, ni la calidad de la tela, ni que estuviera cosido a mano. Debía de ser un uniforme hecho por un sastre del Paramount, en la calle Nanjing. Caro. Incluso para el bolsillo de Liping. ¿Seguro? Calidad indudable. Calidad para los más altos funcionarios. Piao se sentía vulgar, sucio. Era consciente del barro de sus zapatos. Del agujero en el bolsillo del pantalón. Del sabor a mierda de la boca.

—Queda apartado del caso, inspector Piao. Está implicado personalmente. Es inadecuado para él. No tiene pruebas que apoyen ninguna de sus afirmaciones...

El comisario se sentó. El pesado sillón tapizado de cuero crujió. La casaca se le puso tensa en sus anchos hombros. Los músculos se abultaron, se flexionaron en una anticipación anónima.

—... no está más cerca de lo que estaba hace una semana. Las pistas no llevan a ninguna parte, Piao.

—Con todo respeto, camarada comisario, ha habido hallazgos recientes que hacen que considere justificado continuar mi participación en este caso. No creo que las pistas no lleven a ninguna parte, y tengo la sensación de que sin duda podremos avanzar con seguridad. Está todo en mis informes.

La temperatura asciende alrededor de su cuello. Las palmas de las manos, los pies, le pican... quieren que los rasquen hasta hacerles sangre. Había dicho poco, pero con muchas palabras. Liping no era tonto, sabría distinguir el polvo de la paja en lo que tenía en la mano.

—Hallazgos recientes. Continuar la participación. Avanzar con seguridad...

El comisario golpeó los informes, apartándolos con los nudillos.

—... suena usted como un político. Dice muchas cosas con poca sustancia. Eso es trabajo mío, inspector jefe. Su trabajo es decir poco y proporcionar resultados. ¿Queda claro?

Los ojos de Liping se clavaron en él. Negro ardiendo en azul. Piao asintió con la cabeza.

—Usted alude a hallazgos recientes. ¿Qué hallazgos recientes, inspector?

—Tres de los cuerpos que encontramos en el Huangpu han sido identificados, camarada comisario.

—¿Y?

—Dos son estadounidenses. Uno, el profesor Lazarus Heywood, de la Universidad de Fudan. El otro era un arqueólogo que participaba en un proyecto de investigación en esa misma universidad. Se llamaba Bobby Hayes...

La cara de Liping, tranquila como las aguas de un lago. Sus manos, inmóviles, los dedos entrecruzados.

—... el tercero es una mujer que se llamaba Ye Yang. Nacionalidad desconocida hasta el momento. Era la amante del estadounidense, Bobby Hayes. Estaba embarazada, embarazada de tres meses.

La mirada del camarada comisario no soltaba su presa. Las palabras «mujer», «embarazada», no producen ni un rizo en las aguas.

—¿La identificación del estadounidense es positiva?

—Sí, camarada comisario. Identificación por la dentadura y por testigos.

Las manos se separaron. Una se dirige a su cuero cabelludo, siguiendo el

techo huesudo de su cráneo. El escaso pelo hace una reverencia bajo la palma de la mano y luego vuelve a ponerse firme.

—¿Eso es todo?

—La chica, Ye Yang, estaba alojada en el hotel Paz. La habitación y los teléfonos estaban pinchados. El equipo era muy sofisticado, caro.

—¿Departamento Seis?

—Eso creo, camarada comisario.

—¿Y quiere las cintas magnetofónicas?

Piao asintió con la cabeza.

—¿Es usted consciente de en cuántos hoteles de la ciudad puede estar interesado el departamento?

—Once, camarada comisario.

—Más de cinco mil habitaciones. La mitad de ellas provistas de aparatos para la escucha. Sólo se graba y se transcribe el diez por ciento. ¿Y usted quiere las cintas, si es que existen?

—Es algo vital para la investigación, camarada comisario. Pueden proporcionar contacto con las otras víctimas. Posiblemente un motivo para los asesinatos.

—Me hago cargo de lo que pueden proporcionar esas cintas, inspector jefe...

Estaba de pie, con los índices hundidos en los bolsillos. De cada detalle de su postura se desprendía energía.

—... llevará tiempo, también requerirá esfuerzo, pero me aseguraré de que tenga las cintas magnetofónicas que solicita...

No dijo nada durante varios minutos. El silencio era tan cortante como una hoja de afeitar. Piao contó todos los segundos.

—... tiene usted otra oportunidad, inspector jefe. Asegúrese de «avanzar con seguridad». Puede irse.

* * *

Sólo cuando estuvo fuera Piao se dio cuenta de que no había respirado desde que dejó el despacho de Liping. Sus pulmones eran un brasero de carbones ámbar. Cuando recuperó la respiración, ésta fue tan larga y

entrecortada como los ronquidos de un alto funcionario en una reunión del Politburó.

Liping: el hombre era engañoso, al inspector jefe le recuerda el viejo dicho: *El búfalo de la región de Wu no se ahoga bajo los rayos de la luna.*

En otras palabras, no era lo que parecía. Piao había esperado una discusión sobre las cintas, un enfrentamiento por todos los detalles de su informe. Puede que hasta una investigación oficial sobre sus propias teorías del asesinato de Pan Yaobang y la muerte del estudiante. El inspector jefe respiró profunda y entrecortadamente para expulsar al comisario de los agujeros de la nariz.

Liping no era lo que parecía. Ye Yang; las cintas de su habitación del hotel... ¿existirían?

* * *

Mientras andaba, iba fumando... medio paquete antes de darse cuenta. El humo insípido se convertía en su desayuno, su almuerzo, su cena. Y pensaba, se repetía cada una de las palabras que había pronunciado Liping. Sólo cuando encontró un hueso lo suficientemente grande que roer, dejó de fumar... hizo una apretada bola con el paquete mientras se repetía las palabras. El comisario...

—... todo en sus informes, inspector jefe, excepto que no hay ni una descripción de ninguno de los tres ocupantes del Shanghai Sedán negro.

¿Cómo sabía Liping lo que no sabía él? ¿Lo que no sabía Piao y no constaba en las páginas miradas y remiradas de ninguno de los informes que había presentado al comisario? ¿Que había «tres» ocupantes en el Shanghai Sedán negro?

El búfalo de la región de Wu no se ahoga bajo los rayos de la luna.

Una segunda oportunidad para saber lo que no se sabe. Una primera oportunidad... ¿un error, una suposición? ¿Pero una segunda oportunidad? El camarada comisario Liping no era lo que parecía. Sabía cosas que no debería saber.

Capítulo 14

Ni nar — «¿De dónde es usted?»

Las conversaciones telefónicas en China siempre empiezan así. A un chino se le pregunta eso en lugar de cómo se llama cuando va a un sitio nuevo; un sitio en el que no lo conocen. Es la primera pregunta del comienzo de todos los registros de un hotel.

Ni nar — «¿De dónde es usted?»

—¿Cuál es su unidad, su Danwei?

Todos los chinos pertenecen a un Danwei; por medio del lugar de trabajo, la oficina, la comuna, la fábrica, el colegio. Los Danwei son los elementos que articulan la sociedad china. Una segunda ciudadanía firmemente ligada a la primera. El Danwei puede estar tan bien equipado como para proporcionar una ayuda para el ataúd. Puede atender cualquier necesidad. Es donde vives, donde se educan tus hijos, la clínica cuando estás enfermo, la autoridad que adquiere comida, «bienes industriales»... bicicletas, radios, teles. Pero el Danwei no sólo proporciona cosas. También las exige. Tiene necesidades que hay que satisfacer. Cuando te quieres casar, se exige que solicites permiso al secretario del Partido del Danwei. Realizarán una investigación. Dependiendo de su resultado, te darán permiso o te lo negarán. Si quieres cambiar de empleo... el Danwei tiene que dar su consentimiento. Siendo chino, si quieres reunirte con un extranjero, se da por supuesto que solicitarás permiso y luego informarás al Danwei de lo que hayáis hablado. Antes de hacer un viaje o dejar durante más de un día tu lugar de residencia, debes solicitar y obtener la aprobación del secretario del Partido del Danwei. Cuando mueres, será el Danwei el que te entierre o incinere. Es un útero que nunca puedes abandonar. Un tipo de control que ejercen las autoridades sobre el pueblo chino que nunca podría entender el *yan-gui-zi*... «el demonio extranjero».

Cada departamento de personal de cada Danwei guarda un sobre sellado sobre cada empleado; información biográfica, expediente laboral, expediente académico. Pero el sobre sellado contiene mucho más aparte de eso. Las acusaciones políticas que hayan hecho los vecinos, por infundadas que sean. La valoración por parte del Partido del individuo como activista, o como un posible contrarrevolucionario, o sospechoso de ello. La «teoría del pedigrí» del Partido confiada a la mecanografía... una disección, un árbol genealógico del miembro del Danwei que se remonta tres generaciones atrás. ¿Fueron tus padres, abuelos, bisabuelos... terratenientes, capitalistas, o trabajaban en el campo? Sólo los altos cargos conocen el contenido del expediente de un individuo. Tus ojos nunca lo verán. Lo harán los suyos.

Sólo los altos cargos, por medio del Danwei, pueden hacer un esquema de tu vida incluso antes de que la tengas. Pueden guiarte en esa vida, sus semáforos se ponen rojos en cada cruce importante de esa vida... si así lo consideran. Tu entierro está planeado desde el día en que naces.

De la cuna a la tumba. Su sombra siempre sobre ti.

Ninar— «¿De dónde es usted?»

Sabes de dónde soy... siempre estás conmigo.

* * *

—Tienes un aspecto horrible.

Yaobang dio una calada a su cigarrillo.

—Gradas, jefe, también me encanta verle.

—¿Cuándo llegaste?

—A las seis. Desde que le pegaron aquellos tiros a Pan se me ha jodido el sueño.

Piao dio un sorbo a su té. Ya estaba frío.

—Los médicos tienen pastillas para todo.

—Las he probado. Me producían flato y cagaba sin parar. Prefiero no dormir.

—Yo también prefiero que no duermas. Aprecio tu conciencia social.

El Grande sonrió. Dientes tan oscuros como el interior de una tetera.

—¿No te arreglaron la dentadura mientras estabas internado?

—Lo solicité. Esos jodidos médicos...

Abrió la boca, un conducto negro para echar el carbón. Se tocó con un dedo los cariadados dientes de atrás.

—... no era algo económico. ¿Cómo puede ser algo «no económico» la salud de un ciudadano? Jodidos médicos.

Piao echó lo que le quedaba de té en un tiesto con una planta de aspecto lamentable. Aquello haría que se marchitara más.

—No deberías estar aquí. Deberías estar en cualquier sitio que no fuera éste.

—No hay más sitios que éste.

El inspector jefe reconoció las palabras, los sentimientos, la sensación de no ser de ningún otro sitio. No continuó con aquello.

—Luxingshe, el Departamento Seis. ¿Todavía no nos han dado los informes que pedimos?

—Sí, pero para lo que sirven... Los informes están encima de su mesa. Sólo lo previsible sobre ese Heywood. Visados. Entradas, salidas, permisos para viajes en el interior. La misma mierda sobre todos los demás.

—¿Y sobre Mai Lun Hua, de Gongdelin, y el director de la prisión municipal?

—Encima de su mesa con los demás.

—¿Algo positivo?

El Grande recorrió los montones de carpetas, sonriendo. Tenía la lengua entre los dientes, como un ratón que tratara de escapar de una trampa.

—Aquí lo tiene...

Mantuvo en el aire, triunfante, el documento.

—... una nota escrita a mano de Hua invitándole a tomar el té en Gongdelin. Aparte de eso, pueden darle por culo a los demás.

Deja que la nota se le caiga de los dedos a la papelera.

—... tengo a ese perro viejo de Xin y a tres más que fueron reclutados por el comisario recorriendo los expedientes de los presos a los que habían dejado en libertad el mes pasado. Es algo interminable, pero uno nunca sabe... podría sacarse algo hasta de los tatuajes que tenían las víctimas...

—A esos tres que reclutó Liping, ¿los conoces?

—No, pero todos llevan los zapatos sucios. Normalmente es una buena

señal.

Piao abre un cajón de la mesa, y coloca la taza en sus profundidades. Ya había dentro otras cuatro tazas.

—Deje que hagan el trabajo preparatorio...

Cerró el cajón y empujó la pila de informes. Éstos se desparramaron por la mesa como un corrimiento de tierra amarillo.

—... pero no deje que sepan demasiado de lo que andan buscando...

—Claro, jefe. Que hagan los surcos con las palas pero que no planten las semillas...

Yaobang se sacó un trozo de papel arrugado del bolsillo.

y jefe, tuvo una llamada. No dejó su nombre y fue desde un teléfono público. Dijo que se reuniera con él en la casa de té Huxingting, en los jardines Yu.

—¿A qué hora?

—Hará una media hora, jefe.

Piao se apresuró a agarrar el papel y se lo guardó en el bolsillo.

—Yaobang, que hagan un trabajo preliminar en Fudan, ¿vale? Quiero nombres y detalles de todos los estudiantes que fueron amigos de Bobby Hayes. Cualquiera que se relacionara con él. Que saliera con él. Cualquiera que tomara un té con él.

El Grande juntó las manos y se las frotó. Para ver cómo tenía el aliento. Tan agrio como la vejiga de un toro.

—Es el tipo de trabajo que prefiero, jefe. Las estudiantes son mis favoritas...

Se ajustó el grasiento nudo de su corbata.

—... ¿qué quiere de ellos? ¿Algo en concreto?

Piao se apartó de la mesa, abrochándose la casaca. Fuera hacía frío, un frío impropio de la estación.

Pero fuese la estación que fuese, él siempre sentía frío.

—No, la verdad es que no. Sólo que nunca se sabe...

Se dio un golpecito en el lado de la nariz.

—Simplemente tengo la sensación de que podrían ser útiles en determinado momento.

Ya casi había cruzado la puerta cuando se detuvo y volvió la vista.

—Su hermano, Pan...

—No es necesario, jefe, ya lo hemos dicho todo al respecto.

Piao asintió con la cabeza, salió al pasillo y cerró cuidadosamente la puerta. Sólo cuando estaba a medio camino de los jardines Yu, se dio cuenta de que nunca podían haber hablado de aquello.

Todos los días deberían ser tan nítidos. Cada trozo de porcelana, tan blanco. Cada muerte, tan tenebrosa.

Hacia cinco años Piao había estado por última vez en los jardines Yu; de pronto se encontró rebuscando en los recuerdos como si fueran una caja de bombones. Los rellenos por dentro... la pequeña mano de ella, fría, adaptándose perfectamente a la suya. Los labios de ella cuando bebía Xunhuacha... pétalos de rosa en alabastro; y en su aliento, jazmín. Los duros por dentro... los que nunca eliges. La discusión. El té derramado, su mancha extendiéndose por el desierto del mantel. Las palabras, los nombres pronunciados... intragables y todavía sin digerir, incluso después de todo aquel tiempo.

* * *

Los jardines Yu estaban anormalmente silenciosos. Demasiado pronto para los ciudadanos de Shanghai. Demasiado fuera de temporada para los turistas cuyos autobuses normalmente abarrotaban Henanlu. La casa de té Huxingting estaba cerca del puente de las Nueve Revueltas —recordaba—. El Corazón del Pabellón del Lago, en el centro de un agua llena de algas esmeralda y hojas de loto. Aquí sería caro el té Longjing. Más barato en el Wuxingling... sólo quince fen la tetera y te la rellenan de agua caliente todas las veces que quisieras. En el Huxingting también se pagaba por la vista, las tazas de porcelana y los manteles de tela blanca. Cuando estás enamorado no te importa, eso forma parte del jugueteo preliminar. Cuando no estás enamorado, cuando sólo haces tu trabajo... esas cosas carecen de importancia. La vista, la porcelana, el mantel blanco... no valen los fen de más porque te importan un carajo.

Rentang estaba sentado en la esquina más alejada del Huxingting; tomaba té y unos huevos de codorniz. Su cara dominada por unas gafas de enorme montura negra, como si cada ojo estuviera en el centro de dos aparatos de televisión independientes. Cuando bebía, un cristal quedaba empañado de vapor gris. No levantó la vista.

—¿Quién es la mujer?

—No tienes necesidad de saberlo.

Piao apartó una silla para Barbara y luego se sentó él. Rentang peló un huevo de codorniz, la fina cáscara formaba otra capa de piel en las puntas de sus dedos. Seguía sin alzar la vista.

—¡No tengo necesidad de saberlo! Me encantaría no saber nada de este caso vuestro. Este jodido embrollo...

Tomó su té empujando la taza; un color carbón de hoja de té dejó manchas en la nieve de la porcelana.

—*Dao-mei*, Piao. *Dao-mei*.

Sus ojos se alzaron. Negros, nerviosos, atrapados tras los cristales y los reflejos de franjas de árboles oscuros decapitados de la ventana de enfrente.

—... eso es lo que te llaman en el cuartel general. «El mala suerte». Todos los que se te acercan, mueren. Es por ese caso del Huangpu, ese en el que quieres implicarme. Nadie sabe nada, pero todos hablan de él. No tienes ningún detalle, sólo rumores y nombres. Los nombres de todos aquellos a los que liquidan a tu alrededor, joder...

Se echó hacia delante. Codornices nonatas en su aliento.

—... me tienes agarrado por los huevos, Sun, pero no me vas a implicar. Todavía puedes dejarme fuera de él. No quiero hablar contigo de ese asunto, nadie quiere.

Dao-mei. Piao apreció la mala intención de esas palabras. *Dao-mei*, el término coloquial para menstruación. Y también para «mala suerte». Él mismo lo usó millares de veces para poner a una mujer en su sitio. Lo había usado en aquel mismo sitio. Con pena, recordando la única lágrima que bajó por la mejilla de ella, detrás de un mechón de pelo azabache.

—Quieres detalles, yo te los daré. Quieres saber por qué insisto tanto, te lo diré.

—Yo no lo quiero saber. No quiero saberlo, joder. No debería estar aquí.

Si te han seguido, seré yo el que la palme.

Se movió en su asiento, con la palma levantada, protegiéndose de las palabras del inspector jefe.

—Siéntate.

La mano de Piao sujetó con firmeza el antebrazo de Rentang, obligándole a sentarse de nuevo. Los huevos de codorniz rodaron por la mesa.

—¿Va todo bien?

Barbara, preocupada, protegió su té con una mano, persiguiendo los huevos con la otra. Piao la ignoró. Tenía la cara tan cerca de la frente de Rentang que tocaba con ella la montura de sus gafas.

—Detalles. Estoy investigando ocho cuerpos encontrados en el río. Conozco la identidad de tres. Tú estás aquí por los otros cinco. En el curso de mi investigación han asesinado a otras cuatro personas. Una fue Wenbiao, un joven agente del servicio de seguridad. ¿Te has enterado de eso?

Rentang asintió con la cabeza.

—¿Y del hermano de Yaobang?

Asintió con la cabeza otra vez.

—Los otros dos. Uno de ellos era primo mío...

El inspector jefe tiró de la cara de Rentang, la agarró con las dos manos y la mantuvo firme delante de la suya. Los cristales de las gafas se empañaban con cada palabra.

—... no nos ha seguido nadie. Tuve mucho cuidado. Debería de haber tenido tanto cuidado antes. No tienes que preocuparte de ellos, no te van a hacer nada. Pero yo puedo...

Trató de apartarse, Piao le sujetó con más fuerza; las mejillas de Rentang se convirtieron en manzanas maduras en las que incidía un sol demasiado ardiente.

—... tienes razón. Te tengo agarrado por los huevos y voy a empezar a apretar. Una carta mía al secretario del Partido de nuestro Danwei y te estarán investigando. Utilizas tu posición, tu influencia, el tiempo del departamento de seguridad y su material, aparte de información de alto secreto, en favor de una empresa comercial. Se considerarían acusaciones muy graves...

El inspector jefe le soltó. Rentang estaba seguro, domado. La palidez de sus mejillas lo susurraba. La tristeza de sus ojos lo gritaba.

—... hubo un caso parecido en Nanking hace un año. Fue algo ejemplar, lo utilizaron como ejemplo. Lo ejecutaron.

—¿Qué cojones te está pasando, Sun? ¿De verdad quieres hacerme eso?

—Lo que me pasa es que saqué ocho cuerpos del río con los ojos arrancados. El estómago abierto como *Wawayu*. ¿Has oído alguna vez el sonido que hace ese pez cuando lo sacan de las aguas de sus orillas del río favoritas? Grita como un niño recién nacido...

El inspector jefe agarró un huevo de codorniz, y lo hizo rodar suavemente en la palma de la mano. Lo apretó violentamente entre índice y pulgar. Dejó caer los restos en el mantel de tela blanca.

—... yo no quiero, pero sí, yo te haría eso, por los doce cuyas muertes me han echado encima. Por lo menos, se lo merecen.

Rentang buscó en el profundo bolsillo interior de su chaqueta para sacar un gran sobre de papel estraza plegado.

—Que te den por culo también —dijo, cuando lo colocaba encima de la mesa y lo abría rasgándolo.

* * *

Fotos monocolor se derramaron sobre el encaje blanco. Cinco fotos. De cuerpo entero... de veinticinco por veinte centímetros. Caras salpicadas de barro del río. Rentang aparta la tetera, las tazas. Esparce las fotografías por la mesa siguiendo un orden no explicado. Busca en lo más profundo del sobre. Cinco informes fotocopiados. Negras hileras de escritura a máquina encabezadas por números. Y en letras negritas en la parte de arriba de cada página.

DEPARTAMENTO DE SEGURIDAD PÚBLICA... SHANGHAI HUNG AN CHU.

Al pie de la esquina derecha de cada informe había una copia de una fotografía tamaño pasaporte. Caras que miraban en contrastado blanco y negro. Inexpresivas. Ojos privados de luz. Una vulnerabilidad congelada en las fotos de sólo unos centímetros cuadrados. Rentang coloca cuidadosamente los

informes al lado de las caras con barro. La muerte proporcionaba nombre. El barro lavado. Saca cinco fotos más del sobre. Cinco caras más. Brillantes, nuevas, sin manchas. Cada una formada por unas líneas guía, una especie de cintas... líneas y guías latitudinales y longitudinales. Recorriendo la parte de arriba de la página, iconos que formaban un programa de ordenador y la barra de herramientas. Caras reconstruidas. Las mismas caras sacadas del Huangpu, pero rehechas. La piel externa reconstruida gracias a un millón de píxeles generados por ordenador brilla con un sano gris acerado. Y en las cuencas de los ojos, unos círculos mate plateados, que no reflejaban ni contenían el ardor de los sueños.

Rentang comprobó el código del dorso de cada gráfico antes de colocarlos en la parte inferior de cada informe. Vago parecido con las caras manchadas de barro. Sin lugar a dudas, una correspondencia de las copias tamaño pasaporte con las fotos con barro. Pasó la mano por el primer informe.

—H2... la primera cara que me diste. Wei Yongshe. 25 años. Nacido en Sichuan. Varias condenas anteriores. Están todas en el informe. Nada serio hasta la última. Apuñaló a otro *liu-mang* en una pelea callejera. Lo mandaron a Gongdelin.

La mano de Rentang pasa al siguiente informe. Extiende por él unos dedos con nudillos blancos y uñas mordidas hasta la carne viva.

—H4... Hu Feng. 43 años. Nacido en Shanghai. Un historial de problemas mentales y violencia. También estaba en Gongdelin. Mató a su hermana con un hacha.

Los ojos monocolors pasan debajo de la palma de la mano de Rentang. El informe siguiente, la cara siguiente, adquiere vida con un doble golpecito de su dedo índice.

—H5... otro delincuente. Un largo historial de pequeños delitos y violencia. Liu Quingde, 27 años. Nacido en Shanghai. Un mierda joven y prometedor. Encerrado en Gongdelin por conducta peligrosa y extorsión. Y

luego tenemos a esta buena pieza.

Los ojos de Piao se mueven de imagen en imagen. La foto de pasaporte... el hombre que había visto él. La cara del cuerpo sacado del Huangpu lleno de barro... el hombre en el que se había convertido. La imagen conseguida con el ordenador, una cara generada por puntos luminosos y presión en el teclado... el hombre que era ahora.

—H6... Pei Decai. 33 años. Nacido en la región de Henan. Traficante de drogas. Atrapado al cruzar la frontera de los Nuevos Territorios con Shenzhen con heroína pura encima. Muy violento, pero acostumbrado al dinero y el lujo. No coincidió con ellos en Gongdelin.

Los ojos de Rentang pasan al siguiente informe.

—H8... el último de tus buenas piezas. 27 años. Nacido en Shanghai, casi en la puerta de al lado de Gongdelin. No fue muy lejos. Nombre, Yan Ziyang. Estuvo en un manicomio. Completamente loco. Le cortó los huevos a uno de sus primos, que murió desangrado. Luego trató de cortarse los suyos. Deberían haberle dejado hacerlo. Encarcelado en Gongdelin.

Se frotó las manos y luego se las secó en la esquina del mantel, como si tuviera mierda en las palmas en lugar de sudor.

—¿Estás seguro de que son ellos?

Rentang alzó la vista. Cólera asomando a las comisuras de su boca. La yema pálida de los huevos de codorniz instalada en las encías y los dientes.

—Estoy seguro. Por esto me amenazabas, ¿verdad? Unas caras reconstruidas. Identificaciones positivas.

Piao sirvió té a Barbara y luego a sí mismo. Su aroma, a lunes por la mañana.

—Te amenazo porque nadie, incluyéndote a ti, hará su trabajo sin que le amenace.

—Bien, ahora que tienes lo que quieres, ¿adónde coño te ha llevado eso? Siguen muertos y yo me libero de tus amenazas y de tu amistad.

Los ojos del inspector jefe encontraron la ventana. Más allá, el lago, la lenta ondulación de los gingkos, la curva de los muros del parque... la ciudad se aproximaba a una hora del almuerzo marcada por Dragones Amarillos, las sulfurosas nubes color mostaza que arrojaban centenares de miles de chimeneas de las fábricas. La paz del jardín, las brutalidades que acechaban más allá de sus muros, ¿cómo se podían conciliar esos dos opuestos? Y algo en las palabras de Rentang que inquietaba a Piao. Algo que para él resultaba erróneo, que no encajaba. También irreconciliable.

—¿Cómo se las arreglaron para estar en el Huangpu? Habían cometido delitos importantes. Cuatro de los cinco me has dicho que estaban condenados a *lao-gai*... cadena perpetua. Es como si la suerte les hubiera sonreído. ¿Por qué los habían soltado de Gongdelin? ¿Qué hacían en libertad?

Piao piensa en voz alta. Las palabras dirigidas fundamentalmente a sí mismo y a un Dios que nunca parecía responder. Rentang se levantó para irse, echando hacia atrás bruscamente la silla. Rebusca en lo más profundo del bolsillo de su pantalón y arroja unos billetes arrugados y unas monedas sueltas sobre la mesa.

—Ni siquiera quiero que pagues tú mi jodido té...

Rodeó la esquina de la mesa; su sombra, su cabeza por encima del hombro de Piao. Algo caliente en su olor.

Una mezcla intoxicante a cerdo, tabaco caro y demasiadas horas de sueño.

—... lee los informes, inspector Piao, ¿quién ha dicho que los habían soltado de la cárcel de Gongdelin? Sólo había uno fuera. Qingde. Tu ayudante, Yaobang, debería saberlo. Fue el que lo encerró por primera vez. Puede que tengas que preguntar a los que tienes más cerca por qué no dijeron nada cuando sacaron del río a una persona que conocían.

La voz de Rentang, una aguja insertada en el oído interior del inspector jefe y aún más allá.

—Los otros cuatro, Yongshe, Feng, Decai, Zuyang... nunca salieron de la cárcel de Gongdelin. «Oficialmente.» Como tú dijiste, sus delitos eran importantes. El Estado pensaba lo mismo. Fueron ejecutados por esos delitos un día antes de que tú los sacases del Huangpu. Oficialmente, sus cuerpos todavía siguen encerrados. Oficialmente, tú nunca has podido encontrarlos en el río. Oficialmente, estás investigando asesinatos que nunca pudieron

producirse. Oficialmente, ya habían sido fusilados por el pelotón de ejecución.

Se ajustó las gafas.

—... ¿adónde coño te lleva eso, mi peligroso amigo?

Sus pisadas no sonaron. Cuando el inspector jefe alzó la vista, Rentang ya se había ido. El único sonido estaba dentro de la cabeza de Piao: un millar de preguntas, cada una con la lengua desatada. Y al laberinto sólo lo unía un hilo rojo. El nombre de Gongdelin: «Bosque de la virtud».

Capítulo 15

La calle Nanjing se extiende unos diez kilómetros. Un corte con hoja de afeitar de parabrisas que corre de oeste a este y desdeña veintiséis calles laterales... dividiendo la ciudad en dos pedazos. La encabalgan cuatro enormes grandes almacenes, incluido el almacén Número 10, en Nanjing, 635, donde compran los propios chinos. El almacén Número 1, en Nanjing, 830, en los límites del Parque del Pueblo..., el mayor gran almacén del país. El espacio que ocupa, abarrotado de todos los productos accesibles para el trabajador chino.

También compiten muchas otras tiendas por las transacciones comerciales que genera un millón de peatones diarios. En Nanjing, 257, seda. En Nanjing, 428, joyas. La librería Xinhua, en el número 345. Porcelana, cerámica, en los números 550 y 1698 de Nanjing. El restaurante Yangzhou en el 308, con su pato y su tofu. Rollos de pergamino, cosas para colgar en la pared, en el número 190. El comedor revestido de madera del cantonés Xinya, en Nanjing, 719. En el número 546, la peluquería Xin Xin. Ochenta peluqueros permanentemente ocupados. Hombres en el piso bajo, mujeres en el primero. Cuesta cinco yuanes un masaje tradicional sentado en el sillón de barbero vibrador especial. En la esquina con Sichuan Zhonglu, el café Deda Xicaishe, con sus famosos bollos de chocolate. O un par de puertas más allá, en el número 143, el Donghai Fandian, con su café a la menta. Al doblar la esquina de Nanjing, 952, «La armonía de la cara», una tienda de cosméticos. Sobre el mostrador, sus famosos «polvos nutritivos». En el estante del fondo, un gran despliegue de sus lápices de labios. Junto a ellos, un gran dedo de plástico brillante hecho a escala. En su larga y elegante uña, un esmalte rojo, muy rojo.

Rojo sangre.

* * *

El bar estaba en el lado malo de la calle Nanjing. Lejos de las tiendas más prestigiosas, de los hoteles más caros. Era como los cuartos traseros de un caballo, el extremo por donde sale la mierda. El Nanjing que evitaban los turistas y que llevaba a Hongqiao, la carretera al aeropuerto.

Se podía pasar por alto con facilidad, no tenía letrero en la puerta. Ésta llevaba a un pasillo, mal iluminado y con una peste a meados y a maotai sutilmente perfumado, cincuenta y tres grados. El bar estaba abajo. Un sitio donde perderse en un país que vigilaba constantemente todas las caras. Era un sitio donde se contagiaban unas feroces ganas de beber. Aunque todavía era temprano, el cubo de la basura de detrás de la barra ya estaba lleno de botellas sin etiqueta. Dos de las botellas vacías eran de Yaobang.

El Grande trae otra botella de la barra. Los ojos de Piao le siguen. Se estaba fijando en lo brillantes que tenía los zapatos, cuando tapó con una mano su vaso en el momento en que Yaobang inclinaba la botella en su dirección.

—¿Y usted, señora estadounidense? ¿Quiere probar un poco de vino amarillo?

Piao lo tradujo.

—¿Es bueno?

El inspector jefe se encogió de hombros.

—Eso creen algunos. Yo no. Es un vino turbio, con solera. Lo enterramos en botellas de loza muchos años y luego lo mezclamos con un vino joven. Es como esa bebida occidental, el jerez. Si le gustan los siropes muy dulces, entonces lo encontrará bueno. Pero tiene diecinueve grados, hará que la cerveza le parezca agua.

Yaobang sonrió, listo para servir. Barbara negó con la cabeza; sus dedos, una jaula de marfil encima de la boca de su vaso.

—Creo que tomaré algo más de agua.

Piao sirvió algo más de cerveza Qingdao en el vaso de ella; su resplandor ámbar parece calentarle los dedos.

—Esto está muy bien, jefe. Muy bien. Aunque todavía falten semanas para el Año Nuevo. Deberíamos hacerlo con más frecuencia...

El Grande vació su vaso de una vez, los ojos cerrados, la lengua como un

perrito caliente demasiado quemado encajado entre los dientes. Se sirvió más vino amarillo.

—... podríamos conseguir que un camión Liberación trasladase nuestra oficina aquí, jefe. Yo me instalaría en la mesa de allí.

Era la mesa más cercana a la barra. El inspector jefe sonrió.

—Hablando del trabajo...

No estaban hablando, pero él tenía que empezar a hacerlo.

—... necesito que se comprueben unos nombres. Informes completos. Quiero saberlo todo, que no falte nada.

—¿Se refiere a de qué color es la mierda que cagan, jefe?

—No es exactamente eso lo que pone en el manual de formación del departamento, pero creo que te has hecho una idea general.

El Grande sonrió, agarrando la lista de cinco nombres y echándole una ojeada. Se guarda el papel en el bolsillo. No le suena lo más mínimo ninguno de los nombres. Y durante todo el tiempo, el estómago del inspector jefe en caída libre.

—¿Otra copa, señora estadounidense?

—Claro, por qué no. Estoy entre amigos, ¿verdad?

—¿Jefe?

Piao movió la cabeza a ambos lados. Incapaz de encontrar ninguna palabra, como si la lengua se le hubiera atornillado al velo del paladar. El cuello de la botella a medio levantar gotea encima de la mesa y deja un reguero de estrellas de vino amarillo en la formica blanca restregada de su superficie. El Grande vuelve a dejar la botella mientras se saca la lista del bolsillo. Sus ojos recorren los nombres.

—Liu Qingde. Jefe, yo conozco a este mierdecilla. Un *liu-mang* que puse fuera de la circulación hace un año. ¿Qué pasa con él?

De pronto Piao nota que puede respirar otra vez. Otra vez encuentra las palabras.

—Cinco nombres. Los cinco del río que estaban sin identificar.

—¿Está seguro de que Qingde era uno de ellos, jefe?

El inspector jefe asintió con la cabeza.

—Joder. Debería haberle reconocido, ¿no cree?

Piao tomó su cerveza, apreciando sólo ahora su dulzor, no su amargo

regusto.

—Estaba mutilado. No tenía ojos. La cara destrozada con un mazo...

Da carrete al Grande; una sensación de estímulo que no se ocultaba. Aquel Yaobang todavía era el suyo.

—... y el barro, y la crecida del río.

—Pero, con todo, tendría que haberle reconocido, jefe.

Barbara nota la tensión, no la entiende, pero quiere disiparla.

—Un *liu-mang*, ¿qué es eso?

El inspector jefe alzó la vista de su vaso.

—Un gánster. Uno importante...

Vuelve a mirar el vaso, evitando el contacto ocular.

—... sí, podrías haberle reconocido. Pero no lo reconociste. Nos ha llevado tiempo. ¿Qué supone ese tiempo? ¿Quién lo puede decir? Límitate a conseguirme los informes y partiremos de ellos. Ahora hágame de Qingde.

—Me está poniendo a prueba, ¿verdad, jefe? ¡Me está poniendo a prueba, joder!

Piao empujó el vaso hacia el puño del Grande.

—Este caso nos está poniendo a prueba a todos. Bebe conmigo y pon a prueba esta nueva botella.

Puso el vaso en la palma de la mano de Yaobang y cerró los dedos del Grande en torno a su frescor. El calor de su carne. ¿Cómo podía haber pensado eso alguna vez de Yaobang? *Que le den por culo. Un caso como éste soltará todo lo que no esté bien atornillado.*

El Grande choca su vaso contra el de Piao, una lluvia de cerveza y vino cae en la mesa.

—Mierda. Usted y yo contra el jodido mundo, jefe. Éste por Pan y por su primo.

—Y por Wenbiao.

—El cachorrillo. Sí, por Wenbiao.

—Y por Bobby.

El vaso de Barbara resonó contra los otros dos. Un segundo de silencio señala un límite, casi como si significara el comienzo de un rito de paso. El brazo de Piao cayó sobre el hombro de ella.

—Su comprensión del mandarín está mejorando. Deberemos tener más

cuidado con lo que decimos...

Sonrió, y la sonrisa de Barbara siguió a la suya.

—... por Bobby.

El inspector jefe rellenó los vasos.

—... ahora pongamos a prueba la botella mientras me hablas de ese mierdecilla tan duro, Liu Qingde, que pusiste fuera de circulación.

Yaobang bebió hasta el final, tragando ruidosamente.

—Era un tipo insignificante, jefe, pero con grandes pretensiones. Me acuerdo, de que olía como una *yeh-ji*. Un perfume dulzón en el cuello, vómito en la lengua.

—Una *jeh-ji*, una faisán salvaje, una fulana.

Barbara espera un asentimiento de Piao que confirme su habilidad como traductora. Él asintió con la cabeza. El Grande apuró el resto de la bebida. Una gota de vino amarillo se desliza desde sus labios hasta la barbilla, hasta la mesa.

—Usted conoce a Li Zhen, dueño de restaurantes y de unos cuantos clubes. También es un macarra y se ocupa de las extorsiones a cambio de protección en el barrio francés... es más que probable que también de la distribución de drogas, aunque nunca hemos podido probar nada, joder. Qingde trabajaba para él y al tiempo intentaba hacerse con un poco de terreno propio. Básicamente para protección. De todo lo que le pudimos acusar fue de extorsión y amenazas. Creímos que seríamos capaces de apretarle las clavijas al muy hijoputa, llegar hasta Li Zhen. El muy cabrón nunca dijo ni palabra...

El camarero secó la mesa. El trapo, más sucio que el arroyo de la calle. Yaobang se mantuvo callado hasta que se marchó.

—... Zhen y Qingde son primos lejanos. Es una familia unida. Todos son primos o primos de primos, joder. Es algo tan sólido como el cuello de un camello en una tormenta de arena.

Piao bebió su cerveza.

—Un pez pequeño en un estanque muy grande, Zhen. Una leyenda sólo en su propio retrete.

—Llevan años tratando de atraparlo, jefe. Dicen que pasó del proxenetismo y la protección a las drogas. Ahora dicen que siempre se dedicó a las drogas. Las otras cosas eran una tapadera.

Piao terminó su cerveza y puso el vaso en la mesa, riachuelos de espuma se deslizaron hasta el fondo del vaso.

—A Zhen no le pudieron atrapar no porque sus otras actividades fueran una tapadera: la tapadera es él.

—Siempre pasa eso, jefe. ¿Y adonde lleva esa jodida pista? Donde lleva siempre, a algún tipo gordo, rico, bien situado en los escalones más altos del Partido. Probablemente el que más levanta la voz a la hora de quejarse de la corrupción del gobierno.

—Sabandijas. El rastro de veneno que dejan siempre lleva a sitios importantes.

—O a otras sabandijas —añadió Barbara.

El Grande sonrió mientras trataba de exprimir las últimas gotas de la botella. No tenía sentido pasar vergüenza durante la espera para que cayeran en el vaso. Movi6 la cabeza a ambos lados.

—La voz de la experiencia de nuestra señora estadounidense, ¿sí?

Ella asintió con la cabeza, alzando su vaso.

—Sí, jefe, un mierda duro ese Qingde. Siempre me dio la sensación de que se estaba pasando de la raya. Que terminaría como un *liu-mang* muy importante o en el depósito de cadáveres de la ciudad...

Yaobang mantuvo el borde del vaso encima de la lengua, la lluvia amarilla se deslizó por ella.

el desgraciado hijoputa. Metió la pata dos veces.

—Zhen, ¿anda él en esto?

—Claro que sí, jefe. Lo vi el otro día en la calle Fuzhou. Iba en un Hong-Qi, ¿se lo puede creer? ¿Un mierda como él dentro de un Bandera Roja?

—La mayoría de la mierda de Shanghai no está en las alcantarillas, está sentada dentro de un Bandera Roja. ¿Qué tiene de raro?

Él. Grande se rió, echando la cabeza atrás. Agujeros de la nariz negros, redondos, a Piao le recuerdan la entrada de los túneles para la circulación rodada que pasaban por debajo de Huangpu cerca de la pagoda Longhua.

—¿Dónde se le puede encontrar?

—La mayor parte del tiempo está en su restaurante de la calle Wenan. Al final de la calle del mercado. Tiene un nombre estúpido, el Pato algo. ¿Cómo coño es? El Pato Asado, el Pato Grande. El Pato Enfermo, eso es, el Pato

Enfermo...

Yaobang movió la cabeza a ambos lados con auténtica preocupación.

—... ¿cómo puede ser dueño nadie de un Bandera Roja y luego llamar a su restaurante el Pato Enfermo? Las personas así deberían estar bajo vigilancia constante. Son una amenaza para los ciudadanos honrados...

El inspector jefe asintió con la cabeza mostrándose educadamente de acuerdo. El restaurante de su propio tío, junto al parque Yichuan, se llamaba El Budín que Lloraba. Consideró durante un instante si decírselo a Yaobang, pero lo pensó mejor. Su tío no era un hombre al que le gustara que le vigilaran constantemente.

—Quizá deberíamos hacerle una visita, jefe. ¿Qué le parece a usted?

Piao contempló las estrellas del vino amarillo derramado que corrían una hacia a otra y luego se deslizaban hasta el borde de la mesa.

—Es lo menos que podemos hacer por los ciudadanos honrados de esta ciudad —contestó.

* * *

Horas y botellas. Botellas y horas.

—¿Qué demonios tenía Bobby en común con cinco delincuentes chinos encarcelados en Shanghai?

Barbara se pasó los dedos por delante de los ojos, apartándose un mechón amarillo.

—Es algo que no deja de darme vueltas en la cabeza. ¿Cuál es la relación, Piao?

El dedo de él siguió el borde del vaso de cerveza cuando habló.

—Una cadena de acero que unía a ocho cuerpos muertos, ésa es la relación. Es algo que dice algo más, algo muy fuerte que compartían los ocho...

Piao apartó la vista. La sinceridad de los ojos azul celeste de ella, excesiva para poder soportarla.

—... tenían un secreto. Su hijo formaba parte de él.

—Bobby no tenía secretos.

La voz de Barbara se elevó, pero tenía un matiz de inseguridad.

—No lo olvides, yo soy policía. La más cínica de las profesiones. Todo el mundo oculta algo. Todo el mundo tiene un secreto.

—Yo no, señor policía. Los políticos no tenemos tiempo para andar ocultando cosas. Estamos demasiado ocupados todo el maldito tiempo averiguando lo que ocultan los demás.

—En China es lo contrario. Nuestros políticos están tan ocupados ocultando sus propios secretos que no tienen tiempo para averiguar los secretos que ocultan todos los demás. ¿Es más honrado esto?

—¿Honrado?

Ella se rió. Tenía los dientes blancos. Él nunca había visto unos dientes tan blancos.

—¿Qué demonios tiene que ver la honradez con eso? Pero, dime, señor inspector, ya que estamos hablando de honradez. Háblame del secreto de Bobby. Del secreto que compartían todos. Estoy segura de que un cínico como tú tendrá una opinión.

—Yo tengo opinión sobre todo.

—Apuesto lo que sea a que sí; ponía encima de la mesa.

A ella no le iba a gustar lo que tenía que decir él. Piao contuvo la respiración, manteniéndola en el fondo de la garganta. Las palabras salen entrecortadas con ella.

—Las drogas, sólo las drogas originan una violencia semejante. Tenemos un problema con los cargamentos y las bandas que cruzan la frontera de los Nuevos Territorios. Ha habido mucha violencia. No como en esta ocasión, pero considerable. Hemos tenido muchos éxitos. Muchas detenciones, muchos castigos implacables. En la mayoría de los casos estaban implicados funcionarios del gobierno, que proporcionaban pasaportes, visados, permisos para viajar. Los suyos fueron los castigos más implacables.

—Pero tú no tienes ninguna prueba de que Bobby y los demás tuvieran nada que ver con drogas.

—Sabemos que dos de los chinos encontrados en el río eran consumidores de drogas. Un tercero trabajaba para Li Zhen, que se sospecha que trafica. No sabemos nada de Ye Yang, todavía. Estamos esperando informes. Heywood y tu hijo no parece que hayan sido consumidores, pero estaban en condiciones de viajar dentro y fuera del país cuando quisieran, de provincia en provincia,

sin que se les concedieran documentos para viajes internos. Esto es muy infrecuente, pero en el tráfico de drogas muy necesario. Contar con personas en posiciones de responsabilidad, solventes, respetadas, que puedan moverse libremente... eso es de una importancia inimaginable.

Furia en los ojos de Barbara. Un azul que se vuelve gris, el color de las hojas de las navajas.

—No desaprovechas ni una oportunidad, ¿eh? Te pedí que pusieras tu opinión encima de la mesa, no que la convirtieras en astillas para el fuego. Dos yonquis y un mierda que estaba asociado con un traficante no los convierte en asesinatos por cuestiones de drogas. Dios santo, si se encerrara a todos los que tratan con yonquis y traficantes, la mitad del Senado y el Congreso de Estados Unidos estaría cumpliendo condena.

Los ojos de Piao se entrecerraron.

—Te estás burlando de mí, ¿no?

Ella le ignoró.

—Y sólo porque Bobby y Heywood se encontraban en posiciones importantes y podían viajar libremente, eso es una pamema. Es indudable que no significa que se dedicaran al tráfico de drogas. Te has pasado mucho, inspector jefe. Te has alejado muchísimo del blanco.

Él parecía desconcertado.

—¿Pamema?

—Pamema. Pamema. Significa que no tiene la menor importancia.

Barbara echó en falta una conversación con palabras que no tuviera que simplificar; que no tuviera que repetir.

El inspector jefe parecía aún más confuso.

—En cualquier caso, Barbara, no he terminado de dar mi opinión.

—Tienes unas opiniones que son muy arriesgadas y muy extravagantes, inspector jefe.

—Sí, muchos lo dicen, y muchos más no son lo bastante valientes para decirlo. Gracias por tu sinceridad. Has sido honrada, sincera.

—Parece que volvemos a sacar a relucir la sinceridad, la honradez. No es una cuestión de la que los que, como yo, se dedican a la política sepan mucho.

—Pero es una cuestión que un funcionario como yo puede reconocer en cuanto la ve. En ciertos aspectos de la muerte de tu hijo, de la muerte de los

demás, detecto una honradez un tanto desviada. Los altos cargos que están en la sombra de todo esto, notaron que tenían las armas con las que les iban a pegar un tiro en la nuca. Les entró el pánico. Tuvieron miedo de que los atraparan y por eso destruyeron las pruebas. Tu hijo, Heywood, Ye Yang, los demás... las pruebas. Nada más que pruebas. Ni hijos ni hijas. Y siguen destruyendo pruebas, tratando de evitar que se llegue hasta ellos. Pan, Cheng mi primo, el estudiante...

Tenía la mano en el hombro de ella. En la tela. En la piel. Se siente tosco, sucio ante aquella suavidad. Le gustaría mantener la mano allí, pero considera que la debería quitar.

—... fue algo sencillo, como el tráfico de drogas. No algo complicado. Hubo lo que tú llamas un trato. Salió mal. El alto cargo tomó una decisión, una decisión comercial. Se trataba de dinero, de porcentajes. Ganancias y pérdidas. Se deshicieron de lo que no podían salvar. El tráfico de drogas está dominado por una falta de honradez que casi es honradez. Se trataba de drogas, Barbara. Tu hijo andaba vendiendo drogas...

Los dedos de él, apretados con fuerza en el hombro de ella.

—... la madre de un adicto diría que se merecía que lo encontraran en el río.

Una llama en los ojos de ella, peligrosamente intensa.

—Que Dios te maldiga, inspector jefe.

Barbara se libra de su mano con un violento sesgo. Se dirige a la puerta y luego al callejón. Fuera estaba lloviendo, gruesas gotas de mercurio. Estaría empapada en segundos, pero a ella no parecía importarle. A él le importaba, pero no habría podido detenerla aunque lo intentase.

* * *

Piao y el Grande se quedaron esperando a la puerta del bar. Todavía estaba lloviendo. Estuvieron allí veinte minutos, esperando que parara un poco. A Yaobang no le gusta nada la lluvia, le tiene más miedo que a un *liu-mang* con una navaja en un callejón oscuro que apesta a meados. Un adulto, un agente de policía con una buena tripa, y tenía miedo a unas pocas gotas de lluvia. A Piao siempre le había sorprendido.

—¿Problemas con esa mujer?

La cabeza de Yaobang señaló hacia el coche de Piao.

—Todavía tiene algunas cosas desagradables más que oír, algunas cosas desagradables que aceptar.

El Grande se hurgó la nariz, examinando el resultado de su excavación con asombro.

—Cosas que asustan, ¿eh, jefe?

Levantó el dedo índice.

—Las cosas siempre parecen limpias y claras desde fuera, hasta que uno las revuelve demasiado.

El inspector jefe notó que una oleada de náuseas estallaba contra su frente.

—¿Es un antiguo refrán que aprendiste de los antepasados de tu familia?

Yaobang estaba indignado.

—No, jefe, se me ocurrió a mí.

Era cierto, la negra abertura de su sonrisa lo decía todo.

—Hablando de cosas desagradables que hay que oír, jefe, la secretaria de ese pájaro de mal agüero, Liping, la que tiene unas tetas como bolsas de papel estalladas, le andaba buscando. Parecía que tratara de arrancarle la piel a una serpiente. Ese viejo cerdo.

El comisario Liping. Cosas desagradables que oír, cosas desagradables que esperarían hasta mañana. La lluvia parecía disminuir. No estaban seguros, pero de todos modos se dirigieron a los coches. Sobre el parabrisas caían como disparadas unas gotas plateadas; casi imposible ver la cara de Barbara a través de ellas. Abrió la puerta, entró y arrancó. Ella no dijo nada hasta que llegaron al Jing Jiang, y entonces sólo se detuvo en los escalones del hotel. La lluvia le salpica el pelo. En su cara se dispersa como perlas.

—Tú no conoces a Bobby. Él jamás tendría que ver con nada como drogas. Su padre murió por culpa de las drogas. Su propio padre.

Barbara subía los escalones; una cortina de lluvia entre ellos; los divide. Se vuelve una vez más y casi grita:

—Tú no conoces a Bobby, ni siquiera me conoces a mí.

Un intenso tamborileo de recias gotas contra el techo del coche. Los contornos de ella perdidos entre el gris, como si se estuviera deshaciendo lentamente. Y a lo largo de toda la calle Nanjing, el sonido rítmico de los

limpiaparabrisas luchando contra el torrente, *como* un eco de la pregunta que Piao se repetía dentro de su cabeza.

¿Quién eres tú?... ¿Quién eres tú?... ¿Quién eres tú?... ¿Quién eres tú?

* * *

—Acusaciones importantes, inspector jefe Piao. Sumamente importantes...

La carta todavía estaba en la mano de Piao, sin abrir. En cuanto se la había dado, le quemó. Había reconocido la letra a máquina, el sobre, incluso su olor. Conocía qué especie de lengua asquerosa había cerrado lo que contenía. Él nunca había tenido en la mano una carta que diera la sensación de ser tan peligrosa... que despidiera tanta maldad.

—... haberse hecho enemigo de un *tong zhi* tan importante, estúpido. El camarada Zhiyuan es poderoso. Es de la vieja guardia, las acusaciones que le hizo usted aquella noche en la orilla del río nunca serán olvidadas por un hombre así, nunca las pasará por alto...

La cara de mármol de Liping. No pestañea. Se puso de pie, adoptando una postura protocolaria.

—... el camarada Zhiyuan ha hecho las acusaciones siguientes al Danwei del Ministerio de Seguridad Pública. Que usted hizo afirmaciones contrarrevolucionarias sobre el Partido y el gobierno de la República Popular China. Que usted hizo graves acusaciones contra el aparato y los servicios de seguridad del Partido y del gobierno de la República Popular China. Que usted utilizó un lenguaje y manifestó un comportamiento que mancilla el orgullo del pueblo chino y que golpea en el corazón de nuestro gran patriotismo. Que usted amenazó al presidente de un Shiqu, un ciudadano muy querido de la República Popular China y un honorable miembro del Partido...

Liping deja que la carta se deslice desde sus dedos hasta el escritorio. Los ojos de Piao siguen su descenso.

—... el camarada Zhiyuan y el secretario del Partido del Danwei de nuestro ministerio estuvieron juntos durante los «doce años duros». Fueron camaradas en la Guardia Roja...

Daba vueltas alrededor de su escritorio; sus zapatos, cosidos a mano, extranjeros.

—... deberá responder a las acusaciones a puerta cerrada dentro de quince días a partir de ahora, ante el comité central del Danwei. Es inevitable, inspector. Le encontrarán culpable de todos los cargos. Con todo, su hoja de servicios se tendrá en cuenta. Reducirá el castigo final. Espere, como mínimo, una severa reprimenda. Una degradación. Es probable que el Danwei insista también en mandarle a un centro de «reeducación»...

La calle de debajo llena de tráfico. Los ojos de Liping se mueven constantemente diseccionando el tráfico.

—... disfrute con el tráfico como hago yo, inspector jefe. Es comercio, negocios. El futuro...

Se dio la vuelta.

—... ha jodido su carrera, Piao. En Xinjiang el único tráfico que verá será el de asnos y camellos que se dirigen a las Montañas del Cielo...

El comisario estuvo callado medio minuto, su intensidad la subrayaba el sonido de fondo del tráfico que atascaba las calles de abajo.

—... dejará todos los casos pendientes de investigación. El inspector Yun se ocupará de ellos. Necesitará toda su cooperación, y se la dará. ¿Lo entiende?

Yun, una carrera basada en *pai-ma-pi*... «dar palmaditas en el lomo del caballo».

Piao asintió con la cabeza.

—Bien. Bien. Hagamos que sea lo menos doloroso posible. Quede a la espera de una llamada del inspector Yun...

Los ojos de Liping no le dejan ni un segundo.

—... antes de irse, debería darle una buena noticia. Siempre hay lugar para una buena noticia, ¿no es así, inspector?

Piao asintió con la cabeza.

—Su mujer está embarazada. Ella y el ministro Kang Zhu están muy felices. Es mejor que se haya enterado de esto, y no le llegue a usted la noticia de modo más desagradable...

Hubo una débil sonrisa. Liping no se molesta en disimularla.

—... como se suele decir, parece que su mala suerte viene con una amante a cuestas, inspector jefe. Se puede marchar.

* * *

Madera. Mármol. Su frío a través del tejido de polialgodón de su camisa. El sudor de su espalda se seca inmediatamente, y con eso, una sensación como si su energía, la fuerza de su vida, se hubiera evaporado. Al salir del despacho, mantiene sujeta la puerta con el cuerpo. Deslizándose lentamente contra la caoba lacada, resbala hasta el suelo. Cada detalle, con un relieve de cuchilla afilada. Enciende un cigarrillo, con piloto automático, pero sin su bien recibida sensación de cuchillada y quemazón. Ni siquiera nota el sabor. Y entre las lágrimas y el temblor de los labios... Piao repite una y otra vez las mismas palabras.

—Mi bebé, debería ser mi bebé. Mi bebé, debería ser mi bebé. Mi bebé...

La lluvia había cesado. Los rayos de sol se colaban entre los jirones de nubes hasta los abollados capós de los coches. Yaobang estaba esperando en Xingyelu; un manto de vapor se alzaba sobre el parque Fuxing. Todo mojado. Todo de rodillas desprovisto de fuerzas.

—¿Cuántos hombres?

—Seis incluidos nosotros, jefe.

Arrancó el motor. El aire, caliente y asfixiante por los escapes de gasóleo, que entra por los conductos de aire.

—¿Qué pasa con esa carta?

Piao no se había dado cuenta de que todavía la tenía entre los dedos, sin abrir, con las esquinas afiladas. Muy afiladas. La puso en la mano del Grande.

—Sólo es papel higiénico, nada más.

—Es un poco duro y basto, jefe. Preferiría frotarme el culo por ahí que limpiarlo con eso...

Se la guardó en el bolsillo.

—... ¿sabe cómo llaman ahora al papel higiénico, jefe? *Hou-men-piao*... «tiques para la puerta de atrás». ¡Joder! ¡Tiques para la puerta de atrás! Vaya país. Uno necesita un tique para ir de vacaciones, un tique para comprar, un tique para tener un hijo y ahora un tique para limpiarse el culo.

El inspector jefe se hundió en el asiento del acompañante. Tiques para la puerta de atrás. Le podrían dar mil y aun así no limpiaría la mierda que embadurnaba aquel caso de arriba abajo.

* * *

El restaurante El Pato Enfermo tenía tres salidas; cuatro, si se contaba la puerta lateral que daba al callejón atestado de desperdicios. Piao no la contó. Un *liu-mang* como Zhen no era del tipo de los que salen huyendo, y menos del tipo que se jode un traje de cuatrocientos yuanes. Conque... tres salidas, seis hombres. Podrían cubrirlas cómodamente.

Los aparatos de comunicación por radio estaban estropeados; siempre lo estaban. Una serie de señales hechas con la mano por un agente en el edificio de enfrente le dijeron al inspector jefe lo que necesitaba saber. Que Zhen estaba en su despacho del primer piso. Estaba solo, aparte de su secretaria. Buenas piernas, sin tetas. Y un escritorio lleno de billetes de banco. Zhen parecía más interesado por los montones de billetes. El agente que vigilaba, por las piernas de la secretaria.

El restaurante estaba lleno. Cincuenta plazas atestadas de gente que cenaba. Renao, «picante y con especias». Los camareros lanzan los platos en las mesas. Boles que se alzaban hasta barbillas manchadas de salsa picante... palillos que tintineaban. Conversaciones frenéticas, entrecortadas. Raciones extra de arroz pedidas a gritos por bocas llenas. Fideos anclados a los labios.

Piao y Yaobang, vestidos de paisano, recorrieron el restaurante, rodearon las mesas. No demasiado deprisa, como sin objetivo, pero nunca demasiado despacio, que nunca pareciera que se detenían. El ritmo de los pasos lo era todo. Te dejarían en evidencia o disimularían tu presencia. Una cortina de cuentas tapaba una mancha de humedad de la pared y la entrada a la escalera... la apartaron, y pasaron a través de ella sin volver la vista. La cortina cayó a sus espaldas. Un breve golpeteo de cuentas de cerámica contra cuentas de cerámica. La escalera sin ningún adorno, manchada de comida. El olor a arroz frito y billetes de banco usados les persigue. El despacho de Zhen estaba un tramo más arriba. Las habitaciones, en el piso siguiente. Después de eso, el techo y el cielo.

Al llegar al descansillo, se movieron con rapidez. Empujaron la puerta. El inspector jefe avanzó hasta Zhen. Yaobang, hasta la secretaria.

—¿Quién coño sois vosotros?

Un brazo que se lanza a proteger las pilas de billetes sobre el escritorio. La otra mano de Zhen busca dentro de su chaqueta, pero Piao se le adelanta. Un brazo en torno al cuello del *liu-mang*. Su mano fuera de la chaqueta, retorcida. Una breve visión de cuero y de los diamantes incrustados en la culata de una pistola. El inspector jefe sacó el arma de la cartuchera. Una modelo 67. Su cañón limpio... el silenciador modelo Maxim permanentemente encajado parecía desequilibrarlo. Y en el aire con olor a sudor, un inmediato tufo ácido a acero, aceite, loción para después de afeitarse con sándalo. Deja la pistola en el suelo. Piao hace girar a Zhen en su asiento, echando el aliento en plena cara del *liu-mang*.

—Mal, muy mal. Las armas de fuego son muy peligrosas para tu salud y la salud de los demás.

—Que te den por culo.

El Grande se reía, con la mano sobre la cara de la secretaria, casi tapándosela. Los nudillos blancos. Los ojos de ella estaban desorbitados encima del grueso dedo pulgar.

—No tiene mucho vocabulario para ser un mandamás del crimen de la ciudad, ¿eh, jefe?

—Debe de estar disgustado. Eso pasa a veces cuando se tiene estrés. ¿Tienes estrés?

Zhen se retorció en su asiento, luchando contra los brazos de Piao.

—¿Quiénes sois vosotros, hijoputas, una especie de petardistas que van a una subasta?

—Esto no es una subasta, señor dueño de restaurante. Señor traficante de drogas...

Los labios del inspector jefe casi tocan la perfumada mejilla de Zhen. Pero entre su almizcle, el olor a miedo del acorralado que busca una salida.

—... el espectáculo ya ha empezado, y estás en mitad del escenario. ¿No notas el calor de los focos que te iluminan?

Yaobang se estiró, cerrando con llave la puerta.

—¿Quién coño sois vosotros?

—Creo que eso ya lo dije antes, jefe. Debe de ser ese estrés del que hablaba usted. Personalmente yo sólo diría que está cagado.

Retiró lentamente la mano de la boca de la secretaria. Pintura de labios,

roja como el tomate, le manchaba la palma. Manchaba la pálida cara de ella.

—Ni una palabra... nada.

Sus ojos se clavaron en los de ella, para que lo entendiera. Yaobang se cambió por Piao, agarró con más fuerza. Ahora el *liu-mang* quedó sujeto por el sudoroso abrazo del Grande. No había que correr riesgos. Zhen era fuerte, un cuello tan grueso como un bol de arroz y una ficha en el departamento de Seguridad Pública salpicada por unos cuantos delitos violentos que nunca se pudieron demostrar... que nunca quedaron sin refutar. El inspector jefe le movió la cara por encima del escritorio. Los montones de billetes de banco formaron un muro a medio construir entre ellos.

—Somos inspectores del departamento de Seguridad Pública, pero límitate a considerarnos un público entusiasta que espera tu interpretación.

—Yo no tengo nada que decir a unos mierdas como vosotros. Si sois del departamento de Seguridad Pública, llevadme allí. Os garantizo que estaré fuera en un par de horas, y que eso hará que retrocedáis diez años en el escalafón.

—Háblanos de Liu Qingde.

—Jamás he oído hablar de él.

—Es primo tuyo, trabajaba contigo.

—Nunca oí hablar de él. Encerradme si no me creéis.

El inspector jefe vació la papelera metálica y la puso a los pies de Zhen; sacó una botella medio llena de maotai de un lateral de la mesa y la vació en la papelera. El alcohol, su acre olor, llena la pequeña habitación. Piao agarró un montón de billetes de encima del escritorio, asquerosos, gastados. Un descolorido fajo rojo, verde, marrón, de billetes de diez yuanes, con el aspecto y el tacto de alas polvorientas de mariposas de la polilla... y el olor de los bolsillos de unos pantalones viejos. Los dejó caer en la papelera.

—Dicen que en la región de Kaxtax Shan, cuando hay un mal invierno, queman todo tipo de cosas para calentarse. Nada tiene valor, nada tiene valor a menos que dé calor.

El inspector jefe raspó una cerilla. Los ojos de Zhen se incendian con su llama. Azufre y alcohol, un olor que fija el recuerdo de un solo momento en el tiempo. Zhen se resistió entre los brazos del Grande.

—¿Qué coño estáis haciendo, cabrones, qué estáis haciendo?

—Qingde. Háblame de él.

—Ya te lo dije, no le conozco. No le conozco, joder.

Una llama amarilla va consumiendo la cerilla. De blanca pasa a negra. El inspector jefe la deja caer en la papelera. Un descenso lento hasta originar una bola de fuego de alcohol en llamas. Un sonido sordo de naranja... chupaba el aire. El olor a papel viejo y sueños que no se podían comprar cabalga a lomos de un calor que seca la saliva.

—No... no, no, no. Hijoputa. Hijoputa.

Gritos, puños cerrados. Ojos, piel, acompañan el hambre avivada del fuego. Yaobang hace que se vuelva a sentar.

—Eres un jodido maníaco. Eso eran dos mil yuanes. Más de lo que unos mierdas del departamento de Seguridad Pública como vosotros ganáis en cuatro meses.

Piao agarró otro puñado de billetes.

—El proxenetismo y el tráfico de drogas hacen ganar mucho dinero. Muchísimo. En Kaxtax Shan estarían muy contentos con tus esfuerzos, señor dueño de restaurante. El resultado es buen combustible, con un calor breve pero intenso...

Las venas en las sienes de Zhen, como anillos duros de una cadena enredada.

—... Qingde, tu primo, háblame de él.

—Ya te lo he dicho, no le conozco.

Piao tiró el puñado de billetes en las llamas.

—Otra vez no, hijoputa. Otra vez no...

Bordes que se ponen pardos, que se retuercen. Una llama naranja bajo las caras pasivas de tinta verdosa.

—... quiero vuestros nombres, vuestros jodidos nombres, hijoputas.

—Háblanos de Qingde.

Agarra otro puñado de billetes de diez yuanes. Se los extiende por la palma de la mano. Un abanico de colores gastados, tatuados.

—Vale, vale. Hizo unos trabajitos para mí. Un poco de esto, un poco de aquello.

—¿Qué clase de trabajos?

Ninguna respuesta. Piao deja caer unos cuantos billetes en las llamas.

—Contrabando. Cobrar dinero. Cosas sin importancia. Mierdecillas.

—¿Nada más?

Zhen niega con la cabeza. Alcanzan las llamas más billetes. De verde al amarillo, al marrón.

—Hijoputa de mierda. De acuerdo. De acuerdo. Hizo algunas cosas más importantes. Protección, arreglos y cobros. Era hábil para eso. Un cabrón temible.

—Pero llevas un tiempo sin verlo, ¿verdad?

Ninguna respuesta. La mano del inspector jefe se mueve hacia las llamas.

—Se convirtió en un buitre, un jodido buitre. Lo hacen todo el tiempo. Era ambicioso, quería su parte en el pastel. Rompimos, se podría decir. De todos modos, ¿qué coño pasa?

Piao colocó los billetes que quedaban del puñado encima del escritorio.

—Liu Qingde fue encontrado en el río, sin vida y sin identificación. Sin las yemas de los dedos. Sin ojos. A mí me suena a drogas. ¿Y a ti?

Zhen instantáneamente nervioso. Las palabras surgen rápidas. Cada sílaba subrayada por el sudor que le resbala por los dos lados de la cara.

—Rompimos, pero no fue para tanto. No fue para tanto. Yo no tuve nada que ver con eso... No me ocupo de operaciones en que se mata a la gente. Ni siquiera a gente que se me enfrenta. Claro, le sacudí un poco. Le metí miedo en el cuerpo por tratar de joderme. Pero hacerle lo que dices que le hicieron... sin ojos, ni las jodidas yemas de los dedos... olvídalos, no es cosa mía. Yo no hago ese tipo de cosas. Comprueba mi ficha.

El fuego se había apagado, ascuas de un rubí apagado entre capas como de pasta de papel negro. Y entre la mierda que decía Zhen, unas chispas que Piao reconoció como auténticas.

—Conozco tu ficha. Es lo que no sabemos de ti lo que me preocupa. Un hombre como tú es capaz de cualquier cosa cuando se trata de esta mierda.

El inspector jefe esparció un montón de billetes de yuan. Un tablero lleno de billetes de banco que se deslizan en una avalancha anémica impresa. Dinero... para Piao era dulce y amargo. Sostenía sus sueños; aplastaba sus sueños. Pero siempre, al mencionarlo, traía recuerdos. Recuerdos. Se acuerda de los suspiros de ella, con los ojos medio apartados de él.

¿Por qué tenemos que ser pobres siempre? No puedo gastar diez yuanes

en cosas mías sin sentirme culpable... pensando que los debería haber gastado en cosas de comer. Sueño con perfume, ropa nueva... y niños, niños gordos.

Y bebés... *nemma bai, nemma pang*. Muy blancos, muy gordos.

—No me eches la culpa de eso. Hace un mes que no he visto a Qingde. No era una persona precisamente popular por aquí. Debe de haber por lo menos mil a los que les habría gustado liquidar a ese mierda. Pero yo no era de éstos. Tengo mucho que perder...

Asintió con la cabeza hacia el tablero, los billetes de banco, sonriendo. Dientes immaculados, recién empastados. Una pared de porcelana blanqueada con lejía.

—... podría hablar con algunos de ellos. Te daré una jodida lista. Empieza con el hermanastro de Qingde. Probablemente también se haya atravesado en su camino. Xie es un hombre poderoso, no un tipo al que se deba perder de vista, sea hermanastro o no.

—¿Trabajaba para Xie?

—Oí rumores.

—¿Qué hacía para Xie?

—Lo normal. Chicas. Protección. Xie se ocupa de todo en Hongkou y Pudong. Con todas esas empresas extranjeras establecidas a lo largo del río se hace negocio.

—¿Y drogas?

Zhen asintió con la cabeza, pero advierte algo que se le enciende al fondo de la mirada. Deja de hacer fuerza entre los brazos de Yaobang. Una expresión de bravuconería.

—Tú no sabías que Qingde y Xie eran hermanastros, ¿eh? Un jodido policía del departamento de Seguridad Pública y no lo sabías.

Piao notó que la rabia le subía al cuello, un collar de acero. Necesitaba quitárselo. El caso estaba adquiriendo velocidad. Demasiada velocidad. Como un camión que baja una cuesta sin control. Debería haber sabido lo de Xie, lo de cada miembro de la familia de Qingde. Debería haberlo sabido todo de aquel mierda. Qué número de calzoncillos usaba. En qué pensaba antes de dormirse; en qué pensaba nada más despertar. Todo eso estaría en los informes, la pila sin fondo de color amarillo amontonada en la mesa de su

casa, junto a una botella medio llena de Tsingtao. La pila sin fondo de color amarillo que no había tenido tiempo de leer. Se desplazó en torno a la mesa, pasando junto a la chica. El cuerpo de ella, un gancho para colgar los sueños.

—No somos infalibles, no necesitamos serlo. Pero un mierda como tú, bueno, eso es otra cuestión. Deberás tener mucho cuidado a partir de ahora, señor dueño de restaurante. Como ves, ahora conocemos tus puntos débiles.

El inspector jefe pasa una mano por encima del tablero de la mesa; dos montones de billetes de banco caen a la papelera. Zhen hace esfuerzos contra los brazos del Grande: las patas del sillón tamborilean en el suelo.

—Hijoputa. Cabrón.

Las llamas adquieren altura gradualmente. De blanco a amarillo, a naranja. Piao empuja otro montón de billetes a las llamas.

—Ten cuidado, señor Zhen. Para un hombre, saber las debilidades de otro hombre constituye un arma poderosa. *Es una astilla clavada en el alma.*

El inspector jefe recogió la pistola del suelo, quitando el cargador de nueve disparos. Se dirigió a la puerta. Con un asentimiento de cabeza, Yaobang soltó los brazos y pasó rozándose con la secretaria.

—¿Le apetecería tomar una copa o dos conmigo una tarde de éstas?

Él sonrió. Los ojos de la chica, muertos. Su pregunta quedó allí suspensa como el fideo seco de la solapa de su chaqueta.

—Me parece que no.

Abrió la puerta y salieron al descansillo. Su última visión de Zhen; arrodillado junto a la papelera, con los dedos rebuscando entre las ascuas, tratando de recuperar los billetes de diez yuanes a medio quemar.

* * *

Se dirigieron a los coches. Los antepasados lloraban una fina llovizna... ineludible. La calle Xizang oculta tras una fina gasa de niebla. Todo desprovisto de halo, suavizado. Los coches parecen más lentos. Las palabras también. Yaobang enciende un China Brand, haciendo un gesto con el paquete hacia Piao. Estaba hasta arriba de tabaco. Una semana de Panda, la suavidad del tabaco importado. Declinó la invitación.

—Ese Xie, jefe, no debería ser demasiado difícil de encontrar. Revisaré

sus expedientes y pondré algunos de los sitios donde para en una lista.

El inspector jefe podía notar el humo del cigarrillo suspendido en el aire húmedo. Le resultaba familiar. Lo sentía como propio.

—La lista, no te molestes. Sé dónde encontrar a Xie...

A lo lejos, un gemido, largo, duradero. Un carguero que se desliza a ciegas río abajo. Piao se pregunta si su tripulación pensaría en el sol, caliente e intenso, que quedaba atrás.

—... lo detuvieron hace un mes. Está en Gongdelin...

—Suen a que es el sitio adecuado para un trozo de mierda como él. Pero no puede haber participado en el asesinato de Qingde y los demás si estaba encerrado en el Bosque de la Virtud, jefe.

—Los tentáculos del pulpo pueden golpear más allá de la cueva en la que está descansando.

Yaobang tiró la colilla a la acera con una cólera de chispas. La pisó según pasaba.

—Deberíamos hacerle una visita, ¿eh, jefe? Un hombre tan ocupado como ése en el Bosque de la Virtud. Probablemente se sienta muy solo.

El Bosque de la Virtud. Aquel nombre vuelve a salir a relucir. Como un dolor de muelas, exigía atención.

Que le dieran por culo a la tos. Que le dieran por culo al dolor en el pecho. Piao cedió y aceptó uno de los China Brand del Grande; le supo a todas las esperanzas sin cumplir.

—Sí, debe de estar muy solo en Gongdelin —dijo, entre el humo.

—Haremos una visita amistosa al ciudadano Xie.

Se calentó las manos con el aliento cargado de humo. El coche estaba frío. El piso estaría más frío todavía. Condujo a casa.

Capítulo 16

Expedientes. Recorre páginas escritas a máquina, un lento desfile de fechas, números de serie, detalles de confidentes, visados de autorizaciones internas/externas, datos de detenciones y encarcelamientos. Se sacaba poco con el aburrimiento de su lectura, puntuada únicamente por China Brand y teteras de té de jazmín. Le dejan con toses y un regusto en la boca a polvo de té y dedos callosos de los que lo recogen.

Yongshe. Feng. Decai. Era como había dicho Rentang. Todos habían estado encerrados en Gongdelin. Todos habían sido delincuentes habituales, descontentos o locos. Una retahíla de detalles de detenciones, números de acusación, admisiones en el hospital... fluye de sus expedientes en ríos de escritura a máquina. Cada vida lleva irrevocablemente a ese delito por el que el Estado consideraba que se debía morir. Al fondo de cada expediente, una gruesa marca roja que significa que las ejecuciones han tenido lugar. La breve caminata. Obligados a ponerse de rodillas. El fusil disparando su carga en la nuca. Todos habían sido ejecutados con balas, justo un día antes de que los hubieran sacado del Huangpu. Mutilados... cada brizna de prueba que los podría haber identificado arrancada, erradicada, suprimida de sus cuerpos. Sin embargo, las normas para el tratamiento de los cuerpos de los presos ejecutados eran estrictas y siempre se cumplían. Después de la ejecución, tanto si se llevaba a cabo en el patio de una cárcel estatal como en un estadio, si se trataba de una ejecución importante, a los cuerpos se los llevaba para la incineración inmediata. Si el Estado lo deseaba, los parientes del preso podían reclamar las cenizas. Si el Estado no lo deseaba, las cenizas serían tratadas como el funcionario encargado considerara conveniente. Los cuerpos de los ejecutados, a fin de cuentas, eran propiedad del Estado. De eso no había duda.

Piao recogió los expedientes. Las caras, de un monocolor granujiento, perdidas en una confusión de papeles. Vidas ahora vividas sólo como un número de serie y como píxeles de una pantalla de ordenador. La habitación se estaba quedando fría; el té también. Piao se echó una manta por encima, llevándose la taza a los labios. Era un sabor a largos días de verano, totalmente en desacuerdo con la hora. También en desacuerdo y sin encajar, los cuatro hombres ejecutados por el Estado e incinerados el cuatro de aquel mes. ¡Cuatro hombres, los mismos hombres, encontrados asesinados, mutilados, pero sacados del Huangpu el cinco del mismo mes!

El inspector jefe leyó un expediente más antes de tumbarse en la cama. Leer el expediente lleva minutos. Conciliar el sueño, bastante más. Mucho más.

Ye Yang. Fecha y lugar de nacimiento. Número de pasaporte estadounidense. Color de los ojos. Color del pelo. Situación marital. Unas cuantas fechas de movimientos de entrada y salida del país. Número de visados. Intervalos. Huesos pelados. Él necesitaba la carne, el músculo, la piel. Ye Yang... una llave para una cerradura sobre la que Piao sólo podía hacer suposiciones. Todo lo que sabía, todo lo que no sabía, parece depender en último término de corazonadas, sin la red de seguridad del conocimiento o de la prueba. Era un territorio que le resultaba familiar, pero en el que todavía se sentía incómodo. Peligroso.

* * *

No podía recordar el instante en que el sueño se adueñó de él. La transición, inmediata, de leer los informes a los documentos dispersos por el suelo. La taza de su mano ladeada. El té que quedaba, meados amarillos, derramándose por encima del borde de la taza y cayendo a la sábana. El sueño fue monótono. Una extensión de tiempo sin ninguna marca. Cuando despertó, la mancha de té se había secado. Se lavó y se vistió. Estaba pensando en ella cuando se produjo la llamada telefónica de Barbara.

—Hoy es tu día libre. ¿Por qué no me enseñas Shanghai, inspector jefe Sun Piao?

Él todavía tenía el pelo mojado, sin peinar, como fideos teñidos con tinta

de pulpo. Se lo alisó con las dos palmas.

—Estaré en la puerta de tu hotel dentro de media hora.

* * *

El día tenía un cierto brillo. Un cielo azul desprovisto de las magulladuras y rozaduras de las nubes. Era raro en aquella época del año. Todo Shanghai parecía disfrutar del buen tiempo. Los Long hervían de gente, y tendederos con ropa lavada colgaban de un lado a otro de las calles en oleadas de tela blanca.

La mañana la pasaron en Yufosi, en el templo del Buda de Jade. Más al norte, la tumba de Lu Xun. Y luego abajo a Zhongshandong Lu, un trayecto por el río, dos horas hasta donde el Huangpu se convierte en el Yangtze. Piao con camisa blanca, las mangas remangadas. El sol, un beso caliente en su piel. La ciudad, sólo un telón de fondo para la visión de ella. Sus ojos no la dejaron ni un segundo. No se pierde nada. Los tirantes de su vestido, que se le deslizan por el hombro. Las perezosas comisuras de los labios que se le alzan. La soltura con la que cruzaba las piernas. Las descruza... el color rosa de su muslo, que se vuelve blanco.

Comieron en el Xinya, de Nanjing Lu. Sopa de trueno de primavera, blanca carne de pollo y arroz churruscado... el arroz depositado y rascado de los cacharros de cocinar, y luego secado en el horno, producía un claro sonido a trueno cuando se servía con el caldo. Pato lacado, el aromático exterior del color de miel y caramelo que se deshacía en la boca. *Guiyu*, el pescado de los mandarines... cortado y semicaramelizado, que parece adquirir la forma de las flores del crisantemo. Fideos barba de dragón. Y de postre, lichis, quinotos — las naranjas chinas— y longan... «ojo de dragón».

Después del almuerzo, se dirigen en coche al sudoeste atravesando la antigua concesión francesa. La Pagoda Longhua, con sus siete pisos de ladrillo, balcones de madera y pilares rojos lacados, parecía un tomillo de madera que se hacía girar lentamente para introducirlo en el azul del día. En el parque contiguo al templo tomaron té de jazmín, hecho con flores crema y hojas negras que bailaban. Un aroma que tendrían las palabras secretas. La conversación animada se interrumpe sólo cuando dentro del coche, en Zhongshanxi Lu, la circulación se convierte en una pared sólida de acero

jadeante. Piao ataja por Tianyajiao Lu, dirigiéndose al norte... la circulación se detiene por completo a la vista del estadio cubierto. Una multitud de gente se mueve muy despacio por las aceras dirigiéndose en una dirección. Un camión Liberación se detuvo al lado de Piao, una riada de uniformes verde oliva salieron de él. Cuerpos delgados y con gorras con brillantes viseras negras caladas hasta los ojos. Sus rasgos tallados por el mismo artista a partir del mismo modelo. El inspector jefe mostró su placa.

—¿Problemas?

El conductor dejó de hurgarse los dientes, se secó el dedo en la parte de abajo del salpicadero y enderezó su postura.

—Para nosotros no, camarada inspector.

—¿Entonces para quién?

—Wang y los otros dos. Hoy es el día en que recogen su premio. Es dentro de una hora, en el estadio.

Piao golpeó el volante con el canto de la mano.

—Mierda.

El conductor sonrió. Inspectores... siempre muertos de prisa. Sobre todo cuando era el día de paga.

—¿Dónde ha estado usted, camarada inspector, en la luna? La de Wang es la ejecución del año.

No había espacio para dar la vuelta. Tendrían que aparcar y esperar hasta que se libranan de la multitud y pudieran tomar un taxi normal o uno de pedales. Él, enfadado, pisó el acelerador en punto muerto, con los ojos clavados en el conductor del camión Liberación.

—He estado investigando asesinatos, camarada agente... ¿y qué ha hecho usted, investigar las separaciones entre sus dientes?

El conductor sonrió y subió la ventanilla del camión; continuaba hurgándose los dientes. Piao aparcó y condujo a Barbara entre la multitud, alejándose del estadio.

—¿Qué pasa? ¿Adónde vamos?

Para entonces ya deberían estar de vuelta en el Jing Jiang. Tomando café. Tomando Dukang. Él, ella, lejos de todos los demás. El resto del mundo a un lado y colgado a secar de un gancho.

—Nos debemos ir, es malo estar aquí.

—Pero ¿por qué? Esto no parece peligroso. Fíjate en la gente, parece que se lo está pasando bien. Hay mucho movimiento alrededor de este sitio.

El inspector jefe aceleró el paso, tirando de ella.

—No, no, no es bueno. Debemos marcharnos.

—Pero ¿por qué?

—Debemos irnos. Debemos hacerlo.

Barbara se detuvo en seco. Retorció el brazo para librarse de la garra de él. Una separación entre ellos, la multitud pasaba por el medio.

—¿Qué pasa? Lo estás echando a perder. Estamos pasando un día estupendo y se te ocurre hacerme algo así.

Mirada herida. Piao se abre paso hacia ella, que baja los brazos, colocándose los a los costados.

—Al estadio cubierto, ahí es adonde van...

Sus ojos se apartan de los de ella y vuelve la cabeza para mirar el reflejo de su cara en el escaparate de una tienda, el carnaval que pasaba detrás de él.

Mucho movimiento... gente que se lo pasa bien... nada peligroso.

—... se dirigen a ver una ejecución pública.

* * *

El estadio estaba lleno; su capacidad era de veinticinco mil espectadores sentados. El inspector jefe enseñó su placa una vez más. Le respondió un saludo.

—Todavía nos podemos ir. No tenemos que estar aquí.

Barbara negó con la cabeza. Estaba cerca de él, casi podía notar el sabor de su pintura de labios; quiere saborear su pintura de labios.

—Siento la necesidad de verlo —fue todo lo que dijo ella.

—Pero, ¿por qué? Tú no tienes que verlo.

—Siento necesidad de verlo... —repitió ella. Y Piao lo sabía: a veces conocer directamente la muerte es algo que se debe probar. No leer sobre ello. No estudiarlo. Ni verlo en la pantalla de un cine. Sino probarlo. Asintió con la cabeza, y, agarrándola con firmeza del brazo, avanzaron. Se detuvieron en el túnel, en la sombra, lejos de los cegadores focos. En el centro del terreno, un estrado estaba inundado por arcos voltaicos y ya sembrado de altos

funcionarios con traje negro y de agentes del departamento de Seguridad Pública de punta en blanco. Un camión descubierto avanzó por el túnel desde la calle. Un motor que zumbaba grave, eructando vapores de gasóleo. Pasó justo al lado de ellos, cargado de uniformes verde oliva. Caras impasibles de pómulos altos, algunas con gafas de cristales oscuros que no reflejaban la luz. En la parte delantera de la caja, tres figuras. Dos con camisa blanca, la mirada baja. Entre ellos un hombre más alto. Guapo, chaqueta negra abrochada hasta el cuello. De un estilo y corte sofisticados, no chinos. En los hombros, las manos con guantes blancos de los agentes del departamento de Seguridad Pública. El camión quedó bajo los arcos voltaicos. Los cristales oscuros de los agentes brillaban blancos.

—Se llama Wang Jianye. Fue un alto cargo, el jefe de planificación de Shenzhen, en el sur. Aceptó sobornos de millón y medio de dólares mientras era director de un departamento de planificación municipal. También mantenía a una amante. Lo extraditaron desde Tailandia para juzgarlo.

El camión se acercó al estrado y se detuvo, los agentes del departamento de Seguridad Pública se apearon.

Rodearon a los tres que traían y avanzaron desde el vehículo; uno de ellos sostenido por debajo de los brazos, las piernas arrastrando detrás de él. Wang avanza con más confianza. Se entreveía una sensación de resignación en cada paso.

—¿Quiénes son los otros dos de camisa blanca?

—Funcionarios. Peces sin importancia. Cargos menores. Wang es el importante. El funcionario de mayor rango que se haya juzgado y condenado nunca. Beijing está realizando una campaña de anticorrupción. Hay mucha preocupación por el aumento constante de los delitos económicos. Los funcionarios más importantes han ordenado que la campaña se lleve a cabo con un vigor renovado. Wang es el ejemplo que demuestra que la campaña funciona...

Piao enciende un cigarrillo, y le ofrece uno a Barbara. Ella declinó la invitación.

—Hasta ahora no he presenciado una ejecución. Siempre he conseguido que me destinaran a otras cuestiones.

Ella se echó hacia delante y le agarró de la mano. Los dedos de él, fríos,

rígidos. Empujaron hacia delante a Wang, al que flanqueaban dos agentes. Se levantó un agente y leyó una relación de sus delitos con una voz que era dura y amplificadora, emitida por los altavoces para que la oyera la multitud.

—¡Injusticia! ¡Soy inocente! —grita Wang, con voz débil. La multitud inicia una salmodia de «muerte, muerte». Y luego todo pasa muy deprisa. Dos agentes del departamento de Seguridad Pública sujetan los brazos de Wang detrás, como frágiles alas negras. Le obligan a arrodillarse. Los agentes dan unos pasos atrás, pero Wang sigue en aquella posición como si estuviera transfigurado por el momento; el transcurso de los segundos que terminarían con su vida. Un tercer agente se adelanta, con un rechoncho fusil en la mano. Se prepara. El extremo del cañón apoyado con firmeza en la base del cráneo de Wang. Acero... muy frío, besando la piel. Un penacho de humo, de un blanco plateado, en una espiral perezosa. Wang sale lanzado hacia delante. Y luego el sonido. No el estampido nítido que había esperado Barbara, más bien un ruido sordo que pareció estallar dentro de ella. Aquello pareció incluir, contener, todos los actos violentos que hubiera visto alguna vez.

—Dios mío.

Sintió que daba un salto. Un entumecimiento que se abre paso desde sus piernas. La mano de Piao aprieta la suya. Con su otro brazo rodeándole la cintura, pasan por el oscuro túnel, cruzan las barreras, hacia la calle. La cara de ella mira hacia atrás. Al cuerpo de miembros desmadejados de Wang lo cargan en el camión. Una humedad se extendía por la espalda de su chaqueta. Un vómito de sangre, escarlata, cae al verde... goteando desde su boca a la hierba. Sería incinerado dentro de un par de horas.

Salieron del estadio a la calle. Los altavoces proclaman la relación de delitos del siguiente reo que iban a ejecutar. Que era un «obstáculo para el progreso de la economía... un gusano en el saco de arroz».

El mundo había cambiado, la noche se convirtió en una oleada de faros de coches. Ahora todo era diferente.

Los ojos de Barbara se entrecerraron ante su resplandor.

—¿A cuántos ejecutan?

—No se sabe...

Piao se subió el cuello. Había una frialdad en el aire, el tiempo estaba

cambiando.

—... pero a muchos. Tenemos sesenta y ocho delitos que ahora se castigan con la muerte. Fraude, gamberrismo, especulación ilegal con acciones, difundir la superstición. Los delitos aumentan; las ejecuciones aumentan. En esta época del año tenemos muchas ejecuciones públicas en presencia de masas.

—¿Por qué en esta época del año?

El inspector jefe la llevó a Xietulu, encaminándose al este. Parejas de agentes del departamento de Seguridad Pública en los umbrales de las puertas, preparados para que la multitud circule por las calles. Piao hizo gesto a un mototaxi y se sentaron atrás. Asientos que huelen a meados y gasolina. La mano de Barbara busca la de él cuando el cochecillo motorizado se esforzaba por adquirir velocidad.

—Dijiste que en esta época del año... ¿hay más ejecuciones en esta época?

El inspector jefe retiró su mano de la de ella y encendió otro cigarrillo; sus rasgos se desplazaron a un lado debido al resplandor de la llama.

—Es casi el Año Nuevo lunar. Es una época de tradiciones. Se compra ropa nueva, se corta el pelo, se pagan las deudas. Se colocan en todas partes personajes de la buena suerte. Las familias se reúnen para una fiesta. Pasteles especiales y *niangao*, «tartas que cada año son un poco más altas»...

Se acercó más. Barbara veía la punta naranja de su cigarrillo reflejada en los ojos de él. La piel del color del bronce.

—... el Año Nuevo también es una época tradicional para liquidar cuentas pendientes. Una época tradicional para llevar a cabo venganzas.

El escape de otro mototaxi que pasaba devolvió a Barbara al estadio. Wang cae hacia delante, la sombra se hace más pequeña. La multitud en silencio. El agente del departamento de Seguridad Pública da un paso atrás. El humo sale del cañón del fusil. Caían las lágrimas y ella no las podía contener, le corrían por las mejillas mientras el brazo de Piao la rodeaba; la áspera chaqueta de él olía a soledad y esperanza.

Una época tradicional para llevar a cabo venganzas.

¿Cómo se podía haber institucionalizado tanto la crueldad?

El mototaxi había adquirido velocidad. Ella cerró los ojos. La luz que llegaba de una farola callejera tras otra se convierte en violeta a través de sus

párpados. Cada pulsación la lleva más lejos del estadio. Cuánto deseaba que la llevaran lejos del estadio.

* * *

El Jing Jiang parecía como si fuera otro mundo; puede que lo fuera. Los turistas con su olor a jabón, cuero, perfume... y compras realizadas con dinero negro. Su atención centrada ya en el próximo destino de su itinerario de veintiún días. Piao la acompañó a la habitación.

—Mañana irás a la cárcel Gongdelin. Quiero acompañarte.

Él notó que se le echaba inmediatamente encima el peso de la petición. Comprende las palabras, pero no comprende el motivo que las respalda.

—¿Por qué quieres ver un sitio como ése?

—Necesito situar la muerte de Bobby en algún tipo de contexto...

Un centenar de razones para decir que no. Barbara le pone dos dedos en los labios.

—... no iras a fallarme, ¿verdad? Quedamos de acuerdo en ayudarnos entre nosotros, no en estorbarnos.

La frialdad de las puntas de los dedos de ella en sus labios. Le entraron ganas de besarlos, de morderlos. Barbara sólo los retiró cuando él sonrió. Abrió la puerta. Encendida la luz, se desliza dentro. Al cerrar la puerta entre ellos, por una abertura de treinta centímetros se derramó luz color rosa. La cabeza de ella se apoyó en el marco.

—Si de verdad me quieres ayudar, haz eso por mí...

La puerta se cerró hasta dejar una fina rendija. Rosa sobre rosa. Los labios de ella. Su mejilla. Las puntas de sus dedos.

—... haz eso por mí y luego sécame las lágrimas.

Él no tuvo tiempo para responder; la puerta se cerró.

* * *

Piao estaba en el ascensor cuando se abrió la puerta de ella, que dijo su nombre; la sonrisa todavía le rondaba por la boca.

—Gracias por este día tan especial, Sun. Significó mucho para mí.

Abrió la puerta un poco más. El lado de su cara acariciado por colores pastel.

—La ejecución. Era algo que tenía que ver. ¿Lo entiendes?

Él asintió. A veces uno debe hacer del horror un punto de referencia para reconocer nuevamente su cara, en la vida propia o en las vidas de los demás. Ella se echó hacia delante, llevando una mano al brazo de él, a su hombro, a su nuca. Se lo acercó más. Sus labios en los de él. Fresas tocando piedra. Un largo beso. ¿De agradecimiento? ¿De amistad? Aquello parecía más... Piao sabía que era más.

La puerta se cerró. Él volvió a la boca abierta del ascensor... secándole ya mentalmente las lágrimas.

Un Shanghai Sedán negro en la esquina de las avenidas... los cruces de calles que se reúnen en una.

Un Shanghai Sedán negro... en todas partes a las que iban. El motor funcionando perezosamente.

Él lo había visto, ella lo había visto.

Junto al templo del Buda de Jade. Siguiéndoles un corto trecho desde Zhongshandong Lu, cuando habían recorrido el Huangpu hasta que se convierte en Yangtze. Cuando tomaron pato lacado en el Xinya, enrollado en un cigarro hecho con una tortita fina, cebolla tierna y salsa de ciruela roja... el Shanghai Sedán negro enfrente, en la sombra. En el parque cerca de la Pagoda Longhua cuando tomaron té, jazmín en los labios y el aliento de ella... entre los árboles, el perfil del Sedán roto de verde sobre verde fundido.

Él lo había visto, ella lo había visto.

Pero ni una palabra. Ni una pregunta. ¿Por qué?

* * *

Cuatro cabinas telefónicas en el vestíbulo del hotel Jin Jiang... UN... DON... DIN...

Cuanto más al azar eligiera, ¿menos oportunidades de que lo intervinieran? UN... DON... DIN...

Las cabinas de teléfono. No van a tener intervenidos los teléfonos del vestíbulo... ¿o sí? Qué sentido tendría, los usa mucha gente. ¿Cómo podrían

distinguir las llamadas de quienes los utilizan?

UN... DON... DIN...

Soltando tacos interiormente. El teléfono por satélite que le había ofrecido Carmichael. ¿Por qué había insistido él?

¿Por qué no lo había aceptado ella?

DIN... la cabina más a la derecha.

DIN... la segunda a la izquierda.

DIN... la primera cabina.

Esperó hasta que queda libre la cabina del centro. El auricular todavía caliente... gotas de condensación en la baquelita. Se repitió para sí misma el número privado de Carmichael. Llamada directa. Una bolsa llena de yuanes en monedas en el bolsillo, y una apretada agenda en la cabeza...

—¿Desde dónde estás telefoneando?

—Desde el hotel. El Jing Jiang.

—Dios santo. Cuelga el auricular.

—¿Por qué?

—Cuelga, estarán grabando.

—Estoy en el vestíbulo, es seguro. Tiene que ser seguro.

—No es seguro. Algo más seguro.

—Es seguro... y tenía que hablar contigo y tú tienes que escuchar.

Silencio... Al fondo un latido electrónico sonaba cada medio segundo.

—Entonces habla. Habla deprisa. Nada de nombres. Nada de detalles precisos. Sólo generalidades. ¿Entiendes?

Silencio... el latido más fuerte... más rápido. El borde de un tambor golpeado a ritmo de marcha, de carrera.

—Quiero que tus invisibles amigos dejen de seguirme. ¿Entendido?

Silencio.

—¿Fue idea tuya? Tengo la impresión de que fue idea tuya.

—Necesitas ayuda. Pueden estar pasando más cosas de las que parece.

Los otros pueden ejercer presión. Saben que eres una madre.

—Antes soy una política.

—Ellos lo saben mejor que tú. Antes que nada eres madre.

—Yo sé lo que soy.

—Vale. Si eso es lo que quieres.

—Es lo que quiero. También hay otros... que vigilan. Quiero estar preparada para cualquier eventualidad. ¿Sabes lo que estoy diciendo? Mi amigo, el camarada. Hagamos un agujero. Miel y mierda, ¿vale? Y luego prepara unos envoltorios para que me los lleve de excursión. Carmichael se rió.

—Palabras de una persona dura. Arreglos en privado. El terreno que es mi especialidad.

—Creí que te gustaría. ¿Y el otro trabajo que dejé a tu cargo... el trabajo de campo y la lista de la compra?

—De nuevo un terreno especialidad mía. Mis compras para Navidad ya están casi completas.

Un sonido de estática.

—Me estoy quedando sin cambio. Te veré pronto. —Acuérdate de que eres una madre. Ellos lo saben. ¿Estás bien? Estás...

Silencio... la línea sin vida. El océano de la estática, la quietud.

* * *

Mantuvo pegado el auricular a la oreja algo de tiempo después de que la llamada hubiera terminado, esperando escuchar el revelador «clic» de una línea intervenida. Un «clic» que nunca llegó. El silencio parece tragarla entera. Y dentro de su cabeza, el único sonido del universo era la letra de una canción cuyo título no conseguía recordar...

... recogerás lo que siembres...

... recogerás lo que siembres...

Capítulo 17

Mucho después de que abandones Gongdelin, «El Bosque de la Virtud», éste permanecerá en tu mente. Si te pidieran una descripción, hay sólo una imagen que lo resume... la de un puño apretado.

Un enorme y amenazador puño apretado.

* * *

El coche se acercó a la gran puerta claveteada flanqueada por cámaras de vídeo y guardias de seguridad armados. Una rendija de luz aparece en el centro, las dos mitades se abren deslizándose y arrojan una luz gris alimentada por tragaluces sucios y reflectores descoloridos, sujetos a cables y polvo cubierto de telarañas. De pronto Barbara tuvo una repentina imagen de Jonás al ser tragado por la ballena. Un brillo de sudor se abre paso en su frente cuando las puertas se cierran a sus espaldas y se oye el ruido sordo de cerrojos que se echan. ¿Cómo se iba a poder acostumbrar nadie a un sitio como aquél, ni después de cinco, diez, veinte años? El ruido de llaves, de cerraduras, de portazos.

—Esto es una locura. No debí dejar que me convencieras para que te trajera. No debería haberme dejado...

Los dedos del inspector jefe tamborilean en el volante con cada palabra dicha, con cada palabra no dicha.

—... recuerda, eres miembro del comité de libertades vigiladas del estado de Washington...

Piao dio unos golpecitos a los papeles que ella tenía sujetos entre los dedos.

—... está todo en los documentos para desplazamientos internos y los

permisos de las autoridades. No es probable que lo pongan en duda, estar conmigo será suficiente, pero es mejor que estés preparada. Sí, mejor que estés preparada.

Barreras delante: rojo, blanco, rayas de barras de caramelo. Guardias que salen de una oficina a los costados del coche. Las viseras de sus gorras, como hojas de afeitar, rebanan los puentes de la nariz.

Barbara notó que se le contraía el estómago. Un sabor a acero engrasado en la lengua. Pierde el color de la cara.

—¿Documentos?

Piao enseñó la placa. Un breve relampagueo en los ojos del guardia. Un saludo instantáneo.

—Aparque su coche en la dársena 13, inspector jefe. Un agente le llevará con el camarada director de la cárcel.

La barrera se alzó. Piao avanzó con el coche. Ni siquiera habían mirado los papeles de Barbara. Ella se los guardó en el bolso, con un matiz de desencanto en los ojos. El inspector jefe todavía murmura...

—No debería haberme dejado...

* * *

El despacho del director de la cárcel, Mai Lin Hua, estaba en un bloque de servicios administrativos agradable lo más lejos posible de los largos pasillos de las alas beis conejo, las celdas que los salpicaban como tumores, y su contenido... las cabezas arrugadas a las que se referían como «huéspedes». Huéspedes. Un nombre que no recogía ni de cerca el horror de no poder abandonar la firme garra de Gongdelin.

La mesa de despacho de Hua estaba ordenada, lo mismo que su cara. Una neutralidad en ella que hacía que se la olvidase a los pocos segundos de salir de su despacho. Sobre la mesa una gran fotografía... dos niños de unos ocho o diez años de edad. Era difícil decir qué edad tenían porque eran exactamente iguales que su padre. En sus rasgos nada especialmente destacable que sirviera de punto de referencia. También se olvidarían a los pocos segundos.

—Por favor... siéntese, siéntese, siéntese.

Su inglés espasmódico, torpe.

—Un honor. Un honor. Una colega de Estados Unidos. De Washington. Podemos tomar café. Sí... café. A los estadounidenses les gusta el café, ¿no?

Barbara asintió con la cabeza.

—Y luego haremos una visita. Una visita. Debe hacer una visita. Lo tenemos preparado para usted. No muchas veces viene una visitante tan ilustre. Una visitante extranjera. Nos avisaron hace poco. Hace muy poco, pero estamos preparados.

Ella se descubrió sonriendo, como una idiota, sonriendo.

—¿Están preparados?

—La orquesta. Nuestra orquesta sinfónica de veinticinco miembros. La ha formado Ma Yi Ping. Es el director. Fuera era músico. Sí, músico... y ladrón, claro. Por eso está aquí. Siete años. Ahora sólo dirige. Aprendió a hacerlo aquí. A nuestro grupo de danza también lo verá, ¿sí? Y a nuestro tenor de ópera solista y al coro mixto.

Barbara notó que la sonrisa se le borraba de la cara.

—Sí, sí. Tenemos muchos planes para nuestra visitante extranjera, inspector jefe. Vaya. Vaya. Mi ayudante le llevará a ver a los huéspedes que usted pidió. Su agente Yaobang se reunirá allí con usted. Le iremos a buscar después. Vaya. Vaya.

Hizo un gesto con la mano a Piao de que se fuera cuando se abrió la puerta, y un hombre, el ayudante, su cara tan amenazadora como una navaja, entró en la habitación y saludó. El director de la cárcel, Hua, resplandeció, sus ojos se arrugaron. Cráteres de carne de una piel que se hundía.

—Vaya. Vaya.

Piao sonrió a Barbara cuando pasó junto a ella.

—Que te diviertas.

—Se divertirá. Se divertirá —contestó Hua, mientras acompañaba al inspector jefe afuera, cerrando la puerta.

* * *

De un núcleo de hierro de panópticos y escaleras de caracol abiertas envueltas en una telaraña de malla de acero salían los pasillos como radios de una rueda. Una claridad en ellos, una limpieza que parecía darse de cabeza

contra el horror del encarcelamiento. En los pasillos, en las celdas, las luces estaban encendidas constantemente, día y noche... los límites temporales convertidos en un único borroso y enorme trecho de intensa luz blanca. Las puertas de las celdas tenían paneles de cristal reforzado. Se exigía que los presos durmieran de cara al cristal para que los guardianes los pudieran vigilar. Si un «huésped» se daba la vuelta al dormir, los guardianes lo despertarían. Una oreja hinchada e infectada era algo común entre los que tenían que dormir sobre el mismo lado durante muchos años; en tales casos se te permitía dar la vuelta. Y del núcleo central, constantemente, la salva de portazos. De gritos, de amenazas. De vidas a las que se dejaba cocer en su propio jugo.

* * *

Xie tenía suerte, su celda contaba con una pequeña claraboya. A través de ella se podían ver las nubes, troceadas en pequeñas porciones por las rejas repintadas de negro. Era un raro privilegio... dejar que supieras cuándo era de día, dejar que supieras cuándo era de noche.

Una rendija de luz solar había encontrado la pared más alejada. Xie se sentaba dentro de ella. Le atravesaba la cara con un afilado navajazo amarillo. Le alargaba la nariz. Le dividía el labio. Partía su barbilla, cuello, pecho. Tenía los ojos cerrados, que sólo abrió cuando se interrumpió el silencio.

—Tienes visita.

El ayudante hizo un gesto con la cabeza a Piao y se dirigió hacia la puerta.

—Estaré fuera.

La puerta se cierra... cerrada. Párpados que se alzan perezosamente sobre unos ojos instantáneamente alerta, amarillos por el sol. Sus movimientos, su aspecto, al inspector jefe le recordaron a una salamandra calentándose.

—Usted ha tomado té de jazmín, inspector jefe Piao. Huele dulce. Le va bien...

Sus brazos se desplegaron lentamente.

—... y una mujer. Huele usted a mujer...

Los ojos semicerrados, el amarillo se extinguió cuando soltó el aliento, de modo largo y discontinuo por los agujeros de la nariz.

—... mmm, también dulce. Muy dulce. No el olor a esposa, a cebolla, harina, pañales meados, lágrimas...

Abrió los ojos del todo. Negros. Un negro como los charcos a medianoche.

—... no. Este olor es diferente. A loción para la piel, restaurante, encaje, pezones rosa. ¿Qué ha estado haciendo usted, inspector jefe?

Piao apartó con el pie el cuenco para la comida; éste hizo ruido contra las losas del suelo.

—Yo sólo huelo a mierda, Xie, y a montones de horas vacías.

El Grande dejó de estar a la sombra de Piao para acercarse a centímetros del preso... olisqueando.

—Sí, claramente a mierda, jefe. Casi insoportable.

La boca de Xie se abrió, sonriendo. Labios húmedos, lengua en sombra, parecía el profundo corte de un bisturí que saja una carne tersa. La piel se partió formando un mohín obsceno de labios de pez.

—No es a mi mierda a lo que huele. Es a su propia vida pudriéndose en la viña...

La sonrisa se mantiene cuando Xie centra su atención en el Grande.

—... un inspector compasivo, pero nunca será una persona lista, ni atractiva, ¿verdad? Eso siempre lo fue su hermano. Su hermano pequeño. Tantas alabanzas, tantas atenciones. Y usted fuera, mirando hacia dentro siempre...

Se puso de pie, una tensión en su postura.

—... consiguió lo que deseaba, inspector. Ahora tiene usted toda la atención. Él está muerto. Lo han volado.

—Hijoputa. ¡Hijoputa cabrón!

La cabeza del Grande, un martillo, con la frente golpeando en la nariz de Xie. Piao se lanzó hada ellos, empujando a Yaobang contra la puerta. El preso cae con fuerza contra la pared, deslizándose al suelo por ella, con las manos en la cara. Se ríe. Quita la protección de los dedos. El cardenal ya se extiende por su nariz y mejilla. Un hilo escarlata le sale por uno de los agujeros de la nariz. Corre por su boca, barbilla, cuello. La mano del inspector jefe se mantiene firme contra el pecho de Yaobang, que sube y baja violentamente con bruscas respiraciones.

—Ya estuvo bien. Basta.

—Pero ¿cómo sabe lo de mi hermano, jefe? Debe de haber tenido algo que ver, el muy hijoputa.

La mano asciende hasta el hombro del Grande.

—Esas cosas se saben. Cualquier daño que se haga a un agente del departamento de Seguridad Pública llega al conocimiento de un mierda como éste. Te está pinchando. Aquí dentro no tiene otra cosa que hacer. No ha tenido nada que ver. Y ahora volvamos al asunto.

Piao se arrodilló junto a Xie, la sangre salpica su camisa de presidiario floreciendo en ella como óxido. Y el olor... a pimienta, a algodón almidonado, y a ira, caliente y empaquetada, para que se abra otro día.

—Tú tienes un hermanastro, Liu Qingde; queremos que nos hables de él.

—Ha muerto.

Escupió las palabras como dardos.

—¿Cómo sabes que está muerto?

—Lo sé.

—¿Y qué más sabes?

—Es asunto mío lo que sé y suyo pasar las noches en vela por eso.

El flujo de sangre se interrumpió, se secó, como el lecho de un río cuarteado y árido que le caía por labios y barbilla.

—Tu hermanastro, Qingde, me importa un pijo. Pero los que mataron con él y los otros a los que mataron después sí me importan...

Piao enciende un Panda Brand, soltando el humo. El humo se retuerce en el espacio entre ellos. Xie lo podía saborear. Debía de estar pensando en la presión de la multitud en la calle Nanjing. Partidas de *ma-yong* a altas horas de la noche. El fuego del Dukang. Pensaría en lo estupendo que sería encender un cigarrillo.

—... noches en vela. Ya las he pasado y no me gustan. Pero la información que me vas a dar será de ayuda. De gran ayuda. Si te sirve de algo, considera tu colaboración como una especie de terapia para relajarte. Un modo muy profundo de ayudar a otro ser humano.

—Que le den por culo.

—Ésa no es una respuesta muy agradable. ¿Debo considerar que indica que no quieres mantener una relación terapéutica conmigo?

Ni por un momento se desvanece la sonrisa de Xie.

—Que le den por culo.

Piao se apartó a la puerta de la celda. Una sombra al otro lado del cristal, el ayudante del director, echa mano a las llaves. Mantienen una breve conversación; sus palabras enmarcadas entre las salvas de los portazos de las celdas, gritos desfigurados por los ecos. Penetra un olor... a desinfectante envolviendo una intensa peste a vómito.

—¿Todo preparado?

El ayudante entró en la celda con otros dos agentes; el nerviosismo se aferra a los bordes de sus ojos.

—Yo estoy en contra de esto.

El cigarrillo de Piao, una advertencia, arde naranja entre sus labios.

—Pero su superior, el director de la cárcel, Hua, no lo está, ¿verdad?

—No. No lo está.

—Entonces aguántese. Su falta de colaboración será debidamente señalada.

El ayudante asiente con la cabeza. Los agentes se echan hacia delante. Xie se echa hacia atrás.

—¿Qué está pasando? ¿Adónde coño me llevan?

Los dedos gordos de los pies se le alargan sobre el duro suelo enlosado cuando lo arrastran fuera de la celda. Una voz que se pierde a lo largo del pasillo. A lo lejos, la puerta de una celda que se abre, la puerta de una celda que se cierra con fuerza.

Silencio.

Piao encendió otro Panda Brand con el suyo y se lo ofrece al Grande. No apreciaría la sutileza del tabaco importado, pero ¡qué coño!

—Veinte minutos —dijo Yaobang, entre el humo.

—Diez —replicó el inspector jefe.

Se dieron una palmada con la mano.

* * *

La sinfonía número 40 en sol menor de Mozart. La «Obertura trágica», de Brahms. Y una versión del «Bolero», de Ravel, que dejaba atrás a la propia obra, que quedaba agotada en la batuta del director antes de llegar a la mitad.

La cara de Barbara expresaba dolor. Hace una mueca cuando Ma Yi Ping levanta la batuta... un suspiro de alivio se le escapa entre los dientes cuando se da cuenta de que eso sólo era una invitación para que la orquesta hiciera una reverencia. Otra reverencia, la sexta. Ella asintió con la cabeza. Ellos asintieron con la cabeza. Ella les aplaudió. Ellos la aplaudieron. Barbara se puso en pie, dándose la vuelta para dirigirse a la puerta, sus dedos ya tocaban el papel celofán del paquete de Marlboro, sólo para quedar interrumpida por el tenor solista de enorme pecho que se cruzó con ella dirigiéndose al estrado. Retiró la mano del bolso, volviendo hacia su butaca, preparándose. El solista, sabía ella, cumplía una condena por estafa. Un violador en la sección de barítonos del coro mixto. Ladronas entre las sopranos. Ma Yi Ping dio unos golpecitos con la batuta. Ella se sentó, sonriendo por sonreír. El director sonrió. La batuta cayó. Empezó Mahler.

* * *

Nueve minutos.

El Grande entregó a Piao un billete de diez yuanes cuando los guardianes trajeron a rastras a Xie por el pasillo y lo metieron en la celda. Sangre reciente en su cara. Los pantalones de presidiario desgarrados y arrastrándole de los pies. Los pantalones en torno a los tobillos. Las perlas blancas de las nalgas. Un solo brote de sangre florecía en su corazón y abría sus pétalos. Le tumbaron en la cama, mientras él se esforzaba por subirse la ropa. Continuaba sujetando el cinturón partido que le rodeaba la cintura con las dos manos. Desafío, humillación, luchaban por la supremacía en aquel sencillo acto.

—Qingde. Háblanos de él.

Xie alzó sus rodillas a la altura del pecho. Un óxido oscuro de humedad le salpicaba la culera de los pantalones. La mancha aumentaba, parecía el contorno de Australia. Pero ni una palabra. La sombra de Yaobang cayó sobre la cama, la pared.

—Nueve minutos. Me hizo perder diez jodidos yuanes. Siempre me jode mucho perder una apuesta, pero no me siento tan jodido como debe de estar el Oso del corredor. Así es como le llaman. El Oso. Un hijoputa peludo. También

fuerte. Estará jodido. Nueve minutos no van a satisfacer un apetito como el suyo...

Yaobang enciende un cigarrillo. Fue como si todo lo que no estuviera dentro de una celda, no estuviera dentro de una cárcel, quedara resumido en la simplicidad de aquella acción.

—... dicen que le gusta tomarse su jodido tiempo. Su última víctima fue un chico de diez años de Pudong. Dicen que estuvo por lo menos cuatro horas encima de él...

El humo del pitillo se desliza por el hombro de Xie. Cervezas calientes, mucha gente, las tetas perfumadas de una *yeh-ji*... todo eso estaba en su olor, en su sabor.

—... en cuatro horas puedes hacer lo que quieras a cualquiera. Mató al chico degollándolo. Y luego el hijoputa se lo volvió a follar...

Las rodillas de Xie se apretaron contra su pecho. Las palabras salen en un flujo monótono.

—Tenía que ver con una *wai-guo-ren*. Estadounidense. Yo la vi una vez. Parecía china, pero no lo era. Había otros, en Fudan. Él iba a la universidad, recogía un paquete y lo entregaba. Dos o tres veces al mes.

Ye Yang. Heywood. Bobby.

Piao se quedó de pie apoyado en la pared más alejada. La piedra pintada, fría, a lo largo de su espina dorsal. Fuera hacía sol; no lo podía ver, pero reconocía su presencia en la rendija de luz que le atravesó lentamente la cara. Y cuando hizo eso, fue tremendamente consciente de que le cortaría en dos. Un ojo, azul de niño de colegio... el otro, tan oscuro como la cabeza de un martillo.

—¿Dónde tenía que entregar los paquetes?

—En Heilongjian, Harbin. A cuatro horas de la ciudad, en la montañas Chang-Bai. Una granja en los campos nevados. Tenían una especie de taller allí. Él tenía documentos para hacer viajes internos que le entregaban todos los meses. Llegaban por correo...

Tosió. Mocos, sangre, lágrimas.

—... los extranjeros tienen amigos bien situados.

El inspector jefe se había colocado más cerca; el olor de Xie, ahora a mierda, un delicado hedor tan cortante como una hoja de afeitar.

—Un taller. ¿Dijiste que tenían un taller?

—Sí.

—Los paquetes, ¿de drogas?

—Podría ser. Él no lo decía. Si había dinero que ganar, se mostraba muy reservado. Su trabajo con la *wai-guo-ren*. Era callado, mudo. Debía de haber mucho dinero.

—O mucho miedo, ¿no?

Xie volvió la cara hacia el inspector jefe; rasgos desprovistos de los tonos de la piel. Blancos sobre una almohada blanca, casi desapareciendo en ella. Sólo la sangre, ahora tan parda como la piel bronceada de un viejo jubilado rico, señalaba el límite donde la cara se unía a la tela.

Asintió con la cabeza. Su lengua entre unos labios cortados, salados.

—Los extranjeros de Fudan, ¿sabes quiénes eran?

—No.

—¿Has oído alguna vez los nombres de Wei Yongshe, Hu Feng, Pei Decai, Yan Ziyang?

—No.

—La mujer. ¿Habló de ella, mencionó su nombre?

—No.

Piao alzó una ceja.

—No. Nada de nombres. Se lo pregunté muchas veces. Creí que yo podría participar en aquella operación, pero ellos no querían que fuera a más. No dijo nada. Me enteré de lo de la mujer porque yo le había seguido a él. Un día de paga.

—¿Dónde?

—Al hotel de la Paz. Debió de ser un día que le pagaron mucho. Fue directamente a comprarse un Volkswagen.

—¿Nuevo?

—Casi nuevo.

Claro que «casi» nuevo. Todo lo que compraban, todo lo referente a sus vidas, ¿no era «casi» nuevo?

El inspector jefe tocó sus cigarrillos. Quedaba uno y estaba partido por la mitad.

—El inspector Yaobang se quedará contigo un rato. Le darás todos los

detalles que sepas sobre el taller de Harbin. Todo lo que te contó Qingde de él, por muy insignificante que sea.

Xie movió débilmente las piernas a un lado de la cama, sentándose. Hace un gesto a Piao para que se le acerque. Cuando lo tiene a su alcance, le agarra por el cuello de la casaca. Su fuerza sorprendía. Obliga a que el inspector jefe baje a su nivel. Cara a cara. El río seco de sangre se detenía sobre su mejilla, su barbilla, corriendo junto a la barba incipiente de Piao.

—Yo no estaré aquí mucho tiempo más, inspector, y entonces iré a por usted. O a lo mejor a por los que más quiere. Sí, sí, eso es mejor. A por los que más quiere usted.

El inspector jefe se quitó la mano de la casaca. Dedo a dedo. Un botón da vueltas en el suelo.

¿Quién le podría coser uno nuevo?

Oyó la voz de Xie cuando se alejaba por el pasillo. Su tranquila retahíla de amenazas monótonas hendía la locura de portazos, órdenes ladradas, pensamientos susurrados. Sólo al llegar al núcleo central, donde los pasillos se entrecruzaban en una telaraña de acero, se dio cuenta de que ya no oía los sarcasmos de Xie... que las palabras sólo se repetían dentro de los límites de su propia cabeza.

* * *

—¿Cómo fue la visita?

Barbara no alzó la vista del paquete de Marlboro. Sacó el cigarrillo, la blanca línea de la vida mantenida con firmeza entre sus delgados dedos.

—No consigo decir qué fue lo mejor. Brahms, con un tenor solista que robó los motores diésel de diez tractores de una granja colectiva. O la compañía de danza cuyo coreógrafo robó una tienda de licores con su perro, abandonó a su perro en la tienda y después fue detenido cuando agentes del departamento de Seguridad Pública siguieron al perro hasta su casa...

Encendió el cigarrillo y tiró con fuerza de su filtro.

—... sí, fue una visita fascinante. Recuérdame que consiga que la incluyan en la edición del año que viene del Thomas Cook.

El director de la cárcel, Hua, entró en la habitación. Siempre parecía feliz.

Las personas así preocupaban a Piao. La felicidad era un estado que él sólo conseguía efímeramente.

—Fíjese, Piao, fíjese, hemos cuidado de su extranjera, ¿no es así? La hospitalidad china.

El director de la cárcel, Hua, dio un alegre codazo en la espalda a Barbara. Ella asintió con la cabeza con entusiasmo.

—Ha sido usted de lo más generoso, director Hua. Me aseguraré de poner todo esto en mi informe a mis colegas del comité de libertad condicional del estado de Washington.

Hua se frotó las manos con frenesí.

—Bien, bien, bien. Y usted, inspector jefe, tuvo un encuentro satisfactorio con nuestro amigo, eso he oído, sí, ¿sí?

—Sí, satisfactorio.

—Ya ve, se lo había dicho, Piao. Conozco a esas personas y usted casi ni me escuchó, ¿verdad? No me quiso escuchar. ¿Eh, eh? Llévadle con el Oso, dije yo, y le oírás cantar una bonita canción. Un canario. Justo como un canario, dije yo. Tenía razón, ¿verdad? ¿Eh, Piao?

La atención del inspector jefe se apartó momentáneamente de la ventana.

—Sí, director Hua, tenía usted razón. Cantó. Cantó como un canario.

* * *

El director de la cárcel les acompañó al coche. El Grande ya estaba en el asiento del conductor, limpiando el interior del parabrisas con la manga de su casaca.

—¿Le parece bien que vaya con usted, jefe? Mi coche se ha jodido. El alternador, creo.

—Ciento cincuenta yuanes, de segunda mano.

Yaobang arrancó el coche.

—¡Como si yo no lo supiera, joder!

La barrera se alzó. La puerta principal rechinó dolorida al abrirse más allá. Fuera estaba oscuro... oscuro. El interior iluminado de la cárcel escapaba a la noche en una plantación de mostaza y sombras con piernas.

—Director Hua, cuatro de los asesinatos que investigo actualmente, a lo

mejor reconoce usted los nombres de las víctimas. ¿Wei Yongshe, Hu Feng, Pei Decai, Yan Ziyang?

Hua sonrió inseguro.

—Los nombres, sí, reconozco los nombres. Claro que los reconozco. Pero asesinados, ¿está investigando usted sus asesinatos? No, no, no, eso no puede ser verdad. Esos hombres, los cuatro, fueron ejecutados. Ejecutados. Fusilados en el patio de la cárcel e incinerados. Consta en los registros. En todos los registros.

—Director, a esos hombres se los sacó del Huangpu, encadenados junto a otros. Mutilados. Tengo identificaciones positivas que dicen eso.

Ahora la sonrisa de la cara de Hua había desaparecido. Piao experimenta una intensa sensación de satisfacción.

—Está usted equivocado, inspector jefe. Equivocado. Los cuerpos que tiene no son de esos hombres. No de esos hombres. Son otros hombres. Otros. Compruebe los datos. Los nombres que dice han sido ejecutados. Ejecutados. No han sido asesinados. No, no, no.

Agitó un dedo gordezuelo en la cara del inspector jefe.

—No, no, no, inspector. A un hombre no se le puede matar dos veces. No se puede matar dos veces a un hombre.

«Pues lo hicieron», estuvo tentado de responder el inspector jefe, pero Hua ya se había dado la vuelta y se alejaba... la barrera caía lentamente detrás de él.

Capítulo 18

Barbara vio su sombra antes de verle a él. Negra. De contornos definidos entre los parpadeos de las luces de los focos que le caían en el hombro y encima de la barra; también en el whisky escocés de su vaso, uno de los muchos de aquella tarde. El trío de músicos la emprendió con una interpretación insegura de *Fly me to the Moon*. Ante el sonido que invitaba a llevar volando a la luna, la sombra se oscureció; iba a hablar con ella, lanzarle el anzuelo. No era algo que nunca hubiese oído, pero no le pudo interrumpir.

—Alzo mi copa como saludo a la luna. Con mi sombra somos tres. Aunque beber sea algo desconocido en la luna y las sombras me sigan en vano. No obstante, celebremos a la luna y a la sombra, pues la alegría no dura más que la primavera.

La voz era inglesa, elegante, muy precisa. Barbara se volvió, bizqueando ante las luces. Era rubio. La mayoría de los hombres rubios parecían afables, seguros. Pero había aristas, algo cortante en aquel hombre... en aquel rubio. Algo en el pozo sin fondo de sus ojos.

—Un hombre que habla usando palabras de otro hombre es que no cuenta con palabras propias. Es lo que decía mi madre. Y eso incluye las palabras de los poemas.

Él sonrió. Se separaron sus labios con un simpático atractivo.

—Eso no era un poema. Era la letra de una antigua canción de borrachos china...

Se sentó en un taburete de la barra al lado de ella. Su olor a sándalo contrastaba claramente con su whisky solo.

—... Me llamo Charles, Charles Haven. ¿Y usted?

—Soy una persona a la que le gusta beber sola.

Barbara alzó el pesado vaso e hizo girar el whisky escocés. El cristal, frío contra el puente de su nariz, su frente... miraba a través de él. El mundo se fundió en dorado y fluía distorsionado.

—Usted es una persona que ha pasado demasiado tiempo bebiendo sola.

Una sonrisa pareció unir a los tres músicos cuando iniciaron, sin pausa, la canción siguiente; el organista besaba el micrófono con un trino inexpresivo.

—*Quisiera tenerte en un lento barco rumbo a China.*

Demasiado tiempo sola. Sí, podría ser. Barbara no supo qué otra cosa decir al rubio con el peligro escrito en la cara, a no ser:

—Estoy tomando whisky escocés.

—Entonces yo haré lo mismo —contestó él.

* * *

Piao se sentía desnudo sin el uniforme. Una sensación de que le faltaba algo. Vio su reflejo en el cristal oscuro de la entrada al vestíbulo. Una forma imprecisa, casi desconocida para sus propios ojos. Era la primera vez que llevaba puesto aquel traje desde el día de su boda. Casi esperaba ver el rostro de ella en cada botón que se abrochaba. El olor del pelo de ella en las solapas... sus dulces palabras guardadas en el bolsillo de arriba. Pero todo eso había desaparecido. Ahora sólo quedaba un olor a polvo y a armarios vacíos.

—*Ni nar.*

Piao se busca la placa en los bolsillos... finalmente la encuentra. El agente del departamento de Seguridad Pública asiente con la cabeza al pasar. La conserva en la mano mientras camina por el vestíbulo, con el dedo recorriendo el perfil de la estrella de memoria. Rojo grabado en oro. Se dirigió a las luces y entró en el bar. Veía a Barbara. Una sonrisa en los labios de ella. Un vaso pegado a la mejilla. Reflejos de ámbar en su piel. Junto a ella un hombre, su sombra contra la de Barbara. Piao no distinguía sus rasgos, sólo el lenguaje corporal. Éste gritaba... eres mía, tú no lo sabes, pero lo eres. El inspector jefe se dio la vuelta para irse, un profundo desgarrón en el pecho. Pero Barbara lo había visto; tiene los dedos en los hombros del hombre, pero deja el taburete de la barra para recibir a Piao. Las palabras de éste salen confusas cuando

ella todavía estaba a bastante distancia.

—Pasaba por aquí. Me acordé de ti, y se me ocurrió que te gustaría que te llamara. Para tomar una copa, charlar, puede que comer algo. Pero veo que estás con un amigo, así que lo mejor será que...

—¿Pasabas por aquí?

—Pasaba por aquí, sí.

—¿Vestido así?

Los dedos de Piao encontraron el botón de la chaqueta, lo abrocharon y lo desabrocharon.

—Vestido así. Con mi mejor traje, sí.

Ella sonrió de aquel modo suyo.

—Está muy bien, te queda muy bien.

El inspector jefe notó que el color le subía a las mejillas.

—Pero me iré, estás con un amigo tuyo.

—¿Un amigo mío? Vaya, amigo mío.

Se rió. Su complejidad indescifrable para Piao.

—No, no. Quédate con nosotros. Es inglés, un inglés, espero que no le importe. Tienen un surtido de buenos modales para todas las ocasiones.

Barbara le agarró de la mano y lo llevó a la barra. Piao se sentía como un niño, vestido de punta en blanco y arrastrado a una fiesta de cumpleaños a la que no quería ir.

—Charles Haven.

El inspector jefe estrechó la mano tendida.

—Sun Piao.

El inglés le estrechó la mano con fuerza. Las uñas recortadas, con manicura... inmaculadas. Un grueso anillo de oro, casi naranja. Los puños de la camisa de un blanco inmaculado; más oro pues se los cerraban unos gruesos gemelos. El inspector jefe se sentó en un taburete de la barra, con un vaso ya lleno de whisky escocés a su alcance.

—Pónganse al tanto uno del otro. Voy a empolvarme la nariz.

Barbara sonrió, una sonrisa democrática que debían compartir los dos. Y luego se había ido... su vaso junto al de Piao, pintura de labios en su borde. Un camarero colocó un bol de galletitas de arroz inflado encima de la barra, al lado de ellos. Haven agarró una, colocándola en el centro de la palma de la

mano, y la examinó con atención.

—Es tan perfecta. No la puedo tomar. ¿Cómo puede comer nadie algo tan perfecto?

La volvió a dejar en el bol y volvió la cara hacia Piao; era la primera vez que el inspector jefe miraba de verdad a un inglés.

—Bien, Sun Piao, ¿a qué se dedica?

—Investigo.

—Investiga. ¿Y qué investiga usted?

Piao levantó el vaso; el whisky le quemó en la lengua.

—Investigo homicidios. Soy inspector jefe del departamento de Seguridad Pública.

Sorpresa, y cierta cautela parecieron recorrer los ojos de Haven.

—Yo he estado en China muchas veces, pero usted es el primer policía que he conocido nunca.

—Eso está muy bien, no me decepciona. Evidentemente no ha hecho usted nada malo.

—Evidentemente.

Haven pidió otro whisky escocés. El barman hablaba poco inglés, se mostró incómodo, envarado... pero Haven pidió su copa en mandarín, con un acento perfecto.

—Un inspector jefe. Es usted muy joven para haber alcanzado tan elevada posición, ¿no?

Piao notó que aumentaban sus defensas. Se encierra en sí mismo, observa con atención su exterior. Era una segunda naturaleza, adquirida en callejones oscuros o barrios bajos de la ciudad y en las salas para interrogatorios de Gongdelin, pero, ¿al hablar con un extranjero en el bar del hotel Jing Jiang? Pasaba algo. Todos sus sentidos se lo susurraban, pero no podía determinar qué era.

—Fui un privilegiado. Una buena familia. Una buena educación. En la universidad, una estructura estimulante con buenos profesores. Una vez en el departamento de Seguridad Pública, el apoyo de los colegas, el Danwei, el estímulo de unos agentes de categoría superior fueron muy alentadores. Tuve suerte. No lo debería decir, pero en mi país las cosas no siempre son así. Ahora la vida cambia. ¿Se ha enterado de que dos tercios de nuestros

estudiantes nunca han oído hablar de Mao? Imagínese. Pero pregúnteles quién es Andy Lu, y todos le dirán que es una estrella pop de Hong Kong.

El inspector jefe estaba jugando a ser un tipo sencillo, el chico del campo halagado por la atención que le prestan. No respondía preguntas. Se hacía una idea del inglés a partir de detalles. Iba formándose una imagen, conseguía información con las preguntas que hacía el tipo.

—Tiene que hablarme de su trabajo. Insisto. ¿Quién sabe cuándo se cruzará otra vez mi camino con el de un inspector jefe de homicidios?

Sacó un encendedor Dunhill, fino, dorado, del bolsillo de la chaqueta y encendió un cigarrillo, inglés, Benson and Hedges. El humo, dulce; imágenes de ciudades lejanas enlazadas por reactores plateados, vidas resplandecientes, llenaron la cabeza de Piao. Haven, su embajador. Todo en él era ordenado. Nuevo. Sus cejas, sus dientes, las uñas de sus dedos. Piao sólo había visto a personas como Haven en las portadas de las revistas ilustradas americanas. El inspector jefe agarró un puñado de galletitas de arroz inflado... tan perfectas. Se las metió en la boca. Las comió haciendo ruido.

—Mi trabajo le parecerá demasiado aburrido. Un inspector jefe de la brigada de homicidios del departamento de Seguridad Pública suena a más de lo que es. Si el nombre de un trabajo pudiera invitarle a una copa, entonces yo sería dueño de este bar.

—Venga, inspector jefe Piao, no sea tan modesto. Estoy seguro de que una ciudad como Shanghai le sacará el jugo. Tiene que haber muchos casos interesantes de los que se ocupa.

—¿Casos interesantes? Algunos, no demasiados. Nosotros, los shanghaineses, tenemos un carácter fuerte y nos gusta beber. ¿Conoce usted el maotai, el Dukang?

El inglés asintió levemente con la cabeza entre el humo. Sus ojos se derramaron en los de Piao. El inspector jefe se fijó en que nunca parecía parpadear.

—Carácter fuerte, bebidas fuertes, son una mezcla peligrosa. La mayoría de mis investigaciones son sencillas. Detengo al asesino en dos o tres días. Había bebido demasiado. Se había jugado demasiados yuanes en el tablero del ma-yong. Un temperamento fuerte. El cuchillo de la cocina demasiado cerca. Abierto y cerrado. Nueve de cada diez veces es uno de la familia. Un

hermano. Un primo. Como dije, aburrido...

Los ojos de Piao le arden con el humo. Haven mira a través de él, todavía sin pestañear.

—... pero usted, un hombre de negocios como usted. Seguro que tiene historias que contar. Viajes, restaurantes, reuniones de negocios. Y luego están las mujeres. Supongo que podría escribir un libro o uno de esos artículos para esa revista...

El inspector jefe movió la cabeza a ambos lados.

—... no consigo recordar el nombre... ya sabe. Ah, el *Reader's Digest*, eso es. Me gusta el *Reader's Digest*.

Haven negó con la cabeza.

—No soy hombre de negocios. Las apariencias engañan. Me dedico a cuestiones médicas.

—Un médico. Ah, un médico. En nuestro país es una profesión muy venerable. Muy respetada. Puede que nuestro encuentro sea fortuito. Ayer no pude acudir a una cita en una clínica. Se trata de mis dedos...

El inspector jefe colocó su mano junto a la de Haven, corriendo la gasa descolorida.

—... ¿sería tan amable de examinármelos? Tienen quemaduras. Estuve en un infortunado incendio.

El inglés retiró la mano del vaso de whisky. Un dedo recorre su borde.

—Tenía la impresión equivocada de que cualquier incendio en el que se quemen los dedos es infortunado...

Se ajustó la corbata, de seda. No necesitaba ajustársela.

—... usted necesita que lo vea un especialista en medicina general. Yo estoy especializado en un terreno muy restringido y ese terreno no incluye el cambio de los vendajes de unos dedos quemados.

—Un especialista. Un terreno muy restringido. Suena a emocionante.

—No más emocionante que lo que hace usted. Usted también está especializado en un campo muy restringido. Los asesinatos.

El inspector jefe sonrió ampliamente.

—Tiene usted razón, claro. Yo nunca había pensado de ese modo en mi trabajo. También soy un especialista...

Se metió en la boca más galletitas de arroz inflado, con los labios abiertos

y las masticó ruidosamente. Se acerca más a Haven. El algodón barato de su chaqueta se roza contra el caro algodón de la chaqueta cruzada azul del inglés.

—... le puedo decir que eso me proporcionará algunas copas gratis en el bar de mi barrio. Para nosotros, los chinos, no es la profesión ni el cargo lo que importa, sino el nombre que tiene. A partir de ahora le diré a todo el mundo que soy un inspector jefe especializado en el restringido campo de los homicidios...

Dio una palmada en la espalda al inglés.

—... tengo que darle las gracias. Tiene usted una mente que es... es. Lo siento, no se me ocurren las palabras. ¿Cómo la describiría usted?

Haven daba vueltas al whisky de su vaso. Una luz ámbar juguetea entre sus dedos.

—Tengo una mente que está muy centrada. Una mente que puede ir al centro mismo de una cuestión y luego obrar en consecuencia.

—Sí, eso mismo. Yo no habría encontrado unas palabras mejores.

—No, no habría podido.

Piao se rió, esperando que la risa sonara a auténtica. Se acercó todavía más. Sus palabras en plena cara del inglés; nota que el inglés contiene el aliento debido al jengibre y al ajo que acompañaba cada una de las frases que él pronunciaba. El inglés carecía de olor, excepto el que salía del vaso y el de una cara agua de colonia en un frasco grabado en oro. No daba la sensación de que tuviera cuerpo, de que hubiera un animal dentro del caro traje.

—En realidad no he sido completamente sincero con usted. Mi trabajo como inspector jefe tiene sus momentos...

Piao se quitó unos restos de arroz inflado de entre los dientes y sorbió lo que le quedaba de whisky.

—... fijese en mi último caso. Ocho personas mutiladas, encadenadas juntas y luego arrojadas al Huangpu. Muy lejos de lo normal para Shanghai.

—Eso estaría muy lejos de lo normal para Nueva York.

—Exactamente lo que yo pensaba, señor doctor. Exactamente. Me siento un poco culpable, pero resulta emocionante. Cuando uno se ocupa todo el tiempo de asesinatos entre miembros de la familia, un caso como éste puede resultarle muy emocionante a una persona como yo. ¿Me equivoco?

El inglés estudió su copa, llevándosela a los labios.

—Ocho cuerpos, imagine. Son más asesinatos de los que investigo en dos meses...

Su boca pegada a la oreja de Haven. Invadía su espacio. Piao podía notar la incomodidad del inglés.

—... por supuesto que esto es confidencial, ya me entiende. Ni siquiera se ha filtrado a nuestros medios de comunicación. Parece un asunto de drogas. Quién si no iba a dedicar tiempo y esfuerzo a suprimir todas las señales de identificación. Las yemas de los dedos. Les aplastaron la cara...

Había bajado la voz, hasta convertirla en un susurro. Los secretos son más secretos cuando se susurran.

—... hasta les sacaron los ojos. Imagine qué personas eran. Monstruos.

—O profesionales.

—Sí, tal vez. Podría ser. Profesionales con demasiado que perder. No se me había ocurrido...

Pensativamente, se metió más galletitas en la boca.

—... Barbara Hayes. Barbara. Triste. Muy triste. Su hijo era uno de los que asesinaron. Un estadounidense. Eso les está causando quebraderos de cabeza a los políticos. Migrañas es como ustedes las llaman, ¿sí? Claro, ella no se lo habrá contado todavía. Lo siento, pero las personas como yo, los policías, somos patosos. No estamos acostumbrados a ser delicados.

Los ojos de Haven estaban mudos; los reflejos de las luces del bar bailaban en torno a las negras estrellas de sus pupilas. Al sacarse el encendedor del bolsillo, brilla la llama y las luciérnagas desaparecen... sus ojos, durante un instante, tuvieron el color de los de un gato preparado para atacar.

—Sólo hace dos horas que conozco a Barbara, por lo menos me llevará otras dos enterarme de la historia de toda su vida...

Se pasa las manos por la cabeza, cada pelo queda en el lugar exactamente preciso.

—... pero dígame, inspector jefe, ¿atrapa siempre a los monstruos, o es que no habla de sus fracasos?

Piao terminó la última de las galletitas. La perfección se había terminado.

—Yo no tengo fracasos, señor doctor. Y los monstruos son fáciles de atrapar porque necesitan hablar. Deben hablar. Están ansiosos porque los

conozcan...

El inspector jefe se hurgó los dientes y luego se examinó las uñas.

—... en China no tenemos asesinos que repitan; lo que ustedes, los occidentales, llaman asesinos en serie. Esto es «oficial», ¿entiende? Pero todavía podemos decir de ellos: «el que no quiere que lo encuentren nunca debe hablar».

Piao sonrió, mirando intensamente los ojos del inglés y sujetando el bol de galletitas de arroz inflado.

—Debería haber tomado una, la perfección puede ser muy deliciosa.

* * *

—Ha tomado todas las galletitas...

Barbara se sentó en el taburete de la barra, y la falda se le subió por encima de las rodillas. Su dedo índice hace un círculo por el interior del bol vacío y luego se lo lleva a la lengua. En sus labios... sal, azúcar, sésamo.

—... pero supongo que los chicos siempre serán chicos.

Haven agarró su encendedor de encima de la barra y lo levantó hasta el cigarrillo de Barbara. Un clic seco de arco voltaico, como enterrado. Piao pudo ver su resistencia azul y blanca en la parte más estrecha del encendedor un instante antes de que se encendiera la llama. Él toda su vida había querido un encendedor así. El inglés se lo volvió a guardar en el bolsillo.

—No había comido. Las galletitas, fue por el hambre que tenía. Lo siento, pediré más.

Piao alzó una mano para llamar al camarero. Barbara se estiró suavemente y la bajó. Los dedos de ella rozaron su rodilla y calmaron instantáneamente su respiración acelerada.

—No, Sun, da lo mismo. Hemos reservado mesa en el restaurante de la planta octava, ¿por qué no nos acompañas a cenar?

A él le apeteció, sólo para estar sentado entre ellos, para evitar que Haven estuviera a solas con ella. Pero las palabras que salieron fueron diferentes.

—Gracias, pero tengo que decir que no. Ya había quedado con una persona. Debo ver una cosa.

—¿Estás seguro?

—Sí, estoy seguro. Pero gracias.

El inglés ya estaba de pie, las arrugas de su chaqueta, de sus pantalones estaban donde debían estar.

—¿Puede que si el inspector jefe hubiera llegado antes?

La sonrisa se amplió como las pinzas de una llave inglesa. Su voz ahora, sólo un susurro en la oreja del inspector jefe cuando pasaba.

—Puede que usted sea de los que se lo pierden todo por sólo unas horas.

Sí, una vida en la que constantemente se lo perdía todo por unas pocas horas importantes. El arroz caía entre las separaciones de sus dedos... eso era él.

Y entonces Charles Haven se había ido. La última visión que Piao tuvo de ellos cuando cruzaban las puertas y llegaban a la implacable luz del vestíbulo fue la del inglés pasando el brazo por los hombros de ella. Y con eso, los recuerdos del inspector jefe se ajustaron dentro de su cabeza con un espasmo en una serie de nítidas fotos fijas. Las de una esposa perdida, bajo la lluvia... en la parte de atrás de un Bandera Roja, un brazo que le pasaba por encima del hombro.

Capítulo 19

Piao se quitó frotando la tiza de los dedos. El caso de asesinato más importante del que se había ocupado el kung an chu en veinte años y le habían dado una sala de incidencias del tamaño de un retrete.

Una línea de tiza dividía la pizarra en lo que se sabía y lo que no se sabía. Eran dos grupos separados. Bobby, Ye Yang, Heywood; Qingde y Yongshe, Feng, Decai, Ziyang, tenían sólo dos cosas en común: la pizarra donde estaban escritos sus nombres y la muerte que se los había llevado a todos. Sólo una palabra no se correspondía con la línea divisoria de tiza... Qingde. Transportaba paquetes para los estadounidenses. Un huésped en el Bosque de la Virtud con otros tres chinos. Qingde.

Piao se sentó mirando por la ventana y a la sala de incidencias mayor de la puerta de al lado. Hace un mes había sido la suya, cuando se ocupaba de la investigación del asesinato del encargado de una Tienda de la Amistad. Treinta líneas telefónicas. Diez terminales de ordenador. Cuatro aparatos de fax. Incluso un hornillo para el té. Ahora estaba investigando doce asesinatos con cuatro líneas telefónicas, un terminal de ordenador, un aparato de fax que se atascaba... y sin hornillo para preparar el té. Notaba que le vacilaba la cabeza, se le calentaban las manos, aunque las tenía frías. Volvió los ojos a la pizarra.

Y sin motivo. ¿Cuál coño era el motivo de todo aquello?

La sala olía a cuerpos sudorosos que ya se habían ido a casa para acostarse en camas sin hacer. Notó que nuevamente le vacilaba la cabeza. Si hubiera tenido un cigarrillo en el bolsillo, lo habría encendido.

* * *

No había necesitado insistir con Liping. Un mensajero con ojos de almendra le había traído la caja de cintas magnetofónicas... torrentes de carretes desenrollados. Hacerle preguntas se había revelado inútil; le había devuelto las miradas con unos ojos permanentemente húmedos. Trabajar en moto como mensajero en la contaminación del tráfico de mediodía de Shanghai no era algo que se pudiera envidiar. El despacho anónimo del anónimo departamento de Seguridad del que procedían las cintas seguiría siendo anónimo.

* * *

Ye Yang... la voz de la chica había sorprendido a Piao. Una chica totalmente estadounidense. Tarta de cereza y alas de pollo fritas al estilo sureño. No le quedaba nada de sus antepasados chinos. Los ojos de almendra. La piel de porcelana. Los pétalos de los labios. El pelo, en una melena corta, brillante y de ala de cuervo... todo eso quedaba. Una envoltura, nada que el inspector jefe reconociera como chino la llenaba.

Había escuchado junto a otros cuatro agentes cinta tras cinta. Conversaciones familiares. Conversaciones de negocios. Conversaciones con amigos. Las bobinas del lento carrusel giran en ejes de acero. Fabrican una imagen de ella a cada giro. De qué se reía. Qué le enfadaba. Cómo decía «hola». Qué significaban los «ah-oooh» que salpicaban sus palabras. Pequeños fragmentos de información sobre ella, pero nada que le ayudara. Ninguna palabra que arrojara luz, que hablara de razones, motivos. De las llamadas, su voz era la única que hablaba desde Shanghai. Nunca la de Bobby. Ninguna voz que pudiera haber sido la de Heywood o Qingde. Sólo conversaciones normales que seguían a conversaciones normales, llenas hasta el borde de tedio; ningún secreto, ninguna maquinación, ningún plan. Y Piao consciente todo el tiempo de los vacíos, de los días y las semanas que faltan en el girar de las cintas. En el fondo del estómago, aumenta la acidez... una sensación de que le daban de comer los filetes más blandos y escogidos. Fáciles de reconocer y de digerir. Pero ¿dónde estaban las cintas que formaban los nervios, los cartílagos, la grasa, las partes que serían imposibles de digerir? Ye Yang no estaba limpia, se lo olía. Implicada en algo que era digno de su

asesinato. Pero las cintas estaban limpias, en ellas nada que justificase ni un golpecito en el brazo. Nada encajaba.

Piao colocó la última de las cintas dentro de la caja, cerrándola herméticamente. El sonido de la cinta adhesiva salía del aparato que la golpeaba y se extendía por las aberturas de los bordes de la caja, haciéndole sentirse casi incómodo. Mañana redactaría el informe y se lo mandaría a Liping. Diría en él, aunque con las palabras alambicadas y diplomáticas que había aprendido que eran las que se debían utilizar al tratar con un alto cargo como el comisario... «¿dónde coño están las demás cintas?».

Esperaba una respuesta menos retocada por parte de Liping.

* * *

Sólo una luz encima del escritorio iluminaba su despacho en el jodido fondo del pasillo. Si la categoría venía determinada por lo que se veía desde la ventana de su despacho, Piao habría estado vaciando ceniceros y limpiando retretes. La pared de un callejón, sólo unos metros más allá. Por el día, de vez en cuando un perro alzaba la pata. De noche, los borrachos. Los vómitos les colgaban de los labios en boqueadas brillantes. Con una vista así, ¿por qué había ventana?, se preguntaba a menudo. Pero ya sabía la respuesta. En China no hay categorías. Todos son iguales. Si uno tiene una ventana, todos deben tener una ventana.

En China no hay categorías... sólo despachos desde los que se ven cosas distintas.

Había una nota pegada al auricular del teléfono. Piao reconoció la letra. La leyó y la dejó en su sitio... parecería que nunca la había visto. Los avisos de Yun cada vez eran más urgentes, el color de la tinta que usaba variaba con los días. De verde a azul... de azul a negro... ahora el negro había dejado paso al rojo. Rojo, el color de la ira. Rojo, el color del acné del inspector Yun. Ya podía esperar para echarle mano a los casos de Piao, el pobre hijoputa. Tenía la insensibilidad de vestir prendas de segunda mano sin atisbo de vergüenza. Esos hombres son peligrosos. Esos hombres pueden originar guerras y ni siquiera saben que lo han hecho. Pero el kung an chu era grande, tres bloques de despachos listos para usar, conectados entre ellos por escaleras de caracol

y pasillos interminables que olían a desinfectante y a papeles que hay que buscar. El inspector jefe podría evitar a Yun durante semanas. No parecería que lo evitaba, parecería que se debía a los horarios incompatibles, a la construcción defectuosa. Al menos durante la primera semana. Después estaba la investigación del Danwei. Sería suspendido de sus funciones, estaría sentado en casa con una botella de cerveza Qingdao caliente. La investigación seguiría sin él, inalcanzable. Tendría que preparar su caso, defenderse contra las acusaciones del *tong zhi*. Zhiyuan se le estaba acercando con un cuchillo de carnicero y él se limitaba a estar allí, paralizado ante su brillo. Pero así era como él funcionaba... siempre. Encontraría a los asesinos. Sacaría los trapos sucios de debajo de la cama. Seguridad estaba implicada. Chocaría con el Partido. Todo lo que le había insinuado a Zhiyuan aquella noche a la orilla del río. Los cuerpos de los ocho, muertos y fríos a los pies de los dos. Todo por lo que se había esforzado, su carrera, su vida, dependían de eso. Era un grave riesgo, pero no había otro modo de hacerlo. No había otro modo, ahora no.

Por la ventana que daba al callejón, un borracho adquirió vida en la luz que despedía un despacho. Se detuvo durante un instante, vomitó y siguió.

En China todos deben tener una ventana. En China no hay categorías... sólo despachos desde los que se ven cosas distintas.

* * *

La nota que dejó fue breve. Se había hecho tarde... Piao no tenía ganas de palabras. El Grande no tenía ganas de leer. La nota se correspondía perfectamente con la falta de ganas de los dos.

*Charles Haven. Inglés. Informe completo.
Visados, entradas, salidas, viajes internos.
¿Quién es... qué está haciendo aquí?
Sácale el jugo al lichi.*

Piao va a la mesa de despacho de Yaobang, enciende una luz, abre el enorme cajón de abajo. Pilas de papeles llenaban el tablero de la mesa,

amontonados, deslizándose unos sobre otros. El contenido del cajón consiste fundamentalmente en comida en diversos estados de *consumo*. Era el primer y último sitio que abría y cerraba todos los días el Grande. Y era seguro... un sitio sólo para valientes o estúpidos. El inspector jefe colocó la nota entre una bolsa a medio terminar de fritos caramelizados de boniato. A Piao le sonaron las tripas. Tenía hambre, pero no ganas de comer aquello. Cerró el cajón y apagó la luz, alejándose por el pasillo. Cada solitario eco de sus pasos le decía que en casa no le esperaba nadie.

«Sácale el jugo al lichi.» El Grande sabría exactamente lo que andaba buscando Piao. Haven... el inspector jefe lo quería todo sobre él. Su último pensamiento antes de dormirse. Su primer pensamiento cuando despertaba. El número que calza. En qué lado del pantalón se colocaba la polla. Al Grande le gustaban ese tipo de trabajos, los hacía bien. Le gustaban los trabajos que hacía bien.

* * *

5... 3... 42... 42. Los números acudían con tanta facilidad como la propia respiración. Ahora los sabe tan bien como los números de su propio teléfono. También sabe perfectamente como es la sonrisa de Barbara, sus lágrimas, tan bien como había sabido los de cualquier mujer. Otras vidas se derramaban dentro de la suya... eso hacía que Piao se sintiera inquieto, vulnerable. La recepcionista del Jing Jiang probó en la habitación de Barbara. Por algún motivo él sabía que no estaría allí. No estaba. Volvió a colgar el auricular. Ya llevaba así dos días. Llamadas telefónicas sin respuesta que seguían a llamadas telefónicas sin respuesta. Estaba con el inglés. Pasaba los días con él. ¿Y las noches? Ayer Piao se había quedado enfrente del hotel, dos horas que pasó bajo la llovizna que le calaba hasta los huesos, hasta el alma. Los había visto bajar los escalones. Un taxi esperaba. El brazo del inglés por encima del hombro de ella, la mano descansando en su nuca. El pelo de ella caía por la piel de él. Barbara no había visto a Piao. El inglés sí. Durante un instante se habían mirado uno al otro en una serie de instantáneas que pasaban rápidamente, entre el río de metal indignado que corría por la calle entre ellos. Y luego el inglés había desaparecido, uniéndose a Barbara en la parte de atrás

del taxi. Éste se alejó entre la circulación, haciendo sonar el claxon. El brazo de Haven se colocó otra vez sobre el hombro de ella. Barbara se volvió hacia él, sonriendo. El tráfico los rodeó, y enseguida habían desaparecido.

El inspector jefe había vuelto andando a casa, sin saber si se había quedado dos horas delante del hotel para ver a Barbara... o para ver al inglés.

* * *

Piao no cenó, necesitaba cambiar las sábanas, pero se fue directamente a la cama. A los pocos minutos, dormía. La noche pasó rápidamente, comprimida en un sueño. Había algo en el sueño que atravesaba el corazón del día siguiente. Él iba conduciendo por una calle, ¿Nanjing o Fuzhou? Mira hacia la acera por un parabrisas sucio, busca frenéticamente a alguien. Barbara... hasta en el pozo del sueño, consciente de su perfume. Su aroma, como el de los caramelos que se toman cuando eres niño. Él tenía la mano en el claxon. Caras entre la apresurada multitud, se vuelven... lentamente. Caras, los ojos de la gente en los suyos. Cada cara era la de Haven, sólo la de Haven.

Sácale el jugo al lichi.

Capítulo 20

Hermanito, ¿dónde están tus manitas?

Mis manos están aquí.

Pueden agarrar armas, pueden disparar, pun, pun, pun.

Hermanita, ¿dónde están tus manitas?

Mis manos están aquí.

Pueden hacer trabajos físicos.

Cuando tengo el pañuelo de cabeza sudo, ellas lo pueden lavar.

—Parece una libélula.

El Chaic Zhi-8 estaba parado sobre el helipuerto del extremo más alejado de Hongqiao. Bastidor rechoncho. Destacaba un fuselaje de piel metálica pintado de blanco. La estrella china, una brasa al rojo vivo encima de las ventanillas de la cabina de vuelo. Y como los pétalos de una flor de acero que no habían sido regados... las seis palas del rotor. Tenía aspecto de un objeto que uno nunca esperaría que pudiera volar.

Piao ayudó a Barbara a entrar por la puerta corredera posterior de estribor. Los peldaños eran altos, y la falda de ella también... los ojos del inspector jefe siguieron la curva de sus piernas hasta la penumbra de la cabina principal.

Los rotores giraron y se pusieron horizontales, perdida su forma individual en un borrón gris. El Zhi-8 se alza lentamente. Piao se aprieta con fuerza el estómago con los brazos. Un copioso desayuno y un helicóptero grande, no es la mejor de las ideas.

—No, no parece una libélula... —dijo él, llevándose la mano a la boca.

—... más bien parece la personificación del mareo.

Se alejó de ella, con Yaobang sonriendo, y se dirigió a la parte de atrás de la cabina, a las bolsas para el mareo. El Zhi-8 olía, como todos los demás helicópteros en que se había montado... a gasolina, grasa y a un centenar de nerviosos estómagos anteriores.

* * *

Fue un viaje lento de trayectos cortos. Un Chaic Zhi-8 tiene una autonomía de trescientos diez kilómetros, usa combustible estándar sin depósitos de reserva y vuela a una velocidad de cien kilómetros por hora. Harbin estaba a casi mil cien kilómetros. Eso significaba paradas para repostar en Xuzhou, Shijiazhuang, Beidaihe, Shenyang. Un alto para dormir en Tianjin. El Haihe... el hotel Número 1. Habitaciones frías. Comida fría. Cerveza caliente. Material descargado, bolsas selladas, una antigua oficina francesa para los altos cargos... en Taishan, Chengde, Jinzhuo y Changchun, la ciudad de la Eterna Primavera y la sede de la fábrica de automóviles Número 1, fabricante del Bandera Roja. Changchun le recordó el dicho de los habitantes del lugar: «que veas la fábrica de automóviles Número 1 significa que tú nunca tendrás un Hong-Qi, un Bandera Roja».

Piao estaba seguro de que él nunca lo tendría.

* * *

Barbara no podía oírlo, la voz del Grande disminuyó de volumen, unas palabras enmudecidas por el tronar de los rotores.

—Tenga, lea esto, jefe...

Sacó un sobre del bolsillo interior; tremendamente arrugado, manchas de té, de grasa en la parte de delante. Matasellos de Beijing, fecha de hacía tres días.

—... es del viejo profesor de Pan. El resultado de lo que le mandó de los cuerpos...

Piao asintió con la cabeza. El sobre ya había sido abierto sin el menor cuidado. Al sacar las hojas, eran cuatro páginas a máquina y grapadas.

—... sólo llegué al segundo párrafo...

Yaobang alza la voz conforme aumentan los ruidos.

—... los médicos. Yo no entiendo ni una puñetera palabra.

El inspector jefe se apretó contra el mamparo, con el estómago revuelto, retorciéndosele. No espera nada de la carta. Pero algo de su cuerpo, que se abraza a sí mismo, lo esperaba todo.

... las incisiones centrales fueron hechas desde las clavículas de la caja torácica hasta el pubis. El esternón estaba partido y había indicios de aplicación de cera para homeostasis ósea con objeto de disminuir la hemorragia. Las cavidades pericardial y pleural estaban abiertas... y la vena cava, la aorta, vasos innominados y la arteria pulmonar mostraban pruebas de haber sido aislados...

Al volver la página...

... el eje celiaco y las arterias mesentéricas superiores habían sido diseccionados. La vena porta también había sido diseccionada, y había señales de canulación a la vena mesentérica inferior para permitir in situ que la porta se enfriara con solución de lactato...

Nuevamente, volver páginas.

... extracción de los globos oculares enteros que se ha realizado por procedimientos habituales de enucleación, con los músculos rectos divididos en la parte del globo donde en circunstancias normales se apreciarían suturas. Los músculos oblicuos estaban divididos cerca de la intersección del globo. La funda facial que quedaba fue diseccionada después desde el globo, dejándolo así libre.

Las palabras, frases, párrafos, casi no significaban nada. Jerga. Un laberinto de polisílabos. Fría terminología médica. Pero el pecho todavía le latía con fuerza. Al volver la última página... un resumen que incluso él podría entender. Entender, pero no encajar en los recovecos de un caso que parecía dispersarse en todas direcciones. Piao alzó la vista, los labios paralizados.

Barbara le observaba. Plegó el informe, automáticamente, y se lo guardó en el bolsillo. Trata de ocultar el horror que sabía estaba inscrito en sus rasgos. Trata de evitar los ojos de ella. Mira por la ventanilla sucia. En una serie de ondulaciones, la tierra de debajo se alza. Montañas, sus cumbres suavizadas por nieve amontonada. Los oídos se le destaponan cuando el Zhi-8 toma mayor altitud. Era una región agreste. Una zona de lágrimas y gritos que no se oían. Acostumbrada a una palabra del tipo de la que ahora se abría paso a gritos por su cabeza. Una palabra que ni siquiera constaba en las páginas del informe que acababa de leer pero que debería haber estado.

PINGFANG.

La cabina del Zhi-8 estaba vacía de carga cuando llegaron a Harbin, Manchuria... la mezcla de China-Rusia Blanca. Debajo, el río Songhua estaba helado, un hueso blanco partido encajado en la ciudad gris. Invierno, sin piedad. Quince bajo cero y bajando. El tiempo gélido aprieta la garra. La navegación de barcos de más de cinco toneladas estaría interrumpida durante los seis meses siguientes. Un invierno que no concedía ni un indicio de tregua en sus congelados labios.

Era tarde. Los campos nevados de Shangzhi, Yanshou, tendrían que esperar. Estarían parados allí hasta mañana... pero quizá los mordiscos del viento, el apretón del mercurio descendente, no serían tan intensos. A los pocos minutos de tomar tierra, al Zhi-8 lo remolcaron a un hangar, con fundas protectoras en sus rotores. Un camión Liberación salió de la terminal, y se reunió con ellos en la pista; santuario frente a un viento que cortaba como una sierra mecánica. El hotel Internacional de enfrente del Museo de Historia Natural, con habitaciones de ochenta yuanes la noche, estaba a veinte minutos de distancia. Llegaron en quince.

Era temprano, pero casi estaba a oscuras. Para cuando estuvo oscuro, y todavía era temprano, estaban dormidos.

* * *

Un hotel frío. Una cama fría. Unos sueños fríos.

El acero interior de la cabina principal del Chaic Zhi-8, hielo. Todo pinchaba al tocarlo. Barbara se sienta encogida, con las manos metidas en las mangas. Completada la verificación de los instrumentos, la tripulación de tres miembros de la cabina de vuelo compartió el contenido de la caja de cartón que Yaobang había traído a bordo. Tranquilizadores bloques sólidos de Marlboro y «La gran antigua bebida del sur»... botellas de Southern Comfort.

—Usted dijo que dos mil cigarrillos y diez botellas.

El piloto parecía increíblemente joven; se había dejado bigote esperando parecer más maduro. Manchas de escasos y finos pelos aislados, como aulagas en la parte de arriba de una colina batida por el viento. El intento había resultado claramente fallido. Yaobang sonrió, cazando al vuelo la mirada del piloto. Había que ser estúpido o muy valiente para mostrar enfado ante una sonrisa.

—La mitad ahora, la otra mitad cuando volvamos a Hongqiao.

El piloto guardó los cartones y las botellas, cebando y arrancando los tres turbos Changzhuo W26. Yaobang dejó la cabina de vuelo, todavía sonriendo. Un aliento blanco sobre sus hombros; se arrebujo, mientras le guiñaba el ojo a Piao.

—No es cierto lo que dicen de que las tripulaciones cuentan.

Reía mientras el Zhi-8 ascendía con esfuerzo, azotando furiosamente el cielo. El piloto miró sin girar el cuerpo, alisándose el bigote.

—Jodidos agentes del departamento de Seguridad Pública —susurró, mientras dirigía el Zhi-8 al sudeste y los campos nevados.

* * *

Blanco beso blanco.

El Zhi-8 era el único objeto que se movía en un paisaje y un cielo soldados uno al otro. No había horizonte. Ninguna referencia que permitiera adivinar la curvatura ni trazar la topografía.

El piloto enciende otro Marlboro. Su sabor, su aroma... a jengibre, café frío y tarta de queso. Cierra los ojos detrás de los cristales Polaroid de sus

gafas. Sus manos no necesitaban pilotar, estaban completamente de sobra... el piloto automático Dong Fang KJ-8... a veces con los dedos en los controles, a veces con los ojos calculando la ruta de vuelo. Piao lanzó un plano sobre el regazo del piloto.

—Ésas son las zonas que me interesan.

Se quitó las gafas de sol, pestañeando. Sus ojos, dos nudos hechos en un trozo de cuerda.

—Ahí no hay nada.

—¿Nada?

—Bueno, sólo una residencia para invitados, tres o cuatro zhao-dai-suo, albergues de esquí, privados, además de unas cuantas granjas junto a la carretera Shanghai-Yanshou. Nada más...

El piloto echó una ojeada a Barbara.

—... ahí no hay turistas. Es una zona cerrada a los *wai-guo-ren*.

Barbara dio una profunda calada a su cigarrillo, devolviendo la mirada al piloto. Recuperando la compostura, éste desconecta el piloto automático, y el Zhi-8 da bandazos momentáneamente.

—Ésa es la residencia para invitados, tiene capacidad para trescientos cincuenta.

Señaló una gran cicatriz negra, todavía a cierta distancia; les exige ir más deprisa, más bajo, dirigirse hacia ella... nieve en polvo en una danza frenética. El complejo le recuerda al inspector jefe una costra en la pálida rodilla de un niño.

—El edificio que estoy buscando debe de estar por lo menos a un kilómetro de cualquier carretera. Una construcción de madera. Varias dependencias, pero sin animales.

No estaba nevando. Un frío excesivo. Llevaba una semana sin nevar. Merecían un poco de suerte; allí la tenían. El cielo empieza a brillar, acero que pasa al azul. Estuvo así un momento. La atención de Piao volvió a la cara del piloto.

—... hace mucho frío, todas las construcciones tendrán el fuego encendido, saldrá humo de sus chimeneas. En el que yo busco, no. Lleva una semana sin nevar... todas las demás construcciones tendrán los caminos limpios o señales de pasos que lleven a su puerta. El nuestro no...

El piloto movió la cabeza a ambos lados, reajustándose las gafas de sol.

—Una aguja en un pajar. Pero es asunto suyo. Suyo es el Marlboro. Suyo el Southern Comfort. Asegúrese de conseguir lo que queda en el momento en que tomemos tierra en el aeropuerto de Hongqiao.

* * *

En la comarca de Shangzhi y en la comarca de Yanshou, hay nieve durante mucho tiempo. De noviembre a abril, la estación fría se impone totalmente. Señales de esquís en cada puerta. Humo en cada chimenea.

Tres horas de búsqueda... pero, en cuanto la vio, la reconoció. La casa estaba situada en una extensión interminable de campos de nieve intactos. Un enorme y deslumbrante edredón subía más arriba de las ventanas y cubría el techo, haciendo que casi formara parte de sus alrededores. Ni rastro de humo en la chimenea. Ninguna huella de pisadas ni de esquís que entrara o saliera de la puerta. Una nevada más y la granja no sería más que otro montículo cubierto por la nieve, hasta el deshielo de finales de mayo. Demasiado tarde. Demasiado tarde.

El piloto estaba nervioso. La nieve era profunda. ¿Qué obstáculos esperaban debajo de aquel rostro amable? El Zhi-8 estaba equipado para búsqueda y salvamento. Insistió en que usarían la polea hidráulica de rescate. Tenía capacidad para levantar doscientos setenta kilos. Suficiente incluso para el Grande. La puerta corredera de atrás se abrió. Un mundo de violento ruido. Un viento que abofeteaba... que cortaba la respiración. Una frialdad de filo de cuchillo. El exterior les penetra. Y luego Piao estaba en el aire, girando, colgando, bailando. Un olor a grasa, a cable eléctrico que se quema; pero sólo permanece en su nariz momentáneamente. Se quitó el arnés, con los dedos ya entumecidos. La nieve le llegó al pecho. Nieve en polvo de un vendaval que le rodeaba, que le da picotazos en la piel. Le ciega. Una sombra que flota por encima de él. Yaobang. Y luego otra. Barbara. Traspies, casi natación, caídas por entre la nieve hasta la puerta delantera. El vendaval, la envoltura de viento y el ruido impresionantes cesaron instantáneamente cuando el Zhi-8 se elevó y se alejó. Piao se secó los ojos. Estaba sudando, pero había nieve por todas partes. Le bajaba por el cuello. Le subía por las mangas. Estaba dentro de sus

botas. Notaba que se fundía en contacto con el calor de su sudorosa piel. Yaobang, justo detrás de él, tira de Barbara. La puerta no estaba cerrada con llave, pero estaba atascada. El hombro de Yaobang la abre; cae dentro junto con la nieve. Nieve dispersa por un suelo de madera... troncos tan oscuros como la salsa de judías negras. No había electricidad, y el inspector jefe encendió su linterna. Yaobang le sigue. Rayos de luz vacilantes que cruzan una sencilla habitación con puertas que conducen a las otras tres habitaciones. Un dormitorio... dos camas. Cuarto de baño... lavabo y una bañera desportillada y descolorida. Cocina... fregadero de piedra, despensa. En la esquina de la habitación principal una trampilla llevaba a un sótano de tamaño considerable; el suelo, tierra congelada. Las paredes, de piedra... cubiertas de musgo. Todo el edificio huele a hoguera, pimienta y miel... y a pleno invierno. Y en cada una de las habitaciones, un profundo silencio, como si estuviera retenido por la marea de nieve que cegaba todas las ventanas.

Una larga mesa de trabajo dominaba la habitación principal. Por ella, y salpicando el suelo cercano, un revoltijo de instrumentos tirados y rotos. Microscopios, lámparas adaptables de alta intensidad, pinceles de pelos finos, tomos de dentista, dos pequeños aspiradores con una serie de elementos para aplicar. Piao se acerca, enciende una lámpara de aceite y examina los restos con mayor detalle. Bisturís, recipientes esmaltados, trozos de cable, espátulas. En gotas congeladas, caían de la mesa... recipientes rotos de resina y poliéster, nailon soluble, acetato de polivinilo. En la mesa todavía hay pequeños botes de pintura, una paleta con brochas secas... charcos secos de color. Ocre, negro, amarillo. En la esquina de la habitación, trozos de madera cepillada. Recipientes de líquido protector, barniz. Grandes frascos de plástico con productos químicos. Cubos de yeso, y una masa espesa... una mezcla gris de albayalde, yute, caolín. Y en lo más profundo de la sombra, un lugar que ni siquiera la luz de la lámpara de aceite podía iluminar, cuatro cajas de construcción sólida tratadas y revestidas de capas de polietileno y blando papel marrón arrugado. Lo que hubieran contenido debió de estar cómodo... y muy, muy seguro. Se pusieron guantes de cirujano, y un olor a látex y polvos de talco llenó la habitación.

—Esto tenía que ver con las jodidas drogas, jefe. Es su laboratorio de procesamiento.

Yaobang rodeó la mesa de trabajo señalando con el dedo índice todo lo que llamaba su atención.

—... deben de haber encontrado un sitio mejor. No existe posibilidad de que nadie se deje caer por este jodido lugar, no desde ahí fuera. Y fíjese en las posibilidades de distribución. Mierda, estamos prácticamente en la Unión Soviética, con Vladivostok justo al otro lado de la frontera. La costa de Japón tampoco está muy lejos, joder.

Parpadeó, moviendo la cabeza admirativamente.

—... unos tipos puñeteramente listos. Lo han conseguido.

«Unos tipos puñeteramente listos.» Piao apartó la mano enguantada del Grande del banco de trabajo y la mantuvo con firmeza a su lado. Y dice en un susurro:

—Si eran tan puñeteramente listos, ¿por qué están puñeteramente muertos?

El inspector jefe dio una vuelta en torno a la mesa de trabajo, con los ojos muy atentos.

—No se trata de drogas. Todavía no estoy seguro de qué es, pero no se trata de drogas. Yo seguiré aquí, tú examina las otras habitaciones. Busca lo normal. Yo buscaré lo menos normal.

Piao se volvió hacia Barbara, habló en voz baja, sin saber por qué.

—Mira lo que te apetezca, pero no toques nada, por favor...

Alzó el haz de luz de su linterna, iluminándole el rostro. Sus ojos zafiro.

—... Barbara, sé lo difícil que debe de ser para ti.

Ella no dijo nada. Piao vio que se daba la vuelta, moviéndose hacia el dormitorio, iluminándose con su propia linterna. Las palabras que acababa de soltar él le pinchaban como espinas de pescado en la garganta.

—Tan puñeteramente listos, y tan puñeteramente muertos.

* * *

Cuatro sillas, dos ahora caídas de lado, estaban en torno a la mesa; cada una de ellas había sido un lugar de trabajo individual. Procesos individuales de alguna línea de producción anónima, individual, ritual. Ahora sólo restos de material estropeado. El orden, el cuidado, lo ajustado de los procedimientos utilizados, se extendían hasta las piedras por la fuerza que

estaba indeleblemente grabada en la escena. En el suelo, casi ocultas entre los trozos de cristal, dos manchas habían empapado las tablas del suelo clavadas sin cuidado. Manchas antiguas que parecían cagadas de perro dejadas secar y deshacerse. Sangre. Debió de haber más, el inspector jefe lo sabía... cuando de hecho decidió buscarlas.

—Sun, ven aquí...

La voz de Barbara llegaba del dormitorio, la espalda apoyada con fuerza en la pared. Las lágrimas ya le caen lentamente por la cara.

—... son de Bobby.

Sus ojos miran hacia abajo, donde la cama se unía al suelo en un diluvio de sábanas arrugadas y mantas dispersas. Unas zapatillas de deporte Nike asoman por debajo de ellas.

—¿Estás segura?

Ella alzó la vista, sonriendo, llorando. Una rara combinación para los extraños, para aquellos cuya vida no se viera afectada por cosas así, pero no para Piao. La lluvia de la muerte; el sol de saber al fin. Él podía ver que Barbara estaba segura... y no se lo volvió a preguntar.

Piao barrió el suelo con el haz de su linterna. Otra mancha, sangre antigua sobre un suelo antiguo, alejada de la cama, junto a la ventana, gris oscura con nieve amontonada. Ella la había visto... Piao la agarra del brazo y la conduce a la habitación principal. Está acudiendo en su auxilio, siempre está acudiendo en su auxilio. Y sin embargo sabe que ya era demasiado tarde. Casi notaba el informe que había leído, cuidadosamente plegado en su bolsillo interior. Le quemaba. Sí, ya demasiado tarde.

—Hogar, dulce hogar, jefe...

El Grande estaba cerrando herméticamente una bolsa de plástico: cepillos de dientes, cerdas frente a cerdas, descansan en su interior. Otra bolsa, cerrada herméticamente y etiquetada dentro de su bolsillo: cubiertos. Otras dos bolsas en sus otros bolsillos: un peine, un cepillo del pelo.

—... hay mucha comida en la cocina. La mayoría, latas. Como para un par de semanas. Calculo que hubo tres...

Levantó los cepillos de dientes de la bolsa. Tres.

—... a no ser que los demás no se lavaran nunca los dientes. Hijoputas marranos.

Yaobang sonrió torcidamente, con los dientes orgullosamente apretados. Neumáticos gastados que pedían a gritos un recauchutado.

—¿Qué está haciendo, jefe?

El inspector jefe estaba arrodillado, abriendo la hoja de su navaja. Hizo un gesto con la cabeza a Barbara, esperando que el Grande cruzara la habitación donde estaba sentada ella y le impidiera ver lo que hacía antes de raspar cuidadosamente la sangre seca de las dos manchas del suelo de madera y guardarlas en una bolsa aparte de polietileno cerrada herméticamente. Cristal roto, papel, un microscopio, un flexo... Piao quitó los restos de los secos charcos pardos. Quedaban libres de sangre. La violencia había llegado antes. La acción que había tirado los objetos de la mesa, después. Un espacio de quizá horas entre las dos cosas. Horas... durante ese tiempo habían limpiado el sitio, eliminado cuidadosamente algo. El edificio aislado entre la extensión de nieve. La acumulación de objetos, materiales... ¿y todo para qué? Limpio, sí, limpio. La granja ahora estaba privada de lo que ellos buscaban con tanta meticulosidad.

Sitios pequeños... busca en los sitios pequeños.

Él no limpiaba todos los rincones, ¿lo hacían los demás? El inspector jefe se agachó todavía más debajo de la mesa, centrando el haz de luz de la linterna en la capa de fino polvo; algo que se aferraba a los bordes de las grandes separaciones entre las tablas. En el látex de la yema de su dedo, un polvo tan fino como el talco. Rojizo. Del color del barro cocido, aplastado bajo un pie. Guardó algo en una bolsa y la cerró. Se puso de pie, estirándose. Los hombros, la espalda... rígidos como si estuvieran fijos con barras de acero al rojo vivo. Piao se dirigió a las escaleras que llevaban al sótano. Caminaba con decisión; el Grande le seguía. El haz de luz de la linterna bailó por las paredes del sótano en chorros pardos, verdes... deteniéndose en gruesas vigas, la parte de debajo de las tablas del suelo, y haciendo alto en una negra fisura entre el polvo rojo. Dirigió el rayo de luz hacia el duro suelo de barro compactado, donde distinguió una hilera de polvo fino que atravesaba metro y medio la longitud de la dura tierra. Ocre sobre una rica turba negra.

—¿Qué ha encontrado, jefe?

El inspector jefe se agachó, se quitó los guantes y recorrió el polvo con los dedos. Sólo dos generaciones atrás su familia había trabajado la tierra y él aún

podía recordar la última vez que había pasado las manos por el estiércol.

El polvo rojo no es de aquí... tampoco yo.

—El polvo ha caído desde la habitación principal, de arriba.

Sus dedos recorrieron las pequeñas olitas de polvo.

—... cayó por la ranura grande entre las tablas. Hay mucho...

Sus dedos alisaron la hilera ocre, formando una llanura, un valle.

—... el que los sorprendió se anduvo con mucho cuidado. No manchó nada...

Sus dedos se hundieron más en el polvo con matices de sangre.

—... esta pulcritud. Este deseo de ocultar una metodología fría en el caos de destrucción, ¿no te recuerda algo?

En el valle de polvo, contra la yema de su dedo entumecida por el frío, el tacto del metal. Metal, verde azulado con el lustre de milenios. Una pequeña moneda del tamaño de un botón, atravesada en el centro por un agujero cuadrado. Barbara y el Grande miran por encima del hombro de él, los haces de luz de sus linternas convergen. El color del suelo adquiere un tono gris pálido.

—¿Qué coño es eso?

Piao se estiró, con la moneda en la yema del dedo. Una ampolla esmeralda de la edad del bronce. Giraba lentamente entre sus dedos.

—Es un *Mingqi*, un ejemplar de enterramiento en miniatura.

Barbara se acerca más, su pelo tocaba un lado de la cara de Piao.

—¿Qué significa todo esto, por el amor de Dios?

El inspector jefe se dio la vuelta, la luz de su linterna recorrió el rostro de ella... los rasgos se difuminaron, sólo una máscara inexpresiva de porcelana con ojos definidos por su profundo azul.

—Eso significa, Barbara, que tú estabas en lo cierto. Que no tenía nada que ver con drogas. Significa que todo esto tenía que ver con contrabando...

Hace girar suavemente la moneda entre las puntas de sus dedos. Una y otra vez.

—... tu hijo era un contrabandista de objetos artísticos raros y de antigüedades.

Barbara estaba soñando... un batir constante de aspas de un rotor que golpea el aire, entretejido con su paisaje. Iba andando por Nanjing. El sol a su

espalda, tan cálido como la boca de un bebé. Pasan caras a su alrededor. Ninguna que conociera. Ninguna que quisiera conocer. Completamente segura de que lo vería, como si se estuviera abriendo paso hacia una reunión que no había sido convocada de antemano. En la esquina con Shandong Lu, junto al salón de té, estaba parado Bobby. Desnudo. Mojado. Un charco en cada pie. Una oscuridad que se extiende desde los dedos de los pies, desde sus talones. Quiere preguntarle algo, pero ¿por qué? No surgió nada, sus labios no se abrieron. Era su sueño, pero no su momento de hablar. Él le tocó el hombro, el calor se disipó de inmediato.

«Pregúntale... pregúntale», se dice a sí misma dentro de la cabeza. Pero él ya había pasado, y se había unido a la multitud. Sus cuerpos vestidos ocultan la desnudez de él. Pies calzados emborronan, secan las huellas de sus pasos. El flujo interminable de gente pasó y él se había ido. Ella anduvo un poco más; el sol todavía en su espalda, pero no le calienta.

El batir de las aspas del rotor se destacó del fondo y avanzó, abarcándolo todo. A cada revolución, Bobby se aleja más... le pierde. Necesita el dolor como un recuerdo suyo. Necesita el dolor para sujetarle, pero en su sueño ella no lo podía encontrar. Se despertó, queriendo agarrarlo y morderlo.

* * *

El mar de Bohai desaparece. Cruzan la península Shandong, rodean el monte Lao y sus boscosas colinas. Qingdao a su alcance... la negrura de la ciudad se apretaba con fuerza contra el mar Amarillo. Sus playas perdidas en la oscuridad. Sólo el tejido eléctrico de las luces de la calle, testigos de una población de un millón de habitantes. Ya estaban perdiendo altitud. Barbara se frotó los ojos, polvo y sueños sin resolver los llenaban. El inspector jefe la mira. Ella lo veía, como hace un niño, entre las separaciones de sus dedos, justo enfrente de la misma cabina que ella.

Pregúntale... pregúntale.

Actúa en sueños sólo por segunda vez en la vida, y las dos veces debido a su hijo.

—Háblame de Bobby.

Piao nota que la pregunta le sobresalta. Era algo que reconocía más que

como una pregunta; y más que como una premonición.

—Estaba en una situación privilegiada, y también Heywood, para conseguir objetos artísticos muy especiales.

El inspector jefe levantó la palma de la mano, con la moneda en el centro.

—... no sé exactamente qué habían conseguido, pero *Mingqi* como éste se encuentran en las tumbas de los emperadores y los enterramientos muy antiguos. En esos sitios se pueden encontrar objetos muy importantes enterrados para ayudar y defender al emperador en la vida después de la muerte. Tengo un contacto en el departamento de Conservación de Objetos Artísticos Antiguos. Tratan muy seriamente esas cosas. Mandarán un equipo en el próximo avión para que investigue...

Sonrió. El cansancio se instaló en su cara más tiempo del que parecía justificado.

—... el departamento de Conservación de Objetos Artísticos Antiguos tiene un elevado presupuesto; no dependerán de un viaje conseguido a cambio de unos cuantos paquetes de Marlboro y unas cuantas botellas de Southern Comfort.

Barbara agarró la moneda de la palma de la mano de él, siguiendo su perfil con un dedo.

—¿Qué edad puede tener?

—Dos mil años. Puede que más.

Él ni siquiera había pestañado. El inspector jefe recuperó la moneda.

—Los del departamento son muy minuciosos, su investigación nos dirá mucho. Todavía no sé nada de la chica, Ye Yang, y de los demás... los cuatro que han muerto dos veces. No puedo decir qué participación tuvo la chica en la operación, nuestros informes todavía no son significativos al respecto. Los otros cuatro son mala hierba en un campo de arroz, no parece que formen parte de lo que les rodea. Con el tiempo se sabrá su historia.

—Yo también tengo relaciones. Pediré al embajador estadounidense que me proporcione un perfil de Ye Yang y de su familia. No había querido recurrir a eso. Supongo que me he estado engañando a mí misma, haciendo como que Bobby y la chica eran absolutamente inocentes. Que sus muertes fueron una especie de error. Que los arrastraron a algo en lo que no tenían nada que ver...

Miró por la portilla, las luces se acercaban, adquiriendo más detalle. Calles. Casas. Vidas que estaban viviendo.

—... pero la moneda lo dice todo, ¿no?

Una pregunta más. Un elemento de rechazo más. Piao quiere ayudarla. No responde.

Pregúntale... pregúntale.

Barbara mira por la cabina. El inspector jefe evita su mirada, el informe le quema en el bolsillo y, con él, una sensación de saber lo que vendría después.

Pregúntale... pregúntale.

—Pero no me lo estás contando todo sobre Bobby, ¿verdad?

Lo prometido en el sueño puesto a prueba. Ella no sería capaz de leer el informe, pero Piao se lo tendió. En momentos así no se quería tener las manos libres, se necesitaba algo, lo que fuera, a lo que aferrarse.

—Pan, que examinó los cuerpos, de Bobby y los demás... había algunas cuestiones para las que necesitaba la opinión de un especialista. Para aclarar ciertas cosas anormales. Esos reconocimientos... lo que encontró quedaba fuera de su alcance...

Ella empezaba a encontrarse mal, una fiebre en lo más profundo.

—... fue profesor en el Instituto de Pan y ahora es asesor del gobierno en Beijing...

Se estaba quedando sin espacio, al borde del abismo; se agarra a él con los dedos, mira abajo. Los labios del inspector jefe secos.

—... la mayor parte del informe resulta difícil de entender. Nuestros profesores de medicina, estoy seguro, son como los suyos, intentan explicar las cosas de modo inexplicable...

Trató de reír; le salió una tos nerviosa.

—... en ese informe hay conclusiones. Los cuatro que estaban en Gongdelin y que se dijo que fueron ejecutados, él concluyó que los habían matado a tiros. Pero los agujeros de entrada y de salida del proyectil estaban disimulados por las mutilaciones que les habían hecho. Los caminos que llevan a su muerte... han intentado dejarlos limpios. Pan había pasado por alto eso, no era difícil en las circunstancias...

Los ojos de ella seguían fijos, clavados en los de él. Un intento de preparación para el dolor. Piao soltó el aliento, inquieto.

—... esos cuatro y los demás, incluido Bobby. Los análisis muestran que a todos los anestesiaron. Opiáceos. Hipnóticos. Todos fueron sometidos a importantes operaciones médicas...

Los latidos de su pecho, un trueno. Su eco en el oído interno, en las sienas. Cada palabra emitida encontraba su camino entre su estruendo.

—... Bobby, Ye Yang, Heywood, Qingde... el profesor ha concluido que sus muertes se debieron al trauma de esas importantes operaciones médicas. Se los dejó morir en la mesa de operaciones después de técnicas quirúrgicas invasivas. Las mutilaciones intentaron ocultárnoslas y hacernos más difícil la identificación de los cuerpos.

Los ojos de Barbara; su tono cambia del turquesa al gris pizarra, y están llenos de preguntas.

—Operaciones médicas. Técnicas quirúrgicas invasivas. No lo entiendo. ¿Qué estás diciendo? ¿Qué está diciendo ese profesor? ¿Por qué coño tenían que hacerles esas operaciones?

El inspector jefe se muerde los labios por dentro. Desenreda las palabras. Las escupe...

—Sus órganos; se los habían extraído. Extraído con procedimientos quirúrgicos. Extraído sistemáticamente.

* * *

—Jodidos helicópteros.

Piao se limpió el vómito de los labios. El trapo, grasiento, sólo consiguió que los ataques de náuseas aumentaran. Una mano caliente en su hombro. Un olor a alcohol, caramelo y jarabe para la tos se abre paso entre el hedor de la bilis.

—Tome, jefe, beba. Decidimos abrir una botella. Fíjese en lo que dice la etiqueta...

Grand Old Southern Comfort. El inspector jefe agarró el cuello estriado de la botella y dio un largo trago. Fuertes palmadas en la espalda del inspector jefe.

—... bebe en serio, ese piloto. Media botella. Media jodida botella en tres tientos. La sed de un emperador.

El Zhi-8 adquiere más altura. Se estremece. Piao se estremece. Toma otro trago. Napalm azucarado. Se aprieta contra el mamparo trasero. El latir del Zhi-8 le penetra por la espalda.

—Oiga, jefe, ¿qué coño pasó?

Hace un gesto con la cabeza hacia el centro de la cabina. Barbara Hayes... sus ojos miran más allá del acero y a través de los años. Piao no tenía ganas de palabras. Palabras. Pero a lo mejor le quitaban las náuseas.

—Contarle a una madre la carnicería que hicieron con su hijo. Contarle a una madre que murió en la mesa de operaciones...

Otro trago. Su calor se le expande por la cabeza.

—... contarle a una madre que le quitaron los órganos con procedimientos quirúrgicos.

Yaobang agarra la botella.

—¿Estaba eso en el informe, en el informe del antiguo profesor de Pan?

—En la última página.

—¿En la última jodida página?

Piao asintió con la cabeza. La cabeza le da vueltas, como un perro dentro de una jaula.

—Mierda, lo siento, jefe. En mi vida he leído una última página. Siempre creí que no tendría el menor jodido interés.

El Zhi-8 descendió. Piao se aprieta todavía más contra el mamparo. Los latidos del corazón se acompañan con el pulso metálico del rotor.

—Pues esta última página lo tiene.

Se deja caer en la placa del suelo, y el inspector jefe sigue con el dedo el recorrido de la luna creciente soldada.

—¿Entonces qué pasó, jefe? ¿Qué coño pasó? Operaciones. Órganos desaparecidos. Suenan a locura, joder.

Piao agarra la botella. Termina la botella. Mira intensamente la etiqueta. Se imagina en un cochecito de caballos, pasando por delante de la gran mansión. Pasando por delante del gran barco fluvial. Humeaba a la orilla del grande y viejo Mississippi.

Suenan a locura, joder.

Fuera, más allá de los límites metálicos del Zhi-8, una constante extensión de tierra. Soledades informes, fronteras, destacaba el discurso eléctrico de

aldeas, pueblos, ciudades. Un viaje de la locura a la cordura. De la locura... las tierras del nordeste, el lejano norte. Las tierras de las lágrimas silenciosas. Los gritos que no se oían.

PINGFANG.

—Sobrevolamos una aldea pequeña. A treinta kilómetros de Harbin. Ahora casi no se nota. Edificios, sólo edificios. Y locura.

Deja que la botella se deslice por el suelo metálico con el arco de una cuchillada de cristales incoloros.

—Experimentaron con seres humanos allí. Les inyectaron virus mortales. Los congelaron, poco a poco. Observaron los efectos a largo plazo de la congelación. Los diseccionaron mientras estaban vivos. Conscientes. Extrayéndoles los órganos.

—Pingfang, el lugar secreto donde investigaron los japoneses durante la pasada guerra. Es a eso a lo que se estaba refiriendo, ¿no es así, jefe?

Suficiente contacto ocular. El inspector jefe no necesita palabras. No necesita asentir con la cabeza.

—Estaba usted diciendo que experimentaron con los cuerpos allí, ¿no? ¿Que los cortaron mientras todavía estaban jodidamente vivos?

Piao se puso de pie con esfuerzo. A través del cristal, en dirección al centro de la cabina... hacia Barbara.

—Otro Pingfang —fue todo lo que dijo. Tierras de lágrimas silenciosas. Tierras de gritos que no se oyen.

* * *

Ella no habló. El resto del trayecto hasta Hongqiao... un constante batir de alas de acero en el aire. Su mano encajada en la de Piao. A veces apretada, con los nudillos blancos; a veces floja. El único barómetro de lo que sentía ella. Eso, y las lágrimas. Su madre, su esposa, y ahora Barbara. Mujeres, un pozo sin fondo de lágrimas en el que él había bebido con frecuencia.

* * *

El coche estaba esperando en la pista. Se sentaron atrás, la mano de ella todavía en la de Piao, sin atreverse a soltarla. Una sensación de que ella desaparecería si la soltaba. Y todo el tiempo la mirada de ella clavada en la suya, un relámpago. Como sol retenido por el agua.

El pasillo del Jing Jiang estaba oscuro. Silencio, exceptuando la respiración de la ciudad. El sonido de la llave al girar en la cerradura, un consuelo. Dentro de la habitación, ondulan las cortinas, se mueven como cometas sujetas por una delgada cuerda.

A veces, una sola cuerda es lo único que nos une a donde estamos y donde queremos estar.

Ella le tocó. Le desabrocha los botones de la camisa. Le pasa las manos por el pecho, las baja por sus brazos; la camisa cae al suelo. Sus ojos no se apartan ni un segundo de los de él, aspirando con cada oscilación de sus iris. Aspirando al unísono. La hebilla de su pantalón. La cremallera abierta con un lento sonido. Las manos de ella deslizándose por los costados de él con una firme caricia; pantalones, calzoncillos, zapatos, calcetines, apartados de una patada. Estaba desnudo y no trataba de ocultarse; los brazos en los costados. Le besa una vez más en el hombro mientras se desprende del vestido, la ropa interior... seda cayendo de su piel al suelo. En ella no había nada que no fuera perfecto. Piao avanzó hacia ella, y las pupilas de sus ojos se dilataron. La respiración les tensaba los labios. Una descarga... electricidad cuando entraron en contacto. Ella era calor contra el hielo de él. Blandura contra su dureza. Barbara sabía a flores y sueño. A lágrimas y pasta de dientes. Emborrachaba su contacto, su sabor, tocarla. Él la penetró antes de que se hubieran tumbado en el campo de nieve del edredón. Las piernas de ella a su alrededor en un susurro, una palabra secreta. Todo lo que era, lo que había sido, o lo que sería él... dentro de ella. La noche, una veta de terciopelo púrpura y cielo. Una reunión de recuerdos e imágenes separadas, sin tiempo.

Ella sólo dijo una cosa cuando recorrían la noche juntos. Una cosa mientras sus lágrimas bautizaban silenciosamente el pecho de él cuando había entrado por primera vez en el interior de ella.

—Ahora deja que te robe este momento.

Piao nunca había oído unas palabras más sinceras en toda su vida. Habría

llorado, debería haber llorado justo allí mismo y entonces, pero no sabía cómo.

Capítulo 21

Acepta la muerte como vida.

El hedor iba en aumento. Piao contuvo la respiración hasta que estuvo en el fondo del edificio.

El cuartel general del departamento de Conservación de Objetos Artísticos Antiguos se alzaba incómodo entre los límites del distrito Putuo y del distrito Changning, en el extremo norte de la ciudad. No había cercas, pero los límites de los distritos estaban allí. Y con ellos las disputas que provocaban esas divisiones. Las calles que rodeaban el departamento estaban limpias. La calle en la que estaba, asquerosa. Verduras podridas, papeles, aceite, mierda, dos perros muertos en la cuneta... mandíbulas abiertas. ¿Qué distrito pagaría la factura de la limpieza de la calle que se encontraba exactamente en el límite? La disputa llevaba dos años sin resolverse.

Las cosas discurrían despacio en la República Popular China.

* * *

—¿Cómo está tu madre?

Piao sabía que la pregunta surgiría. ¿Cómo no iba a hacerlo si era un hombre que la conocía desde hacía más años que su propio hijo? Cincuenta años. Pero con todo, el inspector jefe sintió vergüenza y humillación. Los ojos del director ardían de recuerdos, y de más cosas.

—Era la chica más guapa de Songjiang, tan guapa como usted, señora Hayes. ¡Y cómo cantaba! Igual que un canario. ¿Te lo había dicho, Sun Piao?

Sí, todas las veces que se habían visto.

—Está bien, pero no la veo con tanta frecuencia como debería...

Aquello sonó a tan agradable como un ramo de alambre de espino: Piao sintió que necesitaba justificarse.

—... el trabajo me tiene muy ocupado. Tengo compromisos importantes.

El director se volvió hacia Barbara, con las palmas de la mano hacia el techo.

—Y una madre no es un compromiso importante en este nuevo mundo en el que vivimos...

La bofetada verbal en la cara sólo se calmó cuando el director sirvió el té, con manos temblorosas, y le pasó una taza a Barbara. Una sonrisa grabada en su cara, en apariencia tan permanente como las palabras al aguafuerte del interior de la caja de un reloj de bolsillo.

—... necesitas volver a echarle una ojeada a tu vida, joven Sun Piao. Ver de qué color son sus ojos. Tu madre ha tenido que pasar por muchas cosas en la vida, toda nuestra generación ha tenido que pasar por muchas cosas...

Dio un sorbo de té, la delicada taza sujeta con unos dedos que eran más hueso que carne.

—... la Revolución Cultural fue un terremoto que duró diez años que los de tu generación nunca entenderéis, aunque al menos deberíais intentarlo. Para tu madre, estar embarazada del hijo de un extranjero..., estar enamorada de un *yang-gui-zi*...

El director movió la cabeza a ambos lados.

—... las vidas se partían como el bambú. Fueron tiempos muy difíciles...

Tragó con esfuerzo...

—... haría cualquier cosa por ver a mi padre de nuevo, sólo para decirle que lo entiendo.

Ver a su padre de nuevo. Las Cien Flores, la Revolución Cultural y los «Cuatro viejos» que odiaban los guardias rojos. Los viejos modos de pensar. La vieja cultura. Las viejas costumbres. Los viejos hábitos. No existía ni una familia en toda la República que no tuviera una historia que contar, que no provocara una lágrima en los ojos más secos. Piao sabía la historia del director, que era peor que las de la mayoría. Su padre había sido uno de los pianistas más dotados del país. Una noche los guardias rojos habían llamado... lo habían sacado de la cama. En una calle del centro de Shanghai, a no más de cinco kilómetros de donde ahora estaban sentados tomando té, habían sujetado

con fuerza las manos de su padre a la superficie de la calle. Una hilera de más de doscientos cincuenta guardias rojos desfiló con sus botas por encima de ellas. Aquella noche casi se había desangrado en el bordillo de la acera, pero un hábil cirujano, al que conocía la familia, le había salvado. Pero no sus manos. No su mente. Se suicidó seis meses más tarde.

Por ver a mi padre de nuevo. Sólo para decir... lo entiendo.

El inspector jefe apura su té. Coloca la taza y el plato con firmeza sobre la antigua mesa de despacho. Un signo de puntuación que suplica un cambio de dirección.

—Director, ¿cuándo investigarán sus hombres la casa cercana a Harbin?

El anciano sonrió, y las profundas arrugas se hicieron más profundas en torno a sus ojos, su boca. Piao le había conocido cuando estaba en el esplendor de su edad madura. Piel tersa. Ojos claros y fijos en el futuro. Verlo ahora le remitía a su propia mortalidad. Sabía de esa sensación todas las veces que se miraba en el espejo. Todas las veces, excepto la mañana en que había despertado con el pelo de Barbara extendido sobre el pecho. Los pechos de ella subían y bajaban pegados a su brazo.

—Un cambio de tema. Eres un buen policía, Sun Piao. Serías incluso un mejor político...

El director empujó un expediente por encima de la mesa de despacho.

—... que quede entre tú y yo, inspector jefe Piao. La señora Hayes no ha estado nunca aquí y este informe no existe. Te lo doy únicamente porque tu madre es muy guapa.

—Los suyos ya han estado en la casa, ¿verdad?

El director Chieh entrecruzó los dedos y los colocó sobre la mesa de despacho. Una estructura de corteza de árbol nudoso que descansaba en madera de nogal barnizada.

—Consideramos que el contrabando de nuestro patrimonio natural, de nuestros objetos artísticos antiguos, es un problema importante. El Partido y el gobierno coinciden en este punto, de modo que nuestro presupuesto nos permite actuar con rapidez. Pero resulta que por la mayor de las casualidades ya teníamos un equipo trabajando en la zona de Harbin. Estuvo en la casa sólo unas horas después de que te pusieras en contacto con nosotros... antes de que aterrizaras de vuelta a Hongqiao.

—¿Qué estaba haciendo ese equipo por Harbin?

El director dio un sorbo de té... uno muy breve. El té hacía tiempo que se había enfriado en la taza.

—Pingfang.

Barbara vio dilatarse los iris de Piao; las palabras se le atragantan.

—Pingfang... ¿qué es eso, un lugar?

—Nuestra tragedia... —contestó Piao, inclinándose hacia ella. Ella, que aún olía a aquella noche y a continente sólo parcialmente explorado.

—... nosotros sabemos de sus Dachau, sus Belsen. Usted no sabe de nuestro Pingfang. Occidente, donde usted vive, prefiere acaparar el mercado en lo referente al sufrimiento humano...

Polvo en la habitación, olor a libros viejos, fragmentos de cerámica y goma de pegar.

—... cuando los estadounidenses liberaron el campo del ejército imperial japonés, concedieron la libertad a todos los asesinos que participaron a cambio de todos los datos que habían sido reunidos durante los experimentos con ciudadanos nuestros. Nuestros especialistas creen que eso supuso una importante contribución a las investigaciones médicas occidentales.

—Lo siento mucho.

Disculpándose por una nación. Pajas en el viento. Sonó a muy insignificante cuando salió de los labios de Barbara.

—Los recuerdos se desvanecen, señora Hayes; el destino lo ha decidido así...

Las palabras del director Chieh fueron una tirita aplicada en la ampolla de un pie.

—... pero nuestras reivindicaciones contra los japoneses como compensación por lo que pasó, eso no se desvanece. Nuestro equipo de Pingfang lleva recogiendo pruebas desde hace año y medio. Formará parte de un expediente y una demanda legal que se presentará contra el gobierno japonés en el próximo año...

Sonrió. Su rostro era como una bolsa de papel arrugado.

—... no es nuestro campo de trabajo habitual, pero resulta muy reconfortante para el alma. Muy difícil para el alma también. Investigar esa casa en los campos de nieve de Yanshou supuso un interludio muy bienvenido.

Sangre que empapaba el suelo de madera. La vida de un hijo desgarrada y despojada de su contenido. «Un interludio bienvenido»... hizo que sonara a un té con baile. El inspector jefe tamborileó con los nudillos en el informe amarillo.

—Yo no tengo tiempo para documentos, no con Liping encima de mí. ¿Qué dice en este, director?

Chieh se puso de pie, lenta, cuidadosamente. Su postura, la de un signo de interrogación final. Su atención se centraba únicamente en Barbara. El anciano tenía un ojo para las mujeres que el tiempo no había disminuido. ¿Es que la abeja pierde alguna vez su gusto por la miel?

—Perdone, querida, si hago como si estuviera dando clase...

Sonrió. Barbara asintió con la cabeza.

—... tu primer informe, inspector jefe, ha sido apreciado. Y nuestra propia investigación, aunque breve, puedo asegurarte que fue de lo más completa. Como ellos siempre son...

Se examinó las uñas. Una vida de arqueólogo había dejado en ellas una huella indeleble; la piel era de un pardo amarillento, como el suelo de las grandes llanuras de Huang He. Las uñas... gruesas, con surcos, como paletas de acero.

—... como usted ya habrá comprendido, señora Hayes, su hijo nunca estuvo oficialmente en nuestro país y yo no me encuentro en situación de enfrentarme a eso. Ni lo desearía. Bañarse en el mar cuando uno sabe que es la temporada de los tifones constituye un modo peligroso de relajarse, si entiende lo que quiero decir. Y como su hijo nunca estuvo, oficialmente, en nuestro país, oficialmente nunca pudo trabajar en el instituto Shaanxi de arqueología bajo la supervisión del director de la excavación, Wang Xueli...

Los dedos del anciano formaron una cumbre puntiaguda.

—... pero, sabemos, señora Hayes, lo que hizo exactamente su hijo...

Barbara notó una sacudida. Las palabras de Chieh la ahogaban.

—... uno de mis arqueólogos jefe visitó en varias ocasiones una excavación muy importante cerca de la antigua capital de Changan... a unos veinte kilómetros de Xian. Es la primera excavación importante del mausoleo de un emperador Han en lo que nos gusta llamar «la ciudad dormida de los emperadores, sus esposas y sus concubinas». Se han localizado ochocientas

tumbas en esa sola llanura, y aunque no se ha abierto ninguna de las tumbas reales, existe una sensación general de que ahora se podría despertar a la ciudad dormida. Su hijo formaba parte de ese proyecto. Uno de los despertadores. Uno de los primeros arqueólogos que participaban. Un buen especialista en los Han, me han dicho...

El director se dio la vuelta; la verdad en sus ojos.

—Mi arqueólogo jefe estuvo con él en dos ocasiones. Mi departamento, este departamento, fue el que le dio permiso a su hijo para ir a las excavaciones de Jing Di.

Ella no era capaz de hablar; la lengua remachada en un punto del interior de la boca por las sencillas verdades que le acababan de contar. Quería preguntar por Bobby. Cosas de madre. Pero Piao habló primero... cosas de policía.

—La moneda que encontramos ¿era un elemento en miniatura de un enterramiento de la excavación de la que habla?

Chieh sacó una cajita del cajón de su mesa y la abrió. La moneda estaba limpia de tierra sobre una base de algodón blanco... bronce verdiazul.

—La profundidad de tus conocimientos me sorprende, Sun Piao. Tu madre se quejaba de que no eras el estudiante más aplicado del colegio. Pero sí, estás en lo cierto. La moneda es un elemento de una tumba, Mingqi. Y sí, una vez más, procede de la excavación cercana a Changan donde trabajó el chico estadounidense. El polvo de barro que encontraste en la casa lo confirma.

—Entonces, director, ¿sabemos que podría haber sido robado de esa excavación?

El anciano apretó un botón y habló muy alto por un interfono; obtuvo respuesta a los pocos segundos en forma de un tímido golpe en la puerta. Un hombre de bastante estatura entró en el despacho; su cara, olvidable de inmediato. Colocó una caja de madera cerrada herméticamente en un lado de la mesa y se marchó. Una caja que era de idéntico tamaño a las que Piao había visto en una esquina de la casa de los campos de nieve de Yanshou. Chieh agarró un cúter y cortó el cable que impedía que la caja se abriera. Un grueso lacre rojo sangre cayó a la mesa. El anciano deslizó lentamente la tapa de la caja y dejó a la vista un arrugado acolchado de suave papel marrón. Su torso ocultaba el oscuro interior de la caja. Al ponerse a un lado... una boqueada

atragantó a Barbara. Una estatua de una figura humana, desnuda, sin brazos. Delgada, como la de un niño. Ligeramente musculada. De suaves contornos. Terracota... un barro cocido pálido, casi rosa. Pelo con laca negra y sujeto atrás en un apretado moño. La cara, hermosa. Sugería un placer secreto. Una sonrisa, generosa, sincera, en sus rasgos. Muy diferente, pero a ella le recordó a Bobby. Podría tener siete, casi ocho años. Miami, unas vacaciones de verano en la playa. Días tórridos, días largos, puntuados por latas de coca-cola. Arena en su cuerpo. Lo veía correr hacia el agua, las olas rompiendo sobre sus hombros, su espalda. Tan lustroso, tan brillante como un delfín.

El director también estaba sonriendo. Sus dientes, tan amarillos como la arena de aquella playa de Miami.

—Verlas es sonreír, ¿sí? En Nueva York alcanzan los cincuenta mil dólares cada una en el mercado artístico. Diez de ellas aparecieron en subastas hace sólo un mes. Todas eran de la excavación de Jing Di. Hermosas, ¿verdad?

Barbara asintió con la cabeza. Sí, eran muy hermosas. También lo era Bobby.

—Las llamamos «hombres de barro». Merece la pena hacer contrabando con ellas, ¿no cree? Puede que hasta merezca la pena morir por ellas, ¿no? Su hijo no habría sido el primero, señora Hayes.

—Sí, son muy hermosas, pero, ¿merece la pena morir por ellas? No, no merece la pena morir por ellas, director. No sé de nada por lo que merezca la pena morir, a no ser tu propio hijo.

Él la examinó durante unos segundos.

—Sí, muy hermosas, pero quizá tenga usted razón...

Sacó una pipa de un bolsillo interior de su chaqueta y golpeó fuerte con ella en el alféizar de la ventana. Restos de tabaco mancharon la pintura blanca.

—... en marzo de 1990 estaban construyendo una carretera desde Xian hasta el aeropuerto de Xianyang que pasaba por la tumba de Jing Di, el quinto monarca de la dinastía Han, que reinó del 157 al 142 antes de Cristo. Los que construían la carretera notaron una decoloración en la tierra. Nos llamaron...

El director hacía girar una y otra vez la pipa entre los dedos.

—... los análisis del terreno revelaron un total de veinticinco fosas en la excavación. Contenían el ejército en terracota de Jing Di, el segundo ejército de terracota más importante encontrado en nuestro país. El primero fue la

guardia de honor de más de diez mil soldados de tamaño natural que encontraron en el mausoleo de Qin Shi Eluang Di, el constructor de la Gran Muralla. En la excavación de Jing Di, donde trabajó su hijo, hasta ahora sólo se han investigado ocho fosas. Contienen setecientas estatuas. Setecientos hombres de barro...

Pasó un dedo por la mejilla de la estatua, por el pecho, el plano estómago. Barbara trata de imaginar setecientas sonrisas.

... y siendo emperador durante el periodo Han, Jing Di había sido considerado divino. Los suyos creían que intercedía en el cielo a su favor, que su prosperidad dependía de él. Demasiado sagrado incluso para pronunciar su nombre. Era un emperador al que había que dirigirse con las palabras que significan «pie de los escalones», lo más alto que podía mirar una persona en su presencia. Sabemos que los Han creían que el más allá era una prolongación de esta vida, y por eso cuando la vida ya no poseyera a Jing Di, su mausoleo tendría que reflejar la magnificencia de su residencia en la tierra. Sedas delicadamente tejidas, instrumentos musicales, comida, bebida y un ejército para luchar en las batallas del emperador en el mundo de los muertos...

El director Chieh se sentó, sus dedos trazaron la forma de la pipa.

—... la construcción de un ejército que pudiera ser necesitado después de la muerte se tomaba muy en serio. Jing Di, se sabe, una vez acusó a su general más fiel de comprar demasiadas armas para su propia tumba. El hombre fue acusado de intentar encabezar una rebelión contra el emperador en el más allá. El general fue encarcelado y humillado. Era un militar orgulloso y leal. Se dejó morir de hambre...

El anciano pasó una fotografía por la mesa; una fosa profunda, sus lados accidentados y desiguales. De su base asomaban hileras de cabezas como coles. Sonrisas de barro cocido flotaban en un mar de polvo color nicotina.

—... la fosa 17 contenía setenta soldados de terracota que marchaban detrás de dos carruajes tirados por caballos de madera. Un arsenal de espadas de acero, escudos, arcos, flechas. El extremo final de la fosa estaba lleno de grano hasta una altura de dos metros. Entonces, como ahora, cultivar alimentos para dar de comer a las masas era un deber nacional. Un día después de que sacaran esa fotografía, la fosa 17 se llenó para permitir que los campesinos

plantaran trigo en su superficie. Un tesoro nacional vuelto a enterrar por unos centenares de hogazas de pan...

Movió enérgicamente la cabeza a ambos lados; el humo se alza a su alrededor en meandros plateados.

—... nuestros jefes de excavación han informado con frecuencia de que la excavación de terracota Jing Di, de veinticuatro fosas y túmulos de treinta metros de altura, es decir, el lugar de descanso actual del emperador, estaba a merced de los ladrones de tumbas. Las tumbas de nuestros otros emperadores también. Xuan y Wen, al este de Xian. Wu, Zhao, al noroeste de Xianyang. Sólo éstas ocupan un área de unos quince mil metros cuadrados. ¿Cómo se espera que mantengamos vigilada una zona tan extensa? ¿Quién va a saber que se siembra trigo, se cosecha maíz... o se roban las tumbas de los emperadores y se hace contrabando con nuestros bienes artísticos más preciados?

Chieh golpeó dos veces en la mesa de despacho con su pipa.

—No sabemos con cuántos hombres de barro de la excavación de Jing Di se ha hecho contrabando. ¡No sabemos cuántos hombres de barro había en la excavación de Jing Di! ¿Cuántos granos de arena caben en un puño cuando éste se hunde en una duna? Sólo vemos cómo se escapan entre los dedos por mucho que uno apriete la mano...

El director pasó la yema del dedo por la cara de barro cocido, entre sus ojos.

... fíjese en la perfección de estos hombres de barro. La belleza de su desnudez. Muy superior a la de los diez mil soldados de tamaño natural del mausoleo de Qin Shi Huang Di, que tienen la ropa esculpida y pintada y parecen todos iguales. Los hombres de barro fueron realizados individualmente a partir de cuatro moldes, pintados delicadamente, provistos de brazos de madera, vestidos con seda, equipados con armas. Y la cara, fíjese en la cara. Habla, note su respiración contra su mejilla. Se han identificado más de quince expresiones diferentes entre los soldados extraídos hasta ahora en Jing Di. Algo único. Por eso tantos quieren poseer un hombre de barro...

Cerró la parte superior de la caja. La sonrisa se eclipsó. Como si en la habitación hubiera disminuido la luz.

—... su hijo fue el último de muchos que han muerto por los hombres de

barro, señora Hayes. En 1972, arqueólogos de este departamento dejaron al descubierto un cementerio de unos diez mil prisioneros que murieron durante la construcción de la tumba de Jing Di. Se encontraron grilletes en el cuello y las piernas de cada esqueleto.

Los ojos de Piao se cerraron sólo un instante, casi un parpadeo. Volvió a la orilla del río. Cuando alzó la vista, Barbara ya estaba en la puerta, abriéndola. Tenía una mano en el cuello cuando cerró la puerta a sus espaldas, como si intentara quitarse una cadena del cuello.

Barbara anduvo por el pasillo... Pasan diez minutos antes de que oiga pasos en el mármol oscuro, siguiéndola hasta donde la luz del sol irrumpía por las ventanas del suelo al techo. Unos pasos, y sabe instintivamente que son los de Piao. Una hace el amor con una persona una vez, y luego de repente es capaz de reconocer sus pasos.

—Lo siento, tenía que irme de allí...

Se dirigió a la pared, y se apoyó en ella. Su mármol proporciona un alivio fresco al calor de su piel a través de su blusa.

—... pero por lo menos ahora podemos demostrar que se oculta algo. Que Bobby estaba aquí, en China, y que alguien en un puesto elevado se cubre las espaldas. Tenemos al jefe de excavación del que habló Chieh, el que vio dos veces a Bobby. Él lo puede decir. Debemos conseguir una declaración suya. Y que el departamento de Chieh concedió un permiso a Bobby para trabajar en la excavación. Tiene que haber documentación sobre eso en alguna parte. También están los que trabajaban con Bobby y la sangre de la casa de Harbin... los análisis que has hecho demuestran que pertenecía a Bobby...

Pasos en un lejano pasillo. Una puerta que se abre. Una puerta que se cierra.

—... debemos llegar hasta ellos, conseguirlos. Enseñárselos. Ahora lo entenderán.

Tiene ganas de abrazarla, pero se siente rechazado. Una distancia, medida en losas del mármol pulido del suelo, aumenta entre ellos.

—Barbara, no podemos utilizar la información que acabamos de oír...

Las palabras le salen de la boca. Unas palabras que no le sirven. Le parecen un micrófono. Nada más que lo que transmite un mensaje.

—¿Qué demonios está pasando aquí? Eso es lo que estábamos buscando,

¿no... no?

Fuera se había nublado. Una luz gris llena las ventanas. Él no dijo nada.

—Dios santo... dime que no querías decir eso. Dime que podemos utilizar esas pruebas.

Piao habla, como para sí mismo.

—Fui idiota. Debería haberme dado cuenta. Cuando el director me dijo que el informe que me dio no existe. Que tú nunca estuviste en esa reunión. Que lo que estaba diciendo debía quedar sólo entre él y yo. Debería haberme dado cuenta. Él me lo estaba diciendo, pero yo no escuchaba. Era torturar a uno para asustar al otro. Una advertencia. Todo era una advertencia...

Trata de evitar los ojos de ella.

—... le dije lo mismo que has dicho tú al director Chieh, y entonces él me lo contó. Un dirigente había ordenado interrumpir la investigación, llamar al grupo del campo de nieve. Todas las pruebas relativas al caso están selladas y guardadas en los archivos del departamento. Se ha prohibido expresamente que ningún material salga más allá de las puertas del departamento de Conservación de Objetos Artísticos Antiguos.

Ella se agitaba tempestuosamente a su alrededor.

—¿Saben lo que están haciendo? Están volviendo a matar a Bobby.

—El director Chieh trató de buscar el origen de la orden. Fue imposible. Chieh dijo que procede de muy arriba, muy arriba, del «pie de los escalones...».

Barbara se dirige a la puerta. El inspector jefe la sigue; no quiere que sus pasos hagan el menor sonido. Una disculpa en su silencio.

—... me habló de la casa de Yanshou. Se decidió que fuera destruida. El grupo del director Chieh la quemó. No ha quedado nada. Lo último que me dijo cuando yo ya salía de la habitación fue que le hiciera llegar a mi madre sus saludos más respetuosos.

Una sola mancha en un universo blanco. Ascuas en nieve fundida. Estúpida, estúpida... y todo lo que ella podía pensar era en otro instructor de Bobby que ellos habían pasado por alto.

Se alejaron en coche mientras el día se apagaba. Lleva a Barbara de vuelta a su hotel. La acompaña a su habitación. No se atreve a tocarla. No se atreve. Necesita suprimir la distancia entre ellos, pero no sabe cómo. Ella abrió la

puerta lentamente y la cerró lentamente. Había desaparecido y él se dirigió a casa... llovizna.

Capítulo 22

Un alto funcionario es como el viento; un hombre menos importante es como la hierba. Cuando sopla el viento, no puede hacer más que doblarse.

Imagínese a China como un tramo de escaleras a gran escala. Cada persona sólo sabe lo que hay en su peldaño. Nadie ve la escalera entera de arriba abajo... es demasiado grande. La escalera empieza con un laberíntico sistema de grados y categorías, en los que cada ocupación ha sido dividida por el Partido. Los veinte millones de funcionarios van los primeros, en veinticuatro grados separados. En el escalón de debajo de los funcionarios están los oficinistas normales. Jefes de sección, directores de servicios...: grados catorce a dieciocho. Jefes de departamento... grado trece. Ayudantes de los ministros... grado ocho. Gobernadores de ciudades y provincias... grados cuatro y cinco. Por encima, las nubes oscurecen la vertiginosa cima del pico.

Y los sueldos; cada categoría tiene un sueldo correspondiente fijo. Ochenta yuanes al mes para el grado veinticuatro. Trescientos ochenta yuanes al mes para el grado trece. Quinientos sesenta yuanes al mes para el grado ocho.

En el departamento de Seguridad Pública tienen su propio sistema de grados. Fíjate en el sillón de tu jefe: te dirá inmediatamente qué grado ocupa. ¿Un sillón giratorio de cuero? Entonces debe de estar por encima del grado trece. ¿Un sillón tapizado, cubierto de terciopelo? Es un funcionario de entre los grados trece a dieciséis. Si es del grado siete, su sillón será de madera con un cojín. Por debajo de eso, un sillón sólo de madera sin cojín.

Categoría, pero no clase... un escenario de sombras.

Para demostrarlo... en una conferencia internacional sobre tecnología láser celebrada en Beijing, los científicos extranjeros y los profesores chinos de los grados cuatro y superiores, sentados en las primeras seis filas del auditorio.

En las filas de atrás, profesores de menor categoría junto a científicos menos importantes. Delante de cada asiento han puesto una taza de porcelana idéntica. Una apariencia de igualdad. Pero al probar el líquido caliente de las tazas de porcelana blanca de las primeras filas de la sala de conferencias... té de buena calidad. En las filas de atrás... agua caliente.

Capítulo 23

Ya la llevaba llamando tres días... sin respuesta. El cuarto día había llegado la carta de ella. Se la lleva a la nariz; con su olor a un perfume extranjero sin nombre y caro. El informe sobre Ye Yang que ella le había prometido tenía estampado diagonalmente CIA en rojo por encima de las hojas escritas a máquina. Pero fue la nota a pie de página escrita con tinta azul lo que leyó primero.

... ¿y ahora dónde vamos? No puedo encontrar el camino en todo este lío, ya no puedo. Estoy pensando en volver a Estados Unidos. BARBARA.

Los ojos de Piao volvieron al desfile de escritura a máquina. Un impulso de correr al Jing Jiang a buscarla. Pero la barrera de cristal del deber se lo impide. Sus ojos recorrieron la lista de detalles, número de pasaporte estadounidense, fecha de expedición, fecha de nacimiento. Estatura, estado civil, residencia, ojos, pelo, datos triviales, sólo datos triviales. Una fotocopia de una foto de pasaporte en blanco y negro. Grano fino, alta definición. La tela del cuello de tweed de ella. Cada pelo parecía separado. Las palabras de una chapa sujeta en la solapa... «I LOVE N. Y.» Rasgos chinos, pero una chica estadounidense. Labios fruncidos en un intento de poner cara seria. Pintura de labios oscura, rojo brillante, imaginó Piao. Sigue leyendo...

EXPEDIENTE ACADÉMICO. UNIVERSIDAD
DE CAMBRIDGE, INGLATERRA

INGRESO: 2/10/1988 SALIDA: 13/7/1992

Y. YANG. Licenciada con sobresaliente en Cultura y
Arqueología Chinas.

Especialidad: Historia y restos arqueológicos de la
dinastía Han a partir del 206 a. C.

DEPARTAMENTO DE REGISTRO.

FACULTAD DE CIENCIAS EMPRESARIALES DE HARVARD

INGRESO: 25/9/1992 SALIDA: 30/8/1994

Y. YANG. Licenciatura en Estudios Empresariales,
Contabilidad y Dirección.

Especialidad: Estrategias impositivas exteriores.

Una chica lista. Volaba alto. Demasiado alto para ser encontrada en el barro de la orilla de un río. Sigue leyendo...

DEPARTAMENTO Z14. CIA PENTÁGONO

(Agente: A. J. Moore)

PERFIL FAMILIAR:

YE YANG (núm. ref. 20258423 AJM)

PADRE: JIANG YANG. MADRE: XIAO YANG.

Huyó de China continental en febrero de 1966. Llegada
a Estados Unidos, Nueva York, 7/3/1966.

Concedido estatuto de refugiado. Ciudadanía 22/6/1975
(42346867441)

La información disponible de Hacienda demuestra unos ingresos sin impuestos del último año de actividad empresarial de Yang de quinientos setenta y dos mil dólares. Valoración de sus propiedades y otras inversiones dos coma tres millones de dólares. Los ingresos fueron generados por dos galerías de antigüedades que poseían en la Quinta Avenida, Nueva York. Incluían ventas, trabajos de tasación y evaluación. Las galerías se

especializaban en la adquisición y venta de objetos y antigüedades japonesas, chinas y coreanas.

Piao enciende un cigarrillo, profundas caladas a su amargo humo. Ceniza que cae encima de los informes. La quita distraído y sigue leyendo...

15/7/1992. Vista en el Tribunal Supremo
Núm. 005713556325.

Jiang Yang fue acusado de importar en Estados Unidos objetos coreanos de gran importancia histórica y significado cultural para el gobierno y el pueblo de Corea del Sur. Extradición a Corea del Sur rechazada basándose en su mala salud. Condena a dos años de cárcel suspendida debido al estado de salud general de Jiang Yang. Muerte 3/2/1993, Hospital de la Fe, Long Island, N. Y. El control del negocio pasó a Song Yang, su único hijo. Las responsabilidades de Ye Yang son de compradora para dos galerías y varios coleccionistas privados. Durante los dos últimos años se ha especializado en la adquisición y venta de objetos chinos. Múltiples entradas en China continental, Hong Kong y Taiwán...

9/6/1993, Beijing, aeropuerto de la capital.
15/7/1993, Hong Kong, aeropuerto Kaitak.
30/9/1993, Shanghai, aeropuerto Hongqiao...

La relación de entradas continuaba durante otras diez líneas. El perfil de un contrabandista.

El inspector jefe notó que la ira le apretaba el cuello. Había más en aquel informe que había recibido que en toda la colección de documentos de su propia Seguridad, Luxingshe y FITS. Hay que joderse, ¿por qué tenía que recurrir a la CIA para contar con la información que debería haber obtenido únicamente pulsando una tecla del ordenador? Piao se estiró para agarrar la gruesa bolsa de papel marrón junto a su codo. *Guo-tieh*. Empanadillas rellenas de repollo y cerdo. Eran del día anterior, seguro que la bolsa sabría mejor. Era su primera comida en veinticuatro horas. Estaría bien.

—¿Dónde las ha conseguido?

El Grande pestañeó al toparse con la luz del despacho. Tenía aspecto de no haber dormido. No había dormido.

—¿Que dónde las he conseguido? Son una jodida mierda, jefe. No se me queje...

Sonrió torcidamente.

—... son de ese jodido puesto de la esquina, el de la vieja. Deberían dar de comer las empanadillas a las ratas del arroyo Suzhou. Las matarían, a las hijaputas.

Piao tiró su bolsa medio llena de empanadillas a la papelera. El hambre sólo es cosa mental, se dijo a sí mismo sin convicción.

—¿Han llegado cintas?

Yaobang se dejó caer en su sillón de madera; dos años más y le ascenderían unos cuantos grados. Dos años más y tendría un cojín en su sillón.

—¿Cagaba Mao? Claro que no han llegado más cintas. ¿Cuántas cartas le hemos mandado al comisario, diez? Llamé a esa secretaria suya sin tetas quince veces.

Liping era un funcionario de grado trece. Su primo, el ministro Kang Zhu, un funcionario de grado cuatro o cinco. Lo suficientemente elevado para sacudir cualquier árbol. Lo suficientemente elevado para conseguir unas cuantas cintas del enredo del sistema. Unas cintas que podían significarlo todo o joderlo todo. Había un bloqueo, en alguna parte. Una persona. Un departamento. Algún asunto político que arreglar. Una espalda que cubrir. Las cintas no se las daban, no llegaban a donde Piao necesitaba que estuvieran; Liping era la puerta, su único paso hacia las cintas. La puerta no estaba abierta o no permitían que se abriese. El inspector jefe se desabrocha la pistolera del hombro. La coloca en el cajón inferior del armario, las palabras de Barbara vuelven a sonar en su oído interno como si ahora fueran su única motivación..

... ¿y ahora dónde vamos? No puedo encontrar el camino en todo este lío, ya no puedo. Estoy pensando en volver a Estados Unidos.

Necesitaba una llave, una llave especial, una llave resistente para abrir una puerta especial y resistente. Piao entró en la sala de incidencias, la pizarra en el rabillo del ojo. Listas de nombres... divididas por una raya blanca de gruesa tiza. Había dos historias. Una estaba empezando a desenredarla.

Contrabando. Heywood, Bobby... la punta del iceberg. Los que en realidad tenían la mierda debajo de las uñas. Sus dedos en la porquería. Qingde, con sus contactos, su conocimiento de la calle. Los documentos de viajes interiores que le proporcionaban como por arte de magia. El correo. El traficante local. Y Ye Yang, la que lo ponía en marcha. La que lo hacía posible todo; el nexo entre una granja anónima en los campos de nieve de Yanshou y los mercados de arte de la Quinta Avenida de Nueva York. Ye Yang, la que buscaba los compradores. Ye Yang, la que conseguía a los que tenían acceso a las antigüedades que necesitaba. Los aglutinaba en torno a un negocio con sede en el cielo... pero que acabó trasladando su sede al infierno. El último negocio. Y detrás de todo eso, un comprador que se convirtió en un asesino, ¿o es que siempre lo había sido? Y mezclado con todo eso, una razón de Estado.

Y la segunda historia, que todavía estaba llena de nudos. Los cuatro que habían sido ejecutados en el Bosque de la Virtud y luego destrozados una vez más antes de ser entregados al gran escultor, el Huangpu. Ahora estaba convencido, más que nunca, de que aquellos cuatro no formaban parte del asunto de contrabando, que formaban parte de algo distinto que los había encadenado, una pierna a otra, un cuello a otro, con los demás que sí estaban implicados.

Se dirigió a la sala de incidencias, su despacho le llama... la pizarra también le llama, pero la ignora. Sólo cuando se disponía a empujar la puerta se plegó a su insistencia. Desearía no haberlo hecho. Todas las cuidadas letras que había en ella parecían resumirse únicamente en un signo de interrogación. Sólo un signo de interrogación.

* * *

Una voz potente en su despacho. No enfadada, sólo falta de tacto, caótica. El tipo de voz que le recordó instantáneamente a Piao a un hombre muy alto que trataba de pasar por un agujero muy pequeño. El inspector Yun... reconoció cómo colocaba exactamente las palabras. Las frases casi ensayadas.

—¿El inspector jefe Piao está disponible?

Yaobang se dejó caer en su sillón, considerando el ascenso y el cojín que lo acompañaría. Se levantó con esfuerzo, y se dirigió a la mesa de Piao; su

torpe y abotargada masa eclipsaba a propósito la casaca del inspector jefe que colgaba de una esquina del sillón de madera. El sillón de madera con cojín. Yun no pudo esperar la respuesta, nunca lo hacía, sólo funcionaba según sus planes previstos.

—Resulta que llevo tratando de verlo desde hace un tiempo. Tengo la impresión de que se me evita.

Se te evita... todos lo hacemos, joder.

Entre el marco de la puerta y la pared beis, la rendija más estrecha, por la que Piao podía ver a Yun. El inspector no le podía ver a él. Aquello casi parecía un juego infantil.

—... debe ponerme al corriente de los casos en curso. El comisario Liping desea que me haga cargo de ellos. Me han asegurado que el inspector jefe Piao estaba en el edificio.

El Grande extendió los brazos, rindiéndose.

—No. No, no está aquí.

—Pero, ¿no es ésa su casaca?

Yaobang volvió la cabeza. Con el rabillo del ojo tuvo la visión del sillón, el cojín, la casaca verde oliva con insignias.

—Sí, claro que sí. El jefe estaba aquí, pero ya no está. Ha tenido que irse a toda prisa...

Rodeó la mesa de Piao, dejándose caer en el sillón.

—... al jefe no le importa que utilice su sillón cuando está fuera, tiene cojín...

Subió y bajó en el sillón como si estuviera probando la blandura del cojín; lanza una mirada breve a la sala de incidencias, y una sonrisa se abrió camino desganadamente hasta las comisuras de su boca. No podía ver al jefe, pero sabía que el jefe le podía ver a él. Bajó la voz hasta convertirla en un susurro.

—... el inspector jefe Piao tiene diarrea, no se pudo aguantar, el muy cabronazo. Las empanadillas de la señora de la esquina...

Detrás de la mesa de despacho, Yaobang se inclina lentamente hasta la papelera.

—... se lo advertí. Comida de ratas. No me quiso escuchar...

El Grande colocó encima de la mesa la bolsa de papel marrón que acababa de agarrar, con sus islas de grasa estirando los brazos para unirse

unas con otras.

—... pero éstas, las mejores *Guo-tieh* de la zona. Tome, Yun, pruebe una... pruebe una. Un hombre de gustos exquisitos como usted reconocerá el delicado sabor y la textura que hacen superiores a estas empanadillas...

Levantó la bolsa, asintiendo con la cabeza astutamente.

—... se dice que el propio Jiang Zemin toma estas mismas empanadillas cuando viene a Shanghai. También hay rumores de que son una muy buena fuente, ya sabe... —guiñó el ojo.

—... que nuestro querido primer ministro Li Peng hace que se las manden a Beijing todos los fines de semana en un helicóptero militar.

Yun parecía convenientemente impresionado.

—Sí, parece que tienen buen aspecto, y hoy me he saltado el almuerzo. Burocracia. Tengo que ponerme al día.

—Tome, inspector Yun, coja la bolsa, por favor. Insisto. Tanta devoción al trabajo y a la República Popular merece una recompensa. De todos modos, iba a tomarme un pequeño descanso. Hasta yo puedo estar harto de una cosa tan buena...

Yaobang se dio una palmada en el estómago; con la otra mano puso la bolsa grasienta en la palma de la mano de Yun.

—... tenga. Coma. Coma. Piense en nuestro apreciado camarada, el primer ministro...

Yun se sintió obligado. La grasa le brillaba en las yemas de los dedos, en los labios, por la lengua.

—... buena, ¿eh, colega? Tome otra. Como apreciará, Peng sabe lo que es una buena empanadilla en cuanto la prueba, eso seguro. Mi madre siempre dijo que puede conocer a un dirigente auténtico por las empanadillas que come. Mao solía tomarlas con mala masa y grasientas... y fíjese lo que le pasó.

Acompañó a Yun hasta fuera de la puerta; el inspector con acné fue incapaz de responder, tenía las mejillas hinchadas como manzanas podridas.

—No necesita decir nada más, inspector Yun...

Gritó el Grande.

—... le diré al jefe que estuvo usted. Que disfrute de la comida.

No volvió la vista.

* * *

Llegaron tres informes del despacho central cuando la tarde se convertía en noche. Tres informes, cada uno de un departamento distinto. Cada uno sellado y dirigido a Yaobang. Luxingshe. FITS. Departamento Seis. Cada informe de una página. Negro sobre blanco. Los tres informes idénticos y que decían lo mismo...

NOMBRE DEL INDIVIDUO: CHARLES HAVEN.
NACIONALIDAD: INFORMACIÓN RESERVADA.
NÚMERO PASAPORTE: INFORMACIÓN RESERVADA.
NÚMERO DE VISADO: INFORMACIÓN RESERVADA.
OCUPACIÓN: INFORMACIÓN RESERVADA.

Preguntas habituales que habrían sido respondidas por extenso en cualquier otro informe... todas informaciones reservadas. Los dedos de Piao tamborilean un ritmo anónimo en el tablero de la mesa. Él nunca había visto un informe como aquél. En un país donde la información era oxígeno, asfixia. Cada informe termina con la misma observación.

TODA LA INFORMACIÓN REFERENTE AL INDIVIDUO MENCIONADO ARRIBA ES RESERVADA Y SECRETA. CUALQUIER OTRA SOLICITUD DE DATOS DEBE REMITIRSE AL MINISTERIO DE SEGURIDAD, ACOMPAÑADA DE UNA EXPLICACIÓN COMPLETA DE POR QUÉ SE HA SOLICITADO ESE MATERIAL SECRETO.

—Mierda, jefe, ¿quién es ese hijoputa?

El inspector jefe evitó la mirada de Yaobang, y volvió a ponerse la pistolera.

—Un hijoputa con muy buenos amigos en las altas esferas.

Capítulo 24

Dio un golpe con la placa, aguantó la mirada. Había llegado la información. Normalmente llegaba. El recepcionista la proporcionó como arroz servido en un plato. Cuándo se habían ido. Hacia dónde. Número de la matrícula del coche. Dirección. Incluso cómo ir. Tres horas después estaba en Hangzhou, Lago Oeste. Una casa en las colinas de Geling.

Piao aparcó el coche y continuó a pie. El bosque era tupido. Su suelo, una áspera alfombra de agujas de pino.

Y el olor a limpio, como a ropa recién lavada... como a vida nueva. La residencia para invitados era baja, moderna. Cristal y ladrillo claro. Un retazo de la península Escandinava transportado a la República Popular. Más allá... el lago, la ciudad, las colinas, el río Tiesha. Amontonados uno tras otro como platos brillantes en un escurridor. El inspector jefe esperó durante dos horas y media. Cuando llegaron, los faros del coche extranjero alumbraron entre el peine de troncos de árbol rectos... el lago ya se estaba poniendo gris. Formando un pliegue de oscuridad. El *Duan Qiao*, el Puente Roto... un ramal con una superficie plateada que pierde su forma y extensión, fluye al lago. Acero que entra en el agua.

Haven, traje oscuro, rodeó el capó del coche. Dos parpadeos cuando pasó por delante de los faros, blanco deslumbrante... su camisa, su cara, su pelo. Un sólido busto de mármol blanco. Su sombra, enorme, lanzada contra el dosel de árboles. Abrió la puerta del acompañante y se apeó Barbara, la mano del inglés agarrando la de ella y luego siguiendo la curva de su cintura. La acompaña a la puerta principal. Busca la luz; sus formas con un perfil negro. Risas. Besos. Piao apartó la vista. Le dominó el dolor... intenso, asfixiante debido a su presión. Barbara entró en la casa mientras Haven volvía al coche. Cuando le iluminaron los faros, se quedó inmóvil. Sus sentidos alerta...

parecía un lagarto immaculado que tantea el aire. Al mirar directamente, en dirección a Piao, sus ojos impertinentes. La media sonrisa que parecía estar tatuada en las comisuras de sus labios. Algo en el viento, una percepción de que no todo estaba como debería estar, pero sin saber qué era. El inspector jefe no respira, y suprime de su mente todo pensamiento por si acaso lo transmitía el aire. Haven se quitó de delante del faro y buscó dentro del coche; los faros se fueron apagando perezosamente hasta quedar en negro.

Piao esperó otra hora. No había motivo para ello y él no sabía por qué lo hacía. Pero quizá el crucifijo que había colgado sobre él fuera una obsesión. Esperar. Esperar hasta que se apagase la luz del dormitorio y cayera la noche sobre el Lago Oeste... su forma sólo distinguible desde la curva de la carretera de Hubin que rodea sus orillas occidentales.

Ahora deja que te robe este momento.

Los secretos de ella también serían los de Haven. La respiración de ella contra la oreja de él, su pecho, su estómago. El inspector jefe caminó hasta su coche. Lluvia de pinos en el aire... y un dolor abismal que lo inundaba. Empapado ya cuando arrancó el motor; los faros procrearon un ejército de sombras sesgadas. Gotas de lluvia cayéndole por la cara... un sabor a pino en su deslizamiento hasta las comisuras de su boca. Condujo despacio. Le llevó cuatro horas llegar al centro de Shanghai. Ve la cara de ella con cada movimiento del limpiaparabrisas. Y detrás de todo, la lluvia reclamándolo todo... la lluvia, y Haven.

Capítulo 25

El callejón pulcramente barrido tenía cincuenta metros de largo y unos ochenta de ancho. La entrada que estaba buscando llevaba hasta una cocina comunal y a una escalera de caracol... oscura. Un pasamanos de pintura verde saltada, con capas de grasa. Un olor a fritanga añeja, petróleo, meados y pañales de niños.

Zhiyuan, el Thong Zhi y presidente del Shiqu —su cara parecía un globo parcialmente desinflado—, abrió la puerta. En cierto modo parecía más bajo, menos importante que cuando se habían visto a orillas del Huangpu aquella noche.

—Piao...

Pareció sorprendido. En las negras cuentas de sus iris, el miedo secreto que sienten todos los chinos cuando alguien de uniforme llama a la puerta.

—... ¿qué quiere? No debería estar aquí. La causa contra usted es la semana que viene. Yo soy el testigo principal de la acusación.

—Ya sé lo que es usted...

Piao se adelantó desde la oscuridad del descansillo hasta la luz que se derrama por la puerta. Sobre su cara se deslizan unas sombras.

—... y sé cuándo es la causa. Necesitaba verle.

—¿Para qué me necesita?

Sonrió.

—¿A mí? Usted lo tiene todo perdido, inspector jefe, y es demasiado tarde. La causa contra usted tendrá lugar y quedará suspendido de sus cargos en el departamento de Seguridad Pública a la espera de una causa posterior debido a acusaciones mucho más serias del Estado.

—No es por la causa por lo que quería verlo, es por esto.

El inspector jefe sacó el expediente, blanco para casos de asesinato, de

debajo de su casaca, y se lo tendió. Zhiyuan alzó la palma de una mano, un mapa de carreteras de líneas profundas que llevaban todas a caminos sin salida.

—Yo no quiero verlo a usted hasta la audiencia, inspector jefe. No quiero oír nada de lo que me diga usted.

Piao se acercó más al anciano. Hacía frío, sus alientos se encontraron.

—Sin embargo, lo oiré, camarada Zhiyuan, y no tiene otra elección más que escucharme. Usted es el presidente del Shiqu en el que se encuentra mi casa. Usted es mi representante democrático. Mi voz en el oído del Partido, una voz que necesito...

El inspector jefe se rozó con Zhiyuan al entrar en la pequeña habitación.

—... las obligaciones, camarada, van en los dos sentidos...

Había poco espacio para moverse en la residencia de Zhiyuan. La única habitación contenía cuatro sillas, una cama, varios taburetes, dos cómodas, un televisor, una mesa. Ropa colgada de perchas sujetas a las cuerdas de las persianas de las ventanas. En la repisa de encima de la diminuta chimenea había un bosque de fotografías. Algunas enmarcadas, otras no. Todas polvorientas. Todas descoloridas. El camarada Zhiyuan con Mao, Zhou Enlai, Deng Xiaoping, Brezhnev, Castro, Jiang Qing, Nixon.

Los antiguos revolucionarios sólo terminan como monstruos o espectros... o en fotografías descoloridas.

En la pared de encima de la repisa, diplomas enmarcados, cintas rojas del mérito, certificados grabados en oro de honor y estima de varios órganos del Partido. El Comité Provincial de la Triple Alianza de Campesinos, Trabajadores y Soldados. La Comisión Central de Asesoramiento. Una carta de recomendación del propio presidente de la Comisión Militar Suprema, Deng Xiaoping. Pero en el sitio de honor, la única fotografía que estaba polvorienta pero con el marco brillante, un retrato del Gran Timonel con una nota escrita por su propia mano...

Al principio una flor fragante a veces puede confundirse con una hierba dañina.

Celebrado por el Partido. Un ciudadano destacado, Zhiyuan. Y en la esquina de su habitación, medio oculto por el borde de la cama, un orinal... sucio, con el esmalte saltado. La orina de la noche anterior, tan naranja como el

zumo exprimido de una mandarina.

—Si va a la lavandería, tal vez tenga manchas que desee limpiar, inspector jefe.

El dedo de Piao recorrió la sonrisa de la cara de Mao, recordando las palabras, grabadas en la memoria de cada niño de su generación, una y otra vez.

Del Oriente Rojo se alza el sol... que es Mao Zedong.

Se volvió desde el fuego.

—No, no tengo manchas que limpiar, camarada. Lea esto.

El inspector jefe dejó caer el expediente sobre la mesa. Los ojos de Zhiyuan, fijos, no parpadearon.

—Yo ya he leído muchas cosas. Un informe más de un funcionario que está trabajando para sí mismo y tratando de conservar su puesto... ¿Por qué iba a dejar de dormir por una cosa así?

—Porque usted cree que el Estado es puro y que el Partido se ocupa de cosas como la corrupción. Porque usted cree que Mao todavía se alza con el sol. Lea eso y dígame que todas esas cosas existen todavía y que todas son ciertas. Yo también lo quiero creer...

Piao abre la carpeta y unas fotos monocolor se desparraman por la mesa y caen al suelo.

—... doce asesinatos por ahora. Doce. El caso de homicidios más importante de la historia moderna de la ciudad, y Liping no puede conseguir que me entreguen unas cuantas cajas con cintas magnetofónicas. Alguien, en algún sitio, las retiene. Necesito las cintas, podrían significarlo todo o no significar nada, pero las necesito. Un camarada en su posición podría ayudarme a hacer mi trabajo, nada más...

Brandy en el grueso vaso del presidente del Shiqu. Dio un trago, pero ningún fuego en sus ojos... su vacío asusta a Piao.

—... Liping sabe cosas que no debería saber, pero necesito su ayuda. Necesito que usted influya en él para que me las dé. Usted es el presidente de mi Shiqu, estoy en mi derecho.

—Pero hay más, inspector jefe Piao. Se ve en sus ojos.

Y todavía ningún fuego en los ojos del anciano.

—Lea el expediente, camarada. Lea el expediente. A los ocho que vio

usted aquella noche en la orilla del río les extirparon las córneas, los riñones, el corazón. Se los habían extirpado de modo sistemático. Extirpado con procedimientos quirúrgicos. Tenemos otro Pingfang. Otro Pingfang en el centro de nuestra ciudad.

El presidente del Shiqu volvió de las fotografías, del pasado... con la sonrisa de Mao todavía en sus ojos.

—Es un expediente grueso, inspector jefe Piao. Me llevará tres horas leerlo adecuadamente. Vuelva entonces y no antes.

Caminar durante tres horas en una noche así no es difícil. Están las estrellas, el río... el hotel. Piao se quedó delante del Jing Jiang, con la cabeza echada hacia atrás, contando los pisos. Diez. La habitación de ella. Luces encendidas, cortinas corridas, tan naranjas como la orina de Zhiyuan. La habitación de Barbara. Telefonó a recepción antes.

«Barbara Hayes está ahora en su habitación. ¿Desea que le ponga con ella?»

Muy cerca... Piao podía notar su olor, oírla.

—No. No quiero que me ponga.

* * *

La puerta de Zhiyuan estaba abierta, una luz amarillenta asomaba por la rendija de su marco. Piao llamó con cuidado, no hubo respuesta. Aquello le olía mal. Echa mano a su pistola... lenta, controladamente. El metal parece quemarle en la mano. Quita el seguro. Se adelanta hasta la abertura, entra en el exiguo vestíbulo, la habitación queda a su vista. Zhiyuan caído en una silla, con papeles dispersos a su alrededor. Un enloquecedor enlosado de páginas mecanografiadas y fotos monocolors. La sombra del inspector jefe le domina. Mano estirada, la sombra de la pistola agitándose por la espalda del presidente del Shiqu.

—Apártela, inspector jefe Piao, todavía no me ha llegado la hora de morir...

Zhiyuan se vuelve, las gafas sujetas con dificultad en el puente de su nariz, un fuego recién atizado en sus ojos.

—... el privilegio de la vejez, dar unas cabezadas. Ahora, inspector jefe

Piao, prepare algo de té y dígame dónde puedo encontrar al comisario Liping un domingo. Tengo que conseguirle a usted ciertas grabaciones.

Capítulo 26

*Una anguila sujeta por un clavo... negra, brillante.
Tensa. Despellejada de arriba abajo.
Sangre en la acera, en los nudillos, en los dedos.
Negra, blanca, roja.*

El lago estaba oscuro, como si se hubiera abierto un pozo sin fondo hasta el corazón de la tierra. Agarrado a su borde con uñas de dedos brillantes, el zhau-dai-suo de Liping brillaba con las luces de seguridad. Un Bandera Roja en el camino de entrada, las ventanillas sin vida. Detrás otro coche, oscuro, escurriendo el bulto. Su forma perdida en el mordisco de la noche. El comisario tenía visitantes, Piao esperaba que no le importaran dos más. Ciento veinte kilómetros y tres horas de viaje. Era algo duro.

—¿Ya estamos?

El inspector jefe asintió con la cabeza, mientras frenaba; luego da un viraje repentino desde el comienzo del camino de entrada hasta la carretera, con el pie clavado en el acelerador. Una descarga de adrenalina clavada en su pecho. Apaga las luces y el motor, mientras mira de reojo la oscuridad... el coche va en punto muerto cuesta abajo durante más de trescientos metros hasta la curva de la carretera. Salen de la cinta de alquitrán al esquisto. Unas piedras resuenan contra la parte de abajo del coche. Un toldo de árboles ante las estrellas les recibe en su seno. Zhiyuan tose. El humo del purito le invade los pulmones y suelta una tos, un acceso de plata tartamudeado.

—¿Qué pasa?

El inspector jefe se apeó del coche, cerrando la puerta cuidadosamente. Nota su aliento contra el cielo. Nota el rítmico golpeteo en el pecho, las uñas

de los dedos clavadas en las palmas de la mano.

—Había un Shanghai Sedán en el camino de entrada a la casa de Liping, uno negro.

Zhiyuan se apoyó en el techo del coche, a su lado, el amargo purito entre los dientes. Su punta pasó de rojo a naranja, casi amarillo... el único rasgo que resultaba visible en la cara del camarada.

—¿Sabe cuántos Shanghai Sedán se han fabricado? ¿Y negros?

—No, no lo sé, pero estoy seguro de que una cantidad superior a las diez cifras al año.

Piao anduvo por la hierba, el esquistoso, hasta la carretera. Se mantiene junto a los árboles, el suelo desigual, al dirigirse a un lado del ancho camino de entrada. El brillo del purito de Zhiyuan le sigue cerca. Las difuminadas luces de seguridad borran el cielo por encima del zhau-dai-suo del comisario Liping.

—Y dígame, camarada Zhiyuan, ¿cuántos Shanghai Sedán negros hay con dos abolladuras en su parachoques delantero por haber golpeado a un estudiante? ¿Por haber matado a un estudiante?

Los dedos de Piao pasaron por el parachoques. Una, dos abolladuras. Juntas. Profundas. El cromo ya empieza a caer en escamas plateadas retorcidas. Se une a Zhiyuan en la línea de árboles que rodea el muro que marca el límite del terreno. Profundas sombras cortan toda su extensión.

—Es el coche...

Y con un susurro.

—... que les den por culo, que le den por culo a Liping.

Agarra al presidente del Shiqu por el puño. Un sendero pedregoso los separa de la línea de árboles del muro.

—Entonces, si el coche es ése, a lo mejor ya tiene pruebas suficientes, inspector jefe, ¿no? Deberíamos irnos. Tengo relaciones. Puedo hacer algunas llamadas. Insistir en una investigación inmediata. Se sabrá la verdad. Se lo garantizo. No es una prueba de corrupción, de asesinato, pero es suficiente para empezar y a partir de ahí...

—Que le den por culo a eso de empezar. Lo quiero todo, no sólo un poco.

Al otro lado del muro, voces. Tres, cuatro, puede que cinco. Y una hoguera. Un rugir de hambre en su garganta. Un abanico de llamas naranja

oscuro se reflejaba contra la parte más alta del toldo de árboles. Zhiyuan quedó detrás, tanteando su camino al arrastrar los pies a ciegas. Un susurro casi inaudible por la voz del fuego.

—Deberíamos irnos, Piao. Aquí no haremos nada. He confiado en camaradas que podemos implicar. Debería saber usted cuándo irse.

Sin palabras. El inspector jefe vuelve sobre sus pasos con seguridad. Sin palabras. Guía, medio tira del anciano por su solapa. Llegan dando tumbos a la orilla del lago Taihu. Ladrillos y acero surgen del barro y las gastadas piedras. Oscuridad; la única luz que había, la reflejada al otro lado del muro desde el interior del jardín.

—¡Mierda!

Piao tropieza con una piedra, un pie en el agua. Hielo y electricidad... le suben disparados directamente al corazón, a las sienas. Tenía mucho frío, pero sudaba. Excitado pero aterrado. Un grupo de barriles de alquitrán formaba una sombra contra la parte inferior de la pared. Trepa sobre ellos y piensa en chicas jóvenes y sus risas, sus sonrisas de burla.

Ven para que tengamos hijos de ojos azules, camarada policía.

Trepa encima, tirando de Zhiyuan. Miran entre las separaciones del espeso cortavientos de pinos. Liping está parado con otro hombre a medio camino del jardín. Ríen. Beben. Miran cómo otros tres alimentan la gran hoguera con pinos secos. Humo blanco. Llamas, con brillo de platino en la luz de seguridad... se agitan en sus caras. Parece que todos están hechos de bronce. Trepar, el humo. Cruzar el muro, por encima del agua. Blanco sobre negro. Y en el aire, intoxicante, clavándote donde estabas, el olor a pinos, petróleo y hierba quemada. Zhiyuan le siseó al oído...

—No hay nada que hacer aquí. Mírelos, están bebiendo, se ríen. Nada que merezca ni una página en su próximo informe, inspector. No deberíamos perder el tiempo, deberíamos irnos.

Piao baja una pierna, pero pone una mano en el pecho del presidente del Shiqu cuando Liping ladra una orden entre los tragos de Dukang, que le brilla en los labios. Unos hombres van desde la hoguera a la casa. Sus sombras se hacen más pequeñas cuando el comisario se queda solo, tieso como un huso y mirando el centro de la hoguera. Los hombres vuelven por parejas, cargados con pesados bultos envueltos en sábanas blancas, polietileno y cuerda. Uno a

cada extremo del bulto. Cuatro viajes. Ocho bultos. Ocho ruidos secos cuando golpean la tierra. Desataron la gruesa cuerda. Arrancaron la cinta adhesiva del plástico. Desenvolvieron el polietileno. Los labios de Zhiyuan pegados a la oreja del inspector jefe, hierro al rojo vivo.

—¿Qué es eso? ¿Qué pasa?

—A veces los antepasados nos sonríen. A veces sonríen sin motivo. Fíjese, camarada presidente del Shiqu, ¿los ve?

Según pronuncia las palabras, Piao nota que el estómago le sube a la garganta. La garganta le sube a los ojos. Fuego. Demasiado lejos para percibir los detalles... caras, identidades, nombres. Sólo las formas negras de los cuerpos. Piel. La conmoción por la desnudez. Pelo púbico negro. Cuchilladas... tremendamente grandes, oscuras, boquiabiertas.

—Son personas, camarada. Personas. ¿No las ve?

Cuenta, medio riendo... uno, dos, tres. Arrojan rodando el primer cuerpo a la hoguera. Al fuego. Su blandura golpea contra las ascuas. Un vuelo de chispas se alza al cielo. Voces, palabras, perdidas en la melodía del fuego. Se burlan. Bromean. Se mofan. Otro cuerpo al que alzan, balancean, sueltan. Brazos, piernas, atraviesan el espacio. Alcanzan la hoguera. Las llamas los devoran. Otro cuerpo... El comisario Liping llena su vaso. El humo de la hoguera cambia de color, de blanco a marrón. Marrón sangre. Su fetidez a lágrimas secas, a carne quemada.

—¿Los reconoce?

Zhiyuan no dice nada. Nada. El vómito que se había abierto paso por la abertura de sus temblorosos labios se derrama por la pechera de la camisa, habla por él. Piao conduce al anciano al borde del agua y le lava la cara, la camisa, cogiendo agua con las manos... con cuidado, como a un bebé septuagenario. El anciano trata de hablar. Lengua entumecida, inútil. Piao habla por él.

—¿Ve? Esto se lava, camarada, nada de manchas. Pero lo que hemos visto es para siempre. Una mancha en nuestras almas. Una mancha en nuestras vidas. ¿Entiende?

Lava con agua la cara del anciano. Los ojos. Los labios.

—Intervendrá usted, ¿verdad? Contará lo que ha visto, ¿no?

Por fin el anciano recupera la voz. Ronca. Cada palabra arde en bilis.

—Sí, por el bien del Partido en el que creo.

Y durante todo el tiempo, desde detrás del elevado muro, risas. Risas y chispas volando que llenan el cielo de estrellas donde antes no había ninguna.

* * *

Piao ya se alejaba. Con cada bicho volador que entraba y salía del haz de sus faros, era más consciente de que estaba desentrañando algo. Ahora aquél era el caso del presidente del Shiqu. Zhiyuan, en su interfaz con el Partido, su callosa presencia en varios comités... todo aquello aceleraría su control. Un asunto del Partido: en eso se había convertido ahora, aunque lo había sido siempre. Ahora ellos se convertirían únicamente en parte de un procedimiento. Investigaciones. Causas. Recursos. Procesos. Todo apunta a la ejecución de Liping. Pececillos que salen a la superficie para luchar por el empleo que la vieja carpa deja vacante. Zhiyuan, por sus molestias, recibiría otra carta de felicitación para enmarcar y coger polvo. ¿Y el inspector jefe de la brigada de homicidios del departamento de Seguridad Pública? La investigación del Danwei por las acusaciones oficiales en contra de él se interrumpiría. Conservaría su cargo, su rango y las prebendas que suponía. El cojín en el sillón de madera. El pequeño descuento en la gasolina. Bonos para comida. Un uniforme nuevo cada dos años. Sí, conservaría su puesto, y, con él, las noches de vigilancia dentro de coches; el Grande hurgándose la nariz y acomodándose las pelotas. La política. Las palmadas en el lomo del caballo. Los cuatrocientos yuanes al mes. Dos años de ahorros para una bicicleta Para Siempre. Dos años de ahorros para una tele. ¿Y Barbara? Volvería a su país. Lágrimas y colas en el aeropuerto. No habría confesiones en el juicio. Nada que cauterizase el dolor. Ningún consuelo. Sólo basura, basura para todos, excepto para el camarada Zhiyuan con su carta de felicitación enmarcada.

* * *

El viaje de vuelta a Shanghai llevó tres horas. Ninguna conversación. Dos paradas... una para mear, otra para que el presidente del Shiqu volviera a vomitar. Piao acompañó a Zhiyuan a su habitación. El humo todavía en sus

narices, leña y carne quemada negra.

—La puerta, eche el cerrojo...

El inspector jefe dio unos golpecitos con los nudillos en el pesado cerrojo de latón.

—... y duerma, lo necesita. Ha recibido una fuerte impresión, a lo mejor todavía no se da cuenta, pero ya se la dará. No fume, y beba mucho. Agua...

El inspector jefe se volvió hacia la escalera, agotamiento, como una bola de arcilla, dentro de la cabeza. Le apetece cerrar los ojos, pero sabe lo que pasaría cuando lo hiciera... humo, llamas, cuerpos, le acechan como una trampa para osos en las indecisas horas de la noche.

—... mañana a las nueve, volveré entonces. Daremos parte de lo que hemos presenciado los dos juntos. Lo que hemos visto. Usted sabrá cuál es el mejor modo de hacerlo, ¿no?

Zhiyuan asintió con la cabeza.

—Sí, sabré...

La puerta ya se cierra.

—... ha hecho usted bien, inspector jefe. Me equivoqué con usted. Gracias por el trabajo que hace. Esto le supondrá un ascenso y otros cien yuanes al mes.

Piao se volvió para encarar al presidente del Shiqu.

—¿Y un sillón tapizado de terciopelo, camarada?

Pero la puerta ya se había cerrado; el cerrojo de latón quedó encajado con un ruido.

Capítulo 27

Cuando el dedo señala la luna... los imbéciles miran el dedo.

Sólo los funcionarios tienen teléfono propio... los teléfonos públicos están en las tiendas, oficinas, en los pisos de vecinos que son miembros del comité de Seguridad Pública, los apartamentos de los miembros del departamento de Seguridad Pública. En sitios donde las llamadas puedan ser escuchadas por los demás. De las que los demás puedan informar. El teléfono. El elemento más básico del control del gobierno.

Un teléfono es un privilegio. Hay un año de lista de espera. Un coste de instalación de cuatrocientos yuanes, el sueldo de un año. Los miembros del Politburó tienen su propio sistema telefónico; sus números empiezan con el prefijo 39. También sistemas especiales para los militares, el ejército. Sus números de teléfono son estrictamente confidenciales.

Los números privados no aparecen en la lista. Ministerios enteros no aparecen en las guías. Las guías de teléfono son escasas y en ciertos casos son *bu-dui-wai*... «no a disposición de los extranjeros». Un listín telefónico de ciento noventa páginas con tapas naranja brillante se entrega por suscripción especial en las estafetas de correos. No hay relación de individuos en sus páginas... sólo oficinas. El gobierno, como parte de sus esfuerzos para parecer más transparente, publicó por primera vez un listín de teléfonos públicos. Treinta páginas que reproducen los números de las cabinas telefónicas públicas. No hay relación de individuos en sus páginas. Los departamentos del Comité Central. Los miembros del Politburó. Los ministros. Sus miembros sólo existen en los sistemas especiales, los operadores privados, lo último de lo último en el arte de equipos de conexión; y en las pequeñas agendas de bolsillo que los altos cargos llevan consigo todo el tiempo. Constantemente

nerviosos por si las pierden.

La información no es una cuestión de dinero, sino de contactos. La información, como los bienes de consumo... racionada por decreto.

* * *

Una botella con un cuarto de brandy... griego. Cuatro puritos. Incontables meadas. Tres intentos abortados de dormir. Por fin, Zhiyuan renunció, con humo en los ojos, en la lengua, el cerebro. Buscó su agenda negra, las esquinas desgastadas, brillantes... un olor a cuero cubierto de sudor, salas de comités forradas de madera, altos cargos poderosos. Busca sus gafas. Recorre con el índice sus páginas abarquilladas y las listas de números. Un código de Beijing. Un prefijo... 39. No consigue conectar dos veces. A la tercera conecta inmediatamente. Timbrado tras timbrado. Cuando finalmente contestaron, la claridad cristalina de la línea era inconfundible, diferente de cualquier otra comunicación del país que no circulara por un servicio especial.

3:30... una voz empapada de agotamiento.

—Wei...

—Zhang Chunqiao, camarada... soy Zhiyuan, que llama desde Shanghai. Pido perdón por la hora, pero mi llamada es de la mayor importancia. Muy importante, camarada. Muy importante.

—¿Qué hora es?

Toses. Un sonido de sábanas. Una sensación de movimiento en el extremo de Beijing de la línea. El miembro del Politburó sentado en el borde de la cama.

—Son las tres treinta y cinco, camarada Chunqiao...

El presidente del Shiqu sin respiración. Se seca el sudor de las palmas de la mano en los reposacodos de su sillón.

—... es tarde, lo sé, pero tengo noticias que no pueden esperar. Muy importantes, camarada. No podía dormir.

—Será mejor que lo sean, Zhiyuan. Tengo una reunión del comité del Politburó a las nueve y media...

Toses nuevamente, esta vez con el cansancio que se quita uno de encima.

—... conque no podías dormir y decidiste que tampoco debería dormir yo,

¿eh? Bien, creo que será mejor que me lo cuentes todo.

El olor a orina, su ácido mordisco, le humedece los ojos... Zhiyuan empuja el orinal debajo de la cama con un lado del pie.

—Se trata de Liping. El comisario Liping del departamento de Seguridad Pública. Tengo pruebas irrefutables de que ha participado en los asesinatos de ocho personas, posiblemente de más.

* * *

Los teléfonos de los viejos camaradas eran propiedad oficial, eran propiedad del Shiqu. Zhiyuan anotó religiosamente su llamada en el cuaderno de al lado. Su escritura temblorosa, demasiado brandy, demasiada adrenalina, poco sueño. Cada detalle de la llamada anotado. Duración, número de teléfono, a quién, por qué.

El informe se refiere al comisario Liping del departamento de Seguridad Pública, y se solicita una reunión urgente inmediata con funcionarios superiores con vistas a su detención y acusación de varios homicidios.

El camarada Chunqiao se movería con rapidez. Captó de inmediato la magnitud de lo que le estaba contando Zhiyuan. Habló de las implicaciones, las consecuencias para Liping y posiblemente para otros. Le dio las gracias a Zhiyuan. Actuaría al instante de acuerdo con la información. Haría llamadas telefónicas; insistiría en que se debían celebrar reuniones. La detención de Liping sería rápida. Seguiría un proceso público. Un proceso que dejaría en claro que las leyes y las expectativas de la República Popular China se aplicaban a todos... desde campesinos hasta miembros del Politburó. Desde obreros hasta los cargos más elevados. Aquello terminaría en una ejecución con todas las de la ley.

El presidente del Shiqu notó que una oleada de alivio bañaba las anclas que sujetaban su alma. Puede que, a fin de cuentas, la canción que él aún bailaba siguiera siendo la misma. Puede que los pasos de baile que habían puntuado las doctrinas y principios sobre los que se había construido su vida durante tanto tiempo no necesitaran una nueva coreografía.

Zhiyuan no iba a contarle a nadie más los delitos e indiscreciones del comisario Liping. Eso pondría en peligro el resultado de la detención..., pondría en peligro la decisión final de un asunto así. El camarada Chunqiao dio las gracias al presidente del Shiqu una vez más. Zhiyuan, una vez más, había cumplido con su deber para con el Partido, su deber para con la República Popular. Ahora le tocaba a él y a otros miembros del Politburó. Zhiyuan podía quedarse tranquilo, ellos se ocuparían de todas las cuestiones. La línea de teléfono quedó sin vida.

Zhiyuan tomó otro brandy antes de meterse en la cama. Fuego en la lengua, fuego en las tripas. Se durmió con facilidad, los fantasmas sueltos y olvidados. Durmió hasta las seis y media. Un sueño profundo. Un sueño de celebración. Sólo se despertó cuando oyó que llamaban fuerte en la puerta.

* * *

Raso marfil. Pelo negro.

A ella la llamó al teléfono la a-yi a las 3:50. Se aparta del ministro sin perturbar su sedado sueño. Baja el largo tramo de escalones, cruza el vestíbulo de mármol y entra en el estudio que parecía el único lugar con movimiento. Menuda, casi de estatura insignificante, pero carismática en cada movimiento que hacía. Como si el acto más sencillo hubiera sido coreografiado meticulosamente y necesitara que se realizara con perfección. El teléfono pegado a los labios, de un rojo natural. Labios que cambiaron de forma con el paso de los minutos, barómetros de su estado de ánimo. Hacen mohines, gotean miel y besan durante un instante. Al siguiente, susurran trozos de cristal, escupen clavos.

—Camarada Chunqiao, Zhang. Siempre había supuesto que eras de esos hombres que tienen mejores cosas que hacer a esta hora de la madrugada que llamar por teléfono a otros camaradas.

Él se rió. Una risa no excesivamente breve para ser interpretada como falsa, no demasiado larga para que se considerara vulgar.

Hubo una pausa espectacular.

—Te echamos de menos en la recepción, Lingling.

—También a mí me habría gustado estar allí, y lo mismo al ministro. Su

salud no lo permite, ya sabes.

Hubo una respetable pausa.

—¿Cómo está el ministro?

Otra pausa, la pregunta mordió el polvo. Eso lo decía todo y más.

—Vamos a ver, camarada Zhang, ¿por qué llamas por teléfono tan temprano? ¿Es que tu encantadora esposa no puede retenerte en la cama?

—Tenía que hablar con el ministro. Una cuestión de gran urgencia e importancia personal para él.

—Me temo que será imposible que hables con él, en este momento no puede atender ninguna llamada. Me lo puedes decir a mí. Tengo plena autoridad para ocuparme de todas las cuestiones que no se relacionen con asuntos y planes del Politburó.

Una larga pausa, la respiración de él se aceleró. La línea estaba tan clara como agua helada. Lingling aprecia la importancia de lo que sellaba los labios de Zhang. Ella tenía la llave para abrírseles, siempre la tenía. Confiaba totalmente en su habilidad para descorrer cualquier cerrojo. Se rió, más como una risa ronca. Sonaba natural. No era extraño, la había practicado con frecuencia.

—Venga, camarada, normalmente no eres tan reticente. Tan tímido. Una de tus palabras vale por diez de cualquier otro colega del ministro...

Bajó la voz hasta convertirla en un susurro. Traviesa, como cuando los niños juegan a oscuras.

—... y si es de gran urgencia e importancia personal para el ministro, entonces también es de gran urgencia e importancia personal para mí. ¿No será tu silencio una señal de falta de confianza en mí?

La llave introducida, girada, el cerrojo se corre. Y con eso, seguro, como la noche sigue al día, ahora saldrían a raudales las palabras de él. Tan seguro que ella habría apostado la vida de su hijo aún no nacido a que sería así.

El camarada Chunqiao habló durante diez minutos; hubo interrupciones, silencios, pero ella los permitió. Hacía mucho que había aprendido a manejar los silencios, a mantenerlos y alimentarlos para que tuvieran un valor potencial. Las recompensas se otorgaban por palabras que no se había querido pronunciar. Palabras resbaladizas, palabras penetrantes, palabras secretas...

—Gracias por tu sinceridad, Zhang. El ministro será informado y estoy

segura de que quedará muy agradecido. Cuando se trate del puesto de viceministro en Año Nuevo, sé que tu nombre estará en lo más alto de la lista. Un camarada tan competente como tú no será olvidado...

Se rió una vez más. Desarmaba. La amenaza oculta entre los pétalos dispersos.

—... y, claro, doy por supuesto que el ministro puede confiar completamente en tu total discreción con respecto al asunto del que hemos tratado.

—Por supuesto, Lingling, por supuesto.

—Entonces nos entendemos. Bien. Por favor, dale recuerdos a tu mujer y venid a cenar cuando el ministro se encuentre mejor.

—Gracias, nos gustaría muchísimo. Y por favor, transmítele al ministro nuestros mejores deseos de una completa recuperación. Y nuestros deseos de que también tú te encuentres bien, Lingling. ¿Cómo estás? Espero que no muy cansada.

Ella se sentó por primera vez, con la mano cerrando la seda marfil sobre el ligero bulto de su estómago.

—La vida es una cosa maravillosa. Sagrada. Tener una nueva vida latiendo en tu interior... La verdad es que no puedo encontrar palabras para describirlo...

Vida. Muerte. Ella tenía la rara habilidad de separar su ciclo intrínseco. Poseer una, descartar la otra.

—... gracias por tus deseos, camarada Zhang, y puedo asegurarte que me lo tomaré con calma.

Ella esperó unos minutos después de la llamada de Chunqiao para apretar los dos botones; el número de teléfono programado en la memoria de la unidad. Disfrutó de la visión de la luna que oscila entre las ramas de los árboles y se derrama por el jardín. Establecida la conexión, sólo sonaron tres timbrazos antes de que descolgaran. Que respondiera tan pronto podía indicar que no estaba dormido. Las palabras de ella, escasas. Las precisas. Nada de delicadezas. Y luego la llamada se terminó. Vida. Muerte. Cuestiones separadas, pero las dos separadas por unos minutos. Las palabras todavía calientes en su boca. Eran las cuatro de la madrugada. Ahora volvería a la cama, dormiría hasta la hora que quisiera. Trataba de tomárselo con calma. Se

pasó la mano por el estómago. La vida era un tejido frágil que necesitaba reforzarse.

* * *

Dejó cuidadosamente el auricular y se dirigió a la terraza. Un desgarrón en la base del cielo donde las nubes lo comían, tan rojo como la sangre de toro. La luminosidad empieza a teñir la superficie del lago. La textura surge de la oscuridad. Los detalles se enfocan. Su mano se mueve por el pelo cortado al rape, el aire fresco le refresca el cráneo. Los ojos se mueven hacia la hoguera, el montón de cenizas gris claro. Ascuas naranjas parpadean. Y el olor... no había nada como el olor de una hoguera en las primeras horas de la mañana. Poseía una cualidad básica transportada desde milenios atrás y asentada en el núcleo primigenio de todos nosotros. Se quedó en la terraza algún tiempo; el lago Taihu adquiriría un tono rosa. El color de las bragas de su secretaria. Aterido cuando volvió a entrar en la habitación. Agarra el vaso de Dukang y el auricular del teléfono... sabe de memoria el número que iba a marcar. La voz de un hombre en el otro extremo de la línea, instantáneamente alerta.

—Soy Liping. Tengo otro trabajo para ti.

* * *

Acero caliente y cláxones, la circulación inmóvil entre el humo de los escapes. Changle Lu terminaba donde se unía a Fumin Lu. Entre los parachoques y el brillo del calor de los radiadores distingue unas letras azules sobre una cinta blanca brillante. Cinta de la policía colgada en el cruce.

—¡Joder! ¡Zhiyuan!

El inspector jefe abre violentamente la puerta del coche, regatea los coches y pasa bajo la cinta. La habitación del presidente del Shiqu a unos cincuenta metros; entre ella y Piao, al menos seis coches patrulla cruzados en la calle, sobre el bordillo, subidos a la acera. Algunos con los faros encendidos. Luces azules que giran perezosamente. Unos cuantos agentes del departamento de Seguridad Pública, fotocopiados del mismo original. Verde oliva y latón. Viseras sobre los ojos. Cigarrillos China Brand en la comisura

de los labios; chistes viejos soltados por la comisura opuesta. Piao corre entre ellos, con la placa levantada por encima de la cabeza, el Grande ya a veinte metros detrás. Sus mejillas, globos rojos a punto de estallar.

En la escalera, olor a sangre, óxido y miel, todos ellos mezclados con tufo a guisote. El inspector Yun salía de la habitación. Parecía pálido, su acné del color del papel.

—Inspector jefe Piao. Llevo muchos días tratando de verlo. Al comisario Liping le gustaría que yo me pusiera al corriente de sus casos.

—¿Qué le ha pasado a Zhiyuan?

—¿Se encuentra usted bien? Tiene un aspecto espantoso.

El inspector jefe lo apartó a un lado. Yun se tambaleó contra la puerta.

—No entre ahí, hay un terrible desorden y esta investigación me corresponde. Ya le dije que me...

—Que le den por culo a su investigación.

No habían tocado nada de la habitación. Una botella de brandy, sin tapón. Las gafas junto a la cama, encima de la mesa. Meados naranja en el orinal, medio metido debajo de la cama. Estaba oscuro, las persianas todavía estaban corridas, la habitación iluminada únicamente por intensas ráfagas de un blanco azulado. Un fotógrafo del departamento se dobla y agacha en plena danza. Un zumbido agudo cuando se recargaba el flash... un fogonazo, una sacudida cuando se descargaba. Una piel que adquiría el matiz del hielo. Un reguero de sangre arterial por la chimenea, sobre su repisa... mancha la galería de fotos. Y contra una pata de la cama, la nuca de Zhiyuan.

El presidente del Shiqu yace en el centro de la habitación, boca arriba. Un charco de sangre en torno a lo que le quedaba de la cabeza... todavía empapando la alfombra. Brillaba con cada flash que disparaban. Mucha sangre, excesiva. Los dos agujeros de entrada, tres centímetros separados, en el centro de la frente de Zhiyuan. Limpios, increíblemente limpios. 7.65 mm... modelo 64. Munición estándar de seguridad. Sus salidas, tremendamente desgarradas, obscenas. La parte de atrás del cráneo, un agujero en el que Piao podría haber metido los dos puños. Pero fue la nariz del presidente del Shiqu lo que atrajo la atención. No estaba. Había desaparecido. En su lugar, un tremendo cráter negro. Bordes limpios. Un río sólido de sangre seca salía de él formando un profundo arroyo por los labios, boca, barbilla. Una gruesa raya

de vida que se había ido, se remansaba en un charco en el hueco del cuello y sobre el pecho en una tosca presa.

—Le han quitado la nariz, joder. Mierda, jefe, ¿por qué hicieron eso? ¿Por qué coño hicieron eso?

Piao movió la cabeza a ambos lados. Demasiadas preguntas, muy pocas respuestas. Una masa de bilis del tamaño de una pasta de té en la garganta. El fotógrafo se acercó... un flash se disparó en plena cara del presidente del Shiqu. El inspector jefe dobla una rodilla, con la palma sobre el objetivo, aparta la cámara.

—Necesito una linterna. ¿Tiene alguien una linterna?

Un agente se adelantó rápidamente. Piao agarró la linterna recubierta de goma y se la tendió al Grande.

—Manténla fija.

De un bolsillo interior saca unas pinzas y las introduce en la boca de Zhiyuan. Acero inoxidable que resuena contra el esmalte. Sangre en la lengua... los dientes manchados de rosa por ella. La prolongación de la boca taponada con algo negro, sólido. Piao hurga con las pinzas; la masa se retira más al fondo de la garganta del presidente del Shiqu hasta que el inspector jefe es capaz de, con un empujón, medio clavarla, medio agarrarla. La saca lenta, cuidadosamente. El negro se vuelve marrón, se vuelve una carnicería roja a la luz brillante del haz de la linterna.

—Mierda. ¿Qué cojones es eso, jefe?

Piao nota como si un alambre de espino le apretara el estómago, el corazón. La náusea le parte del fondo de la garganta y le recorre la frente y el pecho; un sudor tan frío como agua congelada.

—Dame una bolsa, Yaobang.

—Pero, ¿qué es?

—Limítate a darme una jodida bolsa...

Piao volvió la cabeza para mirar directamente a los ojos del Grande, bajando la voz. El desagrado se le grabó en la mirada y fue instantáneamente contagioso.

—... es su nariz. Es su jodida nariz.

La dejó caer en la bolsa y la cerró herméticamente. El terror había llegado al punto máximo y ahora disminuía. Descarga de adrenalina... un cambio, un

escalofrío le llena el pecho y se le extiende por el cuerpo como una fiebre gélida. El inspector jefe alza la bolsa hacia la luz; la sangre manchaba el interior del plástico en una grotesca imitación de una vidriera. Otro fotograma que añadir a la película que se proyectaba una y otra vez durante la desolación de sus noches. Resistiéndose, se guardó la bolsa en el bolsillo.

—Creo que se puede tomar esto como una advertencia que nos hacen.

* * *

El bar era de cromo y cristal. Uno pedía una copa, la bebía, la pagaba, se iba. Ningún riesgo de sentirse cómodo. La cerveza estaba helada. Cerveza tailandesa, Tiger. Tan amarga como las lágrimas. La sonrisa de la camarera, más helada.

—¿Entonces eso es que deja el caso, jefe...?

Sus ojos evitan los de Piao, creyendo que sabía lo que decían, pero aún sin ganas de admitirlo.

—... dijo usted que nos hacían una advertencia.

El inspector jefe miró fijamente la ventana por encima del hombro de Yaobang. Todo resultaba incómodo.

—Me estaban mandando un mensaje. Al sacar la nariz de la boca de Zhiyuan lo oí con mayor claridad.

—¿Y cuál cojones es?

El inspector jefe terminó su cerveza, atrayendo la atención de la camarera, que, al cabo de unos segundos, le colocó otra botella de Tiger junto al codo.

—Los ocho del río. El estudiante...

Vertió la mitad de la Tiger en el vaso del Grande.

—... Pan y mi primo, Cheng. ¿De verdad crees que puedo dejar el caso?

Piao movió la cabeza a ambos lados.

—Sólo estaba diciendo que nos han avisado. Nada más. Que te avisen indica que estás cerca, cada vez más. Es una buena señal.

En los dientes la cerveza tan fría como un cadáver.

—No nos vio nadie en el zhau-dai-suo de Liping. No sé cómo se enteraron de lo de Zhiyuan, pero sé que si ellos supieran lo que yo sé, entonces ya estaría en el depósito de cadáveres de la ciudad.

—¿Y adonde coño vamos ahora?

Piao mira su cerveza, su propio reflejo distorsionado. Se busca en el bolsillo, saca una agenda pequeña y manoseada.

—Probaremos con esto. Es una agenda con teléfonos que estaba en la habitación de Zhiyuan. Falta una página, que han arrancado. Los de la oficina del forense serán capaces de obtener algunos detalles de las marcas de la página siguiente. Aparte de eso, no sé...

No había comido nada; el alcohol clavó en él sus garras de terciopelo.

—... supongo que trataremos de reunir las piezas que andan dispersas. En este momento no tiene sentido nada, vivimos en medio del caos de no saber muchas de las cosas.

—El cabrón de Liping...

Yaobang escupió en el suelo. Un lapo espeso. Blanco.

—... el hijoputa está detrás de todo, jefe. El contrabando, los cuerpos del río... de todo, de todo, joder, lo sé. Deberíamos ir a su despacho, ahora mismo. Agarrarle de los cojones y llevarle así todo el camino hasta Beijing para que se enfrente al Politburó...

Vació el vaso de Tiger.

—... es un hijoputa asesino. La muerte de Pan es por su culpa.

Mira intensamente los ojos de Piao.

—... quiero que lo jodan bien jodido, jefe, lo entiende, ¿verdad?

El inspector jefe entendía eso, pero también entendía otras cosas.

—Si vamos al despacho de Liping ahora mismo, dentro de diez horas nos estarán sacando del Huangpu y metiendo nuestras narices en bolsitas de plástico. Te das cuenta de eso, ¿no?

El Grande asintió con la cabeza. En el gesto había una resistencia a admitir aquello como una veta que recorre el mármol.

—Me doy cuenta, jefe, joder. Lo que pasa es que es muy difícil. Echo de menos a Pan. Nunca creía que diría eso de un esquelético pajillero, pero le echo de menos.

Piao no dijo nada. Era el momento de estar en silencio, tomar cerveza. Las palabras sólo surgieron cuando, con el brazo por encima del hombro del Grande, salieron del bar y les abofeteó el aire de la noche.

—Vivimos en pleno caos. Reza a los antepasados para que nos den

suerte... sólo un poco de suerte.

* * *

Un día libre... pero uno nunca está completamente fuera de servicio. Haces todo lo posible por engañarte. Haces las mismas cosas que los demás, pero de modo extraordinario. Dormir, comer, ir a la compra, pasear, charlar. Pero el caso está al fondo todo el tiempo. En todas partes y en todas las cosas. Un sobresalto de miedo cada vez que pasa un Shanghai Sedán negro. Lo sigues con la vista. Esperas que el coche se suba a la acera, se dirija hacia ti por encima de las piedras cuarteadas.

Un día libre.

* * *

Liping ya le estaba esperando.

—No parece que le venga bien un día libre, inspector jefe.

—Estoy preocupado por el caso del río Huangpu. Creí que podría seguir trabajando en él.

Pronuncia las palabras, pero todo el tiempo recuerda... el humo que se alzaba por encima del muro y se detenía sobre el agua del lago.

—Una queja del inspector Yun. Está usted interfiriéndose en su caso, el homicidio del camarada Zhiyuan. ¿Está interesado en ese caso?

El comisario se ajustó la casaca, estirándola. Los ojos bajos.

—¿Es que no tenemos todos interés en esa investigación, camarada comisario Liping? El camarada Zhiyuan era un miembro honorable del Partido y lo mataron, aparentemente, sin motivo y de un modo extremadamente cruel.

—Ya sé que le han asesinado. El inspector Yun me ha presentado un informe. ¿Cuál es su interés en ese caso, inspector jefe?

La impaciencia tiñe sus palabras.

—No tengo un interés especial en el caso. Yo sólo pasaba, camarada comisario, y ofrecí mi ayuda al inspector Yun.

—La muerte del camarada Zhiyuan supone ciertas complicaciones. Para usted, inspector jefe. Para usted...

Apretó con fuerza los labios, que imprimieron una mueca, como un corte en un papel.

—... los cargos formales contra usted presentados por el camarada Zhiyuan al Danwei se han retirado. Él era el testigo principal del caso. Si no hay presidente del Shiqu, no hay cargos...

Las acusaciones, eliminadas. La vista en el Danwei, suspendida. Su carrera, a salvo, y todo por la sangre de un hombre. Pero habría más palabras... así era la vida. Así era Liping.

—... me entregará usted la acreditación. Su pistola. Queda usted relevado de todas sus obligaciones con efecto inmediato. Facilitará el rápido traspaso de los datos sobre sus investigaciones recientes...

Por la ventana, pasillo adelante, Piao veía a Yun dirigiéndose a su despacho. Le brilla el acné. Los zapatos sucios.

—... el inspector Yun asumirá inmediatamente la responsabilidad de todos sus casos. Devolverá toda la documentación, pruebas, cualquier cosa que se relacione con esas investigaciones. No entrará en el kung an chu a no ser que se le autorice. Y Piao, le aseguro que será autorizado...

Cada palabra soltada como un anzuelo.

—... se le retiran sus privilegios como inspector jefe del departamento de Seguridad Pública. Tendrá usted el estatuto de un ciudadano normal de la República Popular China. No dejará la ciudad. Su coche, inspector jefe Piao, puede conservarlo. ¿Dónde podría huir? ¿Dónde se iba a esconder? Los comités de barrio serán mis ojos. Las actuaciones del Danwei, las razones del Partido y sus miembros, mis dedos. Libertad dentro de una botella, Sun Piao. Libertad dentro de una botella. Disfrute de ella mientras pueda...

Yun estaba parado en la puerta, oliendo a bolas de naftalina y mierda.

—... el inspector Yun recibirá informes detallados suyos.

—No entiendo lo que está pasando, camarada comisario Liping. Si la vista en el Danwei ha sido suspendida y los cargos retirados, ¿qué es lo que pasa?

El comisario Liping se retiró de la ventana. El monocolor se fundía con los colores.

—¿No sabe lo que pasa, lo que le pasa, inspector jefe?

Sonrió.

—Lo que pasa es que se le ha relevado de sus funciones. Lo que pasa es

que necesitará usted una coartada sólida que explique lo que hacía anteanoche. Lo que pasa es que usted es el principal sospechoso del asesinato de nuestro querido presidente de Shiqu, el camarada Zhiyuan.

Capítulo 28

Seis fotos de veintiún centímetros por dieciocho... en blanco y negro.
Una holandesa escrita a máquina.
Una breve nota escrita a mano.
Llegaron en un grueso sobre marrón...

PROPIEDAD DE LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA
ALTAMENTE CONFIDENCIAL.

... el sobre dentro de una carpeta de cuero agrietado. Valija diplomática. Barbara arranca el lacre y extrae el contenido. Lo abanica encima de la mesa de centro. Evita la mirada del que lo ha traído, McMurta. Éste parecía nervioso, inquieto. Ella agarra las fotos de una en una. Las imágenes, con grano, como mosaicos. Definiciones en grises. Fotos sacadas con poca luz con una película ASA exóticamente alta. El apartamento de la calle Dong Hua Men... unas cuantas manzanas de casas al este de la Ciudad Prohibida, Beijing. Otras imágenes, sus líneas tan definidas como cuchillas afiladas. Alta definición. Fotos tomadas con un endoscopio de delicada fibra óptica. El hotel Xinqiao, en Dongjiaominlu. Por un agujero de pequeño calibre que atraviesa la moldura de la habitación número 92 hasta la suite de la puerta de al lado.

—Oh, camarada.

Un susurro. Aliento perfumado en sus uñas. Mientras leía la página mecanografiada. Cuando su mirada volvió a las fotografías.

—Oh, camarada.

Reúne el contenido, lo vuelve a guardar en el sobre. Lo escrito a máquina, el nombre en la parte inferior de la página y en la nota, Carmichael... eclipsado dentro de una sombra marrón. El sobre colocado otra vez dentro de

la valija diplomática. Había hecho las cosas bien. Palabras fuertes. Acuerdos privados. Mierda y miel. Muy bien. Ella se levantó y le tendió la valija a McMurta.

—Transmita un mensaje por sus canales. Dígale a Carmichael que lo hizo bien. Dígale que hablaremos. Él sabrá lo que significa.

Claro que él sabe lo que significaba. Y cuando McMurta se iba.

—Dígale que no se preocupe, que hablaremos antes de lo que él cree.

Se marchó. Una peste a tabaco que lo llenaba todo desapareció lentamente de sus dedos. Barbara se sentó en el escritorio, encontrando el pesado vaso de whisky en la mano. Sobre el tablero de caoba de la mesa de centro, las postales de Bobby... leídas y releídas.

Sí, dígale que lo hizo bien de verdad...

No leerlas otra vez. Acostarse. Dormir. Soñar. Soñar con fotos de veintiún centímetros por dieciocho, con un camarada ahogándose en una ola de retículas monocolors.

Capítulo 29

—Tienes aspecto cansado.

Y tú tienes un aspecto estupendo... piensa, pero no se atreve a decirlo.

—El policía soy yo. ¿Cómo te enteraste de dónde vivía?

Barbara pestañeó.

—Una funcionaria del gobierno estadounidense en China no carece de influencia, inspector jefe Piao. ¿Y ahora me vas a invitar a entrar o de verdad quieres que prepare esta comida a la entrada de tu casa?

Alzó dos bolsas de la compra del supermercado del Jing Jiang, elegantes, brillantes y de esquinas afiladas. Dentro, una serie de envoltorios demasiado perfectos para querer abrirlos. Él agarra las bolsas, las manos se rozan... ganas de meterse cada una de las yemas de los dedos de ella, una a una, en la boca.

—Nunca rechazo una comida. Entra, trataré de encontrar dos platos limpios.

Ella pasó por encima del mosaico de cartas y siguió a Piao a la cocina. Un lugar para tener pesadillas.

—Veo que no crees que merezca la pena perder el tiempo con las tareas domésticas.

—¿Tareas domésticas?

—Sí, tareas domésticas. Limpiar. Ordenar las cosas. Fregar los platos.

Tendió a Piao un plato sucio, grasa en los dedos. Sus ojos buscaron un mantel que no existía.

—Tareas domésticas, sí, ahora entiendo lo de tareas domésticas.

Él sonrió, volviendo a colocar estratégicamente el plato en el fregadero, que estaba inestablemente lleno hasta arriba.

—Lo siento. Vaya desorden. En mi trabajo soy muy ordenado. Todos los

minutos, todos los días. En casa no mantengo el menor orden.

—Ya me he fijado.

Le agarró de la mano y le empujó hacia el fregadero.

—Tú lava los cacharros, yo prepararé la comida. Si consigo encontrar sitio.

Barbara despejó la mesa de botellas vacías de Tsingtao, correo abierto, correo sin abrir, informes, un bizcocho a medio comer. Saca las verduras de una de las bolsas... pimientos, maíz, castañas de agua, chiles, repollo, setas, brotes de bambú. Para prepararle la comida a un chino, una comida china. Corría un riesgo. Venir aquí era un riesgo. Mejor haber preparado un filete. Mejor no haber venido aquí. Marcharse sin decírselo.

Nuevamente la pregunta que él había ignorado antes.

—Pareces cansado.

La cara de él lejos de la de ella. El agua del grifo caliente casi ahoga las palabras de su respuesta. El vapor en la ventana, gotas de agua convertidas en lágrimas. Nunca preguntes nada; nunca demuestres nada. Es muy difícil cambiar el guión que siguen nuestras vidas.

—Me están investigando. Un inspector jefe. Investigado.

El cuchillo de ella corta las setas. Un amago de resistencia y luego la hoja les atraviesa la piel... sin obstáculos.

—¿Por qué?

—El tong zhi que había presentado cargos contra mí fue asesinado. Me consideran el principal sospechoso.

Ella agarra el pimiento rojo. El cuchillo se introdujo dentro y se deslizó en torno a su cordón umbilical verde. Suprimir la base. Hace rodajas su torso en forma de palos de cerilla iguales. El jugo... rojo aguado, mancha la tabla de cortar.

—Eso es absurdo. Están locos. En cuanto declares dónde estabas, qué estabas haciendo, comprenderán lo estúpido que es.

—Haces que parezca fácil. Los estadounidenses hacéis eso. Aquí, en China, las cosas no son así. Para mí no, ahora.

Capa tras capa... verde oscuro que cae, cada vez más claro... más claro. El filo de acero se mueve por el corazón del repollo.

—Pero no es tan complicado. Hubo un asesinato. Tú estabas en otro sitio.

No lo viste. No es tan complicado.

No es tan complicado: las palabras sonaban bien. Algo que desea ardientemente. Algo de lo que no sabía. Un sollozo le sube al pecho, se lo oprime. Como cuando eres niño, el sollozo antes de llorar, mientras te esfuerzas por contenerlo. Piao abrió los dos grifos al máximo. Torrentes de agua muy fría y agua muy caliente se unen en el fregadero esmaltado. Un vapor que le subía a la cara.

—Para ellos no es complicado. Yo seré su asesino. Yo habré matado al camarada que podría haberles perjudicado. Serán mis verdugos, los de otro que podría perjudicarles. Matarán dos pájaros de un tiro.

Cerró los grifos. Sólo el sonido de ella picando el repollo llena la habitación. No le había oído. Puede que no debiera hacerlo.

—Cuando termines de fregar, ¿podrías pelar estas cebollas? —dijo Barbara.

El inspector jefe se volvió, con espuma en los antebrazos, los pelos parecían imitar las señales que dejan las olas sobre la arena mojada de una playa.

—¿Todas? ¿Necesitamos tantas?

Barbara alzó la vista, tenía una sonrisa traviesa.

—No, pero me gusta ver llorar a un hombre hecho y derecho.

* * *

El dedo de Barbara recorrió los bordes de la cara de la fotografía. Una marca en forma de corazón de colores intensos entre el polvo. La cara hermosamente austera... un rompecabezas de rasgos perfectos. La sensación súbita de que su propio reflejo era el negativo de la fotografía.

—¿Tu mujer?

—Mi mujer. Lingling.

La atrae hacia él. La aprieta contra la pared. Rápida, violentamente, como si algo menos poderoso pudiera liberarla. Dejar que se vaya. El aliento de Barbara, cinco especias y citronella. Salsa de pimiento en sus labios. Seda, algodón, en su ropa... todavía caliente, caída en el suelo. Entrar de nuevo en sus palabras secretas. Aliento en el hombro de él, el cuello. Un calor

perfumado. Lóbulos de las orejas entre los dientes. Pecho contra pecho. Sudor contra sudor. La segunda vez había sido incluso mejor. Piao pensó en ello, planeando cómo alcanzarla, cómo arrebatarse los secretos del cuerpo de ella. Cómo reconquistar los territorios que había reclamado la primera vez que hicieron el amor. Ella le besó, como si fuera el primer beso. Dándolo todo. Con Lingling había sido muy diferente, como si ella cediera, dando algo que era parte de un contrato. Tinta dura sobre papel duro.

—Escribiste que volvías a Estados Unidos. Sé que parece imposible que encontremos al asesino de tu hijo...

La boca de él pegada al cuello de ella, moviéndose hacia arriba para seguir el contorno de su barbilla. La fruta dulce de los lóbulos de sus orejas.

—... pero encontraremos al responsable. Te lo prometo.

El dedo de Barbara sobre los labios de él. Una presa para el torrente de palabras. Una sensación repentina de que serían las últimas que le diría. Las últimas que compartirían nunca.

—No hagas promesas que no puedes cumplir, Sun. Tienen el asunto bien agarrado y a nosotros dos con él. Nunca se encontrará al asesino de Bobby. Los dos lo sabemos.

Quita el dedo. Lo sustituye brevemente, con demasiada brevedad, por sus labios. Pero su sabor ha cambiado. Sal y café de aeropuerto. Barbara ya se había despedido.

—Me marché a Nueva York el sábado con Charles Haven.

Capítulo 30

... sólo un poco de suerte.

En suspensión... la cagada en la suela del zapato. El sándwich sin el relleno. Viviendo como si le estuvieran suprimiendo lentamente el oxígeno, muriéndose de hambre. Las cuerdas que le habían sujetado, cortadas una a una... se hundía. Y luego la sombra de Liping apareciendo lentamente en una campaña de persecución. Rencor. Piao, un día inspector jefe... al siguiente seguido desde lejos por un grupo de agentes del departamento de Seguridad Pública. Ojos ocultos bajo la sombra de las viseras de sus gorras. Insultos, chistes... soltando mal aliento. Los registros pronto se convirtieron en algo diario cada vez que salía de casa. Y luego estaban los coches anónimos que le seguían. Caras que él no conocía. Ojos que miraban bajo espesas cejas. Y luego la basura, los desperdicios... introducidos en su buzón. El teléfono sonando día y noche... a todas horas. Descuelga y no habla nadie. O a la ácida repetición del nombre, dicen:

Cabrón... cuéntanos cosas de tu mujer.

Los que tienen la polla pequeña sólo conservan poco tiempo a las mujeres,

antes de colgar bruscamente el teléfono. Y luego el silencio. Un silencio diferente de los que conocía. Como enterrado bajo una profunda, muy profunda, nevada. Y luego los registros habituales del piso, día y noche. Las llamadas a la puerta, violentas, agobiantes e invasoras. Hombres con idénticos trajes de lino de mala calidad. Pantalones arrugados. Manos que se habían estado tocando la polla minutos antes tocan sus cosas. Tiran su ropa al suelo. Sacan las fotos de sus marcos. Los documentos de sus carpetas. Pero durante esos registros, nunca encuentran lo que él no quería que encontrasen. Nunca,

nunca podrían. Y en todo aquello... el que ríe el último. Y luego espacios, separaciones, las inciertas libertades del que vive dentro de una botella con el que juegan. De pronto, ni rastro de coches anónimos. Nadie le sigue. Ni una mirada vigilante. Como si el mundo hubiera doblado una esquina y le hubiera dejado abandonado en la cuneta. Le hubieran dejado paranoico por sentir paranoia. Una sensación repentina de libertad. Libertad. Pero al acecho de su importante material, con una constante sensación de ningún sitio al que huir. Ningún sitio en el que esconderse.

* * *

Al mensajero no se le podía preguntar. No era un mensajero normal del departamento. Iba sin uniforme. Sin identificación evidente. En él todo decía: «no te molestes en preguntar, joder». Sólo la llamada a la puerta. El paquete. La retirada comedida bajando la escalera.

Piao empujó los platos sucios al otro extremo de la mesa. El envoltorio del paquete no tenía indicaciones de su origen, de su contenido, ninguna indicación. Diez carretes de cinta magnetofónica. Con fecha, además de los números de un departamento anónimo del gobierno en el centro. Y debajo de la palabra contenido en gruesa escritura de rotulador, un nombre...

YE YANG

Parecía excesivo, melodramático, pero comprobó el teléfono, registró la habitación, buscando aparatos de escucha antes de hacer la llamada. El piso tenía un olor, una atmósfera... un equilibrio delicado de matices que sin que él fuera plenamente consciente de ellos apreciaba y conocía íntimamente. Sabría si habían estado en el piso, por mucho cuidado que hubieran tenido. Pero ¿por qué correr riesgos? Sólo merece la pena correr un riesgo cuando esté muy sopesado que no quedan riesgos que correr.

—Jefe, he tratado de verme con usted, pero resulta difícil. Me las arreglé para echarle mano a un cartón de Panda Brand. No haga preguntas...

Una pausa. Una ondulación electrónica recorrió las vértebras del silencio.

—... ese hijoputa de Yun lleva dos días asándome a la parrilla como si yo

fuera un pedazo de cerdo, de modo que no tuve ni un momento para ponerme en contacto con usted. Además, me están siguiendo. Voy a cagar, y ellos van a cagar. Me tiro un pedo, y ellos se tiran un jodido pedo...

Yaobang bajó la voz, con una mano protegiendo el auricular.

—... va a por usted, jefe. Se dice que eso le valdrá un ascenso. El comisario y Yun están tan unidos como cagarrutas dentro de un retrete.

Piao cierra los ojos durante un instante. Y el pánico desciende desde la cabeza, el pecho, el estómago. Le duelen las piernas del esfuerzo.

—¿La coartada?

—A Yun no le gusta, pero creo que se la ha tragado. Lo único que dijo cuando le conté que usted estaba conmigo en mi casa con mis dos primos aquella noche jugando al ma-jong fue: «¿Por qué no me invitaron?». El gilipollas.

Una risa tan espesa como un toffee de plátano. Su libertad provoca la envidia de Piao.

—Necesito un magnetófono y unos auriculares.

—No hay problema, jefe. No puedo sacarlos de la kung an chu, pero me ayudará mi vecino, usará los suyos. Y le haré llegar los Panda Brand. ¿Para qué necesita esas cosas?

El auricular del teléfono a punto de ser colgado. Yaobang sólo oye las palabras en un susurro antes de que se corte la comunicación.

—Sólo un poco de suerte.

* * *

Piao deja que sus labios despidan el humo. Al servirse la última Tsingtao, una mirada a las cuatro botellas que ha dejado el Grande. Y quedaban dos paquetes más de Panda Brand... serían unas horas dulces, apaciguarían el aburrimiento. Se pone los auriculares. Los conecta. Introduce la cinta. Ajusta el volumen. Las casetes giran, una más despacio que la otra. Cinta color barro entre el mercurio de los cabezales. Y él estaba en la suite del Heping... el hotel de la Paz. 11 de agosto, 9:30 de la mañana... un nítido clic metálico cuando intervinieron la línea. El sistema UXT de escucha se disparó. Ye Yang, una chica lejos de casa que telefonea a su familia. Al principio el inspector jefe lo

escucha todo. Todas las llamadas, todos los movimientos de la suite cuando la cinta se conectaba automáticamente del sistema de escucha a los transmisores de UHF instalados tras los puntos eléctricos de las dos habitaciones. Todo. Ye Yang... duchándose, cagando, cantando. Él se convertía, en aquel mismo instante, en parte del pasado de la chica muerta. Junto a ella cuando se enjabonaba la espalda, vaciaba la cisterna. Encendía un pitillo, y luego otro, cuando su rutina empezó a pesarle, le aplastaba. Adquiere la habilidad, al cabo de un rato, de cuándo avanzar deprisa, cuándo detenerse. Una sensación de cuándo permitir a su mente que se anduviera por las nubes y cuándo centrarla. Escuchaba la vida de la chica. Una violación electrónica... con el dedo en el botón de pausa.

A las 2:45 apaga el magnetófono y se quita los auriculares. El sudor le rodea las orejas con franjas pegajosas. Por primera vez en cinco horas, consciente del ruido del tráfico. Música de la puerta de al lado. Una discusión abajo en la calle. Todo era normal, pero ahora parecía nuevo y más ruidoso. Anduvo hasta el Parque del Pueblo. Grupos de chicas gordas ensayaban pasos de baile para las celebraciones de Año Nuevo. Bragas azules asomando por encima de leotardos rojos. Manchas de humedad bajo los brazos. Sonrisas estampadas en labios que se esforzaban por respirar. Tomó un helado y luego té... un deseo constante y nervioso de volver a las cintas. El resto de la tarde, un borrón de voces cansadas y silencios rápidamente dejados atrás. Grandes espacios vacíos en la cinta... días en blanco que se correspondían con los periodos en que Ye Yang estaba fuera del país por negocios.

Llegó la noche; los faros danzaban en la pared de enfrente del piso. Un paquete de Panda Brand terminado. El cenicero, rebosante. Había hecho agujeros en el cartón de cigarrillos con cada uno, antes de apagar las colillas. La forma tosca de una estrella... una estrella de cinco puntas.

* * *

—Hola, ¿cómo estás, cariño? Vuelvo en el avión de Xianyang de las cinco y media. ¿Me puedes ir a recoger? Estoy hecho polvo.

24 de octubre, 1:35 de la tarde... por primera vez la voz de Bobby. Chicle y polvo rojo de Xian. Piao escuchó durante otra hora; el sueño le cerraba los

ojos. A las doce de la noche, durmió dos horas y media. Se espabila con una palangana de agua muy fría. Mantiene la cara debajo de la superficie hasta que le arden los pulmones... la nariz, mejillas, párpados, entumecidos por el frío. Pone en marcha el aparato, la cinta desenrolla lentamente su carga de un carrete al otro. Llamada tras llamada... ahora que Bobby estaba de vuelta en Shanghai, de vuelta en Fudan, nunca dejaban de hablar. Pero siempre con cuidado de lo que decían. Bobby nunca habla de su trabajo. Ye Yang nunca habla de su trabajo. ¿Sabían que los estaban grabando? ¿Habían tratado del modo de ocuparse de eso?

Nada en las cintas que les proporcionara un bono para el aparcamiento. Nada en las cintas que mereciera la muerte.

* * *

El sol de la mañana era tibio. Parecía un melocotón que hubiera sido aplastado por el neumático de un camión en el centro de la calle; se dispersaba por el cielo como una masa anaranjada. Piao se lavó y se cambió de ropa interior y camisa. Al ponerse una chaqueta... en el pecho unas toses desconocidas dentro del repertorio de muchas que le rascaban los pulmones. ¿Un resfriado, demasiados cigarrillos? Fuera lo que fuese, el aire contribuyó a empeorar la situación. Se detuvo en un puesto de comida cuando se dio cuenta de que era hora de almorzar... un bol de sopa de arroz, verduras en vinagre, unos fideos de patata. Todavía sentía frío, las manos cruzadas sobre el pecho para darse calor mientras recome el parque de enfrente. No le gustaba hacer ejercicio, pero lo hacía porque pensaba que era lo que debía hacer. Bajo los árboles, viejos que practicaban ejercicios de *tai ji quart*. Lentos movimientos comedidos. Gatos callejeros septuagenarios acechando la presa. Volvió a casa, dolorido. Compró un pack de Tsingtao de camino.

Con el transcurso de las horas, de las acompasadas órbitas de las bobinas, de las conversaciones y las llamadas telefónicas grabadas... emerge un vocabulario. Piao lo anota entre fideos y ceniza de cigarrillos. Se quita los auriculares, enfadado consigo mismo cuando se fija en la hora. Ocho horas sin un descanso. El muro de palabras atrapadas electrónicamente únicamente interrumpido por el té; tenía la lengua rebozada en tanino, tan amarga como los

domingos sin niños. Se lavó la cara, volvió a la mesa y tomó una rosquilla revenida. Migas, azúcar moreno, caen en sus cuadernos de notas, sobre las palabras... «el sitio de siempre». Referencias a... «el regalo está preparado». «Ya se puede recoger el regalo.» «Ha llegado el dinero para comida.» «La furgoneta irá hoy a la tienda a por la comida.»

Principios de diciembre, y una ráfaga de llamadas entre Ye Yang y Bobby. Lina tercera voz estadounidense también grabada... ¿Heywood? Telefoneaba para confirmar... «que los regalos se han reparado. Llevó más de lo previsto». Y también: «Decidle al dueño que se le mandarán en los próximos dos días». Referencias constantes al envío de la furgoneta, a la recogida de la furgoneta. Qingde... ¿el enlace? El inspector jefe aparta con la mano del cuaderno de notas las migas de la rosquilla, que caen en una cascada al suelo. Las conversaciones, tomadas por separado, como una sucesión a veces de simples palabras, sonaban lo suficientemente naturales e inocentes. Cuando se las contextualizaba, cuando se las relacionaba con un par de docenas más de llamadas semejantes durante un periodo de sólo unas semanas..., adquirirían un sentido. Una sensación totalmente nueva. Piao ahora las ve como lo que eran, un código torpe y nada complicado. Esmalte para pulir un tronco podrido.

* * *

—Mamá... Feliz Navidad.

La voz de Barbara cabalga la tormenta de interferencias telefónicas al responder. Hablaban de pavos, regalos, nieve. Incluso en plena furia del bombardeo electrónico, Piao reconoce la cercanía de las lágrimas de Barbara en el final de cada frase. Otra ráfaga de llamadas a primeros de enero, más a mediados de mes. Más regalos preparados. Más comida que había que recoger y enviar.

La cinta gime contra el acero. La bobina de alimentación vacía, la de recepción derramando espirales de cinta sobre el tablero de la mesa. Piao puso la última cinta y la pasó... los oídos llenos de palabras, la boca llena con una rosquilla. Una cinta distinta. Una atmósfera distinta. Excesivamente distinta. Comprueba la etiqueta. Un espacio vacío de dos semanas entre el comienzo de la cinta nueva y el final de la última.

Hay que joderse... manipulada.

Estaban jugando con él, le daban carrete. La cinta contenía horas de grabaciones que no decían nada que él no supiera. Y donde debería estar el nuevo material, el material importante... jodidos espacios en blanco. Piao se arrancó los auriculares y los arrojó sobre la mesa. Agarró una chaqueta y un paquete de Panda Brand mientras cerraba la puerta de entrada de un portazo.

* * *

Habían montado un pabellón al aire libre con suelo de madera y pista de baile en el corazón del Parque del Pueblo. Un grupo de jazz de seis músicos, de una edad media de sesenta y ocho años, tocaba... *When the Saints Go Marching In*. Una hilera de bombillas. Rojas, blancas, azules, amarillas, se balanceaba con la brisa sobre ellos. Y con ello el olor a cerveza y bolas de naftalina. Una espesa hilera de mirones se reunía en torno a la pista contemplando a los que bailaban. Los entrecruzamientos, giros, balanceos, subidas y bajadas de la sala de baile. Cabezas que giran bruscamente, echan hacia atrás los largos cuellos. Manos que se mantenían arriba formando campanarios de dedos rígidos. Piao compró una cerveza y observó los agudos perfiles de las sombras de los charcos de luz de colores. El baile... todo en él le fascinaba. Era hijo de la Revolución Cultural, bailar había estado prohibido.

—Inspector jefe Piao, qué sorpresa verlo. No imaginaba que estuviera interesado en los bailes de salón. Deje que le presente a mi esposa. Da, te presento a un ex colega...

Se detuvo por un fragmento de segundo; su acné, unos cráteres azules, a la luz.

—... te presento a un colega mío, el inspector jefe Piao.

La mujer era tan guapa como un pato prensado. Su cabeza parecía descansar en la fuente de un cuello de poliéster con grandes chorreras. Extendió la mano. Piao la estrechó educadamente; sólo en ese momento reconoció al hombre que había hecho las presentaciones. El hombre de traje negro, camisa blanca con encajes y una extravagante pajarita roja. El detective Yun... el gesto de su cara se alisó y aceró debido a las luces de colores.

—Mi cuñada no tiene pareja, Piao. Nos gustaría mucho que la sacase en el próximo baile.

Una mujer menuda se adelantó, una seta con vestido de gasa rosa. La sonrisa le dividía la cara en dos... una tajada de melón con dientes demasiado blancos para ser auténticos. El pánico hizo presa con agudas garras en el pecho del inspector jefe.

—Pero yo no sé bailar.

—Tonterías, Piao, tonterías. Lili le enseñará.

La mujer tiró del inspector jefe hasta la pista de baile; él sólo tuvo tiempo de dejar la botella de cerveza encima de una mesa. Los siguientes minutos fueron un caleidoscopio de pisotones, manos torpes, instrucciones apresuradas y el olor a sobaco y perfume de cinco yuanes.

—Lo está haciendo muy bien, inspector jefe. Muy, pero que muy bien de verdad.

Yun a su lado, moviendo y haciendo girar a su mujer a la izquierda. El cuello con chorreras de ella se lo alzaba el viento a la cara. Dan vueltas alrededor del inspector jefe y su pareja con una exhibición de complicados pasos. Una fuga de subidas y bajadas.

—Da y yo participamos en los concursos cuando lo permite el trabajo.

Otro giro al pasar junto a Piao, orbitando hacia al otro lado.

—... soñamos con ganar algún día un concurso internacional.

La sonrisa de Yun pareció una abertura negra en un saco de arpillera.

—Muévase a la izquierda, a la izquierda —murmuró la seta, engancho su pie al de Piao y agarrándole para que diera un nuevo paso. Yun, pegado a su hombro, se inclina para dar mayor relevancia a lo que tenía que decir.

—¿Ve? Lo va aprendiendo. Espere hasta la próxima canción, un *foxtrot*, un poco más rápida. Eso le irá bien...

Más cerca aún, casi susurrando.

—... es una bailarina maravillosa, ¿verdad? Y también buena cocinera. Y no tiene ningún novio en perspectiva.

Le guiñó el ojo al inspector jefe. A Piao el estómago se le caía a los torpes pies. Desplazó la mano hasta una posición menos sudorosa de la cintura embutida en nailon. Se oyó decir en voz alta...

—No me sorprende.

Pero las palabras se perdieron cuando el grupo atacó un arreglo a tiempo rápido de *New York, New York*.

* * *

La mesa de Yun estaba situada, desgraciadamente, justo debajo de una hilera de bombillas rojo púrpura. La cara del inspector tenía aspecto de que el acné le hubiera explotado al unísono.

—Necesito hablar con usted —le confió a Piao—. Ayer y anteayer recibí a Yaobang. Proporcionó una buena coartada para usted. Muy buena. Demasiado buena. Me la creí del todo, claro, pero el comisario Liping...

Yun movió la cabeza a ambos lados y se aflojó la pajarita, acariciándose el terciopelo.

—... una hermosa tela. Fabricada en Inglaterra, ¿sabe? Calidad, calidad superior.

—El comisario Liping... —recordó Piao.

—Sí, sí, el comisario. A veces no es el hombre más comprensivo. A veces no es un hombre que se fíe de los demás, ya lo conoce. Cree que Yaobang le está protegiendo a usted. Ha insistido en que traigan a sus primos y se les interrogue. También que se le interrogue a usted y a los del comité de barrio de Yaobang. «Los ojos curiosos de alguien sabrán si estuvo usted o no», dice él. «Los oídos de alguien que escuche podrán decir si usted estaba en casa de Yaobang aquella noche.» No, no es un hombre que se fíe mucho de los demás...

Yun levantó la botella de cerveza y la apuró hasta la última gota.

—... ser tan desconfiado debe de ser algo terrible.

Piao asintió con la cabeza cuando se levantaba.

—Tengo que irme, se está haciendo tarde.

—¿Ya, inspector jefe? Pero el grupo va a interpretar una selección de canciones sudamericanas después del descanso. Es el momento cumbre de la velada. El chachachá, el tango. Lili es maravillosa bailando el tango...

La seta soltó unas risitas y apartó la mirada tímidamente. Yun se estiró por encima de la mesa, con la mano medio tapándole la boca.

—... Lili y el tango, resulta más ardiente que la salsa picante en agosto.

Nailon, gasa rosa barata, y el tango... no era una combinación que

disparara sus fantasías de desenfadada pasión. Piao se despidió. Cuando pasó junto a la silla de la seta, ésta le puso en la mano su dirección, garabateada en un trazo de papel. Plasta que no hubo recorrido medio camino hacia su casa no encontró una papelería. Arrojar basura en la calle podía suponer una elevada multa.

* * *

Otro día. Otra cerveza... Otra cinta magnetofónica.

—Me fui antes de que te despertases. La circulación estaba atascada hasta las puertas de Fudan. He andado retrasado toda la mañana. Quedan diez minutos para mi reunión con Lazarus y el director. Pero te llamo a toda prisa para decirte que te quiero.

Ye Yang, estirándose, bostezando. Piao se la imaginaba conforme giraba la cinta, un pelo negro pegado a la mejilla. Unos pezones oscuros sobre el horizonte de las sábanas de seda color melocotón. Labios pegados al auricular del teléfono mandando un soñoliento beso.

—Yo también te quiero —susurró.

Piao se metió en el cuarto de baño. El agua del lavabo tan fría como el hielo. «Yo también te quiero.» Aquellas palabras de ella le producen un dolor interior tan caliente como acero fundido. Se seca la cara. La temperatura más templada, controlada. Abre una cerveza. Poco más en la cinta, excepto los ruidos de fondo... una ducha. Y el sonido de Radio Shanghai... llamaban los oyentes, «Ciudadanos y sociedad». Llamadas para quejarse a Cheng Xi Yuan, vicepresidente ejecutivo de la compañía de correos y telégrafos de Shanghai.

VOZ: Mi teléfono es espantoso, no funciona bien.

CHENG: Sabemos que hay problemas y estamos haciendo todo lo posible para arreglarlo.

VOZ: ¿Cómo?

CHENG: Dije que sabemos que...

VOZ: No le puedo oír con este espantoso teléfono, ¿le pasa algo!

Piao pasó rápido la cinta, prestando atención al acelerado sonido. Un instinto adquirido de cuándo disminuir la velocidad. Se encuentra escuchando sólo a uno de los participantes en una conversación, plagada de espacios en blanco y puntuada por profundos silencios. Ye Yang al teléfono... la voz es la suya. Los silencios de quien llama... ninguna indicación de su identidad. Rebobiné rápidamente la cinta, hasta el comienzo de la llamada; un discreto clic doble, cuando empezó a transmitirse desde el sistema de escucha UHF de la habitación hasta el receptor UXT. La llamada estaba preparada de antemano, tenía que haberlo estado. Ye Yang descuelga el teléfono y sabía al instante quién llamaba. Pero no se decía ningún nombre. La voz de ella veteada de nervios. Nada por parte de quien llamaba. Silencio. La chica suelta una diatriba. Las cortinas de su enfado recogidas. Palabras muy ensayadas... enseguida daban la sensación de que ya las había dicho un millar de veces. En la ducha. En el ascensor. En sueños, y todavía no le salían perfectas. Cada palabra como estirada. Y nada excepto frialdad procedente del otro lado de la línea. Ye Yang está dominada por una emoción que Piao había sido incapaz de calificar, hasta ahora. La del pez pequeño que por primera vez ve lo mucho que puede abrir la boca el pez gordo. Aterrorizada. Ye Yang estaba lejos de sus profundidades, y aterrorizada.

—Sé que teníamos un acuerdo, pero nosotros corremos muchos riesgos para conseguirle esos regalos. ¿Sabe lo que pasaría si nos atrapasen?

SILENCIO.

—Pero, ¿por qué se iba a preocupar usted?

SILENCIO.

—El precio ha subido. No conviene que nos amenace. Nosotros los tenemos y usted los quiere. Un precio el triple de alto y son suyos. Los negocios son así. Nosotros corremos los riesgos.

SILENCIO.

—Son perfectos. La semana pasada yo misma fui al taller a verlos; mejores que ningún otro ejemplar que haya sido puesto en venta hasta ahora. Le garantizo que usted podría triplicar el precio que le estamos pidiendo.

SILENCIO.

—Que le jodan. No diga tonterías. ¿No teníamos un acuerdo?

SILENCIO.

—¿No lo tenemos?

SILENCIO.

El auricular del teléfono de quien llamaba se cuelga, luego el de Ye Yang. Cambio de la conexión exterior a los aparatos para grabar el sonido de la habitación. Un sonido de cristales rotos, cacharros que se estrellan. La poco potente voz de Ye Yang, un rugido en una rabieta que ha estallado.

—Gilipollas, cabrón. Jodido gilipollas, cabrón.

Sus últimas palabras. Lo que quedaba de cinta sin grabar. Sólo un consistente sonido de estática tan débil como una respiración regular. Pero Piao no lo oía, sus sentidos ya rebobinaban; volvían atrás para centrarse en el sonido claro que se había oído justo antes del final de la llamada telefónica. Justo antes de que el que llamaba hubiera colgado. Un clic sordo. Contacto eléctrico. Reconoce el sonido al momento. Rebobina rápidamente la cinta... una docena y media de clics. Los escuchó una y otra vez, con el volumen tan alto que resultaba ensordecedor. Pero en realidad no lo necesitaba, sólo estaba confirmándolo. No dudaba que había reconocido el sonido adecuadamente la primera vez que lo había oído.

Durante toda su vida de adulto había deseado un encendedor como aquél. Electrónico. Delgado. Dorado. Dunhill. Un clic sordo... y el filamento eléctrico azul blanquecino en la parte superior del encendedor justo un instante antes de encenderse la llama.

Un clic sordo.

—Lo tengo, joder —dijo Piao, mientras desconectaba el aparato.

Abrió la última cerveza y encendió su último Panda Brand, sin terminarlo tampoco. Agotamiento, con la marea de alcohol, nicotina y excitación... le aplastaban. Una repentina sensación de entumecimiento. Durmió como un recién nacido, por primera vez en semanas. Soñó con gasa color rosa. Encendedores Dunhill... y el inglés, Charles Haven.

Capítulo 31

Plaza Renmin... Plaza del Pueblo. Carrozas de flores. Representaciones del Gran Timonel. Estrellas rojas. La Larga Marcha. Cerveza Tsingtao. Y pétalos de flores de todos los colores para andar sobre ellos.

En el centro de la confusión habían instalado una pequeña feria. Tiovivos, toboganes... el martilleo incansable de un generador comiéndose trozos de la música que sonaba metálica por los altavoces. En la brisa, un cóctel embriagador; olor a petróleo, polvo caliente y comida recalentada. Y también en la brisa, el vuelo de pétalos rojos, rojos... parecen labios color cereza.

Piao contempló cómo Chen y los niños pasaban por delante de él una vez más en el carrusel. A cada vuelta, sus saludos con las manos disminuían. Tantas promesas de sacarlos de casa, tantas cancelaciones. Cada giro establecido de los caballos y pandas despintados ahora aplaca su culpabilidad.

Dio un trago a la cerveza caliente, viendo que Yaobang tropezaba con un cable eléctrico al apresurar el paso entre la multitud. Cosas de comer en las dos manos. Da bocados cuando la multitud se dispersaba y pensaba en darlos cuando la multitud se agolpaba a su alrededor.

—Buena comida, jefe. Unos americanos han instalado un puesto de comida junto a la carroza que conmemora el Gran Salto Hacia Delante...

Se llevó a la boca un puñado de salchichas, pan, cebollas y grasa del papel manchado. El bocado derrama un espeso chorro de mostaza de la masa a su mano. Una gruesa lágrima ámbar. Cae lentamente por su corbata desafiando casi la gravedad con su delicadeza.

—... los llaman «perritos calientes». Una mierda de nombre, pero saben bien. Debería probar uno, jefe. Es mejor que un almuerzo a base de cerveza y cigarrillos.

Decidido a no sentir culpabilidad, el inspector jefe encendió inmediatamente otro China Brand.

—¿Qué tienes para mí?

Yaobang se pasó la mano por la barbilla. Kétchup en la barba incipiente.

—¿Que qué tengo para usted?

Una risa, resignada y cansada.

—¿Que qué tengo? Nada, a no ser mierda y más mierda. Registros diarios de cada agente bizco del departamento. Ayer dos veces. El día de antes, tres veces, joder. Vuelcan todos los cajones, vacían los aparadores. Hasta registran el cubo de basura. No tienen ninguna prisa al hacerlo...

Piao nota que la ansiedad se le instala en mitad de la frente. Sólo le daban un codazo ocasionalmente para demostrar que estaban allí. Para recordarte que estabas dentro de una pecera en el interior de una pecera... en el interior de una pecera. No hay necesidad de emplear demasiada dureza cuando no hay adonde huir. Cuando no hay dónde esconderse. Teléfonos pinchados. Comités de barrio anotando cada salida, cada entrada. Permisos de viaje exigidos para salir de los límites de la ciudad.

¿Hay adonde huir? ¿Dónde esconderse?

Otra carcajada. Kétchup, mostaza, por sus dientes y labios.

—... y el hijoputa de Yun encima de mí como un sarpullido. Más preguntas que marcas tiene en la cara...

Yaobang se acerca más, con los ojos atentos a todo. Un susurro con aliento a cebolla.

—... no me cree. Nadie me cree a mí, ni a usted.

El carrusel iba más despacio, se detuvo. Los niños se bajan de los lomos de los caballos pintados, a los brazos de sus padres. Se suben pasajeros nuevos. El carrusel inicia perezosamente sus vueltas. Caballos... subiendo, bajando. Música... metálica, a un volumen alto que la distorsiona. Adquiere velocidad con un tempo ondulante, titubeante. El Grande cerró el puño. Tan grande, tan blanco como una bandeja de servir.

—Están estrujando, jefe, tan fuerte que sólo dejan las pepitas.

—¿Qué me has traído?

El puño se abrió.

—Mierda, ¿es que usted nunca se rinde, jefe?

El Grande sacó un papel del bolsillo interior y se lo tendió por encima de la mesa manchada de cagadas de pájaro.

—Los de la oficina del forense, por la puerta de atrás. Entraron esta mañana, jefe. Consiguieron un número de teléfono gracias a las marcas del listín telefónico de Zhiyuan.

Los ojos de Piao recorren lo escrito. El número llevaba un prefijo 39. Un número del Politburó. Sigue un código de Beijing. Un topetazo en el pecho del inspector jefe cuando lo golpeó la adrenalina.

—Resulta que es un jodido tong zhi, y gordo, jefe, un antiguo amigo de Zhiyuan. Zhang Chunqiao.

El Grande sonrió tontamente. Pan, mostaza, salchicha color carne encajadas en los intersticios de los dientes.

—Utilicé otro canal clandestino para conseguir que comprobaran la línea de Zhang Chunqiao. Tengo un amigo que es operador. Me costó tres paquetes de China Brand. Los paga usted, jefe.

—¿Tres paquetes y lo llamas amigo?

—Comprenderá que sí en cuanto vea la jodida mierda que ha conseguido...

Yaobang arrancó el papel de los dedos del inspector jefe y le dio la vuelta. Más grasa. Más mostaza y ketchup. Más números.

—... veinte minutos después de que Zhiyuan llamara a su antiguo colega, Chunqiao, el camarada hizo una llamada por su cuenta a las 3:50 de la madrugada, una llamada que duró ocho minutos...

Piao veía el número. Otro tong zhi. Otro miembro del Politburó... un prefijo 39.

—... ¿reconoce el número, jefe?

El inspector jefe lo examinó, dándose cuenta de que debería.

—No, pero tú sabes que podría, ¿eh?

—Sólo si el matrimonio es de por vida, supongo, jefe.

Dio otro mordisco al perrito caliente, pan y papel dentro de su lengua, los dos sabían igual.

—... es el número de su mujer. La residencia del ministro Kang Zhu en Beijing.

El mundo pareció estremecerse. El silencio presiona contra su oído interno, y en sus alas el sonido de la lluvia. En la cara de Piao. En la pintura

del Bandera Roja. Y su última visión de ella. Un brazo, una mano con gruesos anillos de oro deslizándose sobre sus hombros. La cara de ella volviéndose lentamente. Un nuevo estremecimiento. Las palabras de Yaobang le traen de vuelta.

—Once minutos después, a las 4:01, se hizo una llamada desde la residencia de Kang Zhu a este número...

El Grande clavó el dedo en el papel.

—... es un código de Zhejiang, un número de Hangzhou...

Piao ya sabe lo que seguía, y se dispone a nadar en la ola.

—... el lago Taihu. Un zhau-dai-suo registrado a nombre del ministro Kang Zhu. ¿No le dice nada, jefe?

Recuerda el olor del humo de los cuerpos quemados.

—Liping.

No fue más que un susurro de Piao. Yaobang asiente. El inspector jefe terminó la cerveza. Tan caliente como agua de fregar y con sabor a agua de fregar.

—Chunqiao. Kang Zhu. Liping. Una los puntos y vea el jodido dibujo que forman...

El Grande se chupó los dedos para limpiar la grasa. Los labios brillaban.

—... el asesinato del camarada Zhiyuan. ¿Se ganó mi operador los tres paquetes de China Brand o no, jefe?

—¿Tiene más información que nos sirva, llamadas desde el zhau-dai-suo?

—¿Más? ¿No es suficiente? Cualquier llamada desde el zhau-dai-suo quedaría más allá del área del operador. No tengo viejos amigos que sean operadores en todas las jodidas provincias.

Piao contempló atentamente el vacío vaso de cerveza; churretes de espuma, más lentos que nubes en un cielo de verano, bajan por el cristal.

—No, tres paquetes no. Cuatro. Lo hizo bien.

Chocó su botella de cerveza contra la del Grande.

—Jefe, ¿qué cojones haríamos sin los canales clandestinos?

—¿Serían mejor cuatro paquetes de China Brand?

Yaobang se miró las uñas.

—¿Qué pasa con Liping, jefe? Mierda, es el comisario. La ley.

El carrusel se detuvo hasta detenerse. Piao se adelantó, unos bracitos le

buscaban. Unos bracitos que le necesitaban.

—Liping usa la ley como un perro busca una farola, para apoyo, no por la luz.

El Grande asintió con la cabeza; no entendía lo que quería decir aquello, pero le sonaba bien.

* * *

Besos babosos. Brazos calientes. Piao se muerde el labio... al decir adiós y no atreverse a prometer que los verá por Año Nuevo. Helados, desfiles, mimos, lágrimas... mejor no fallarles. Hacerles promesas a los niños y luego romperlas es hipotecar su alma.

* * *

Iba con retraso. La oscuridad rozando los techos. Las luces de la feria desgarran la noche que se adelanta. Caminar a buen paso.

—La recepción, ¿me consiguió una lista de invitados?

El Grande corre al lado de él.

—Había una en el cuarto de guardia para comprobaciones de seguridad, jefe.

—¿Y?

Estaban en la esquina de Weihai Lu con Chengdu Lu. Piao busca su coche prestado. Yaobang, el siguiente puesto de comida.

—El nombre que me dio usted estaba de los más altos de la lista, jefe. Un extranjero con buenos contactos...

Su atención la atrajo un puesto de fideos, unas cuantas puertas más abajo, en Chengdu; la próxima estación de su tarde planificada. Ya había pensado qué pedir. Budín baozi, fideos de arroz, bollos calientes, cerveza de grifo Sanpijiu.

—... tener buenos contactos debe de ser cómodo, ¿eh, jefe?

—No lo podría decir. ¿Quién lo invitó?

Yaobang ya estaba cruzando Weihai Lu. Una calle frenética. Un trueno sobre ruedas. Gritaba todo lo que podía. Piao apenas le puede oír.

—Liping. Liping lo invitó. Será mejor que se dé prisa, jefe. Va con retraso,

joder.

* * *

Banderas Rojas. Gallardetes rojos. Un perro meando contra una pared.

La recepción a la que no había sido invitado se celebraba en el Instituto de Protección de Artes y Oficios de Shanghai, un austero y poco acogedor edificio del final de Huaihai Lu. Cagadas de paloma y revestimiento de piedra. Sus pies se hunden en los arroyos que fluían desde el mercado Fumin, sólo a unas manzanas de casas de distancia.

Estaban llegando los invitados. Banderas rojas, gallardetes desplegados. Focos sobre la negra pintura brillante y el cromo llameante. Seguridad, una mano metida dentro de sus chaquetas. Chóferes que se apresuran por delante de los capós para abrir puertas. Piao se estiró el cuello del uniforme que se había puesto, con una serie de tirones, esfuerzos y roces. Se une a la cola de rusos jocosos con barbilla de cemento y de duros miembros del Politburó. En el comienzo de la cola, voces de estadounidenses. Detrás de ellos, un grupo de italianos... los hombres atildándose, las mujeres tan tristes como nubes de lluvia en julio. Los reactores privados del aeropuerto de la capital, Beijing, tuvieron trabajo esta noche. La caminata de Piao le había dejado como herencia una sed tan descomunal que podría ahogarse en ella.

La anomalía de estar suspendido de empleo, ser sospechoso de un asesinato y sin embargo acudir, vestido de punta en blanco y con una invitación conseguida de extranjeris, a la acostumbrada recepción que precedía al Año Nuevo... le anima a encender otro cigarrillo. Sin razón aparente, sus ojos no se apartaban de la calzada. Entre el humo de los tubos de escape y su veneno, una forma avanzaba vivamente hacia el Instituto desde Fuxingxi Lu. Impecable, elegante. Sorteando el tráfico, cortando el haz de los faros, Charles Haven. Ya se desabrocha el abrigo negro de cachemira y se quita los suaves guantes de piel. Una mano que pasa por el cable de acero de su pelo. Avanza junto a las puertas abiertas de las limusinas Bandera Roja. Un saludo con la cabeza a los agentes de seguridad de paisano. Ignora la cola de invitados. Un olor a colonia y pasta de dientes caras cuando pasaba a su lado, rozándose casi contra el hombro de Piao. En la puerta principal, Liping, la piel curtida

por el aire libre, tan morena como la caoba de las pesadas puertas de doble hoja, hace entrar al inglés. Le saluda estrechándole la mano con las dos suyas. Le conduce dentro, brazo por encima del hombro. Un gentío elegante... idiomas, perfumes, escotes, todos rivalizando en importancia. Las puertas giratorias cerradas. Una súbita puñalada de hambre en el estómago de Piao; no había comido desde por la mañana. Al inspector jefe le llevó otros veinte minutos de cola poder cruzar la misma puerta que los demás.

* * *

Pularda a la avellana, «dragon volador»... servida con setas, *hericium erinaceus*, de los bosques de nogales. Pato ahumado sobre hojas de té y madera de alcanfor. Carpa de río ahumada. Ancas de rana con granos de la especia huajiao, corteza de naranja y cebolletas. Pájaros de flores de arroz conservados en miel especiada. Raviolis rellenos de huevas de cangrejo, cocidos al vapor y servidos en quinlong... cajas de bambú. Mesas largas. Mantel blancos almidonados. Servicio en fuentes de plata. El banquete servido en porcelana blanca. Salsas de girasol, damasco, azafrán, compitiendo unas con otras. Una hilera de camareros vestidos de blanco. Caras soñolientas que arrastran los pies, que miran la comida con hambre. Sirven con una animosidad controlada.

Piao eligió carpa, ahumada en Suzhou. La habían traído desde muy lejos, lo menos que podía hacer él era comerla; sus ganas de comer le abandonaron al final de la cola para entrar en la recepción. Y todo el tiempo mirando al inglés, al que distingue entre el movimiento de invitados. Haven no come, sólo bebe agua mineral. Sorbos, los labios apenas húmedos. A veces lo bastante cerca para oír palabras sueltas de sus conversaciones con altos cargos y miembros del Politburó. Su mandarín, perfecto... hablado con el acento característico de los nacidos en Shanghai, pero con un toque de elegancia que nunca podría ser imitado por los nacidos en Shanghai. El inspector jefe colocó su plato vacío en la mesa del bufé, con salsa de naranja en los dedos. Se los chupa para limpiarlos. Bebe lo que le queda de su vino blanco Dinastía, su sabor más amargo. Opta ahora por una copa de tinto. No era diferente; tan ácido como las limas y las malas noticias. Atraviesa un número excesivo de

diplomáticos franceses. Colonia y ajo. El camino hasta el inglés, despejado. Haven solo en el desierto del centro de la sala. Piao oye el sonido de los tacones de sus botas en el suelo de sólido roble. Se oye hablar a sí mismo, y lo aborrece...

—Para que lo inviten a una recepción así, debe de tener amigos en las altas esferas, ¿no?

Hubo un espacio de varios segundos antes de que Haven se volviera. Cada movimiento suelto, como si estuviera ensayado.

—Inspector jefe. El policía que se quemó los dedos. ¿Está usted bien, supongo?

Piao alzó las manos.

—Las quemaduras se han curado.

El inglés no las miró; su atención centrada por encima del hombro de Piao buscando a la siguiente persona con la que hablar.

—Algunas quemaduras no se curan. Creí que le habían suspendido de empleo, señor inspector.

Piao se acercó más; el inglés, una receta compleja de olores. Colonia extranjera, líquido de limpieza en seco, aliento mentolado. Pero bajo todo eso, el olor del animal listo para atacar. Una nota, suave pero aguda... Algalia.

—Parece que sabe usted muchas cosas de mí, señor Haven.

—Una reputación de brillantez y ahora de autodestrucción, y una obstinación por tener éxito en las dos cosas. ¿Quién podría no saber de usted, inspector jefe?

Piao deseó tener una copa, no por el alcohol, sólo por el vaso... algo para mantener las manos ocupadas. Un disimulo de sus nervios; sus dedos ya le traicionaban. Las enterró en los bolsillos.

—Y yo que creía que le estaba investigando a usted, señor Haven.

—¿A mí, inspector jefe? ¿Por qué iba a querer investigarme usted?

Sonríe, pero dardos en sus ojos, como una punta de flecha lejana de cuervos que asoman en el horizonte.

—Porque usted asesinó a Bobby Hayes. También a Ye Yang, Heywood y Qingde. En nuestro país eso es motivo de sobra para querer investigar a alguien. ¿No le parece? Dígame, señor Haven, ¿tiene usted un cigarrillo al que me pudiera invitar?

El inglés buscó en el bolsillo interior. Un paquete dorado, duro y de esquinas marcadas. Tabaco tan dulce como el azúcar moreno.

—¿Y fuego, por favor?

El encendedor ya estaba en su mano, dedos con manicura en torno al trozo de oro. Un clic sordo. La resistencia eléctrica. El gas que se prende... La llama, una espiga azul, y más arriba, amarillo pálido.

—Gracias, los cigarrillos ingleses son muy buenos. Muy dulces, como vino blanco. Y su encendedor es muy bonito. Siempre he querido tener uno así.

Al recuperar el encendedor, sus ojos se encuentran con los de Piao por primera vez. Hielo frente a hielo.

—¿Acusa usted con frecuencia a la gente de cuatro asesinatos de un modo tan original?

—Hasta ahora nunca había investigado a un hombre que hubiera cometido cuatro asesinatos.

—Y, claro, usted puede probar sus acusaciones, inspector; testigos, forenses, pruebas. ¿Recuerda las pruebas?

—No. Oficialmente ni siquiera puedo demostrar que usted está aquí, en nuestro país, que haya estado nunca en nuestro país. Oficialmente, ahora usted no está ahí parado. En nuestros archivos constan menos datos sobre usted de los que puedo conseguir sobre Deng Xiaoping apretando un solo botón. Sólo son sensaciones sobre usted.

El inglés se llevó el agua mineral a los labios; los dientes aumentaron de tamaño a través del fondo del vaso.

—Yo no pienso eso. Usted es un fantasioso, inspector Piao. Debería saber que las «sensaciones» no se sostienen bien en los tribunales de justicia.

—Tiene usted razón, claro, señor Haven, pero las habrá; unas pruebas como éstas se construyen como los andamios de bambú: muy despacio. Y los asesinos son como los monos; cuanto más alto huyen subiendo por un árbol, más enseñan el culo.

Haven cerró el estrecho espacio entre ellos; sus palabras queman la mejilla de Piao. Pero congelándola. Dichas con calma... muy bien arropadas.

—Pero es que yo no soy un mono, inspector jefe. Los monos no intercambian regalos de Año Nuevo con miembros importantes del Politburó. Quizá sea usted quien tenga motivos para estar asustado.

Una invitación... pero un completo rechazo en la mirada de Piao.

—Esperaré, señor Haven. Soy muy bueno en eso de esperar. Espere y las pruebas aparecerán solas. Juegue a lo que nosotros, los del departamento de Seguridad Pública, sabemos jugar mejor. Querrá abandonar nuestro país, pero se topará con retrasos difíciles de explicar. Las reservas de pasajes quedarán canceladas en las pantallas del ordenador. Sus tarjetas de crédito serán rechazadas sin motivo aparente. Encontrarán artículos robados o productos ilegales en la habitación de su hotel, en su maleta.

El inglés se dio la vuelta para alejarse, pero antes de hacerlo susurró unas palabras entre los dientes apretados. Unas palabras talladas en hielo.

—No tiene usted ni idea de en qué se está metiendo, inspector jefe, un simple policía como usted. Déjelo antes de que esto lo aniquile.

Haven se escurrió sin prisa entre la multitud perfumada de invitados. El sedoso movimiento del lagarto.

A los pocos segundos Piao lo perdió de vista entre un grupo con ropa de Armani y de entusiastas de los galones.

Una última mirada cuando Piao salía de la sala de la recepción, sus miradas se encuentran un instante, amargo y gélido. Haven se vuelve, continuando su conversación con un grupo de miembros del Politburó con chaqueta Mao. Risas. Brindis.

Piao se dirigió andando a casa, atento a cada sombra. Las palabras del inglés se le repiten constantemente como un hipo dentro de la cabeza.

Déjelo antes de que esto lo aniquile.

* * *

Cinco llamadas, interrumpidas por lágrimas. Expresiones de enfado. Auriculares colgados con violencia. La ansiedad de cada conversación se derrama por la mesa de Piao con un cenicero lleno de colillas y una guardia de botellas vacías de Tsingtao. Marca el número otra vez, lo sabe de memoria. Solicita el número de la habitación. Se establece comunicación, timbrados, descuelgan. La voz de ella... ya sabía quién llamaba.

—No quiero, otra vez no, Sun. Otra vez no. No quiero discutir más. No quiero llorar.

Piao cerró los ojos, conteniendo la respiración e imponiéndose a la prisa, el pánico. Elige cada palabra, la pule. Oye la respiración de Barbara mientras habla él y trata de adivinar sus emociones por el ritmo del aire que expulsa contra el teléfono. Segundos de silencio... y en él, el eco de su última palabra. Y algo imperceptible, casi imperceptible al fondo... un vaso que se llena, un cigarrillo que se saca de un paquete y que se enciende. El clic sordo de un encendedor.

Dedos con garras apretaron el estómago de Piao; éste se siente como si tuviera las piernas metidas en cemento. De pronto se da cuenta de que Haven estaba en la misma habitación que Barbara. Durante todas sus llamadas, en la habitación con ella.

—Estás equivocado, Sun, él no es así. Charles nunca le haría daño a nadie. Hace más de lo que puede por ayudarme a encontrar al asesino de Bobby...

Nuevo silencio, interrumpido por la voz entrecortada de ella. Ojos que se llenan de lágrimas... calientes, saladas. Sabrían a despedida y a la colonia del inglés.

—... nos marchamos el sábado. Por favor, no me vuelvas a llamar. No creo que lo pudiera soportar.

Segundos de silencio, y luego:

—Sun, nunca te olvidaré.

Y se había ido; sólo permanece el pulso electrónico en el auricular del teléfono.

* * *

Era tarde. Sin cigarrillos. Sin cerveza.

Piao durmió, profunda, insondablemente. Sueños con cuerpos destrozados que sangran barro y salas de espera de aeropuertos que huelen a desinfectante.

Integró los sonidos a su sueño. Una llave se desliza dentro de una cerradura. Una puerta se abre. Una puerta se cierra. Pasos en el vestíbulo. Unas pisadas precisas y medidas. Y entonces la gran descarga de adrenalina. La nota en el pecho. Le sube a la nuca. Se encuentra instantáneamente despierto y saliendo de la cama. Desnudo. Saca la sobaquera con la pistola de debajo de la cama. Su cuero, frío contra el muslo; la culata de la pistola

grabada con diamantes, más fría en la mano. Quita el seguro. Se desliza hacia la pared. Las pisadas más cerca. Una sombra, derramando su forma en la alfombra. Con un único movimiento, salta desde detrás de la puerta, agarra el cuello del intruso con el antebrazo. Un silenciador Maxim del modelo 67 apretado fuerte contra el hueso de detrás de la oreja del intruso. Todo en la postura de él espera un movimiento de respuesta. No lo hubo. Sólo un grito... apagado, breve. Piao retira su arma. Una forma, oscura, ligera... gira desde donde él la agarra hacia la cama. Perfume en los agujeros de su nariz. Y en sus ojos, la curva familiar de los labios que le habían besado una vez. El pelo le cae en un telón contra el lado de la cara, como tinta derramada sobre el papel.

—Lingling.

Su mujer. Una de las pocas veces que había sido capaz de pronunciar su nombre desde que ella le dejó.

—Me alegro de verte, Sun.

Con un súbito rubor de vergüenza, él agarra una toalla para taparse, sujetándosela alrededor de la cintura. Se oculta ante ella, como si nunca hubieran tenido intimidad.

—Me alegro de verte. Tienes buen aspecto.

Ella sonrió, recordándole la escarcha en una ventana. Se fija en él y en todos los detalles de la habitación con una sola mirada. Vería que no se había afeitado. Vería que había estado bebiendo y comiendo basura. Y ella, cada detalle de ella... inmaculado. Piao se sintió muy mal con su aspecto lastimoso.

—¿Has vuelto?

Ella no responde. Y súbitamente él habría deseado poder recuperar sus palabras en cuanto salieron de su boca. Estúpido. Estúpido. Vuelve a meter la pistolera en la sobaquera y la guarda debajo de la cama. Mira por la ventana al estirarse. Estaba lloviendo. Una lluvia intensa, despiadada. Debajo, en la calle, un Bandera Roja aparcado. La lluvia en el brillo de su pintura. El motor todavía en marcha. Vuelve a mirar a Lingling.. lluvia en el pelo, igual que aquella noche. Claro que no había vuelto.

—Perdona por ser tan dramática. Iba a escribirte y mandarte esto por un mensajero...

Los ojos de ella bajan y Piao se fija por primera vez en la gruesa carpeta que tiene en sus manos. Dedos blancos de porcelana atravesando las gruesas

letras negras de la laja que cruza su tapa.

MINISTERIO DE SEGURIDAD

—... pero era tan importante que quise asegurarme de que llegaba directamente a tus manos...

Se interrumpe durante un segundo, alzando la cabeza lentamente. Se pasa la lengua por los labios. Sus ojos en los de él. Piao sabía perfectamente cómo eran. Extrañaba verlos de nuevo con su gélida expresión.

—... quería verte y usé la llave. Me sorprendió que no hubieras cambiado la cerradura.

Él tenía ganas de reír, de llorar. Las dos emociones confundidas de pronto, las notas apenas separadas.

—¿Por qué iba a cambiar la cerradura? No queda nada que me puedan robar.

Ella le entregó la carpeta, rozando su mano con la de él. Su mujer. Ahora era evidente que no había venido a verlo... sólo había venido a enderezarlo. Nada cambia, excepto los nombres de los días. El inspector jefe rompe la faja de la carpeta y abre la tapa. Dentro, dos cintas magnetofónicas. Una mirada a las etiquetas: llenaban los espacios en blanco de las grabaciones de la habitación del hotel de Ye Yang. También en la carpeta, una serie de documentos. Hojas de impresora de ordenador, informes. En la página de arriba, una fotografía tamaño pasaporte. Fotocopiada. Granular. Charles Haven. Una sonrisa en sus labios, como una cagada de perro en un escalón.

—¿Son del ministro? ¿Fue Kang Zhu el que mandó las otras cintas por mensajero hace unos días?

Ella se alisó el vestido. Seda salvaje, extranjero. Con su sueldo de un año él no podría haberle comprado un vestido así.

—Yo te conseguí las otras cintas. Te entrego éstas. El ministro no sabe nada de esto. El ministro no va a saber nada de esto. Lo fundamental es que él quede fuera de tu investigación. ¿Lo entiendes?

—Lo entiendo, pero no puedo garantizar que nadie quede fuera de mi investigación. Cuando se trata de asesinatos...

Ella se acercó a él, agarrando la carpeta de encima de la mesa. Se la

aprieta contra los pechos... abrazándola con las dos manos.

—Entonces me la llevo. Y el próximo asesinato no lo podrás investigar porque será el tuyo...

Se volvió hacia la ventana, su mirada interrumpida por la luz como un rompecabezas que penetra a través de las delgadas cortinas. Color café. Negro. Color café. Ella siempre se volvía cuando se enfrentaba a la verdad. Como si sus ojos no soportaran su resplandor.

—... estoy tratando de salvar dos vidas. La de Kang Zhu y la tuya, Sun.

—¿Tiene algo que ver el ministro con el caso que estoy investigando?

Ella no contestó. Sus labios como los de un niño, fruncidos, cerrados.

—Debe ser consciente de que cualquier participación en esos asesinatos significaría la pena de muerte para una persona en un puesto de tanta autoridad como el de Kang Zhu.

Ella susurró a la persiana de bambú, a la ventana que se empañó al recibir su aliento formando puntitos y gotas de un gris mate, que se desvanecían tan rápidamente como se habían formado.

—Él ya está condenado a muerte.

Se dirigió a la puerta, con la carpeta apretada todavía contra sus pechos. Piao se mueve para cortarle el paso, con un brazo atravesando el estrecho pasillo, su otra mano sujetándose la toalla alrededor de la cintura. Su mujer... y sin embargo todavía olía a funcionario de alto rango.

—Dame la carpeta. El ministro no aparecerá en mis investigaciones. Y no se trata de salvar a Kang Zhu, es para apaciguar a las víctimas y a sus familias.

Un apunte de sonrisa rondó por las comisuras de los labios de rosa de ella.

—¿Y no se trata de salvar tu propia vida, Sun?

—No lo sé, quizá. Puede que verte me haya mostrado lo muerto que ya estoy. Y no es algo que me guste.

Ella suelta la carpeta y él la agarra. Se dirige a la puerta y la abre. Su mano cae en la de él, metal en su corazón.

—La llave de tu puerta. No la necesitaré más.

Piao la ve deslizarse escalera abajo. Se dirige al Bandera Roja, con la puerta abierta para ella. Ve que se aleja. Cae lluvia sobre el negro desierto de su techo. Ella no se vuelve a mirar ni una sola vez. Sólo cuando la limusina queda fuera del campo de visión, abre Piao de par en par las ventanas del piso

para eliminar el olor del perfume de ella, el olor de la boca de un septuagenario sobre la de ella... y se da cuenta de que no le ha deseado que su embarazo vaya bien. Cierra las ventanas, temblando debido al frío que habita su interior. Las lágrimas le caen por la cara con la intensidad del goteo de una barra para soldar. Y con ellas, las palabras repetidas, como un río interminable de dolor.

—Debería haber sido un hijo mío, joder... debería haber sido hijo mío, joder.

* * *

Estuvo sentado una hora, todavía con la toalla puesta. Vacío, como si le hubieran quitado un tapón. Incapaz de moverse. La carpeta en su regazo. La llave en la palma de la mano, pinchándole la blanca carne con un dolor tranquilizador. Tranquilo mientras ella había estado allí. Sólo ahora se desparramaba sobre él una oleada de emoción. Finalmente se mueve, con rapidez, con resolución. Deja la carpeta encima de la cama y la toalla en el suelo. El agua de la ducha, tan fría como los adioses. Afeitarse, pelos de la barba sazonando el jabón. Se frota la cara, el cuerpo, con fuerza innecesaria. Mira la espuma correrle por las piernas hasta el descolorido desagüe. Éste se la lleva... y a ella. Su mujer.

Se viste. Casi se pone el uniforme hasta que recuerda, con un doloroso codazo que le da la realidad, que el departamento todavía lo tenía suspendido de empleo. Para desayunar, cuatro cigarrillos y una Tsingtao. Lee el contenido de la carpeta mientras apura otras dos. Ciento cuatro entradas y salidas de la República Popular China en los últimos cinco años. Haven era un hombre muy ocupado con inclinación por la comida de aeropuerto y las colas de las terminales, además de los buenos encendedores. El dedo del inspector jefe recorrió los datos del ordenador. Cifras... fechas. Información sin interés en letra de impresora... estructuras hechas a partir de precarias marcas negras. Su atención se centra en la parte superior de la página; impresión más oscura, caracteres mayores.

DEPARTAMENTO DE INVESTIGACIÓN CENTRAL

Un nombre con el que anteriormente sólo se ha encontrado una vez. Al oeste de Beijing, conduciendo hacia la Colina Fragante durante un breve traslado temporal a la central del departamento de Seguridad Pública, en Beichizi Dajie. Un antiguo colega señala con un cigarrillo un edificio anónimo sin rótulo justo pasado el antiguo Palacio de Invierno.

—El Instituto de Relaciones Internacionales...

Con las palabras, había escupido una hebra de tabaco del labio, que se pegó en el parabrisas por dentro. Piao recuerda que no había sido capaz de distraer su atención de ella.

—... pertenece al Departamento de Investigación Central. Alto secreto. Tan secreto que la mayoría de nosotros, en China, ni siquiera sabemos que existe. Espían a países extranjeros. Mandan agentes al exterior como diplomáticos, periodistas, hombres de negocios, agregados. Hacen trabajos especiales.

El coche había tomado una curva, el edificio hacía piruetas detrás del hombro de Piao. Aquello había sido un día de verano, el sol le daba en los ojos con destellos de un blanco incandescente.

—... dicen que el Departamento de Investigación Central es tan importante que está completamente al cargo del Comité Central del Partido, no del gobierno. Y si quieren, pueden trasladarte de cualquier Danwei.

Había escupido más hebras de tabaco; Piao oía únicamente el sonido.

—... es evidente que nosotros no les interesamos.

Piao recordaba haber asentido con la cabeza... y esperar. Esperar el sonido de la próxima vez que su colega escupiera.

El dedo del inspector jefe se deslizó por un lado de la página. Pasa al siguiente informe... escrito a máquina. Esta vez cárceles, *lao gais*. Nombres de internos, números, delitos. Las fechas, los lugares de su ejecución. Los ojos de Piao siguen los saltos de su dedo desde el informe hasta los datos de ordenador sobre Haven. Miles de ejecuciones en toda la República... y Haven en China cada vez que se había producido una en las zonas urbanas de Shanghai y Beijing. Coincidencia. La cosa se limitaba... el dedo se movía por las listas de visados para viajes por el interior concedidos a Haven. Había estado en las ciudades de Shanghai o Beijing cada vez que había tenido lugar una ejecución. No se había perdido ni una. ¿Coincidencia?

Última entrada del informe. Cuatro ejecuciones. Lugar, el Bosque de la Virtud. Los condenados... Yongshe, Feng, Decai, Ziyang. Piao cierra los ojos, sólo un instante, al echar el aire. Verifica los datos de ordenador en busca de una respuesta que ya sabía. El inglés estaba en la República, en Shanghai, cuando habían sido ejecutados los cuatro.

* * *

La escucha de las cintas sólo confirmó lo que Piao sabía ya... confirmaba sus suposiciones. Haven era el que compraba los hombres de barro de Ye Yang. La chica apretaba las tuercas y subía el precio en cada conversación telefónica. El silencio del inglés, una amenaza que se podría cortar con un cable de acero. Pero el material de la oficina del ministro Kang Zhu, su participación y la del Departamento de Investigación Central, los frecuentes periodos de Haven en la República que coincidían con las listas de ejecuciones sancionadas por el Estado... ¿qué pasaba con eso? ¿Qué significado poseía?

En el fondo de la carpeta quedaban unos cuantos papeles más. Detalles del pasaporte de Haven. Datos financieros, largas y anónimas líneas de cifras. Intimidantes. Fríamente poderoso. Más de una pista de lo rico que era. Quedaba una holandesa, arrugada, en el fondo de la carpeta. Impresión de ordenador. Gris, sobre un papel casi transparente. Una lista de hospitales del Estado, la mayoría de ellos muy conocidos; se extendían por toda la República Popular. Señalados con bolígrafo, cuatro subrayados. Dos en Shanghai. Dos en Beijing. Hospitales famosos, hospitales de universidades, cuyo rigor y destreza alimentaban a los del resto de la República Popular. En la parte inferior de la página, impreso en tono más negro y también subrayado. Un nombre. Un cargo que él no reconoció remitía al centro de la página...

CIRUJANO ASESOR CHARLES HAVEN.

Agarra otra Tsingtao. Caliente al tacto. La concentración parece presionar el interior de su cráneo.

—Joder. Joder.

Ejecuciones. Shanghai. Beijing. Movimientos de Haven. Hospitales de universidades... también en Shanghai y Beijing. El inglés... cirujano, asesor. Un rompecabezas de piezas importantes, sólo de piezas importantes. Cuánto odiaba él los rompecabezas. Terminada la cerveza, piensa que las neveras deberían enfriar de verdad una Tsingtao. Piensa también en lo que su abuelo le había dicho una vez: «Las cosas importantes sólo se hacen importantes cuando tú mismo descubres su importancia».

* * *

La reunión del inspector jefe con el inspector Yun fue angustiada. Impulsado y guiado por la mano invisible del camarada comisario Liping. Un montaje meticulosamente preparado para que las cosas encajaran. Piao fue empujado hasta el oscuro borde del abismo, en un interrogatorio puntuado por té tibio y opiniones arrebatadas del inspector con acné sobre la rumba, la polca... y el tango. Todo fue muy amistoso, casi jovial. Pero era evidente en qué dirección fluía la corriente. Habían aparecido «inesperadamente» testigos nuevos del vecindario de Zhiyuan, personas de buena reputación y al día en sus pagos de las cuotas del Partido. Situaron al inspector jefe en las cercanías del piso del viejo camarada a primeras horas de la mañana del día en que éste fue asesinado. Uno incluso había visto correr a Piao hacia su coche y alejarse a toda velocidad.

El resultado, en lo sucesivo... que él seguía suspendido de empleo. No se le permitía abandonar los límites de la ciudad. Se abría un proceso que podría culminar con graves acusaciones contra él. Yun terminó la reunión de pie, con el dedo dando golpes al magnetófono. Al dirigirse a la puerta, la luz leía la escritura braille de su acné como un código de barras.

—Lili, mi cuñada. ¿La recuerda?

Seda caramelo. Gasa rosa. La seta. Sí, se acordaba de Lili.

—El baile de Año Nuevo en el Ayuntamiento de Shanghai, muy prestigioso. Nos gustaría invitarle. Usted acompañaría a Lili. Pero, claro, dadas las circunstancias, ¿entiende?

¿Acaso estaban forradas de plata las nubes? El inspector jefe empujó la puerta, la abrió, salió al aire del pasillo que olía a desinfectante. ¿Cuánto

pasaría antes de que le permitieran abrir del todo una puerta? No dice nada al inspector Yun cuando deja la sala de interrogatorios. Sale del kung an chu a un mediodía en el que no había ninguna nube.

Capítulo 32

El paquete era pequeño, complicadamente envuelto. Sólo el nombre de Piao escrito a mano en el tirante papel marrón. Cortó la cinta adhesiva y lo desenvolvió con cuidado. Ella lo habría guardado todo, paquete, cuerda, papel... ¿por qué todavía guardaba él porquerías para su mujer? Hizo una bola apretada con el envoltorio y la lanzó contra la pared de enfrente. Le hizo sentirse bien.

En el centro del papel satinado rojo y dorado y las finas capas de papel de seda... una caja. Rectangular, de madera pulida, tan rosa como los labios de una mujer. En el interior, terciopelo. En su centro, un encendedor. Reconoce inmediatamente que era idéntico al de Haven. Pasa un dedo por su sólido cielo dorado impecable. Debajo de la base del revestimiento de terciopelo había una bolsita de gamuza y una sencilla tarjeta. Estaba escrita con tinta negra. Cada letra, con unos aserrados bordes floridos.

Un regalo. De alguien que aprecia la perfección en todas sus formas.

El inspector jefe agarró el encendedor, haciéndolo funcionar media docena de veces. Media docena de clics sordos, en una rápida andanada. Estudia la llama. Casi blanca, casi invisible. No sería fácil ver la llama; un hombre podría quemarse mucho. La ve apagarse, en el instante en que retira la yema del dedo del botón de oro de encendido. Lo vuelve a colocar reverentemente en su caja. Cierra la tapa. Se dirige al aparador de cajones que habían registrado; el de más abajo, abierto de un tirón. Dentro, fotos de su mujer. Recuerdos de su boda. Las cartas de ella a él. Todo el cajón conservaba su olor, como la mente conserva los recuerdos.

—Perfección —susurró, cuando colocaba la caja al fondo del cajón y lo

cerraba.

Se puso la chaqueta, bajó la escalera y salió a la calle. Una mañana cerúlea. Escasas nubes, como arroz derramado. Un típico día de parque. Botellas de *Jiu...* y las manos calientes de un sobrino y una sobrina.

Capítulo 33

El Grande estaba borracho y muy contento. Las palabras, borrosas, le patinaban, impulsadas por una fusión feliz de celebraciones previas al Año Nuevo y buenas noticias. Buenas noticias que habían costado esfuerzo, estupendo.

—He seguido la pista a ese mierda flacucho de Wu. Costará cuatro paquetes de Panda Brand, jefe.

¿Qué no costaba dos paquetes de Panda Brand?

Piao no dice nada. Escucha las voces, la risa, las palabras de la canción de borrachos al fondo de la llamada telefónica.

*Si al vino no lo quisieran en los Cielos,
esos cielos no contendrían la estrella del Copero.*

—El día después de que sacáramos a esos cuerpos del barro, cuando el médico se mostraba tan jodidamente amable, lo llevaron en coche a una zhau-dai-suo del gobierno, en el distrito Jiading, cerca del campo de aviación de Dachang. Desde entonces no se ha dejado de mover...

El Grande se interrumpe para llenar la boca de cerveza. Piao pudo imaginar su espuma cayendo por la serie de papadas del joven inspector.

—... proporcionaron al médico su propio coche y conductores, joder. El coche es un Shanghai Sedán negro.

Una repentina sensación de desengaño sin fondo, casi palpable. Piao casi tiene que reafirmarse sobre los pies.

—Si a Wu se lo hubieran confiado a ellos, ya estaría muerto.

Yaobang se rió. Al fondo de la llamada, los que bebían, su canción, llegando a un punto culminante de finales prematuros.

*Si al vino no lo quisieran en la Tierra,
su manantial en la tierra no existiría.*

—Pero para qué voy a hablar, jefe. Yo mismo vi al mierda ese hace dos horas. Wu no está muerto, lo tienen alojado en otra residencia para invitados del gobierno al norte de la ciudad de Baoshan...

El Grande hace una pausa breve para volver a beber. Piao oyó la cerveza borbotear al fondo de su garganta, la áspera tela de su puño secó su boca y barba incipiente.

—... para que hagan eso, jefe, el médico tiene que ser importante, joder. Demasiado importante para matarlo, demasiado importante para dejarlo suelto.

El inspector jefe se pierde el resto de las palabras de Yaobang al aumentar de volumen la canción de los borrachos.

*El hombre sólo es feliz cuando consume todos los placeres del momento;
así que nunca dejes la copa de oro vacía a la luz de la luna.*

Piao colgó el teléfono. Les habría imitado, pero se había quedado sin cerveza.

Capítulo 34

Entre la multitud, un hombre... estático en un fluir de torsos. Su espalda, apretada contra el escaparate de la tienda; el cristal tan gris como el humo, retorciéndose en un flujo de reflejos. La multitud se dispersa.

—Allí, al cruzar la calle.

Pegado a las fachadas de las tiendas, le sigue entre el gruñir de la circulación. Un coche pegado al otro. Un pasillo metálico, de forma cambiante, que se abre entre el humo de los tubos de escape. Le atrapa en la confluencia de Changshou Lu y Jiangning Lu. Yaobang agarra el brazo del anciano por su delgada muñeca, se lo dobla por detrás y se lo sube hasta debajo de la nuca.

—Muy poco profesional por parte de ellos dejarle a usted que salga solo de compras...

Los labios del doctor Wu se torcieron para soltar un grito; la otra mano del Grande hace acto de presencia, cerrándose sobre su boca y obligándole a tragárselo.

—... haga un solo ruido y le romperé el jodido brazo.

La cabeza de Wu se gira y ve a Piao; preguntas y súplicas en los ojos ámbar claro del anciano. El inspector jefe por lo menos responde a una de las preguntas.

—Es cierto, doctor, le romperá ese jodido brazo.

La calle estaba oscura, el sol nunca penetra en ella. Sólo impresiones de sombras, cromo y cagadas de pájaro. El coche no se podía ver hasta que estabas casi encima de él.

—Jodidos perros.

El Grande soltó una patada al perro callejero que estaba meando en la rueda delantera de su coche. Falló, pero el animal aulló al escapar como si le

hubiera alcanzado. Empujaron a Wu al asiento delantero, al lado de Piao, y lo esposaron a la parte interior de la puertezuela. El humo de los tubos de escape asfixiaba; el Grande enciende un cigarrillo y le tiende otro a Piao.

—Oiga, jefe, ¿por qué es siempre mi coche el que mean los perros?

El inspector jefe accionó la palanca del cambio. El coche traqueteó en punto muerto.

—¿Y por qué no? —dijo entre humo de China Brand, mientras se alejaban por la calle, atravesando el intenso tráfico en Haifang Lu.

* * *

La noche los envolvió... el parabrisas adornado con los colores de la medianoche. En las arrugas de la cara de Wu, señales de las luces amarillas de la calle. Yaobang en la parte de atrás, examinándose la corbata con las pulsaciones de las farolas. Manchas del desayuno. Comida. Manchas de la cena. Piao conduce, siguiendo siempre el plan trazado. Sabiendo siempre que Wu no hablaría, pero de todos modos disparando las preguntas. Sabiendo siempre que el anciano necesitaría un incentivo. Ahora se dirigen al sur y luego al este. Ideas peligrosas. Juegos peligrosos. Ese incentivo se acerca.

—Aquella noche en la orilla, hubo algo que usted reconoció.

Atraviesa el Wusongjiang, con señales de las luces de los reflejos del puente. Arrugas cosidas en mercurio.

—El peligroso es usted, Piao. Ya lo dije aquella noche, ¿no? Un granuja. Y ahora lléveme de vuelta, me echarán en falta. Vendrán a buscarme. Vendrán a buscarle a usted.

—Todavía no vendrán, doctor. Sean quienes sean los que vengan, sólo llaman al *zhau-dai-suo* cada dos días. Nosotros también tenemos ojos...

Luces largas, alanceando las sombras.

—... cuarenta y ocho horas, doctor, y yo sólo le necesitaré cuarenta y ocho minutos.

En la parte de atrás, el Grande se aprieta los dedos y los nudillos le restallan.

—Y yo sólo necesitaré cuarenta y ocho segundos.

Desde Hongkou, furtivamente hasta Yangpu. Las refinerías del sur del

astillero Zhonghua soltaban sus gases. Por la abertura de la ventanilla, un olor a su calor en el aire. El cielo, chamuscado con un matiz intenso a cobre.

—¿Fue la identidad de alguno de los cuerpos lo que reconoció usted, o lo que les habían hecho?

Una sonrisa. Una tos nerviosa del anciano.

—¿Qué me decía usted aquella noche al negarse a reconocerlos, señor jefe de la policía científica?

—Lárguese, Piao, mientras todavía tenga piernas para huir. También le dije eso. Lárguese. Todavía no es demasiado tarde.

Por encima de las estructuras de acero, negro que se extiende sobre negro... brazos que alcanzan las dos orillas del Huangpu en un supuesto estrechamiento de manos de vigas, remaches y cemento. El nuevo puente de Yangpu, sin terminar. Entre la ancha abertura donde los espacios vados carecen de arcos y abrazaderas, un escupitajo de frías estrellas marfil. Piao entró en la autovía, recién construida, recién inaugurada. La carretera sin terminar que iba a cruzar el puente doblaba y se perdía a la izquierda. Un rompecabezas de barreras, conos, maquinaria pesada, casetas para los trabajadores, oficinas prefabricadas, depósitos de material cercados.

—El nombre de Haven ¿le suena?... Doctor Charles Haven.

—No, es demasiado tarde, inspector jefe. Déjelo, váyase a casa, acuéstese y meta la cabeza debajo de las sábanas.

Veloz, hace girar el volante, tomando la ancha curva hacia la carretera sin terminar. El puente más cerca. Las estrellas más cerca.

—Sin embargo, es demasiado tarde, doctor.

Los ojos de Wu en los haces de los focos... pánico de un tono sepia. Agarra fuerte el volante cuando la carretera sin terminar se dirigía a la superficie de cemento del puente. Una pista iluminada por arcos voltaicos, surge un bosque de conos. Más allá, destacada por los faros como suturas blancas que agujerean arriba y abajo la carne cruda, una barrera doble señala el punto donde acero y cemento se convertían en aire gélido y una profunda caída hacia la estela negra invisible del Huangpu.

—¿Está usted loco, Piao? El puente todavía no está terminado. No puede pasar por encima de él.

El acelerador pisado a fondo. Acero que grita. El parapeto de la pista se

pasa con un ruido sordo de luces grises atravesadas por un gris oscuro. El anciano tira de la cadena de las esposas, el miedo surge entre el endeble material de sus palabras pronunciadas con calma.

—¿Qué está haciendo, Piao? Nos matará, ¿es que no se da cuenta? Nos matará a todos.

El inspector jefe se fija en la mirada de Wu; la de un conejo en el centro de la carretera el instante anterior a que lo aplaste la rueda. Y el anciano se fija en la mirada clavada en lo profundo de los ojos de Piao. Le deja helado el corazón. La voz del médico, un chillido por encima del rugir del motor.

—Deténgase... por favor, por favor. ¿Qué quiere de mí?

Las luces de la ciudad corrían entre los tirantes del parapeto. Frías, muy frías.

—Quiero que hable. Que me cuente lo que sabe. —Wu, un ojo en los secretos. Un ojo en las verdades. Ahora grita.

—Son poderosos, demasiado poderosos para usted. No puedo hablar. Soy un hombre de principios. Lo que han hecho ha ido demasiado lejos. No estoy de acuerdo con ello, pero no puedo hablar.

—Eso ya lo he oído antes. Cuénteme algo nuevo, abuelo.

—Hablar significaría la muerte para mí. Y su muerte.

Barreras dobles que señalan el borde de la separación, una cuchillada en la noche... domina el horizonte. Corta en dirección a ellos.

—A veces tengo la sensación de que ya estoy muerto, ¿sabe, doctor?

Piao dio un viraje con el volante, bordeando la primera barrera con el coche. Manchas, la noche cortada por largos cuchillos. Goma torturada. Una ciudad a lo lejos. Otro viraje, un patinazo... violentos fragmentos de la cara de Wu, brillando de sudor. La segunda barrera se alargaba en blancos y sobresalientes, luminosos rojos. Frenos pisados a fondo. Faros que sólo encuentran la noche, cuando se detuvieron. El motor detenido. Un silencio que presionaba los oídos con una firmeza fría y segura; sólo rota por la respiración rítmica de entre los dientes del anciano. Se busca en el bolsillo, lanza las llaves de las esposas al regazo del Grande. Yaobang se estira, quitándose las arrugas del uniforme. Hace funcionar los dedos. Encuentra la cerradura de las esposas con dedos temblorosos. Empuja a Wu fuera del coche, al puente. Éste estaba frío. Alientos salen de los labios. En un instante, el sudor seco. El

médico se ajusta la corbata.

—Una sabia decisión, inspector jefe. Por lo menos, una sabia decisión por su parte. No habría conseguido nada con esa locura.

—Tráele.

Piao ya rodea la parte delantera del coche. Su sombra cayó sobre la irregular abertura y en la oscuridad. El Grande tira de la cadena. Wu se tambalea detrás de él. Encofrados con acero oxidado metido en cemento, vigas que sobresalen. El borde de la abertura, su propio labio... a cinco metros de distancia. Saben que el río está debajo, pero no pueden verlo. Como si no existiera. Sólo un agujero. Profundo. Negro.

—Por las piernas.

Yaobang tira del médico hacia él y le quita las esposas. Lo levanta. Lo sujeta. Lo acuna. Muy ligero... sólo un saco de huesos. Y con eso, el recuerdo de su propio abuelo. Llevándole de la cama al retrete. De la cama al retrete. El cáncer lo tiene bien agarrado. Lo destruye. Lo destroza. Muy ligero... sólo un saco de huesos.

El borde de la abertura. Agarra una de las piernas del médico cada uno. Piao, Yaobang, de rodillas; la frialdad del cemento les sube por los muslos. Una débil resistencia cuando lo sujetaron por los tobillos por encima del borde de la abertura. Su cuerpo, con un violento balanceo. Camisa, chaleco se le suben por encima del estómago, el pecho. Detrás de la cabeza, aletea la chaqueta. Monedas sueltas caen en la oscuridad.

—Aquella noche en la orilla, ¿qué reconoció, sus identidades o lo que les habían hecho?

Nada. Sólo un largo y fino hilo de saliva saliéndole de los labios, destacando sobre el fondo de la ciudad... un collar de luces vivas.

—Hable, o le dejaré caer, doctor.

Wu se esfuerza por levantar la cabeza. Ojos clavados en los de Piao. Encuentra las palabras. La brisa, tan afilada como una astilla, se lleva algunas de ellas.

—Usted... un loco peligroso, inspector jefe. Soy viejo... no me deje caer. No se atrevería usted... le ejecutarían... estaría acabado. Deténgase. Piense. Yo soy... el jefe de los... médicos... de la ciudad.

La cabeza le cayó agotada, con un chasquido. Las luces de Padong inciden

violentamente, rayan como un código de barras.

—Hable. Dígame lo que sabe.

Un sonido. ¿Una risa? ¿Humor incluso en esto, o la válvula de escape del horror?

—No diré nada. No sea... estúpido, inspector jefe... súbame... inmediatamente.

El mundo sufre una violenta sacudida. Un semialarido, ahogado, arrebatado por el viento. Piao suelta la pierna del médico y se estira. Un gruñido por el esfuerzo cuando Yaobang sujetó todo el peso del anciano.

—¿Jefe?

Pero el inspector jefe lo ignora. Se limita a mirar a Wu, allí abajo. Una marioneta ante el telón de fondo de la nada, casi todas las cuerdas cortadas. Una mancha se extiende lentamente por la entrepierna del médico. Cada vez más oscura. Más oscura. Baja y alcanza la cinturilla del pantalón. La orina fluye por el tirante estómago. El pecho. Cae de la barbilla, las mejillas, la punta de la nariz, la frente... como una ducha. Destaca contra el paisaje de la ciudad como una lluvia de joyas. Profundas bocanadas de la respiración. Pero ninguna palabra. Piao se arrodilló, manos en las manos del Grande. Lenta, cuidadosa, enérgicamente, va soltando los largos dedos, uno por uno, del tobillo del médico.

—Joder, jefe, ¿qué está haciendo? No podemos, es el jefe de reconocimientos médicos de la ciudad, joder.

El Grande casi no lo puede agarrar, se le escapa. Dentro de la cabeza, ya percibe la caída del maniquí. La zambullida... ya no lo ve, pierde aquella forma en una oscuridad cada vez más negra.

—No, jefe. No.

Debajo, desde el anciano, toses, lamentos, fragmentos de palabras. Labios bañados en una mezcla de orina, sudor, lágrimas, baba.

—Hablaré... hablaré... se lo contaré.

Unos segundos de silencio antes de que hable Piao. Reconoce las palabras, pero no su propia voz.

—¿Entonces me lo dirá?

—Mañana... le veré, mañana. Venga... solo. Todo... lo sé todo. Dios le ayude.

Unos segundos de silencio antes de que Piao hable otra vez. Reconocía sus palabras, y esta vez también la voz.

—Súbelo.

Llevan al médico de vuelta al coche, el anciano se pasa un puño por la cara.

—Lo que me hizo no era n... necesario, inspector jefe. Soy un hombre de principios. Soy un hom... hombre de p... principios éticos.

En el delantero de su camisa, una mancha de vómito. Los pantalones meados. Pero las palabras firmes como rocas. Los ojos, tranquilos.

—... lo que me hizo estuvo m... mal. Debería haber recurrido usted a esas cualidades mías. Sólo necesito que me c... convenzan de que puedo hablar de esas cosas que he llegado a odiar y a pesar de todo seguir vivo. También t... tengo una familia...

Su respiración se volvió incluso más entrecortada.

—... hay muchas maneras de convencer, inspector jefe. Muchas m... maneras. Muchas maneras de pedir las cosas.

El anciano se sienta con cuidado en el coche. El inspector jefe le echa una manta sobre los hombros.

—Han muerto ocho personas, doctor Wu. No tengo tiempo para convencer a nadie. Quiero un testigo, información. No quiero conquistar a una mujer. Ya he tenido una.

Con las palabras, Piao repentinamente se dio cuenta de que la noche sólo olía a cosas duras. Cosas que no podría someter. Cemento. Acero. Un río que no se podía ver. Sólo cosas duras... y ahora él estaba en el medio. Yaobang volvió a poner las esposas en las muñecas del médico, sujetándole a la parte interior de la portezuela. Le enciende un cigarrillo. Se vuelve hacia Piao. Fuego y preguntas en los ojos del Grande. Y con un susurro, tan abrasivo como una lima:

—¿Qué coño fue todo eso? ¿Le quería matar?

El inspector jefe anduvo hasta el borde de la abertura. Palabras, preguntas... encalladas. Debajo, el río, perdido en la oscuridad. Los dedos de sus pies en el borde, balanceándose sobre sus talones. Muy fácil morir. En aquel momento, muy fácil morir. La cabeza llena del entumecimiento que se deposita en ella cuando se ha exorcizado el horror. Cuando el suicidio resulta

tan fácil, un pequeño paso. Demasiado fácil. Insignificante.

—Mañana —susurró a la noche, al río, antes de darse la vuelta y volver al coche.

—Bien, doctor, parece que esta noche va a ser un invitado mío. Espero que le guste el pollo.

Wu tosió educadamente.

—Entonces debería decirle que soy vegetariano, inspector jefe.

Una sonrisa en la cara de Piao cuando conducía puente abajo y llegaba a la carretera sin terminar. Y a la noche.

—Ya pensé que lo sería, jodido abuelo.

Capítulo 35

El Año Nuevo.

Se pagan las deudas. Paz con aquellos con los que uno mantiene relaciones tensas o las ha roto. El afecto y una vida nueva llenan tu hogar.

En el medio de la habitación principal, una mesa... ahora un altar. Una cabeza de cerdo, un pollo, un pez y una tarta de Año Nuevo encima de él. En las avenidas desfilan niños con ropa nueva; colores vivos, rojo, azul, verde, pero fundamentalmente rojo. Guantes, gorros, bufandas, cosas pequeñas que proporcionan tanto placer.

El día de Año Nuevo, y todo es dulce. El té debe estar azucarado. Se toman lichis y ojo de dragón. Además del fruto de las semillas del loto, caquis, pomelos, jengibre cristalizado. Y pasteles de hojaldre, como el *niangao*, el tradicional «pastel que sube más alto cada año». En las calles, colgados sobre la calzada, están pegados personajes alegres. La promesa de dulzura y una nueva vida que llene tu casa.

¿Y en el corazón de los funcionarios importantes y los *dahu*, de los nuevos ricos... de los estafadores, los timadores, los traficantes? Negocios, como de costumbre.

* * *

Llegaron en el mismo momento que dos ambulancias sin rótulo. Ventanillas de cristales tintados. Se detienen en la parte de atrás, la zona de servicios del hospital Número 1, con sus montacargas y cubos de basura rebosantes.

—No diga nada —siseó Wu, cuando se deslizó una puerta y se montaron dentro. Se alejan rápidamente. Faros que resbalan sobre Suzhou Beilu. En la

parte de atrás de la ambulancia, otras caras pálidas. Ninguna conversación. No se fuma. La atención retenida.

El Año Nuevo. Comer, bailar, música, manos que agarran las de otras personas. Botellas de vino, botellas de cerveza. Caras que pasan en largas cadenas enredadas. Nadie vuelve la vista. Era como si él y la ambulancia no existieran. Puede que no existieran. Durante el resto del trayecto se contempló los dedos, las palmas de la mano... la confusión del mapa de carreteras de las líneas, ninguna de las cuales llevaba a parte alguna...

* * *

Rodearon el muro exterior de la Cárcel Municipal y entraron por la puerta sur. A su cegador resplandor blanco, formas difusas de ceniza metamorfoseándose en un grupo de vigilantes y funcionarios de prisiones los reciben. Piao se mantuvo cerca del médico, por un laberinto de pasillos; paredes de ladrillo visto y suelos de cemento. Una hilera de bombillas descoloridas interrumpía la oscuridad... y el sonido de los pasos. La sala de desinfección estaba en el nuevo bloque, que todavía huele a pintura aplicada a toda prisa, con gotas secas a media pared. Dos hileras de taquillas verde oliva recorren el centro de la sala. El personal del hospital avanza hacia ellas, quitándose las chaquetas. Abrir las taquillas es una cacofonía de acero chocando contra acero. Wu tiró de la chaqueta del inspector jefe, la comisura de sus labios retorcida en un susurro.

—Vamos, haga lo que haga yo.

Una bata, un gorro, blancos y almidonados. Piao los saca de la taquilla, quitándose la chaqueta y poniéndoselos; oculta su cartuchera con la puerta de la taquilla. Se siente fuera de lugar. Se siente estúpido... como un niño que aborrece cambiarse de ropa. Se vuelve y ve las formas vestidas de verde que se abren paso entre las hojas de goma de la puerta hacia la habitación de al lado. El inspector jefe las siguió, Wu en la hilera de lavabos, quemándose las manos con una cascada de agua. El vapor le empaña los cristales de las gafas.

—Lávese las manos, haga exactamente lo que yo haga.

Piao se fijó y le siguió, mojando manos y antebrazos en el tremendo diluvio. Aprieta el distribuidor de jabón con el codo... agarrando el

resbaladizo jabón rojo con las palmas de las manos. Hace espuma. Las enjuaga. Manos secas bajo el secador de aire. Ayuda al médico a ponerse unos guantes de operar; Wu a su vez le ayuda luego a él. La última forma cruza las puertas de goma. Un chasquido cuando se abren y se cierran con un remolino de aire medicinal.

—Los demás van de verde y nosotros de blanco.

Wu se colocó la punta de un guante en su sitio y agarró el instrumental estéril.

—Muy astuto, inspector jefe. También se dará cuenta, sin duda, de que nosotros pasaremos por una puerta distinta de la que usaron los demás. Ahora siga cerca, haga lo que yo o no podremos... ¿cómo lo llama usted?

—¿Volver a meterle la mierda en el culo al caballo, doctor?

El anciano abrió la puerta del extremo de la sala de desinfección y anduvo por el corto pasillo vivo con sombras hechas con cincel.

—Exactamente, inspector jefe. Exactamente.

* * *

En cada ventana de cada celda, una cara. Manos agarradas a las rejas, negras. Puños, blancos. Los ojos de Piao recorrieron el bloque de seis pisos, los largos tramos de piedra, cuadrada y con esquinas marcadas, que forman tres lados del vasto complejo interior. Una cara, puños, en cada ventana. Parpadea cuando la luz de los focos incide en sus ojos; recorre los haces blanco azulados hasta los dos charcos de luz intensa que convertían la medianoche en mediodía. En una zona, el helipuerto... un gordo moscardón negro, un helicóptero Zhishengji-9A «Delfín» con el escudo de las Fuerzas Aéreas en el centro. Y luego, en la segunda zona determinada con precisión por la luz, un grupo de personas alrededor de un estrado... los funcionarios de prisiones, los empleados, los vigilantes. Papeles en las manos de altos cargos. Serrín, tan marrón como la mierda, encima de las brillantes punteras de sus zapatos. Se enciende un cigarrillo, risas sonoras y discordantes de la tripulación del Zhishengji... y entre su discordancia, un susurro de Piao.

—¿Qué es esto? ¿Qué pasa?

Wu siguió quieto, anclado a la penumbra.

—Espere. Ya verá. Los inspectores son buenos en estas cosas, ¿sí?

El doctor estaba disfrutando con el poder. Piao se le unió en las sombras, la repentina sensación de la pistolera que llevaba sujeta al hombro y el acero de la pistola que dormitaba dentro. Sí, podía esperar. Ver. Era un inspector, era bueno en esas cosas.

Había empezado a caer una fina llovizna. Fina, pero exigente, que empapa todas las partes de piel no tapadas. Las lunas crecientes entre puños y guantes. El cuello y el comienzo del pelo. El director de la cárcel ladró una orden; no está dispuesto a empaparse. Y entonces todo se activa. Cuatro guardias seguidos de cerca por otros dos que empuñan fusiles empujan a un preso tras otro desde la oscuridad, a través de la sombra y el cegador arco voltaico. Los presos parecían aletargados, sedados. Arrastran los pies. Cuatro rastros de dedos de pies en el serrín. Los prisioneros se pusieron firmes cuando el director leyó sus delitos. Las condenas. La orden. Los presos obligados a ponerse de rodillas. Los guardias avanzan. El fusil de uno apretado firmemente en la espalda de un preso... el fusil de otro contra la nuca del segundo preso. Un disparo. Otro. Mazazos de decibelios apagados que resuenan entre los bloques de confinamiento. Dos lenguas de humo que se dispersan hacia el cielo en una voluta perezosa desde los extremos de los cañones de los fusiles. Piao cerró los ojos, el color detrás de ellos, castaño... atravesado por dos estacas plateadas. Cuando los volvió a abrir, los cuerpos caídos hacia delante. Los guardias les dan la vuelta, dejándolos boca arriba. La sangre bombea desde debajo de ellos por el serrín en un torrente, amenazando con convertir la mezcla en un espeso lago negro. Wu avanzó hasta el arco voltaico. Las arrugas de bolsa apretada de su cara, de un blanco descolorido. Parecía veinte años más joven; el inspector jefe casi podía imaginar a un hombre en la flor de la vida. Un marido, un padre, un amante... no sólo un anciano reseco.

—Venga, inspector jefe. La muerte nos reclama.

El director y los funcionarios de prisiones ya caminan rápidamente a cubierto. Por primera vez, Piao nota el olor que tiene la lluvia, no diferente del de las lágrimas... a cordita. Y también el olor a sangre caliente en el serrín. Avanza hacia la luz, los ojos parpadeando. Sigue al anciano.

—Venga, doctor. La muerte nos reclama.

—No hable, límitese a hacer lo que yo hago.

Piao se arrodilla en el serrín. Sangre por todas partes. Le empapa la bata, los pantalones, hasta las rodillas. Ya se imagina las manchas color fresa que tendría que quitarse de la propia piel. Observa cada movimiento que hace Wu. Observa el instrumental que había agarrado y blandía. Un estetoscopio. Una pequeña linterna. Imita sus actos a la caza de algún signo de vida. Una pulsación. Una pupila dilatada. Pero no se manifiesta nada que demuestre que la vida no ha escapado desde el instante en que los fusiles han disparado su carga. Observa que Wu saca una larga aguja del envoltorio estéril. Ninguna duda... la hunde profundamente en la sien del preso. Piao nota la presión de una garra en el cráneo. A disgusto, extrae una aguja del paquete. Su acero en el arco voltaico, tan brillante como cristal. Dudas.

—Haga todo lo que yo haga.

Dudas. Los ojos de Wu, nerviosos. Una ojeada sin girar el cuerpo a los guardias que miran. Un ardiente susurro.

—Hágalo. Hágalo.

—Hágalo usted mismo, doctor. La muerte le reclama.

Los guardias se adelantan. Wu, incómodo, cambia de posición sus rodillas artríticas... susurra.

—Por el amor de Dios, hágalo. Sólo es una aguja. Él no lo notará, está muerto. Hágalo o le pasará lo mismo que a él.

Dudas, y luego el inspector jefe empuja la aguja. Al principio la piel tersa, que se resiste, se abulta... y luego da paso a una sola gruesa uva de sangre. Bilis al fondo de la garganta de Piao. Con la linterna, ilumina los ojos del preso. Nada. El color, pardo amarillento, decae... arena entre los dedos.

—Está muerto.

El inspector jefe capta el reflejo de sus propios ojos en el cristal de las gafas del anciano.

—Claro que está muerto. Le han volado la parte delantera de la cabeza.

Wu cerró su maletín, haciendo un gesto de asentimiento a los guardias. Las manos de éstos tiran de los cuerpos por el recinto. Un delgado rastro de hilos de sangre conduce de vuelta al nuevo bloque.

* * *

Piel en el acero. Acero en la piel.

No perdieron el tiempo. Dos grupos, vestidos de verde, se destacaron de los ocupantes de ojos inexpresivos de la ambulancia, ahora profesionales consumados. QUITAN la ropa a los cuerpos cortándola. Los lavan. Aplican un baño de antiséptico yodo amarillo desde el esternón hasta el pubis. Desde la frente hasta la mejilla. Un grupo se ocupa de los ojos de uno de los presos. Ganchos para los músculos. Tijeras curvas para extirpar. Las hojas de acero insertadas en las paredes laterales de las órbitas. El duro nervio óptico como de goma entre sus filos como hojas de afeitar... cortan cerca del vértice de la órbita. Los globos, los ojos extraídos. Metidos en recipientes estériles, en un medio para conservación de tejidos McCarey-Kaufman. Se evita la extensión masiva de las células endoteliales muertas. Los recipientes estériles cerrados herméticamente y preparados para el transporte. El segundo grupo se ocupa de lo que queda del cuerpo; un bisturí hace una incisión desde el apéndice xifoides hasta el pubis. Un corte cruciforme abdominal, profundo, justo por encima del ombligo, permite la exposición máxima. Pinzas aplicadas a cada borde de la incisión abdominal pliegan los cortes de los lados del torso, piel contra piel. Trabajan deprisa... controladamente pero deprisa. La porción C del duodeno diseccionada por el método de Kocher. Finalmente los dos riñones extraídos a la vez. Un cilindro de la vena cava inferior, unión de las uretras de quince centímetros incluida. Los riñones separados, guardados... metidos en unidades de conservación en frío.

Finalizadas las tareas, como si ellos fueran el cemento entre los ladrillos... el grupo se separa y regresa a la sala de desinfección. Abren las taquillas. Se quitan las batas. Algunos vuelven a salir del recinto en una procesión que sigue a los contenedores de los órganos. El Zhishengji zumba adquiriendo vida. Los rotores giran entre el aire y el arco voltaico. Viento, polvo y trueno... se alza del recinto iluminado por focos. Viento, polvo, trueno... se calman. Perdidos en la noche, la oscuridad se cierra alrededor como un puño apretado. Se mueven hacia el norte, sobre la ciudad. No queda nada de lo que ha pasado excepto las verdes luces de cola, unos testigos que desaparecen por segundos.

* * *

La sala de operaciones estaba vacía, sólo Piao, sólo Wu. Y en las mesas, agujereados y abandonados... dos cuerpos blancos. El inspector jefe se fija por primera vez en su cara. Jóvenes, de veintipocos años. Demasiado jóvenes para las arrugas de la edad. Para el pelo gris. Durante un instante, sólo un instante, el investigador jefe cierra los ojos. Fotogramas en blanco y negro, soldados a la luz blanco azulada de la lámpara incandescente, llenan su visión interior. Ocho caras de barro. Ocho cuerpos de barro. Carne desgarrada, agujereada, ojos sin ojos... cuando se lavó la mierda cuarteada de barro. Piao abrió los ojos, la brisa del aire acondicionado en los dientes con un sabor nauseabundo a yodo, gluconato de clorhexidina, y combustible quemado de helicóptero.

—Eso es lo que les pasó a los ocho que encontramos en el Huangpu, ¿verdad?

Wu se quita lentamente sus guantes de operar.

—Les robaron los órganos y usted lo sabía, ¿verdad, doctor?

Alza la cabeza, los cristales de sus gafas resplandecen blancos con las luces de la sala de operaciones.

—«Cosechados.» Lo llamamos «cosechar» los órganos.

—¿«Cosechar»? No, doctor. Cosechar se hace con el trigo, los días de verano y trabajando juntos en los campos mientras se trata de ver algo por debajo del peto del mono de la chica. Eso es cosechar...

Piao señaló los cuerpos con la mano.

—... eso no es cosechar. Eso es asesinar. Eso es violar.

Wu se quitó el gorro, las gafas, limpiándoselas con él. No dice nada. El inspector jefe arrebató las gafas de las manos de Wu, llevándoselas a los ojos. Un mundo de colores borrosos. Y los cuerpos, fundidos en gotas rosas. Los toques carmesí impresos por los bisturís difusos, borrosos. Piao quitó una mancha de uno de los cristales con un pellizco del delantero de su camisa y le devolvió las gafas al anciano; ahora su voz baja, tranquila, pero con un matiz asesino.

—Dígame qué coño sabe sobre esa cosecha o terminaré con nuestra visita turística por el puente Yangpu.

Wu se apoyó en el acero inoxidable de la mesa de operaciones, rozando con los puños la piel muerta. El cuerpo agujereado, diseccionado... reducido a

producto sobrante, algo que está de más.

Tuvieron padres al nacer. Son hijos de unos padres.

—Personas como usted.

El anciano apartó los ojos de Piao, volviendo a ponerse las gafas.

—¿Personas como yo, qué, doctor?

—Personas como usted pagadas de sí mismas. Usted es joven, tiene buena salud. No se ocupa nada de los que no la tienen. ¿Imagina siquiera lo que se debe sufrir porque fallan los riñones... que le digan a uno que se vaya a casa, espere a que le llamen por teléfono para decirle que han encontrado un riñón para hacerle un trasplante? Y sabiendo todo el tiempo que esa llamada nunca se producirá. O porque su visión degenera hasta volverse lentamente borrosa, hasta quedar ciego. Sabiendo que con el trasplante de una córnea volverás a ver a tu mujer una vez más. Las caras de tus nietos...

El anciano señaló con una mano furiosa el cadáver.

—... de eso se trata. De proporcionar vida. Proporcionar esperanza.

—No, doctor. No se trata de proporcionar vida. Se trata de quitarla. No de proporcionar esperanza...

Se acercó más a Wu, de modo que el anciano no pudiera dejar de apreciar su mirada.

—... coño, mírelos y dígame que se trata de la vida, que se trata de la esperanza.

Wu apartó la vista.

—¿Y qué deberíamos hacer, desperdiciar esos órganos, incinerarlos? ¿Es lo que usted quiere? Sea sensato, sea realista. Ejecutamos a más de diez mil presos al año, sus cuerpos pertenecen al Estado, podemos hacer con ellos lo que queramos. Y lo que queremos es usarlos de un modo responsable; así de lo malo puede surgir algo bueno. Le pregunto, inspector jefe, ¿es poco razonable que elijamos de tantas muertes necesarias las que puedan dar vida?

—Dígame cómo funciona. Dígame cómo podemos dar vida a otros a partir de la muerte.

Los ojos de Piao en la cara pálida del preso, casi incapaz de admitir que era la del hombre que había visto arrastrar desde el bloque de confinamiento y liquidar de un tiro delante de él. Una cara sin ojos. Su humanidad desaparecida con la pérdida. Casi incapaz de aceptar que aquella cara pudo

haber sido amada, besada.

—No entiendo qué está pidiendo, inspector jefe.

Se acerca todavía más. Tan cerca que el médico podría robarle el aliento; olería a odio contenido y encadenado. Tendría una tristeza a la que las palabras nunca podrían dar color.

—Quiero detalles. Todo lo que sepa usted sobre este asunto. Quiero saber. No su punto de vista. No una conferencia sobre la ética del asunto. Detalles. Sólo detalles.

Wu se quitó las gafas, jugueteando con ellas nervioso. Detalles... hay dolor en los detalles. El barniz aplicado a las tablas desnudas de la verdad.

—Debe darse cuenta de que lo que le voy a contar es un secreto de Estado. Es algo que en este país sólo saben unas pocas personas. Es algo que no se sabe fuera de nuestro país. Los comités éticos del exterior de la República Popular no entenderían. No serían capaces de disociar un proceso de postejecución del proceso de ejecución mismo. En nuestro país la situación es distinta.

—¿En qué es distinta?

El anciano pasó el dedo por el borde de la mesa de operaciones de acero inoxidable.

—A los presos que se va a ejecutar no se les pide su permiso para donar los órganos, tampoco a sus parientes. A las familias de los presos se las mantiene en arresto domiciliario hasta que ha terminado la ejecución, hasta que se les permite ir a recoger las cenizas. No se les dirá que les han quitado los órganos. En los raros casos en que se pide permiso a los parientes, si no lo dan se les amenaza con elevadas facturas por la alimentación del preso y el precio de la bala que se utilizará en la ejecución, y con otros gastos...

El anciano hizo una pausa antes de continuar, esperando la lengua afilada de Piao. Éste no dijo nada.

—... una vez que han fusilado a un preso, desde un punto de vista legal ya no es un ser humano. Sólo es un objeto propiedad del Estado. Las autoridades tendrán que saber a qué grupo sanguíneo pertenece. Ya habrán analizado que sus órganos son compatibles con quien los vaya a recibir.

—Pero no pueden planearlo por adelantado. La ejecución podría dañar los órganos. Las balas no obedecen órdenes.

La mirada de Piao se dirige al extremo de la mesa. Al cuerpo. El disparo había entrado por la nuca, saliendo por donde había estado la mejilla. Un cráter de tamaño espantoso. El ojo, la nariz, la mitad de la boca, dientes, mandíbula... consumidos por su hambre voraz. Un mordisco desigual, del color de las luces traseras de un coche que se desplaza por un túnel negro.

—Pero algunas de las balas obedecen las órdenes, inspector jefe.

Entender aquello supone un golpetazo en el plexo solar de Piao. Un puñetazo que le deja sin respiración. Casi no es capaz de pronunciar las palabras.

—A los presos se les pega un tiro de acuerdo con ciertas órdenes, ¿no? Si los médicos quieren sus ojos, los disparan en la espalda. Si quieren sus riñones, los disparan en la cabeza.

Wu se movió por la habitación.

—La demanda de órganos es extraordinaria. En la actualidad en el país hay más de dos mil centros provinciales con cárceles que lleven a cabo ejecuciones. Y todos esos órganos pueden ser utilizados, pero para hacer eso hay que organizarse, ser profesional. Es necesario que lo planeemos de antemano.

—¿De modo que está planeado de antemano?

—No lo está entendiendo usted, inspector jefe. Si usted necesita un riñón, podemos conseguirle uno a las cuatro horas, «cosechado» según sus características médicas. Un preso fusilado a las 11 de la mañana... usted recibirá su riñón a las 2 de la tarde. En cualquier otro país del mundo usted tendría que esperar días, semanas, meses, puede que incluso años. En la mayoría de los países la espera puede ser demasiado larga y usted moriría.

El anciano se limpió las gafas una vez más; no necesitaban que se las limpiase.

—Tenemos a personas enfermas que acuden a nosotros de todo el mundo. Vienen a China. Vienen de Europa, América, Asia. Por sólo un riñón pagarán más de cien mil dólares en metálico. Imagínelo, Piao, eso supone la mejora de nuestros hospitales. Eso proporciona muchos, muchísimos millones de dólares a nuestra economía de personas que simplemente morirían en sus propios países.

Intentó sonreír; el resultado, patético.

—A los ocho que sacamos del río, usted los reconoció, ¿verdad, doctor?

—Reconocí lo que les habían hecho. Reconocí que habían tratado de disimularlo, mutilándolos.

—Usted los reconoció, ¿verdad?

—Sólo reconocí a cuatro de ellos.

—¿A qué cuatro?

Ninguna respuesta. Se coloca cuidadosamente las gafas en el puente de la nariz.

—Entonces se lo diré yo, doctor. Usted reconoció a los cuatro chinos que habían sido ejecutados en Gongdelin: Yongshe, Feng, Decai, Ziyang.

—Sí, los conocía. Fui yo el que certifiqué su muerte después de su ejecución en el Bosque de la Virtud. La última vez que los había visto fue cuando los cargaban en un camión para la incineración.

—¿No los usaron para el trasplante de órganos?

—No. Con ellos no se podía llevar a cabo la cosecha.

El ruido de las aspas del rotor golpeando el aire invadió la sala desde el patio; un eco que zumba en las mesas de operaciones de acero inoxidable y el cristal de las puertas de los armarios con instrumental.

—Una cosecha frustrada, ¿no, doctor? Tiene que haber dolido renunciar a los centenares de miles de dólares que habrían proporcionado sus órganos a nuestra necesitada economía.

—Hubo ciertos problemas. Selección. Tejidos compatibles. Nuestro control de calidad ha tenido que mejorar desde que a muchos de nuestros presos se los ejecuta por consumo de drogas y pueden ser portadores de hepatitis u otras enfermedades víricas.

«Control de calidad», aquello sonaba a informe de economista. Estaban hablando de quienes tuvieron padres al nacer, de hijos de unos padres. Y sin embargo, Piao sólo podía pensar en fábricas, coches, neveras... bicicletas.

—¿Y qué dijo su control de calidad sobre aquellos cuatro?

—Habían consumido de drogas.

—¿Y?

—Hepatitis...

Wu se interrumpió momentáneamente, sopesando las palabras antes de que salieran de sus labios.

—... uno tenía sida.

El inspector jefe silbó. Prolongadamente, por lo bajo...

—Pero, doctor, el sida no existe en la República Popular China. Es una enfermedad del sistema capitalista.

—Acierta usted, oficialmente, inspector jefe.

—¿Y extraoficialmente?

—Extraoficialmente, al sida no le importan los sistemas políticos. No se detiene en los puestos de control. Se ha convertido en un problema «difícil».

—¿Difícil? Una descripción interesante del sida doctor Wu. Pero no es el único problema «difícil», ¿verdad?

Piao se dirigió a la puerta, la abrió... Un ruido atronador, desenfrenado, que se les echa encima. Apagan las principales luces de la sala de operaciones; los grandes reflectores bajaron del blanco al amarillo, al naranja, al negro. Atrapado por la oscuridad, Wu sigue al inspector jefe al pasillo.

—Cuatro personas de cuya ejecución fue testigo usted, doctor, y las mandó a incinerar. Con los órganos demasiado enfermos para ser usados en trasplantes. Y luego se encuentran a orillas del Huangpu, con los órganos robados. Cuerpos mutilados para ocultar lo que les habían hecho. No servían para donantes. Mercancía inutilizada.

Estaban de nuevo en el recinto, pero Piao estaba pensando en un mercado callejero, en cualquiera de los centenares de mercados callejeros. Fruta pasada. Verduras chafadas. Un follón de voces agudas. Un niño otra vez, de la mano de su madre. Del bolso de ella, que cuenta las monedas de fen para lo de los cubos de la basura abollados elegidos de una serie de cubos grandes. Cubos de la basura estropeados, cubos de la basura abollados... Siempre hay alguien que quiera comprar. Ofertas a precio rebajado. No se hacían preguntas.

Los labios de Piao, protegidos por sus manos, se acercan a la oreja del anciano.

—Tienen un mercado negro, doctor. Personas que roban los órganos que roban ustedes. Personas a las que les importa un pijo lo del control de calidad. Personas que se llevan órganos que no se deberían llevar. Pero había otros cuatro que estaban muertos en la orilla aquella noche, doctor, a los que también les robaron los órganos. Tres eran extranjeros, ¿se acuerda? Tres no

formaban parte de nuestro sistema judicial y no fueron ejecutados por el Estado. Usted también se dio cuenta de eso, doctor. Otro motivo por el que usted no quiso tener nada que ver con el caso, jefe de la policía científica, y no quiso ni siquiera tocarles.

—Yo no sé nada de eso, inspector jefe. Nada sobre mercados negros. Nada sobre lo que usted encontró a la orilla del río aquella noche. Sólo sé de nuestra política de Estado de ayudar a los que lo necesitan.

Otro Zhishengji se alzó lenta, perezosamente, como si le dieran miedo las alturas. Baña el recinto con unas luces azul verdosas, naranja rojizas.

—¿Qué pasa cuando hay reservas insuficientes, doctor, ejecutan a más presos para conseguir los órganos que faltan? ¿Aprueban leyes que condenan a muerte por delitos poco importantes? ¿O sólo matan a alguien que se cruce en su camino?

Wu señaló al Zhishengji cuanto éste se movía sobre el techo del lejano bloque de internamiento. El cielo nocturno recibe los colores que despedía y los apaga.

—Hay tres pacientes esperando en el hospital del Pueblo número 7, en Zhengzhou. Dos son altos mandos del Ejército, el otro un hombre de negocios de Hong Kong. Por la mañana recibirán sus órganos. Empezarán una nueva vida. Imagine, inspector jefe, cómo se sentirán. Imagine cómo se sentiría usted. Como un reloj de bolsillo nuevo colgando de una cadena de oro de la buena suerte.

Durante un instante, no se movió nada; ningún sonido, ningún color. El inspector jefe mira por los cristales de las gafas del anciano a la profundidad de sus ojos. El anciano creía de verdad en sus propias palabras.

—Sí, doctor Wu —susurró Piao—..., un reloj de bolsillo con una cadena de oro con un corazón roto colgando de cada eslabón.

* * *

Haces de luz de faros cortando la oscuridad. Un barrido al girar. Luces de marcha atrás blanqueando los ladrillos cuando la segunda ambulancia entró marcha atrás en el recinto interior, deteniéndose pegada a la puerta de dobles hojas abiertas. Una camilla cargada con cuidado en su interior; un capullo de

chromo y mantas blancas Aertex. Sólo visible la cara de un preso. Pálida. Un acerico de pelo muy corto. Intensamente sedado... su único movimiento, el girar de sus globos oculares en REM bajo los párpados. El médico se movió incómodo junto a Piao, a la espera de las preguntas como el trigo espera la hoz.

—¿Quién es? ¿Adónde vamos?

—Volvemos al hospital y entonces lo sabrá.

—¿Saber qué, doctor?

Wu se llevó una mano a la boca, tapándose los labios.

—No alce la voz, inspector jefe. Yo ya he hablado demasiado. No diré más. Nada más.

—Quiero que me diga algunas cosas, Wu. Nombres. Que lo diga en alto. Los nombres también.

—No. No.

Los ojos del anciano brillan detrás de sus gafas.

—Nada más. Yo no le debo a usted nada más.

La ambulancia salió por la puerta sur, a la calle. El Año Nuevo. Gente, luces, voces... Risas de bocas atiborradas de comida. Y con eso, el recuerdo de todos los años nuevos que había pasado con ella. Cada uno por separado. Cómo habían hecho el amor siempre aquella noche como si fuera un ritual, como si fuera la última vez. Y luego tomaban naranjas, viendo cómo el zumo goteaba por los pechos de ella. Naranjas. Como si fueran las últimas que tomaban.

Saborear el sabor... un día pasará.

* * *

El cuerpo preparado, anestesiado. Su torso mantenido bajo una dañina luz teatral albina cegadora. Mirar hacia abajo desde la tribuna. Una esfera de carne, blanca, sin rasgos. Su piel parece tan plana, tan dura y árida como un témpano de hielo.

Wu y el inspector jefe apretujados en la fila de atrás, clavados al fondo. Todos los demás asientos de la tribuna ocupados por jóvenes estudiantes de medicina. Algunos con cuadernos, plumas preparadas. Otros con libros de

texto abiertos encima de las rodillas. Debajo, las luces se amortiguaron. Personas con batas se mueven por el teatro según una coreografía de pasos y acciones medidos con precisión. Procedimientos ensayados. En la mesa de al lado del cuerpo, el instrumental dispuesto según un ballet impecable.

—¿Qué quieren del preso que trajimos aquí? ¿Qué quieren de él?

Ninguna respuesta. Sólo una tos del anciano. La medida respuesta, una persiana para mantener en su sitio el miedo, los secretos.

—¿Por qué él?

La tos de nuevo.

—Hable, joder. ¿Por qué él?

Un siseo de voces, ajo y jengibre en su aliento.

—Es joven. Está en forma. Ésas son las razones. Y está disponible. Su situación lo hace disponible.

Baja la vista, ojos ocultos, pero, en sus palabras, un evidente atisbo de vergüenza.

—... tampoco a mí me gusta, como he dicho, yo también tengo principios. Los principios no son sólo propiedad del departamento de Seguridad Pública, inspector jefe...

Señala al preso. Joven. En forma. Disponible.

—... estoy cooperando con usted sólo por ese motivo. Porque no estoy de acuerdo con lo que tenemos, no porque estuve colgado por los tobillos del puente. ¿Lo entiende?

Piao no consigue ocultar el sarcasmo de su tono. Y no quiere hacerlo.

—Lo entiendo. Usted es un hombre de principios. Ahora dígame qué está pasando aquí.

El doctor Wu se pone casi de pie para irse.

—Usted no me necesita, no ahora. Es demasiado peligroso. Demasiado estúpido. Le he traído a este lugar, ya es suficiente. Le he dado lo suficiente.

—Quédese.

La firme mano de Piao agarra el hombro del viejo, obligándole a sentarse de nuevo.

—Pero.

—Quédese. Quédese, joder, hombre de principios.

La mano del inspector jefe es una garra; su mirada, como una sujeción que

mantiene al anciano en su sitio. Debajo, el escenario. Nadie se mueve. Personal quirúrgico vestido de verde se mantiene en su puesto. Preparado. Esperando. La puerta de dos hojas del teatro se abrió con un estallido exuberante. Un chasquido de goma que choca contra goma. Luz amarilla que se filtra brevemente. Una figura alta totalmente vestida de blanco cruza el espacio. Un capuchón apretado en el que se sujeta un visor. La cara, una luna llena de reflejos cambiantes. Un paso confiado. Un instante, y domina la sensación de que aquel hombre era uno que podía conservar o deshacerse de una vida.

Sobre la mesa de operaciones, el cuerpo ahora cubierto con ajustados pliegues de una lona verde. Un rectángulo de carne vulnerable que corre del esternón a la parte baja del estómago, de pezón a pezón. Cuatro monitores de televisión de la tribuna adquieren vida. Las conversaciones entre el público de médicos y estudiantes que miran cesan. Un primer plano. Un bisturí recorre la piel con un deslizarse firme. Una sola gota de sangre sigue su paso. El corte se convierte en una línea vertical carmesí. Se convierte en un sendero. Un feo cauce muy abierto. Tras el cirujano, un ayudante, con un pequeño micrófono inalámbrico en la boca. Un comentario constante transmitido a la tribuna. Técnicas quirúrgicas, cortes, grapas, procedimientos médicos..., cada paso de los dedos del cirujano traducido en un torrente de palabras carentes de emoción. Los ojos de Piao se desplazan desde los monitores en blanco y negro y se centran en la rubicunda herida del torso apuñalado. Sangre en finas gotas en los guantes del cirujano. Un riñón y luego el segundo, sacados de la viscosa cavidad de la incisión. Cogidos con suavidad, como si fueran unos gatitos recién nacidos, de las manos del cirujano y sacados fuera del teatro. Las palabras se alzan como una ola en el interior de Piao; calientes, salinas. Casi imposible susurrarlas... cuando era necesario gritarlas.

—¿Qué está pasando aquí? Le ha quitado los dos riñones. El cirujano le está matando. Sin riñones morirá.

Wu se quitó las gafas. Ojos húmedos.

—El cirujano sabe lo que está haciendo, inspector jefe. Antes ya ha realizado esa operación muchas, muchísimas veces. Por eso asisten a esta demostración tantos de nuestros mejores estudiantes de medicina y cirujanos. En la República Popular necesitamos desesperadamente más cirujanos

expertos en estas técnicas.

—¿Esta demostración? Esto no es una demostración, joder, es un asesinato a sangre fría.

—No, nada de asesinato, Piao. Uno puede vivir veinticuatro horas sin que le funcionen los riñones. Coserán al preso y lo llevarán de vuelta a su celda. Mañana lo ejecutarán.

Las palabras se atascaron en un enredo de pensamientos perdidos. La atención de Piao vuelve al teatro de abajo, ya llevaban la camilla rodando fuera del punto de luz a una habitación lateral estéril. Silencio... gomas sobre losas blancas refregadas. Otra camilla con ruedas, de cromo brillante, pasando por la puerta de doble hoja. Casi la toca. Ya anestesiado, un paciente septuagenario.

—¿Qué es esto?

El anciano se secó los ojos, volviendo a ponerse las gafas. Rechaza con un gesto de la mano la siguiente pregunta del inspector jefe. Debajo se desarrolla la meticulosa danza. Cuerpos que nunca se tocan, senderos que se cruzan pero nunca se obstaculizan. Acero vuelto a esterilizar. Se reajusta la luz. El cirujano reemerge de la sala de desinfección. Monitores con actividad de ataque epiléptico. Un lento zoom se centra en la hoja de un bisturí acercándose a la piel. El corte... el comentario.

«Los vasos ilíacos dejados al descubierto retroperitonealmente por medio de una incisión oblicua, veinticinco centímetros de largo, en la fosa ilíaca. Los músculos oblicuos divididos en la línea de la incisión y el peritoneo reflejados hacia arriba y el centro.»

Líneas paralelas en un monitor. Incisiones en gris. Disecciones en gris. Sangre en tonos medios indescriptibles.

«La vena renal anastomosada hasta el extremo de la vena ilíaca externa y la arteria renal anastomosada hasta el extremo de la arteria ilíaca externa.»

Movimientos de ajedrez en el acero.

«La uretra se implanta en la vejiga, ureteroneocistostomía, por medio de una cistostomía anterior con un túnel submucoso para evitar el reflujo. El riñón derecho se implanta en la fosa ilíaca izquierda y viceversa, para facilitar la anastomosis vascular.»

Las luces bajan. Ojos que se mueven de los monitores al teatro de abajo. Incisiones en rojo... disecciones en rojo... rojo en un resplandor primario.

«Ahora se cierra la herida, sin drenaje donde sea posible. Se deja un catéter instalado a la izquierda de la vejiga durante cinco días. Un "riñón vivo", que, a diferencia del veinte al cuarenta por ciento de los riñones trasplantados de un cadáver, funcionará inmediatamente. La producción de orina se espera que durante un periodo de veinticuatro horas sea de unos cinco a doscientos cincuenta y uno.»

* * *

Wu ya estaba de pie, bajando el pequeño tramo de escalones hacia la salida. Piao pegado a su hombro; sus palabras, un soplete en la mejilla del anciano.

—¿Por qué, joder, dígame por qué?

El médico se volvió.

—Es el general Zhang De, un subjefe de personal del Ejército de Liberación del Pueblo.

El inspector jefe conoce el nombre, su fama y la serie de sucesos que determinan la autoridad real de un general. El momento y el lugar en que un hombre se unió al movimiento comunista. ¿Fue antes o después de la Larga Marcha, el difícil viaje del 935 y 1936 que dio forma a la República Popular? ¿Sirvió en Yanan, en la cueva que fue cuartel general de los comunistas durante la guerra, o tuvo un destino menos prestigioso como agente secreto en el Kuomintang o «Zona Blanca»? ¿Fue miembro del Ejército Rojo o sólo un funcionario civil del Partido? Las «pruebas». Los ritos de paso. El general Zhang De los había pasado todos.

—Su residencia está en el interior del Muro Oeste de la Ciudad Prohibida.

Es un funcionario de cuarto grado. Recibió muchas condecoraciones. Posee dos Banderas Rojas. Un televisor en color fabricado en Japón. En la cocina tiene una nevera americana. Hace la compra en el número 53 de la calle Dong Hua Men, el «Almacén de alimentación de la ciudad de Peking». El almacén sólo es para los funcionarios de más alto rango de la República. Los miembros del Comité Central del Partido Comunista. Los jefes de las once regiones militares que están al mando del Ejército de Liberación de la República...

Piao tenía referencias del almacén. Largos pescados amarillos brillantes, lo bastante grandes para un banquete de doce personas. Langostinos congelados del golfo de Bohai. Lomos enteros de cerdo de Sichuan. Esposas gordas haciendo cola para maridos gordos. Sí, Piao tenía referencias del sitio.

—... los altos cargos como este general, cuando no se sienten bien, son poderosos e insistentes en sus exigencias. Consiguen lo que piden, lo que quieren. Consiguen lo que ha visto usted. «Riñones vivos» frescos, «cosechados» únicamente para ellos. «Cosechados» cinco minutos antes de que los reciban...

Wu calla cuando las hileras de estudiantes de medicina emocionados, entusiasmados, agarrando sus cuadernos de notas, pasa junto a ellos camino de la salida. La vista baja, ignorando sus ojos. Su susurro, tan ardiente como las guindillas machacadas.

—... por eso es por lo que hablo, sólo por eso. No por lo que usted y su mono de imitación me hicieron en el puente, sino por lo que ha visto usted aquí.

La mano del anciano, piel translúcida, señala hacia el teatro de abajo...

—El preso, el chico. Tenía diecinueve años. Su delito fue que había robado dos neumáticos de tractor en la granja colectivizada donde trabajaba. Pero no fue su delito lo que le ha traído aquí, a esto. Era su riñón para cosechar...

El anciano cambia el peso de un pie al otro. Como si las palabras fueran pesos. Las frases, grilletes.

—... su auténtico delito fue ser joven y estar sano con riñones que eran compatibles con un alto cargo seriamente enfermo. Y eso le hizo disponible...

Silencio de nuevo, cuando pasaba otro grupo, dirigiéndose a la salida.

—... con riñones como los suyos, robar un grano de arroz habría sido suficiente para que lo ejecutaran. Soy un hombre con una ética, no estoy de acuerdo con eso.

El inspector jefe se dejó caer en el asiento más cercano. Fuera de contacto con su cuerpo, excepto por la presión que poco a poco aumentaba en sus sienes; el corazón batido por una marea de palpitaciones. Wu empuja la puerta para abrirla; sus palabras se van desvaneciendo a medida que avanza por el pasillo de más allá.

La puerta se cierra lentamente a sus espaldas.

—Déjelo, Piao. Huya. O puede que sea usted el que proporcione la próxima cosecha.

* * *

La última imagen... los bordes erizados de una incisión que se unía por los puentes de una sutura. Una línea violenta, tan roja como la estrecha cinta que sella un paquete de Marlboro. Muy pulcramente, el cirujano termina el trabajo con movimientos de ballet de catgut, aguja, pinzas, tijeras. Lleva su tiempo. Evidencia una competencia obsesiva. Al final, deja en claro cierta extravagancia en las habilidades que poseía..., lo que demuestra que en todo aquello pesaban más las necesidades del cirujano y mucho menos las del paciente. Finalmente, dejando a un lado el instrumental, terminó el trabajo. Se dirige a la puerta. Ya se quita los guantes, se afloja la bata alrededor del cuello. Se quita el gorro de la cabeza; un pelo rubio plateado, acero bruñido con la luz. Se quita el visor de la cara, y detrás... Charles Haven.

Durante un instante, no más, se detiene y alza la vista hacia la tribuna. Ya no un lagarto, más bien era una serpiente... una serpiente en el instante antes de atacar. Se dio la vuelta y cruzó las puertas del teatro; el choque de la goma de cada hoja le aplaude. Piao descubre que está de pie pero no recuerda cuándo había dejado exactamente su asiento. Piernas inseguras, pero moviéndose ya hacia los escalones, la puerta.

* * *

Sale un torrente del grifo, ardiente, hirviendo. Un penacho de humo de la corriente asciende por la cara de Haven y el espejo..., la mitad de sus rasgos, confusos, indistintos en el reflejo neblinoso. Sus brazos rompiendo la cascada, disfrutando con la quemazón del agua. Haven se volvió a medias, su cara no decía nada.

—¿Por qué no estoy sorprendido de verlo, inspector jefe Piao?

—Porque soy autodestructivo, obstinado.

El inglés sonrió, cerrando el grifo, de cara a Piao. Sus ojos, vivos, no se pierden nada. Observan la puerta, las ventanas... asegurándose de que el inspector jefe estaba solo. Sonríe otra vez, satisfecho.

—¿Recibió mi regalito?

Piao busca en el bolsillo interior, saca la caja de madera brillante... la abre. Terciopelo negro. En su corazón, el oro del encendedor atrapa la luz. Se desliza por la superficie junto al lavabo hacia Haven. El inglés se seca las manos y se quitó la bata, antes de permitirse agarrar la caja.

—Su investigación...

—Ha terminado —le interrumpe Piao, moviéndose hacia la puerta que llevaba al pasillo; abriéndola con cuidado centímetro a centímetro. Una rendija de luz brillante, en el suelo encerado... y dos hombres, rechonchos, apoyados contra una pared beis. Una broma sobre el culo gordo de una enfermera que pasa, aún en sus labios. Sueltan unas risas. El bulto de sus chaquetas de mercadillo sobre las pistoleras. Piao deja que la puerta se cierre.

El inglés se pasa los dedos, a los que había hecho la manicura, por la coronilla, colocándose el pelo perfectamente en su sitio.

—¿Ha venido a detenerme?

Ningún miedo. Ojos que no parpadean y del color de cuentas de rodamientos.

—No, no le detengo.

—Entonces, inspector, Barbara Hayes y yo nos iremos en el vuelo a Nueva York que sale...

Se miró el reloj.

—... exactamente dentro de cuatro horas.

—No, no se irá, señor Haven. Hasta en China los hombres que matan a cuatro personas no se suben a aviones y huyen.

El inglés tiró una arrugada bola de pañuelos usados al cubo que tenía junto a sus pies.

—Puedo proporcionarle cien mil libras dentro de cuarenta y ocho horas, inspector jefe. Proceden de Liping. Claro, si yo tomo ese vuelo para Nueva York. Sin retrasos. También espero que nos entregue todo el material referente a su investigación sobre mí y Liping. Él sabrá lo que debe hacer con eso.

—Lo mismo que hizo con los cuerpos de Bobby Hayes, Ye Yang, Heywood y Qingde.

Haven se volvió ligeramente, la luz de la ventana ilumina su mejilla de carmesí.

—Para ser tan autodestructivo, lo ha hecho usted bien, investigador jefe. Puede terminar con esto siendo un hombre rico...

Empujó la caja de madera pulida por la repisa hacia los dedos de Piao.

—... y tendrá el encendedor que siempre quiso.

Piao empujó la caja a un lado; las cejas del inglés se alzan formando signos de interrogación.

—Así que no quiere el encendedor, ¿verdad? ¿Y el dinero?

—No.

—Liping me dijo que haría usted esto, que no lo aceptaría. No lo creí.

El inspector jefe abrió la puerta otra vez.

—Debió haberle creído... —susurró, mientras miraba por la rendija. Los dos hombres, del departamento de Investigación Central o Departamento, todavía están apoyados en la pared. Otro chiste en sus labios. Piao ya lo había oído antes. Era divertido, pero sólo cuando cabalgas en la cresta de seis botellas de Tsingtao.

—Tengo curiosidad por saber si estoy en lo cierto. Los estadounidenses y Qingde hacían contrabando de antigüedades para usted. Hombres de barro. Ye Yang subía el precio. Una mujer dura. Una mujer estúpida...

Haven se ajustó el cuello. La corbata.

—... con la ayuda de los hombres de seguridad de Liping, usted fue a su taller de los campos de nieve, los agarró y se los llevó de vuelta a Shanghai. Al teatro de operaciones del hospital. No desperdició usted nada. Haberlos matado en los campos de nieve habría significado quedarse sin sus órganos. Cientos de miles de dólares en el mercado negro de trasplantes...

Segundos. Segundos. No pierde de vista al inglés. Se cierra los gemelos.

—... les arrebató los órganos. En su mesa de operaciones, dejándoles morir...

No le pierde de vista. Se abrocha la chaqueta. Se alisa las solapas.

—... debían de estar vivos cuando usted los operó. Los órganos vivos valen muchos más dólares...

Haven aplica su boca a la fuente para beber. El agua en sus labios, que apenas los moja.

—... y luego fueron mutilados. De arriba abajo. Y lo hizo usted mismo...

Haven sonrió.

—... eso debió de ser muy liberador. Nada de los rigores de las precisas técnicas quirúrgicas a las que normalmente se atiene usted. Liberador...

No le pierde de vista. Se ata los cordones de los zapatos. Con precisión. Una operación con los dedos sin duda demasiado delicada para hacerla con violencia. Una sensación del odio del inglés, pero que inmediatamente se calma al reajustarse la corbata.

—... un error. La única parte de los asesinatos que no llevó a cabo usted mismo fue la de deshacerse de los cuerpos. Eso se lo dejó usted a los agentes de seguridad de Liping. Los encadenaron a otros cuatro y se deshicieron de ellos en el Huangpu. El incinerador estaba en el otro extremo de la ciudad. El río estaba más cerca...

Ninguna respuesta. Pero no pierde de vista los ojos del inglés. Espera algún desgarro en la tela. Pero nada... sólo un reloj que hace tictac. Un hombre que se fía de sí mismo. Una sensación de que tenía buenos amarres, de que estaba protegido, con cinturón de seguridad. Que sabe algo que no sabía el inspector jefe. Piao se tocó el interior de la chaqueta. Las puntas de los dedos encuentran el acero bruñido que duerme en su sobaquera. Frío. Tranquilizador.

—... y los cuatro presos a los que estaban encadenados habían sido ejecutados legalmente en el Bosque de la Virtud. Sus órganos estaban enfermos, pero usted todavía los conservó para el mercado negro. Ninguna relación entre los dos grupos. Sólo coincidencia. Para los hombres de Liping no tenía significado encadenar a los dos grupos y deshacerse de ellos en el río, en vez de incinerarlos. Para hombres así tiene más significado el fondo de una botella de Tsingtao. Pero para usted, señor Haven, un error. El primero, el

único error...

No le pierde de vista. Pero nada remarcable en Haven, excepto el atildado exterior. Pero dentro de Piao, la ira aumenta. Una oleada de lágrimas calientes y la compulsión a exteriorizarlas.

Pégale un tiro. Aquí. Ahora.

—... el ministro Kang Zhu, el camarada comisario Liping, están al tanto de su error. Caras chinas sonrientes que sirven más copas. Pero ¿qué puede leer un occidental en la sonrisa de un chino?

Nada en los ojos del inglés. Bautismos de verdad, y sin embargo nada.

Pégale un tiro al mamón.

—... y todo el tiempo pensaban lo impensable. ¿Y si las pistas fueron dejadas por una persona estúpida, equivocada...?

El inglés se volvió hacia la ventana, avanzando hacia el maletín que estaba cerca de la puerta. Sólo con amigos situados en las esferas más altas se admitirán tantos errores. ¿Todavía era un extranjero favorecido o se había convertido en un cabo suelto que había que atar? El inspector, sólo está allí... dijo no. Alguien había dirigido a Piao en aquella dirección. Un juguete mecánico, que sólo hace lo que hace. Ahora tendría que guardarse las espaldas. Pero siempre un paso por delante, así era como funcionaba Haven. No espera revelaciones. Nunca le sorprendían las sorpresas. Un paso por delante.

Piao extendió los brazos, su contacto con la pistola de dentro de su chaqueta, con el acero... perdido. Desnudo. Desnudo y vulnerable.

—... le he hecho una invitación a que hable. A que haga saber las cosas. A que se sepan. Usted no ha encontrado las palabras, pero tampoco ha encontrado el ultraje. Un asesino en serie que quiere que se le conozca pero no que lo descubran. Pero el océano no avanza y retrocede en el mismo instante...

Piao sacó la pistola de la cartuchera. Grotescamente negra. Vulgar. Negra. Un instante de olor a aceite, a metal bruñido... y muerte. Quita el seguro. El dedo firme en el gatillo de la modelo 67. Las cejas de Haven arqueándose por la sorpresa. Retrocede contra la pared, las manos caídas a los lados. Unos dedos no tan relajados como sugería la pose.

—... voy a sacarle de aquí. Tendrá mi pistola en la espalda. Un jodido movimiento de sus hombros y presionaré lo suficiente este gatillo tan sensible

para hacerle un agujero del tamaño de una galleta...

Avanza, la punta del silenciador de la 67 rozando la elegante tela de la chaqueta de Haven.

—... sus hombres nos seguirán, lo sé, pero no será tan difícil despistar a sus agentes de seguridad en las avenidas de Hongkpu...

Aprieta la pistola con más fuerza en las costillas del inglés.

—... y luego iremos en coche lejos, muy lejos. Hacia el norte. Dentro de dos o tres días llegaremos a una pequeña aldea e informaré al jefe local del departamento de Seguridad Pública. Al principio no creerán lo que les tengo que decir. Asesinatos. Contrabando de antigüedades. En una aldea donde el robo de un cerdo o una pala es un delito importante, eso provocará gran agitación. Todos querrán ser el presidente. Se harán muchas llamadas telefónicas. Traerán agentes del pueblo, de la ciudad más cercana...

Piao dio un golpe al inglés con la pistola.

... cuando los lobos huelen en sueños la proximidad del venado, despiertan con mucha hambre. Será obligación suya investigar el caso. En el norte hace frío, el clima produce personas pacientes. Las verdades salen a relucir lentamente, pero salen.

El inglés mira el reloj, moviendo la mano hacia el picaporte de la puerta.

—Tengo un vuelo que tomar y he de reunirme con Barbara en cuarenta y cinco minutos. Va en contra de mis principios darle plantón a una dama.

—Avance por ese pasillo y le dispararé.

Piao apretó la pistola con fuerza contra el costado del inglés. El metal hace daño en las costillas. Se dobla de dolor... retirando la mano de la puerta hacia su costado. Cara negra de odio. Pero clavado en el sitio. Se hace cargo del veneno de aquello, pero lo almacena.

—Dispáreme... Dispáreme y estará muerto en diez segundos.

Sus ojos miran rápidamente a la izquierda, señalando el pasillo de más allá de la pared, a los dos hombres allí parados. Humo y chistes verdes. Pistolas dentro de las cartucheras.

—Podría merecer la pena.

—¿Un suicidio, por qué, para demostrar lo bien que funciona la justicia china? No sea ingenuo. Es usted el único que queda, inspector jefe, todos los demás saben que ahora el sistema está podrido desde la cúspide de la

pirámide hasta abajo. Todos. Todo está en venta. Precios rebajados. La República Popular China... una puta por un paquete de Benson and Hedges. Un secreto de Estado por una botella de Teacher's. ¿Merece la pena morir por eso, inspector jefe? ¿Cree de verdad que matarme o llevarme ante un tribunal terminará con la industria de trasplantes en su país? ¿Que con eso evitará que se ejecute a los presos y se «cosechen» sus órganos?

El acero curvado contra el dedo de Piao. Su tensión. Apretarlo... la 7,62 mm, su odio. En aquel momento quiere matar a Haven; el inglés, con aquella rara habilidad para convencer de que todo lo que tocas o en lo que crees está cubierto de mierda.

Ya no quedan más palabras. ¡Pégale un tiro al mamón!

Haven nota que el cañón de la pistola se dilata contra sus costillas, como si estuviera a punto de disparar. Mantiene la mirada de Piao fija en la suya. Se señala el bolsillo de arriba. Mueve lentamente la mano hacia él, con el inspector jefe casi hipnotizado. Saca una corbata de él. Adorna con ella la pistola de Piao... la mano del inspector jefe. Una corbata del departamento de Seguridad Pública. Una mancha de comida tras otra en ella. La corbata de Yaobang. Sin duda, la corbata de Yaobang.

—Sí, inspector jefe, indudablemente es usted una persona que se lo pierde todo por sólo unas horas.

—¿Dónde está?

Haven se quitó la pistola de las costillas. La corbata del Grande se desliza al suelo.

—Está a salvo, pero si mis socios no reciben una llamada telefónica mía treinta minutos antes de que despegue mi vuelo del aeropuerto de Hongqiao para Nueva York...

—¿Dónde está?

Haven atravesó sin prisa la habitación, agarrando su maletín.

—En la hilera de barcazas de enfrente de la entrada norte del río a los astilleros Jiangnan, en Luwan. Está en la última barcaza.

Un escalofrío. El *Huangpu*. Piao guardó la pistola en la cartuchera.

—Entonces hagamos un trato, inspector jefe Piao. Yo tomo mi vuelo a Nueva York, usted vuelve a ver a su gordo ayudante.

Se detuvo, recogiendo la corbata de Yaobang.

—... y él incluso recuperará esto. Será como si no hubiera pasado nada.

Haven cuelga la corbata en el hombro del inspector jefe. Piao abre la puerta de un empujón y sale al pasillo; los dos pesos pesados se ponen tensos. Chistes, sonrisas, desaparecen de sus labios. Sus manos buscan en el interior de sus chaquetas. El inglés alzó una mano y ellos se destensaron, como unos pitbull a los que les hubieran tirado un hueso. Todavía con malas maneras, pero con unas malas maneras mejores.

—Le daré sus recuerdos a Barbara Hayes, inspector jefe.

Y luego, casi en un susurro.

—... echaré de menos China.

Piao se puso a andar hacia el ascensor.

—Váyase y tome su vuelo a Nueva York, señor Haven. Váyase antes de que cambie de idea.

Capítulo 36

Un ritmo anónimo tamborileaba en el techo del coche. Lluvia incesante, insistente. Gente en las entradas de las tiendas, moviéndose sin separarse de la pared, pegada a los cristales de los escaparates. Piao aparcó en Wanpinglu y continuó a pie, medio corriendo. El chaparrón le pincha, le empapa. Le baja por la cara en arroyos, le cae de la nariz, la barbilla, por encima de los ojos. Y todo el tiempo un agujero en el zapato... su pie, tan mojado, tan frío como la miseria.

Llega al embarcadero y se inicia el punto culminante de las celebraciones del Año Nuevo, como si su llegada al Huangpu hubiera accionado un interruptor. Río abajo, el Bund, un raudal de cohetes lanzados hacia el cielo. Trazos dorados de un rastrillo. El río, tan amarillo como semillas de mostaza. Otro trueno, el río tan rojo como un pimiento. Piao se desplaza por el pliegue de sombras, baja al embarcadero. Desde los escalones, salta a la primera barcaza; cabos del grosor de brazos se deslizan por la caravana que oscila, de pontones de hierro. Atados a pesadas argollas de acero con óxido y algas fijadas al muro de piedra del embarcadero. Gotas de lluvia por su cara que imitan los colores primarios de los cohetes que estallan. A cuatro patas; las ondulaciones del río transmitidas por el casco de hierro colado de la barcaza se le centran en la frente. La entumecen. Una marejada de náusea le inunda. Podrían estar esperándole en la última barcaza, sabiendo que iría solo. Yaobang estaba allí, lo sabía... era una trampa, no una mentira. Vomitó. De miedo o por el mareo, no estaba seguro, ¿y acaso importaba de verdad ahora cuál de las opciones era la cierta? Más cohetes, el cielo resonó demasiado violeta; las nubes, púrpura. Se movió hacia el borde redondeado de la barcaza, cara al cielo, con la boca abierta. La lluvia en su boca con un sabor a pólvora, a hierro oxidado, y a cada palabra que habría querido decir pero no

dijo. Piensa en una limusina en la carretera al aeropuerto de Hongqiao. Un reactor al que hacen girar, llenan de combustible. El clic sordo del encendedor Dunhill de Haven. Las largas piernas de Barbara cruzándose perezosamente. Y esta noche... él podría morir esta noche. Podría morir cualquier noche; por tanto ¿qué diferencia había? La diferencia era el remache al rojo vivo de una sacudida, en la súbita conciencia de que ya no quería morir.

Se pone de pie inquieto. Mira hacia el centro del río siguiendo la desigual hilera de barcazas. Una cadena de hierro con eslabones que proporcionan una blanca articulación sobre la que pasar. Salta sobre la separación aplastante. La cubierta metálica se alza al encontrarse con sus pies. Otra separación, otra. El río como el relleno de un sándwich entre topes de hierro arañado. Sus aguas cambiaban rápidamente de matiz cuando los cohetes hacían rayas hacia arriba, formaban un arco y caían. Esta vez color mandarina. Esta vez cegadoramente blanco. La noche desgarrada. Humo espeso que une el paisaje de la ciudad a las nubes.

Piao avanza más despacio cuando llega a las cinco anchas barcazas del último pontón, respira varias veces, tranquilizando los pensamientos febriles del interior de su cabeza. Su sudor, mezclado con la lluvia que cae. La marea, ahora subiendo, cada embate tan grueso como una mujer embarazada que se acerca al momento del parto. Salta a la barcaza siguiente cuando ésta cae entre las olas; bajo el peso de su carga envuelta en lona alquitranada y cuerda. Pierde pie, cae. Se agarra al tosco enredo de pesados cabos. Una violenta cuerda le quema las palmas de las manos, el color de una boca pintada de carmesí. Se pone de pie de un tirón, con los pensamientos adelantándosele. Si eran tan buenos como deberían, estarían perfectamente preparados y esperándole. Si eran la mitad de buenos de lo que deberían, ya le deberían de haber visto... y ahora le estarían observando. Atraviesa los fardos de carga. La barcaza se hunde, su hermana se alza, mandíbula contra mandíbula como cachorros metálicos. El río asoma entre ellas con agujas de un azul fluorescente cuando el arco de los cohetes llega a su cénit, y vuelven a caer sobre sí mismos en una lluvia de zafiros. Barcaza contra barcaza... Piao las atraviesa, medio saltando, medio tropezando. La luz tragada por lo negro. Paisaje de la ciudad, río, barcazas, se mezclan entre sí en gradaciones de gris. Cuando el cielo se vuelve a iluminar con un torrente rojo cereza, distinguió la

última barcaza amarrada con fuerza a la boya. Y a un hombre, Yaobang, con sangre en la frente que se le extiende por el pelo... atado a la sujeción de la carga. Mira atentamente las sombras, las mira atentamente por segunda vez; sólo el Grande, nadie más. Sacando la pistola y manteniéndola baja, el inspector jefe salva la separación hasta la barcaza vecina. La aspereza de su puño en los ojos, al secarse la cortina de lluvia. Comprueba la recámara, el cargador de repuesto con siete proyectiles en el bolsillo. Quita el seguro. Cohetes que caen en chispas... y todo explota de un verde hierba. El río. La lluvia. Los pliegues más profundos de la tela alquitranada. Rodea los bultos, ojos entrecerrados. Una constante salva de disparos en su pecho: espera ver una sombra separándose de otra sombra. El metal en la mano. Un aliento llameante que sale de una pistola de cañón chato... pero nada.

Ahora ve claramente a Yaobang. Las cuerdas que le sujetan las muñecas, los tobillos. Sacude la cabeza mientras se suelta inconscientemente. Durante un instante, la luz se vuelve gris, luego la oscuridad se impone... todo, un dorado cegador, tan intenso como el zumo de un cítrico. Caen en el furioso balanceo de la última barcaza. La lluvia en sábanas doradas. Avanza hacia el Grande... palabras en sus labios mojados, pero no sale nada. Se le dilatan los ojos, tremendamente, al mirar más allá de Piao, más allá del hombro de éste. Detrás del inspector jefe se levanta una forma, con los brazos extendidos. Piao se echa instintivamente a la izquierda, los bultos de tela alquitranada interrumpen su caída. Hace un giro. Las dos manos ya en torno a la culata rectangular de la modelo 67. Dispara dos veces, a la altura del pecho. Una forma agachada, rojo sangre a la luz bermellón, se dobla, luego cae contra el hierro de la cubierta. Un tremendo golpe en la cabeza. La pistola resbala en los charcos poco profundos. Lluvia que le corre por la cara, ojos abiertos... pero muerto. Una mancha húmeda, casi negra, se extiende por la parte de delante de su chaqueta y camisa con dos agujeros. Un estallido... y el cielo se puso blanco, resplandeciente. Transforma el hierro en hielo. El río, en glaciación. Las sombras de la proa se despejan y, con ellas, un borrón gris que queda desamparado, que cambia de forma. Dos, tres relámpagos, cuando el hombre se arrodilló, se levantó, corrió... disparando su pistola. Piao interrumpe su carrera ante la hilera de luces del transbordador, el punto de mira de la 67 sigue el torso en movimiento del hombre. Hace dos disparos. Uno corto, que

alcanza un punto de amarre. Sus chispas gélidamente blancas. El otro disparo le agujerea los faldones del abrigo. Dispara otras dos veces... los proyectiles encuentran su blanco, cadera y estómago. Le alcanzan violentamente en la separación entre las barcazas. El inspector jefe corre al borde metálico, para mirar por encima hacia el río cuando la mano le agarra, tan firme como una garra en torno a su tobillo. Cae, pierde el equilibrio, el hierro de la cubierta se alza con un crujido. Los dedos de Piao sangran, sujetos a un punto firme cuando el peso del hombre le tira de las piernas, casi le llega a la entrepierna, en el costado de la barcaza. Mira hacia abajo, la cara del hombre plata de sudor y lluvia. El río debajo, negro. Consciente de los estallidos de los fuegos artificiales todo alrededor, pero aparentemente muy lejos. Los únicos sonidos, los de su interior, el latido del corazón y el estrépito de recuerdos que se juntan como vagones de tren al pasar ante él. Un olor a pólvora, alcantarilla y colonia barata del hombre con el que estaba a punto de morir en el Huangpu. Pero sucedió instantáneamente... al ver la barcaza gemela que se alza sobre una gruesa ola, la abertura se estrecha. Unas mandíbulas de hierro oxidado que se cierran en torno a los hombros del hombre con un crujido metálico repugnante de metal contra metal. La inmediata falta de presión en la mano del tobillo de Piao y en el ángulo de hierro soldado al que se había agarrado con la otra mano. El inspector jefe subió las piernas y pasó por encima del borde rugiente de la barcaza. Y todo el tiempo mirando la cara del hombre, el brillo de sorpresa de sus ojos. Siempre sorpresa. Incluso cuando las mandíbulas de la barcaza se cerraron en torno a su cráneo en un abrazo de óxido con sangre, pintura saltada y recuerdos, pensamientos, vida, derramándose en un lento chorro escarlata..., miraba la cara del hombre.

Piao se volvió hacia Yaobang; esta vez nada en los ojos del Grande, pero alza sus manos atadas... las alza. Tres dedos temblorosos y extendidos. Sólo tres dedos. Tres. Había uno más que quedaba vivo y estaba detrás de Piao. Tenía que estar detrás.

El inspector jefe giró rápidamente, sin estirarse. Ya era demasiado tarde. El ruido, el dolor, enlazados con fuego. Dos disparos resonaron en la parte baja de su espalda, lanzándole por la cubierta; choca contra Yaobang. Mira la pistola, que le sale despedida de la mano. Mira su propia sangre, tan caliente como una noche de verano, curvarse y hacer espirales en el charco

herrumbroso a su alrededor. Todo... sonidos, formas, la lluvia contra su cara, le acercaban a una realidad nueva. Las dos cercanas y alejadas, las dos acero dentado y mullido terciopelo. Piao alza la vista: un hombre delante de él, brillo cromado, pistola en mano. Lluvia y luz juegan sobre su cráneo... el camarada comisario Liping.

El cielo retumba añil y Liping avanza decidido; sus pasos no hacen ruido. Sus palabras lejanas, como susurradas por un largo túnel.

—Piao, estúpido. Usted era mi mejor inspector. Siempre tan listo. Demasiado listo. Ser demasiado listo puede ser una desventaja...

Se arrodilla delante de Piao. Los ojos del comisario, el calor de la sangre que brota de su propia espalda y cuyo sabor, sin embargo, nota en la lengua; a eso se reducía el universo del inspector jefe. Y con todo, sólo piensa en la rodilla de Liping apoyada en el charco. Estaría mojada. Estaría fría como el hielo.

Un hombre podría atrapar un buen resfriado...

—... me vi a mí mismo en usted. Intenté dirigir sus pasos. Animarle. Animarle. Como un padre con un hijo muy querido.

Liping deja su pistola encima de la cubierta; un tapete negro sobre un río de reflejos. Los colores se apagan del azul al gris pizarra. Se busca en el bolsillo, abre la navaja con mucha precisión. Su afilado filo atrapa la luz.

—... ¿duele, verdad, inspector jefe, saber una verdad y morir por ella? Sabe que ella morirá con usted. Morir es lo que está haciendo usted, Piao. ¿Podrá hacer eso también de modo inteligente, inspector jefe?

Liping se echa hacia delante, estirando las dos manos, lenta, decididamente, como si fuera a abrazar al hijo tan querido. Agarra la oreja derecha de Piao, al principio con mucha suavidad... Va apretando con más fuerza. En su otra mano, la navaja se mueve por la cara del inspector jefe. Apoya con fuerza el borde frío y cortante en el pellizco de carne que une el lóbulo a la mandíbula. Y con eso, sangre en una gruesa gota baja por el lado del cuello de Piao. La hoja sólo se apoya un segundo o dos... antes de subir violentamente cortante. La navaja interrumpió la línea de visión del inspector jefe. Una oleada de intenso dolor y calor nauseabundo caliente fluye por el cuello de Piao hasta el hombro. Liping sujeta el trofeo entre dos dedos manchados de sangre. La oreja, más pequeña, más proporcionada de lo que

Piao había imaginado nunca. Y sin embargo, sabe que debería gritar horrorizado, agarrándose con las dos manos el lado de su cara ardiente. Para restañar la sangre, para poner una presa al río de sangre. Pero todo estaba apagándose y no tenía fuerzas... el inspector jefe notaba que éstas se le iban por la espalda, caían calientes en el hierro frío. Y todo el tiempo, la lluvia tamborileándole en el cráneo; señalando el paso de cada segundo.

El comisario Liping habla, cada palabra lejana y envuelta por separado. Lava la hoja de la navaja en el charco. Se la vuelve a guardar en la chaqueta y se levanta al hacer eso.

—Usted ha sido un gusano en la manzana, inspector jefe Piao. Casi lo echa todo a perder...

Alza la mano, con la pistola agarrada. Un solo dedo acusador de acero anodizado.

—... pero eso ya se acabó.

El dedo se tensa, a punto de escupir su veneno.

Un disparo... su estampido casi tragado por la cólera del cielo allá arriba. Liping se derrumba de lado, como si hubiera estado hecho por una elevada pila demasiado alta de tacos para construcciones infantiles. La pistola y la oreja de Piao se le caen de las manos. Sus ojos con ictericia quedan en blanco... muerto antes de chocar contra la cubierta de hierro. Sólo cuando estuvo tumbado boca abajo a los pies de Yaobang pudo ver lo que le había hecho caer; la herida, el agujero tan grande como un budín en la base del cráneo. Más negro que sus ojos. Y la cinta roja saliendo de él y deslizándose por el cuello... al charco, hasta que el charco contuvo únicamente sangre. Piao mira el flujo de la sangre durante un tiempo; le recordaba la cola de un ligero cometa impulsada por la brisa, hasta que la sombra del hombre de pie delante de él la eclipsó.

Haven arrodillado, sus ojos tan oscuros que no se los podía ver. Dos manchurroneos agujereándole la cara... exactamente igual que los de los ocho, exactamente igual que los de Bobby. Y todo el tiempo, la lluvia que cae en el profundo pliegue de sombra que los separa.

—No parece sorprendido de verme, inspector jefe.

Las palabras, como una campana lejana, se entrelazan con el golpeteo de las olas contra el casco de hierro de la barcaza. Piao no contesta; su atención,

como pecios a la deriva, se desplazaba lejos de su alcance.

—Pero usted no se sorprendería, ¿verdad?

Los dedos de Haven recorrieron el charco, la consistencia de la pintura. Agarra la oreja y la coloca delante de los ojos del inspector jefe. Se la pone en el regazo. Sangre corriéndole por los dedos. A la luz ámbar, tan marrón como la mierda. Se los seca en el delantero de la camisa de Piao.

—El fracaso es una experiencia nueva para usted, le llevará tiempo asimilarla. Pero, claro, usted no tendrá tiempo para asimilar experiencias nuevas. Está desangrándose. Dentro de una hora, puede que menos, morirá...

Sólo palabras, muchos sonidos siguiéndose unos a otros en un goteo sin significado. Piao recuperó ligeramente la conciencia, toda su voluntad empleada en ello y agotada. Trata de mirar el río, más allá del hombro del inglés. Las olas tan bonitas, color rosa.

—... ¿quiere saber por qué maté a Liping?

Haven le había agarrado la mano, desplegando los dedos de su puño apretado.

—Yo era el cabo suelto del que se suponía que debía ocuparse él. Una pena. Nunca se dio cuenta de que él también era un cabo suelto. Un cabo suelto que yo quería atar...

Sonrió.

—... yo diría que ahora está bien atado, ¿no cree, inspector?

Haven seca la culata, el cañón, la mira del fusil con su pañuelo. Agarra la mano de Piao. Con cuidado, con mucho cuidado, colocándola en torno a la cuidada madera. Tan suave como la caricia en el muslo de una chica gorda. Recoge los cartuchos vacíos y los deja a unos metros de los pies del inspector jefe.

—Otro cabo suelto, el ministro, mi socio en el negocio. ¿Quiere saber por qué se ha vuelto en contra de mí Kang Zhu?

Piao baja la vista al fusil antes de mirar fijamente a los ojos del inglés; nota que el fuego de ellos se funde con el suyo. Pronuncia las palabras, pero su propia voz le resulta desconocida.

—No se le pagó.

Haven se rió, el interior de su boca tan roja como cerezas maduras. Dio unos golpecitos en la mano cerrada de Piao.

—Claro que se le pagó, inspector jefe.

Al ponerse de pie, la luz se coagula rojiza en torno a su cabeza y hombros.

—... y ahora está cobrando los intereses...

Enciende un cigarrillo. Humo que se pierde entre humo... como el río traga la corriente, el mar el río.

—... verá, inspector jefe, así parecerán las cosas. Evidentemente usted quiso vengarse de su camarada comisario, Liping. Era sabido de sobra que él estaba reuniendo importantes pruebas contra usted. Y usted lo consideró como algo personal. Le trajo engañado aquí con el pretexto de hacer una confesión completa. Sí, eso suena prometedor, eso lo mantendremos, ¿no? Pero, claro, su comisario no era tonto, trajo dos hombres con él. Hubo una lucha. Terrible. Sangrienta. Violenta. No sobrevivió nadie. Ningún cabo suelto...

El inglés miró el reloj. Todavía con tiempo de sobra. El cielo nocturno, confeti de chispas de acero inoxidable.

—... tengo que reunirme con una dama. Tomar un vuelo. Y a usted, inspector jefe, le está esperando la muerte. Lo mismo que a su gordo amigo...

Dio una patada en los pies de Yaobang.

—... tan muerto como un jodido perro.

Sin volver la vista, Haven se mueve por las barcazas que se balanceaban; el inspector jefe ve que suben y bajan; las barreras de humo congelan el agua, se deslizan por el óxido de los pontones de hierro. Un paso que se abre entre colores primarios. Le mira. Le mira hasta que no quedaba nada que mirar. La cabeza de Piao cayó contra la pierna del Gordo, los ojos llenos de cielo y un atisbo de la cara de Yaobang. Tan blanca como la luna llena... la inconsciencia difumina cada rasgo. Y la lluvia todavía cae como lanzas. Y la sangre... en todas partes donde miraba. La sangre.

El Año Nuevo estaba llegando a su fin. Los cohetes caen a la tierra. La multitud se dispersa. Botellas de cerveza en los bordillos de las aceras. Olor a sudor y dinero gastado que no se debería gastar. El cielo ya más negro que cualquier otro que hubiera visto Piao. Al alzar la vista, se oye decir a sí mismo:

—Mira las estrellas, esta noche están saliendo.

Los agujeritos se convierten en manchas, cuando le falla la vista. Sólo las imágenes ya dentro de su cabeza iluminan el negro desierto que le tiende la

mano. Los ojos de ella. El olor de ella. El pelo de ella. El modo en que los labios de ella esbozaban una semisonrisa... el secreto que sólo ella parecía conocer y nunca entregaría. Y durante todo eso, un reactor plateado abriéndose paso hacia una vida plateada, en una ciudad plateada, habitada únicamente por gente plateada.

Váyase y tome su vuelo a Nueva York, señor Haven... antes de que cambie de idea.

La palma de la mano se transformó en un puño cerrado... Piao en su centro. Tan oscura, tan negra la noche. Insondable, y sin dejar nada para él. Y todo el tiempo la lluvia cayendo, un torrente constante. Como si Dios le estuviera meando.

Capítulo 37

*¿No ves las aguas del río Amarillo que descienden del
Cielo y corren irrevocablemente hacia el mar?
¿No ves que los espejos brillantes del salón
se entristecen al ver tu pelo blanco?
Negro sedoso al amanecer, al caer la tarde es como nieve.*

Fragmentos de inconsciencia, embotada, con los bordes sin filo. Trozos de cristal de conciencia, hojas de afeitar afiladas. Palabras cambiadas de sitio, como recortadas de una hojalata por unas tijeras. Imágenes, pensamientos vagos. Su mente, una mariposa en la brisa, incapaz de instalarse en el brote de ninguna idea. Y entonces la morfina que pateas; que le empuja dentro de su caliente rodillo, cada vez más y más lejos, por el mar. Lejos de las rocas de la realidad y la dura playa donde ha encallado.

Alza la vista al cielo... estrellas y caras de enfermeros. Se mueven por las barcas; el movimiento se apodera de su cabeza y le introduce en un remolino enfermizo. Una visión, como una instantánea fotográfica, de Yaobang, al que llevan junto a él sujeto a una camilla de estructura metálica; su cara como papel arrugado. En su frente, la luna creciente de una herida... ya no sangraba. Y todo el tiempo la lluvia. En la lengua. En los ojos. Un bautismo de agua dulce. Tiende la mano para agarrar la del Gordo, la lluvia le gotea por los nudillos, pero las tiras de nailon se lo impiden.

—No levante el brazo, le dolerá.

Todo en gradaciones de azul. Arriba en el embarcadero, las ambulancias, los coches patrulla, luces que dan vueltas. Sirenas que abren la boca. Portazos. Cierre de cremalleras de bolsas para cuerpos. Edificios que corren entre el

humo gris de las ventanillas de la ambulancia. La cara del enfermero, hueso y piel tirante como lona, inclinado sobre Yaobang. Tan cerca que uno podía oler su vida. Sus cuidados se vuelven hacia Piao. Un pinchazo cuando le pone un gotero en el brazo; le da golpecitos para que quede en su sitio. El inspector jefe intenta estirar la mano otra vez hacia la frente del Grande. El enfermero le obliga a bajarla, sujetándola bajo las tiras de nailon.

—No se preocupe de él. Usted se está muriendo... preocúpese de usted mismo. ¿Entiende? Se está muriendo.

* * *

Una sala rodeada de luz y dolor brumoso. La cama rodeada de rejas. Tubos que entran en su cuerpo. Tubos que salen de su cuerpo. En la puerta de al lado, a través del cristal, en las horas entre los minutos... están preparando a toda prisa el teatro. Un cirujano, con mascarilla, espera... huele a desinfectante. Brazos que se acercan para reconocerle con dedos envueltos en látex. Le recorren la mejilla hasta donde ha estado su oreja. Le atraviesan la espalda y le palpan con la suavidad de un amante el estómago, el diafragma. Las luces en terribles tiras, tan intensas como un mediodía de agosto en Kunming, producen sombras afiladas en la cara del cirujano, permiten distinguir sus rasgos cuando se quita la mascarilla. Haven. Palabras doradas en susurros como si fueran secretos, en velados resquicios de la cara de Piao.

—Debería estar muerto, inspector jefe. Es usted un hijoputa duro, ¿eh? Pero deje que se lo asegure... se está muriendo. Varias heridas internas, riñones, hígado, estómago. Un auténtico caos provocado por dos pequeños proyectiles...

Las palabras se interrumpen durante unos segundos. Piao ruega que empiecen otra vez, por el frescor de aquella respiración en su frente.

—... al final, consiguió que perdiera mi vuelo. Hay alguien que se empeña en que usted viva. Insistieron en que fuera el mejor equipo médico que existiera y por eso estoy aquí. Muy, muy molesto...

Haven muy cerca, las mejillas rozándose. El susurro tan suave como la brisa entre las ramas más altas de los árboles.

—... así que, inspector jefe, ¿debería ayudarlo a vivir o debería ayudarlo a

morir? Lo último es más fácil y más cómodo. Podría tomar el próximo avión y muere usted. Pero para vivir, es necesario un trabajo intenso... lo que significaría que también perdería el avión de mañana. ¿Qué hacer? Puede que un poco de las dos cosas, ¿no?

Volvió la cara y ésta le brilló. Al mirar de nuevo a Piao, la lengua le recorre el interior de la mejilla. Ojos tan azules como los de un chaval con una bolsa de caramelos en la mano.

—¿Se merece usted eso, inspector jefe, que pierda otro vuelo?

Abre la puerta. Fuera, en el pasillo, agentes del departamento de Seguridad Pública sentados, pistolas dormitando en sus regazos.

—Si la oscuridad no tiene fin, entonces sabrá que he decidido tomar el próximo vuelo.

Se marcha, y entra una enfermera con una jeringuilla en la mano. Una aguja hecha de luz. Nota la oscuridad viajando brazo arriba, hasta el hombro, el cuello, hasta el epicentro de la frente. Expande su calor. La oscuridad inunda su cabeza. Negro que se arremolina con negro. Y con eso, las palabras: «Tan muerto como un jodido perro».

* * *

Negro. Rojo. Naranja... amarillo. Blanco. La oscuridad hinchándose con episodios de inconexa conciencia. Blanco. Amarillo... naranja. Rojo. Negro. La luz en agonizante fundido a continentes intemporales de conciencia.

Él era un sifón. Sujeto por tubos que entran... que proporcionan sangre, sustento... Tubos que salen... que eliminan orina, pus, residuos. Las horas medidas por los pinchazos de las agujas hipodérmicas en el brazo. Los minutos, por las gotas de los líquidos incoloros que caen por los tubos desde los frascos colgados encima de él. Cuerpo, mente... separados. Sólo se unen en las descargas de pánico cuando nota que la morfina que le mantiene, desaparece. Los cuchillos del dolor, desenvainados, y cortándole. Y luego la liberación de la aguja hipodérmica. El lento flotar de la mente separándose del cuerpo. Pensamientos separados de las acciones. Descubre una parte de sí mismo en la esquina más alejada de la habitación, en lo más alto del techo: baja la vista a esa otra parte de sí mismo, esa parte que mantienen unida los

puntos de sutura. Y en algunos islotes de conciencia, percibe el cambio de luz, cuando desfilan caras de personas que conoció alguna vez, reunidas alrededor de la cama. Fragmentos de conversación detenidos en pleno aire. Los dedos de Barbara pasándole por el pelo, tan fríos como una corriente de agua. Recuerda que ella le abrazaba. Le guiaba dentro de ella. La curva de las pupilas de ella cuando él se había corrido. El pelo de ella sobre su cara. El olor a champú y a una cama fría hecha para sudar.

—Ahora todo irá bien, Charles ha hecho todo lo que ha podido. Ahora depende de ti. Resiste, Sun. Resiste.

Los largos pasos de ella hacia la puerta, su visión cuando la cierra. Quiere gritar, pero no sale nada excepto una sucesión de ecos dentro de la cabeza. Y otra vez, la oscuridad guardándole en su bolsillo más hondo.

* * *

El tiempo, como jarabe. Días que pierden la continuidad.

Un grupo alrededor de la cama. Ninguno de ellos sombras que él pudiera reconocer. Pero sabiendo que eran funcionarios. Importantes. Su olor a sujetapapeles y zapatos extranjeros. Se agarra a sus palabras como si fueran salvavidas durante una tormenta en el mar.

—Debería hacer una declaración, inspector jefe Sun Piao. Su hoja de servicios es ejemplar. Una declaración estaría dentro del espíritu de su hoja de servicios en el departamento de Seguridad Pública...

El más cercano se había inclinado hacia delante, un diente de oro en la parte delantera de su boca. Un reflejo convexo del mundo con Piao, vendado, en el centro.

—... se está usted muriendo, limpie la reputación del camarada comisario Liping. Usted todavía tiene familia viva, no deje que se avergüencen por su culpa. Venga, susúrreme su confesión a mí ahora.

Alza la cabeza de la almohada. Sangre en los labios. Labios pegados a la oreja del funcionario.

—Que te den por culo —había dicho Piao.

Recuerda el pánico de ellos cuando había tenido el arrebato, la hemorragia. Los tubos llenos... de un rojo glorioso. Una alarma interrumpió el

caos. Los pasos de la enfermera. La inyección. El sueño, espeso e inquieto.

* * *

Consciente, con el tiempo, de que estaban disminuyéndole la medicación. El mar de morfina retrocede. El dolor le ronda, descarga sobre él. Más consciente de los procedimientos de los que él era el centro. Los vendajes de la cabeza, del torso, se los cambiaban. Los goteros, suprimidos. Las suturas, cortadas y suprimidas. Poco a poco, una sensación de salir de sí mismo. Percibe el entorno y una miríada de pequeños detalles. Consciente de la sala vacía con treinta camas que sólo ocupaba él. Tres salidas. Una enfrente de su cama... doce pasos de las robustas piernas de la enfermera. Las otras dos salidas, a cada uno de los extremos de la sala, las dos a más de cuarenta y cinco pasos de distancia. Al otro lado de cada una, agentes del departamento de Seguridad Pública. Breves visiones de ellos cuando las puertas oscilaban. Y su olor... a té frío y entrepiernas calientes. Y a veces incluso los oía. Profundas conversaciones sobre las tetas de las enfermeras. Y también cosas sobre él... Sun Piao, que una vez había sido inspector jefe del departamento de Seguridad Pública. Y como resumen de su situación, un instante antes uno suelta...

—¿Por qué molestarse en curarle si de todos modos le van a pegar un tiro, joder?

* * *

—Nos ha sorprendido, agente Piao...

El médico corrió las cortinas que rodeaban la cama. Intimidad, aunque las otras veintinueve camas de la sala estaban vacías.

—... vivirá y se recuperará.

Corre la cortina, la luz del sol hace que Piao parpadee.

—¿Hasta qué punto me recuperaré?

La voz que poseía ahora, extraña para Piao.

—Una buena recuperación, para alguien al que le fallaban por completo las funciones renales. Un riñón hecho trizas, el otro severamente dañado. Ha

tenido usted suerte. Es usted fuerte y por fortuna contó con un cirujano de primera clase...

Se volvió, ajustando la frecuencia del gotero.

—... llamó a un especialista para que le cosiera la oreja utilizando técnicas de microcirugía y se las arregló para dejarle bien el colon, el estómago y el diafragma. Incluso fue capaz de conseguirle un órgano. La mayor parte de la gente, incluidos los altos funcionarios, habrían muerto en la mesa de operaciones esperando por él.

—¿Órgano?

El médico se limpió las manos en su bata blanca y se ajustó el estetoscopio. Un ritual que todos los médicos con los que Piao había tenido contacto practicaban.

—El órgano. ¡El riñón! Ha recibido usted el de un donante vivo. Las características coincidían y el trasplante fue bien. Ha tenido usted mucha suerte. Mucha suerte de verdad, Piao. ¿No lo cree así?

Pasaron unos segundos antes de que pudiera hablar. La bata blanca del joven médico ya había desaparecido por la puerta de doble hoja de enfrente.

—Sí, doctor. Mucha suerte.

* * *

El grupo de funcionarios vino otras cinco veces. Nunca dicen sus nombres. Nunca responden preguntas. Sólo las hacen.

—Su investigación de los asesinatos de los ocho encontrados en el Huangpu fue una farsa. Trataba usted de demostrar que la seguridad del Estado había participado en ellos, con la complicidad de funcionarios del más alto rango, cuando no la había.

—Está todo en mis informes.

—Usted inventó pruebas y forzó a testigos para que dijeran cosas que convenían a sus planes. Eso se correspondía con sus propias opiniones y su ideología. Y se hizo amigo de una extranjera, una funcionaria del gobierno estadounidense, esperando que eso aumentara la credibilidad de su posición.

—Está todo en mis informes.

—Trató de manchar la venerable reputación del camarada comisario

Liping cuando usted comprendió que él había visto lo que estaba detrás de sus traidoras acusaciones contra el Estado, sus funcionarios y su pueblo.

—Está todo en mis informes y en el fondo del jardín del zhau-dai-suo de Liping.

—Palabras, palabras. Sus informes le condenan. Se iban a presentar acusaciones formales contra usted por el asesinato del camarada Zhiyuan. Culpó usted a su jefe. Atrajo usted al río al camarada comisario Liping y le disparó. No hay duda... el arma estaba en su mano cuando le encontraron a usted.

Las acusaciones y diatribas habían continuado. Sobre su condición mental. Sobre sus métodos al realizar los interrogatorios, declaraciones firmadas del delincuente, Zhen, y el preso, Xie. Comentarios sobre sus heterodoxos métodos del director de la cárcel, Hua, y del inspector Yun. Otra declaración firmada del jefe de la policía científica de la ciudad, el doctor Wu... palabras que hablaban de lo que Piao le había hecho pasar. Del comportamiento psicótico del investigador jefe. De su aparente deseo de morir. Mencionaron el fracaso de su matrimonio y la pérdida de su mujer, que estaba con un miembro importante del Politburó, como base de su desengaño y sus ideas criminales. Ahora ella estaba embarazada, iba a tener el hijo que Piao siempre había querido... eso no era un secreto. La vergüenza. La intensa decepción y pérdida de prestigio; suficientemente fuertes para desquiciar al ciudadano más responsable. Todo eso eran pruebas de los desarreglos nerviosos del inspector jefe. Su violencia aumentaba según se agudizaba la crisis. Eso no se podía negar. Había constancia de todo. Estaba catalogado. El inspector jefe había usado su enfermedad y el comportamiento violento que la acompañaba con gran habilidad, exteriorizándolas contra el camarada comisario, que no había hecho nada sino apoyar y ascender a su protegido. Y la mujer, la puta estadounidense... ¿qué había exteriorizado Piao entre sus lechosos muslos, entre las sábanas perfumadas de la yan-gui-zi?

Nuevamente, el del diente de oro desempeña el papel principal.

—Confiese, inspector jefe. Se sentirá mejor si...

Los demás agentes asienten con la cabeza, como perrillos amaestrados.

—... lo sabemos todo. Una confesión le favorecerá a usted y a su familia. No a nosotros. Le estamos ofreciendo la oportunidad de salvar el honor de su

familia. ¿Por qué tendrían que padecer una vida sin privilegios porque uno como usted...?

El del diente de oro más cerca; el universo en su reflejo. —... vamos, hable, inspector jefe. No hay nada que no sepamos.

—Está todo en mis informes... —fue todo lo que contestó Piao.

Se marcharon. Doce pasos hasta la puerta de doble hoja enfrente de su cama. Piao cuenta cada uno. No los volvió a ver.

Una semana después ya andaba. Doblado. Capta su reflejo en un picaporte brillante... un signo de interrogación en un doloroso arrastrar de pies hasta la ventana. Su fuerza en un impredecible flujo y reflujo. Durante un instante, celebra el vigor que fluye en su interior. Al siguiente, en lágrimas, tan débil como un bebé cuando lo tenían que llevar de vuelta a la cama.

* * *

Las ventanas de la sala daban al estadio Hongkou. Más allá, la calle Gonghexin bordeada a ambos lados por fábricas que jadean un aliento amarillo al cielo de la tarde. No sabía que hubiera hospitales en aquella zona, sólo el rumor ocasional de un hospital militar que se usaba para «casos especiales». Problemas psicológicos. Otro término para «reeducación forzosa». ¿Acaso esto ya era eso?

En el estadio Hongkou estaban encendidos los focos. Descarado, intimidante mercurio derramándose sobre el abundante público estruendoso de su interior, que rodea la mancha de verde. Los jugadores de fútbol, puntos. El partido ya ha empezado. Un hongo neblinoso de luz brilla sobre las gradas, alcanzando el edificio del hospital; nariz contra el cristal, por la cara de Piao. La ventana estaba cerrada pero él trató de abrirla, una y otra vez. La enfermera, de piernas menos robustas que las otras, dejó de arreglarle la cama.

—La cerramos con llave. Los pacientes se tiran.

Piao retrocedió y se dejó caer en la butaca profunda, de alto respaldo, oyendo el sonido que hacía al sentarse, adaptándose a los contornos de su cuerpo. Cierra los ojos. Olores, sonidos, colores. Allí estaba todo... el correr del río bajo el casco plano de la barcaza. La hoja que cae por el lado de su

cara. Y el Grande, encogido, desatendido, ahora sólo desechos. Su ayudante, sus oídos, sus ojos, su amigo. Muerto.

—Yo no quería tirarme. Sólo quería oír la multitud, otras voces.

La enfermera se volvió, sin el menor interés. Había oído antes las mismas palabras, pero sin embargo se tiraban. Ahora cerraban con llave las ventanas.

* * *

Otra semana. Otra. Sin periódicos, sin libros. Sin radio. Mirando a la gente de las calles de abajo. Contando los minutos hasta la siguiente ronda de la enfermera. Ensayando el intercambio habitual de palabras con el médico cuando le cambiaban los vendajes. La oreja se cura, pero todavía la tenía tan azul como los ojos. Las cicatrices de su espalda en casuales y organizadas líneas de ferrocarril, entrecruzándose, rojas y con relieve. Los vendajes, cambiados. Pasaban de marrón a blanco. El médico se alejó. Las últimas palabras antes de que la noche se cerrara en torno a Piao. Las últimas palabras durante trece horas.

—Va usted bien, inspector jefe. Muy bien.

Mira por la ventana, la gente anda por la calle, camina sobre frágiles zancos, sombras alargadas. Pasos rápidos que la llevan camino de casa.

—Muy bien. ¿Cuánto es ese muy bien, doctor?

La puerta abierta de un empujón.

—¿El suficiente para ser ejecutado?

La puerta se cerró de un empujón, la pregunta sin respuesta.

* * *

El camarada fiscal Weishi le conocía; él conocía al camarada fiscal Weishi. Saludos con la cabeza en los pasillos. Caras al otro lado de enceradas mesas de reuniones. Nombres que constan en las cubiertas de los mismos informes. Una relación de puntos de contacto compartidos, de investigaciones criminales compartidas... el ritual de amabilidades de los que están en el mismo bando. Pero nunca entrechocaron botellas de Tsingtao. Nunca los brazos de uno por encima de los hombros del otro mientras entonaban

canciones de borrachos. El fiscal Weishi no era de esa clase de hombres. Tampoco lo era Piao.

La habitación era pequeña, dominada por la masa del fiscal. Una montaña de carne temblorosa embutida en un ajustado traje Mao negro. Tela espléndida, corte superlativo, hecho a mano. Sólo del mejor sastre de la calle Nanking o de Hung Bin, en Beijing, cerca del barrio de las legaciones extranjeras, podría proceder tal calidad. Un traje que se aparecía en sueños a la mayoría de los ciudadanos pero que nunca aparecía en sus armarios.

Piao se sentó, una mesa de despacho alargada entre ellos. El cuaderno sin estrenar del fiscal, con su puñado de dedos como salchichas descansando encima. Y su olor, penetrante... a sudor, tan dulcemente aromático como el vinagre balsámico. Weishi se pasó una mano por la frente; el sudor que la hacía brillar constantemente, traspasado a la palma y al cuaderno. Su contorno le recuerda a Piao la forma de un país. ¿Australia, India, Inglaterra? Eso no importaba de verdad, ellos estaban lejos, muy lejos.

—Bien, inspector jefe Sun Piao, cuénteme su historia. Todos los acusados de asesinato tienen una historia que contar.

El camarada fiscal parecía incómodo, demasiado gordo para el sillón en el que estaba sentado; gordo, dentro del algodón negro, con las nalgas colgando por los bordes. Dos sillones habrían sido mejor... el fiscal no tenía tamaño para estar subido a una cerca. La pronunciación de las palabras, su mismo tono, ya dejaba en claro el lado de la cerca hacia el que se deslizaba.

—Yo no cuento historias. Si quiere historias, fiscal, vaya a la ópera Xinyihua.

Weishi se muerde la gruesa cereza que era el labio de abajo.

—Esto es difícil para los dos, Sun Piao. No lo haga más difícil de lo que ya es.

El inspector jefe se rió, incapaz de recordar cuándo había sido la última vez que lo había hecho.

—Difícil para los dos. ¿Qué es lo que realmente quiere?

—La verdad. Nada más y nada menos. Todos los detalles de su investigación. Cada brizna de prueba que haya reunido que tenga relación con las acusaciones que ha hecho usted.

—Está todo en mis informes.

El fiscal Weishi se inclina, con dificultad, y agarra un delgado maletín del suelo. Piel italiana marrón oscuro; su intenso olor se imponía al de Weishi. Busca en el interior. Deja caer la delgada pila de informes encima de la mesa.

—Sus informes. Los he leído. Ahora los tengo que creer. Quiero que hable. Sus ojos dirán lo que pasa.

—Los ocho que encontramos en el Huangpu no tenían ojos. No podían decir lo que pasó.

El fiscal Weishi agarra su pluma y escribe la fecha en la parte superior del cuaderno, al lado, un gran número uno.

—Pero le tienen a usted, inspector jefe Piao, para que diga algo por ellos, ¿no? Ahora cuénteme, con sus ojos, lo que habrían dicho los de ellos.

* * *

El interrogatorio duró cuatro horas. Llenas de repeticiones y vasos de agua tibia. Siguen otros cinco interrogatorios de una duración parecida durante los once días posteriores. Y luego un espacio sin ellos de más de quince días. Sin explicación. Cada hora de ese tiempo pasando revista a cada una de las respuestas a cada pregunta que se le había hecho.

* * *

Era una habitación distinta, incluso más pequeña. El fiscal Weishi en el rincón, dominándola. Sentado. Enorme... granito. Como si siempre hubiera estado allí. Como si las paredes del hospital hubieran sido construidas en torno a él.

—El zhau-dai-suo, el jardín de Liping. Hemos cavado...

Hizo un alto para encender un cigarrillo, sabiendo que Piao habría querido uno, pero sin ofrecérselo.

—... no encontramos nada.

El humo le sube por la cara.

—... y las cintas y transcripciones que usted insiste que estaban ocultas en su piso han desaparecido. Hubo un incendio. No quedó nada.

Un incendio. Piao busca las palabras, pero éstas se le caen como monedas

sueltas entre los dedos. Un incendio. Las cintas. Las transcripciones. Pero sólo piensa en las fotos de su boda. En su traje nuevo. Unos faros recorren la habitación, oscilando sobre Weishi. Su postura se vuelve más solemne. Sus palabras, como enmarcadas y doradas por la autoridad que normalmente se reservaba sólo para el tribunal.

—La acusación, entre otras, del asesinato a sangre fría, premeditado, del camarada comisario Liping. No he encontrado pruebas para retirar la acusación contra usted. No creo ni una palabra de lo que me ha contado, inspector jefe Piao. El juicio se celebrará el diez, dentro de semana y media. Será seguido, naturalmente, de su ejecución inmediata...

El mundo implosiona... todo se hunde hacia dentro con una sacudida. El techo. Su respiración. Las paredes. Sus palabras. Una sensación, no desconocida, de estar encerrado en un profundo y oscuro bolsillo de atrás. El fiscal Weishi se pone de pie y avanza hacia la puerta, secándose el sudor de la frente con la gordezuela palma de la mano.

—... el comisario Liping era un buen amigo. Un amigo íntimo. ¿Lo entiende?

Y se había ido. Su olor, un hedor dulzón, permanece... recordándolo.

—Lo entiendo.

Le llevó horas dormir. Horas hasta que la fetidez del fiscal abandonara los agujeros de su nariz.

* * *

El coche era un Shanghai Sedán negro. Matrículas en blanco. Cristales tintados. Dos hombres dentro, ojos apretados y labios soñolientos. Podrían ser los que quedaban del grupo del departamento de Investigación Central; dos de sus camaradas eliminados sobre el hierro oxidado de la barcaza, alcanzados por los proyectiles de Piao. Aquéllos eran los hombres que habían matado a su primo y al estudiante. También al camarada Zhiyuan. Eran los hombres que habían asesinado a Pan y a su hermano, el subinspector. Yaobang, el amigo a cuyo entierro habían prohibido asistir a Piao. Entró en el coche. El sudor empieza a correrle por un lado de la cara. La debilidad se apodera de él, alcanzándole el cerebro como un carrusel que da bandazos. El coche huele a

peligro y a ropa interior sucia, y a las rosas de junio pasado su mejor momento. Poco a poco, rechaza eso; Piao duda que vuelva a oler las rosas de junio nunca más.

Junio... la quincena cuando el «grano tiene barba».

Las semanas de las «lluvias de ciruelas».

El coche pasó por Zhejiang hasta Jiangxi. Una zona residencial justo más allá de Jingjiang; mansiones con altos muros, bosques cercados y cuidados. Un distrito desprovisto de los feos edificios gubernamentales. Tampoco habría juzgados en un sitio como aquél. ¿Pero ejecuciones?

Pasada la aldea rodeada de montañas, la carretera se partía como una ramita. La carretera asfaltada se convertía en polvo con rodadas. Los bosques, más sombríos y menos cuidados. Abrieron parcialmente una ventanilla, pero Piao no oyó cantar a ningún pájaro. Un camino de grava salía del sendero, y al final de sus perezosos meandros, situada incómodamente entre las sombras color aceituna, una casa de piedra beis y un pesado enrejado de madera. Colgando de él, rosas grandes como besos rojo sangre.

El aire era fragante. Los primeros pasos fuera de los pasillos del hospital en tres meses... la combinación casi le embriaga. Y los olores, tan complejos, eliminan los restos de antiséptico y esmalte. De repente, olía la tierra, tan marrón y tan amarga como chocolate puro. La hierba, sobre la que había llovido recientemente. Y las manzanas, agujereadas y machucadas, pudriéndose en el suelo. Una a-yi esperaba en la puerta. Piao siguió a los del departamento de Investigación Central por el patio hacia la mano de ella que hace señas. No había nadie detrás de él, podría haber corrido, la línea de árboles a treinta, treinta y cinco metros de distancia. Considera los pros, considera los contras. Habría hecho diez metros antes de que le atraparan. Era doloroso, pero él era el débil, ellos los fuertes. Era la realidad. La realidad, lo único que nunca había escaseado en la vida de Piao.

La casa estaba a oscuras. Sus pupilas se dilataron para captar los detalles. Paredes recubiertas de madera. Cuadros al óleo; espesos colores que formaban las formas. Suelos de avellano brillantes. Islas de color salmón, azul pólvora; alfombras chinas y persas. Y por el emplomado de las ventanas, un

apunte de luz.

La vieja a-yi quedó atrás. Ahora abrían el paso los agentes del departamento de Investigación Central... hasta el final del pasillo, deteniéndose ante una pesada puerta de doble hoja. Esperan durante diez, quince segundos, antes de llamar suavemente. Se alisan el pelo. Se ajustan la corbata. Una voz... Se ponen tensos antes de empujar la puerta. Sudor en las brillantes placas de latón de la puerta. Piao entra y las puertas se cierran a sus espaldas. La habitación, grande, estaba oscura. Pesadas cortinas en las ventanas. Hileras de libros y muebles de roble. Un olor a polvo, a vejez, a dinero y a calzoncillos manchados de orina. Un largo y recargado escritorio, con la parte de arriba de cuero, repujado, rebordes de oro. Y detrás, una sombra más oscura destacándose en las sombras... un hombre que pela cuidadosa, complicadamente, una naranja. El olor a polvo y orina se imponía al del cítrico.

—Siéntese, Sun Piao, todavía debe de estar muy débil. Siéntese. Aunque no nos hemos visto nunca, tengo la sensación de que le conozco muy bien.

Piao siguió de pie, sin saber qué hacer con las manos.

—Usted no me conoce. Es a mi mujer a quien conoce, ministro Kang Zhu.

Los ojos se van habituando a la penumbra, percibiendo unas gafas con montura de oro. El pelo que terminaba en punta en la frente alisado hacia atrás y metido en un tirante bonete negro. Los dedos de cangrejo le quitan la piel a la naranja; una cinta continua, que se alarga. Un cordón umbilical que une la fruta a la parte de arriba del escritorio.

—Entonces le diré algo sobre su mujer que sé yo, pero usted no sabe, Sun Piao...

En las manos del ministro la naranja adquiere una sensualidad secreta; Piao sabe que en sus propias manos sólo sería un alimento. La idea le hace sentirse torpe, como un hombre a medias, pero un fracaso completo.

—... está todo en orden. La semana pasada le hicieron a Lingling el primer escáner ultrasonido. El bebé está sano. Es un chico. Diez mil onzas de oro.

Piao notó que el corazón le daba un vuelco. Agradece la penumbra de la habitación cuando un rubor se le extendió por la cara.

Debería ser hijo mío. Mi hijo. Nemma bainemma pang. Demasiado doloroso para recordarlo... demasiado doloroso para recordarlo.

La piel de la naranja cae de la fruta al escritorio. Zhu abre la pulpa, separando cuidadosamente los gajos. Zumo en los dedos.

—Un silencio que vale por mil palabras...

Zumo en los labios.

—... tome un poco, Sun Piao. Vamos, tome naranja, le sentará bien. Debe recuperar fuerzas.

Extendió la palma, los gajos servidos en el foso de su plato. Piao mira más allá de los débiles reflejos de las gafas del ministro, a sus ojos.

—Cuarenta segundos y ha demostrado usted que yo acertaba al odiarle todo ese tiempo. Sólo cuarenta segundos. Debe de ser un récord, incluso para usted, ministro.

—No, no, no es un récord...

Se rió, brevemente, sin humor, sonando a martillo golpeando la chapa de un coche.

—... pero dejemos las cuestiones personales, Sun Piao, no es momento para esas cosas.

—¿Para qué es momento?

Zhu se repantigó en su sillón. El zumo de la naranja, pegajoso en sus dedos. Se los chupó para limpiarlos, uno por uno.

—Hoy es siete. Pronto será el diez de este mes, el día de su juicio y de su subsiguiente ejecución...

Se sacó el último de los dedos de la boca. Brillaba con saliva. Se lo mira al hablar.

—... es momento de hacer tratos...

La carpeta ya estaba sobre su escritorio, el sello del ministerio pegado a ella como una mancha de sangre. La acercó a Piao de un codazo.

—... un indulto total de todas las acusaciones contra usted y de cualquier acusación que pudiera hacerse en el futuro referida a su investigación. También hay una carta de autorización del camarada secretario de su Danwei que le permitirá el traslado temporal al departamento de Investigación Central. Notará que le han ascendido, con un sueldo acorde con ello. También incluye documentos que le proporcionarán un apartamento, muebles, ropa, un coche nuevo. Una oferta muy generosa.

Tras los cristales, el brillo mercurial de los ojos del ministro. La

perspectiva de un hijo podría iluminar incluso los ojos más cansados cuando estás, *Ni-ai*, «inundado de amor».

—Los tratos tienen dos aspectos, ambos afilados. ¿Qué quiere de mí, ministro Zhu?

—Muy astuto, Sun Piao. ¿De usted? Claro que queremos algo de usted. Matará por nosotros al inglés conocido por Charles Haven.

—Por usted, ministro, usted quiere que le mate por usted.

La sonrisa fue lenta. Una abertura calculada hizo que la boca de Zhu formara una hoz.

—Sí, inspector jefe, acierta usted. Le matará por mí, pero también por usted mismo. El inglés asesinó a su primo, a su ayudante y amigo, el subinspector Yaobang. El inglés le dejó a usted moribundo en aquella barcaza en el centro del río. Y su funcionaria del gobierno estadounidense, ¿hasta qué punto está segura con un monstruo así?

Zhu juntó las manos. Los dedos, un puntiagudo tejido de huesos apenas velados. Imagina aquellas ramas secas en los pechos de ella. Pasándole por el pelo. Dirigiendo las manos de ella a su polla marchita. Imagina que dice el nombre de ella cuando el viejo se corre. Lingling. Una campana desafinada de sílabas melodiosas unidas con espesa saliva y olor a amoníaco.

—Esa estadounidense, oí que es muy hermosa, es decir, si a uno le gustan las mujeres estadounidenses. Personalmente, yo encuentro que se parecen al cielo en verano. Brillante, pero vacío. Monótono. Pero me han dicho que tiene unas piernas como cuellos de cisne y unos pechos con los que uno no se aburriría nunca. Dígame, Sun Piao, ¿cuántas veces se la folló? ¿Una, dos, diez? Fueran las que fueran, no resultaron suficientes, ¿verdad? Usted todavía piensa en ella todas las veces que huele a sábanas limpias. Todas las veces que tiene una erección, ¿o no?

Piao se acercó más al escritorio: por fin tiene algo que hacer con las manos... se agarra al cuero, bordeado de oro.

—Matar a Haven por usted, ministro, es más que disimular las pistas, atar cabos sueltos, ¿no?

Aquello estaba en los ojos de Zhu. Verdadero. Tan pálido, con tan poca definición como una catarata. Pero aún verdadero. Y con ello, las palabras de Lingling cuando ella había hablado del ministro aquella noche en el piso de

Piao. La carpeta, las cintas, en sus manos.

Él ya está condenado a muerte.

El aliento de ella en la ventana, apagándose con la muerte de cada palabra.

—Lo tiene en la sangre, ¿no? Venganza. ¿Qué puede haber hecho un hombre como Haven para merecer ese odio, ministro?

Dolor en un vuelo desigual en los iris de Zhu. Por primera vez la incomodidad rezumaba en la postura del ministro. Hubo un minuto de silencio antes de que hablara.

—En colaboración con varios otros camaradas del Politburó, yo estaba dispuesto a organizar un servicio de trasplantes de órganos en nuestro país...

Se retuerce en su asiento, el cuero cruje.

—... se trajo a Charles Haven para que dirigiera un equipo que se ocupara de eso. Organizara un servicio.

Enseñara a nuestro propio personal médico y nuestros cirujanos las técnicas de los trasplantes. Montara una red que se adecuara a nuestras propias demandas y vendiera nuestros servicios a los extranjeros que desearan venir aquí a hacerse trasplantes. Se propuso el uso de los órganos de los presos. Haven es un hombre muy brillante. Consiguió todo lo que queríamos, y más. Se convirtió en el extranjero con más influencias.

Un vaso de agua junto a su codo. El ministro lo agarró, tosiendo y lo apuró.

—... nos hicimos favores mutuos. Llegamos a algunos acuerdos...

Zhu coloca el vaso en el escritorio y su dedo recorre distraídamente el borde.

—... yo fui uno de los primeros a los que operó, junto a otros miembros influyentes del Politburó. Recibí un riñón vivo de un preso al que iban a ejecutar al día siguiente. La técnica del trasplante fue perfectamente bien. La recuperación después de la operación fue rápida, sin problemas. Excepcional para un hombre de mi edad, me dijeron. Pero yo no me había dado cuenta de que nuestros donantes y sus órganos no servían...

Se quita las gafas. Los bordes de sus ojos brillan como joyas.

—... no me había dado cuenta de que el sida estaba tan extendido en la República Popular y uno se podía contagiar con un riñón trasplantado...

No da a Piao el placer de verle secarse los ojos. Vuelve a ponerse las

gafas, disimulando las lágrimas.

—... sólo cuando Lingling se enteró de que tenía a mi hijo en su interior, cuando le hicieron muchos análisis de sangre, se descubrió que ella había contraído el sida...

Un carámbano en torno al corazón de Piao. Plomo en los intestinos.

—... yo no lo sabía, pero debo de haber sido portador del virus durante todos estos años. Contagié a Lingling, su mujer. Lingling, la madre de mi futuro hijo...

Un zumbido invade la cabeza de Piao. Ardiente, profundo, peligroso. El odio golpea en todas direcciones contra el interior de su cráneo.

—... al sida no le importa el rango. No aguarda en los pasillos a la espera de una cita. En cuanto a mí, me han diagnosticado que ahora tengo sida. Mi sistema inmune está muy debilitado. Hace un mes me hicieron una operación importante para quitarme un tumor canceroso interno. Encontraron muchos más. Me queda muy poco tiempo... Se sirvió algo más de agua, dando un trago.

—... sí, es usted muy astuto, como dije antes. Es algo personal. Una venganza.

Empujó más allá la carpeta por encima del escritorio, su borde contra los dedos de Piao.

—... el inglés. Le matará usted por mí. Por su mujer y el niño. Y por usted mismo, Sun Piao. Y por los otros cuyas caras ve cada vez que cierra los ojos.

—Pero yo no soy un asesino. Yo no soy un asesino. Y me importa un carajo usted, ministro.

Zhu encendió una lámpara de pie; luz intensa, amarilla como el ámbar. Por primera vez veía el desierto de la cara del ministro. Los ojos hundidos en cuevas.

—Pero a usted, Sun Piao, le van a juzgar y condenar. ¿No es capaz de pensar en sí mismo? A veces eso es más difícil que odiar a los demás.

—Un alto cargo, un jodido miembro del Politburó que a veces es filósofo. La historia está llena de peligrosas mezclas de éstas. Millones de tumbas lo pueden atestiguar.

Zhu empujó la carpeta al centro del escritorio; sus dedos, cuero reseco. El sello del ministerio, un carbón al rojo vivo entre ellos.

—El odio le llevará directamente a la ejecución, inspector jefe. Pero mate

al inglés, a Charles Haven, y recuperará su vida. Lingling le necesitará. Oiga... ella le va a necesitar. Eso es lo que usted quería oír todos los días desde que le dejó, ¿no es cierto?

Inclinado sobre el escritorio, el aliento tan agrio como vino sin fermentar.

—Su vida se va acortando por minutos, Sun Piao. Mate al inglés. Hágalo. Le conoce. Está dominado por el odio. Mátelo y viva. Mátelo y la ley le protegerá de las acusaciones que existen contra usted.

—¿La ley? ¿Qué sabe un hombre como usted de la ley, ministro, excepto que los demás se atienen a las leyes y usted las hace y las trasgrede?

Una tos sacude al ministro. Profunda. Oscura. Una tormenta del alma escapando por una boca abierta. Labios tan tensos como bandas elásticas estiradas hasta el límite.

—Mátelo. Fíjese en lo que me ha hecho. Mátelo.

Baja la vista hacia los ojos de Zhu. Lágrimas, en delgados surcos, descienden por sus mejillas. De sus labios, saliva, en finos filamentos. Blanco plateada con manchas escarlata, gotea encima del escritorio.

—No, ministro. Yo no mataré por usted. Ni por mí.

La tos de Zhu se abre paso más al interior, interrumpiendo la ansiosa entrada de aire. Un anzuelo atascado que le deja los ojos en blanco. Eso hace que sus dedos de cangrejo recorran el escritorio, con un objetivo desconocido. En sus labios, en la parte delantera de su camisa, tan espesa y de un tono tan oscuro como salsa de ciruela... sangre. Piao corre instintivamente a la puerta de doble hoja, golpeándola con los dos puños. Oye su propia voz lanzando un grito gutural de ayuda. Al instante, los dos agentes de seguridad irrumpen en el estudio, agarrando al anciano en sus brazos. Las gafas de éste caen lentamente al suelo. Sangre y vómitos entrelazados en sus camisas. Un hedor inmediato a bilis, vinagre y especias inunda la habitación. Murmullos en los labios de Zhu, flácido y boqueando contra el pecho del agente de seguridad cuando éstos le sacan rápidamente de la habitación al pasillo. Una puerta que se abre, que se cierra, en el extremo del pasillo. Y luego silencio. Total. Ininterrumpido. Un silencio tal como si el propio mundo estuviera conteniendo la respiración.

* * *

Piao durmió cinco horas, aunque parecieron cinco minutos. Consciente de la actividad constante al final del pasillo. Idas y venidas, desde la habitación de Zhu.

Despertó preocupado en la oscuridad. Nunca tan negra. Sentada al final de la cama... Lingling.

* * *

Por la mañana. El cielo limón, cuando ella se levantó, besándole... sabor a sal y fresas. Las palabras de ella, pocas. Las últimas palabras. Casi vomitadas como si en realidad no importaran nada. Como si ella nunca hubiera dudado que él estaría de acuerdo en lo que le pedía. El inglés. Haven. Lo que había hecho a los ocho del río. Al ministro. A ella misma... El sida, el lento navío de la muerte. Lo que le había hecho a Piao... su juicio, su ejecución dentro de pocos días. Tantas reputaciones venerables manchadas por sus maldades; reputaciones arrastradas por el barro. Tantos que pierden el buen nombre. Una pérdida semejante. Sí, había que matarle. No quedaba otro remedio. El inspector jefe haría, claro, lo que había pedido el ministro... salvarse a sí mismo y matar al inglés. Le volvió a besar, esta vez más tiempo. Con más dulzura.

—Haven. Mávalo, Sun. Si no por el ministro, entonces por mí.

Ella había sonreído, y él dudó inmediatamente de las palabras que sabía que quería decir. Cada una, una espina de pescado que se le atraganta.

—Yo no soy un asesino.

Lingling cerró la puerta, caminando silenciosamente hacia la habitación del final del pasillo. La sonrisa se le borra de la cara.

* * *

Fue un día de silencio inquietante. Dormir, cuando el sueño le dominaba. La nerviosa modorra de un gato dormitando en el alféizar de una ventana muy lejos del suelo. Soñando sólo con cosas duras. Cosas puntiagudas. Comida servida a intervalos regulares por una a-yi vieja, desdentada. Fuera de la habitación, los pasos medidos de los del servicio de seguridad. Y dentro de la

habitación... una atención constante al pasillo y al dormitorio del ministro Kang Zhu en el extremo oscuro de aquél.

Ve a Lingling sólo una vez más a lo largo de todo aquel día. Una visión, breve y desolada, cuando ella había atravesado corriendo el pasillo. Sus pies descalzos no hacen ruido. Las dos manos tapándole la cara. Lágrimas corriendo entre los dedos.

* * *

Motas de polvo moviéndose por una raya de luz de la mañana.

La a-yi se marchó... Los ojos de Piao se adaptan a la oscuridad del estudio. Estados de ánimo, texturas, llenan la habitación hasta el borde. Todo del tono de la caoba y el chocolate amargo, excepto Lingling. Su espalda, pegada a la pared con estanterías de libros... vestida de blanco. Completamente de blanco. El color de la muerte. En el centro del estudio han quitado el escritorio labrado. En su lugar, un pesado caballete cromado; encima de él, un negro ataúd de madera. Un retocado Kang Zhu llena sólo parcialmente su enorme interior. Pelo tirante. Mejillas con colorete. Labios pintados. Más un payaso septuagenario que un ministro de Seguridad.

Ella se desplazó desde la estantería hacia el ataúd. Su perfume, Chanel... invasor. Un estilete afilado que atraviesa los otros olores. Los olores que Piao siempre asociaba con la muerte. Tierra mojada. Charcos de agua estancada. Barandillas oxidadas. Fruta caída. Ella se queda de pie junto al ataúd, sus dedos de puntas carmesí tocan la madera tallada y tamborilean suavemente un ritmo anónimo. Hablan por su boca. Hablan por el cuerpo de Zhu. Nuevamente la pregunta... esta vez más directa. Preocupa a Piao que ella considerara que no necesitaba medir sus palabras.

—¿Matarás al inglés por mí?

Por mí. El ministro está muerto, pero Lingling agarra las riendas de la venganza.

—Yo no soy un asesino.

Durante un segundo, los dedos de ella inmóviles antes de ir hasta la ventana y descorrer las cortinas. Piao se tapa los ojos cuando la habitación se inunda de un blanco hielo. Detalles... fijarse en los detalles. Las señales de

dedos en la madera del ataúd. Títulos dorados en los lomos de los libros encuadernados en piel. *Los pantanos del monte Liang, Wahisi el tirano, David Copperfield*. Y los ojos de Zhu, que parecen rayas negras bajo el cristal. Manchas de maquillaje y perfilados de negro. La mirada del inspector jefe atraída por los jardines de la residencia, un puño verde... en su centro un hombre. Pálido como el papel. En su frente, una cicatriz irregular. Yaobang. Junto a él, las sombras de dos agentes de seguridad.

—Como ves, nada muerto...

Ella dobla los dedos, se contempla las uñas, haciendo un gesto hada la ventana, hada Yaobang. Como si señalara a una amiga un bolso en el escaparate de una tienda.

—... será ejecutado, puede que sus órganos se «cosechen», si no matas al inglés...

Un choque frontal de emociones. Las dos extremas, las dos opuestas. Vivo, Yaobang vivo. Un mazazo de alegría en el pecho del inspector jefe. Y en el otro extremo, pesar, pérdida... iniciando por él una sucesión de lamentaciones. La vida del Grande en la palma de su mano, aunque a punto de escapársele entre los dedos.

—No, yo no mataré por ti...

Lingling se movió alrededor del ataúd.

—Sun, me estás obligando a hacer cosas que no deseo hacer. Convirtiéndome en una persona que no quiero ser...

Fuera estaba lloviendo. En la ventana, el ritmo como de tambor de su caída. Los agentes de seguridad todavía están parados delante de Yaobang. El pelo mojado. Los bordes del corte al cepillo en punta, serrados como un cuchillo para el pan.

—... eso es lo que los hombres les hacen a las mujeres. Convertirnos en otras cosas. Nos convertimos en las cosas que no queréis. Las cosas que vosotros no queréis las hacemos nosotras por vosotros...

Más intensa, ahora, la lluvia. Sobre los árboles. Las hojas. Sobre la hierba. Sobre el hombro de ella. Piao contempla su caída en rachas grises.

Lávalo todo, por favor, lávalo todo.

Ella se había buscado en el bolsillo y en sus dedos un trozo de papel. Lo despliega lentamente. Impreso por ordenador. Sus palabras revelan un horror

más personal. Un estremecimiento prematuro hace presa en Piao.

—... esto es de tu especialista del hospital militar popular. Los resultados de tus últimos análisis de sangre...

Lo agarra de los dedos de ella. Todo con un filo. Tonos. Olores. Texturas. Nota el espesor del papel entre los dedos. La letra impresa que se alzaba infinitesimalmente por encima de su superficie. Pero no lo lee. No lo lee. No es necesario. Sabe lo que le diría ella. Con seguridad... lo sabe.

—... los órganos trasplantados, el riñón que has recibido de las manos de Charles Haven. Procede de un donante vivo. Un preso que estaba contagiado. El inglés lo sabía...

Fuera, aún la lluvia. Ve su fluir en riachuelos desde la nariz y la barbilla de Yaobang. Ve su caída sobre cada brizna de hierba. Y encima, el cielo se mueve en una cortina sin costuras... el color de la amalgama escupido en un fregadero.

—... el preso tenía sida. Tú tienes sida...

Ella sonrió. Una cuchillada con pintura de labios. El cielo cae. Piao necesita una silla cuando las piernas se le funden. Una instantánea borrosa al mirar los jardines por la ventana. Todavía estaba lloviendo, pero el Grande ya no estaba debajo de donde caía y no se veía nada. No estaba debajo. Estaba a salvo y seco. A salvo.

Capítulo 38

Mira... las aguas del mes de las ánimas caen sobre la tierra seca.

Mira... quemamos el incienso. Hacemos las ofrendas.

Aplacamos, apaciguamos los espíritus de los antepasados.

Mira... el arroz todavía no crece.

La lluvia... otra vez aquí. Todos los días. Como si la tierra se estuviera convirtiendo en océano. Lleva ya semanas. ¿Meses?

Piao sentado en un tronco, las gotas le bañan constantemente la cara. Cada gota, un tambor, hace resonar la fuerza que recupera en su interior, donde antes no había ninguna. En las comisuras de sus labios, su sabor... sabor amargo. Sólo sabores amargos.

Siguió los pasos de Lingling desde el edificio principal de la casa, un desplazamiento en negro, sin testigos del paso de ella por la hierba empapada. Un paraguas grande, negro, encima de la cabeza, como una nube que acecha. Y luego estaba con él, de pie, delante de él.

—Es la hora —fue todo lo que dijo Lingling.

* * *

Durante el trayecto en coche al aeropuerto, él había leído la delgada carpeta. Preparativos. Una habitación de hotel. Un coche. Los pasajes de avión. Espera un vuelo a los Estados Unidos de América. Gente brillante en ciudades brillantes. Una descarga de sorpresa al apoyar con firmeza su espalda en la tapicería de terciopelo del coche extranjero negro.

Un vuelo, en una dirección... al aeropuerto Capital, Beijing.

* * *

En el vuelo, cuando han sobrevolado la ciudad jardín de Suzhou, la ciudad de la seda de Wuxi, Zehngjiang en el Gran Delta del Río, al seguir el recto desfiladero del Gran Canal y cruzar los antiguos pantanos de Hebei... había sacado los dos últimos documentos de la carpeta. Un largo y detallado artículo del periódico de la provincia *El Diario Fin de Semana* y un listado de ordenador con detalles de visado y permisos para viajes internos. Referentes a... Haven.

Mientras Piao tomaba té, hirviente y amargo, y el vuelo de la Administración de Aviación Civil de China variaba el rumbo en la costa escarpada del mar de Bohai, su dedo recorrió las pálidas líneas grises. El inglés había vuelto a entrar en la República Popular sólo un mes antes. Permiso de viaje a Kunming, aprobado y sellado, y allí permanecía desde entonces. Kunming, con su fama como centro de tránsito del tráfico de drogas y su importante hospital, el General de Kunming, reconocido como un centro excelente. Sólo días antes, los permisos para viajes internos indican que Haven había llegado a Beijing. Un vuelo de regreso, el CX 251, a los Estados Unidos de América, reservado... y sólo para días después. Muy fáciles sus movimientos de entrada y salida de la República Popular. Muy fáciles sus desplazamientos internos por el país, de provincia en provincia, sin inconvenientes. Era indudable que todavía era un «extranjero privilegiado». Un hombre que todavía tenía amigos en las altas esferas.

El artículo de *El Diario Fin de Semana* era una copia de una copia de una copia... gris sobre gris y apenas legible. Debatía los nuevos cambios que liberalizan las leyes que había aprobado el Consejo Popular Nacional y que llevaban vigentes desde enero. Entre otras disposiciones, permitía que las autoridades buscaran alternativas al empleo de un pelotón de ejecución como medio de llevar a cabo las ejecuciones sancionadas por el Estado. Mencionaba a un médico, Wang Jun, director de un hospital del sudoeste de la República Popular, el cual, desde hacía unos meses, había estado experimentando con el método más fiable para matar gente. El trabajo había sido muy completo. Exhaustivo. Sus equipos de médicos probaban un

interminable número de cócteles de medicamentos con los presos. Lenta, lentamente... iban encontrado uno eficaz para conseguir la muerte. La preocupación principal, el criterio principal, era que las inyecciones letales no dañaran los órganos internos de la víctima, que se podían usar para trasplantes. La última remesa de delincuentes había dado las gracias al director y su equipo cuando ofrecieron voluntariamente sus brazos... camisas remangadas, preparados. Todos habían parecido tranquilos. Ninguno había sido atado a su camilla. Los médicos inyectaron a veintidós. Los veintidós habían muerto. Cada muerte, registrada individualmente por colegas que tienen cronómetros y cuadernos con tablillas. Los grados de dolor que acompañan a la muerte, debidamente anotados y descritos. El tiempo que habían tardado en morir, detalladamente registrado. La muerte se había producido en intervalos que iban de los tres minutos y cincuenta y cinco segundos a sólo cincuenta y siete segundos. Eso parecía depender de que el delincuente estuviera tumbado o sentado. Pero más todavía del cóctel de medicamentos que se había administrado. La mezcla número 1 o la mezcla número 2. A los pocos días de las pruebas finales, Hu Jiankang, director del Tribunal Mediador, había aprobado el empleo de la mezcla número 2 como «dosis preferida» por el Estado, para lo que se había denominado «una especie de eutanasia».

La labor pionera de Wang Jun en este campo fue muy alabada y ahora se estudiaba su uso a escala nacional para ver si podía reemplazar al ritual de la ejecución por disparo en la nuca o en la espalda.

Piao había dado un trago al té, ahora frío, insípido... cuando el reactor había virado, descendido, anunciando su aproximación inicial al aeropuerto Capital, cuatro mil metros más abajo. Por la ventanilla, espesas nubes. Negro sobre gris. Gris sobre negro. No se veía nada del mundo. Y sabiendo, antes de haberlo leído, lo que diría la nota al pie escrita a mano por Lingling...

«El doctor Wang Jun es el director del hospital general de Kunming.»

Kunming.

Haven.

Amigos en las altas esferas.

Capítulo 39

WASHINGTON O. E., ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA.

La intérprete estaba trabajando en la última página de los datos del ordenador. Una cascada de caracteres chinos que cubría de arriba abajo cada página, derramándose de una a otra. El dedo de la mujer, firme, con la manicura hecha y las puntas rosa recién nacido, recorría la impresión de láser negra, las referencias cruzadas.

—¿Ha localizado el e-mail?

Al pasar lentamente por la separación de cristal tallado, Carmichael lanza una ojeada a Barbara Hayes. Se quita las gafas. Se limpia los cristales con la corbata. Sus ojos, muy pequeños, infinitamente pequeños. Parecía un Winnie de Pooh vestido por Gucci.

—Direcciones por hotmail, datos falsos, y reenviados por cuatro sistemas por lo menos. Podrían proceder de cualquier parte...

Carmichael sonrió. Sus ojos sólo volvieron a adquirir vida una vez que se hubo puesto de nuevo las gafas.

—... me he limitado a la República Popular.

Barbara miró por la ventana del despacho por encima de la «Ciudad de las magníficas distancias», hacia el Potomac. Podría haber sido cualquier río al comienzo de la noche. El Támesis. El Sena. Pero más aún el Huangpu; puede que lo fuera, en muchos sentidos. Se llevó el vaso a los labios y bebió el vino. Australiano... flores y miel, pero extrañamente sin alma, vacío. Mira por la ventana el torrente de coches, luces traseras acuchillando la calzada, que vuelven a casa, al cuadrante blanco de los ricos del noroeste de la ciudad. Madera cursi y revoque blanco chic; preocupados por las matrículas de la universidad de sus hijos y el porno duro encontrado debajo de la cama del

pequeño Billy. Y en los distritos del suroeste y el sureste, negros soñando con conseguir trabajo. De dónde cojones van a llegar los próximos diez dólares y qué coño ha pasado con el sueño americano.

—Señora Hayes, he terminado.

Barbara se volvió hacia la intérprete; chino-americana, con el aspecto que unía dos mundos diferentes... que los funde en colores castaño suaves, negros sedosos y rasgos dibujados por la paleta más delicada.

—¿Qué son?

—Historiales hospitalarios. Historiales hospitalarios confidenciales...

La uña de la intérprete señaló una hilera de caracteres, idénticos en varios papeles.

—... éste lleva encabezamiento del hospital número 1 de Shanghai, el Huangdong.

Barbara metió el dedo en el vino y se lo llevó a los labios.

—¿Qué tipo de historiales hospitalarios?

—Listas de donantes de órganos para trasplantes. Listas de los que los recibieron.

Pregúntale. Pregúntale.

Barbara miró hacia la ventana más alejada. Hacia la voz. Bobby desnudo y mojado. Su dedo dibujando siniestramente en el mar de condensación. Círculos. Uno, dos, tres, cuatro... interrelacionados.

Pregúntale.

La voz de él, muy clara, pero no se le mueven los labios. Detrás de él, más allá del cristal de la ventana, un paisaje de rejillas eléctricas multicolores. Diariamente, navidades. La cara de él bebe en ellas... sin ver.

Soñar... ¿sólo soñar?

Barbara señaló los caracteres destacados con el rotulador. Rosa fluorescente, tan brillante como un chicle. Ya sabe la respuesta que llegaría.

—¿Y éstos?

—Nombres, señora Hayes, lo más parecidos posible a los nombres estadounidenses originales. Éste es el nombre del profesor Heywood. Éste, el nombre de Robert Hayes.

—Bobby.

La intérprete asintió con la cabeza.

Pregúntale.

Barbara bebió algo más de vino.

—¿Qué dice el historial de Bobby Hayes?

El dedo de la intérprete se desplazó de carácter en carácter.

—Fue donante. Corazón, riñones vivos, córneas...

Pasó las páginas, buscando referencias cruzadas; del rosa chicle al rosa chicle del rotulador.

—... sus riñones se enviaron al hospital del pueblo número 7 de Zhengzhou para trasplante inmediato. Las córneas se quedaron en el hospital número 1 de Shanghai y fueron utilizadas para injerto corneal en el mismo receptor dos días después. Su corazón no se vuelve a mencionar.

Pregúntale.

—Los receptores, ¿sabemos quiénes son?

Páginas que se dan la vuelta.

—Sus riñones fueron trasplantados a dos receptores. Deben de haber sido funcionarios muy importantes. Han suprimido sus nombres.

—¿Y las córneas?

Sobre la cara de la intérprete, un velo de pelo ébano, que se echa a un lado. Sus ojos, bolas de goma, bailando por los caracteres y las páginas.

—Se destinaron a alguien de nacionalidad estadounidense...

Relaciona el número de referencia del paciente con una factura impresa por ordenador. Le da golpecitos con los nudillos, tan lisos como conchas de cauri.

—... la factura se pagó en metálico, cuarenta y cinco mil dólares. Las córneas fueron a un niño de diez años. Adam Michael Irving. Hay una dirección de Filadelfia. También un número de teléfono.

Barbara se llevó la página a su escritorio, señalando cada cifra individual del número con la uña. El número de teléfono del chico que ahora veía con los ojos de Bobby. Agarra el auricular. Marca. Y luego silencio. Silencio señalado y medido por los latidos de su corazón. Escucha, y termina el vino, caliente y flojo, pero inmediatamente le apetece algo más fuerte. Interrumpe la comunicación antes de la conexión, sabiendo que si hubieran contestado, habría contestado él. Él. Un chico de diez años. Sería rubio... también sabía eso. Y con ojos de un azul de balón de playa. Los ojos de Bobby. Cuelga el

auricular, se dirige a la mesa de las bebidas y se sirve un Teacher's largo en el pesado cristal. Oro dentro de plata. El hielo crujió cuando entró en contacto con el líquido. Se lleva el vaso a los labios y lo apura de un trago. Placer y dolor. El whisky escocés. Fuego y hielo.

Pregúntale.

—A Bobby Hayes, el corazón, los riñones y las córneas, ¿quién se los quitó?

La intérprete pasa las páginas, siguiendo el meandro de su propia uña; tan segura, tan decidida como el corte profundo de un bisturí.

—Un cirujano asesor. Un tal doctor Charles Haven.

Los ojos le arden. Barbara se vuelve hacia la ventana, pero Bobby se había ido. Sólo quedaban los círculos; lágrimas de condensación deslizándose entre ellos.

Soñar... ¿sólo soñar?

—¿Algo más, señora Hayes?

Barbara coloca la mano en un dibujo del vaso donde había encontrado a Bobby. Lo podía sentir.

—No, he terminado. Agradezco su ayuda, gracias.

Se cerró la puerta. La habitación vacía. El mundo vacío. Sólo lo llenan lágrimas. Agarra las hojas de datos del escritorio cuando se marcha; la breve nota con su tenue olor a cigarrillos China Brand. Podía imaginarlo escribiéndola. Sonrió al guardarlas en su maletín. Apaga las luces del despacho.

—Gracias, Sun Piao —susurró, cuando se dirigía al ascensor.

* * *

Camina... un día perfecto echado a perder. Un cielo vestido de andrajos. Sol, pero lluvia en los faldones de su abrigo. Se podía oler, notar. Quiere llegar y pasar, pero estaba hundiendo sus tacones en él.

Barbara aceleró el paso. No iba a ninguna parte, pero iba a todas. Pasó delante de cafés conocidos. Parecían desconocidos. Todo discordante. Sólo al regresar al despacho, camina resuelta, cuando la música se escapa por la puerta abierta del bar.

*En el momento de despertar,
antes de empezarme a maquillar...
Rezo un poco por ti.*

A veces todo, cualquier cosa, adquiere significado.

* * *

Apretó el interfono.

—Necesito una comprobación de alguien, Carmichael. Completa. Y que se le sigan los pasos. Necesito que le sigan los pasos diariamente. Cueste lo que cueste. Sean los que sean los tratos que haya que hacer. Actualmente está en China. No estoy segura de dónde. Si está en Shanghai, se alojará en el hotel Jing Jiang. Si está en Beijing, la residencia para invitados del Estado Diaoyutai...

Por la ventana, el cielo se movía hacia la oscuridad en un flujo constante. Casi líquido. Del amarillo al malva. Del rojo al púrpura.

—¿Amigo o enemigo?

Los ojos de Barbara seguían la curva del Potomac; la carretera del George Washington Memorial abraza su lejana orilla con un perezoso fluir del tráfico.

—Enemigo.

Pudo oír los dedos de él que ya hacían claqué por el teclado del ordenador.

—Dijiste que era hombre, ¿no?

—Sí, hombre.

—¿Nacionalidad estadounidense?

—No.

Ella le oyó golpear las teclas lentamente, quedar en silencio.

—No es de los nuestros, ¿quién es pues?

El sol cae como una piedra hacia el horizonte. Barbara no está segura de que vuelva a salir alguna vez.

—Es inglés.

—¿Tan inglés como el Big Ben? ¿Cómo el puente de Londres?

Barbara apoyó la mano en el cristal, las luces de la ciudad surgieron bajo ella.

—No, Carmichael, tan inglés como Jack el Destripador.

Capítulo 40

El mes de las ánimas, gui yue.

El séptimo mes lunar.

No cumplas tus devociones, pues durante ese tiempo las ánimas del infierno recorren la tierra. No cumplas tus devociones o será un tiempo peligroso para viajar. Para bañarse en el mar. Para casarse. Para mudarse a una casa nueva.

No cumplas tus devociones, pues durante ese tiempo si tu marido muere, si tu mujer, tu padre o tu madre, si tu hermano, hermana, o tu propio hijo mueren... no debes enterrarlos. Conservarás el cuerpo para celebrar el funeral, el entierro, un mes después.

Largas semanas. Días aún más largos.

Muchas cosas no salen bien si cumples tus devociones. Muchas cosas salen bien si las cumples.

Los días primero y decimoquinto del mes de las ánimas quemarás dinero e incienso para calmar, para apaciguar a los espíritus. Los días primero y decimoquinto del mes de las ánimas prepararás comida, cuidadosa, complicadamente, y la dispondrás sobre mesas en el exterior de tu casa..., para calmar y apaciguar a los espíritus. Los días primero y decimoquinto del mes de las ánimas te bañarás, te pondrás tus mejores ropas y visitarás el templo taoísta..., para calmar y apaciguar a los espíritus.

La muerte es una cuestión delicada. No hables de ella... no te refieras a ella. De longevidad, puedes hablar. La muerte es tabú. Ten cuidado, mucho cuidado cuando pronuncies el número «cuatro»... En chino suena como la palabra «muerte». No regales un reloj, eso es una señal segura de que morirá

alguien. No hagas testamento, te será imposible encontrar un testigo que avale tu firma. Si regalas flores, regala siempre flores rojas, nunca blancas... Blanco: el color asociado a la muerte. Se debe evitar contratar seguros de vida. Y si vas de vacaciones o te mudas de casa, busca siempre los muchos nombres geográficos maravillosos que salpican la República Popular, como hace el arroz en una boda. Valle de la Felicidad. Camino del Paraíso. Puerta del Cielo. Avenida de las Mil Alegrías. Cuando vayas a los Estados Unidos de América, visita los muchos hermosos parques con que cuenta el país. Excepto uno, evitar siempre uno: el Valle de la Muerte.

Y el día séptimo del séptimo mes lunar, que cae durante el corazón del mes de las ánimas... *qingren jie*, día de los enamorados. Tarjetas. Bombones. Restaurantes. Un día del amor en un mes de ánimas.

No cumplas tus devociones... en exceso. Podría pasar de largo, las ánimas lo roban.

Capítulo 41

[BEIJING, REPÚBLICA POPULAR CHINA]

Un hombre se mueve junto a una pared de cristales de espejo. Se mueve entre la circulación de Chang'Andongjie... una arteria de una ciudad que se traga el humo de un millón de coches, diez mil autobuses, cincuenta y cinco mil taxis y millón de medio de motocicletas. Aún distante, pero inconfundible, Charles Haven.

Más cerca. El perfil se reafirma. Los rasgos cambian, ocupando su puesto. Ojos sorprendentemente azules. Furiosamente azules. Y el pelo más rubio de lo que recordaba Piao.

Recuerdos de recuerdos de recuerdos. Cómo engañan. Cómo convencen.

El inspector jefe bajó los gemelos de bolsillo y se frotó los ojos. Sueño, ahora no tanto un acto natural, más bien una mariposa que se negaba a que la atrapase la red. Observa que el inglés atraviesa las sombras de la acera al entrar en el Banco de China. Desde hace días... le sigue en sus trayectos sin prisa. De hospital en hospital. De banco en banco. De oficina del gobierno en oficina del gobierno. El aburrimiento y el cansancio aumentan. Paralizan. Incapacitan. Fluyen por las arterias a los músculos y el córtex cerebral del inspector jefe. Hace el trabajo que habría requerido el despliegue de trece agentes del departamento de Seguridad Pública si hubiera sido una operación del departamento.

Vigilancia... un arte en el que los errores no se pueden suprimir. Piao saca cada recurso de un profundo saco de experiencia. Se cambia de chaqueta con frecuencia, chaquetas de colores muy distintos. Gafas, gafas de sol... puestas, quitadas. Unas veces corbata, cuello. Otras camiseta, chaleco. Cuelga objetos diferentes en el parabrisas del coche alquilado y los cambia con frecuencia.

Amuletos de la suerte. Un dragón. Una camiseta de fútbol en miniatura. En la parte superior del propio parabrisas, pegatinas transparentes con nombres distintos de chicos y chicas.

PengyYe. YanyMiao. Zhou y Lili.

También los cambia con frecuencia. Cualquier cosa que engañe la ojeada rápida del objetivo al que se sigue. Matices que puedan captar sus ojos y que supriman cualquier sospecha. Operando a nivel casi subliminal. Mensajes sutiles, susurrados a su subconsciente.

Ves, no te están siguiendo. Su chaqueta es de diferente color. El parabrisas del coche lleva nombres distintos... Hong y Wei. Un dragón colgando del espejo retrovisor, no una botella de coca-cola de plástico. Ves, lleva corbata, no camiseta. Y gafas de sol. Tranquilízate... compruébalo tu mismo, no te están siguiendo.

* * *

Pasó hora y media antes de que el inglés emergiera a una tarde que moría a sus pies. Ríos ardientes de circulación procedentes de Qianmenxijie, la plaza de Tiananmen, Dongdandajie... al sur, hacia el parque del Templo Celestial. Hora y media esperando... Sudor, en lentas procesiones, bajándole por la espalda de la camisa. Observa cómo dan vueltas las puertas giratorias del banco. Padres, hijos detrás, salen del Palacio de los Museos. Trescientos diez mil objetos destinados al adoctrinamiento político del pueblo.

Hora y media, y Piao sólo pensaba en un intervalo de tiempo y espacio en el que podía matar a un hombre.

Mantiene una distancia respetable. Aparca más allá de la hilera de árboles, la cerca de alrededor. Por los gemelos, manchas enfocadas hasta adquirir bordes definidos... observa que Haven regresa a la residencia para invitados estatales Diaoyutai. Sube los escalones de uno de los muchos chalés que puntuaban los frondosos terrenos de lo que fue sede de la Residencia Imperial unos ochocientos años antes, los chalés reservados únicamente para los invitados extranjeros más ilustres. Inmaculado. El inglés tiene un aspecto

como si el día no hubiera contenido una humedad que casi sudaba. Un día en una vida que marca su paso en los sucios anillos de hollín gris que manchaban los puños y los cuellos de las camisas.

Un destello de una puerta de latón y cristal, y Haven había desaparecido.

Piao aparcó, anduvo. El hotel Qianmen a dos manzanas de distancia.

Tres horas de sueño. Una ducha, tan fría como la miseria. Al afeitarse, se corta. Sangre que corre, e incapaz de cortarla. *Joder, joder... ¿por qué no se para!* En el espejo, medio empañado, una cara le devuelve la mirada. Casi irreconocible. Sigue la cicatriz en torno a la oreja. Por el estómago. Su dolor en rojas costuras le baja por la espalda. Se sentía y parecía el rompecabezas de un viejo. Hunde la cara en el lavabo. Hielo y jabón de hotel. El agua rebosa por el borde. Una vez y otra se lava enérgicamente la cara, las manos. Quiere, necesita lavarse muchas cosas. Hasta el dolor, las decisiones, las sombras de acciones todavía no realizadas... habían desaparecido. El jabón del hotel en un envoltorio toscamente impreso. El jabón del hotel le hace oler a rosas. El día entero, a rosas.

* * *

Alcanza el coche de Haven en Salihelu. Pronto, a las 10 y media de la mañana, como de costumbre. Negro, alemán... Mercedes. La luz de la mañana, como rodajas de limones en su pintura. Caliente, húmedo, el aire ya con agujijón en su parte trasera. Ideas de duchas, hielo gélido. Un asesinato quema como una llama... orbita en torno a la atención del inspector jefe. Entre el resplandor, sigue al inglés a los puntos establecidos del día, medidos por pozos de aburrimiento...

11:00 a 12:15 — En Beichizidajie, el departamento de Seguridad Pública.

12:35 a 1:45 — Hospital Capital, al norte de Dongdanlu.

2:00 a 2:55 — Comida en Fengziyuan, «El cuerno de la abundancia».

3:15 a 4:10— El complejo diplomático Jianguomenwai, en las afueras de Ritanlu.

4:30 a 5:20 — Universidad de Beijing y Escuela Técnica de Qinghua.

El Mercedes negro se dirige al norte, hacia Nanhai, tomando la desviación en Qianmenxijie. Circulación entre confusión y humo cuando el sol se pone en las tangentes de cemento y bosques de antenas de la ciudad. El inspector jefe con piloto automático. Breves vistazos de Haven en su interior de cuero y cristal. Piao trata de verlo como una piedra... sólo un objetivo que derribar. Pero falla miserablemente. Sólo con imaginar la rápida acción. El borrón de la acción. Formas, colores, en una estela sangrienta.

Una navaja... *sí, una navaja sería mejor.* Una serie de «pops» cuando atravesaba la chaqueta, la camisa, la piel. Resistencia cuando se abría paso en la carne. Al alcanzar el hueso. Sería cuestión de segundos, y la navaja se hundiría hasta la empuñadura, su puño contra la seda de la camisa del inglés... antes de que sangrara. Segundos para mirar a los ojos al hombre que estás matando. Segundos para escuchar el ruido de sus labios al separarse, mientras un chorro de sangre le recorre la camisa. De crema a carmesí.

Sabe cómo sería. Íntimamente. Con seguridad.

Estaba oscuro cuando el Mercedes atravesaba el santuario de la residencia para invitados extranjeros Diaoyutai... y se perdía de vista. Oscuro, cuando el inspector jefe atravesó en coche una ciudad hendida por ásperas luces de neón.

* * *

Tan recta como una flecha, la calle Fuxing lleva a Xichang'anjie, Dongchang'anjie, Jianguomenwai. Fuera de la ciudad, dentro de la ciudad, fuera de la ciudad. Atravesando Beijing, clavándolo en su sitio. Un palo alquitranado a través de la tripa de un pez que se retuerce. Carriles de tráfico, rápido, ardiente... enfadado.

Piao pisa a fondo. El Mercedes, cuatro coches por delante, en Qiamendajie, avanza por las carreteras, se desplaza al este. Una inmersión constante en la locura. Una psicosis cromada. Atasco en el carril de al lado, cláxones todo alrededor. Enjambres de motocicletas en vuelo desenfrenado. No rigen los códigos al conducir, sólo los músculos. En el Mercedes, dentro de su aire acondicionado, Haven se pasa una mano por el pelo. Va a llegar tarde. Diez, quince minutos, pero tarde de todos modos.

Jodido tráfico. Jodido Beijing. Jodida China.

Por encima de la carretera, lo bastante bajo para verle los remaches, un reactor alza el vuelo desde el aeropuerto Capital. Gana altura cuando se dirige al sudoeste, hacia Wuhan. Las grandes llanuras donde crece algodón de Hebei estarían bajo sus alas... el camino que siguieron durante la invasión los bárbaros del norte al abrirse camino hacia la cuenca del río Amarillo, tentados por las brillantes luces de la civilización. Las antiguas capitales del Imperio Celeste, Luoyang y Kaifeng... las pisadas del reactor plateado. Las montañas Amarillas, el pico de la Ciudad Celestial, el pico Inmortal, el pico del Dragón Volador..., cordones umbilicales de reconocimiento. Piao enciende un China Brand, aspirando su amargor. Pasa su mirada desde el cielo y de vuelta hasta la superficie alquitranada. Mejor concentrarse en la carretera. Los reactores plateados que volaban a ciudades plateadas eran para personas plateadas. Para él, las avenidas con charcos de meadas. Los tatuajes de las hojas de col aplastados bajo los pies. Las calles, asfixiando con su humo.

Tantas ciudades que nunca vería, un pico que uno nunca espera alcanzar.

Delante, una camioneta Toyota, parachoques abollados y con barro, se metió violentamente entre los dos carriles, separando a Piao del Mercedes. Cláxones, luces de frenos, una bandada de motocicletas que iniciaron una danza de pasos entrecruzados. A cámara lenta, una que patina. El ángulo entre la moto y la superficie de la carretera, cada vez más agudo. Una mano retirada del acelerador y alzada protege del rápido metal. Ruedas que pierden velocidad. El inspector jefe pisa a fondo el freno. Brazos que se cierran, protegen cuando chocan con fuerza.

—Mierda. Mierda.

Golpea el volante con ambas manos. Escapes, neblina caliente... teñida de goma. Y mientras esto ocurre, contempla cómo el Mercedes se aleja. Que pierde a Haven. Las luces de atrás se difuminan del escarlata al rosa más pálido. Desaparecen, desaparecen, se han ido.

Cuarenta minutos para que un equipo de sanitarios se abra paso entre el tráfico, agarrotado y rugiente. Para que una motocicleta y una camioneta sean retiradas de los carriles. Para que barran de la calzada el cristal, el barro, trozos de metal retorcido, y echen encima serrín. Piao tiene que conducir de

vuelta hasta Tongxian, a la sombra del Gran Canal, antes de poder volver a dirigirse hacia el centro de la ciudad. Ya es mediodía y las sombras se acortan. La autopista que pasa entre Baliqiao y la lejana ciudad..., una curva de pinchos grisáceos, puntas embotadas por una neblina color mostaza de contaminación. En un cruce sembrado de escombros con la Wenyuhe y la Chaobaihe, el tráfico se hace más lento, titubea, se detiene. Sin motivo aparente, sólo la vida secreta del tráfico intenso. El inspector jefe enciende otro cigarrillo. Baja la ventanilla lateral. El humo escapa por el exterior del parabrisas. Al mirar alrededor, la neblina caliente ondula el metal y dobla el cemento. Por las ventanillas del coche, caras, jadeantes y rosas. Suelta el freno de mano cuando la cuerda del tráfico se destensa y lentamente se va rompiendo. Destellos de carretera despejada entre parachoques y parachoques. Cuando pisa el acelerador, algo negro asoma por el rabillo del ojo de Piao. Un coche, rechoncho y brillante... circulando. Un Mercedes, en el carril de al lado, que pasa con tranquilidad junto a él. Su conductor mira indiferente de reojo a Piao. Con la palma de la mano en la barbilla, el inspector jefe mira a su vez de reojo indiferente al otro conductor, antes de darse cuenta.

Haven. Joder... Haven.

Un cable de alta tensión conectado, de ojo a ojo. El inglés lo cortocircuita. Pie clavado en el acelerador.

Piao. Joder... Piao.

Un trazo negro rápidamente plata cuando el Mercedes salió disparado. Un segundo, dos, tres... antes de que reaccionara el inspector jefe. Un zumbido, profundo, ardiente, le invade el oído interno cuando acelera su coche por el carril. Cincuenta metros más adelante, el Mercedes, perdido entre los tubos de escape y goma que chirría. Un olor, intenso, mareante... como caramelo quemado. Como una tripa llena de demasiadas manzanas recubiertas de caramelo. Todo se acelera, como si él estuviera inmóvil pero el propio mundo fuera a toda velocidad. De cabeza. Desequilibrado. Ahora todo con filo de navaja de afeitar. Ahora todo líquido, y con un matiz de mercurio. El juego ha terminado. Arranca los adhesivos con los nombres, Zhou y Lili, de la parte interior del parabrisas. Quita de un tirón la camiseta de fútbol en miniatura del espejo retrovisor. El juego ha terminado. Sin sobresaltarse cuando comprende,

sin siquiera una pizca de duda..., que al fin podría matar.

Delante, el tráfico se intensifica. Una pared de metal caliente que ondula. El Mercedes disminuye rápidamente la velocidad. Luces de frenos que se vuelven color rubí, cuando el coche se desvía a un lado del carril asfixiado por su propio humo. Una puerta se abre. Una persona de blanco que vuelve la cabeza momentáneamente, mirando. Corre. Corre, ante al torrente de intenso tráfico que se mueve con decisión en la dirección opuesta. Blanco sobre rojo. Blanco sobre azul. Negro... amarillo. Una cortina temblorosa de calor que deja la superficie alquitranada. Sale de los capós, los techos. Le hace disminuir. Le engulle. Piao también corre. Bajo las suelas de sus zapatos, la carretera quema. Instantáneamente, una capa de sudor le corre por la cara, los brazos. Esprinta, recurriendo a toda la energía de sus piernas; ya empiezan a fallar. Espinillas, tobillos, rodillas, se convierten en hierro oxidado. Pantorrillas, muslos... de cemento. Un hombre que corre persiguiendo a un hombre por un pasillo abierto entre el cristal, el plástico, el cromo, que se mueven lentamente. La separación entre ellos medida en placas de matrícula sucias y neumáticos gastados por el uso. Cada parabrisas arde con el sol del mediodía... cadmio. Todo parece como si estuviera a punto de dorarse.

La carretera asciende hasta un cruce de tráfico gris, estático entre el humo de los tubos de escape. Delante, a treinta metros, cuarenta... el inglés. Piernas, torso, cabeza, todo distorsionado por el reflejo de la superficie de la calzada mientras él corre desde lo más alto del puente y baja su suave pendiente. Un hombre como el palo de una cerilla en blanco y negro moviéndose delante de una pared multicolor. A Piao le estallan los pulmones. Fuego y plomo. La pendiente dificulta su marcha, tirando de él hacia abajo como un imán. Sudor a chorros... le baja por la cara, el cuello, el pecho. Consciente de que sus pensamientos se le escapan, como plumas con la brisa. Una visión por encima del pretil, abajo, una hilera de colegiales, cinco, seis años de edad, agarrados de la mano y guiados para cruzar un paso de peatones entre gruñidos y eructos de humo. En cualquier parte excepto aquí... en aquel instante quiere ser un niño. En un columpio, un tobogán, una zona de juegos. Cruzar un paso de peatones, agarrado de la mano, con otros niños. En cualquier sitio excepto aquí. Y otros pensamientos, dispersos y disparados por el delirio. Sólo permanece una imagen. El inglés, a sus pies, muerto. En mitad de la frente, un

agujero que no sangra hecho por una sola bala.

Muy limpio. Muy, muy limpio.

La distancia entre ellos no disminuye. Como si una mano invisible los mantuviera separados. Como si esa mano no quisiera mancharse de sangre. Un lamento de cláxones cuando Haven saltó la mediana que divide el sentido de la circulación. Oleadas de motocicletas que hacen curvas, hacen eses en su sprint. Una catarata metálica que le engulle. Delante, la resbaladiza carretera donde el río Tonghui serpenteaba, al encuentro de sí mismo. El inspector jefe sigue respirando con dificultad. Aceite y polvo. Sube los pies a lo alto de la mediana, cae... grava que se le clava en las palmas de las manos. Sangre en sus muñecas y en los puños de la camisa.

«Joder. Joder.»

Mentalmente se impulsa hacia arriba, pero quiere seguir en la carretera, clavado en la estrecha mediana central. Empieza a andar. Empieza a correr. En la boca, sabor a sangre. Cara al cielo, respira con esfuerzo, como si el aliento estuviera sujeto con una cadena a un ancla. El cielo... sólo nubes cortadas a cuchillo sobre un fondo cerúleo, pero reza para que llueva. Lluvia. Fría e incesante, como aquélla en la sucia cubierta de hierro de la barcaza. Delante, Haven. Un tartamudeo de miradas entre la circulación. Jirones de blanco, que se enfoca y desenfoca entre una oleada de humo de tubos de escape. Avanza por la resbaladiza carretera y por el suelo irregular... el suelo en sombra, bajo los tramos de paso elevado. Luz del sol, sombra, otra vez luz del sol. Haven, un camaleón de colores caramelo y tonos crema. Más allá del paso elevado y la visión constante de ocho carriles, una serie de caminos polvorientos. Solares de los que se ocupaba el gobierno rodeados por una cerca de tela metálica agujereada. Una topografía de montones de basura y montañas chatas. El inglés ya entre ellas, buscando refugio entre sus detritus. Atrapado entre los reflejos del aceite resbaladizo y los charcos irisados. Piao cruza la cancela. Casetas de metal corrugado. Perros negros meando oro. Hombres inclinados... ojos sin vida. Y los cielos dolorosamente azules. Absurdamente azules. Rotos únicamente por el tramo solitario de un solo cable del telégrafo, tendido entre postes. Curva a curva. Curva a curva. Curva a curva.

El sendero termina en un punto sin salida, charcos de aceite negro, manchas de hierba agostada. El inglés ya sube, baja, abriéndose paso con

dificultad por una serie de dunas de basura. Una ojeada alrededor. Una breve visión de su mirada... de preocupación. Cara que atrapa la luz. Una capa de sudor, como si estuviera hecha de acero inoxidable. Piao se detiene en el accidentado sendero, casi derrumbándose. Doblado por la mitad. Los pulmones... hornos al rojo. El aliento le sale ardiente entre los labios. Alza la vista: Haven, como una araña albina. Palpa su pistola, la culata, pero retira la mano de ella. Qué fácil matarlo ahora. Qué fácil... pero quiere verle los ojos. Necesita verle los ojos cuando dispare el proyectil. Golpea, zumba entre la tela, la piel, la carne, el hueso. Muy fácil; demasiado fácil.

Y ahora corre otra vez, alcanzando la montaña. Un sobresalto cuando ésta revela su cara, sus rasgos. Arrugas, olas, paredes de desechos electrónicos. Cuadros de mando. Piezas de ordenador. Componentes de televisores. Un océano tecnológico, que se retira y se detiene en el punto donde alcanza la marea alta de la carroña de tecnología punta. En sus límites, sus playas de tierra pelada, nudos sueltos de mujeres veladas frente al sol implacable. Manos con gruesos guantes frente a hojas de afeitar. Dedos muy atareados y ojos alerta, cuando sacan los metales preciosos, plata, cobre, latón, a veces oro... de la marea electrónica interminable. Recuperan los metales. Doce horas al día proporcionan el arroz, los fideos, unas cuantas verduras, para alimentar a cinco personas... siempre y cuando no tengan demasiada hambre. Para alimentar a cinco personas y para guardar unos cuantos fen para los días en que el aliento del dragón sea demasiado ardiente.

Sólo distingue la parte de abajo de los zapatos del inglés, su culo, la chaqueta agitándose, su nuca... cuando Piao alza la vista. Y un cielo sin nubes y en llamas. Una avalancha cuando Haven alcanza una cima chata. El inspector jefe, con el brazo sobre la cara para protegerse de la caída de esquinas afiladas como hojas de afeitar. Una llamarada en la frente cuando le golpea algo... la sangre, lenta y abundante, le corre por el cráneo. Trepa, sube a gatas a lo más alto. Observa, con ojos desorbitados, sin aliento, que el inglés se deja caer por una pendiente discontinua. Cada pie busca un punto de apoyo, resbala lenta, controladamente... hasta un breve y accidentado valle, antes de iniciar otra subida. Instintivamente, o eso parecía, sabe dónde está Piao; alza la vista, una sonrisa en su cara. Un cortafríos. El inspector jefe baja tambaleándose. Llegar al valle... espuma, sangre, en sus labios. Y palabras,

susurradas, gritadas. Entrecortadas por una tenue respiración.

—Que te den por culo. Que te den por culo.

Trepa otra vez; en cada mano con que se agarra, un corte. Una sensación de que todo se mueve dentro de aceite, despacio, en silencio. Con una raya de nubes detrás, el inglés sube a una meseta fracturada y con pinchos. Corre, corre. El blanco se vuelve negro bajo el intenso sol cegador. Piao le sigue, en una persecución delirante por un paisaje de colores desteñidos. Se detiene, saca la pistola. La mano le tiembla sin control... apenas puede con el peso. La sujeta con las dos manos. Una mano sobre la otra. Se estabiliza. Se calma. Apunta. Un hombre que corre... negro sobre blanco.

—Quiero verle los ojos, joder.

Apretado el gatillo, el proyectil salió. Con un intenso sonido electrónico, una chispa de fuego. Un estampido sordo, con eco, repetido una y otra vez. No da a Haven, pero hace que se gire violentamente. Pierde pie y cae. Una rueda y un borrón de brazos, piernas, bajo el risco de cristal tallado. Durante un rato, yace inmóvil en la profunda arruga del valle en sombra. Piao corre. Pistola en alto. El cansancio ha desaparecido milagrosamente. Mientras la forma vestida de blanco se revuelve. Se sienta. Se pone de pie. El inspector jefe apuntándole desde arriba, en la cima. Muy fácil, pero una vez más quiere verle los ojos antes de matarlo. Como si estuviera escrito, el inglés levanta la cara. El inspector jefe reafirma la pistola para un disparo en la cabeza. Un disparo fácil. Por fin, sus ojos. Pero ninguna satisfacción al verlos. Nada en ellos que merezca la pena. El dedo de Piao aprieta lenta, cuidadosamente. Espera el suave clic que se oye un instante antes de que golpee el percutor. El suave clic que recorre la pistola y se transmite a tu mano... se centra en el interior de tu muñeca. Ligeramente estimulante. Ligeramente aterrador.

Resbala... bajo los pies de Piao, elementos de cuadros de mandos, unidades de conexión, terminales, teclados, unidades de visualización estropeados. Todo descompuesto en sus elementos individuales. La pistola apunta con un temblor. Una vacilación. Un sobresalto. Borrónes violentos... Haven, una mancha blancuzca alargada. Resbala... brazos alzados hacia arriba. Piao intenta desesperadamente bajárselos, apuntar de nuevo, cuando sus pies buscan un apoyo firme. Pero consciente, la amargura palpable, de que ya está cayendo hacia atrás, lejos del inglés y al otro lado de la cima. El punto de

mira de la pistola apunta al sol. Borriones, estampidos, un violento carrusel de movimientos peligrosos, la imagen congelada en colores retorcidos. Un disparo. Pero su estampido ya se desvanece en una oscuridad vetada de escarlata.

* * *

La oscuridad... ¿un segundo, un minuto, una hora? Se levanta, sube de la truncada cima. El paisaje transformado, pero la pistola aún en su mano. Nudillos apretados, blancos. Húmedos de sangre. Llega a la cima, y baja la vista hasta el valle. El inglés ha desaparecido.

* * *

En la ducha, un hombre de pie. Se lava la cara, el pelo, el cuerpo. Se concentra en las manos... limpiándose las una y otra vez. Con cuidado. Con interés. El jabón, la espuma... roja que pasa a rosa y a blanco. En gotas lentas, gruesas, desde sus dedos, sus antebrazos. Baja por el torso, las piernas. Uno, dos, tres lánguidos giros en torno al desagüe y desaparece.

Suena un teléfono y Charles Haven sale del espacio de la ducha, su puerta abierta ya... un charco de agua en el suelo de mármol. Un traje de lino blanco echado a perder. Medio seco. Medio mojado. Desgarrones, manchas de sangre bordeándolos como bocas de labios pintados. Se dirige a la mesa. Empieza a formarse un charco donde él está de pie, desnudo, empapando lentamente la espesa alfombra. Escucha con extraordinaria atención, luego da rienda suelta a las palabras. Llenas de odio, en bruto y sin refinar... sin diluir. El mismo filo de una navaja de afeitar. Al borde mismo de la locura.

—Camarada, no me mees en la oreja y luego me digas que está lloviendo. Tengo que hacer un trato con él esta noche.

Silencio. Diez segundos. Quince. Veinte segundos. Ningún miedo al silencio. Nunca lo trata de llenar. Cuando vuelve a hablar, se muestra más comedido.

—Me lo debes. ¿Entiendes? Me lo debes.

Se examina los cortes de las manos mientras escucha. Todavía sangran.

Una hora y todavía sangran. Se pregunta si dejarán de hacerlo alguna vez. Se pregunta si serán una señal... estigmas.

—Úsalo si quieres. Es cuestión tuya cuántos pájaros se matan con una piedra. Límitate a quitártelo de encima.

Su ira se aplaca. Se aplica un pañuelo de papel a la herida que le cubre la palma de la mano. En forma de luna llena. Escarlata.

—Esta noche. ¿Y estás seguro de que son de fiar?

Hace una bola con el pañuelo de papel y lo deja caer al suelo.

—Confiaré en ti cuando esté terminado, camarada. Eso es el comienzo, un acuerdo nuevo. Los dos sentimos cada uno a nuestro modo. La confianza se tiene que ganar y hay que pagarla. Yo te he pagado. Ahora me pagas tú. Esta noche será nuestro último plazo.

Haven cuelga el aparato con cuidado innecesario. Vuelve andando al cuarto de baño, la ducha todavía corre. Se mete debajo. Una cortina de agua le rodea. Se lava las manos una y otra vez. El jabón, la espuma... de roja a rosa y a blanca.

No termina de fluir la sangre. No termina, hasta esta noche.

Capítulo 42

3:30 de la mañana, hotel Qianmen.

La puerta de la habitación 57 era delgada, poco resistente... hicieron un trabajo rápido con ella.

Ruido. Movimiento. Pies sobre madera astillada. Piao instantáneamente despierto. Le recorre una descarga de adrenalina. Negro sobre negro. ¿Tres cuerpos, cuatro? Avanzan hacia él a toda velocidad. Sin ser consciente de sus propios actos, nota los pies en el suelo. La mano se estira hacia la gastada cartuchera de cuero... la pistola. Manos ásperas. Manos fuertes, violentas. Acero que le golpea en el brazo... se da cuenta instantáneamente de que tiene la muñeca rota. Dolor, un podenco hambriento que salta, centrando la atención, colmillos afilados, en sus sienes. Nota la sangre, un arroyo que corre libre por su mano; un hormigueo cuando corre por ella, cuando le cae de los dedos. El peso de un hombre en el pecho. Brazos. Piernas. Dedos, callosos, que saben a sal y azúcar, hundidos profundamente en su boca. Le desgarran los labios. Una mordaza como una bola de goma empujada bruscamente dentro. Cinta adhesiva arrancada de un rollo. Sujetándole la cabeza, boca, pies, rodillas. Brazos sujetos por las muñecas, codos por detrás de la espalda. Pecho, estómago... suben y bajan. Respiración en espasmos. Le ponen de pie. Timbales batiéndole en los oídos. Ninguna palabra, ni una sola palabra cuando le levantan, le sacan de la habitación, le llevan por el pasillo. Puertas entreabiertas. Rendijas con ojos. Miran, pero nadie ayuda... el silencio atruena. Le bajan por la escalera de incendios. Fuera, el estrecho callejón, que huele a gasolina y meados. Un coche aparcado en lo oscuro arranca. Enciende los faros. El callejón iluminado. Sombras subidas en zancos se cruzan entre sí con movimientos violentos. Uno, dos, tres... son cuatro... distinguidos según las gradaciones del

gris. Tiran a Piao en el suelo de la parte de atrás del coche extranjero. Dos de ellos ocupan el asiento trasero, encima de él, usándolo como estera. Un olor constante a colillas, goma, cinta adhesiva... y uno de los cabrones con mierda de perro en la suela del zapato.

El trayecto. ¿Treinta, cuarenta minutos? Tratando de dominar el pánico. Concentrarse en la respiración. Calma. Calma. Prioridades... sólo respirar. La bola no le baja por la garganta. Pensar únicamente en cimas de montañas. Espacios abiertos por los que corre una intensa brisa. Pensar en cormoranes sorprendidos en pleno vuelo... sus alas negras sobre cielos veteados de mármol. Pensar en cualquier cosa, excepto en la bola de goma atascada en la garganta.

* * *

Cancelas que llevan a cancelas. Metal que encaja en metal. Pasillos que cruzan pasillos. Bombillas desnudas, luz descolorida. Paredes de ladrillo... verdes, húmedas. Pies sobre cemento. Los dedos de los pies de Piao arrastrando entre los pares de zapatos sucios. Y desde los dedos de las manos y hasta el suelo salpica la sangre, que deja un rastro como de pétalos de rosas rojas.

La habitación a la que le han llevado es grande. Sin ventanas. Una mesa. Una cama metálica, atornillada al suelo de cemento. Un gran orinal con el esmalte saltado... manchas de mierda en el fondo testigos del último detenido. Le cortan la cinta adhesiva. Le sacan la bola de la boca. Con la bocanada de aire, un sabor acre a goma y pegamento. El vómito le fluye en un fino arroyo de sus labios partidos, bautizando su amistad con el orinal esmaltado.

El más bajo de los hombres, un lisu de la región de Bai, con rasgos tan mezquinos como los restos de un banquete, avanza directamente bajo la única bombilla que ilumina, aferrando un pañuelo. Limpia cuidadosamente los labios del inspector jefe. En el algodón blanco... saliva, sangre, vómito.

—Desnúdese.

Piao se niega. Le desnudan bruscamente. Le examinan, le registran. Le extienden el brazo. Lo doblan. Vuelven a vestirle. En silencio. Todos en silencio. Se vuelven para irse.

—Haven, ¿trabajan para él?

El lisu se da la vuelta. Su cara, las espinas de un pez sin nada de carne. Sonríe, la puerta de acero se cierra, dejándolo a su suerte.

Piao grita.

—Estoy protegido contra lo que están haciendo por el difunto ministro de Seguridad. Por Kang Zhu. Hay documentos, documentos oficiales. No me pueden procesar. No me pueden hacer daño. Consulten con sus jodidos asesores del Partido y sus superiores. Es algo oficial. No me pueden tocar, estoy protegido.

La puerta cerrada. Metal que encaja en metal. Cerrojos que se deslizan. Y por el pequeño portillo con rejas encajado profundamente en la puerta, una voz tan fina como el papel de arroz.

—¿Protegido? Palabras. Documentos. Qué fácil se los lleva el viento, inspector jefe.

Capítulo 43

Hotel Beijing, Chang 'anjie.

La sexta reunión. La última reunión. El hotel Beijing. Una suite privada en el piso más alto. Vigilada electrónicamente. Retirados los muebles. Una mesa redonda en el mismo centro de la habitación principal. Cuatro sillas. El delegado y negociador de la República Popular China. Una secretaria personal. La delegada y negociadora de los Estados Unidos de América. Otra secretaria personal.

—Camarada Dun, deseamos llevar a cabo estas negociaciones de modo rápido y positivo. El presidente, según me transmitió por medio del vicepresidente sólo hace dos horas, quiere que se arreglen estas cuestiones...

Se sirve un vaso de agua. Lentamente. Pausadamente. Se lo lleva a los labios. Dun sabe que todos los ojos de la habitación están puestos en él. Nota su calor, pero sólo piensa en el agua. ¿Por qué sabrá tan bien el agua china? El agua americana no sabe a nada. Carece de carácter.

—... camarada Dun, cada vez se hace más evidente que ustedes no reconocen la importancia del problema al que se enfrenta su país.

Deja el vaso sobre el tablero de la mesa. Una vez, dos veces. Observa los cercos de agua que quedan sobre la profunda laca que aprisiona las vetas de nogal. Ve cómo se unen unos a otros. Eslabón con eslabón.—Pero es que nosotros no tenemos ningún problema, negociadora. Son ustedes quienes lo tienen. Son ustedes quienes han iniciado estos contactos. Estas discusiones. El ratón que persigue al gato.

En la respuesta, el mismo camino sin salida al que anteriormente se habían enfrentado tantas veces. La negociadora se encuentra con la sonrisa del camarada.

—Deberíamos centrarnos más en la solución que en el problema, y considerar nuestras negociaciones un medio por el que podamos encontrar soluciones para nuestros dos países. Establecer una relación que nos proporcione un jardín donde había un desierto.

El camarada Dun sonrió. Dientes perfectos, conseguidos con ayuda de la odontología estadounidense.

—Bellamente dicho, negociadora. Bellamente./Su presidente, su vicepresidente, deberían estar orgullosos de usted. Pero, claro, está usted en lo cierto. Debemos ser rápidos, positivos en nuestras negociaciones. Rapidez y decisión, ¿no son excelentes compañeros de cama? Claro que lo son, y todos obtendremos ventajas si se planta el jardín. Pero ¿debemos estar seguros, o no debemos, sobre en qué lugar está ese jardín?

Otra sonrisa le frunce los labios, de modo tan delicado y elaborado como si fuera un papel plegado según el arte del origami.

—Tal vez debería continuar usted ateniéndose al muy organizado cuaderno de notas al que continuamente da golpecitos, negociadora. Continuar con rapidez. Con decisión. Y considerar que el jardín se debe plantar en la mente...

La pluma de la negociadora se paralizó en el aire, desistiendo en golpear el cuaderno de notas. Un estallido de rabia, pero lo controla y reconduce. Pasa el dedo por la siguiente página escrita a máquina. Un orden del día claro impreso en negro sobre papel blanco. Un resumen claro de lo que se quería y de lo que se daría a cambio.

Blanco y negro.

—El propósito inicial de mi gobierno es un intento de resolver dos dificultades. La primera es el elevado nivel de hepatitis, VIH y posteriormente sida que se está introduciendo en los Estados Unidos de América como consecuencia de los trasplantes de órganos en curso en la República Popular China. Cálculos nuestros, a través de importantes departamentos gubernamentales, sugieren que el ochenta por ciento de los que vienen a su país para trasplantes de órganos son de nacionalidad estadounidense o personas que visitarán Estados Unidos en los próximos cinco años. El veinte por ciento de esas personas se habrían contagiado debido a los órganos trasplantados que han recibido. Se calcula que cincuenta mil personas que padecen esas enfermedades vuelven a los Estados Unidos de América en el

mismo periodo de cinco años. Una cifra muy elevada que se multiplicará por diez cuando ellos contagien a otros. Medio millón de personas contagiadas. Una cifra muy significativa que tendrá como resultado una importante merma de nuestros recursos. Unas cifras, recuerdo, que no contradijo usted. ¿Las contradice ahora, camarada Dun?

Deja el vaso en la mesa otra vez. Una tríada de señales de agua. Geométricas. Equilibradas.

—Cifras... humo entre los árboles. ¿Es que aquí vamos a discutir sobre cifras? ¿Vamos a discutir sobre algo que no tiene sustancia?

Una respuesta oída un centenar de veces. Un millar de veces. Continuaba. Los dedos de la negociadora se trasladaron al siguiente escrito a máquina. A las palabras siguientes.

—Nuestra segunda dificultad se refiere a la escasez de órganos humanos de calidad para trasplantes. La demanda supera sencillamente la oferta...

La negociadora se interrumpió para que Dun lo asimilara. No hubo ninguna señal de ello. Sólo el vaso de agua subiendo a su boca.

—... consideramos que las respuestas a esos dos problemas dependen principalmente de su, es decir, de la esfera de influencia del gobierno de la República Popular China.

Hizo un armonioso movimiento con la mano, como el viento al pasar entre la hierba alta, pero dando la sensación de que el viento nunca pararía, hasta que las hierbas, una a una, fueran derribadas todas.

—Por favor, por favor, continúe. Está haciendo un resumen muy adecuado de lo que ha ocurrido en nuestras cinco reuniones previas. Ha conseguido que sonara como uno de sus seriales televisivos.

Ira a las puertas, pero la negociadora la mantiene encerrada en su sitio. Pasa a otra fase de las notas.

—Iniciamos nuestro acercamiento a ustedes con la idea de establecer contactos significativos entre nuestras dos grandes naciones. Uno que le permitiría a mi propio país poner una mano en el timón, que nos permitiría apoyar a su país en la realización de su programa de trasplante de órganos proporcionándoles tecnología, experiencia y un personal altamente especializado en terrenos clave de producción, localización, compatibilidad y control de calidad. También nos acercamos a su gobierno como una probable e

importante fuente de provisión de órganos humanos para trasplantes. Una fuente probable que disminuirá las deficiencias de mi país en ese terreno. Que pudiera paliar la escasez que padecemos.

El camarada Dun se rió. Controladamente. Un tamiz sin humor. La negociadora había oído la risa antes, y sabía a qué llevaba. Al palmetazo. La sal frotada en la herida. Sabía también la respuesta. Que las palabras serían elegidas para quitarles su aguijón... disminuir su agresividad.

—Pero, negociadora, ¿qué pasa con sus protestas de atropello moral? ¿La cuestión de los derechos humanos? ¿El desagrado de su nación ante la forma en que mi país ha conseguido tener éxito en el trasplante de órganos?

Lo nota. El aguijón. La agresividad. La verdad... el palmetazo. Pero sin demostrarlo.

—Sólo se trata de negocios, camarada Dun. Sólo negocios... como pasa siempre. Contar dólares. Contar yuanes. Sea en Washington o aquí, en Beijing. Sea capitalismo o comunismo. No se trata de derechos humanos. En el horizonte en el que nos movemos usted y yo, camarada, eso no existe.

Por la pared de cristal del fondo, desde la alfombra hasta el techo, el sol, ahora alto, en su cénit.

—¿Y la prensa libre estadounidense, también lo verá de ese modo? ¿Sólo negocios?

El negociador se dirigió a la ventana. Una vista del Palacio Imperial, el parque Beihai con su pabellón del Rompeolas, su templo de la Tranquilidad Eterna. Una vista de Lishinanlu. Fuxingmenwai y el museo militar de la Revolución del Pueblo Chino. Más allá, el Altar de la Luna y el parque Yuyuantan. Sus colores robados. Suprimidos. Vistas monocolors, como sábanas blancas secándose en los tendederos de un centenar de aliados.

—Olvídese de la prensa, camarada, no se enterará de nada de todo esto. Como hemos hablado, nuestro gobierno se distanciará del acuerdo entre nosotros, y sugeriría que también de su gobierno. Una agencia sin relaciones gubernamentales manifiestas se encargará de la operación de principio a fin. De la cuna a la tumba, por decirlo así...

Contra la luz de la ventana, el negociador, una negativa.

—... y si la prensa se entera de algo de lo que no debería haberse enterado, sabe algo que no debería saber... Presionaremos, y por debajo, una profunda

tapadera, una capa impenetrable de negativas.

—Negativas. Sí, negativas. Nosotros sabemos mucho de eso, ¿verdad? La moneda habitual del político...

Una carcajada, un toque de color mezclado con ella en esta ocasión. Golpea en la mesa con su vaso. Brazos estirados. Manos que pidieron una respuesta a la pregunta.

—... bien, sabemos qué es lo que nos piden. Los órganos «cosechados» a nuestros presos ejecutados. Limpios, bien elegidos, sin infecciones. Pero ¿qué recibimos a cambio? Como he dicho en nuestras reuniones previas, negociadora, el dinero no es suficiente para lo que ustedes necesitan de nosotros. En un caso como éste, exigimos mucho más de lo que nos pueda proporcionar el poderoso dólar. Mucho más.

Da la espalda a la ventana. Se dirige a la mesa.

—Eso se enviará a su Politburó al término de esta reunión. Si somos capaces de ponernos de acuerdo sobre los detalles...

—¿Detalles?

Acero, la cara de la negociadora. Prensada, desbarbada y pulimentada.

—El precio por el que nos venderán los órganos para trasplantes.

Nuevamente la risa.

—Bien, a eso llegamos. ¿Qué precio por un riñón, una córnea? ¿Qué precio por un corazón humano?

La negociadora empujó la carpeta encuadernada sobre la mesa. Su desplazamiento emborronó los cuatro cercos de agua unidos.

—Esto es lo que los Estados Unidos de América están dispuestos a ofrecer a la República Popular China a cambio, camarada Dun...

Se sienta. Abre la carpeta por la primera página. El sello de los Estados Unidos de América. La firma del vicepresidente. Las siguientes páginas. El acuerdo. Lo que nosotros obtenemos, lo que ustedes obtienen. Punto por punto, el camarada los recorre.

—... a cambio de lo que está subrayado, un elevado grado de control en su programa para conseguir órganos, especialmente en los terrenos del control de calidad y búsqueda, pues un gran porcentaje de esos órganos humanos se exportará a los Estados Unidos de América para utilización en su propio programa de trasplantes. La cantidad que necesitamos se detalla en las páginas

seis y siete del Apéndice A...

El camarada Dun pasa las páginas. Dedos que se mueven cuidadosamente por las listas de números. Órganos humanos. Da golpecitos en la parte inferior de la página. Un débil y lento silbido se le escapa de los labios. Eso no decía nada, y lo decía todo.

—... el vicepresidente, en nombre del gobierno de los Estados Unidos de América, está preparado para ofrecer al gobierno de la República Popular China lo siguiente. Primero, prestaremos nuestro apoyo total en la negativa de que el régimen nacionalista ilegal de Taiwán sea miembro de las Naciones Unidas. Si es necesario, por medio del veto en el Consejo de Seguridad. Segundo, prometemos nuestro apoyo total a la República Popular China en sus tratos con el Tíbet. Se reconocerá inmediatamente por parte de nuestro país que el chico de doce años Gyaincain Norbu es la reencarnación del reverendo Panchen Lama, como defiende la República Popular China... con preferencia sobre el niño Gedhun ChoekyiNyima, al que apoya el dalái-lama exiliado y su facción...

Dun no pierde ni una palabra, o su significado más profundo. Un logro importante, la retirada del control espiritual del Tíbet, de una vez por todas, al dalái-lama exiliado. Pasa más páginas, el camarada sonrío internamente.

—... tercero, haremos todos los esfuerzos para que a los ojos del pueblo estadounidense y de la opinión pública mundial se considere a la República Popular China un país más abierto. Especialmente en el terreno de los derechos humanos, y en su notable progreso en el campo del trasplante de órganos...

No dice nada. Sus dedos se mueven sobre el sello en relieve. Estrellas, águilas, barras... debajo de sus yemas.

—... cuarto. El cargo de secretario general de las Naciones Unidas, un cargo que se ostenta durante un periodo de cinco años. Es propuesto por la Asamblea General a recomendación del Consejo de Seguridad. El secretario general de las Naciones Unidas pronto entrará en el último año de su mandato. El nuevo secretario general de las Naciones Unidas, lo garantizamos, será un ciudadano de la República Popular China...

Los dedos de Dun se deslizan del sello en relieve a la firma del vicepresidente.

—... en quinto, y último lugar. Su controvertida solicitud de ser sede de los Juegos Olímpicos, aquí en Beijing. El comité olímpico, como usted sabe, va a votar sobre esa cuestión dentro de poco...

La negociadora cierra suavemente la carpeta encuadernada y mira fijamente a los ojos del camarada.

—... nosotros garantizamos que su propuesta tendrá éxito.

La tinta de la firma del vicepresidente terminaba en remolinos, curvas cerradas, rasgos interrumpidos... debajo de las yemas de los dedos de Dun.

—Tentador. Muy tentador. Tal vez nos encontremos al comienzo de un acuerdo, negociadora. Como usted dijo, sólo se trata de negocios. De contar dólares y yuanes. Bien, ahora hablaremos de los detalles. El precio de un riñón. Una córnea. El precio de un corazón humano. Puede que el precio de diez mil corazones humanos.

* * *

Un paquete entero de Marlboro. Una garrafa de agua, rellena tres veces. Horas... entre humo. Dejando señales de agua en el lacado. Horas... tratando de detalles. Juntos, se trasladan de la mesa a la espaciosa habitación de al lado con ventanas hasta el suelo y muebles de cuero; las secretarías personales no les siguen. El sol, de un naranja sangre desvaído, derrama sus matices rubí sobre la alfombra, la pared del fondo. Sobre la cara del camarada. Cuando éste habla, sirviendo café.

—Consideraré que vendría bien un poco de intimidad. Se trata de cuestiones delicadas. ¿Azúcar?

La negociadora lo rechaza.

—Debo decirle que parece usted rejuvenecida después de su visita a mi país de sólo hace unos meses, negociadora. Evidentemente le sienta bien nuestro clima. Bienvenida nuevamente a la República Popular China. Esperemos que esta vez también le sienta bien.

—¿Sabe que he estado en Shanghai?

—Por supuesto, negociadora, por supuesto. Un viaje agradable. ¿Y productivo?

La funcionaría del gobierno estadounidense, Barbara Hayes, se sienta,

cruzando las piernas.

—Sí, hace mucho tiempo que no tomaba vacaciones.

—Bien, bien. Unas vacaciones. Todo el mundo debería tener vacaciones. La próxima vez que vaya a Shanghai debería ir a ver a mi familia. Nuestra casa da al río Huangpu, al Bund. Hermosa. Hermosa. Es una ciudad muy fascinante, cambia dramáticamente, tan dramáticamente como ustedes las mujeres cambian de idea y de cara...

Le pasa un café, aunque ella lo ha rechazado. Da sorbos al suyo, mientras la mira.

Ojos amarillos sobre un horizonte de porcelana de hielo en fusión.

—... entonces, negociadora, parece que su gobierno desea una participación plena en nuestra industria de trasplantes y también en nuestro programa de obtención de órganos. Parece haberse producido un «atisbo de acuerdo», como ustedes, los estadounidenses, lo llaman. Y como en la actualidad vamos a realizar muchos cambios en nuestro programa, parecería que la coordinación no podría ser mejor. Puede que se haya enterado de que la principal fuerza impulsora y arquitecto de la industria de trasplantes de mi país, por desgracia, nos ha dejado. Nuestro querido camarada ministro Kang Zhu.

—Sí, me he enterado.

Se sorprende a sí misma. Unas palabras sin entrecerrar los ojos. Unas palabras sin ruborizarse.

—Un atisbo de acuerdo, negociadora. Sí, un atisbo de acuerdo.

Los ojos de él no se apartan de ella. El camarada coloca su taza de café y el plato sobre la mesa. Porcelana sobre madera. El sonido parece desentonar en la habitación. Se levanta, se dirige a la ventana. Llena una taza nueva.

—Y respecto a usted, negociadora, ¿cómo puedo, cómo podemos, estar seguros de su compromiso con los objetivos que ha expuesto tan elocuentemente? Se hará cargo, estoy seguro, de que necesitamos más que palabras en unas hojas de papel...

Dio unos golpecitos a su maletín. Dentro, el precio de diez mil corazones humanos.

—... qué son las palabras, sino sólo palabras. Con significados que todavía no conocemos. Y con otras palabras en largas colas, esperando,

dispuestas a reemplazarlas. Necesitamos algo más sólido. Necesitamos que alguien con autoridad efectiva nos juzgue con benevolencia y eso se manifieste en todas nuestras negociaciones futuras...

No se molesta en sentarse. Su sombra atraviesa la habitación, la atraviesa a ella.

—... en ese terreno, tengo la sensación de que usted podría necesitar, ¿cómo decirlo sin ofenderla?, un poco más de compromiso. ¿Un poco más de estímulo?

Una trampa que se tensa. Un círculo de brillante acero a punto de cerrarse con un chasquido. Ella lo nota.

—Pero, claro, usted ya está comprometida, ¿verdad? Qué estúpido soy. Una funcionaria del gobierno de los Estados Unidos de América que mantiene una relación tan estrecha con un inspector jefe del departamento de Seguridad Pública. Y con un inspector que, podría añadir, sigue siendo el sospechoso principal de varios asesinatos muy violentos, incluido el de su propio jefe, nuestro querido camarada Liping. Un inspector jefe que tiene relaciones muy complejas, a través de su esposa, con nuestro querido camarada ministro Kang Zhu, ya difunto. Una funcionaria del gobierno con tales relaciones. Fíjese en las implicaciones. Las interpretaciones. La gente puede ser muy cruel, especialmente en política. La gente suele hacer juicios precipitados...

No dice nada. Su corazón en caída libre, pero no dice nada.

¿y quiénes somos nosotros, como jefes suyos, para hacerlos sobre un inspector jefe como él? Evidentemente, a un hombre así debemos mantenerlo a cierta distancia...

Un susurro, fundido con un aliento a cafeína y ajo. —... o mantenerlo tan cerca que sepamos qué es incluso lo que respira.

El movimiento. La trampa. Notando la zancadilla. Notando el mordisco.

—... bien, negociadora, déjeme que le informe. Oímos cómo respira, oímos cómo suelta el aire. Fue detenido hace unos días, y está bajo custodia de la República Popular China. Pero no se preocupe, su inspector jefe está a salvo. Protegido incluso. Protegido por la autoridad de un anciano que incluso se extiende más allá de la tumba. Protegido por palabras en hojas de papel...

El camarada Dun se mueve de la ventana hacia ella. No se había dado cuenta de lo feo que era hasta aquel momento. Y con eso, reflexiones... ¿hasta

qué punto podía llegar ella a ser así?

—... pero como ya he dicho, las palabras son frágiles. A las hojas de papel se las lleva el viento. Y hay accidentes que tener en cuenta. ¿Quién puede regular por ley los accidentes? ¿Los accidentes graves que pueda sufrir un preso?

Se inclinó sobre ella. Cerca. Olía a ambición y a un océano de esperma consumido.

—... para continuar, negociadora, necesitaríamos, cómo lo diría yo..., tenerla en nuestro bolsillo. Puede que ahora sea ése el caso, ¿no?

La negociadora, Barbara Hayes, aparta a un lado la taza y el plato. El café se derrama en el plato en un remolino espeso por encima del borde de la taza. Abre su maletín. La mano encuentra automáticamente la delgada carpeta. La abre. Una por una coloca las fotos de 25 por 20 centímetros en blanco y negro sobre la mesa. Para entonces, ella misma las conoce ya íntimamente. Observa los ojos del camarada cuando las descubre por sí mismo. La decoloración y cambio de tono de sus iris. Las dilataciones y contracciones de sus pupilas. Casi huele cómo se siente. Los pesos y contrapesos que arrastran sus pensamientos. Cómo en un millar de segundos robados ella ha ensayado aquel momento... una vez, y otra y otra. Saborea cómo se siente él. Observa el ordenado desfile de su mirada. Fotografías del apartamento de la calle Dong Hua Men. La suite del hotel Xinqiao. Dun y el joven fundiéndose en formas con mucho grano. Las manos del camarada en el cuerpo del chico, como cuero sobre seda. Lo empuja hacia abajo. En los dedos del chico, la hebilla del cinturón del camarada Dun. La cremallera de su bragueta. Pantalones alrededor de los muslos, las rodillas, las pantorrillas. La cabeza del chico empujada hacia abajo. Abajo. En su mano, en su boca... la polla de Dun dura, caliente.

—Tiene dieciocho años, la misma edad que su hija. Se llama Lo, pero usted utiliza para él un nombre de chica, Lihua. Lo que creo que significa «Fuerza para China». Estudia en la universidad donde usted da clases ocasionalmente. ¿Qué estudia el chico, camarada Dun?

Una tos educada. Se recupera. Las pasiones dejadas de lado, pero en sus ojos, hojas de afeitar. Su dolor, su ira, casi tangibles. Barbara puede olerlos, rezumando por todos sus poros.

—¿Qué estudia el chico?

—Estudia primero de Políticas.

—Políticas...

Nota que sonrío.

—... parece que le estaba dando una clase muy adecuada, camarada. Si uno se va a dedicar a la política, es conveniente saber de antemano qué es que le den a uno por el culo...

Él toma café, el color vuelve a su cara gradualmente, pero la peste a miedo e ira no disminuye. Palabras fuertes. Mierda. Nunca suficientes. Ella saca un sobre pequeño de la carpeta y lo abre. Le tiende el documento. El bálsamo después de la quemadura.

—... ya está depositado en Taipei, en el Banco de Taiwán, de la calle Chungching. El número de la cuenta va incluido.

Muchos ceros detrás de un solo número. Él nunca ha visto tantos ceros. El camarada Dun levanta la vista, captando el brillo de los ojos de ella.

—Dígame, ¿qué es lo que pide, negociadora?

«Pedir»... una extraña palabra para un político. Ella se sabía la lección. No pedía nada. «Insistir».

La nota ya estaba preparada. Tanto, que esperaba aquel momento. Dos nombres, tan sencillo como eso, escritos con tinta. Negro sobre blanco. El camarada sabría por qué estaban en la tira de papel. No se necesitaban palabras. Las letras sólo lo nublarían, las sílabas lo confundirían. Él sabría qué hacer con ellos. Dos nombres.

CHARLES HAVEN.

SUN PIAO.

Ella se pone de pie, pasa junto a él. Cierra su maletín. Sabe que dentro de él ya tenía el precio de un corazón humano... el precio de diez mil corazones humanos. Espera un instante a que él lea la nota. Aprecia el reconocimiento en sus ojos, como un incendio que avanza entre los árboles. Se dirige a la puerta. Hacia el ascensor. El sol poniente se le enreda en el pelo.

—Estaremos en contacto, camarada, sobre cualquier cosa que yo «pida»
—dijo ella. Las puertas del ascensor se cierran temblorosas.

* * *

Barbara rechaza la comodidad de las puertas abiertas de la limusina, y camina. Y camina. Chang'anjie. Jiaominxiang. Chang'andongjie. Parque de la Cultura Popular. Nanhai. La Taza de Jade. Sigue el sendero que abraza el Beihai, el lago Norte. El día se convierte en noche... y todo queda con un sutil brochazo dorado. En determinado momento cree que ha visto a Bobby, desnudo, mojado, en la otra orilla del lago cerca de la Casa de Verano de los Cinco Dragones. Sigue el sendero hacia la Reja de Hierro. La mira. Mira fijamente. Donde habían estado sus ojos, nada. Sólo lágrimas de sangre.

Soñar... sólo soñar.

Capítulo 44

Lluvia y neón...

Una violenta irrupción en Dongzhimenneiajie. La circulación sale del Estadio del Trabajador a borbotones... escarlata, amarillo limón, blanco. Unos pegados a otros. Una sierra continua de acero.

Al mirar por el espejo retrovisor del BMW alquilado, Haven disminuye las revoluciones, pasando al carril exterior. Aquella sensación de que lo vigilan. Que lo siguen. Que va a tener lugar algún acontecimiento esencial... le persigue. El inglés se pasa una mano por la frente; sudor, frío, pegajoso. Los había despistado. Si es que de verdad existían. Con aquel tráfico tenía que haberlos despistado. Tranquilo. Sosegado. Enciende un cigarrillo. Marlboro. Tabaco dulce, América dulce. Los cabos sueltos atados, con un nudo doble. Debería felicitarse. Las últimas espinas arrancadas del rosal, y sin un solo pinchazo... sin nada de sangre. Pero una sensación poco habitual de paranoia indeterminada acecha todas las horas de todos los días que ha pasado en Beijing. Suelta el humo, librándose de la sensación cuando se une a los que circulan por la carretera de dos carriles. Aeropuerto Capital, sólo otros veintinueve kilómetros. Pero incluso con la nicotina, una sensación persistente de que va a caer algo. A estrellarse.

En la lejana pista de despegue de Capital, un reactor plateado estaría siendo repostado, limpiado, aprovisionado. Vuelo CX 251... Cada milla aérea a Londres, y luego, después del transbordo, a Nueva York, estaría medida únicamente por botellines de whisky.

Haven conducía el BMW por el carril lento. No había prisa, el destino no es una mariposa, no escapa volando. El mundo era un pacífico jardín dorado, y él, un excursionista que estaba dentro de él. Enciende otro cigarrillo.

* * *

En la enorme sala de embarque del aeropuerto Capital, entre la trama de torsos, un dedo que señala... punta pálida, rosa.

—Allí.

* * *

Los asesinos no son sólo eso. Desempeñan también otros papeles. Llevan otros sombreros. Padres. Hijos. Amantes. Incluso han sido niños una vez. Bebés que salen del seno materno. Son vecinos. Comen. Cagan. Se ríen. Lloran. Se rozan contigo en el mercado. Se sientan junto a ti en el cine. El navajazo... un trabajo. Atar fuerte las ligaduras... un día en la oficina. Apostarse en un callejón, un disparo bien dirigido... un hueco entre llevar los niños al colegio y comer algo ligero a base de cacahuets, encurtidos y sopa de calabaza.

Los asesinos hacen un trabajo como cualquier otro. Sólo un paso más hacia la jubilación. Sin sudor, sin descarga de adrenalina... apenas se altera el ritmo de las pulsaciones. Vuelven al despacho. Documentos por triplicado. Sacar punta a lápices. Poner clips. El trabajo terminado. Salen a tiempo de recoger a sus hijos en el colegio. Besos en la frente. Cargan con sus bolsas del almuerzo. Preguntan cómo les ha ido el día. Papá.

Los asesinos... no son sólo eso.

* * *

Se quedan parados juntos durante veinte minutos, en silencio, antes de que se mueva él. Maletín y barriga. De edad madura y traje Mao. Atraviesan lentamente la sala de embarque, pero sólo cuando han anunciado el vuelo. Vuelo CX 251 a Londres.

La gente se levanta de los asientos tapizados con tela roja. Pantalones inarrugables y zapatos cómodos. Olor a jabón de hotel. Bolsa de mano llena de extraños licores de arroz que nunca se beberán. Y se levanta lentamente,

seda gris y oro. Se mueve ante acero y cristal... Haven. Se une al final de la cola. No hay prisa... el destino no es una mariposa, no escapa volando.

Uñas de los dedos a los labios. Rosa sobre rosa. Observan, cuando los dos se cruzan en gris y negro. Un asesino en acción, negro. Moviéndose hacia el objetivo, gris. Maletín que choca contra el muslo del inglés. Mientras la otra mano, instantáneamente, plata en su corazón... marchaba a toda velocidad y clavaba. Una aguja hipodérmica vacía su carga en su pierna entumecida. El peso de Haven vacila. Se frota el muslo. Insultos se le retuercen en los labios entreabiertos, dirigidos a la espalda del shanghainés de edad madura vestido con traje Mao negro, mientras éste camina, sin prisa, hacia las puertas. Acero y cristal. Se abren. Se cierran. Segundos, sólo segundos... y se pierde entre la multitud.

La cola avanza. Azafatas de rojo. Sonrisa estereotipada. Aliento a jengibre. Una mano con la manicura hecha extendida. El inglés busca en su chaqueta la tarjeta de embarque, pero el entumecimiento ya se abate sobre él. Una llamada que no se puede ignorar. Fluye desde su pierna. Profunda. Segura. Se le concentra, caliente y entumecedora, en la frente. Detrás de sus ojos. El mundo vacila. Cae. Se precipita. Tajos de bordes afilados. Blancos en el blanco. Un ruido sordo cuando el suelo sale a su encuentro como un yunque de losas de mármol idénticas. Inmediatamente, caras encima de él. Una órbita estática de preocupación delante de un techo con arcos de catedral; luces en lo más alto. Piensa que las estrellas en realidad están hechas de acero prensado. Observa los labios, hablan. Pero no oye las palabras. El mundo y todo lo que era y contenía, a salvo detrás de una pared de cristal. La cabeza le cae a un lado. Zapatos, asientos. Suelo. Se pierde de vista a lo largo de la sala de salida. Y cada vez más cerca, abriéndose paso por ella, dos hombres que corren hacia él a cada lado de una camilla con ruedas. Cromo. Muy brillante. Muy brillante. Nota que la baba le cae por la comisura de los labios. Le recorre la incipiente barba. Cuello de seda en su fluir con pompas. Nota que lo están levantando. La almohada debajo de la cabeza... parece de cemento. La manta Airtex echada por encima de él, con el peso muerto de un bloque de piedra. Borriones sobre borrones. Falta de visión lateral. Luz intensa. Bordes blandos. Todo afilado como cromo. Sólo al notar que le corre la orina, que las tripas se le hundan con un urgente calor de pánico, huele la mancha acre, el

hedor de su propia mierda... se da cuenta. Y al darse cuenta, un grito, pero ahora encerrado en su propia cabeza. Su mundo, únicamente él. Sin medio de comunicarse más allá de los límites de su piel. Los músculos destensados, los inhibidores... patalean dentro. Con un retorcimiento tras otro, el cuerpo se le cierra. Y durante todo ese tiempo, repitiéndose una y otra vez, incluso dentro del océano profundo de su pánico inicial, el movimiento exacto del asesino. El asesinato. Los pasos tranquilos del que llevaba traje Mao hacia la puerta de la sala de embarque. Ninguna prisa en su paso. Ningún nerviosismo en su actitud.

El ataque de un profesional. Una muerte callada que le había afectado a él con gran eficacia. Una eficacia asombrosa, incluso admirable. Su gran curiosidad todavía intacta. Se pregunta qué habría usado... ¿Mezcla número 2? Habría sonreído, de poder... la gran ironía de aquello. Le habían inyectado el mismo cóctel de medicamentos del que él había sido uno de los arquitectos-barman. Incluso cuando le falta el aire, siente un orgullo profesional por su suave efecto. Su fría y sistemática falta de compasión.

Cuenta los segundos, como si fuera un experimento realizado en él mismo. Cronómetros y tablilla para escribir en su mano.

TRES MINUTOS Y TREINTA Y DOS SEGUNDOS.

Un fracaso de la mezcla número 2, o la muerte ya habría llegado. ¿Un asesino que no asesina? Un inicio de pánico que le mantiene inmóvil. ¿Una sustancia preparada para matar que no mata? Estaba siendo llevado a algún sitio. Llevado.

Le sacan del edificio de la terminal. Sujeto con correas apretadas a la camilla de acero. En su cromado, reflejos alargados de un cielo azul despejado.

CUATRO MINUTOS DIECIOCHO SEGUNDOS.

Y ahora pánico en estado puro. Ilimitado. Insondable. Inunda todo lo que le aferraba a la vida, y la vida a él. Llevado... ¿adónde?

* * *

«Un momento y luego todo se ve como desde el cielo», había dicho el camarada. Sí, tenía razón, pero ella todavía lo lamenta. Una pared de cristal. Barbara se mueve pegada a ella, lentamente, mientras debajo cargan la

brillante camilla de cromo en la parte trasera de la ambulancia sin rótulo.

En el Hospital Militar de Beijing los receptores elegidos y compatibles de sus riñones ya deberían estar preparados. Un general del ejército. Un funcionario local de alto rango del Partido. Entre ellos, comparten una unión a la vida de ciento treinta y cinco años. En la Facultad de Medicina Zhongshan, de Guangzhou, los hombres que recibirían las córneas ya estaban dispuestos. Hombres de negocios de Hong Kong con la cartera abierta. Dólares en un constante flujo. Pacientes modelo, cada uno de ellos... sólo habían insistido en una cuestión. Los riñones, las córneas «cosechados» que recibirían debían estar frescos. Vivos.

Llevado. Llevado.

* * *

«Un momento, y luego todo se ve como desde el cielo», había dicho el camarada. Sí, tenía razón, pero ella todavía lo lamenta. Aquello no era suficiente. Nunca sería suficiente.

Capítulo 45

[Aeropuerto Hongqiao, Shanghai. República Popular China.]

Una semana después.

Diez limpiadoras en fila con mopas se mueven a la vez por el suelo del aeropuerto. Una pasada hacia el este... una pasada hacia el oeste. Una pasada hacia el este... una pasada hacia el oeste. La mitad del enorme suelo, gris mate. La mitad del suelo, un mar de reflejos, como un espejo. Hileras de luces. Carteles indicadores. Rótulos de neón. Como si a aquella parte del mundo de pronto la hubieran puesto al revés.

* * *

Muy temprano... el primer vuelo del puente aéreo de la mañana. Pasajeros descargados y libres del registro del equipaje y la presión de inspectores de aduanas con galones y gorras visera. Todos excepto uno. Una hora después, una puerta metálica de separación se vuelve a deslizar. Una persona. Sola. Se mueve entre los agentes; sus actividades quedaron indeleblemente en sus visados para desplazamientos internos. Sellos negros sobre blanco. Rojos sobre blanco. Verdes sobre blanco. Se detiene un momento para volver la mirada. Dobla cuidadosamente los papeles y se los mete en el bolsillo interior. Cuando empieza a andar otra vez, da pasos más rápidos, atravesando la hilera de limpiadoras en un ángulo de cuarenta y cinco grados. Avanza de lo mojado a lo seco. Un rastro recto de pisadas se dirige a la lejana salida.

Un solo coche está aparcado en la resbaladiza calzada de fuera. A través

del parabrisas empañado por la condensación reconoce instantáneamente al pasajero solitario. Reconoce el cartón de cigarrillos, de esquinas agudas y voluminoso, asomando por la parte de arriba de la bolsa de viaje. Marlboro. Yaobang ya está buscando su caja de cerillas.

Una serie de tirones cuando baja la ventanilla. La ayuda con sus gruesos dedos.

Centrado en la cara del viajero. La cicatriz en torno a los ojos, boca, nariz. La muñeca y la mano derechas, vendadas. Y su postura... el modo en que se movía. Susurro de habitaciones oscuras. Camas de estructura metálica. Porras negras de goma dura. Y preguntas repetidas una y otra vez... las mismas preguntas.

—Joder...

Como un suspiro.

—... ¿qué pasó, jefe, chocó contra una puerta, joder?

Piao sacó el cartón de cigarrillos de la bolsa de plástico y la dejó encima del regazo del Grande.

—Con varias puertas. Y muchas, muchas veces.

Celofán, cartón... desgarrados. Una cerilla... frotada. Dos cigarrillos encendidos. Yaobang le tiende uno al inspector jefe. Durante un rato, segundos sin contar... no hablan. El humo rodea a Piao en un signo de interrogación en movimiento.

—¿Dónde coño ha estado, jefe? Traté de enterarme, pero ni siquiera ofreciendo botellas de whisky japonés pude soltar la lengua de nadie.

Silencio. Por primera vez Piao aprecia la libertad. Grandes cosas al principio, a grandes bocados. La frialdad. El cielo. Y luego las cosas pequeñas a pequeños bocados. La basura en la cuneta. El eructo de diez mil chimeneas de fábricas.

—¿Dónde coño ha estado, jefe?

Piao da una profunda calada al Marlboro, aguanta el humo. Aguanta muchas cosas. Le queman. Rodea la parte delantera del sedán. Tira de la puerta atascada para abrirla y entra. Disimula el dolor lo mejor que puede. Siempre oculta el dolor.

—Haven. Se largó. No conseguí matarle.

—Bueno, jefe, lo hizo otra persona...

Yaobang dio unos golpecitos al paquete del salpicadero.

—... o quizá esto es para otra persona.

El paquete apeataba a gobierno. A despachos como cajas. O trajes planchados sobre raída ropa interior. El inspector jefe lo abre. Dentro del paquete... cosas esperadas, cosas inesperadas. Una vida plegada dentro de un sobre. Una carta del Danwei y el Ministerio de Seguridad retirando todas las acusaciones contra él. Absuelto del asesinato de Liping y el presidente del Shiqu. Libre de cualquier acusación que pudiera resultar de la investigación de los ocho que habían encontrado en Huangpu, o de cualquiera de los acontecimientos que los rodeaban. Pegajosos, liosos términos jurídicos que tendría que examinar y a los que realizaría una autopsia en fecha posterior.

Buscar más abajo. Bonos para comida, ropa, muebles... que se podían canjear en el Almacén de la Amistad. Más abajo todavía. Un vale para un coche, de segunda mano. ¡Por supuesto! Un papel para cobrar los sueldos y las pagas atrasadas. Otro papel que le informaba de su ascenso. Esperaba, con él, un sillón tapizado de terciopelo. Otro papel... dando cuenta de su ascenso y destacado aumento de sueldo. Cien yuanes al mes. Zhiyuan, el jodido hijoputa, qué razón había tenido. Y en otro papel más, la dirección de un nuevo piso alquilado a su nombre. Su nueva casa. En una calle al lado de Wenmiao. Vistas sobre el río, si uno subía a la terraza y se ponía de puntillas. Una calle al lado de Wenmiao. ¿Ascendía en el mundo, o bajaba? Una calle al lado de Wenmiao, una zona llena de funcionarios medios y pelotas del Partido. Una calle al lado de Wenmiao... ya estaban tratando de bloquearle el camino. Reducirle. Mantenerle seguro. Mantenerle tranquilo. Una calada final al cigarrillo; lo arroja por la ventanilla del coche. Un furor de chispas, antes de que se vayan apagando y mueran.

Más abajo todavía. Un disquete. Lo saca. Le da vueltas entre los dedos. No tiene puntas, las esquinas redondeadas. Bordes seguros. Aspecto inofensivo. ¿Cómo podía la muerte estar dentro de un objeto de aspecto tan pulcro e inocente? Enciende otro cigarrillo. Sabe mejor que el primero. Siempre pasaba. Siempre pasaría.

En el fondo del paquete, un paquete más pequeño. Muy distinto de todo lo que le había rodeado. Color claro frente a otros monótonamente intensos. Escrito a mano frente a los escritos a máquina. Una página perfumada frente a

los olores a tinta y cajones de papelería. Lingling. Por un instante, la idea, la pregunta constante de su interior... ¿volvía, quería volver de verdad a casa? La lee, y, en cuanto lo hace, es consciente de inmediato de que en la página no hay nada sobre un deseo de volver.

"... los análisis de sangre, los informes de los médicos, los archivos del hospital. Estaban amañados a petición nuestra. Eran mentira. Tú no tienes sida. Nunca has tenido sida."

Frío. Entumecimiento. Durante segundos, incapaz de moverse. Incapaz de respirar. Y luego el lento deshielo del alivio. De la liberación. Tan blando, tan cálido como una profunda ola de morfina.

El coche tosió volviendo a la vida, adquiriendo un incómodo escalofrío. Yaobang termina su segundo cigarrillo hasta el final.

—Entonces, jefe, ¿el viaje bien?

«El viaje, bien.» Una pregunta que tendría respuesta, pero no todavía.

El coche se pone en marcha y Piao sube la ventanilla. Ahora iría al piso, en una calle al lado de Wenmiao. Una casa que todavía tiene que conocer. Tras la puerta, nada excepto la maquinaria de una vida. Tras la puerta, ni rastro de cartas perfumadas. Una vida conocida de sobra. En sus dedos, el disquete en ociosas órbitas. Lo agarra con mayor firmeza. Lo dobla, hasta que la negra carcasa se pone gris... se parte con la nota aguda cáustica del plástico.

Su último lazo con el hombre que fue Haven. Su último lazo con la mujer que fue...

Baja la ventanilla. En dos mitades separadas de un rompecabezas, deja que el plástico, ahora sin valor, se le vaya de los dedos. Muerte, sentenciada por datos, cae dando vueltas a la cuneta sucia.

Frío. Mucho frío. Pero deja la ventanilla bajada. Agarra la chaqueta del asiento de atrás, se la pone. Intenta cerrarse el cuello, pero falta el botón. El botón aún falta. ¿Y quién le podría poner uno nuevo? Se dirigen al parque Yichuan... la punta de los árboles, las esquinas de los muros, menos agudas, embotadas por la neblina y la contaminación de primera hora de la mañana. El aliento del Dragón Amarillo. Ciudades que brillan. Gente que brilla. Nunca tan lejos. Durante un segundo, cierra los ojos mientras el paisaje sin sonido,

sin brillo, pasa junto a la ventanilla.

Falta un botón. Debería aprender a coser.

Fin